

17
CIÓN

W. y. SAENZ

ORATORIA

LAGRAN

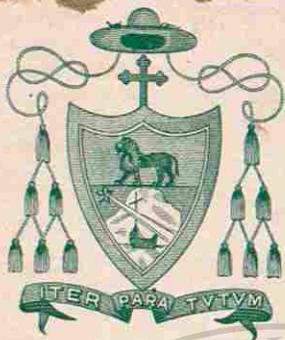
BV4217

M3

1877

c. 1

008492

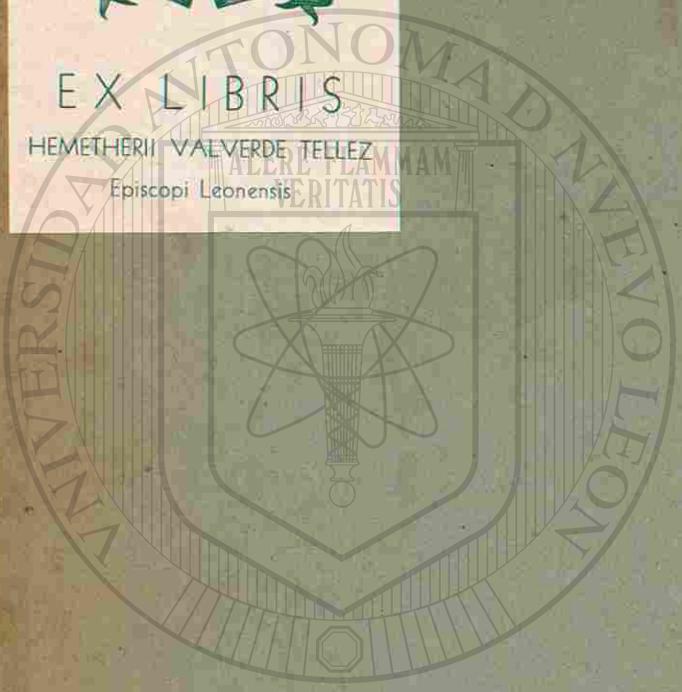


1080020891

EX LIBRIS

HEMETHÉRI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LECCIONES

DE

ORATORIA SAGRADA

TOMADAS DE LAS OBRAS

DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

por el

D. D. MANUEL MARTINEZ Y SANZ

DIGNIDAD DE ABAD DE CERVATOS
Y CANÓNIGO MAGISTRAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

...Quaecumque sunt de hac re observationes atque praecepta... cum accedit in verbis plurimis ornamentisque verborum exercitatoris linguae sollicitissima consuetudo, fit illa quae facundia vel eloquentia nominatur... Sunt ergo ecclesiastici viri qui divina eloquia non solum sapienter, sed eloquenter etiam tractaverunt: quibus legendis magis non sufficit tempus, quam deesse ipsi studentibus et vacantibus possunt.

(S. AUG.: *De Doc. christ.*, lib. iv, capitulos iii, v.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SEGUNDA EDICIÓN, REVISADA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID:

LIBRERÍA DE D. MIGUEL OLAMENDI
calle de la Paz, núm. 6

1877.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLES

45134

BV 4217

113

1877



Es propiedad del Autor.

APROBACION Y LICENCIA

DE LA PRIMERA EDICION.

ARZOBISPADO DE BÚRGOS.—Habiendo hecho examinar detenidamente, por eclesiástico de toda nuestra confianza por su virtud y ciencia, las lecciones de Elementos de Oratoria Sagrada, escritas en idioma vulgar por el Dr. D. Manuel Martínez, dignidad de Abad de Cervatos y canónigo magistral de nuestra santa iglesia metropolitana, y visto no hallarse en ellas cosa alguna contraria á la fé y á las buenas costumbres, les damos nuestra aprobacion, concediendo á su autor nuestra licencia para que las pueda imprimir y publicar; bien persuadidos, como estamos, de que por la erudicion y copia de doctrina y ejemplos de los Santos Padres que encierran, han de ser muy útiles para fomentar en los jóvenes que se dedican á las ciencias eclesiásticas la afecion al estudio de la Oratoria sagrada, y especialmente al de la Patrologia.

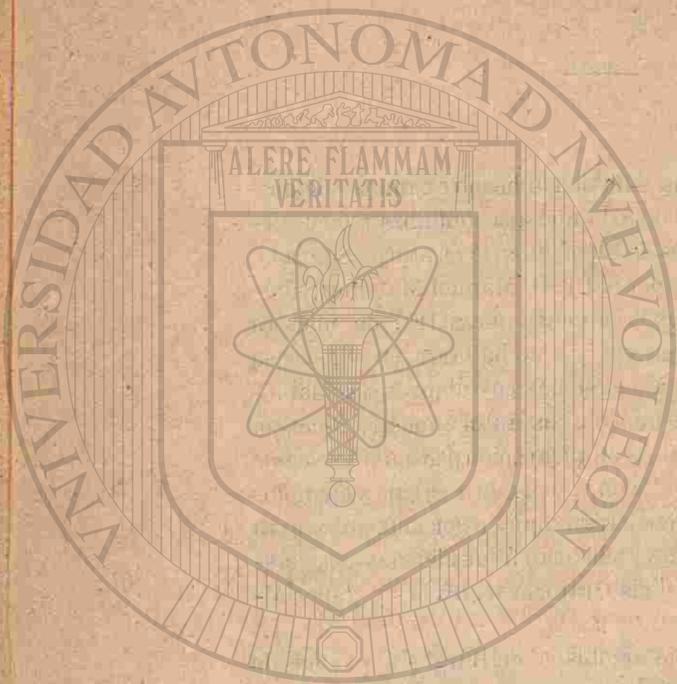
Dado en nuestro Palacio arzobispal de Búrgos á treinta de Mayo de mil ochocientos cincuenta y nueve.—FERNANDO, *arzobispo de Búrgos*.—Por mandado de S. E. I. el Arzobispo mi señor, *Dr. D. Félix Martínez*, secretario.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MADRID, 1877.—Imprenta de D. Antonio P. Dubrull, Bola, 8.

008192



PRÓLOGO.

Exponemos en este libro la teoría de la elocuencia sagrada como la enseñaron y practicaron los Padres de la Iglesia, á fin de que los jóvenes, al hacer sus estudios elementales de oratoria, oigan juntamente la voz de tan eminentes oradores y tengan á la vista sus admirables ejemplos: con esto creemos hacer un servicio á los buenos estudios teológicos y á la elocuencia del púlpito.

Citamos alguna vez á Ciceron y Quintiliano, no por necesidad, pues en los Santos Padres se encuentra toda la teoría del arte, sino porque aquellos escritores tuvieron la primera ocasion de consignar los principios; muchas de sus sentencias se han hecho proverbiales, y hemos temido pasar por plagiarios si al recordar ciertas doctrinas no nos servíamos de los mismos términos que ellos emplearon.

Otras veces nos apoyamos en la doctrina y ejemplos de aquellos oradores paganos, para recomendar la doctrina y conducta que *A FORTIORI*, si así puede decirse, debe observar el orador cristiano,

Cuando se nos ofrece la ocasion, notamos lo exagerado de los elogios que los críticos franceses suelen hacer de sus oradores, y vindicamos para los Santos Padres la gloria de la invencion en los pensamientos y sus formas, gloria que á menudo se atribuye equivocadamente á los predicadores modernos. No intentamos con esto rebajar el mérito incontestable de los pocos oradores franceses de primer orden, lo cual sería injusto y mezquino: á lo que aspiramos es á evitar que los jóvenes, por estudiar imitaciones, aunque sean muy elocuentes, descuiden la consulta y el estudio del tipo original de la elocuencia cristiana, que está en las obras de los Padres de la Iglesia: no nos contentamos con que se complazcan en contemplar el reflejo de la luz; deseamos que fijen su vista en el majestuoso astro que la envia.

Las lecciones de elocuencia, sin ejemplos que las hagan visibles, carecen de vida y cuerpo; pero es preciso evitar tambien que desaparezcan y queden ocultas bajo multitud de citas y pasajes copiados. Huyendo de ambos escollos, hemos distribuido nuestro trabajo en dos partes: en la primera explanamos la teoría del arte tomándola de los Santos Padres, de quienes aducimos, aunque en corto número, sentencias breves y ejemplos notables. En la segunda procedemos con más libertad: hacemos copias y citas, no tantas como quisiéramos, pero sí cuantas caben en un libro elemental; porque al tratar de imprimir los numerosos pasajes que teníamos copiados, se nos advirtió que iba á resultar un volumen de dos mil páginas; dimension inconveniente por más de un concepto para tratados de la naturaleza del nuestro. Nos hemos reducido á hacer mérito de unos mil pasajes, de los cuales en la mayor parte no hacemos más que citarlos,

aunque con tal exactitud, que los que puedan consultar las mismas ediciones que hemos tenido á la vista, no tendrán más trabajo que registrar los folios que indicamos; muchos los copiamos íntegros, y otros los extractamos ó analizamos.

Cada una de estas dos partes consta de treinta y dos lecciones correlativas: los jóvenes pueden ampliar el estudio de la primera parte, consultando para cada leccion la que lleva el mismo número en la parte segunda.

Esperamos ser juzgados con benignidad por las personas inteligentes, porque saben que, como dice San Jerónimo, es difícil leer mucho, y más difícil aún elegir con acierto: «Deinde multo difficilius, adhibito iudicio, quæ optima sunt excerptere.» Afortunadamente, la biblioteca de los Padres es un tesoro tan rico, que, por poca que haya sido nuestra discrecion, necesariamente ha de ser bueno lo que hemos elegido: «E quibus etiamsi parva caperem, dignum aliquid memoria scriberetur (1).»

A los jóvenes que por su inexperiencia pudieran creer que les ofrecemos en este libro la suma de la elocuencia de los Padres, les advertimos desde ahora que este juicio, por muy lisonjero que fuera para nosotros, sería errado: jamás hemos tenido tiempo ni el talento necesario para hacer un estudio fundamental de las obras de los Santos Padres: desde nuestra juventud hemos empleado muchas horas en tan interesante y deliciosa lectura; y hoy ofrecemos á la juventud el fruto que hemos recogido, como los exploradores de Canaán ofrecieron á sus hermanos la

(1) San Jerónimo: *Prólogo del Comentario de San Mateo*, tomo IV, f. 3.

muestra de la feracidad de la tierra prometida. ¡Quiera Dios que los jóvenes no den oídos á las instigaciones de la pereza, como los israelitas oyeron los consejos de la cobardía! ¡Ojalá que emprendan animosamente el estudio de los Santos Padres! Bien pronto conocerán que han entrado en un país que mana, como el de Canaán, arroyos de miel y de leche. «Venimus in terram, ad quam misisti nos, quæ re vera fluit lacte et melle, ut ex his fructibus cognosci potest (1).»

(1) Libro de los Números, cap. XIII.

PRIMERA PARTE.

LECCION PRIMERA.

Idea, naturaleza y definicion de la elocuencia.

El primer libro que debemos consultar para el estudio de la elocuencia, es nuestro propio espíritu. Los fenómenos que en él aparecen, de cuya existencia nos cerciora nuestra conciencia intelectual, y que á menudo han llamado la atención de los Padres de la Iglesia, nos revelan las admirables facultades de nuestra alma: la de conocer la verdad, se llama entendimiento; y la de copiar en nuestro espíritu las imágenes de objetos corpóreos ó de combinarlas y producir otras nuevas á placer, se dice imaginacion: así como la de percibir los objetos sensibles con el auxilio de los sentidos corporales, se denomina sensibilidad externa; é interna, aquella misteriosa y delicada facultad bajo cuyo influjo brotan los afectos en nuestra alma.

Alumbrado nuestro espíritu con la clara luz de la verdad, conmovido vivamente por las imágenes de la fantasía; excitado por las sensaciones y agitado por afectos vehementes, se siente impelido, ora inclinándose hácia los objetos que se le ofrecen como buenos, ora apartándose de los que se le presentan como malos; y ese movimiento de afeccion, ó de aversion, es lo que se llama voluntad. Los productos de estas facultades son las ideas, las imágenes, las sensaciones, los sentimientos, las voliciones; fenómenos que aparecen y desaparecen y vuelven á aparecer á impulsos de la voluntad, y en virtud del poder que tenemos para reproducir los fenómenos que ya pasaron; potencia del alma que llamamos memoria.

Admirable es y misteriosa la fecunda actividad de las facultades de nuestro espíritu; pero más misteriosa y admirable es aún la recíproca correspondencia entre unas

muestra de la feracidad de la tierra prometida. ¡Quiera Dios que los jóvenes no den oídos á las instigaciones de la pereza, como los israelitas oyeron los consejos de la cobardía! ¡Ojalá que emprendan animosamente el estudio de los Santos Padres! Bien pronto conocerán que han entrado en un país que mana, como el de Canaán, arroyos de miel y de leche. «Venimus in terram, ad quam misisti nos, quæ re vera fluit lacte et melle, ut ex his fructibus cognosci potest (1).»

(1) Libro de los Números, cap. XIII.

PRIMERA PARTE.

LECCION PRIMERA.

Idea, naturaleza y definicion de la elocuencia.

El primer libro que debemos consultar para el estudio de la elocuencia, es nuestro propio espíritu. Los fenómenos que en él aparecen, de cuya existencia nos cerciora nuestra conciencia intelectual, y que á menudo han llamado la atención de los Padres de la Iglesia, nos revelan las admirables facultades de nuestra alma: la de conocer la verdad, se llama entendimiento; y la de copiar en nuestro espíritu las imágenes de objetos corpóreos ó de combinarlas y producir otras nuevas á placer, se dice imaginacion: así como la de percibir los objetos sensibles con el auxilio de los sentidos corporales, se denomina sensibilidad externa; é interna, aquella misteriosa y delicada facultad bajo cuyo influjo brotan los afectos en nuestra alma.

Alumbrado nuestro espíritu con la clara luz de la verdad, conmovido vivamente por las imágenes de la fantasía; excitado por las sensaciones y agitado por afectos vehementes, se siente impelido, ora inclinándose hácia los objetos que se le ofrecen como buenos, ora apartándose de los que se le presentan como malos; y ese movimiento de afeccion, ó de aversion, es lo que se llama voluntad. Los productos de estas facultades son las ideas, las imágenes, las sensaciones, los sentimientos, las voliciones; fenómenos que aparecen y desaparecen y vuelven á aparecer á impulsos de la voluntad, y en virtud del poder que tenemos para reproducir los fenómenos que ya pasaron; potencia del alma que llamamos memoria.

Admirable es y misteriosa la fecunda actividad de las facultades de nuestro espíritu; pero más misteriosa y admirable es aún la recíproca correspondencia entre unas

y otras facultades, entre unos y otros fenómenos: «Mi espíritu, exclamaba San Agustín, es un arcano impenetrable. ¿Qué soy, cuál es, Dios mío, la naturaleza de mi alma? ¿Qué vida, fuerza, variedad, multiplicidad y vehemencia! ¡Pequeño es mi espíritu para comprenderse á sí mismo! ¡Qué admiración! ¡Qué pasmo!» *Multa mihi super hoc oboritur admiratio, stupor apprehendit me.*

Esto pasa en el interior del hombre; mas éste no ha sido criado para vivir encerrado en sí mismo: siente una propensión, y á veces una necesidad de manifestar á otros lo que experimenta dentro de sí: *conceptum sermonem tenere, quis poterit* (1)? Dios ha puesto el remedio junto á la necesidad, dotando al hombre de medios proporcionados para manifestar los secretos de su alma; la palabra, la acción, las voces inarticuladas, el gesto y los movimientos espontáneos, y á veces involuntarios; son nuestros medios de expresión.

Las demás facultades del alma auxilian al entendimiento y le suministran elementos para sus operaciones; pero ninguna puede elevarse á la altura de aquella facultad superior, única que funciona en la región de las ideas, aunque por su misma excelencia puede descender y desciende á menudo al campo donde ejercen sus fuerzas las otras facultades; por manera que el entendimiento, no sólo percibe las ideas, sino que examina, analiza y clasifica los fenómenos que producen las demás facultades, á la vez que alumbrá y dirige á éstas.

Con la supremacía del entendimiento está acorde la superioridad de la palabra sobre los otros medios de expresión que el hombre tiene: éstos jamás pueden expresar una idea, mientras que la palabra puede expresar de algún modo los fenómenos de las demás facultades; y esta excelencia de la palabra es lo que ha hecho que la acción, las interjecciones, el gesto, los movimientos, todos los medios de expresión, se designen con el nombre común de LENGUAJE, aunque distinguiendo el ORAL del lenguaje de ACCIÓN. El hombre, cuyo espíritu enseñoreado de ideas verdaderas, vivas imágenes y afectos vehementes, acierte á transmitir con la palabra y con el lenguaje de acción la luz que á sí mismo le alumbrá, ó el movimiento que siente al espíritu de otro hombre, será elocuente, porque la elocuencia, dice San Agustín, es la

(1) Job, cap. iv, 2.

facultad de hablar, expresando adecuadamente lo que sentimos. «*Eloquentia vero facultas dicendi est, congruenter explicans quæ sentimus;*» definición que el Santo aclara en otros pasajes.

Hemos definido la elocuencia sin valerlos de otros elementos que los que suministra la análisis de las dotes naturales del hombre: le es, pues, natural la elocuencia: así vemos alguna vez que hombres rudos y sin instrucción se expresan elocuentemente. Una madre vivamente interesada en la enmienda de su hijo extraviado, ó dolorosamente conmovida por la ingratitude de su hijo rebelde; un amigo fiel, empeñado en apartar del precipicio á otro amigo desatentado; hombres, en fin, sin estudio ni cultura alguna, pero agitados por sentimientos vehementes, se expresan con irresistible elocuencia: escenas de esta especie se presencian á menudo, pero no es posible reproducirlas en un escrito.

Léase el discurso con que la madre de San Juan Crisóstomo retrajo á éste del propósito de retirarse á la soledad con su amigo Basilio, ó la carta que San Bernardo escribió á su sobrino Roberto para inclinarle á que volviese al claustro, que había abandonado; despójense estos escritos de la galanura y excelente doctrina con que están enriquecidos, y se verá que por lo demás nada hay en el fondo que no hubiese dicho naturalmente, ó que no hubiera hecho sin necesidad de estudio, cualquiera madre ó amigo colocados en iguales circunstancias. Citaremos adrede esas dos notables composiciones, porque su análisis dará á conocer que la elocuencia como arte sólo se diferencia de la natural en que aquella está nutrida de doctrina y ennoblece las palabras, casi envilecidas por el uso vulgar.

La elocuencia, pues, nace y reside en nuestro espíritu: la expresión sensible es su cuerpo, su forma exterior, dice San Agustín: «*Verbo intus manenti ministerium vocis adhibemus... ut per quamdam commemorationem sensibilem tale aliquid fiat etiam in animo audientis, quale de loquentis animo non recedit.*» El estudio de la elocuencia ha de versar sobre los pensamientos, con cuyo nombre se designan en la literatura todos los fenómenos del alma, y sobre la expresión de los pensamientos: á estos dos capítulos reducen aquel estudio los Santos Padres: «*Modus inveniendi quæ intelligenda sunt, et modus proferendi quæ intellecta sunt.*» (San Agustín.)

12

LECCION II.

Del arte de la elocuencia.

El hombre es defectible en el ejercicio de las facultades de su alma y en el uso del lenguaje: «Todos, dice San Agustín, tienen dotes naturales para ser elocuentes; pero unos se expresan ACUTE, ORNATE, VEHEMENTER, y otros OBTUSE, DEFORMITER, FRIGIDE.»

Se dice comunmente que la observación de estos diferentes modos de expresarse ha inventado el arte de la elocuencia: esto es verdad; pero necesita alguna explicación, sin la cual los términos de la proposición carecen de exactitud. El entendimiento preside á todas las facultades del alma, las examina y dirige; mirada del alma, dice San Agustín, cuando conoce, movimiento del alma cuando raciocina, obra suya es la filosofía de la razón, ó la lógica; la filosofía de los sentimientos humanos, ó la ciencia del buen gusto; la filosofía del lenguaje, ó la gramática con sus reglas de la sintaxis natural y figurada; la razón es una sola, una sola es la filosofía; pero la clasificamos como si hiciéramos muchas cosas de una sola, para auxiliar nuestra debilidad, haciendo fácil su estudio y más expedita nuestra comprensión.

Las prescripciones de la sana razón, que están relacionadas con la elocuencia, se llaman reglas de bien decir, y á esas reglas, compiladas y reunidas en un cuerpo de doctrina por filósofos observadores, se dice retórica, ó el arte de bien hablar.

Poco importa averiguar quién fué el primero que compiló estas reglas: San Atanasio que, aunque por incidencia, explicó filosóficamente el origen de las artes, dice que el inventor de la retórica fué Corax de Syracuse. Algo más importa acabar de conocer la esencia del arte de la elocuencia; arte que en sus principios, en su desarrollo y en sus pormenores lo toma todo de la naturaleza. La elocuencia y el arte de la elocuencia son una sola cosa, que se nos ofrece bajo distintos aspectos: la palabra ARTE, que precede á la voz ELOCUENCIA, no es más que un término que expresa la elocuencia de una manera determinada, esto es, dirigida en su desarrollo por los preceptos de la sana razón. Háblese en hora buena de la

elocuencia y del arte como de cosas distintas, sin olvidar que esta manera de hablar y esa clasificación sólo sirven para hacernos más perceptibles las ideas, y ayudar á nuestro limitado entendimiento; mas no por esto se crea que intentamos decir que el arte deje de ser natural; no por cierto: el arte, lo mismo que la elocuencia, lo debe todo, absolutamente todo á la naturaleza, y quien de ella se aparte ó la pierda de vista, y quien de ella no reciba las inspiraciones y los preceptos, no poseerá la elocuencia natural, ni el arte de la elocuencia.

Desde muy antiguo se ha preguntado qué contribuye más para la elocuencia, si la naturaleza ó el arte: esta cuestión interesa más de lo que á primera vista parece. Blair dijo: «Aún está indeciso si para sobresalir por escrito ó de palabra contribuye más la naturaleza ó el arte (1).» Admira que Blair, á quien la literatura debe excelentes observaciones, escribiera esto, después que Quintiliano dió su decisión, tan clara como fundada. Si separáramos, dice el último, las dos cosas, ciertamente la naturaleza podrá mucho aun sin el arte, mientras éste sin aquella de nada servirá; pero si ambas se juntan, aunque en mediano grado, siempre diré que la naturaleza contribuye más. No obstante, si el orador es consumado, antes lo debe á la instrucción y al arte que á la naturaleza: semejante á la tierra, que, si es estéril, de nada le aprovechará su labor; pero si es fecunda por naturaleza, podemos esperar algún fruto, aunque le falte el cultivo; y cuando sobre ser fecunda se le junta el cultivo, éste servirá de mucho más que su natural fecundidad (2). Lo mismo opina Ciceron: «Cuando el arte se agrega á la naturaleza, hace prodigios (3).»

El ánimo de nuestros jóvenes lectores habrá reposado con la lectura de estos pasajes: bien lo necesitarían después de haber estudiado el principio de esta lección, en la cual quizá nos hemos apartado de la sencillez necesaria en tratados elementales; pero hemos tenido presente lo que corresponde al celo de maestros hábiles, quienes explicarán con la claridad apetecible una doctrina que

(1) *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, lec. 1, t. 1, pág. 6: Madrid, 1804.

(2) *Ins'tit. oratorias*, libro II, cap. XX, t. 1, pág. 140: Madrid, 1799; y en el proemio, pág. 8.

(3) *Pro Archia poeta*, n. VII, t. V, pág. 555: Madrid, 1797.

no hemos querido ni debido omitir, porque es de suma importancia, como todo lo que en las artes de imitación tiende á dar la preferencia á la naturaleza sobre el arte; harto propensos son de suyo los jóvenes á considerar el arte como cosa distinta de la naturaleza, y aún á preferirle á ésta. En el curso de estas lecciones tendremos ocasión de aducir repetidos pasajes en los que los Santos Padres han juzgado y reprendido con severidad el exceso de arte en la elocuencia sagrada: sepan entre tanto los jóvenes que antes que se redactara el arte de la elocuencia, existía ya ésta, y hubo elocuentes oradores; y no olviden que la elocuencia no ha nacido del arte: «El arte fué, dice San Agustín, el que nació de la elocuencia.» No se nos acuse de desdenosos para con el arte: damos la preferencia á la naturaleza; pero lejos de desdenar el arte, nos proponemos recomendar su estudio en estas lecciones, siguiendo los preceptos de los Santos Padres, y consultando sus ejemplos. San Jerónimo ha expresado en pocas palabras lo que valen en la elocuencia la naturaleza y el arte: «Oratio autem etsi de bonæ indolis ingenio sit profecta, et distincta inventionibus, et ornata flore verborum, tamen nisi auctoris sui manu limata fuerit et polita, non est nitida, non habet mixtam eum decore gravitatem, sed in modum divitum rusticorum, opibus suis magis arguitur, quam exornatur.»

LECCION III.

Elocuencia sagrada.

Sobre cualquier materia se puede hablar con elocuencia; pero atendiendo á los asuntos sobre que versan comúnmente los discursos públicos, háse clasificado aquella en varios géneros; uno de ellos es la elocuencia sagrada. Para definirla con exactitud debemos buscar su origen y estudiar sus principios constitutivos.

Habló Dios, y brotó á raudales la luz que alumbró el mundo material; las tinieblas no envolverán ni apagarán esta luz, cuya vida es aquel FIAT perdurable que, según San Ambrosio, es la voluntad misma del Criador. Y con ser esta luz tan admirable, no es, sin embargo, un débil reflejo de aquella luz inaccesible que ilumina el mundo de las inteligencias. *Yo soy la verdad*, dijo Jesucristo; *Yo*

soy la luz del mundo (1). ¡Verdad eterna! ¡Luz inextinguible, que alumbró al mundo moral! Pero los seres que le componen son libres y abusan á veces de su libertad: así la luz fué rechazada; las tinieblas no la comprendieron (2); y sin embargo, no la extinguieron, porque esta luz es inmortal, como es invariable y eterno el amor del Hijo de Dios. Jesucristo volverá, cumplida que sea su misión, al seno de su Eterno Padre, sin que la luz deje por esto de alumbrar á los hombres, aún á los que estén sentados en las tinieblas de la muerte (3); mas cuando Jesucristo haya subido á los cielos, ¿quién quedará en este mundo que, sin profanarla, pueda levantar la antorcha de la luz divina?

«Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (4).» Entre los dones con que enriqueció al hombre, uno de los más misteriosos es el lenguaje; hecho sensible que todos conocen, del que ninguno duda, y que de nadie es comprendido. Los Santos Padres se han complacido en contemplarle, y de él se ha servido San Agustín para explicar la posibilidad del misterio de la Encarnación. «El verbo, dice, ó concepto de mi alma, siendo espiritual, sin apartarse de mi espíritu, y permaneciendo allí donde nació, pasa por medio de la palabra, vehículo material y sensible, al espíritu de otro hombre, y está en él sin dejar de estar en el mío.»

El milagro de la palabra, como le llama San Agustín, fué convertido en otro mayor milagro cuando Jesucristo dijo á los Apóstoles y á sus sucesores: «Id y enseñad á todas las gentes... Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos; predicad el Evangelio á todas las criaturas (5).» Y la palabra, sin dejar de ser el vínculo misterioso de la sociedad humana, comenzó á ser el instrumento de la palabra divina, el vínculo de unión entre Dios y la humanidad: el Verbo Eterno, según los Santos Padres, se encarnó, en cierto modo, segunda vez, tomando para cuerpo suyo la palabra del hombre.

Predicátè Evangelium omni creaturæ: analicemos, ó más bien meditemos con respeto estas palabras. Dios manda, y el mandato de Dios lleva en sí mismo el auxi-

(1) San Juan, cap. xiv, 6; cap. viii, 12.

(2) San Juan, capítulos i y iii.

(3) San Lucas, cap. i, 79.

(4) San Lucas, xxviii, 27.

(5) San Mateo, xxviii, 19, 20; San Marcos, xvi, 15.

lio para que, quien ha de obedecer, pueda cumplirle. Hombre es á quien se manda, y hombres son tambien á quienes se ha de predicar; hay, pues, en la predicacion mucho que es divino y algo que es humano; discernamos, como lo hicieron San Pablo y San Agustin, la accion de Dios y la de sus obreros: *Discernens operationem operantium et Creatoris.*

La mision, la doctrina y los auxilios para el que predica y para los que oyen, son cosas divinas; el predicar y el oír la predicacion son cosas humanas. Cuanto aquí hay de divino, es invariable y eficaz; respetable siempre é incensurable, bajo cuyo concepto la predicacion ha sido siempre una misma cosa, así en los tiempos apostólicos como en el siglo de oro de la elocuencia cristiana; en la Edad Media como en los tiempos modernos; en una lengua culta y en una lengua tosca; en los lábios del justo y en los del hombre que no lo es. No sucede lo mismo respecto á aquello que en la predicacion hay de humano: esto varia segun cambian los tiempos ó son distintas las dotes personales del orador, y aquí cabe la diligencia y la industria del hombre: bajo este aspecto, aunque el ministerio de la predicacion es siempre augusto y venerable, puede ser ejercido de una manera imperfecta, está sujeto al exámen de los hombres competentes, y aun, con necesidad y causa razonable, puede ser censurado, si bien, dice Fenelon, «se debe respetar la palabra de Dios, y deben aprovecharse todas las verdades que anuncia el predicador, evitando el espíritu de crítica, no sea que se amengüe la autoridad del ministerio (1).»

Con estos principios está conforme la conducta de los Santos Padres, quienes han exigido, de parte del orador cristiano, virtud y ciencia, y de parte de los fieles religiosos, respeto á la palabra divina, cualesquiera que fuesen la vida y las dotes del predicador; mas no por esto se han abstenido de elogiar ó censurar á los buenos ó malos predicadores; no han dejado de estudiar la manera de predicar convenientemente, y han dado al intento reglas de buen gusto y sana crítica: con su ejemplo y con sus lecciones han enseñado la elocuencia del pulpito; y lejos de deprimirla, la han ensalzado reduciéndola á un arte: el arte de predicar la palabra de Dios.

(1) *Diálogo 1.º sobre la elocuencia.* Tolosa de Francia, 1823, página 3.

LECCION IV.

De la elocuencia sagrada como arte.

Temen algunos que las reglas del arte, fijando demasiado la atencion del predicador, embaracen el movimiento del espíritu, sin el cual no puede haber verdadera elocuencia. No pensaba así San Gregorio Nazianceno; en su juicio, las reglas del arte facilitan el trabajo del orador, que sin este auxilio asemeja en sus pasos al hombre que tiene los piés impedidos. Es cierto que el jóven podrá verse entorpecido cuando aprende el arte, y hasta que le posea completamente; pero «llegará tiempo, dice San Agustin, en que las reglas faciliten sus adelantos, y sea elocuente sin pensarlos, ni aun reflexionar sobre los preceptos del arte.»

Piensen otros que el arte de la elocuencia y la predicacion del Evangelio son cosas que se repelen mutuamente: esta opinion procede, ó de falta de reflexion, ó de una disimulada aversion al estudio y al trabajo. Nace de la irreflexion, cuando se cree que la elocuencia consiste en una estéril locuacidad, ó en el arte de engañar; mas ni lo uno ni lo otro merecen el bello nombre de elocuencia: á lo primero llama San Jerónimo *charlataneria*, y á lo segundo denomina San Agustin *sofisteria*; los Santos Padres han distinguido y definido exactamente la verdadera y la falsa elocuencia, encomiando la primera y condenando la segunda; dar á conocer lo que en esta materia han enseñado y practicado tan insignes varones, es nuestro objeto.

Desde luego observaremos con San Agustin que si la elocuencia sirve para probar la verdad y la mentira, para persuadir lo bueno y lo malo, ¿quién será tan necio que abandone esta arma á merced de los enemigos de la verdad y de la virtud, sin servirse de ella para la defensa de tan sagrados objetos? «*Quis ita desípiat...? Cur non bonorum studio comparatur, ut militet veritate, si eam mali ad obtinendas perversas vanasque causas in usus iniquitatis et erroris usurpant?*»

Causaba grande admiracion al Crisóstomo y al Nazianceno que, creyéndose necesario para muchos negocios de la vida el poseer varias artes, que se aprenden á costa

de estudios, fatigas y dispendios, pretendiesen algunos que el importante y delicadísimo ministerio de la predicación, que tanto contribuye para la salvación de las almas, hubiera de ejercerse sin arte y sin estudio. Por qué, dicen, no se ha de imitar la sencillez de San Pablo, que decía de sí mismo: «No vine con sublimidad de palabra ni de sabiduría á anunciaros el testimonio de Cristo. Porque yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y éste crucificado... Y mi conversacion, y mi predicación no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud; para que vuestra fé no consistiese en sabiduría de hombres, sino en virtud de Dios (1). Aunque tosco en el lenguaje, mas no en el saber (2).» «Siempre he venerado, decía San Jerónimo, la santa sencillez;» pero el que quiera imitar en la predicación el lenguaje sencillo de los Apóstoles, que comience por imitar su vida y por hacer milagros como los hacian aquellos varones en quienes la santidad cubria la sencillez, y los cuales deshacian los sofismas resucitando muertos: «Et syllogismos Aristotelis, contortaque Crysipi acumina, resurgens mortuus confutabat.» «Poco caso haria yo de la elocuencia, decía San Gregorio Nazianceno á sus envidiosos adversarios, si tuviera el poder de hacer milagros.» «Preciso es, exclama San Juan Crisóstomo, desconocer los planes de Dios y su sabia providencia, para atreverse á comparar los tiempos presentes con los apostólicos, y los predicadores de hoy con los de aquella época en que el Señor confirmaba la predicación con milagros portentosos, quitando á los incrédulos presentes y futuros el que pudieran atribuir la propagación del Evangelio á la sabiduría y elocuencia de los hombres.» El mismo Santo Doctor añade, á los que alegan contra la elocuencia las palabras ántes citadas de San Pablo, que no han comprendido su verdadero sentido, puesto que de ellas sólo se infiere que el lenguaje del Apóstol no era elegante, pero no que no fuese elocuente; recuerda sus triunfos oratorios, y prueba que era elocuentísimo ántes, como despues que hiciera milagros: «Ante signa et in mediis signis.» Dar el sentido que se pretende á las palabras de San Pablo, es, dice el Crisósto-

(1) I Corinth., II, 1, 2, 3, 4 y 5.

(2) II Corinth., XI, 6.

mo, un pretexto para encubrir la propia indolencia y aversion al trabajo.» «Hæc obtentus sunt et prætextus ac segnitiei ignaviaeque excusationes.»

Lactancio forma época en la historia de la elocuencia cristiana: no sólo dió el ejemplo combatiendo á los enemigos de la Religión elocuentísimamente, y se lamentó de que los defensores del Cristianismo no se sirvieran de la elocuencia para atraer á los que nada quieren oír ni leer, á no estar revestido de formas agradables, «qui nihil audire, vel legere, nisi expositum ac disertum volunt;» sino que además probó con sólidas razones la necesidad de servirse de la elocuencia para defender el Cristianismo: colocado en los confines del tiempo, de la predicación apostólica y del de la predicación ordinaria, es, á nuestro parecer, el heraldo del siglo de oro de la elocuencia cristiana. En sus obras, como en las de los Santos Padres, aprenderán los jóvenes la teoría y la práctica; y ante las lecciones y ejemplos de estos grandes hombres, desaparecerán por entero las vanas razones que se alegan contra el arte cristiano, á cuyo estudio es preciso dedicarse durante la juventud, segun el consejo de San Agustin, y ántes que las graves ocupaciones del ministerio sacerdotal absorban todo el tiempo.

LECCION V.

La virtud y la ciencia son necesarias al orador cristiano.

De nada servirá el arte para ser elocuente á quien carezca de ciencia y de virtud: en la juventud suele formarse el hombre tal cual ha de ser en lo restante de su vida; el joven que aspira á ser predicador elocuente, debe afianzarse en la virtud y adquirir la ciencia en aquella edad dichosa.

La elocuencia consiste en comunicar al espíritu de otro la luz que alumbró el nuestro y el movimiento de nuestra alma, enseñando, agradando y persuadiendo: «ut doceat; ut delectet, ut flectat,» dice San Agustin. Alguna vez la enseñanza sola bastará para agradar y mover; pero nunca se podrá agradar y mover sin instruir, puesto que la razón preside y dirige todas nuestras operaciones: el instruir es de necesidad y no podemos aspirar á mover la voluntad del hombre ántes de instruirle, «prius... do-

de estudios, fatigas y dispendios, pretendiesen algunos que el importante y delicadísimo ministerio de la predicación, que tanto contribuye para la salvación de las almas, hubiera de ejercerse sin arte y sin estudio. Por qué, dicen, no se ha de imitar la sencillez de San Pablo, que decía de sí mismo: «No vine con sublimidad de palabra ni de sabiduría á anunciaros el testimonio de Cristo. Porque yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y éste crucificado... Y mi conversacion, y mi predicacion no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud; para que vuestra fé no consistiese en sabiduría de hombres, sino en virtud de Dios (1). Aunque tosco en el lenguaje, mas no en el saber (2).» «Siempre he venerado, decía San Jerónimo, la santa sencillez:» pero el que quiera imitar en la predicacion el lenguaje sencillo de los Apóstoles, que comience por imitar su vida y por hacer milagros como los hacian aquellos varones en quienes la santidad cubria la sencillez, y los cuales deshacian los sofismas resucitando muertos: «Et syllogismos Aristotelis, contortaque Crysipi acumina, resurgens mortuus confutabat.» «Poco caso haria yo de la elocuencia, decía San Gregorio Nazianceno á sus envidiosos adversarios, si tuviera el poder de hacer milagros.» «Preciso es, exclama San Juan Crisóstomo, desconocer los planes de Dios y su sabia providencia, para atreverse á comparar los tiempos presentes con los apostólicos, y los predicadores de hoy con los de aquella época en que el Señor confirmaba la predicacion con milagros portentosos, quitando á los incrédulos presentes y futuros el que pudieran atribuir la propagacion del Evangelio á la sabiduría y elocuencia de los hombres.» El mismo Santo Doctor añade, á los que alegan contra la elocuencia las palabras ántes citadas de San Pablo, que no han comprendido su verdadero sentido, puesto que de ellas sólo se infiere que el lenguaje del Apóstol no era elegante, pero no que no fuese elocuente; recuerda sus triunfos oratorios, y prueba que era elocuentísimo ántes, como despues que hiciera milagros: «Ante signa et in mediis signis.» Dar el sentido que se pretende á las palabras de San Pablo, es, dice el Crisósto-

(1) I Corinth., II, 1, 2, 3, 4 y 5.

(2) II Corinth., XI, 6.

mo, un pretexto para encubrir la propia indolencia y aversion al trabajo.» «Hæc obtentus sunt et prætextus ac segnitiei ignaviaeque excusationes.»

Lactancio forma época en la historia de la elocuencia cristiana: no sólo dió el ejemplo combatiendo á los enemigos de la Religión elocuentísimamente, y se lamentó de que los defensores del Cristianismo no se sirvieran de la elocuencia para atraer á los que nada quieren oír ni leer, á no estar revestido de formas agradables, «qui nihil audire, vel legere, nisi expositum ac disertum volunt:» sino que además probó con sólidas razones la necesidad de servirse de la elocuencia para defender el Cristianismo: colocado en los confines del tiempo, de la predicacion apostólica y del de la predicacion ordinaria, es, á nuestro parecer, el heraldo del siglo de oro de la elocuencia cristiana. En sus obras, como en las de los Santos Padres, aprenderán los jóvenes la teoría y la práctica; y ante las lecciones y ejemplos de estos grandes hombres, desaparecerán por entero las vanas razones que se alegan contra el arte cristiano, á cuyo estudio es preciso dedicarse durante la juventud, segun el consejo de San Agustin, y ántes que las graves ocupaciones del ministerio sacerdotal absorban todo el tiempo.

LECCION V.

La virtud y la ciencia son necesarias al orador cristiano.

De nada servirá el arte para ser elocuente á quien carezca de ciencia y de virtud: en la juventud suele formarse el hombre tal cual ha de ser en lo restante de su vida; el joven que aspira á ser predicador elocuente, debe afianzarse en la virtud y adquirir la ciencia en aquella edad dichosa.

La elocuencia consiste en comunicar al espíritu de otro la luz que alumbrá el nuestro y el movimiento de nuestra alma, enseñando, agradando y persuadiendo: «ut doceat; ut delectet, ut flectat,» dice San Agustin. Alguna vez la enseñanza sola bastará para agradar y mover; pero nunca se podrá agradar y mover sin instruir, puesto que la razon preside y dirige todas nuestras operaciones: el instruir es de necesidad y no podemos aspirar á mover la voluntad del hombre ántes de instruirle, «prius... do-

cendi sunt quam movendi.» Siendo, pues, el primer resultado de la elocuencia la ilustración del espíritu, el que por falta de ciencia no pueda enseñar, está radicalmente imposibilitado para predicar con elocuencia. Los Santos Padres, al inculcar la necesidad de la ciencia en el orador cristiano, no hacen más que seguir las prescripciones de una razón filosófica.

Un ser inerte no puede ser principio de movimiento, y el corazón que no ame á su Dios, ni á su prójimo, será un corazón inerte y helado que no podrá difundir el calor de que carece.

Es notable el interés y la convicción con que Cicerón y Quintiliano (1) sostienen que no puede ser elocuente el hombre que no sea virtuoso: enseñar la elocuencia á quien carezca de virtud, dice Cicerón, es entregar una arma mortífera á un demente; y Quintiliano recelaba si habría causado un mal dictando sus bellas lecciones de elocuencia, por temor de que hombres sin buenas costumbres pudieran abusar de ellas: así se pensaba y se escribía en medio de las tinieblas del paganismo; esto decía la luz natural á aquellos hombres privados de la sobrenatural.

Alumbrados por esta divina luz los Padres de la Iglesia, inculcan al orador cristiano la práctica de la virtud, no tan sólo por el peso y autoridad que el buen ejemplo da á la doctrina, ni por el desprecio en que ésta cae cuando la desmiente ó contradice la vida del orador; ni, en fin, por la obligación especial que de vivir cristianamente tienen los ministros del Evangelio, sino atendiendo al constitutivo esencial y á la estética de la elocuencia; sabían sobradamente que quien desee mover se ha de mostrar él mismo conmovido: «si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.» Sólo de un corazón abrasado en el amor divino pueden salir los dardos que atraviesen el corazón del pecador, ó aquellas palabras de fuego, como las llama San Gregorio, que producen en el corazón cristiano

(1) *De orat.*, lib. I, núm. v y vi, tom. II, pág. 6; lib. III, núm. xiv pág. 234.—*Orator.*, núm. xxxiv, tom. I, pág. 316.—*Inst.*, lib. VIII, proemio núm. IV, tom. II, pág. 25; lib. II, cap. xxii; tom. I, número cxliv; lib. XII, cap. I; tom. II, pág. 345.—Téngase presente que Quintiliano escribía en medio de las tinieblas del paganismo: su doctrina no es tan pura ni tan recomendable como su didáctica; conviene leerle con las notas de los Padres Rodríguez y Sandier, de la Escuela Pia.

los grandes incendios del amor divino: «Qui ab eorum exhortationibus verba flammantia ad aures audientium procedunt... quando vix tenuiter prædicator loqui sufficit hoc, unde ipse fortiter ignescit.»

Cierto es, y los Santos Padres lo reconocen, que siendo la virtud tan bella, puede suceder que el mismo que no la practica la ame al contemplarla, y contribuya á que la amen aquellos á quienes logre presentarla con los rasgos de su intrínseca belleza; pero este movimiento del orador, excitado con trabajo y estudio, ha de ser ficticio, se sostendrá difícilmente y no podrá ménos de resentirse de la lucha del hombre interior, que enmudece el habla, según San Ambrosio, si la conciencia está enferma: «Et ipsa obmutescit facundia, si ægra sit conscientia.»

La virtud, pues, y la ciencia son necesarias para que el orador cristiano sea perfecto: «terminus perfectissimus doctrinæ:» al que le falta una de estas dos cosas, le compara el Nazianceno á quien carece de un ojo; torpe para mirar, desagradable para ser mirado; y en concepto de San Hilario, el que haya de ser perfecto, necesita que la doctrina sea el ornamento de su vida, y ésta el decoro de su doctrina: «Vita ejus ornetur docendo, et doctrina vivendo.» Verdad es que cuando ambas cosas no se obtienen, es preferible una santa sencillez á la elocuencia del pecador, «quam eloquentiam peccatricem;» pero no es ménos cierto que el ministro virtuoso y sin ciencia sólo es bueno para sí é inútil para los demás.

¿Cómo no lamentar la impaciencia de algunos jóvenes, á quienes para subir al púlpito les parece largo el tiempo que invierten en sus estudios elementales, que no son más, entendiéndolo bien, que los cimientos sobre que han de levantar más tarde el sólido edificio de una instrucción amplia y perfecta? ¿De cuán diferente manera pensaba San Agustín! Encargado por el Obispo Valerio del ministerio de la predicación, lloraba, y pedía tiempo para prepararse con el estudio, con la oración y con las lágrimas. ¡Cuán distintos eran los sentimientos de San Ambrosio! Obispo ya, se lamentaba de tener que enseñar, «antes, decía, de haber aprendido.» «Jóven irreflexivo, exclama el Nazianceno, Jesucristo no predicó antes de los treinta años, ¿y tú imberbe, crees poder enseñar á los ancianos careciendo de la autoridad que dan los años y la virtud?» «Docere te posse credis, nec ab ætate, nec á moribus fortasse auctoritatem habens.» «Tu precipitacion,

añade San Gregorio Magno, no sólo te inutiliza al presente, sino que te impide hacer progresos: quieres volar antes de tener alas, y caerás para no volverte á levantar: «ire in alta cupiunt inde in ima merguntur.» ¡Ay de los que dejan pasar los días fugaces de la juventud sin acaudalar tesoros de virtud y de ciencia! ¡Triste será su suerte y grande su responsabilidad cuando deban y no puedan ser elocuentes! Y ¡ay de los que, colocados ya entre el cielo y la tierra para anunciar á los hombres la ley santa de Dios, ni la estudiamos ni la practicamos! ¿Por qué, dice San Ambrosio, el tiempo que nos dejan libre las funciones del ministerio, no le pasaremos en el retiro, hablando con Cristo en la oracion y oyendo á Cristo en la leccion? «Christum alloquaris, Christum audias? illum alloquimur cum oramus, illum audimus cum divina legimus oracula.»

LECCION VI.

Del estudio de la Sagrada Escritura.

El estudio de la palabra de Dios escrita y tradicional es de necesidad absoluta para el orador cristiano. San Atanasio ha señalado con enérgica concision dónde está la palabra de Dios: «Quam scilicet Dominus tradidit, Apostoli prædicavere, et Patres servavere.» Más adelante hablaremos de los escritos de los Santos Padres; fijemos ahora nuestra atencion en la Sagrada Escritura, libro que, segun San Gregorio Magno, jamás debe dejar de las manos el predicador.

Recordemos el origen de la elocuencia sagrada, y cuál es la mision del orador cristiano. Jesucristo dijo: «id... y enseñad á todas las gentes... á observar todas las cosas que os he mandado (1); predicad el Evangelio á toda criatura (2).» Los Apóstoles cumplieron su mision, «salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmando su doctrina con milagros (3).» San Pablo decia: «Somos embajadores en nombre de Cristo,

(1) San Math., xxviii, 19, 20.

(2) San Marc., xvi, 15.

(3) San Marc., cap. xvi, vers. 20.

como que Dios os amonesta por nosotros... (1). Así nos tenga el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Ahora lo que se requiere en los dispensadores es que cada cuál sea hallado fiel (2).»

Fiel, fidelísimo dispensador fué el Apóstol: «Vine, decia á los corintios, á anunciaros el testimonio de Cristo. Porque yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y éste crucificado... Mi conversacion y mi predicacion no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud: para que vuestra fé no consistiese en sabiduría de hombres, sino en virtud de Dios (3).» No predicaba, no, la ciencia humana ni la sabiduria de los hombres, sino la palabra de Dios que le habia sido revelada por el Espíritu Santo (4); que habia aprendido tratando y conversando con los otros Apóstoles y discípulos (5), y con el estudio del Antiguo Testamento, que tan á menudo citaba en sus discursos.

Lo que Pablo practicó, eso mismo mandaba hacer á sus discípulos Tito y Timoteo en aquellas tres cartas que les dirigió, y que, en opinion de San Agustin, siempre deben tener á la vista los predicadores del Evangelio; en ellas se ve la insistencia con que les recomienda que se guarden de predicar la ciencia humana, y que se atengan á las palabras de Jesucristo: «sanis sermonibus Domini Nostri Jesuchristi (6);» en ellas se leen estas notables palabras que decia á Timoteo: «persevera en las cosas que has aprendido, y te se han encomendado: sabiendo de quién las aprendiste y que desde la niñez aprendiste las Sagradas Letras... Toda Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para reprender, para corregir, y para instruir en la justicia (7).» El orador cristiano, pues, que no lee y medita la Sagrada Escritura se aparta del ejemplo de los Apóstoles, renuncia su elevada mision, abdica su noble carácter de embajador de Cristo, y no puede ser considerado por el pueblo fiel como dispensador de los misterios de Dios.

Y no debe limitarse á leer uno que otro de los libros

(1) II ad Corinth., vers. 20.

(2) I ad Corinth., iv, 1, 2.

(3) I ad Corinth., ii, 1, 2, 4, 5.

(4) I á los Corinth., cap. ii, vers. 10.

(5) *Hecno apostol.*, cap. ix.

(6) I ad Timoth., vi, 3.

(7) II ad Timoth., versículos 14, 15, 16.

sagrados; la Escritura entera debe ser el objeto de su perseverante estudio; así lo inculca San Juan Crisóstomo, lamentando la conducta de los que leen sólo aquellos libros ó pasajes de su gusto particular. A esto no se opone, sin embargo, el estudio más asiduo de aquellos libros que puedan ser de mayor utilidad para el predicador. Los Santos Padres recomiendan, entre los del Antiguo Testamento, los Salmos de David; y San Atanasio, San Basilio, San Ambrosio y San Hilario han analizado el Salterio, señalando los tesoros que en él existen, y deben aprovechar para el ejercicio de su ministerio los predicadores de la divina palabra. En el Nuevo Testamento, salvo el Evangelio, que es el alma y la vida de la predicación, San Juan Crisóstomo dice que las epístolas de San Pablo son una mina riquísima, una fuente inagotable, y que á esta mina y á esta fuente han recurrido todos los oradores pasados, como acudirán cuantos prediquen en lo sucesivo, sin que ni el oro de esa mina ni el agua de esa fuente se consuman, sino, al contrario, se aumenta, «*Augetur et multiplicatur... numquam omnino absumi possunt.*» «Si es que yo sé algo, añade, lo debo al grande estudio que he hecho de las cartas del Apóstol.»

Tal vez pregunte alguno, dice San Agustín, si los escritores sagrados, además de enseñar la sabiduría, fueron elocuentes; esa cuestión está para mí resuelta, pues no encuentro escritos de mayor ciencia ni más elocuentes: «*Non solum nihil eis sapientius, verum etiam nihil eloquentius mihi videri potest.*» y no se contenta el Santo con afirmar esto, sino que lo prueba teórica y prácticamente, analizando, como buen maestro, varios pasajes de los Libros Santos. ¿Y qué extraño es que así sea, dice, cuando fueron enviados aquellos escritores por el Autor mismo del ingenio y del talento? «*Quos ille misit qui facit ingenia.*» En hora buena que algunos libros sagrados, en especial del Nuevo Testamento, carezcan de elegancia; los Santos Padres lo reconocen y explican el por qué ha debido suceder así; no obstante, place su misma sencillez, y, como dice San Jerónimo, en nuestros Libros Santos hasta la corteza brilla, mas lo que hay debajo es sobremana dulce. «*Nitet... in cortice, sed dulcius in medulla est.*» Lo grande y lo tierno, lo triste y lo vehemente, como lo patético, todo se encuentra en los Libros Santos; aunque, según San Agustín, se escribieron sin la intención de que fueran elocuentes, la grandeza misma de las co-

sas lleva consigo la elocuencia, que, como servidora obli- gada, sigue sin ser llamada: «*Et tamquam inseparabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam.*»

Aun cuando el orador cristiano pudiera prescindir, que no puede, del estudio de la Sagrada Escritura, debería leerla siquiera no fuese más que para adquirir la elocuencia varonil y llena al mismo tiempo de dulzura y unción penetrante. ¡Cuántos talentos se pierden para la elocuencia del púlpito por carecer de este indispensable estudio! Otros muchos, dotados de bellas disposiciones, pronuncian discursos que por su estilo elegante, por su lenguaje correcto, y aun por el mérito de los pensamientos, captarian justamente la atención en una Academia; sin embargo, pronunciados en la cátedra del Espíritu Santo, son como una armonía que tan sólo recrea el oído, dejando fría el alma; sus palabras son bellas, pero no pasan de ser palabras del hombre; fáltales aquella vida esencial, aquella savia vivificante, aquel sabor celestial, aquella dulce emoción y aquella unción penetrante que sólo viene de Dios, que sólo se aprende en la Sagrada Escritura, y que sólo se expresa con el lenguaje de los Libros Santos. «*Vuestros discursos son bellos, pudiéramos decirles como San Jerónimo á Paulino; teneis buenos principios. ¡Oh lo que pudiérais ser dedicándoos al estudio de las Santas Escrituras! Si en vuestros discursos pudiéramos encarnar el estudio de esos Libros, nada habría más bello y más docto; nada más dulce y sabroso.*» «*Si haberes hoc fundamentum imo si quasi extrema manus operi tuo induceretur, nihil pulchrius, nihil doctius, nihil dulcius.... tuis haberemus voluminibus.*»

Predicadores de la divina palabra: por el honor de vuestro ministerio; por los intereses eternos que debéis promover; por la salvación eterna de las almas que adoc- trináis; por la gloria de Dios que os ha enviado, leed, estudiad, medita la Sagrada Escritura; que ella nutra vuestro espíritu, alimente vuestra alma é inflame vuestro corazón; que su lenguaje sea vuestro lenguaje: ¡Oh! Si á los dones naturales con que el Señor os ha enriquecido, decía San Jerónimo á Paulino, se agregara el estudio y la inteligencia de la Sagrada Escritura, ¡qué pronto llegaríais á la cima de la elocuencia! «*Huic prudentiæ et eloquentiæ si accederet vel studium, vel intelligentia Scripturarum, viderem te brevi arcem tenere...*»

LECCION VII.

Del estudio de los Santos Padres.

El estudio de los Libros Santos no basta por sí sólo para el orador: en las divinas Escrituras hay cosas difíciles de entender, dice San Pedro (1); son además, según el Crisóstomo, una mina que encierra grandes tesoros, y no es de todos el saber utilizarla; y por último, algunas verdades reveladas no están en la Sagrada Escritura; nos las enseña la tradición divina. ¿Encontramos en los Libros Santos lugares difíciles de entender? «Accede ad sapientiorum, vade ad doctorem,» dice San Juan Crisóstomo. ¿Deseamos enriquecernos con los tesoros que se ocultan en la Sagrada Escritura? «Post Scripturas Sanctas, doctorum hominum tractatus lege,» aconseja San Jerónimo. ¿Queremos conocer la doctrina tradicional? «Patres servavere,» dijo San Atanasio.

El ánimo se complace al encontrar en los escritos de los Padres, ampliamente discutido y sólidamente probado todo el dogma, toda la doctrina moral, la disciplina, la historia de la Iglesia, y cuanto hemos aprendido compendiosamente en nuestros estudios elementales: la claridad, la exactitud, la seguridad y la concordancia con que hablan tan eminentes varones, ilustran nuestra fé, regocijan nuestro corazón, y, sin advertirlo, nos creemos trasladados al tiempo de la venerable antigüedad, contemplando la aurora del Cristianismo más bella, más encantadora que la primera mañana del mundo.

Hoy los ministros del Evangelio, separados de los Santos Padres por el espacio de muchos siglos, y más distantes aún de su dignidad y grandeza personal, estamos, sin embargo, llamados á predicar en la Iglesia la misma doctrina que ellos predicaron: mostrémonos dignos sucesores suyos, imitando su conducta, siquiera sea de lejos; estudiemos sus escritos, como ellos estudiaron los de sus coetáneos y predecesores, cuyas doctrinas aprendían y de cuyo testimonio se servían para propagar y defender la sana doctrina. Cuando por las citas que ha-

(1) II, cap. III, 16.

cen en sus escritos observamos la solicitud con que se procuraban los de otros y la aplicación con que los estudiaban; y por otra parte recordamos las circunstancias de aquellos tiempos, en que tan fatigoso era el multiplicar las copias de un escrito y tan escasos los medios de comunicación, el ánimo se asombra y no comprende á costa de cuántas fatigas escribirían sus libros imperecederos, en que acumularon esos tesoros de sabiduría, esos luminares que alumbran y alumbrarán á la Iglesia hasta la consumación de los tiempos; pero ¡qué doloroso contraste! Nosotros, rodeados de ese piélago de luz, cerramos los ojos para no verla; multiplicados por la imprenta, sin trabajo nuestro, esos preciosos libros que tantas vigiliadas y sudores costaron á sus autores, los dejamos sepultados en el polvo de las bibliotecas. ¿Y aspiramos á ser predicadores elocuentes...? ¡Imposible!

Imposible es que sin aquel estudio se nutra nuestro espíritu con abundante y sana doctrina; y difícil también que amemos el lenguaje natural y característico de la elocuencia cristiana, si no le aprendemos en las obras clásicas de los Santos Padres. Los jóvenes no las han leído todavía; tienen que juzgar por testimonio ajeno; no tenemos derecho á que nos crean por nuestra palabra, pero si le tenemos para aconsejarles que lean el juicio que de la elocuencia de los Santos Padres han formado los Padres mismos. San Jerónimo y San Cirilo dan testimonio de la elocuencia de Clemente de Alejandría. Lactancio, San Agustín y San Jerónimo elogian la de Tertuliano: la de San Cipriano lo es por San Agustín, San Jerónimo y Lactancio, y de la de este último habla con encomio San Jerónimo: San Hilario de Poitiers, San Cirilo de Alejandría y el Nazianceno recomiendan la de San Atanasio; San Jerónimo llama á San Hilario «eloquentiæ latinæ rhodanus:» San Agustín y San Jerónimo ensalzan la elocuencia del Nazianceno; este último, San Efrén, San Jerónimo y San Gregorio de Nysa han hecho pomposos y justos elogios de la de San Basilio: de la de San Efrén han hecho mérito San Jerónimo, el Niseno y el Crisóstomo; y de la de San Cirilo, San Jerónimo, quien á su vez es muy loado, entre otros, por San Agustín: San Basilio, San Paulino, San Agustín, San Isidoro de Sevilla y Casiodoro han admirado la de San Ambrosio; y de la de San Juan de Constantinopla hicieron sus contemporáneos el más cumplido elogio, apellidándole *Crisóstomo*, ó *BOCA DE ORO*.

Estos testimonios son irrefragables: la competencia de los jueces es muy universalmente reconocida, y su notoria sinceridad los pone á cubierto de la sospecha de parcialidad. Nótese además que sus juicios versaban casi siempre sobre autores que ya no existían; y que respecto á los escritores contemporáneos, solían guardar silencio; no fuera, como dice San Jerónimo al abstenerse de elogiar á su coetáneo San Ambrosio, que su admiración les hiciera propender á la adulación, ó su amor á la justicia perjudicase los derechos de la verdad. «Ne in alterutram partem aut adulatio in me reprehendatur, aut veritas.»

Eran críticos tan imparciales, que su admiración no les impedía censurar los defectos que tal vez deslustraban la elocuencia de algunos Padres. Tampoco nosotros podemos ocultar estas ligeras imperfecciones: nuestro silencio podría ser un tropiezo para los jóvenes.

Para juzgar la elocuencia de los Padres es preciso tener en cuenta el mal gusto que dominaba en su época respectiva: muchos de ellos sabemos que aprendieron la retórica con maestros de un gusto corrompido. Tampoco es aventurado creer, con Fenelon (1) y Bossuet (2), que la caridad de aquellos fervorosos Pastores les aconsejase cierta condescendencia con el mal gusto dominante, á fin de que su predicación fuera más útil á los oyentes; no faltan pasajes en sus escritos que nos hacen formar este juicio. Sobre todo, es fácil conocer que aquellos varones, asombrosamente activos y laboriosos, llevaban en su corazón los intereses del mundo cristiano; la predicación no era más que una de sus muchas y graves ocupaciones; predicaban frecuentísimamente é improvisaban muy á menudo; atendidas todas estas circunstancias, fácil es conocer que no les vagaba el tiempo para ocuparse en pormenores, si no reputaban como indigno de su alta misión trabajo tan minucioso, é incompatible con la elevación de sus pensamientos.

Como quiera que sea, es indudable que en ciertos escritos de aquellos varones venerandos se nota alguna vez poco esmero en el estilo, digresiones, falsas antítesis y

(1) Diálogo III, pág. 95.

(2) Quisiéramos que los jóvenes leyeran el elogio que Bossuet hace de San Agustín en particular, y de los Santos Padres en general, en su *Defensa de la tradición y de los Santos Padres*, primera parte, libro IV, cap. XVIII.

conceptos muy estudiados; pero estas imperfecciones casi desaparecen ante aquella solidez de pensamientos y elevación de ideas, delicadeza del sentimiento y riqueza de fantasía, unión dulce y penetrante, naturalidad encantadora, y movimientos rápidos y vehementes que hacen de todos los Santos Padres reunidos lo sumo de la elocuencia: semejantes al astro del día, sus manchas las cubre su inmenso resplandor, como lo indica Bossuet hablando de San Agustín.

Nunca ha sido ménos excusable el predicador cristiano de no estudiar los Santos Padres que ahora en que la imprenta nos proporciona ediciones, si no tan bellas como algunas de las antiguas, mucho más económicas. Ni tampoco exigimos el estudio de la voluminosa biblioteca de los Santos Padres, pues sabemos que sólo Orígenes escribió tanto, que, como dice San Jerónimo, es imposible leerlo todo; pero sí pretendemos que cada cual lea, según pueda, mucho de las obras de todos los Santos Padres; y que todos estudien las obras de uno ó dos de ellos: por ejemplo, San Juan Crisóstomo entre los griegos, y San Agustín entre los latinos, bastarían por su copiosa y sana doctrina y por sus dotes oratorias: quitense del primero algunos pasajes redundantes ó difusos y súplase alguna falta de unidad; cercénense en San Agustín muchas de sus antítesis y algunos conceptos estudiados, y los escritos de ambos Padres serán tan ricos tesoros de doctrina como acabados modelos de elocuencia.

En San Juan Crisóstomo hay de notable que no se limita á explicar la Sagrada Escritura: á menudo, y con especialidad en sus numerosas homilías sobre las cartas de San Pablo, muestra el proceder del Apóstol ajustado á las prescripciones de la verdadera elocuencia: en estos escritos del Crisóstomo habla el sabio comentarista y el didáctico juicioso.

Jóvenes levitas: la Iglesia os tiene reservada la elevada misión de evangelizar al pueblo cristiano; para que los fieles os entiendan, aprended el lenguaje de la Religión, característico de los enviados de Dios; pero ese lenguaje no le encontrareis ni le aprenderéis sino leyendo mucho, y estudiando los imperecederos escritos de nuestra santa y venerable antigüedad.

LECCION VIII.

De la filosofía cristiana.

El orador cristiano debe conocer todos los monumentos de la tradición divina: entre estos hemos hablado únicamente de los escritos de los Santos Padres, porque son los que ejercen mayor influjo sobre la elocuencia sagrada. Mas también necesita el auxilio de la filosofía, que suele ser definida con bastante vaguedad. San Agustín hace de ella una descripción que conduce á una definición clara y exacta. «La razón, dice, es la mirada del entendimiento; cuando esta mirada se extiende, DISCURRE sobre los objetos, y el alma está en movimiento, que es lo que se llama ratiocinio. El alma unas veces se examina á sí misma, estudia sus propias facultades y el modo con que funcionan, y otras ejerce su acción sobre objetos externos; en ambos casos se limita al conocimiento de verdades aisladas; en otras ocasiones las penetra, las desentraña é inquiera cuanto ellas contienen; estudia sus relaciones; de unas verdades deduce otras, y las distingue ó las enlaza. Este procedimiento laborioso y seguro se llama filosofía: podemos definirla diciendo que es «el desarrollo y progreso de la razón.» «*Ut ratio sit quiddam mentis adpectus, ratiocinatio autem rationis inquisitio, id est, adpectus illius per ea que adspicienda sunt motio... Ratio est mentis motio, ea que discuntur distinguendi, et connectendi potens.*»

El ministerio de la predicación no se reduce á la simple enunciación de la palabra de Dios: expositor de esta divina palabra, como le llama San Agustín, el predicador debe anunciarla y explicarla: aunque enviado de Dios, obra como hombre, y como hombres han de ser también instruidos y movidos aquellos á quienes predica. El proceder de la razón humana, sometido á las leyes que le ha dictado el Criador, es uno solo en el hombre, lo mismo cuando explica la palabra de Dios que cuando se ocupa en el conocimiento de cualquier otro objeto: la diferencia específica del proceder de la razón del orador cristiano consiste en que éste se apoya siempre en la palabra de Dios revelada; de ella deduce consecuencias, las enlaza y las aplica á la conducta del hombre con relación á la

vida eterna; su razón procede, digámoslo así, racionalmente; en su marcha se asimila cuantas verdades encuentra relacionadas con su objeto, de cualquiera orden que sean, y esto es filosofía, y filosofía divina, dice Casiodoro: «*Divinalis dicitur quando aut ineffabilem naturam divinam, aut spirituales creaturas ex aliqua parte profundissima qualitate disserimus.*»

Se ha abusado tan lastimosamente de la palabra *filosofía*, que algunos se almarán tal vez de que pretendamos amistarla con la predicación del Evangelio, y más aún al leer que el orador cristiano no puede ser elocuente si no es filósofo; pero la doctrina y los ejemplos de los Santos Padres sobre esta materia son muy á propósito para tranquilizar los espíritus más recelosos.

Los libros *del Orden* de San Agustín son la historia de un diálogo al que asistía Santa Mónica: dirigiéndose á ésta el Santo Doctor, la dice: «Para que nada ignores, madre mía, esta palabra *filosofía* significa amor de la sabiduría; las divinas Escrituras, que tan religiosamente amas, no nos mandan huir de los filósofos y despreciarlos; hablan en este sentido sólo de los filósofos de este mundo; pretender que huyamos de toda filosofía, es lo mismo que querer que no amemos la sabiduría.» «*Nam quisquis omnem philosophiam fugiendam putat, nihil nos vult aliud quam non amare sapientiam.*»

Consencio, hombre piadoso, pero poco instruido, decía á San Agustín que si la razón hubiera de tener parte en las materias de nuestra fé, la salud eterna estaría reservada á los oradores y filósofos. «No se concilia bien, le contesta el Santo, lo que me escribes; porque en la misma carta en que deseas que la razón no intervenga en las cosas de la fé, me pides que con las luces de mi ingenio disipe la oscuridad en que tu espíritu se halla envuelto con respecto al misterio de la Santísima Trinidad. Si en punto tan capital recurres á mí para que te haga conocer, en cuanto sea posible, lo que ya crees, corrige el principio que has asentado, y sin apartarte jamás del camino seguro de la fé, no rechaces enteramente los servicios de la razón; considera que ni aún creer podríamos si no fuésemos racionales, y que si es cierto que debemos comenzar por creer, que tenemos obligación y necesidad de creer, y que debemos creer cuanto Dios se ha dignado revelarnos, no es ménos cierto que estas sábias máximas nos las enseña la razón; por manera que sien-

do la fé lo principal y necesario, la razon, sin embargo, en muchos casos precede á la fé.» «No, dice en otro lugar; la recta razon no se aparta de la fé, no la abandona: la sirve como auxiliar.»

San Basilio distingue exactamente la Teología sagrada y la natural, y llama á las dos ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas; «ciencia que se adquiere, dice, no sólo con el estudio de la palabra divina, sino tambien con la contemplacion del universo.» San Juan Crisóstomo enseña que, además de la revelacion divina, hay dos libros donde el hombre puede adquirir el conocimiento de Dios; libros anteriores á la existencia de Moisés y los Profetas, y aún á la invencion de los libros; libros escritos por el dedo de Dios con caracteres indelebles, y tan inteligibles, que lo mismo pueden leerlos y entenderlos los sábios que los ignorantes; David estudió estos dos libros, que comentó en los más sublimes de sus Salmos, y contemplándolos decia absorto: «Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine (1); cœli enarrant gloriam Dei (2).» El Apóstol predicó la doctrina que habia aprendido en esos dos libros, que son, dice el Crisóstomo, la conciencia ó la razon del hombre, y el espectáculo de la naturaleza ó el mundo visible.

¡Oh cuánto aprendieron en estos libros los Santos Padres! ¡Con cuánta elocuencia desarrollaron su doctrina! Nutridos con el pan sustancial de la palabra divina, descendian de la cumbre del Sinaí de la revelacion á contemplar la humanidad: en su propia razon veian la razon humana, y la ponian en movimiento: sondeaban el corazon del hombre y pulsaban con acierto todas sus fibras; meditaban y desarrollaban los principios de la ley natural; recorrian el mundo visible, estudiándole en sus pormenores; en todas partes veian las obras del poder de Dios, el reflejo de su sabiduria, los dones de su amor y poseidos de entusiasmo al oír el armonioso concierto, el sublime poema le llama San Agustin, con que el universo canta la gloria de su Criador, con palabras de fuego arrebatan el espíritu y el corazon de sus oyentes y los elevaban y unian á Dios por la fé y por el amor. ¡Qué bellas páginas, qué sublimes discursos, qué elocuentes homilias las que, inspiradas por el conocimiento del hombre

(1) Salm. iv, 7.

(2) Salm. xviii, 7.

y el espectáculo de la naturaleza, predicaron el Crisóstomo y el Nazianceno, San Basilio, San Ambrosio y San Agustin! Teólogos profundos, metafísicos eminentes, consumados moralistas, ¿podian no ser oradores elocuentísimos?

Predicadores de la palabra de Dios: para ser elocuentes necesitais la filosofía; bebedla en los escritos de los Santos Padres; como ellos, estudiad atentamente la doctrina cristiana, practicadla escrupulosamente, inculcándola con fervor; buscad á Dios en la contemplacion del mundo visible; buscadle en el hombre mismo, que es un mundo abreviado, como le llaman los Santos Padres, y sereis profundos filósofos y oradores elocuentes, predicando una Religion «cuyos dogmas y misterios ofrecen á los espíritus elevados ideas sublimes, á los corazones sensibles dulzuras inefables, á los hombres positivos demostraciones indestructibles; Religion que recomienda la virtud y condena el vicio, rechaza el orgullo y acoge la buena fé, y se amista suavemente con la recta razon (1);» porque léjos de nosotros el creer, decia San Agustin, que Dios aborrezca en el hombre el más precioso de los dones con que en el órden natural le ha enriquecido. «Absit namque ut hoc in nobis Deus oderit in quo reliquis animantibus excellentiores creavit. Absit, inquam, ut ideo credamus, ne rationem accipiamus sive quæramus; cum etiam credere non possemus nisi rationales animas haberemus.»

LECCION IX.

De la literatura profana.

En las últimas lecciones hemos hablado de los estudios que son de primera y absoluta necesidad para el orador cristiano: el círculo que en ella hemos trazado es muy espacioso; más fuera de él hay todavía un anchuroso campo, el de la literatura profana; nombre que respecto de la elocuencia sagrada tomamos aquí tan sólo para clasificar á los escritores en eclesiásticos y no eclesiásticos. Antes de pasar adelante, debemos declarar que

(1) Riambourg. Escuela de París. Eclecticismo. París, 1837; tomo I, pág. 317.

do la fé lo principal y necesario, la razon, sin embargo, en muchos casos precede á la fé.» «No, dice en otro lugar; la recta razon no se aparta de la fé, no la abandona: la sirve como auxiliar.»

San Basilio distingue exactamente la Teología sagrada y la natural, y llama á las dos ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas; «ciencia que se adquiere, dice, no sólo con el estudio de la palabra divina, sino tambien con la contemplacion del universo.» San Juan Crisóstomo enseña que, además de la revelacion divina, hay dos libros donde el hombre puede adquirir el conocimiento de Dios; libros anteriores á la existencia de Moisés y los Profetas, y aún á la invencion de los libros; libros escritos por el dedo de Dios con caracteres indelebles, y tan inteligibles, que lo mismo pueden leerlos y entenderlos los sábios que los ignorantes; David estudió estos dos libros, que comentó en los más sublimes de sus Salmos, y contemplándolos decia absorto: «Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine (1); cœli enarrant gloriam Dei (2).» El Apóstol predicó la doctrina que habia aprendido en esos dos libros, que son, dice el Crisóstomo, la conciencia ó la razon del hombre, y el espectáculo de la naturaleza ó el mundo visible.

¡Oh cuánto aprendieron en estos libros los Santos Padres! ¡Con cuánta elocuencia desarrollaron su doctrina! Nutridos con el pan sustancial de la palabra divina, descendian de la cumbre del Sinaí de la revelacion á contemplar la humanidad: en su propia razon veian la razon humana, y la ponian en movimiento: sondeaban el corazon del hombre y pulsaban con acierto todas sus fibras; meditaban y desarrollaban los principios de la ley natural; recorrian el mundo visible, estudiándole en sus pormenores; en todas partes veian las obras del poder de Dios, el reflejo de su sabiduria, los dones de su amor y poseidos de entusiasmo al oír el armonioso concierto, el sublime poema le llama San Agustin, con que el universo canta la gloria de su Criador, con palabras de fuego arrebatan el espíritu y el corazon de sus oyentes y los elevaban y unian á Dios por la fé y por el amor. ¡Qué bellas páginas, qué sublimes discursos, qué elocuentes homilias las que, inspiradas por el conocimiento del hombre

(1) Salm. iv, 7.

(2) Salm. xviii, 7.

y el espectáculo de la naturaleza, predicaron el Crisóstomo y el Nazianceno, San Basilio, San Ambrosio y San Agustin! Teólogos profundos, metafísicos eminentes, consumados moralistas, ¿podian no ser oradores elocuentísimos?

Predicadores de la palabra de Dios: para ser elocuentes necesitais la filosofía; bebedla en los escritos de los Santos Padres; como ellos, estudiad atentamente la doctrina cristiana, practicadla escrupulosamente, inculcándola con fervor; buscad á Dios en la contemplacion del mundo visible; buscadle en el hombre mismo, que es un mundo abreviado, como le llaman los Santos Padres, y sereis profundos filósofos y oradores elocuentes, predicando una Religion «cuyos dogmas y misterios ofrecen á los espíritus elevados ideas sublimes, á los corazones sensibles dulzuras inefables, á los hombres positivos demostraciones indestructibles; Religion que recomienda la virtud y condena el vicio, rechaza el orgullo y acoge la buena fé, y se amista suavemente con la recta razon (1);» porque léjos de nosotros el creer, decia San Agustin, que Dios aborrezca en el hombre el más precioso de los dones con que en el órden natural le ha enriquecido. «Absit namque ut hoc in nobis Deus oderit in quo reliquis animantibus excellentiores creavit. Absit, inquam, ut ideo credamus, ne rationem accipiamus sive quæramus; cum etiam credere non possemus nisi rationales animas haberemus.»

LECCION IX.

De la literatura profana.

En las últimas lecciones hemos hablado de los estudios que son de primera y absoluta necesidad para el orador cristiano: el círculo que en ella hemos trazado es muy espacioso; más fuera de él hay todavía un anchuroso campo, el de la literatura profana; nombre que respecto de la elocuencia sagrada tomamos aquí tan sólo para clasificar á los escritores en eclesiásticos y no eclesiásticos. Antes de pasar adelante, debemos declarar que

(1) Riambourg. Escuela de París. Eclecticismo. París, 1837; tomo I, pág. 317.

ciertas obras pueden considerarse como pertenecientes á la literatura eclesiástica, aunque sus autores carezcan de la antigüedad y demás circunstancias que se requieren para ser contados entre los Padres y escritores eclesiásticos: tales son, por ejemplo, las obras de Fr. Luis de Granada, del venerable Avila, de Santa Teresa de Jesús, de Fr. Luis de León, de los Padres Estella, Puente y Chaide y otras del mismo género: éstas, por su reconocida ortodoxia y elocuencia, pueden y deben ser leídas por los jóvenes, quienes, con el fruto que de esta lectura recojan, quedarán ampliamente recompensados de su trabajo (1).

Por lo demás, no nos empeñaremos en indicar siquiera todos los autores de literatura y elocuencia profana que pudieran leer; nuestro trabajo sería imperfecto, y sin lograr el objeto, recargaríamos la memoria de nuestros lectores, y quizá resfriaríamos su ánimo con la perspectiva de una inmensa lectura: en materia tan vasta nos limitamos á consignar principios y á dar consejos; en lo cual podemos tomarnos alguna libertad, toda vez que escribimos para jóvenes inexpertos.

En opinión de San Agustín, el orador cristiano debe aprovechar para la defensa de la Religión todas las verdades que encuentre, donde quiera que sea, y aunque las halle en los escritos de los paganos: «Non solum formidanda non sunt, sed ab eis etiam tamquam injustis

(1) Nuestro plan en estas lecciones no nos permite ocuparnos en el estudio de la elocuencia sagrada relativamente á nuestra patria. Mas aun cuando no apartamos la vista de los Santos Padres, creemos, sin embargo, deber copiar en esta nota la siguiente reflexion de un sacerdote muy conocido en el mundo sábio: «En España, dice, se observa en esta clase de literatura un fenómeno muy raro. Nuestros escritores religiosos son elocuentísimos en los libros que escribieron sobre la moral cristiana. En las obras de Granada, León, Avila, Puente y Chaide hay un repertorio admirable de pensamientos cristianos muy bien desenvueltos, con todos los adornos que puede admitir la elocuencia del púlpito, y con toda la mocion de que necesita. Pero estos mismos que predicaban tan bien en sus libros, cuando hablaban al pueblo, olvidaban, por decirlo así, su elocuencia, y se reducian al ministerio de un catequista. No podemos atribuir esta conducta sino al deseo de acomodarse á la capacidad del vulgo, generalmente muy poco instruido en España. Bossuet y Massillon, predicaron en la corte de Luis XIV; tenían por oyentes los hombres más sábios de su siglo. Nuestros Granadas y Chaides no tuvieron un teatro tan ventajoso, pero leían sus obras las personas más instruidas de España. Por eso escribieron mejor que predicaron. (LISTA: De la oratoria sagrada, ensayos literarios.)

possessoribus in usum nostrum vindicanda... debet ab eis auferre christianus ad usum justum prædicandi Evangelii.» El principio es verdadero; mas para que en la práctica sea provechoso, necesitan los jóvenes de los consejos de la prudencia: comenzaremos por proponerles el ejemplo y la conducta del gran Basilio.

El Santo Doctor, segun el testimonio de su discípulo y constante amigo el Nazianceno, procuró ante todas cosas adquirir la virtud, la ciencia de las divinas Escrituras y la Teología: estudió tambien la gramática, la filosofía en todas sus ramificaciones; la historia, la poesía, la dialéctica, la retórica, y se dedicó al estudio de la elocuencia, auxilio indispensable para expresar convenientemente la doctrina: de la astronomía, geometría y ciencia de los números tomó únicamente las nociones que creyó necesarias para evitar las burlas y el menosprecio de los inteligentes; «ut non ab iis qui in ejusmodi rebus sciti ac eruditi sunt exagitaretur,» y prescindió de otros muchos conocimientos, como infructuosos para la piedad: «quidquid supererat, ut pietatis cultoribus infrugiferum, contempsit.» Dió el Santo Doctor la preferencia á los estudios necesarios, y respecto á los de mera utilidad, hizo los que creyó conducentes para el buen desempeño de su elevada misión: hé aquí la conducta que deben imitar los jóvenes oradores.

La eleccion de los estudios secundarios depende en gran parte de los talentos del que los ha de hacer, del tiempo que le vague, de la oportunidad de consultar autores selectos, y de otras circunstancias personales. Cualesquiera que éstas sean, no debe el joven leer escritos que no sean recomendables por su elocuencia, y mucho más aún por su sana y pura doctrina; y para no exponerse á errar una eleccion que por su inexperiencia pudiera serle muy funesta, debe proceder con el consejo y bajo la direccion de maestros idóneos, porque en la literatura profana son muchos los escritos que, bajo el exterior de una elocuencia seductora, ocultan doctrinas ponzoñosas. ¡Cuántos jóvenes, con la buena fé ó con el pretexto de formar un lenguaje correcto, tragan insensiblemente el veneno que muy pronto devora su corazon y entenebrece su inteligencia! ¿Queréis condenar, se nos dirá, el estudio de las letras humanas? No por cierto, respondemos con San Juan Crisóstomo; lo que queremos es que ese estudio se haga con tal prudencia, que no se sacrifique la educa-

cion del corazón á la ilustración del espíritu, con riesgo de perder la una y la otra. «Quid ergo ludosne omnes litterarios diruemus, aiunt? Minime hoc dico: sed ut ne virtutis destruamus ædificium, neu vivam obruamus animam... quid vero si... præter quam quod animam perdant nihil ad eloquentiam in schola proficiant (1).»

Mayor precaución necesita el joven que, teniendo tiempo de sobra, se dedique á la lectura de los clásicos paganos. No es oportuno entrar ahora en la cuestión que sobre esta materia fué debatida recientemente en la nación vecina; pero como el objeto que nos proponemos en estas lecciones es inclinar los jóvenes á que imiten la conducta de los Santos Padres, y éstos se sirvieron frecuentemente de la literatura pagana para defender la causa de la Religión, no podemos omitir algunas reflexiones sobre el particular. Vivían los Padres en una sociedad semipagana, y fué en ellos grande sabiduría el valerse de las mismas armas de sus enemigos para vencerlos, y de su propia doctrina para atraerlos al Cristianismo. Como prueba de la oportunidad y destreza con que manejaban aquellas armas, nos limitamos á citar la preciosa carta que San Agustín escribió á Marcelino recomendándole la moral del Evangelio, y los libros de oro de la *Ciudad de Dios*, escritos por el mismo Santo en defensa de la Reli-

(1) Grandes son, y muy lamentables, los estragos que están haciendo en el corazón y en la inteligencia de la juventud el folletín, el romance y la novela: el menor mal que su lectura puede ocasionar es la pérdida de un tiempo precioso, y aquel decaimiento y distracción de espíritu que experimentó nuestra ilustre compatriota Santa Teresa de Jesús, según la misma nos lo refiere con candorosa humildad:

«Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras: porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí... Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella ví, me comencé á enfriar los deseos y comencé á faltar en lo demás; y parecíame no era malo con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en éste me embecaba, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores, y todas las vanidades que en este podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quería que nadie ofendiera á Dios por mí.» (*Vida de la Santa*, escrita por la misma, cap. II, núm. 1.º)

gion cristiana. Tan convencidos estaban aquellos grandes apologistas de la utilidad y aun necesidad de este método, que Lactancio censuró á San Cipriano porque en su libro contra Demetriano se sirvió de la Sagrada Escritura, cuya autoridad no reconocía su adversario, á quien debía haber argüido, dice, con los testimonios de los autores paganos: «Id est philosophorum et historicorum, ut suis potissimum refutaretur auctoribus.»

No recordamos que otros Padres hayan tratado esta cuestión tan exprofeso como Lactancio y San Basilio, San Agustín y San Jerónimo. Acusado este último de que citaba muy á menudo pasajes de los autores paganos, vindicó su conducta en una carta dirigida á Magno, abogado romano: escrito eruditísimo en el que aduce el ejemplo de los escritores sagrados y el de los Santos Padres: «Nunquam hoc quæreris... si Scripturas Sanctas legeres; si interpretes earum... evolveres.» Cita varios lugares de la Sagrada Escritura donde se alegan dichos de los autores paganos; y con una erudición que asombra, forma el catálogo de los Santos Padres y escritores eclesiásticos que en los tiempos anteriores habían defendido la Religión con el testimonio de los escritores de la gentilidad.

Es de notar, sin embargo, que el mismo San Jerónimo, y también San Agustín, conocieron que esta arma no era ya tan necesaria en su tiempo como lo había sido en los anteriores: recomendamos á los jóvenes la lectura de la carta que San Agustín escribió á Dióscoro, que le había pedido le explicase algunos pasajes de Cicerón. Aunque las necesidades de la época aconsejaban á los Santos Padres la conducta que observaron, eran, no obstante, más parcos en estas citas cuando predicaban al pueblo que cuando escribían contra los gentiles. Hoy han cambiado las circunstancias, y ha debido cambiar también de rumbo la controversia cristiana: sólo con mucha parsimonia y grande oportunidad pueden repetirse en el púlpito las palabras de los escritores paganos, pues el hacerlo con frecuencia denotaría un gusto pésimo.

Por lo demás, no se ocultaban á los Santos Padres los grandes peligros que hay en la lectura de los paganos. San Jerónimo ha declarado elocuentemente, en una de sus cartas al Papa San Dámaso, la precaución con que él lo hacía, tomando de ellos lo que podía servir para la defensa de la Religión y desechando lo superfluo y nocivo; después de haber citado el pasaje del *Deuteronomio* en el

que se mandó á los israelitas que ántes de recibir á una mujer extranjera se la rayera el pelo y las uñas, dice así: «Itaque et nos... quando philosophos legimus, quando in manus nostras libri veniunt sapientiæ sæcularis, si quid in eis utile reperimus, ad nostrum dogma convertimus: si quid vero superfluum de idolis, de amore, de cura sæcularium rerum, hæc radimus, his calvitium inducimus, hæc in unguium morem ferro acutissimo desecamus.» El mismo consejo da San Agustín; y San Basilio es entre todos quien mejor ha enseñado en su preciosísima homilía *Ad adolescentes*, la cautela y recto fin con que han de leerse los autores paganos: «Quidquid in eis utile fuerit carpentes, cognoscatis quid etiam contemni oporteat.» Estos son los dos puntos en que divide su bella composición (1).

Aun con todas estas precauciones deben ser muy sóbrios en esa lectura los que apenas tendrán el tiempo necesario para estudiar las Sagradas Letras; y aquí es oportuno recordar lo que decía San Jerónimo al referir el terrible castigo que habia sufrido por su excesiva afición á los escritos clásicos del paganismo: «Quid facit cum Psalterio Horatius? cum Evangeliiis Maro? cum Apostolo Cicero?»

Infiérese de cuanto dejamos expuesto que el orador cristiano puede encontrar mucho de bueno para el acer-

(1) Oigamos al mismo Bossuet cómo dirigia al Delfín en la lectura de los clásicos paganos: «In his vero auctoribus perlegendis, nunquam ab instituto nostro discessimus, quo pietatem simul morumque doctrinam, ac civilem prudentiam traderemus. Gentilis theologiæ religionisque fabulas et infanda mysteria, documento esse quam alta calligine per sese homines mersi degerent; politissimas quasque gentes, ac civilis sapientiæ consultissimas, Egypcios, Græcos, Romanos, easdem in summa rerum divinarum ignorantia versatas, absurdissima portenta coluisse; neque ex his unquam nisi Christo duce emersisse; hinc veram Religionem, divinæ gratiæ totam esse tribuendam... Moralem vero doctrinam non alio ex fonte quam ex Scriptura, Christianæque Religionis decretis, repetendam, ostendimus; neque committendum, ut qui pleno flumine irrigari possit, turbidos rivulos consectetur. Neque eo secius Aristotelis moralia persecuti sumus, quibus adjuvamus Socratica illa mira et pro tempore sublimia dogmata, quæ et fidem ab incredulis, et ab obduratis ruborem exprimerent. Interim docebamus, quid in horum decretis christiana Philosophia reprehenderit, quid addiderit; probata vero, qua auctoritate firmarit, qua doctrina illustravit, ut philosophicam gravitatem tantæ sapientiæ comparatam, meram esse infantiam confiteri oporteret.» (Bossuet, en su carta á Inocencio XI, que se encuentra en el tomo primero de su *Politica sagrada*; París, 1714.)

tado desempeño de su ministerio en los escritos profanos, y aún en los del paganismo, y fué discreto y loable el uso que de estos últimos hicieron los Santos Padres; pero en esta parte no estamos obligados á seguir su mismo camino, porque no son las mismas las circunstancias de estos tiempos y las de aquéllos; por tanto, debemos ser sóbrios en esa lectura y sumamente parcós para citar en el púlpito pasajes de los libros paganos; además de esto añadiremos que la juventud no debe aventurarse á tales estudios sino bajo la dirección de virtuosos y discretos profesores. Con gusto copiaríamos aquí, si no fuese larga, la historia que refiere San Juan Crisóstomo de un jóven educado por un sábio pedagogo; pues en ella aprenderian los jóvenes el interés y asiduidad con que deben aplicarse á la práctica de la virtud y al estudio de la palabra divina, y cuán secundario es para ellos, aunque no les está prohibido, el estudio de la literatura y elocuencia profanas. «Tempus autem omne lectione Sanctorum Librorum transigebat. Cum enim acri ad disciplinas ingenio esset, externæ eruditioni modicam diei partem insumebat, reliquum vero temporis precibus frequentibus librisque divinis deputabat.»

LECCION X.

De la rectitud de intencion.

La palabra INTENCION, derivada del verbo latino INTENDERE, significa la voluntad deliberada de conseguir algun fin: aquí se combinan la atencion del entendimiento á un objeto, y la voluntad efectiva de conseguirle: la intencion que no se aparta del fin, filosóficamente hablando, es recta; la que se desvía de él se llama torcida: en el primer caso, el hombre procede con acierto y alcanza su fin, si causas exteriores no lo impiden; mientras que en el segundo las operaciones son desconcertadas, y no puede llegar al fin propuesto; del mismo modo que el caminante extraviado no puede arribar al término de su viaje si no entra de nuevo en la senda que conduce á él.

El que se dedica al ministerio de la predicacion debe reflexionar sobre esta doctrina, que no por ser tan clara y sencilla carece de mucho interés; pues, como dice el

que se mandó á los israelitas que ántes de recibir á una mujer extranjera se la rayera el pelo y las uñas, dice así: «Itaque et nos... quando philosophos legimus, quando in manus nostras libri veniunt sapientiæ sæcularis, si quid in eis utile reperimus, ad nostrum dogma convertimus: si quid vero superfluum de idolis, de amore, de cura sæcularium rerum, hæc radimus, his calvitium inducimus, hæc in unguium morem ferro acutissimo desecamus.» El mismo consejo da San Agustín; y San Basilio es entre todos quien mejor ha enseñado en su preciosísima homilía *Ad adolescentes*, la cautela y recto fin con que han de leerse los autores paganos: «Quidquid in eis utile fuerit carpentes, cognoscatis quid etiam contemni oporteat.» Estos son los dos puntos en que divide su bella composición (1).

Aun con todas estas precauciones deben ser muy sóbrios en esa lectura los que apenas tendrán el tiempo necesario para estudiar las Sagradas Letras; y aquí es oportuno recordar lo que decía San Jerónimo al referir el terrible castigo que habia sufrido por su excesiva afición á los escritos clásicos del paganismo: «Quid facit cum Psalterio Horatius? cum Evangeliiis Maro? cum Apostolo Cicero?»

Infiérese de cuanto dejamos expuesto que el orador cristiano puede encontrar mucho de bueno para el acer-

(1) Oigamos al mismo Bossuet cómo dirigia al Delfín en la lectura de los clásicos paganos: «In his vero auctoribus perlegendis, nunquam ab instituto nostro discessimus, quo pietatem simul morumque doctrinam, ac civilem prudentiam traderemus. Gentilis theologiæ religionisque fabulas et infanda mysteria, documento esse quam alta calligine per sese homines mersi degerent; politissimas quasque gentes, ac civilis sapientiæ consultissimas, Egypcios, Græcos, Romanos, easdem in summa rerum divinarum ignorantia versatas, absurdissima portenta coluisse; neque ex his unquam nisi Christo duce emersisse; hinc veram Religionem, divinæ gratiæ totam esse tribuendam... Moralem vero doctrinam non alio ex fonte quam ex Scriptura, Christianæque Religionis decretis, repetendam, ostendimus; neque committendum, ut qui pleno flumine irrigari possit, turbidos rivulos consecetur. Neque eo secius Aristotelis moralia persecuti sumus, quibus adjuvamus Socratica illa mira et pro tempore sublimia dogmata, quæ et fidem ab incredulis, et ab obduratis ruborem exprimerent. Interim docebamus, quid in horum decretis christiana Philosophia reprehenderit, quid addiderit; probata vero, qua auctoritate firmarit, qua doctrina illustravit, ut philosophicam gravitatem tantæ sapientiæ comparatam, meram esse infantiam confiteri oporteret.» (Bossuet, en su carta á Inocencio XI, que se encuentra en el tomo primero de su *Politica sagrada*; París, 1714.)

tado desempeño de su ministerio en los escritos profanos, y aun en los del paganismo, y fué discreto y loable el uso que de estos últimos hicieron los Santos Padres; pero en esta parte no estamos obligados á seguir su mismo camino, porque no son las mismas las circunstancias de estos tiempos y las de aquéllos; por tanto, debemos ser sóbrios en esa lectura y sumamente parcós para citar en el púlpito pasajes de los libros paganos; además de esto añadiremos que la juventud no debe aventurarse á tales estudios sino bajo la dirección de virtuosos y discretos profesores. Con gusto copiaríamos aquí, si no fuese larga, la historia que refiere San Juan Crisóstomo de un jóven educado por un sábio pedagogo; pues en ella aprenderían los jóvenes el interés y asiduidad con que deben aplicarse á la práctica de la virtud y al estudio de la palabra divina, y cuán secundario es para ellos, aunque no les está prohibido, el estudio de la literatura y elocuencia profanas. «Tempus autem omne lectione Sanctorum Librorum transigebat. Cum enim acri ad disciplinas ingenio esset, externæ eruditioni modicam diei partem insumebat, reliquum vero temporis precibus frequentibus librisque divinis deputabat.»

LECCION X.

De la rectitud de intencion.

La palabra INTENCION, derivada del verbo latino INTENDERE, significa la voluntad deliberada de conseguir algun fin: aqui se combinan la atencion del entendimiento á un objeto, y la voluntad efectiva de conseguirle: la intencion que no se aparta del fin, filosóficamente hablando, es recta; la que se desvía de él se llama torcida: en el primer caso, el hombre procede con acierto y alcanza su fin, si causas exteriores no lo impiden; mientras que en el segundo las operaciones son desconcertadas, y no puede llegar al fin propuesto; del mismo modo que el caminante extraviado no puede arribar al término de su viaje si no entra de nuevo en la senda que conduce á él.

El que se dedica al ministerio de la predicacion debe reflexionar sobre esta doctrina, que no por ser tan clara y sencilla carece de mucho interés; pues, como dice el

Evangelio (1) y expone San Agustín, si la intención es á las operaciones del alma lo que al movimiento del cuerpo son el ojo y la luz, claro está que así como serían inciertos y peligrosos los pasos del hombre privado de vista ó de luz, del mismo modo sería desconcertado el proceder del predicador cuya intención no fuera promover la gloria de Dios y la salvación de las almas, último fin de la predicación evangélica, según San Pablo (2). Este desconcierto, no sólo es lamentable porque puede malograr el fruto de la predicación, sino que además es reprehensible y vergonzoso para el predicador, que, llamado á cooperar á un fin elevadísimo con el mismo Dios, «*Dei enim sumus adjutores* (3);» se aparta, digámoslo así, de su compañía, y le abandona en el camino torciendo su intención á objetos perecederos, y aéreos las más veces; pues cosas aéreas son, dice el Crisóstomo, los aplausos de los oyentes: «*Applausus ex ore simul egreditur, et in ærem diffusus interit*;» que es, según los Santos Padres, el escollo más peligroso para el orador cristiano.

Examinemos con la detención que merece dónde está y en qué consiste ese gran peligro, y encontraremos que procede de la índole de la vanagloria y de la naturaleza de la predicación; seguiremos en este exámen la doctrina de Santo Tomás, el mejor maestro que podríamos consultar.

La gloria, dice con San Agustín, es cierta claridad y decoro que adorna al hombre como resultado de la manifestación de sus dotes y buenas obras, y del juicio favorable que en vista de las mismas forman de él los demás. «*Unde gloriari idem est, quod clarificari*.» El amor de nosotros mismos, y por consecuencia el amor de la gloria, es natural y legítimo; pero se hace ilegítimo desde el momento en que deja de ser moderado por la recta razón; lo cual acontece respecto al amor de la gloria cuando nos gloriamos de lo que no es digno de alabanza, ó nos complacemos en las alabanzas injustificadas, y especialmente si el apetito de la gloria no se dirige y termina en su último fin, que es el honor de Dios y la salud del prójimo. «*Tertio ex parte ipsius qui gloriam appetit, qui videlicet appetitum gloriæ suæ non refert in debitum finem, puta,*

(1) San Math., vi, 22, 23.—San Luc., xi, 34, 35, 36.

(2) I ad Corinth., i, 21.

(3) I ad Corinth., iii, 9.

ad honorem Dei, vel proximi salutem.» En estos casos el amor de la gloria degenera en amor de la vanagloria; porque no se ha guardado la medida que guardaba y recomienda San Pablo, ni se ha cumplido lo que Jesucristo prescribe en esta materia (1). No es de extrañar, pues, que el amor de la vanagloria se deslice tan suave é insensiblemente en el corazón humano, siendo aquel el desvío de un amor tan legítimo, tan fuerte y connatural al hombre como es el amor de sí mismo moderado por la recta razón.

Observa el Crisóstomo que la tentación de la vanagloria y el peligro de caer en ella crecen en el ministro de la predicación; porque no debiendo apartar su vista de Dios, está obligado al mismo tiempo á predicar de manera que sea y se haga agradable á sus oyentes, teniendo por lo mismo que marchar constantemente entre dos grandes escollos; si se deja llevar del excesivo deseo de agradar, en vez de conducir á sus oyentes, se hace esclavo de sus caprichos; si con austera independencia no cuida de agradar, se le oye sin placer ó no se le oye, y la predicación resulta inútil para muchos: necesita, pues, de mucha magnanimidad para marchar con fortaleza, procurando lo uno y lo otro, y evitando ambos escollos. No en vano dice San Gregorio Magno que la tentación de la vanagloria es un enemigo insidioso que acecha al orador, sucediendo á menudo que quien comienza con recta intención, decae insensiblemente y concluye como no pensaba: «*Cumque placere mens utiliter studet, ad amorem laudis propriæ turpiter defluit... cumque propositæ utilitatis intentio ad studia privata deducitur, horrendo modo unum idemque opus culpa peragit, quod virtus inchoavit. Sæpe et ab ipsis exordiis aliud cogitatio expetit, aliud actio ostendit.*»

Los Santos Padres tuvieron frecuentes ocasiones, y aún se vieron obligados á tratar esta materia predicando á los fieles. Acostumbrados los paganos á aplaudir á sus falsas deidades en las fiestas que les dedicaban, convertidos ya al Cristianismo, aplaudían estrepitosamente á los oradores cristianos, creyendo que con esto daban una prueba de religión y piedad: arraigóse tanto esa indecorosa costumbre, que fué necesario el perseverante celo

(1) I ad Corinth., i, 31.—II, cap. x, 17.—Math., v, 16.

de los Prelados y el trascurso de algunos siglos para que desapareciera de las Asambleas cristianas. Los Santos Padres procuraban inculcar en el ánimo de sus oyentes que la reforma de sus costumbres eran los verdaderos y únicos aplausos á que aspiraban, y reprendian enérgicamente á los intempestivos aclamadores.

La elocuencia sin igual del Crisóstomo y el gran número de sus oyentes, que, según él mismo dice, llegaron en ocasiones á cien mil, hicieron que fuese quien, entre todos los Padres de la Iglesia, recibiera mayores aplausos; y á esto sin duda es debido el que ningun otro Padre se haya ocupado tan detenidamente, y con tanta copia de razones como él, en combatir el abuso de las públicas aclamaciones y en explicar cuál debe ser respecto á la divina palabra la intencion y el espíritu del que la predica, y las disposiciones con que los fieles deben oirla. Lean los jóvenes las elocuentes lecciones del Santo Doctor; y si éstas no fueran suficientes para hacerles comprender la necesidad y la obligacion de rectificar y purificar su intencion, muévalas siquiera la consideracion de las amarguras que devoran el corazón del orador cristiano que tiene la debilidad de ambicionar el aura popular.

Nadie ha expuesto esos disgustos con tanta verdad y elocuencia como el mismo San Juan Crisóstomo: «Esta ambicion, dice, impone desde luego al orador un trabajo impropio en sus composiciones, porque nada le parece bastante para agradar; pero tenga por cierto que, aun cuando sea consumado en la elocuencia, lo cual es mucho suponer, no siempre será elogiado; unas veces á causa de la ignorancia de los oyentes, otras por la injusticia de los mismos, y tambien porque respecto á los que sobresalen en la oratoria el público tiene exigencias que nadie puede satisfacer: empeñado en considerar al orador más como un ángel que como un hombre, olvida que como tal es imposible que se mantenga siempre á una misma altura, y nunca piensa en que un disgusto imprevisto, una pasion de ánimo, una enfermedad, un recargo de ocupaciones y otros mil accidentes de que el hombre no se puede librar, hacen que el orador se muestre en muchos casos inferior á su fama y entonces, en vez de aplausos, viene la crítica, quizás la burla, ó por lo ménos el silencio, que es un tormento insufrible para el amator de la vanagloria.» «Gehenna ipsis gravius et onerosius est tale silentium.» ¡Ay del orador combatido por tan violentos y en-

contrados sentimientos! ¡Tan imposible es que su corazón no zozobre, como que la mar esté siempre tranquila! «Neque mare unquam potest fluctibus carere, neque illius animus sollicitudine et mæstitia.» Y el orador que inflamado por el amor de Dios y en su santo nombre pudiera y debiera mover y arrebatarse el corazón de sus oyentes, oprimido y tiranizado por la pasion de la vanagloria, ahoga en su germen la vida de la elocuencia.

No queremos por cierto condenar absolutamente en el orador el deseo de agradar, puesto que sería condenar un medio de cumplir con su deber. San Agustín nos ha dicho que oía á San Ambrosio, atraído, no por la doctrina que predicaba, sino por la dulzura de sus palabras, y de esta dulzura se sirvió Dios para hacer penetrar la verdad en aquella grande alma: lo que queremos, con San Gregorio Magno es que el predicador procure agradar para que la palabra de Dios fructifique; pero que no convierta en favor suyo el agrado de los fieles, dice Santo Tomás: «Quod fit dum aliquis sic loquitur quod auditores delectet, quod non debet aliquis querere propter favorem suum, sed ut homines alliciantur ad audiendum verbum Dei.» Así se entiende perfectamente cómo el Apóstol dice unas veces que procuraba en el ejercicio de su ministerio hacerse agradable á todos, y en otras exclamaba: «Si yo agradase á los hombres no sería siervo de Cristo (1).»

Guardar este justo medio es difícil; San Juan Crisóstomo, antes de ser ascendido al sacerdocio, lo consideraba como superior á sus fuerzas; encargado de la predicacion, nadie se vió tan cercado como él por la vanagloria; nadie la menospreció con tan noble independencia y nadie fué tan elocuente. San Agustín sintió los estímulos de esta insidiosa tentacion; temblaba ante el peligro de caer en ella, pedía á sus oyentes que con sus oraciones le alcanzasen de Dios las fuerzas para vencerla, oraba él mismo al intento, y recomendaba al orador cristiano la oracion como medio necesario para el fiel y acertado desempeño del ministerio.

Lean los jóvenes los pasajes de los Santos Padres que, como comentarios de esta leccion, copiaremos y citaremos en otro lugar: comparen con ellos el tan celebrado sermón *De la palabra divina*, predicado por Masillon, y

(1) I ad Corinth., x, 33.—Ad Galat., i, 10 y 11.

conocerán desde luego el gran partido que sacó el orador francés de la doctrina y de las formas que se encuentran en los lugares cuya lectura recomendamos.

Jóvenes levitas: cuando la Iglesia os encomiende el grave ministerio de la predicación, no apartéis vuestra vista de esos grandes modelos, ni echeis en olvido sus interesantes lecciones; y ahora no creais que, distraídos de nuestro objeto, en vez de lecciones de elocuencia, os damos consejos de piedad cristiana. ¡Ah! Nunca serian ajenos tales consejos de vuestra virtud ni de nuestro ministerio sacerdotal; pero aquí, no lo dudeis, son tambien preceptos del arte, porque si la piedad vale para todo, como ha dicho el Apóstol, sabed que nunca sereis buenos oradores si, como él mismo encargaba á Timoteo al enseñarle á predicar, no os ejercitais en la piedad: «*Exerce autem te ipsum ad pietatem (1).*» Muy pronto nos reemplazareis en la cátedra del Espíritu Santo; oid ántes los consejos de nuestra experiencia; el ministerio de la predicación es laborioso, laboriosísimo; nada, absolutamente nada hay en el mundo que pueda recompensar sus trabajos y fatigas. Predicad, os diré con San Juan Crisóstomo, segun la voluntad de Dios; «*ad Dei placitum*» sólo así honrareis vuestro ministerio, conservando la serenidad del alma y la paz del corazón, sin cuyas condiciones no podreis ser elocuentes, y encontrareis la recompensa de vuestras fatigas y el mayor de los consuelos en el testimonio de vuestra conciencia: «*Laborum quidem solatium illud satis erit, omniumque maximum, si conscius sibi fuerit, se ad Dei placitum doctrinam concinnasse suam.*» Alentaos con la esperanza de aquella gloria imperecedera que está reservada al que **HICIERE Y ENSEÑARE** (2); y respecto á la que viene de los hombres... ¡ah! si nos fuera lícito hablar otro lenguaje despues de la sublime doctrina que acabamos de exponer, os diríamos: ¿Buscais la gloria? Pues habeis errado el camino; para encontrarla es preciso huir de ella; que la gloria, dice San Jerónimo, es como la sombra; escapa de quien la busca y sigue al que se aparta de ella: «*Quæ virtutem quasi umbra sequitur, et appetitores sui desserens, appetit contemptores...*»

(1) I ad Timot., iv, 6, 7, 8.

(2) San Math., v, 19.

LECCION XI.

De los asuntos sobre que debe versar la predicación.

El predicador que no procede con recta intencion, marcha á ciegas y yerra el camino desde los primeros pasos, eligiendo asuntos que halagan á sus oyentes y descuidando los que les serian útiles ó necesarios para su aprovechamiento espiritual. Quintiliano dice que el orador debe cuidar, ante todas cosas, de que el deseo de la presente alabanza no le retraiga, como sucede á los más, de atender á la utilidad de la causa (1): el amor de la vanagloria enerva nuestra alma, segun el Crisóstomo, y nos esclaviza á los caprichos del auditorio, en lugar de combatirlos: «*Et nos frigidè ac misere vestros affectus sequimur quos excindere oporteret.*» Somos como los padres que dan á sus hijos enfermos golosinas nocivas, en vez de medicinas amargas, pero saludables; y continúa diciendo: «*Hoc et nos facimus dum elegantem orationem frustra quærimus, harmoniamque, ut placeamus, non ut prossimur; ut admirationi habeamur, non ut doceamus; ut oblectemur, non ut compungamur; ut cum plausu et laudibus discedamus, non ut mores componamus.*»

Tales predicadores se buscan á sí mismos, y no á Jesucristo: «*Quæ sua sunt quærent, non quæ sunt Jesu-christi (2).*» Pues el que, buscando á Jesucristo, quiera promover la gloria de Dios y la santificación de las almas, predicará la grandeza del Señor, sus perfecciones y divinos atributos, los misterios augustos de nuestra santa Religion, la Vida, Pasion y Muerte del Salvador; inculcará y fomentará en el ánimo de sus oyentes la esperanza de la gloria, el temor de la muerte, del juicio y del infierno, y, descendiendo á la vida práctica, deducirá, como consecuencia de verdades tan fecundas y saludables, la necesidad de practicar la virtud y de huir del vicio (3); los dos polos sobre que debe girar la predicación evangélica, á juicio de San Ambrosio: «*Admone igitur plebem Domini,*

(1) Lib. xii, cap. ix, n. 1, tomo II, pág. 395.

(2) Philip., II, 21.

(3) Véase el Conc. Trid., ses. v, cap. II, *De Reform.*—Concilio V Lateranense, ses. xi.—Labbé, xix, fol. 944. Venecia, 1732.

conocerán desde luego el gran partido que sacó el orador francés de la doctrina y de las formas que se encuentran en los lugares cuya lectura recomendamos.

Jóvenes levitas: cuando la Iglesia os encomiende el grave ministerio de la predicación, no apartéis vuestra vista de esos grandes modelos, ni echeis en olvido sus interesantes lecciones; y ahora no creais que, distraídos de nuestro objeto, en vez de lecciones de elocuencia, os damos consejos de piedad cristiana. ¡Ah! Nunca serian ajenos tales consejos de vuestra virtud ni de nuestro ministerio sacerdotal; pero aquí, no lo dudeis, son tambien preceptos del arte, porque si la piedad vale para todo, como ha dicho el Apóstol, sabed que nunca sereis buenos oradores si, como él mismo encargaba á Timoteo al enseñarle á predicar, no os ejercitais en la piedad: «*Exerce autem te ipsum ad pietatem (1).*» Muy pronto nos reemplazareis en la cátedra del Espíritu Santo; oid ántes los consejos de nuestra experiencia; el ministerio de la predicación es laborioso, laboriosísimo; nada, absolutamente nada hay en el mundo que pueda recompensar sus trabajos y fatigas. Predicad, os diré con San Juan Crisóstomo, según la voluntad de Dios; «*ad Dei placitum*» sólo así honrareis vuestro ministerio, conservando la serenidad del alma y la paz del corazón, sin cuyas condiciones no podreis ser elocuentes, y encontrareis la recompensa de vuestras fatigas y el mayor de los consuelos en el testimonio de vuestra conciencia: «*Laborum quidem solatium illud satis erit, omniumque maximum, si conscius sibi fuerit, se ad Dei placitum doctrinam concinnasse suam.*» Alentaos con la esperanza de aquella gloria imperecedera que está reservada al que HICIERE Y ENSEÑARE (2); y respecto á la que viene de los hombres... ¡ah! si nos fuera lícito hablar otro lenguaje despues de la sublime doctrina que acabamos de exponer, os diríamos: ¿Buscáis la gloria? Pues habeis errado el camino; para encontrarla es preciso huir de ella; que la gloria, dice San Jerónimo, es como la sombra; escapa de quien la busca y sigue al que se aparta de ella: «*Quæ virtutem quasi umbra sequitur, et appetitores sui desserens, appetit contemptores...*»

(1) I ad Timot., iv, 6, 7, 8.

(2) San Math., v, 19.

LECCION XI.

De los asuntos sobre que debe versar la predicación.

El predicador que no procede con recta intencion, marcha á ciegas y yerra el camino desde los primeros pasos, eligiendo asuntos que halagan á sus oyentes y descuidando los que les serian útiles ó necesarios para su aprovechamiento espiritual. Quintiliano dice que el orador debe cuidar, ante todas cosas, de que el deseo de la presente alabanza no le retraiga, como sucede á los más, de atender á la utilidad de la causa (1): el amor de la vanagloria enerva nuestra alma, según el Crisóstomo, y nos esclaviza á los caprichos del auditorio, en lugar de combatirlos: «*Et nos frigidè ac misere vestros affectus sequimur quos excindere oporteret.*» Somos como los padres que dan á sus hijos enfermos golosinas nocivas, en vez de medicinas amargas, pero saludables; y continúa diciendo: «*Hoc et nos facimus dum elegantem orationem frustra quærimus, harmoniamque, ut placeamus, non ut prossimur; ut admirationi habeamur, non ut doceamus; ut oblectemur, non ut compungamur; ut cum plausu et laudibus discedamus, non ut mores componamus.*»

Tales predicadores se buscan á sí mismos, y no á Jesucristo: «*Quæ sua sunt quærent, non quæ sunt Jesu-christi (2).*» Pues el que, buscando á Jesucristo, quiera promover la gloria de Dios y la santificación de las almas, predicará la grandeza del Señor, sus perfecciones y divinos atributos, los misterios augustos de nuestra santa Religion, la Vida, Pasión y Muerte del Salvador; inculcará y fomentará en el ánimo de sus oyentes la esperanza de la gloria, el temor de la muerte, del juicio y del infierno, y, descendiendo á la vida práctica, deducirá, como consecuencia de verdades tan fecundas y saludables, la necesidad de practicar la virtud y de huir del vicio (3); los dos polos sobre que debe girar la predicación evangélica, á juicio de San Ambrosio: «*Admone igitur plebem Domini,*

(1) Lib. xii, cap. ix, n. 1, tomo II, pág. 395.

(2) Philip., II, 21.

(3) Véase el Conc. Trid., ses. v, cap. II, *De Reform.*—Concilio V Lateranense, ses. XI.—Labbé, XIX, fol. 944. Venecia, 1732.

atque obsecra ut abundet in operibus bonis, renuntiet flagitiis.» Tales son las materias sobre que ha de versar la predicacion evangélica, en sentir de los Santos Padres, quienes, consecuentes con los principios que enseñaban, predicaron siempre la doctrina cristiana, y no más que la doctrina cristiana.

Esto es un hecho. ¿Quereis convencerlos de su verdad, jóvenes estudiosos? Si tratáramos de obras escritas en tiempos modernos, os diríamos: «Leed los índices;» mas respecto á los tratados de los Santos Padres, si os limitais á leer los índices, rara vez podreis conocer la doctrina que predicaron, y ménos hallarais los asuntos sobre que os proponeis predicar: el contenido de tan grandes composiciones no se puede reducir á indicaciones precisas; sus autores conocian á fondo los Libros Santos; habian meditado todo el sistema de nuestra divina Religion; hombres de espíritu vigoroso y de corazón ardiente, no solian ni quizá podrian concretar sus instrucciones á un punto determinado del dogma ó de la moral; penetraban y desentrañaban las verdades cristianas, y sus mútuas relaciones; pasaban insensiblemente de unas á otras materias, y sus discursos venian á ser amplos, profundos y elocuentes comentarios de los Libros Sagrados.

Conocian los Santos Padres la importancia, la dignidad y el fin de su ministerio, y hubieran considerado como una traicion á Dios y á los hombres el olvidarse de la gloria del Señor ó de la salud y santificacion de las almas; jamás ocultaban á los fieles, aunque les desagradase, las austeras verdades del Cristianismo. Nos limitamos á recordar un pasaje de San Juan Crisóstomo, que es una excelente leccion especulativa y práctica. Predicó el Santo Doctor contra los que comulgaban indignamente; algunos de sus oyentes encontraron dura la doctrina, y sus quejas llegaron á oídos del Santo; quien, la primera vez que volvió á hablarles, insistió, con delicadas precauciones sí, pero con el mismo vigor, en la doctrina que pocos dias antes habia agriado el ánimo de los descontentos, y se extendió á exponer la gravísima obligacion que tiene el predicador de anunciar la doctrina severa de la Religion, y las funestísimas consecuencias que trae al pueblo y al orador mismo su debilidad y cobardía cuando, por no desagradar, rebaja su ministerio; pues le deprime sin duda quien no le desempeña con la noble franqueza y santa libertad que cumplen á los en-

viados de Dios. «Nosotros, decia, no somos legisladores, ni es nuestra la doctrina que enseñamos: ministros de Dios, hemos recibido del cielo las cartas que debemos comunicar al pueblo; si leemos lo que no está escrito en ellas, ó le ocultamos lo que las mismas contienen, hacemos traicion á nuestro ministerio y arriesgamos la salvacion de los fieles y la nuestra propia.» «Moneam me, non à me ipso latus leges exponere sed de cælo delatas litteras legere, ac proinde necessarium esse... aut quæ continentur illis confidenter ac libere cuncta dicam, et utilitatem ubique non voluptatem quæram auditorum, aut eorumdem reformidem, et hoc intempestivo beneficio salutem meam simul et illorum prodam.» Una imitacion de este pasaje mereció á Bossuet fundados elogios.

Dos cosas, pues, llamarán la atencion del joven orador que lea asiduamente las obras predicables de los Santos Padres; el buen sentido que les guiaba siempre en la eleccion de las materias sobre que versan sus discursos, y la noble independencia y santa libertad con que anunciaban las saludables y aterradoras verdades del Evangelio. Pero esto no basta; preciso es que fijen además su atencion en el método con que predicaban aquellos maestros del arte cristiano: no trataban las verdades de la Religion aisladamente y como por incidencia, no; lo hacian de una manera amplia y ordenada, lo cual es de suma importancia para el buen éxito de la predicacion. «Quien hoy predique de la limosna, dice el Crisóstomo, mañana de la oracion, otro dia de la misericordia y otro de la modestia, pero saltando sin discrecion de uno á otro asunto, difícilmente logrará que sus instrucciones se arraiguen en el ánimo de los oyentes.» «Nihil horum in auditorum animis perficere recte poterit, ab hoc ad illud, rursus ab illo semper alio transiliens.» «El predicador, añade, debe imitar á los maestros de escuela, quienes no enseñan á los niños á formar sílabas sino después de haberles hecho conocer bien las letras.» «Non prius ad syllabus adducunt pueros, quam elementarium cognitionem in eis viderint recte confirmatam.» Por manera que, como decia San Ambrosio, nuestros discursos deben formar una serie ordenada de instrucciones: «Preceptorum seriem formare debemus.» Esta era la teoría de los Padres, y este era el método que ellos seguian: ilustraban á los infieles, enseñaban á los catecúmenos, instruian á los neófitos y explicaban á todos los fieles,

cláusula por cláusula, los libros del Nuevo y del Antiguo Testamento. ¡Oh cuán copiosos y saludables frutos produciría nuestra predicación si restaurásemos el método racional y sólido que siguieron los oradores clásicos de la antigüedad cristiana! ¡Si explicásemos la Religión desenvolviendo á la vista del pueblo fiel su divino sistema, haciéndole percibir sus armonías y sus dulzuras! Cierto es que todos los oradores no tienen la oportunidad de hacerlo así; pero la tienen en gran parte los que, como los cuaresmales ó predicadores del Mes de Mayo, tienen el púlpito á su disposición por espacio de muchos días; y sobre todo los párrocos pueden y deben seguir el método que señalamos. No pudiéndonos extender más sobre esta importante materia, recomendamos á los jóvenes la lectura de lo que sobre ella han escrito Fenelon en su tercer diálogo de la elocuencia, y Fleury en su *Tratado de la predicación*.

Cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentre el orador, siempre debe elegir materias proporcionadas á la inteligencia y capacidad de sus oyentes, y acomodadas á sus necesidades. No desconocieron los Santos Padres la dificultad del acierto en esa elección, cuando se predica á grandes concursos compuestos de individuos de índole muy diferente, cuyas necesidades son diversas, y entre los cuales, dice San Gregorio, los hay dominados por vicios opuestos, siendo de temer que dañe á unos lo que aproveche á otros, si el predicador no procede con suma discreción y exquisita prudencia: «*Ut inter passionem medias uno quidem ductu transeat, sed more bicipitis gladii tumores cogitationum carnalium ex diverso latere incidat, quatenus sic superbis predicetur humilitas, ut tamen timidus non augeatur metus.*» Nada puede ayudar tanto para vencer tamañas dificultades y evitar escollos tan peligrosos, como la caridad: paciente y benigna (1), guiará á los que la posean con seguridad y acierto en tan difícil empresa, y les hará ser todo para todos, como el Apóstol (2). ¿Qué es sino el amor lo que inspira á las madres la seguridad y el acierto con que remedian las necesidades de sus hijos, párvulos ó adultos, sanos ó enfermos? Por esto San Agustín decía

(1) I ad Corinthios, xiii, 4.

(2) I ad Corinthios, ix, 22.

al dispensador de la divina palabra: AMA, Y DÍ LO QUE QUIERAS. «*Ama, et dic quod voles.*» San Gregorio Magno explica, con un bello simil, cual ha de ser el estudio con que el orador cristiano debe predicar una sola doctrina, pero de varios modos y maneras, según la diversa condición de sus oyentes. Son éstos, dice, como un instrumento músico, y para que resulte armonía es necesario pulsar las cuerdas con un mismo plectro, pero no de un mismo modo. «*Quid enim sunt intentæ mentes auditorum nisi... quædam in cithara tensiones stratæ chordarum? Quas tangendi artifex, ut non sibimetipsi, dissimile canticum faciat, dissimiliter pulsat... Unde et doctor quisque ut in una cunctos virtute charitatis ædificet, ex una doctrina, non una eademque exhortatione tangere corda audientium debet.*»

No es tan difícil ni delicada la tarea del predicador cuando se dirige exclusivamente á clases determinadas; por ejemplo, á ordenandos, ó eclesiásticos, ó religiosas; á militares, á hombres sólo, ó únicamente á mujeres, ó bien á cristianos que se dedican en particular al ejercicio de algunas virtudes, como los socios de las Conferencias de San Vicente de Paul. Este género de instrucciones especiales es muy antiguo en la Iglesia; los Santos Padres lo practicaron, y esto bastaría para hacerle recomendable, aun cuando por otra parte no le abonaran razones de gran peso.

Algunos predicadores se ocupan en asuntos que, al parecer, no tienen relación con su auditorio, condenando errores y reprendiendo vicios de que visiblemente están exentos los oyentes: esto unas veces es inoportuno y aun injurioso para el auditorio; pero en ocasiones, no sólo es oportuno y conveniente, sino necesario, pues todo pende del buen juicio del orador, del fin que se propone y de la manera con que se expresa: observemos la conducta de los Padres, y sus ejemplos nos servirán más que sus preceptos. San Juan Crisóstomo y San Agustín predicaron á menudo contra errores y vicios de que estaban exentos sus oyentes; por ejemplo, se lamentaban de la conducta de los cristianos que no asistían á oír la predicación; lloraban por los que no veían presentes, reprendiendo esta negligencia con celo fervoroso; esto á primera vista podría parecer una gran inoportunidad. ¿A quién se dirigían aquellas instrucciones, que los presentes no habían menester, y los ausentes no podían oír?

¿Qué objeto se proponían los Santos Doctores? Ellos mismos lo dicen: confirmar en su devoción de oír la palabra divina á los presentes; evitar que se contagiasen con los malos ejemplos de los ausentes, y ser también útiles á éstos, á quienes deseaban y esperaban que llegasen sus instrucciones por conducto de los presentes, como se lo encargaban y recomendaban con grande eficacia. «*Loquamur et cum absentibus: erit ad eos vox nostra memoria vestra.*» decia San Agustin.

Aunque la predicacion evangélica ha de versar sobre la doctrina cristiana, nótese que dentro de esa doctrina hay verdades cuya explicacion no siempre es conveniente en el púlpito. Existe, dice San Agustin, una gran diferencia entre el que escribe un libro y el que predica: aquél puede extenderse cuanto quiera para tratar las cuestiones árdias y facilitar su inteligencia: mas el que predica no suele tener esa oportunidad, y debe por lo mismo abstenerse de predicar verdades de difícil inteligencia: «*Quæ in populi audientiam vel raro, si aliquid urget, vel nunquam omnino mittenda sunt.*» A este género de verdades, que pueden turbar á los fieles poco instruidos ó de tardo ingenio, pertenecen algunas de las relacionadas con la doctrina de la predestinacion y de la gracia. El mismo San Agustin propone tres reglas sobre el particular: los oradores deben abstenerse de predicar tales doctrinas cuando no hay necesidad; mas si la hubiere, por exigirlo así los intereses de la verdad, ó el de los fieles expuestos á caer en error, debe predicarse la verdad con toda claridad: «*Ne fortè cum tacetur propter eos qui capere non possunt, non solum veritate fraudulentur, verum etiam falsitate capiantur.*» Pero en estos casos se procurará exponer la sana doctrina de tal manera, que sea como leche para los párvulos y como alimento sólido para los adultos: «*Et parvulis lac, et grandibus esca sit.*» Tenemos que limitarnos á indicar estos principios y aconsejar á nuestros jóvenes escolares que lean el tratado DEL DON DE LA PERSEVERANCIA, donde San Agustin los explica ampliamente, y los aplica á la práctica con interesantes ejemplos.

Es tan firme nuestra creencia de que el éxito del discurso depende en gran parte de la acertada eleccion de la materia, que no tememos se nos tache de difusos; sentimos, por el contrario, no podernos extender más. Terminaremos recomendando encarecidamente á los jóvenes

que lean las cartas de San Pablo, y muy especialmente las que escribió á Tito y Timoteo; el Apostol ha consignado específicamente los asuntos que deben ser el objeto de la predicacion cristiana y las diversas maneras con que el predicador ha de hablar á los fieles, atendiendo á las circunstancias de los mismos. Unidad de doctrina, «*prædica verbum,*» variedad en su aplicacion, «*insta opportunè, importunè, argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina*» (1).»

LECCION XII.

La doctrina cristiana debe predicarse como palabra de Dios.

No basta predicar verdades cristianas; es preciso predicarlas como palabra de Dios, y no como doctrina del hombre. Entre las verdades reveladas hay algunas, dice Santo Tomás, que pueden ser conocidas por la razon, aunque no tan perfectamente y con tanta seguridad como se conocen por la fé. La moral del Evangelio es la ley natural ennoblecida y sancionada por Jesucristo, cuya gracia sobrenatural facilita su cumplimiento (2). De donde se infiere que es posible arreglar un discurso cuya doctrina sea cristiana, en cuanto sus verdades formen parte de la revelacion divina; pero que al mismo tiempo sea un discurso humano, ya porque las verdades en él contenidas se hayan conocido sólo por la razon, y ya porque la forma con que se presentan sea enteramente humana: composiciones de este género pueden ser de mérito, útiles y muy laudables en tratados puramente científicos; pero serian inoportunas, perjudiciales y dignas de severa reprension en los lábios del predicador del Evangelio; porque en ello manifestaria que habia preferido beber las aguas estadizas á las fuentes purísimas de la revelacion divina.

Encargado el orador cristiano de predicar la doctrina de la Religion, debe anunciarla al pueblo fiel tal cual ella es en sí misma. La religion cristiana está en relacion con el entendimiento y con el corazon del hombre; contiene

(1) II ad Timoth., iv, 2.

(2) Pars 1.^a, art. 1, 1.^a 2.^a, qq. 94 y 106.

¿Qué objeto se proponían los Santos Doctores? Ellos mismos lo dicen: confirmar en su devoción de oír la palabra divina á los presentes; evitar que se contagiassen con los malos ejemplos de los ausentes, y ser tambien útiles á éstos, á quienes deseaban y esperaban que llegasen sus instrucciones por conducto de los presentes, como se lo encargaban y recomendaban con grande eficacia. «*Loquamur et cum absentibus: erit ad eos vox nostra memoria vestra.*» decia San Agustin.

Aunque la predicacion evangélica ha de versar sobre la doctrina cristiana, nótese que dentro de esa doctrina hay verdades cuya explicacion no siempre es conveniente en el púlpito. Existe, dice San Agustin, una gran diferencia entre el que escribe un libro y el que predica: aquél puede extenderse cuanto quiera para tratar las cuestiones árdias y facilitar su inteligencia: mas el que predica no suele tener esa oportunidad, y debe por lo mismo abstenerse de predicar verdades de difícil inteligencia: «*Quæ in populi audientiam vel raro, si aliquid urget, vel nunquam omnino mittenda sunt.*» A este género de verdades, que pueden turbar á los fieles poco instruidos ó de tardo ingenio, pertenecen algunas de las relacionadas con la doctrina de la predestinacion y de la gracia. El mismo San Agustin propone tres reglas sobre el particular: los oradores deben abstenerse de predicar tales doctrinas cuando no hay necesidad; mas si la hubiere, por exigirlo así los intereses de la verdad, ó el de los fieles expuestos á caer en error, debe predicarse la verdad con toda claridad: «*Ne fortè cum tacetur propter eos qui capere non possunt, non solum veritate fraudulentur, verum etiam falsitate capiantur.*» Pero en estos casos se procurará exponer la sana doctrina de tal manera, que sea como leche para los párvulos y como alimento sólido para los adultos: «*Et parvulis lac, et grandibus esca sit.*» Tenemos que limitarnos á indicar estos principios y aconsejar á nuestros jóvenes escolares que lean el tratado DEL DON DE LA PERSEVERANCIA, donde San Agustin los explica ámpliamente, y los aplica á la práctica con interesantes ejemplos.

Es tan firme nuestra creencia de que el éxito del discurso depende en gran parte de la acertada eleccion de la materia, que no tememos se nos tache de difusos; sentimos, por el contrario, no podernos extender más. Terminaremos recomendando encarecidamente á los jóvenes

que lean las cartas de San Pablo, y muy especialmente las que escribió á Tito y Timoteo; el Apostol ha consignado específicamente los asuntos que deben ser el objeto de la predicacion cristiana y las diversas maneras con que el predicador ha de hablar á los fieles, atendiendo á las circunstancias de los mismos. Unidad de doctrina, «*prædica verbum,*» variedad en su aplicacion, «*insta opportunè, importunè, argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina*» (1).»

LECCION XII.

La doctrina cristiana debe predicarse como palabra de Dios.

No basta predicar verdades cristianas; es preciso predicarlas como palabra de Dios, y no como doctrina del hombre. Entre las verdades reveladas hay algunas, dice Santo Tomás, que pueden ser conocidas por la razon, aunque no tan perfectamente y con tanta seguridad como se conocen por la fé. La moral del Evangelio es la ley natural ennoblecida y sancionada por Jesucristo, cuya gracia sobrenatural facilita su cumplimiento (2). De donde se infiere que es posible arreglar un discurso cuya doctrina sea cristiana, en cuanto sus verdades formen parte de la revelacion divina; pero que al mismo tiempo sea un discurso humano, ya porque las verdades en él contenidas se hayan conocido sólo por la razon, y ya porque la forma con que se presentan sea enteramente humana: composiciones de este género pueden ser de mérito, útiles y muy laudables en tratados puramente científicos; pero serian inoportunas, perjudiciales y dignas de severa reprension en los lábios del predicador del Evangelio; porque en ello manifestaria que habia preferido beber las aguas estadzizas á las fuentes purísimas de la revelacion divina.

Encargado el orador cristiano de predicar la doctrina de la Religion, debe anunciarla al pueblo fiel tal cual ella es en sí misma. La religion cristiana está en relacion con el entendimiento y con el corazon del hombre; contiene

(1) II ad Timoth., iv, 2.

(2) Pars 1.^a, art. 1, 1.^a 2.^a, qq. 94 y 106.

verdades especulativas y prácticas, y es un sistema divino en el cual están estrechamente enlazados los misterios, el dogma y la moral: el predicador que no comprende ni explica la Religión en su admirable conjunto, sino que se contenta con recoger verdades especulativas y morales en el campo de la ciencia humana, ese no piensa en la doctrina cristiana, ó por lo ménos disloca sus verdades, separando lo que Dios ha unido; y la mayor fortuna á que puede aspirar es á que le reconozcan como intérprete de la razón, pero no podrá honrarse con el título de embajador de Jesucristo: «Pro Christo ergo legatione fungimur (1).»

Ved ahí el estado á que se han rebajado los predicadores protestantes; porque erigiendo en autoridad el espíritu privado, han naufragado en la fé, han negado el dogma, y se han quedado sólo con una doctrina y moral humanas, por lo cual es imposible que sean elocuentes (2). Lo peor es que la doctrina protestante, desenvuelta hasta sus últimas consecuencias por la filosofía racionalista, ha inundado los países católicos; y muchos verdaderos fieles participan de su funesta influencia sin quererlo, sin conocerlo, sin sospecharlo siquiera; porque no dudamos asegurar que á esta influencia debe atribuirse en gran parte el fenómeno de que muchos cristianos, conservando íntegras sus creencias, no gustan que se les predique del juicio, del infierno y de otras verdades aterradoras, sí, pero muy saludables, que en tiempos más felices para el Cristianismo eran el tema constante de los predicadores. Gustan de oír la verdad especulativa y las reglas de los deberes, porque esto sólo habla al entendimiento, que nunca desecha la verdad conocida sin hacerse grande violencia; pero si se les anuncian las amenazas y los castigos con que el Señor ha sancionado su ley, se resisten, porque esto estrecha demasiado al hombre, toca vivamente al co-

(1) II ad Corinth., v. 20.

(2) Nadie negará el gusto y buen juicio de Blair como didáctico; á la vista tenemos la colección de sus sermones (publicada en cinco volúmenes por M. de Tressan) y son discursos fríos que no interesan el corazón; las materias de que trata bastarían por sí solas para ahogar la elocuencia del orador, y no hay más que recorrer los índices para convencerse de ello.—Sobre la dulzura—de los deberes de la juventud—de los deberes y consuelos de la vejez—de las ventajas del orden—sobre el candor—sobre la sensibilidad.—Estos y otros parecidos asuntos en que se ocupó Blair, ¿podrán ser nunca el objeto de la predicación evangélica? ¿Servirán de pábulo á la elocuencia sagrada?

razón, le impulsa á practicar la virtud y huir el vicio; y al hombre, repetimos, no le pesa oír la verdad; lo que le repugna es practicarla. En suma, mientras que el predicador habla sólo en nombre de la razón, la de sus oyentes está acorde con una doctrina que no es superior á sus alcances, y que no tiene más autoridad ni más sanción que la sanción y la autoridad humanas; pero cuando se le habla en nombre de Dios, cuya autoridad no se puede eludir, murmuran como los discípulos: «Durus est hic sermo, et quis potest eum audire (1)?»

Ahora bien: el orador que, olvidando su alto carácter, complaciente con los caprichos de su auditorio y apartándose del método de nuestra venerable antigüedad cristiana, predica al pueblo fiel doctrina buena, pero humana, pronunciará, en buen hora, discursos muy bellos en sí mismos, pero tan indignos de su ministerio como inútiles para los fieles, que acudirán á oírle como quien va á escuchar cantos melódicos, en expresión de un Profeta: «Quasi carmen musicum.» Entre tantos oyentes no tendrá un sólo discípulo: «Audiunt verba tua et non faciunt (2);» porque para que el hombre guste de las dulzuras de la virtud y aborrezca el vicio, ame á su Dios y le sirva, necesita ser atraído, arrancado de la tierra; hay que elevarle sobre el mundo sensible, levantándole á las regiones del espíritu, y á esto no alcanzan los discursos humanos; esto sólo se puede lograr hablándole en nombre de Dios y con la palabra de Dios: «Ecce dedi verba mea in ore tuo... ut evellas et destruas, et disperdas, et dissipes, et ædifices, et plantes (3).» Con esa palabra que el Apóstol llama viva y eficaz, más penetrante que una espada de dos filos, que alcanza hasta la división del alma y del espíritu, y discierne los pensamientos é intenciones del corazón (4).

Los Santos Padres han condenado también esa conducta de los que predicán de una manera simplemente humana. Estos oradores, dice San Agustín, no predicarán cosas malas; «non quidem iniqua dicuntur;» pero harto mal es predicar al pueblo cristiano una doctrina pobre y sin importancia con gran aparato de palabras: «in populo gravi... exigua et fragilia bona spumeo ver-

(1) Joan., vi. 61.

(2) Ezechiel, xxxiii. 31 y siguientes.

(3) Jerem. i. 9, 10.

(4) Ad Hebræos, iv. 12.

borum ambitu ornantur.» La elocuencia que agrada el siglo no alimenta la fé: «Eloquentia quæ huic seculo placet, non pascit fidem:» y no es extraño, dice San Isidoro, porque los que van á oír tales discursos buscan el placer que resulta de una composicion estudiada, no la verdad de la doctrina: «Magis compositionem verborum quam sententiam veritatis sequuntur.» ¿Y qué verdades podrán enseñar tales predicadores, si no habiendo nutrido su espíritu con la ciencia de las Santas Escrituras, no son más que unos declamadores, y... segun San Jerónimo, unos charlatanes? «Declamatorem esse et rabulam garrulumque sine ratione.» Más severa es aún la censura del Nazianceno: con sus discursos meramente humanos, dice, convierten el templo en una academia, ¡y quiera Dios que no pueda decirse en un teatro! «Qui fidei nostræ pietatem... artificiosa reddiderunt, ac novum quoddam politices genus, à foro ad sancta translata et à theatris ad sacram vulgi oculis minimè inspiciendum.» La fé, dice San Ambrosio, no se afirma con discursos filosóficos ó propios del foro, sino con la virtud de Dios, que sólo se encuentra en la predicacion del Evangelio: «Non in forensi sermone sapientiæ... ac philosophico... sed Dei virtute firmatur... in Evangelii prædicatione.» «¡Por cierto que sería Dios bien pobre, añade el Nazianceno, si la fé fuera patrimonio exclusivo de los eruditos!» Muy diferente era la idea que de la elocuencia sagrada tenia el Apostol cuando decia: «Mi predicacion no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud (1).»

Son demasiado poderosas las razones que hemos expuesto y harto respetables las autoridades que las confirman para que nuestros jóvenes lectores huyan la tentacion de predicar sermones puramente humanos, y para que detesten ese género de elocuencia que pudiéramos llamar con Nicole ELOCUENCIA ANODINA. Para asegurar el buen gusto en esta materia, quisiéramos que se ejercitaran bajo la direccion de sus maestros. Estos deben tomar varios discursos que se hayan predicado sobre una misma materia, eligiendo unos del género que acabamos de condenar, y otros que sean verdaderamente evangélicos. Aclaremos más nuestra idea. Pueden hacer leer á sus discípulos el tan decantado sermón DE LA CARIDAD, predi-

(1) I ad Corinth., II, 4.

cado por el abate Boismont con motivo de la fundacion del hospicio de Mont-Rouge: probablemente esa lectura embelesará á sus inexpertos alumnos; no importa; tanto mayor y más duradero será su desengaño si á continuacion les hacen leer otros discursos cristianos sobre la caridad, como las homilias XIV y XV de San Basilio, la Oracion XV del Nazianceno, y de San Juan Crisóstomo su homilia XXI sobre la primera carta á los corintios. Este estudio comparativo les hará conocer la diferencia esencial que hay entre las composiciones humanas, como la de Boismont, y las oraciones sólidamente cristianas y fervorosamente apostólicas de los Santos Padres: muy depravado gusto tendria el jóven que despues de esta experiencia predicara sermones parecidos al de Mont-Rouge (1).

Esta leccion quedará incompleta si no hiciéramos una importante aclaracion. ¿Debe el orador cristiano rehuir toda idea filosófica ó científica? No es esto lo que afirmamos, ni lo que han dicho los Santos Padres, ni lo que ellos han practicado; creemos, por el contrario, que este absoluto retraimiento es imposible en muchos casos, y en otros malograria en parte el fruto de la predicacion. Dios es la verdad esencial, de la que son reflejo todas las verdades creadas; entre todas hay una estrecha relacion; entre el órden sensible y el intelectual hay una grande analogía, y la hay tambien muy misteriosa entre el órden de la naturaleza y el de la gracia. Lo que es el sol para el mundo material, dice el Nazianceno, es Dios para el mundo moral: fuente de toda verdad, es tambien el principio y el fin de toda filosofía. En las obras de Dios todo es unidad, órden, armonía, todo está relacionado; pero de estas relaciones las más notables son las que existen entre Dios y el hombre, de las cuales la Religion es su expresion y conjunto. No es posible, pues, al orador que

(1) Sermón predicado en París por el abate Boismont en 13 de Marzo de 1782, con ocasion del establecimiento de una casa real para eclesiásticos y militares enfermos. (Coleccion de oradores sagrados, por M. Migné, t. LXV, fól. 743.) Esta composicion ha recibido de algunos grandes elogios; pero la verdad es que, como oracion sagrada, merece severa censura. Se conoce bien que su autor habia descuidado en su juventud el estudio de la Sagrada Escritura y Santos Padres: así lo dicen su biógrafo Auger y M. Rulhiere en su discurso de recepcion en la Academia, como sucesor del mismo Boismont. (Véanse en el tomo citado de Migné los fólíos 717 y 725.)

medite la Religión divina y la predique dejar de llevar la luz á la inteligencia del hombre y al campo de la ciencia humana: lo que importa es que así como el sol, sin descender de su altura, envía los rayos de su luz á todos los confines de la tierra, así también el orador cristiano dirija su mirada oportunamente al campo de la ciencia humana, pero sin abandonar jamás la esfera de la revelación divina, para desempeñar su misión digna y provechosamente; por el contrario, si principia su marcha desde la tierra y no se levanta sobre su nivel; esto es, si se propone como objeto y fin primario de su predicación cuestiones filosóficas ó materias científicas y puramente humanas, olvida y reniega la dignidad de su ministerio. Presentemos un ejemplo del caso en que la conducta del orador sería á todas luces inoportuna y sumamente dable, y sea el de la política. Un predicador que tratase estas cuestiones desde las tenebrosas y estrechas honduras de las opiniones humanas, profanaría su ministerio, excitando la indignación de los fieles sensatos, que no presenciarían sin rubor el triste espectáculo de un orador sagrado convertido en un declamador político. Sin embargo, el gobierno de los hombres y la ciencia de este gobierno tienen bases establecidas por Dios y leyes dictadas por él mismo: señalar á los Reyes y á los pueblos esas bases inmutables y explicarles tan sapientísimas leyes, alguna vez es conveniente, y otras necesario; así fué que los Santos Padres se ocuparon á menudo en la exposición de la verdadera ciencia política; y esto lo hicieron, no sólo en tratados científico-religiosos que no destinaban para el púlpito, sino también predicando á los fieles desde la cátedra del Espíritu Santo; unas veces exponiendo el Santo Evangelio, ó las Epístolas de San Pablo, y otras explicando los planes de la divina Providencia, ó vindicándola de las acusaciones de los infieles y de los herejes; ya consolando á sus oyentes amenazados de sufrir los castigos impuestos por la justicia humana, ora para hacer entrar en el orden á pueblos agitados por conmociones públicas, y con otras mil ocasiones. No dudamos asegurar con este motivo, y hablamos á ciencia cierta, que en los sermones, homilias y escritos de los Santos Padres, y especialmente en los del Nazianceno, del Crisóstomo y de San Agustín, se halla cuanto de verdadero y saludable se ha podido pensar y decir sobre la materia en los tiempos antiguos y modernos. Mas ¿cómo lo hicieron? Digna y

cristianamente, guiados por el faro luminoso de la revelación divina, sin descender de las regiones elevadas, serenas y apacibles donde contemplaban á Dios, su santa ley, y aquella sabia y adorable providencia que alcanza de fin á fin con fortaleza, y todo lo dispone con suavidad (1). Repetimos el consejo que arriba hemos dado; el estudio comparado de estas hermosas y cristianas composiciones, con otras puramente humanas y á todas luces reprobables, aprovechará más á los jóvenes que cuantas lecciones teóricas pudiéramos darles.

M. Dussault dice, hablando de Bossuet: «Sus oraciones fúnebres no son simplemente discursos teológicos y religiosos: las más elevadas miras de política se enlazan con las instrucciones del Cristianismo, y constantemente se está viendo al autor del *Discurso sobre la historia universal*. Bossuet, no solamente era un Padre de la Iglesia; este título, que le fué aplicado por uno de sus más ilustres contemporáneos en pública y solemne sesión de la Academia francesa, no le representa por entero. Este vasto y penetrante espíritu, que abraza toda la teoría de la Religión cristiana, cuyos abismos sondeaba, había penetrado también todos los misterios de la gobernación de los Estados (2).»

Si leyéramos este pasaje en el *Diario de los Debates*, en el que tanto ejercitó su pluma aquel literato, nos sentiríamos inclinados á disimular la ligereza con que algunas veces, apremiados por el tiempo, escriben los periodistas; pero que Dussault haya escrito esas y otras frases parecidas en la madurez de su edad, y ocupado ya en más serios y reflexivos estudios, no lo comprenderíamos si no conociéramos la exageración á que tan dados son los franceses. No había sin duda leído los Santos Padres, ni siquiera los pasajes que de ellos copiaremos ó citaremos en la segunda parte de esta obra; pero en tal caso debió abstenerse de hacer comparaciones, no conociendo todos los extremos comparados. Lo más notable es que en este

(1) *Sap.*, viii, 1.

(2) M. Dussault, copiado por el abate Marcel, en su libro *Obras maestras de elocuencia*, tomo III, pág. 20; París, 1838.—Maury dice que para servirse de las ideas de Bossuet, sin exponerse á ser tenido por plagario, es preciso repetir sus palabras, ó citarle con el mismo respeto con que se repiten las palabras de los Santos Padres. ¡Qué exageración...! (Discurso preliminar para servir de prefacio á la primera edición de los sermones de Bossuet.)

mismo lugar recuerda el *Discurso sobre la historia universal*, obra escrita, como Bossuet ha dicho, con igual objeto que la *Ciudad de Dios* de San Agustín, y de la cual el Obispo francés ha tomado muchas ideas, citándola á menudo. Pues bien; San Agustín, en su *Ciudad de Dios*, se ocupa mucho en la política cristiana. Además de esto, el juicio de Dussault versa sobre las oraciones fúnebres, y Bossuet en muchas de ellas, de las cuales recordamos ahora la de Condé, la de la reina de Inglaterra y la de la señora La Vallière, cita para sus apreciaciones políticas lugares de San Agustín. ¡Y con todo esto, el citado escritor añade exageración á exageración, y no se contenta con llamar á Bossuet Santo Padre! ¡Su entusiasmo no se satisface sino diciendo que es más que un Santo Padre! ¿Y por qué? ¡Porque se ha ocupado en la política cristiana...! Perdónesenos esta digresión, si tal puede llamarse lo que sirve para vindicar la gloria de los primeros y más grandes oradores cristianos.

Orador sagrado: el gran Padre de familia te ha colocado en el campo de la Iglesia para que distribuyas sus frutos y flores al pueblo cristiano: toma del árbol mismo los frutos que son sabrosos y muy sanos, y corta las flores del mismo tallo, que son frescas y muy fragantes: alimenta á los fieles con el pan sustancial de la palabra divina. ¿Te atreverás á recoger del suelo y dar al pueblo aquellas flores desgajadas del tallo ó los frutos desprendidos del árbol? Considera que esas flores están marchitas y esos frutos son insípidos; que así no cumples las órdenes de Dios, eres un administrador infiel, y engañas al pueblo cristiano dándole por alimento el pan ligero y desjugado de la doctrina del hombre. ¿Te propones ser elocuente? ¡Ah! Si no administras la palabra de Dios, jamás serás elocuente para las almas cristianas, y lo que es todavía más lamentable, nunca podrás decir con el Apóstol: «Non enim erubescio Evangelium.» «No me avergüenzo de predicar el Evangelio (1).»

(1) A los Romanos, cap. I, 16.

LECCION XIII.

De la preparacion próxima para predicar.

Los pensamientos son el alma y nervio de la elocuencia. El Crisóstomo compara la buena elocucion que no está nutrida con sólidos pensamientos, á una espada cuya empuñadura fuese de plata, y la hoja de plomo. Cuando el orador, pues, ha elegido la materia sobre que se propone predicar, su primera diligencia ha de ser estudiarla y meditarla con detencion.

En ese estudio deben evitarse dos extremos: uno el empeño del orador en leer cuanto pueda haber á las manos sobre la materia, porque se compromete en un trabajo árduo y pesado, y á la vez inútil en gran parte, puesto que leerá repetidas veces unas mismas cosas: en el extremo contrario dará si se concreta á estudiar la materia en un solo autor, porque es muy posible que, sin advertirlo, se amolde á las ideas y modo de ver, y hasta las formas del escritor á cuya lectura se entrega exclusivamente. Atendida la variedad de los casos, caracteres y circunstancias personales de los oradores no es posible, y aunque lo fuera no sería conveniente, dictar á los jóvenes un método exclusivo para sus estudios de preparacion; el genio y el talento no sufren ligaduras; necesitan, sí, direccion acertada, y en este concepto indicamos como una regla de prudencia, que será modificada por circunstancias personales y del momento, un procedimiento que nos parece fundado en razon, y cuya grande utilidad conocemos por propia experiencia. Consiste en que el joven recuerde la doctrina relativa al punto de que se propone predicar, estudiándola de nuevo en el autor que le sirvió de texto en el aula, ó en cualquiera otro escritor elemental, con lo que fijará exactamente sus ideas y asegurará su rumbo; condiciones de acierto tanto más necesarias al orador, cuanto que si el estilo oratorio requiere una marcha libre, el ministerio exige evitar á toda costa, segun San Gregorio, no sólo el error, sino hasta la más pequeña inexactitud en la doctrina. Las obras de Santo Tomás son para el predicador una mina riquísima é inagotable; estaria por de más hacer aquí el elogio de ese eminente genio, á quien, como dice el P. Ráulica, se en-

mismo lugar recuerda el *Discurso sobre la historia universal*, obra escrita, como Bossuet ha dicho, con igual objeto que la *Ciudad de Dios* de San Agustín, y de la cual el Obispo francés ha tomado muchas ideas, citándola á menudo. Pues bien; San Agustín, en su *Ciudad de Dios*, se ocupa mucho en la política cristiana. Además de esto, el juicio de Dussault versa sobre las oraciones fúnebres, y Bossuet en muchas de ellas, de las cuales recordamos ahora la de Condé, la de la reina de Inglaterra y la de la señora La Vallière, cita para sus apreciaciones políticas lugares de San Agustín. ¡Y con todo esto, el citado escritor añade exageración á exageración, y no se contenta con llamar á Bossuet Santo Padre! ¡Su entusiasmo no se satisface sino diciendo que es más que un Santo Padre! ¿Y por qué? ¡Porque se ha ocupado en la política cristiana...! Perdónesenos esta digresión, si tal puede llamarse lo que sirve para vindicar la gloria de los primeros y más grandes oradores cristianos.

Orador sagrado: el gran Padre de familia te ha colocado en el campo de la Iglesia para que distribuyas sus frutos y flores al pueblo cristiano: toma del árbol mismo los frutos que son sabrosos y muy sanos, y corta las flores del mismo tallo, que son frescas y muy fragantes: alimenta á los fieles con el pan sustancial de la palabra divina. ¿Te atreverás á recoger del suelo y dar al pueblo aquellas flores desgajadas del tallo ó los frutos desprendidos del árbol? Considera que esas flores están marchitas y esos frutos son insípidos; que así no cumples las órdenes de Dios, eres un administrador infiel, y engañas al pueblo cristiano dándole por alimento el pan ligero y desjugado de la doctrina del hombre. ¿Te propones ser elocuente? ¡Ah! Si no administras la palabra de Dios, jamás serás elocuente para las almas cristianas, y lo que es todavía más lamentable, nunca podrás decir con el Apóstol: «Non enim erubescio Evangelium.» «No me avergüenzo de predicar el Evangelio (1).»

(1) A los Romanos, cap. I, 16.

LECCION XIII.

De la preparacion próxima para predicar.

Los pensamientos son el alma y nervio de la elocuencia. El Crisóstomo compara la buena elocucion que no está nutrida con sólidos pensamientos, á una espada cuya empuñadura fuese de plata, y la hoja de plomo. Cuando el orador, pues, ha elegido la materia sobre que se propone predicar, su primera diligencia ha de ser estudiarla y meditarla con detencion.

En ese estudio deben evitarse dos extremos: uno el empeño del orador en leer cuanto pueda haber á las manos sobre la materia, porque se compromete en un trabajo árduo y pesado, y á la vez inútil en gran parte, puesto que leerá repetidas veces unas mismas cosas: en el extremo contrario dará si se concreta á estudiar la materia en un solo autor, porque es muy posible que, sin advertirlo, se amolde á las ideas y modo de ver, y hasta las formas del escritor á cuya lectura se entrega exclusivamente. Atendida la variedad de los casos, caractéres y circunstancias personales de los oradores no es posible, y aunque lo fuera no sería conveniente, dictar á los jóvenes un método exclusivo para sus estudios de preparacion; el genio y el talento no sufren ligaduras; necesitan, sí, direccion acertada, y en este concepto indicamos como una regla de prudencia, que será modificada por circunstancias personales y del momento, un procedimiento que nos parece fundado en razon, y cuya grande utilidad conocemos por propia experiencia. Consiste en que el joven recuerde la doctrina relativa al punto de que se propone predicar, estudiándola de nuevo en el autor que le sirvió de texto en el aula, ó en cualquiera otro escritor elemental, con lo que fijará exactamente sus ideas y asegurará su rumbo; condiciones de acierto tanto más necesarias al orador, cuanto que si el estilo oratorio requiere una marcha libre, el ministerio exige evitar á toda costa, segun San Gregorio, no sólo el error, sino hasta la más pequeña inexactitud en la doctrina. Las obras de Santo Tomás son para el predicador una mina riquísima é inagotable; estaria por de más hacer aquí el elogio de ese eminente genio, á quien, como dice el P. Ráulica, se en-

cuentra siempre en el camino cuando se busca la razón, en lo que es posible, de cualquiera misterio del Cristianismo (1); ni una sola vez hemos consultado la *Suma Teológica* sin que hayamos encontrado, no sólo sana y copiosa doctrina, sino importantísimas nociones de filosofía cristiana; y muchas veces en un sólo artículo, ó en alguna de sus notables respuestas á los argumentos, hemos hallado el plan de un discurso, y trazada toda su marcha.

El estudio que acabamos de aconsejar creemos que debe ser el primero en el orden del tiempo; pero el de la Sagrada Escritura lo es por su importancia esencial para el orador cristiano, quien debe buscar en el Nuevo y Antiguo Testamento, especialmente en los Santos Evangelios y en las Epístolas de San Pablo, los lugares donde se contenga la doctrina que se propone explicar.

Algunas homilias, discursos y tratados de los Santos Padres relativos al asunto de la predicación completarán la preparación del orador sirviéndole para comprender mejor la doctrina y para desenvolverla convenientemente.

Este método, se nos dirá, parece tan fácil como seguro: pero ¿dónde y cómo encontrar los lugares de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres á propósito para predicar sobre una manera determinada? Confesamos que esta dificultad es grave y casi insuperable para quien no haya hecho de antemano los estudios que, como en otras lecciones hemos indicado, son necesarios al orador: á quien tan desprovisto de ciencia quiera predicar, le acontecerá lo que sucede al que por no haber trabajado en su juventud, se encuentra más tarde en la necesidad, de mendigar: «Sicut qui patrimonium non paraverunt, subinde querunt, ita in oratione, qui non satis laboraverunt (2).»

Esto es tan cierto, que aun los hombres de profundos estudios, en el momento de componer un discurso, quisieran á veces consultar alguna de sus pasadas lecturas, y no les es posible hacerlo porque les falta la memoria local. San Agustín experimentó la inestabilidad de su memoria, y para remediarla solía escribir lo que no quería olvidar; «meditationes meas, ne oblivione fugiant, stilo alligo.» Nuestro Granada aconseja que se anoten por ór-

(1) *La Razon filosófica*, Conferencia IX, pág. 510; Madrid, 1852.

(2) Quint., lib. VIII, Proemio, n. IV., tom. II, pág. 28.

den de materias cuantas ideas notables se adquirieran con la lectura ó con el trato de hombres sábios; «con este cuidado y diligencia, dice, poco á poco va creciendo nuestro tesoro, y al cabo de muchos años se levanta con estos acrecentamientos un monton considerable de noticias exquisitas (1).» Igual consejo da San Carlos Borromeo. Los siete libros de las *Cuestiones sobre el Pentateuco*, de San Agustín; las *Estrómatas*, de Clemente Alejandrino; los *Principios filosóficos de la literatura*, del abate Batteux (2), y el *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito*, de Maury (3), son el resultado de las notas que habian ido tomando sus autores, segun su propio testimonio; y si al lado de estos ejemplos pudiéramos alegar nuestra experiencia para estimular á los jóvenes á seguir este método, diríamos que para estas lecciones nos hemos servido de los apuntes y extractos que hemos acostumbrado hacer desde nuestra juventud.

Las lecturas que hemos indicado, y cualesquiera otras buenas que haya hecho el orador, habrán enriquecido su espíritu; y entonces preciso es hacerlas germinar, convirtiéndolas, digámoslo así, en propia sustancia; lo cual se consigue por la meditación.

En todas las ciencias y materias hay ciertos puntos cardinales, algunos principios fecundos de los que fluyen, como consecuencias, un gran número de verdades: los espíritus vulgares giran alrededor de estos principios, sin atreverse á llegar á ellos; se detienen en ideas aisladas, ó en verdades subalternas y de pormenor; sólo es propio de los espíritus elevados, dice Santo Tomás (4), el apoderarse de los principios y descubrir á un golpe de vista las conclusiones que encierran. Elévase, pues, el orador á sus principios, fíjese en ellos, médite los profundamente, y colocado á esa altura, se ofrecerán á su vista las consecuencias, comprenderá la materia en toda su extension, y su marcha será tan expedita como acertada.

(1) Lib. II, cap. VII, números 3 y 4, pág. 75.

(2) El mismo autor, en la historia de su vida, tit. I, pág. XXIX; Madrid, 1795.

(3) Ensayo V, pág. 6.

(4) Qui enim habet intellectum elevatum, statim uno principio demonstrativo proposito ex ipso multarum conclusionum cognitionem accipit. Quod non convenit ei qui debiliore intellectus est, sed oportet quod ei singula explanentur. (Pars. I.^a, q. XII, a. VII, o.)

La doctrina no debe ser el único objeto de su meditación, porque se expondría á mantenerse en la esfera de abstractas especulaciones, en cuyo caso sus discursos carecerían de valor práctico, que tan necesario es para que sus palabras lleguen al corazón de sus oyentes: éstos, pues, y sus necesidades han de ser también el objeto de las meditaciones del predicador, cuyo ministerio es práctico.

Hay además, como indica San Agustín, una razón peculiar del ministerio de la predicación, que aconseja al orador que tenga en cuenta á sus oyentes en el acto de preparar sus discursos. La Religión ha enaltecido al orador cristiano; rodeado éste de oyentes que le escuchan con respetuoso silencio, no ha de esperar las observaciones y réplicas que dan pábulo y empuje á la elocuencia del foro ó de la tribuna. Si el predicador ha fijado toda su atención en la doctrina, y al meditarla no ha pensado en su auditorio, es muy probable que en medio de un gran concurso se halle solo consigo mismo y caído en la monotonía; porque no puede haber orador elocuente, dice Cicerón, sin numeroso auditorio. «Sic orator, sine multitudine audiente, eloquens esse non possit (1).» Contémplese el predicador en la soledad de su aposento cual si estuviera rodeado de su auditorio; considere á este sér colectivo como un sólo individuo; vea en su propio corazón el corazón de sus oyentes; examínele, oiga sus réplicas, disuelva sus objeciones, disipe sus pretextos, triunfe de su resistencia, y no cese hasta que le haya convencido y persuadido, reduciéndole al servicio de la verdad y á la práctica de la virtud.

En esta doble meditación pasaba la noche anterior al día en que había de predicar el Padre San Bernardo. «Siquidem ad præparanda fercula vestra, tota hac nocte concaluit cor meum infra me, et in meditatione mea exarsit ignis.» En una ocasión contemplaba el Crisóstomo, desde su retiro, la ley santa de Dios y los desórdenes de los fieles, que acudían presurosos á los juegos circenses y al teatro; «ego itaque domi sedens... graviora patiebar, quam si qui tempestate jantantur: inque terram spectabam pudore suffusus;» y abrasado su corazón con este doble pensamiento, prorumpió con aquella elocuencia de fue-

(1) De Orat., lib. II, n. LXXXIII, tom. II, pág. 205.

go que caracteriza la justamente celebrada homilía que comienza: HECCINE FERENDA? HECCINE TOLERANDA? VOBIS ENIM IPSIS JUDICIBUS CONTRA VOS UTI VOLO. ¿Y qué otra cosa si no el recuerdo de Dios y los pecados de su pueblo fué lo que le hizo verter aquellos raudales de lágrimas, de las que ponía por testigos á la soledad y á su habitación? «Nisi quis me putaret auram superfluum captare, quotidie me videres fontes lacrymarum emittere. Harum vero consciæ sunt domuncula et solitudo.»

El jóven que, sin la indispensable preparación del estudio y de la meditación, pretenda componer un discurso, pagará bien cara su impaciencia; en vano tomará la pluma y en vano se fatigará, buscando fuera de sí mismo lo que sólo ha de proceder de su interior: si no tiene ideas, ¿dónde encontrará expresiones? ¿Puede haber color sin cuerpo que le reciba? ¿Puede haber cuerpo vivo sin alma que le anime? ¿Puede haber sombra sin objeto que la ocasione? Por el contrario, si su alma está poseída, no le faltará palabras, ni se verá obligado á hablar como quien contesta á lo que le preguntan; las expresiones nacerán de los mismos pensamientos, y les seguirán como la sombra al cuerpo.

San Bernardo encierra toda la doctrina de esta lección en un símil: «La pila de una fuente, dice, no vierte agua hasta que se ha llenado; entonces derrama la que sobra abunda, y conserva cuanto le cabe; los arcaduces no hacen más que dar paso á las aguas, pero ninguna aumentan ni conservan para sí.» ¡Predicador cristiano! Si carece tu alma de esa vida y movimiento que sólo nace del estudio y de la meditación, ¿qué fuerza darás á tus discursos? Saldrán de tus labios, fríos é inanimados, como pasan tranquilas las aguas por los arcaduces. «Procura, dice San Bernardo, que tu alma sea como una fuente perenne, como una pila que rebose, y entonces predica, y tu palabra será elocuente, porque de la abundancia del corazón habla la boca (1).» «Si sapis, concham te exhibebis, et non canalem. Hic siquidem pene simul et recipit, et refundit: illa vero donec impleatur, expectat; et sit quod superabundat, sine suo damno communicat... ergo et tu fac similiter: implere prius, et sic curato effundere.»

(1) San Mateo, XII, 34.

LECCION XIV.

De los sermonarios.

Al tratar de la lectura que puede servir de preparacion próxima para predicar, no hemos hablado de los sermonarios, porque creemos, no sólo que sirven para poco en aquel momento, sino que pueden ser una rémora para componer bien.

Los sermonarios que han merecido un juicio favorable de hombres de gusto, son excelentes como libros de estudio, no tanto por su doctrina, que puede recogerse con más provecho y seguridad de las fuentes indicadas, como porque con el estudio y análisis de las bellezas que encierran, y aun de los defectos, de que rara vez se eximen las mejores composiciones: se forma el gusto del orador y aprende el camino por donde puede ir á la perfeccion, y los escollos que debe evitar. Léanse, pues, en buen hora y estúdiense estos modelos, mas no en el momento crítico de la preparacion para predicar, cuando la atencion debe reconcentrarse en la materia del discurso, porque en esos momentos toda distraccion perjudica, y este es el menor daño que ocasionaria tan inoportuna lectura.

La elocuencia es un movimiento continuo del alma: por consiguiente, lo que estrecha el círculo de las ideas le daña, y lo que embaraza la marcha del espíritu, ó apaga el fuego de la imaginacion, ó enfrena los arranques del corazón, la aniquila: tales son los efectos que puede producir la lectura de composiciones elocuentes, atrayendo y encadenando al jóven orador; con la circunstancia de que este peligro será tanto mas inminente, cuanto mayor sea el mérito de los modelos que lea.

Ciceron en su juventud aprendia de memoria pasajes selectos, cuyas ideas procuraba reproducir libremente; pero cuando se esmeraba en servirse de los términos más propios y de mayor adorno, tenia que repetir literalmente los temas que habia aprendido: tan sojuzgado quedaba su espíritu! Esta experiencia le hizo desistir de semejantes ejercicios: sucediale además que cuando se esforzaba en buscar expresiones de su mismo caudal, le parecian

impropias, y su trabajo le desagradaba (1). Si esto acontecia á Ciceron, teman los jóvenes que la lectura de composiciones escogidas en el momento de prepararse para predicar les infunda el decaimiento de ánimo que enerva el espíritu; y más aún teman que ese abatimiento se convierta en desesperacion, conduciéndoles, como á otros, al extremo de hacerse plagiarios; en cuyo caso les será, si no absolutamente imposible, por demás difícil predicar con elocuencia.

Suelen preguntar los jóvenes: ¿podremos acaso componer un discurso mejor que los que nos han dejado los grandes oradores? Sí, y os lo decimos con la más íntima conviccion; si no careceis por completo de dotes oratorias, podeis componer discursos más elocuentes, no absoluta, sino relativamente, que los de esos grandes oradores. La pregunta, cuando no es un disfraz para cubrir la indolencia, es una preocupacion errónea, que muchas veces ha cortado en flor las halagüeñas esperanzas que habian hecho concebir talentos privilegiados, pero que, reducidos al papel de simples copistas y pobres plagiarios, se han inutilizado y perdido para la elocuencia del púlpito.

La elocuencia no es una abstraccion; su teoria es una é invariable para todos los hombres, pero su práctica es individual. Las ideas sólidas, los sentimientos nobles, las imágenes vivas, alma y vida de un discurso, no se imponen á nuestra alma, porque son el producto de la accion enérgica y fecunda de nuestro espíritu, y aunque esa accion está sometida á leyes primordiales, dentro de ellas está, sin embargo, la independencia con que obra, con que se abre diversos caminos y busca una expresion adecuada para manifestarse al exterior. Pretender que la lectura de una buena composicion, baste no sólo para excitar el movimiento de nuestra alma, lo cual no es absolutamente imposible, sino para imprimirle una direccion en la complicada labor de los fenómenos intelectuales, enteramente conforme á la marcha que siguió el espíritu del autor original, ó aspirar á que los fenómenos de nuestra alma se acomoden sin violencia á la expresion que á los suyos dió otro escritor, á una expresion, en fin, que se le impone de afuera, es desconocer la ciencia ideológica y la teoría de la elocuencia.

(1) *De oratore*, lib. I, n. xxxiv, tomo II, pág. 47.

Además, en el buen efecto y resultado cumplido de un discurso influyen mucho el lugar y tiempo en que se pronuncia, la actual disposición de los oyentes y las circunstancias personales del predicador; tales son la posición que ocupa en la Iglesia, su talante, su voz, su ademán y también su edad, porque, como dicen los Santos Padres, á cada edad corresponde un género distinto de elocuencia. Sobre la grande dificultad, pues, que ofrece la inflexibilidad de nuestro espíritu para sujetarse á la marcha de otro y á las formas de expresión que ha usado otro hombre, hay la incomparablemente mayor de que las circunstancias de actualidad y las personales sean idénticas en el autor y en el copista; de donde se infiere no sólo la suma dificultad de que un plagiario sea elocuente, sino cuán fácil es que se haga ridículo; porque discursos que fueron elocuentísimos en los labios del Crisóstomo, podrían aparecer ridículos en los de un plagiario, colocado respecto de aquel grande orador en distintas circunstancias de lugar, de tiempo y de auditorio, ocupando en la Iglesia una posición ménos elevada y careciendo de las dotes personales y de la aureola de la gloria que circundaba al gran Patriarca de Constantinopla.

Confiamos que cuando los jóvenes principien á componer y sientan la tentación de copiar, han de oír en su interior una voz que les aparte de tan mal camino; voz que quizá no comprenderán al principio, como tampoco la comprendíamos nosotros las primeras veces que la oímos. Sucedianos en nuestra juventud que al prepararnos para predicar de un asunto determinado, recordábamos algunos discursos predicados sobre la misma materia, y cuya lectura nos había entusiasmado; los buscábamos con ansia; los leíamos con avidez; pero... quedábamos completamente defraudados: lo que ántes era objeto de nuestra admiración, ahora nos desagradaba: no era á propósito... ¡Cerrábamos el libro con pena! ¡Qué abatimiento! ¡Cuánto tiempo perdido...! ¿Qué cambio había sido éste? Los discursos eran los mismos: nuestro criterio, bueno ó malo, era el mismo: ¿qué es, pues, lo que había cambiado? Entónces no lo conocíamos, pero ahora lo sabemos. Había cambiado nuestra posición, estábamos colocados en diferente punto de vista: ántes leíamos aquellas composiciones no más que por placer ó por estudio; buscábamos sólo su valor absoluto, y le encontramos porque le tienen, y nuestro espíritu quedaba satisfecho:

ahora buscábamos un valor relativo á la situación actual de nuestro ánimo, á nuestras condiciones personales, á las de nuestros oyentes y al conjunto de las circunstancias presentes; y ese valor relativo no lo encontrábamos, ni existía, porque no éramos nosotros lo que fueron los autores de aquellas grandes composiciones, ni eran idénticas las circunstancias en que nos encontrábamos y las en que aquellos se encontraron.

Los Santos Padres leían con grande interés los escritos de sus contemporáneos y predecesores; y salvo muy pocas excepciones, como, por ejemplo, un sermón de San Gregorio Niseno sobre la caridad, en el que copió algo de la oración XV del Nazianceno, no hemos visto en cuanto hemos leído que los Santos Padres copiasen las composiciones de otros. Los grandes oradores de los tiempos modernos han estudiado los Santos Padres y los han imitado, pero no los han copiado: de Bossuet y Bourdaloue, por ejemplo, puede decirse con seguridad que como oradores no han hecho más que trabajar sobre el rico fondo de las obras de los Santos Padres; pero nunca, jamás copiaron: con la meditación hicieron suya la doctrina de los Doctores de la Iglesia, y suyas fueron también, aunque muchas veces imitadas, las bellísimas formas con que las revistieron. Imitaron como los grandes maestros; pero copiar, no lo hicieron jamás, ni era posible que á ello se doblegasen tan pujantes y elevados ingenios. Si se nos citasen algunos hechos en contra, serán tan pocos, que no alterarán la verdad de lo que en general acabamos de sentar. Y de tal manera es la inflexibilidad en esta parte de las facultades intelectuales, que los oradores acostumbrados á predicar sus propias composiciones no pueden repetir las literalmente cuando predicán sobre la misma materia de que lo han hecho otras ocasiones: en estos casos, ó consideran el asunto bajo un aspecto nuevo, ó por lo ménos modifican el giro de sus antiguos discursos y les dan nueva forma. Para fijar más la atención de los jóvenes sobre este particular, citaremos casos determinados. San Juan Crisóstomo trataba frecuentemente en sus homilias de la limosna y de la costumbre de jurar; pero las formas con que se expresaba eran siempre diferentes: dos veces predicó de la TRACION DE JUDAS y otras dos de la CRUZ y DEL BUEN LADRON; y las cuatro homilias son distintas. Conservamos de San Agustín cuatro sermones sobre la ORACION DOMINICAL: todos ellos se diferencian entre

sí y el LVIII es de un mérito muy superior á los tres restantes.

Los principios de la ciencia ideológica, la teoría del arte de la elocuencia y la práctica de los grandes oradores cristianos antiguos y modernos, se compendian en estas palabras de Fr. Luis de Granada, cuando, aconsejando al orador que predique sus propias composiciones, dice: «Las cosas que son nuestras las tratamos con más afluencia y valentía, como armas ajustadas á nuestras fuerzas y á nuestro cuerpo (1).» San Cipriano se servía de otro símil muy expresivo: á los que le pedían que les enviase tratados compuestos sobre determinadas materias, se limitaba á enviarles una suma de pasajes de la Sagrada Escritura, diciéndoles: «No os envío un tratado, sino materia abundante para que vosotros le compongais.» «¿Qué haría yo, decía á Fortunato, con remitirte un tratado compuesto por mí y á mi gusto? Esto equivaldría á enviarte, para que te ataviases, un vestido hecho á la medida de otro hombre de diferente figura y de otra talla que la tuya.» «Nam si confectam et paratam jam vestem darem, vestis esset mea, qua alijs uteretur, et forsitam non pro habitudine staturæ et corporis res alteri facta minus congruens haberetur... tunicam tibi pro voluntate conficies, et plus ut in domestica tua atque in propria veste lætaveris, et cæteris quoque ut conficere et ipsi pro arbitrio suo possint, quod misimus exhibebis.»

LECCION XV.

Del plan del discurso.

Con el estudio y la meditacion de la materia acumulará ideas el orador y brotarán de su corazón los sentimientos: al principio, tal vez, se ofrecerán estos fenómenos al espíritu tumultuariamente, según la frase de San Bernardo: «Quantus enim tumultus est in mente dictantium, ubi multitudo perstrepat dictionum, ubi orationum varietas et diversitas sensuum concurrat.» Entonces es preciso, dice Quintiliano, ordenar los pensamientos como el artífice que pone en orden los materiales acopiados (2); y cuando se ha encontrado lo que se ha de decir, es neces-

(1) Lib. II, cap. VII, n. 4, pág. 76.

(2) Lib. VII, Proemio, tom. II, pág. 1.

sario, según Ciceron, disponer el modo con que se ha de decir: «Invenire quid dicas, inventa disponere (1).»

Esto, que los antiguos llamaban disposición, lo llamamos ahora PLAN DE UN DISCURSO; que consiste en fijar el término á que se dirige el orador, señalando el camino que ha de seguir con regularidad. Sin esta preparacion, el predicador se expone á extraviarse y extraviar la atencion de sus oyentes, marchando como quien anda en tinieblas y palpando las paredes, en expresion de Quintiliano (2).

El idear el plan de un discurso suele costar más trabajo y más tiempo que su ejecucion; pero quien haya acertado á trazar un plan natural, sencillo y razonable, habrá entrado en un camino llano y espacioso, por donde marchará rápidamente y con toda seguridad: por el contrario, el jóven que tome la pluma sin aquella preparacion, pagará cara su imprudencia, y su proceder será vacilante y desacertado.

Sólo la meditacion de la materia puede inspirar al orador un plan acertado; porque no sólo comprenderá los principios de donde fluyen naturalmente las consecuencias, sino que beberá en abundancia las aguas en la misma fuente, y no necesitará buscarlas en los riachuelos, como hacen los ingenios tardos. ¡Cuántas veces nos ha sucedido que al trabajar sobre un plan que creíamos bien meditado, las nuevas reflexiones que nos sugeria la composicion nos han descubierto un plan más acertado que el primero!

La unidad es condicion necesaria para un buen plan, porque nuestro espíritu está sometido á esta ley. ¿Procede esto de la unidad de nuestro sér inteligente y de la real ó facticia con que se nos ofrecen cuantos seres nos rodean y son objeto de nuestro conocimiento? No es ocasion de ocuparnos en dilucidar este fenómeno psicológico; pero él es constante é indudable: nada que no sea uno ó lo parezca nos agrada, dice San Agustin, siendo, por el contrario, la unidad la forma de la belleza; «Cum omnis porro pulchritudinis forma unitas sit.» Idea luminosa que repite muchas veces el Santo Doctor. Por otra parte, la limitacion de nuestras fuerzas intelectuales nos impide atender á la vez á muchos y diversos objetos: marchará,

(1) *De orat.*, lib. II, n. XIX, tom. II, pág. 116.

(2) Lib. VII, Proemio, tom. II, pág. 2.

sí y el LVIII es de un mérito muy superior á los tres restantes.

Los principios de la ciencia ideológica, la teoría del arte de la elocuencia y la práctica de los grandes oradores cristianos antiguos y modernos, se compendian en estas palabras de Fr. Luis de Granada, cuando, aconsejando al orador que predique sus propias composiciones, dice: «Las cosas que son nuestras las tratamos con más afluencia y valentía, como armas ajustadas á nuestras fuerzas y á nuestro cuerpo (1).» San Cipriano se servía de otro símil muy expresivo: á los que le pedían que les enviase tratados compuestos sobre determinadas materias, se limitaba á enviarles una suma de pasajes de la Sagrada Escritura, diciéndoles: «No os envío un tratado, sino materia abundante para que vosotros le compongais.» «¿Qué haría yo, decía á Fortunato, con remitirte un tratado compuesto por mí y á mi gusto? Esto equivaldría á enviarte, para que te ataviases, un vestido hecho á la medida de otro hombre de diferente figura y de otra talla que la tuya.» «Nam si confectam et paratam jam vestem darem, vestis esset mea, qua aliis uteretur, et forsitam non pro habitudine staturæ et corporis res alteri facta minus congruens haberetur... tunicam tibi pro voluntate conficies, et plus ut in domestica tua atque in propria veste lætaveris, et cæteris quoque ut conficere et ipsi pro arbitrio suo possint, quod misimus exhibebis.»

LECCION XV.

Del plan del discurso.

Con el estudio y la meditacion de la materia acumulará ideas el orador y brotarán de su corazón los sentimientos: al principio, tal vez, se ofrecerán estos fenómenos al espíritu tumultuariamente, según la frase de San Bernardo: «Quantus enim tumultus est in mente dictantium, ubi multitudo perstrepat dictionum, ubi orationum varietas et diversitas sensuum concurrat.» Entonces es preciso, dice Quintiliano, ordenar los pensamientos como el artífice que pone en orden los materiales acopiados (2); y cuando se ha encontrado lo que se ha de decir, es neces-

(1) Lib. II, cap. VII, n. 4, pág. 76.

(2) Lib. VII, Proemio, tom. II, pág. 1.

sario, según Ciceron, disponer el modo con que se ha de decir: «Invenire quid dicas, inventa disponere (1).»

Esto, que los antiguos llamaban disposición, lo llamamos ahora PLAN DE UN DISCURSO; que consiste en fijar el término á que se dirige el orador, señalando el camino que ha de seguir con regularidad. Sin esta preparacion, el predicador se expone á extraviarse y extraviar la atencion de sus oyentes, marchando como quien anda en tinieblas y palpando las paredes, en expresion de Quintiliano (2).

El idear el plan de un discurso suele costar más trabajo y más tiempo que su ejecucion; pero quien haya acertado á trazar un plan natural, sencillo y razonable, habrá entrado en un camino llano y espacioso, por donde marchará rápidamente y con toda seguridad: por el contrario, el jóven que tome la pluma sin aquella preparacion, pagará cara su imprudencia, y su proceder será vacilante y desacertado.

Sólo la meditacion de la materia puede inspirar al orador un plan acertado; porque no sólo comprenderá los principios de donde fluyen naturalmente las consecuencias, sino que beberá en abundancia las aguas en la misma fuente, y no necesitará buscarlas en los riachuelos, como hacen los ingenios tardos. ¡Cuántas veces nos ha sucedido que al trabajar sobre un plan que creíamos bien meditado, las nuevas reflexiones que nos sugeria la composicion nos han descubierto un plan más acertado que el primero!

La unidad es condicion necesaria para un buen plan, porque nuestro espíritu está sometido á esta ley. ¿Procede esto de la unidad de nuestro sér inteligente y de la real ó facticia con que se nos ofrecen cuantos seres nos rodean y son objeto de nuestro conocimiento? No es ocasion de ocuparnos en dilucidar este fenómeno psicológico; pero él es constante é indudable: nada que no sea uno ó lo parezca nos agrada, dice San Agustin, siendo, por el contrario, la unidad la forma de la belleza; «Cum omnis porro pulchritudinis forma unitas sit.» Idea luminosa que repite muchas veces el Santo Doctor. Por otra parte, la limitacion de nuestras fuerzas intelectuales nos impide atender á la vez á muchos y diversos objetos: marchará,

(1) *De orat.*, lib. II, n. XIX, tom. II, pág. 116.

(2) Lib. VII, Proemio, tom. II, pág. 2.

pués, con pena y fatigará á sus oyentes el orador que no les conduzca por un solo y recto camino.

Deséchese con resolucion toda idea, eualquier adorno, todo episodio que no quepa naturalmente en un plan racional: abandónese decididamente todo lo que pueda romper la unidad; en un discurso, dice Fenelon, no debe haber nada, absolutamente nada que pueda ser cortado sin tocar á lo vivo (1): ténganlo muy presente los jóvenes, quienes suelen no omitir nada de cuanto les ocurre y parece notable, como si hubiera de faltarles tiempo y ocasion de decir lo que saben: ¡pueril empeño que revela á los entendidos, cuando no la vanidad del orador, su ignorancia de las reglas más sencillas de la elocuencia!

El discurso debe aumentar siempre en interés, en fuerza y animacion: todo lo que sea parar ó retroceder en el camino emprendido, es contrario á la índole de la elocuencia, que suele compararse á un rio que siempre corre y con nuevo acrecentamiento. San Juan Crisóstomo describe con mucha propiedad la impresion desagradable que hace en el ánimo de los oyentes el paso vacilante de un predicador que no ha preparado bien su discurso; y en otra ocasion recordaba á sus oyentes cuál se habia ido excitando la mocion en el corazon de los mismos, á medida que aumentaba en interés una homilía que les habia predicado. «Al principio, les decia, permaneciais casi inmóviles («initio quidem non admodum mihi commovebatur hic cætus»); mas cuando mi oracion fué adelantando, y la argumentacion recibió todo su desarrollo, me oiais con grande placer; vuestro entusiasmo llegó á su colmo, y prorumpisteis en aplausos estrepitosos («ubi vero longius sermo productus est, et omnes argumenti propositi partes inuasit, ampliorque proeminata doctrina est, tunc nimirum ad majorem audiendi cupiditatem exarsistis ac vehementior plausus erupit»).

La tercera condicion de un buen plan consiste en que el discurso sea de una extension proporcionada: si el orador se encierra en un círculo demasíadamente estrecho, corta las alas á la elocuencia, y no podrá marchar con holgura; si proyecta un plan de extension desmesurada, no sólo se resentirán sus fuerzas físicas pronunciando el discurso, sino, lo que es peor, fatigará la atencion de sus

(1) Carta escrita á la Academia francesa, n.º IV, pág. 123.

oyentes, quienes sentirán el tedio y fastidio como advierten San Agustin y San Gregorio; y bien sabido es que el orador que no agrada, falta á una de las condiciones esenciales de la elocuencia.

Sobre este particular forman contraste la conducta de San Juan Crisóstomo y la de San Agustin. El Santo Obispo de Hipona tenia mucho cuidado de no fatigar la atencion de los fieles con largos discursos: esta teoria la enseñó en su libro *De Doctrina cristiana* y en el *De catechizandis rudibus*, y la practicó él mismo; sus sermones morales son, por lo comun, de poca extension: á pesar de que en su tiempo acostumbraban los fieles, por respeto á la palabra divina, oirla en pié, aconseja á los predicadores que inviten á los oyentes para que se sienten; y en otra parte les encarga que cuando observen que los fieles comienzan á cansarse, reanimen su atencion, prometiéndoles que van á dar fin á su discurso, y que se apresuren á concluir, omitiendo algo de lo que se habian propuesto decirles: «Et acceleranda sunt cætera, et promittendus atque exhibendus finis propinquior.»

San Juan Crisóstomo, no obstante que en teoria conocia las ventajas de la brevedad, solia ser muy difuso, y tanto, que algunas veces enronquecia predicando; los fieles criticaban su prolijidad, y sus amigos le llamaron su atencion sobre el particular: el Santo Doctor se vindicó en várias ocasiones, exponiendo los motivos que le inducian á predicar tan prolijamente; mas es de advertir que si su profunda instruccion, su genio fecundo, su florida imaginacion y su celo fervoroso le hacian traspasar los límites naturales de un discurso, su juicio y buen gusto le argüian y como que protestaban contra su difusion: de aquí las salvedades con que frecuentemente excusaba su prolijidad y procuraba avivar la remisa atencion de sus oyentes. Si este grande orador, cuya elocuencia le mereció el epíteto de CRISÓSTOMO ó BOCA DE ORO, el más aplaudido quizás de cuantos hubo en los siglos cristianos, cuya facundia embelesaba á sus oyentes, no pudo evitar ni el fastidio de su auditorio ni la censura de sus amigos, ¿qué podrán esperar los jóvenes que recifen prolijas y muy difusas composiciones?

Aquí es oportuno decir lo necesario sobre el texto. Era costumbre entre los judíos apoyar las instrucciones que se daban al pueblo fiel en las solemnidades religiosas, en algun pasaje de los Profetas que se leia al intento. Jesu-

cristo se atuvo á esta costumbre (1); siguiéronla los Apóstoles (2), y los Santos Padres, antes de predicar, leían por sí mismos, ó lo hacía uno de los Lectores, el lugar de la Sagrada Escritura que se proponían explicar. San Agustín solía, predicando, leer el texto sagrado que tenía en las manos. Esta práctica ha llegado hasta nuestros días: los Obispos, antes de predicar, leen algunas veces parte del Evangelio de la Misa del día, y de aquí ha nacido el uso de que el predicador recite siempre algún texto, que por lo común se toma de los Libros Sagrados.

Preciso es confesar que esta costumbre ha perdido para muchos su verdadera significación, porque unas veces toman, como á la ventura, un texto inconexo con el discurso que van á predicar, y otras procuran amoldar el texto al discurso con más ingenio que naturalidad: entre estos dos extremos el más tolerable es el primero; mas la perfección consiste en que el texto sea tal, que contenga por lo ménos la idea general y dominante en el discurso.

No parece á muchos cosa fácil el encontrar textos oportunos; pero esta dificultad procede, en nuestro juicio, de que invertimos el orden natural de la predicación; nos fijamos *à priori* en una materia, y para explicarla recurrimos á la Sagrada Escritura, y quizá, hablando con más propiedad, rebuscamos lugares de los Libros Sagrados; cuando lo que debiéramos hacer es estudiar la Sagrada Escritura, fijarnos en alguno de sus pasajes y explicarle al pueblo, sirviéndonos al efecto de nuestras propias facultades y de los recursos del arte; en cuyo caso es indudable que los textos serían, y no podrían ménos de ser, oportunos.

Este era el método de los Santos Padres, quienes deducían de las palabras de los Libros Santos sus sólidas y admirables instrucciones: «La palabra divina, dice San Juan Crisóstomo, es como el incienso; siempre despide buen olor, pero si cae sobre las áscuas, difunde su aroma á larga distancia.» Así también la Sagrada Escritura, con el fuego de la meditación, se desarrolla y manifiesta toda su riqueza; ni una sola palabra hay en los Libros Santos que carezca de profundo sentido y de grande enseñanza. Conociólo así por experiencia; profundamente versado en

(1) San Luc., cap. iv, versículos 15 y siguientes.

(2) Hechos Apostólicos, cap. xiii, versículos 15 y siguientes.

la ciencia de las Divinas Escrituras, es, entre los oradores cristianos, quien las ha expuesto con mayor solidez y elocuencia: de estas palabras *VINO MODICO UTERE—SALUTATE PRISCILLIAM ET AQUILAM—ACTA APOSTOLORUM* y otras parecidas, que solemos leer mil veces sin que digan nada á nuestro espíritu distraído, ha deducido con verdad y naturalidad algunas de sus más sólidas y elocuentes instrucciones. ¡Tan cierto es que al orador cristiano que estudie y medite los Libros Sagrados no le faltarán textos oportunos y temas fecundos para sus composiciones!

Jóvenes oradores: asegurad el proceder de vuestro espíritu en un plan que tenga unidad, progresión y dimensiones moderadas: aspirad á que vuestro plan esté delineado en algún pasaje de la Sagrada Escritura, y estad seguros que vuestra labor está hecha casi por entero; marchareis sin peligro de extravío y conducireis á vuestros oyentes con suavidad y sin fatigarlos. San Hilario decía al exponer el plan de sus LIBROS DE LA TRINIDAD: «Nihil... incompositum, indigestumque placuit afferre... quia nullus per prærupta consensus est, nisi substratis paulatim gradibus feratur gressus ad summa; nos quoque quædam gradiendi initia ordinantes, arduum hoc intelligentiæ iter clivo quasi molliore lenivimus, non jam gradibus incisum, sed planitie subrepente devexum, ut prope sine scandentium sensu, euntium proficeret consensus.»

LECCION XVI.

Del exordio y de la refutación.

«Llegado el caso de ejecutar el plan ya concebido, la razón misma indica al orador, dice San Agustín, todas sus operaciones; tales son captarse la atención, benevolencia y docilidad de los oyentes; que les proponga el asunto de que va á hablarles; que pruebe la verdad de lo que asienta, y que excite en el ánimo de sus oyentes los sentimientos de afecto ó de aversión, según lo exija el asunto; cuyas operaciones constituyen las cuatro partes del discurso, que se llaman EXORDIO, PROPOSICION, CONFIRMACION Y PERORACION. La NARRACION Y CONFUTACION ó REFUTACION, que algunos enumeran entre las partes del

discurso, no lo son sino integrantes, ora del exordio, ora de la proposición, ó acaso de la confirmación.

El fin que el orador ha de proponerse en el exordio es hacer á los oyentes benévolo, atentos y dóciles: «Reddere auditores benevolos, attentos, dociles (1).» Observan los Santos Padres que hay ocasiones en que las circunstancias por sí solas excitan la benevolencia, la atención y la docilidad de los oyentes: en tales casos el orador puede prescindir de todo exordio; mas cuando haga uso de él debe ser modesto, sencillo, correcto, tranquilo, y como nacido de la materia misma sobre que versa el discurso.

La arrogancia del orador desagrade á los oyentes y aleja sus ánimos: por el contrario, la modestia los atrae y cautiva: considerada esta virtud como reguladora de nuestros actos exteriores, nació de la moderación del ánimo, y es á la templanza del alma, dice San Ambrosio, como el buen color á un cuerpo sano, ó lo que es la flor en una planta. «Es, añade, el ornamento de nuestra vida.» «Quæ totius vitæ ornatum attolit.» Observa San Juan Crisóstomo que nadie tuvo tantas ocasiones, y quizá pudiera decirse tanta necesidad de mostrarse arrogante, como el Apóstol San Pablo, y que nadie, sin embargo, fué tan modesto como él; complaciéndose en hacer resaltar la modestia del grande Apóstol en sus muchas homilias sobre las cartas del mismo.

Al principiar el orador su discurso debe suponer á su auditorio, si no distraído, ignorante por lo ménos de cuál sea el asunto de que le va á predicar: preciso es, pues, para excitar su atención y concentrarla en la materia, conducirla con suavidad, hablándole con sencillez: «Ut verecunda principia commendent processum» (San Ambrosio.)

Mas no se confunda la sencillez con el desaliño: éste desagrade, é impediría al orador atraerse la atención y captarse la benevolencia de sus oyentes. El exordio, á la vez que sencillo, debe ser correcto, evitando así la afectación como la negligencia: el orador, en opinión de San Ambrosio, ha de expresarse: «Non affecta elegantia, sed non intermissa gratia;» lo cual es exactamente

(1) Ciceron: *De inventione*, lib. I, n. xv, tom. I, pág. 18.—*Oratorie partitiones*, n. viii, tom. I, pág. 408.—*De orat.*, lib. II, n. xix, tom. II, pág. 116.

aquella negligencia diligente de que habla San Agustín: «Hæc tamen sic detrahit ornatum, ut sordes non contrahat.»

Maury, Mareel y el Dr. Audisio (1) elogian como muy oportuno para fijar la atención del auditorio aquel pasaje de Bossuet en el exordio de la oración fúnebre de la duquesa de Orleans. «Quiero llorar en una sola desgracia todas las calamidades del género humano, y hacer ver en una sola muerte, la muerte y la nada de todas las grandezas humanas.» Esto es sublime; pero mucho nos equivocamos, si no es una exacta imitación de la primera cláusula del elogio fúnebre de Blesilla, escrito por San Jerónimo: así como creemos que el principio de la misma oración fúnebre de la duquesa está tomado del de el elogio de San Basilio, predicado por el Nazianceno: también L'Harpe (2) admira los dos pasajes del orador francés, pero nadie recuerda los de San Jerónimo y el Nazianceno.

La naturaleza procede por grados en sus operaciones; nada hace violentamente, y sería por lo mismo desacertado pretender excitar grandes afectos en los oyentes antes de prepararlos; y aun cuando se consiguiera, es peligroso aspirar á tanto en el principio de un discurso, porque es muy difícil que se mantengan durante él á igual altura, así el orador como los oyentes; y desde el momento en que afloje la tensión de los ánimos y se debiliten los sentimientos, la elocuencia es imposible: por esta causa el exordio debe ser tranquilo. San Agustín empieza sus sermones exponiendo tranquilamente el lugar de la Sagrada Escritura que va á explicar, ó, cuando más, hace dos ó tres sencillas reflexiones antes de entrar en esa exposición. San Juan Crisóstomo, no obstante la vehemencia de su carácter, comienza sus discursos con alguna comparación tomada de objetos muy conocidos de sus oyentes; como son la agricultura, las nociones más comunes de medicina y las costumbres de la vida doméstica: en algunas ocasiones les da cuenta de las enfermedades ó graves ocupaciones que le han privado del placer de predicarles en los días acostumbrados; y muy á me-

(1) Maury, ensayo x, pág. 14.—Mareel., tom. III, pág. 76.—Audisio, lib. VII, tom. I, pág. 96.

(2) *De la oración fúnebre*. (Curso de literatura.)

nudo recuerda la materia sobre que habian versado sus últimos discursos.

Este modo de comenzar tranquilo y apacible es el proceder natural y ordinario del hombre; sin embargo, hállase alguna vez tan poseido de una idea, tan dominado de un sentimiento, que omite lo que, juzgando del estado de los ánimos de sus oyentes por el suyo propio, supone que está en el espíritu de aquellos. David comenzó uno de sus Salmos, «los cimientos de ella en los montes santos (1),» y observa San Agustín que, encendido en el amor y deseo de aquella santa ciudad, objeto de sus continuas meditaciones, prorumpió hablando de los fundamentos, sin hacer mencion de la ciudad que descansa sobre ellos. La Magdalena empieza diciendo: «Señor, si tú le has llevado de aquí, dime en dónde le has puesto, y yo le llevaré (2).» La fuerza del amor, dice sobre este lugar San Gregorio Magno, hace creer que el objeto en que se piensa es conocido de todos.»

Conmovido otras veces el orador por un acontecimiento inesperado, por la gravedad ó importancia del asunto, ó por cualquiera otra circunstancia que por sí misma excita los afectos propios y los del auditorio, se abandona desde el principio á movimientos vehementes y á los sentimientos más patéticos; de estos exordios que se llaman *ex abrupto*, encontramos ejemplos inimitables en los discursos de San Basilio, del Nazianceno, y muy particularmente en los de San Juan Crisóstomo, superior en estos valerosos arranques al mismo Ciceron en su primera Catilinaria; y lo más admirable es que, en tales circunstancias, aquellos grandes oradores se mantuvieron vigorosamente hasta el fin en la misma altura á que se remontaron desde el principio; sin embargo, entiendan los jóvenes que esto es dado á muy pocos, y que tales ejemplos son más para admirados que para imitados.

Se halla en muchos tratados modernos de elocuencia sagrada el exordio con que dicen principió su predicacion en San Sulpicio el P. Bridaine en 1753. Maury le elogia con toda la exageracion propia de su ardiente imaginacion; quizá no es indigno, dice, de Bossuet ó de Demóstenes (3); al mismo tiempo otro crítico más práctico y

(1) Salmo LXXXVI, vers. 1.

(2) Joann., xx, vers. 15.

(3) Ensayo xx, pág. 40.

juicioso censura el tal exordio severísima pero muy razonadamente: le cree indigno del P. Bridaine, y no duda asegurar, no sólo que jamás salió de los labios del célebre misionero, sino que es una composicion debida á la imaginacion exaltada del citado Maury (1). ¡Tan difícil es, entendedlo bien jóvenes oradores, el acertar en este género! Si alguna vez os sentís inclinados á esos movimientos aventurados, temed, no sea que caigáis en el ridiculo que con tan vivos colores describe Ciceron: «Si is non præparatis auribus inflammare rem cœpit, furere apud sanos, et quasi inter sobrios bacchari hincolentus videtur (2).»

El exordio debe tener relacion íntima con la materia del discurso: toda idea que no conduce directamente al asunto, sobre inoportuna, es perjudicial, porque en vez de fijar bien la atencion del auditorio, la extravía, llevándola á otro punto distinto de aquel á donde es necesario conducirla: segun Ciceron, debe nacer de la misma causa; «sed penitus ex ea causa, quæ tum agatur, effloruisse;» y es lo último que el orador ha de preparar; si alguna vez, dice, quiero empezar á componer por esta parte del discurso, nada me ocurre que no sea vago, débil ó trivial: «Nullum mihi occurrit, nisi aut exile, aut nugatorium, aut vulgare atque commune (3).» Esta práctica se la aconsejó al orador romano su clara razon, y una equivocacion, que él mismo nos refiere, y que debió mortificar su amor propio. Cuando era joven tenia preparados de antemano exordios aplicables á diversos asuntos, y acomodó al *Libro de la gloria* que remitió á Atico, un exordio que habia colocado ya en el libro tercero de los *Académicos* (4).

Interpretan muy mal esta regla aquellos oradores que en el exordio entran casi de lleno en la materia, anticipando razones que deben reservar para la confirmacion, y haciendo casi un primer discurso, que despues repiten y amplian; semejante conducta roba su novedad á los argumentos y los debilita; no es raro, sin embargo, oír á al-

(1) *Tratado de la predicacion*, por un superior de Seminario, lib. II, part. segunda, cap. I, pár. 2.º, pág. 450: Paris, 1846.

(2) Cic.: *Orat.*, n. xxxviii, tom. II, pág. 309.

(3) *De orat.*, lib. II, n. LXXX, tomo II, pág. 200.—N. LXXVIII, página 199; n. LXXVII, pág. 198.

(4) Cic. *Attico*, lib. XVI, epist. VI, tomo IX, pág. 331.

gunos predicadores introducciones de tan mala especie.

El orador cree á veces conveniente empezar por alguna explicacion inconexa con el asunto del sermón, pero que por circunstancias particulares la gradúa de oportuna. San Juan Crisóstomo era muy dado á estos proemios: «Los hacemos, decia, para instruccion de aquellos que, envueltos en los negocios del siglo, apenas vienen á oirnos una vez por semana; en otras ocasiones, para elogiar la devocion de los que asiduamente concurren á oir la palabra de Dios y en otras para reprender la incuria de los que vienen de tarde en tarde; acontecen tambien no poder acabar un asunto en uno, dos, ni tres dias, y en el segundo comenzamos por donde habíamos concluido el dia anterior, á fin de que nuestras instrucciones estén enlazadas:» «*Ut ita finis cum principio cohærens clariorem auditori narrationem reddat, ne sine ulla serie posita oratio obscurior evadat.*» Esta última razon nos parece la más plausible, y el método muy racional para aquellos oradores que, como los Santos Padres, predicaban frecuentemente á un mismo auditorio: así vemos que San Agustin, que no solia ser difuso, usaba frecuentemente de proemios, aunque breves y oportunos. Interesa, sin embargo, evitar en lo posible esas introducciones, cuyo menor inconveniente quizá es la prolijidad en que empeñan al orador; de todos modos estos proemios se diferencian del exordio en que éste comienza allí donde principia á divisarse el asunto sobre que se va á predicar.

Cuando se cree que hay en el auditorio graves preocupaciones respecto del orador, ó de la materia, conviene disiparlas con maestria en el exordio, el cual se llama entónces de *INSINUACION*. Observa San Juan Crisóstomo que San Pablo ponía su nombre al principio de todas sus cartas; mas le omitió en la que escribió á los hebreos, por que siendo muy odioso para ellos, los hubiera prevenido desfavorablemente si hubiera comenzado nombrándose á sí mismo. El mismo San Pablo comenzó su discurso á los atenienses descifrando la inscripcion *IGNOTO DEO* que se leía en uno de sus altares; y partiendo de aquí les enseñó la doctrina sublime del Dios verdadero; doctrina que, anunciada desde luégo y sin precaucion alguna, hubiera sublevado aquel auditorio idólatra; San Juan Crisóstomo admira y comenta con entusiasmo la precaucion del grande Apóstol: «O miraculum! O paterna viscera! Vides Pauli sapientiam? Vides prudentiam? etc.» Cuan-

do San Basilio y San Juan Crisóstomo conocian que sus celosas increpaciones habian exacerbado el ánimo de algun oyente procuraban calmarlos en la primera ocasion oportuna, con cuyo motivo nos han dejado exordios admirables por la delicadeza de la expresion y por el profundo conocimiento que suponea del corazón humano. San Gregorio Nazianceno hizo el elogio fúnebre de su padre y de su hermano Cesáreo; y al hacer el de su hermana Gorgonia, debió de temer que chocasen á su auditorio estas alabanzas domésticas; así es que comenzó disipando esta prevencion, y lo hizo con gran destreza.

Los Santos Padres daban principio otras veces á sus discursos presentando objeciones que al parecer se complacian en esforzar, pero que al disolverlas desarrollaban y llenaban su oracion; esto es lo que San Basilio llamaba preocupar los argumentos de los adversarios: «*Quæ nobis ab adversariis obijciuntur præoccupare necesse est.*» Este método tiene la gran ventaja de avivar la curiosidad y excitar justamente la atencion del auditorio; mas es preciso usarlo como aquellos grandes oradores, cuya nerviosa argumentacion hacía brillar la verdad tanto más clara cuanto habia sido más impugnada, á la manera que el sol ostenta mayor resplandor cuando ahuyenta las nubes y ha disipado las tinieblas.

Parécenos que las principales reglas á que el orador debe ajustar la preparacion del exordio se encierran en un consejo de San Ambrosio, que, aunque igualmente aplicable á todas las partes del discurso, lo es con especialidad á la que ha de hacer á los oyentes atentos, benévulos y dóciles: «*Oratio sit pura, simplex, dilucida, atque manifesta; plena gravitatis et ponderis; non affectata elegantia, sed non intermissa gratia.*»

LECCION XVII.

De la proposicion y de la narracion.

Ciceron compara el exordio á las avenidas de un palacio ó al vestíbulo de un templo (1); y en el mismo sentido podemos decir que la proposicion es la puerta de

(1) *De orat.*, lib. II, núm. 79, tom. II, pág. 199.

gunos predicadores introducciones de tan mala especie.

El orador cree á veces conveniente empezar por alguna explicacion inconexa con el asunto del sermón, pero que por circunstancias particulares la gradúa de oportuna. San Juan Crisóstomo era muy dado á estos proemios: «Los hacemos, decia, para instruccion de aquellos que, envueltos en los negocios del siglo, apenas vienen á oirnos una vez por semana; en otras ocasiones, para elogiar la devocion de los que asiduamente concurren á oir la palabra de Dios y en otras para reprender la incuria de los que vienen de tarde en tarde; acontecen tambien no poder acabar un asunto en uno, dos, ni tres dias, y en el segundo comenzamos por donde habíamos concluido el dia anterior, á fin de que nuestras instrucciones estén enlazadas:» «*Ut ita finis cum principio cohærens clariorem auditori narrationem reddat, ne sine ulla serie posita oratio obscurior evadat.*» Esta última razon nos parece la más plausible, y el método muy racional para aquellos oradores que, como los Santos Padres, predicaban frecuentemente á un mismo auditorio: así vemos que San Agustin, que no solia ser difuso, usaba frecuentemente de proemios, aunque breves y oportunos. Interesa, sin embargo, evitar en lo posible esas introducciones, cuyo menor inconveniente quizá es la prolijidad en que empeñan al orador; de todos modos estos proemios se diferencian del exordio en que éste comienza allí donde principia á divisarse el asunto sobre que se va á predicar.

Cuando se cree que hay en el auditorio graves preocupaciones respecto del orador, ó de la materia, conviene disiparlas con maestria en el exordio, el cual se llama entónces de *INSINUACION*. Observa San Juan Crisóstomo que San Pablo ponía su nombre al principio de todas sus cartas; mas le omitió en la que escribió á los hebreos, por que siendo muy odioso para ellos, los hubiera prevenido desfavorablemente si hubiera comenzado nombrándose á sí mismo. El mismo San Pablo comenzó su discurso á los atenienses descifrando la inscripcion *IGNOTO DEO* que se leía en uno de sus altares; y partiendo de aquí les enseñó la doctrina sublime del Dios verdadero; doctrina que, anunciada desde luégo y sin precaucion alguna, hubiera sublevado aquel auditorio idólatra; San Juan Crisóstomo admira y comenta con entusiasmo la precaucion del grande Apóstol: «O miraculum! O paterna viscera! Vides Pauli sapientiam? Vides prudentiam? etc.» Cuan-

do San Basilio y San Juan Crisóstomo conocian que sus celosas increpaciones habian exacerbado el ánimo de algun oyente procuraban calmarlos en la primera ocasion oportuna, con cuyo motivo nos han dejado exordios admirables por la delicadeza de la expresion y por el profundo conocimiento que suponea del corazón humano. San Gregorio Nazianceno hizo el elogio fúnebre de su padre y de su hermano Cesáreo; y al hacer el de su hermana Gorgonia, debió de temer que chocasen á su auditorio estas alabanzas domésticas; así es que comenzó disipando esta prevencion, y lo hizo con gran destreza.

Los Santos Padres daban principio otras veces á sus discursos presentando objeciones que al parecer se complacian en esforzar, pero que al disolverlas desarrollaban y llenaban su oracion; esto es lo que San Basilio llamaba preocupar los argumentos de los adversarios: «*Quæ nobis ab adversariis obijciuntur præoccupare necesse est.*» Este método tiene la gran ventaja de avivar la curiosidad y excitar justamente la atencion del auditorio; mas es preciso usarlo como aquellos grandes oradores, cuya nerviosa argumentacion hacía brillar la verdad tanto más clara cuanto habia sido más impugnada, á la manera que el sol ostenta mayor resplandor cuando ahuyenta las nubes y ha disipado las tinieblas.

Parécenos que las principales reglas á que el orador debe ajustar la preparacion del exordio se encierran en un consejo de San Ambrosio, que, aunque igualmente aplicable á todas las partes del discurso, lo es con especialidad á la que ha de hacer á los oyentes atentos, benévulos y dóciles: «*Oratio sit pura, simplex, dilucida, atque manifesta; plena gravitatis et ponderis; non affectata elegantia, sed non intermissa gratia.*»

LECCION XVII.

De la proposicion y de la narracion.

Ciceron compara el exordio á las avenidas de un palacio ó al vestíbulo de un templo (1); y en el mismo sentido podemos decir que la proposicion es la puerta de

(1) *De orat.*, lib. II, núm. 79, tom. II, pág. 199.

entrada para el discurso. Las ideas dominantes en el exordio deben terminar, como líneas convergentes, en la proposición; ésta ha de nacer espontáneamente de aquél y formar su resúmen claro y sencillo; con este fin observa Quintiliano (1) que alguna vez se omite la proposición porque en el exordio ó narración va suficientemente declarado el objeto del discurso, y esta misma correspondencia ha de existir entre la proposición y el discurso; pues, como dice Granada, es la que brevemente comprende el estado y suma de toda la causa (2); y Quintiliano añade: «Mihi autem propositio videtur omnis confirmationis initium (3);» todo lo cual ha expresado Fenelon en esta cláusula: «El discurso es la proposición explanada; la proposición es el compendio del discurso (4).»

Así, pues, mal podrá formular una proposición que sea principio y punto culminante de donde se irradie la luz por todo el discurso el orador que no haya estudiado la materia bajo todos sus aspectos, y la haya examinado en todas sus relaciones, porque sólo de este modo podrá encontrarse aquel «simplex dumtaxat et unum» que exigía Horacio (5).

La proposición debe tener propiedades lógicas y oratorias; de las cuales las primeras han debido aprenderse en los estudios elementales de filosofía; las oratorias consisten en que la proposición sea clara, esto es, expresada en términos sencillos y naturales, sin figuras ni tropos; que sea interesante ó adecuada para excitar la atención de los oyentes; y que sea breve para que los fieles puedan comprenderla bien y retenerla con facilidad en la memoria; estas reglas son por sí tan perceptibles, que no necesitan explicación alguna.

Hay otra condición necesaria, no sólo á ésta, sino á todas las partes del discurso, y por lo mismo hablaremos aquí de ella con detenimiento, para evitar repeticiones en lo sucesivo. Esta condición es la exactitud; y decimos exactitud y no verdad, porque no debemos detenernos en la mera posibilidad de que el predicador caiga en el sa-

(1) Lib. iv, cap. iv, tom. i, pag. 247.

(2) Lib. iv, cap. i, pár. iii, pag. 239.

(3) Lib. iv, cap. iv, tom. i, pag. 244.

(4) Carta á la Academia francesa sobre la elocuencia, etc., número 4, pág. 122.

(5) *De Arte Poet.*, vers. 23.

crilego extremo de enseñar el error á sabiendas. «¡Cuántas veces, sin embargo, recordando en nuestra soledad, decía San Agustín, lo que hemos predicado al pueblo, encontramos que, por la debilidad de nuestra naturaleza, hemos dicho algo reprehensible, é ignoramos el sentido en que lo habrán tomado los fieles! Y si nos anima la caridad, nuestro dolor es tanto mayor, cuanto mayor era el placer con que nos escuchaban.» Estos temores de parte de tan esclarecido Doctor deben hacer vigilantes á los jóvenes, no sea que por falta de atención caigan en peligrosas exageraciones, á que les puede conducir el mismo celo cuando no va acompañado de instrucción y de prudencia; oigan si no la interesante anécdota que desde el púlpito refirió el Crisóstomo, otra que cuenta San Agustín, y un pasaje de un sermón suyo.

Narra el primero en una de sus homilias que habia presenciado una disputa entre un católico y un pagano sobre quién habia sido más ilustrado, San Pablo ó Platon: empeñábase el católico con mucha simplicidad en dar la preferencia á San Pablo, sosteniendo con calor que habia sido PLATONE DOCTIOREM ET DISERTIOREM; sin advertir, añade, que, tratándose de ciencias humanas, daba ocasion al pagano para redargüir que el Apóstol habia convertido á los discípulos de Platon con las armas de la elocuencia y humano saber, y no con la gracia divina y virtud del Espíritu Santo. Cuenta San Agustín que habiendo tenido un católico la distracción de decir que las moscas eran obra del diablo, un maniqueo le envolvió, haciéndole confesar que tampoco el hombre habia sido criado por Dios. En uno de sus sermones se lamentaba San Agustín de que algunos, para recomendar una profesión ó estado, exageran cuanto en él hay de bueno, ocultando lo que tiene de peligroso, y cuando quieren apartar de él á uno, ocultan lo bueno y ponderan lo que tiene de arriesgado; lamentable inexactitud que, como dice el Santo, induce á muchos en error para fijar una elección de tamaña transcendencia. «Hinc autem falluntur homines ut vel non suscipiant meliorem vitam, vel temere aggrediantur.»

Estas observaciones de varones tan prácticos y venerandos deben advertir á los jóvenes con cuánta facilidad puede deslizarse el celo si no le dirige una instrucción sólida y una prudente discreción.

Demás de esto, ni la ciencia profunda, ni la consuma-

da prudencia excusan al orador de prevenirse contra el peligro de la exageracion, riesgo á que expone la índole misma de la elocuencia; pues el doctor que oyendo en una Academia sólo las indicaciones de una razon fria y serena se expresára con toda exactitud, podria extraviarse por el movimiento que imprimieran en su espíritu los vehementes afectos que agitan el alma del orador. Por esta causa dijo San Gregorio Magno: «Dum ad increpationem se mens Doctoris exasperat, difficile valde est, ut non aliquando, et ad aliquid quod dicere non debet erumpat.»

De aquí aquellos discretos consejos que el mismo San Gregorio escribió para los predicadores, en la tercera parte de su libro de oro, *Regula Pastoralis*; de aquí la humilde desconfianza y santo temor con que predicaba San Agustín, haciéndole pedir á sus oyentes que rogasen por él al Padre de las luces: «Orate ergo pro nobis, fratres, ut et quod videndum est bene videamus, et quod dicendum est, bene dicamus.» Si pues en la índole misma de la elocuencia está el peligro, y el celo puede arrebatarnos fuera del camino recto, ¿cómo podremos mantenernos sin caer en terreno tan resbaladizo? Con el estudio y con la oracion, dicen San Agustín y San Gregorio. Hacedlo así, jóvenes oradores, para que vuestras palabras sean todas palabras de verdad, y para que la proposicion que queráis desenvolver sea juntamente la que derrame luz por todo el discurso, y rigurosamente exacta.

Hemos dicho que la proposicion no es necesaria, cuando se ha declarado suficientemente el objeto del discurso en el exordio ó en la narracion. Esta no tiene lugar determinado en el discurso; mas cuando se use de ella, sea en el exordio, ó inmediatamente despues de la proposicion, ó en la confirmacion, segun los casos, debe ser conducida de tal manera que ilustre el discurso y predisponga favorablemente el ánimo de los oyentes para convencerlos y persuadirlos; debe ser, por lo tanto, clara, breve y probable, esto es, que corresponda á la naturaleza y propiedades del objeto. Segun San Isidoro, «narrandum est ita, ut breviter atque aperte loquamur.» Son interesantísimas por su claridad, brevedad y naturalidad las narraciones de la vuelta de Tobías á la casa paterna (1), y la

1) Cap. xi.

de Pedro á la casa de María, madre de Juan, en la noche en que el ángel le sacó de la cárcel (1). Sobresalen en este género San Atanasio y el Nazianceno, quien, por ejemplo, en su oracion *In laudem magni Basilii*, nos ha dejado narraciones admirables.

No se crea que la narracion versa siempre sobre hechos, en cuyo caso se llama histórica: alguna vez se dice narracion la aclaracion de la doctrina con el objeto de fijar su sentido y conciliar la atención de los oyentes; y en este caso recibe el nombre de doctrinal. Los Santos Padres han sobresalido en uno y otro género; su predicacion versaba sobre las verdades de la Religion, la que, segun observa San Basilio, se enseña en gran parte con la historia: pues, como dice tambien Fenelon, todo en ella es tradicion, todo historia y antigüedad (2). Exponiendo el *Genesis*, los Salmos, los Profetas y otros libros santos, gran parte de su predicacion debió consistir en narraciones, unas veces doctrinales y otras históricas: comenzaban explicando los pasajes del texto sagrado donde se contenia la doctrina, y la exornaban con narraciones de una ó de otra especie; así excitaban la atención de los fieles y la fijaban en el objeto de sus discursos, y por esta causa, segun indicaba Quintiliano, no siempre cuidaban de anunciar proposicion determinada.

Dos medios, pues, tiene á su disposicion el orador; ó llamarla atención de sus oyentes de manera que no se equivoquen sobre el objeto en que va á ocuparse, valiéndose al efecto, ó de un exordio oportuno, ó de narraciones interesantes; ó señalar con precision la doctrina que va á predicar, compendiándola en una proposicion clara, breve, y sobre todo exacta en la doctrina. San Agustín decia á sus oyentes: «Fratres, primitus intendite quæstionem et sic ordine expectate solutionem. Nam qui non videt quæstionem quæ proponitur, quò modo intelligit quod exponitur?»

(1) Act., cap. xii.

(2) Dial. II sobre la elocuencia, pág. 50.

LECCION XVIII.

De la division del discurso.

La proposicion es simple ó compuesta, pero en ambos casos se puede dividir el discurso, especialmente en el segundo; la division ó particion, como la llaman los antiguos, es, en opinion de Fr. Luis de Granada, una breve relacion ó enumeracion de las partes de la oracion, con la cual se muestra el orden que se ha de guardar en el discurso (1).

Para proceder con acierto en el exámen y solucion de las cuestiones promovidas sobre la conveniencia de dividir un discurso, y las condiciones con que deba hacerse la division, conviene reflexionar sobre un hecho psicológico. Son pocas las verdades que intuitivamente conoce el hombre en toda su extension; necesita estudiarlas y analizarlas, pues Santo Tomás ha dicho, «intellectus noster intelligit discurrendo, et componendo, et dividendo, ex hoc scilicet, quod non statim in prima apprehensione alicujus primi apprehensi potest inspicere quod in eo virtute continetur. Quod contingit ex debilitate luminis intellectualis in nobis.» El orador, pues, necesita en unos casos, y en otros le será muy conveniente, clasificar y dividir los objetos, ya para conocerlos bien, ya para que los perciban sus oyentes. Ciceron (2) y Quintiliano (3) afirman que la division da luz y esplendor al discurso, y el segundo añade que la naturaleza misma aconseja las divisiones, guiando al orador para que las haga con acierto; y el maestro clásico de elocuencia sagrada, San Agustín, observa que la ciencia de dividir y partir no ha sido inventada por los hombres, sino que está fundada en la naturaleza misma de las cosas. «Scientia... dividendi atque partiendi... neque ab hominibus instituta sed in rerum ratione comperta.»

No puede, pues, asentarse, como tésis general, ni la necesidad de dividir todos los discursos, ni que las divisiones perjudiquen á la elocuencia. La decision ha de ser

(1) Lib. iv, cap. i, pár. iii, pág. 239.

(2) *De Invent.*, lib. i, n. 22, tomo i, pág. 28.

(3) Lib. iv, capítulos i y ii, tomo i, páginas 249 y 254.

tan vária como los casos; la única regla general que puede establecerse es que, siendo la division un auxilio para las operaciones del entendimiento, será más conveniente en los discursos cuyo fin principal es la instruccion de los oyentes, que en los de naturaleza esencialmente afectiva, ó encaminados á la mocion de afectos, aunque indirectamente tambien instruyan; apelamos con confianza al testimonio de los que acostumbran componer sermones: la experiencia les habrá hecho conocer la exactitud de la doctrina que dejamos asentada. Pero no siempre que sea conveniente dividir hay necesidad de anunciar la division; á veces es útil disimularla, ya para ocultar el arte, ya porque los puntos que han de anunciarse podrian sorprender ó desagradar al auditorio, proponiéndolos sin preparacion alguna. Por la primera razon, sin duda, San Basilio, que dividió en dos partes su preciosa homilía *ADVERSUS EOS QUI IRASCUNTUR*, no anunció la division; habló contra la cólera, y muy naturalmente pasó, en la segunda parte, á explicar la ira santa desde aquellas palabras... «*Nam animi nostri ira idonea est et utilis ad multa virtutis opera.*» etc.

Várias son las reglas de lógica que deben observarse en las divisiones; pero sólo hablaremos de las que tienen aplicacion especial á la oratoria, y son estas tres: que la division sea clara, breve y no quebrante la unidad, ni se confundan los géneros en las partes del discurso. Sirviendo la division para derramar luz en el discurso, facilitando y asegurando el resultado para el orador y para su auditorio, nada sería más inconveniente que una division cuyos términos no fuesen tan claros que todos pudieran comprenderla y retenerla en la memoria.

Por la misma razon ha de ser breve, esto es, que conste de dos ó á lo más tres extremos, pues mayor número, en vez de fijarla, embarazaria la atencion de los oyentes, y el orador no podria tratar la materia con profundidad sin extenderse más de lo que consienten los límites naturales de un discurso pronunciado.

La última regla, y que con más interés recomienda Fr. Luis de Granada (1) y todos los maestros del arte, consiste en que las diversas partes de un discurso no quebranten su unidad, y al mismo tiempo que estén

(1) Lib. iv, cap. i, pár. iii, pág. 210.

bien deslindadas entre sí, no se confundan unas con otras. Sin unidad no hay oracion elocuente, y si las partes de un discurso se mezclan unas con otras, no hay movimiento oratorio; el oyente á quien en una parte se le repite lo que ya se le dijo en otra, se disgusta con este retroceso, y pierde la atencion. El orador, pues, debe considerar la materia en complejo; la ha de descomponer en aquellas partes cuya division natural está contenida en la misma materia, y despues de esta descomposicion ha de componer sin perder de vista la unidad; en una palabra: ha de bajar desde la unidad á la division, y con los extremos en que ha dividido la materia ha de recomponer la unidad, que es el componendo y dividendo de Santo Tomás. Así las divisiones más perfectas son aquellas cuyas partes van creciendo en interés, porque su primer extremo es una preparacion para el segundo, y éste una confirmacion del primero. Este perfecto orden guardó San Basilio en su homilía *QUOD DEUS NON EST AUCTOR MALORUM*, la cual dividió en estos términos. Nada nos acontece que no sea por la voluntad de Dios; nada de lo que nos acontece es un mal verdadero; todo lo que nos acontece es lo mejor que nos puede suceder. Plan fecundo que facilitó al Santo Doctor un desarrollo siempre progresivo en fuerza y en interés. San Juan Crisóstomo, en el elogio de San Ignacio, le presenta como Obispo, como Obispo apostólico, y como Obispo apostólico y mártir. San Agustin conservó perfectamente la unidad en esta trina division. Hay un amor humano que es licito; un amor humano que es ilícito, y un amor divino que es perfecto.

El olvido de estas reglas y el abuso de multiplicar excesivamente las partes del discurso fué sin duda lo que, respecto de la elocuencia sagrada, hizo renacer en el siglo xvii la cuestion agitada entre los antiguos respecto de la profana, sobre si el método de dividir es útil ó perjudicial. Fleury y Fenelon, en los tiempos modernos, han renovado esta discusion, condenando las divisiones. Fleury dice en su discurso sobre la predicacion: «Las divisiones parece nos han venido de los escolásticos, acostumbrados *ALPICO PRIMO, PROBO PRIMO*. Se dice que las divisiones ayudan á la memoria; á la del predicador, enhorabuena; pero respecto al oyente, por lo comun no hacen más que embrollarle, si no es hombre de estudios y de talento: además, las divisiones no siempre ayudan á la memoria... cortan desagradablemente el sermón en dos ó tres discursos, de

los cuales cada uno tiene su exordio y proposicion, su confirmacion y peroracion. Descubren groseramente el artificio del orador, quien, despues de haberse acalorado al concluir la primera parte, se sosiega de repente, enjuga el sudor y se sienta para comenzar muy tranquilamente la segunda parte: sería mucho mejor no hablar tanto tiempo, para no tener necesidad de descanso (1). Censura tan severa no debió de llamar mucho la atencion de los hombres de letras, pues no recordamos que haga mencion de ella ninguno de los escritores de oratoria sagrada que hemos leído.

Más efecto hicieron indudablemente las palabras de Fenelon en su diálogo II sobre la elocuencia: «Las divisiones no dan ordinariamente al discurso más que un orden aparente; le quitan el vigor y embarazan su marcha; le cortan en dos ó tres partes, interrumpiendo la accion del orador; con ellas no hay unidad verdadera, ni hay más que dos ó tres discursos diferentes y arbitrariamente enlazados... Los Padres de la Iglesia no conocieron el método de las divisiones. San Bernardo, el último de ellos, indica con frecuencia una division; pero no se atiende á ella, y en sus sermones realmente no hay particion: despues, y por mucho tiempo, los sermones no se dividian, pues ésta es una invencion muy moderna, que la hemos tomado de la Teología escolástica (2).»

La autoridad de maestro tan competente dió ocasion á que se dividieran los pareceres, y desde entónces unos condenan y otros aprueban las divisiones en términos absolutos. Mas acertados otros, enseñan que la division no es de absoluta necesidad en un discurso para que sea elocuente, porque depende de varias circunstancias el que sea útil ó perjudicial; y que cuando se emplee sea con sujecion á las reglas que arriba hemos expuesto. En nuestro juicio, la última doctrina está basada en los buenos principios; y los que la sostienen han comprendido mejor el sentido de las palabras de Fenelon, quien, atendido su buen juicio y gusto exquisito, no podia condenar sino el abuso de dividir, ó las divisiones viciosas. Así se concilian bien esas palabras con otras del mismo autor que copiamos más abajo, y aún con su propio método, porque es

(1) Opúsculos.

(2) Diálogo II, pág. 57.

sabido que en muchas ocasiones dividió sus discursos (1).

Cierto es, sin embargo, que la fuerza de sus convicciones arrancó al ilustre autor de los *Diálogos sobre la elocuencia* algunas frases, que, tomadas literalmente, no serían exactas; porque es indudable que los oradores sagrados, lo mismo que los profanos, conocieron la teoría de las divisiones muchos siglos antes que se introdujera en las escuelas el método escolástico. Como la necesidad de dividir procede de la naturaleza misma de nuestro ser intelectual, Ciceron y Quintiliano, cuyos tratados eran muy conocidos de los Santos Padres, recomiendan las divisiones á los oradores. San Agustín hace mencion de ellas en un tratado clásico de oratoria sagrada, y en el siglo vi Casiodoro enumera la division entre las partes de un discurso, en una obra elemental destinada para los que se dedicaban al estudio de las ciencias eclesiásticas (2). A pesar de esto, son muchos los que, despues que habló Fenelon, afirman como cierto que los Santos Padres no dividieron sus discursos; y ¡cosa extraña! uno de ellos es el ilustradísimo doctor Audisio (3). De lo que hemos leído no recordamos que nadie se haya tomado el trabajo de probar lo contrario con citas determinadas.

Los Santos Padres no dividian los discursos cuya índole no lo consentia: la mayor parte de sus sermones son homilias sobre los libros de la Sagrada Escritura. Cuando San Juan Crisóstomo explicaba cláusula por cláusula los Santos Evangelios y las Epístolas de San Pablo, ó cuando San Agustín exponía de la misma manera los Salmos, ¿era posible que encerráran sus admirables discursos en una division simétrica de dos ó tres miembros? Cuando en sus oraciones se proponian como objeto preferente mover los afectos, ¿hubiera sido posible sujetar el ímpetu de la elocuencia al arte de las divisiones? No por

(1) En los pocos sermones que conservamos de Fenelon se ve que se sirvió de la division en el predicado con motivo de la consagracion del elector de Colonia; en el de la vocacion de los gentiles, en el de la Asuncion de Nuestra Señora, en el de San Bernardo y en el de Santa Teresa de Jesus. Además, en los planes que se han conservado de sus sermones tambien se observa que hacía uso de las divisiones. (Véase el tomo xxviii de la coleccion de oradores sagrados de M. Migne.)

(2) *De Art. ac disciplinis liberalium litterarum*, cap. ii, tomo ii, fól. 565.—Rouen, 1679.

(3) *Lecciones de elocuencia sagrada*, lec. viii, tomo i, pág. 116.—Lyon, 1844.

cierto: en ninguno de los dos casos debieron atenerse á él los Santos Padres, ni á él se atenderian tampoco hoy los que tuviesen el laudable intento de reproducir el sólido método de predicacion que siguieron los clásicos de la venerable antigüedad cristiana. Mas fuera de estos casos, y cuando los Santos Padres predicaban sobre un tema concreto, ó sobre un lugar determinado de la Sagrada Escritura, dividian sus discursos. En otro lugar citaremos un buen número de oraciones en que los Santos Padres usaron de las divisiones, y copiaremos literalmente los términos en que redactaron algunas de ellas.

Huid, jóvenes oradores, de las doctrinas extremas: no dividais siempre, ni os propongais sistemáticamente no dividir nunca: seguid en todo las inspiraciones del buen gusto y de la sana razon. «Cuando el objeto principal de vuestro discurso sea instruir, dividid muy distintamente, dice San Carlos Borromeo, para que el auditorio entienda bien vuestras instrucciones y las conserve fácilmente en la memoria.» «Cuando creáis necesario dividir, añadimos con Fenelon, hacedlo sencilla y naturalmente, para que la division se encuentre hecha en la materia misma de que predicais; y á fin de que se esclarezca y ponga orden en todo el discurso, redactadla de tal manera que los oyentes puedan conservar con facilidad en la memoria, no sólo la division, sino todo el discurso; que la division, en fin, contribuya á poner de manifiesto toda la grandeza del asunto, y la grandeza de todas sus partes (1).»

LECCION XIX.

De la confirmacion.

Indicado en la proposicion el objeto del discurso, es necesario probar que es verdadero ó falso, bueno ó malo lo que el orador ha propuesto; en esto consiste la confirmacion, única parte esencial del discurso, y de la que nunca se puede prescindir.

La imaginacion y la sensibilidad impelen fuertemente la voluntad; mas estas tres facultades deben ser regidas é ilustradas por la facultad superior y más noble de nuestra alma, que es la razon; de otra manera obrarán

(1) *Diálogo I*, pág. 5.

sabido que en muchas ocasiones dividió sus discursos (1).

Cierto es, sin embargo, que la fuerza de sus convicciones arrancó al ilustre autor de los *Diálogos sobre la elocuencia* algunas frases, que, tomadas literalmente, no serían exactas; porque es indudable que los oradores sagrados, lo mismo que los profanos, conocieron la teoría de las divisiones muchos siglos antes que se introdujera en las escuelas el método escolástico. Como la necesidad de dividir procede de la naturaleza misma de nuestro ser intelectual, Ciceron y Quintiliano, cuyos tratados eran muy conocidos de los Santos Padres, recomiendan las divisiones á los oradores. San Agustín hace mencion de ellas en un tratado clásico de oratoria sagrada, y en el siglo vi Casiodoro enumera la division entre las partes de un discurso, en una obra elemental destinada para los que se dedicaban al estudio de las ciencias eclesiásticas (2). A pesar de esto, son muchos los que, despues que habló Fenelon, afirman como cierto que los Santos Padres no dividieron sus discursos; y ¡cosa extraña! uno de ellos es el ilustradísimo doctor Audisio (3). De lo que hemos leído no recordamos que nadie se haya tomado el trabajo de probar lo contrario con citas determinadas.

Los Santos Padres no dividian los discursos cuya índole no lo consentia: la mayor parte de sus sermones son homilias sobre los libros de la Sagrada Escritura. Cuando San Juan Crisóstomo explicaba cláusula por cláusula los Santos Evangelios y las Epístolas de San Pablo, ó cuando San Agustín exponía de la misma manera los Salmos, ¿era posible que encerráran sus admirables discursos en una division simétrica de dos ó tres miembros? Cuando en sus oraciones se proponian como objeto preferente mover los afectos, ¿hubiera sido posible sujetar el ímpetu de la elocuencia al arte de las divisiones? No por

(1) En los pocos sermones que conservamos de Fenelon se ve que se sirvió de la division en el predicado con motivo de la consagracion del elector de Colonia; en el de la vocacion de los gentiles, en el de la Asuncion de Nuestra Señora, en el de San Bernardo y en el de Santa Teresa de Jesus. Además, en los planes que se han conservado de sus sermones tambien se observa que hacía uso de las divisiones. (Véase el tomo xxviii de la coleccion de oradores sagrados de M. Migne.)

(2) *De Art. ac disciplinis liberalium litterarum*, cap. ii, tomo ii, fól. 565.—Rouen, 1679.

(3) *Lecciones de elocuencia sagrada*, lec. viii, tomo i, pág. 116.—Lyon, 1844.

cierto: en ninguno de los dos casos debieron atenerse á él los Santos Padres, ni á él se atenderian tampoco hoy los que tuviesen el laudable intento de reproducir el sólido método de predicacion que siguieron los clásicos de la venerable antigüedad cristiana. Mas fuera de estos casos, y cuando los Santos Padres predicaban sobre un tema concreto, ó sobre un lugar determinado de la Sagrada Escritura, dividian sus discursos. En otro lugar citaremos un buen número de oraciones en que los Santos Padres usaron de las divisiones, y copiaremos literalmente los términos en que redactaron algunas de ellas.

Huid, jóvenes oradores, de las doctrinas extremas: no dividais siempre, ni os propongais sistemáticamente no dividir nunca: seguid en todo las inspiraciones del buen gusto y de la sana razon. «Cuando el objeto principal de vuestro discurso sea instruir, dividid muy distintamente, dice San Carlos Borromeo, para que el auditorio entienda bien vuestras instrucciones y las conserve fácilmente en la memoria.» «Cuando creáis necesario dividir, añadimos con Fenelon, hacedlo sencilla y naturalmente, para que la division se encuentre hecha en la materia misma de que predicais; y á fin de que se esclarezca y ponga orden en todo el discurso, redactadla de tal manera que los oyentes puedan conservar con facilidad en la memoria, no sólo la division, sino todo el discurso; que la division, en fin, contribuya á poner de manifiesto toda la grandeza del asunto, y la grandeza de todas sus partes (1).»

LECCION XIX.

De la confirmacion.

Indicado en la proposicion el objeto del discurso, es necesario probar que es verdadero ó falso, bueno ó malo lo que el orador ha propuesto; en esto consiste la confirmacion, única parte esencial del discurso, y de la que nunca se puede prescindir.

La imaginacion y la sensibilidad impelen fuertemente la voluntad; mas estas tres facultades deben ser regidas é ilustradas por la facultad superior y más noble de nuestra alma, que es la razon; de otra manera obrarán

(1) *Diálogo I*, pág. 5.

muchas veces á la aventura, y sus movimientos serán desacertados, ó á lo ménos pasajeros y sin resultados permanentes; sin embargo, á menudo la voluntad se sobrepone á la razon y los efectos se anticipan á los juicios, como lo explica San Hilario. «Non rationi voluntas subicitur... sed his quæ volumus rationem comquirimus, et his quæ studemus doctrinam coaptamus:» de donde infiere el Santo la necesidad de ilustrar el entendimiento para que dirija las demás facultades del alma. Así, decia San Agustín, que de los tres objetos y fines del orador, que son enseñar, agradar y mover, el primero es de necesidad: «docere necessitatis est... prius utique docendi sunt quam movendi;» y Ciceron habia dicho que el orador se ha de proponer enseñar cual si no tuviera otro objeto: «Ut nihil aliud, nisi docere, velle videamur:» y que agrorando y moviendo dará animacion al discurso, así como la sangre le da al cuerpo circulando por él: «Sicut sanguis in corporibus, sic illæ in perpetuis orationibus fuisse esse debebunt (1).»

Tres cosas se requieren para una perfecta confirmacion: argumentos, argumentaciones y ordenada colocacion de éstas.

Los argumentos, que son las razones con que se confirma la proposicion, es lo primero y que con más diligencia se ha de buscar. Los antiguos retóricos aspiraban á suplir, en gran parte, la falta de invencion, compilando y explicando algunos lugares comunes que llamaron tópicos, los cuales podian suministrar al orador cuantas pruebas necesitase, cualquiera que fuese el asunto de su peroracion. Si alguno juzga que el estudio de los tópicos puede serle útil, consulte á los antiguos escritores; creemos, sin embargo, que ese estudio producirá más molestia que utilidad, y le aconsejamos que lea á Fr. Luis de Granada, que ha tratado esa materia de una manera provechosa para los predicadores de la palabra divina (2). Aquí nos limitamos á recordar lo que ya hemos dicho y repetiremos siempre que lo creamos oportuno; lo importante y necesario es estudiar la doctrina bajo todos sus aspectos y en todas sus relaciones, fijandose bien en los principios: «Scribendi recte sapere est principium, et

(1) De Orat., lib. II, núm. CXXVII, tomo II, pág. 196.

(2) Trata esta materia en varios capítulos de los libros II y III de su Retórica eclesiástica.

fons.» Hágalo así el orador y estúdiense á si mismo, teniendo por cierto que las razones que más impresion hagan en su propio espíritu, esas serán las que hagan más fuerza en el de sus oyentes.

Los lógicos llaman argumentacion la forma con que se expresan los argumentos ó su estructura; cuyas formas las enseña la dialéctica. Esta en su esencia es el procedimiento natural de la razon humana; y los observadores, dictando reglas para regularizar su ejercicio, la crearon como arte; el orador, dice San Agustín, necesita absolutamente de la dialéctica, porque ella es la disciplina de las disciplinas, la que enseña á enseñar y á aprender: «docet docere, docet discere.»

No quiere decir esto que el predicador haya de usar en el pulpito las formas rígidas y el árido lenguaje de las escuelas; si el orador, añade San Agustín, no tuviera más oficio que el de enseñar y convencer, bastaría la dialéctica, pero como la razon se halla combatida por los afectos que tan poderosamente influyen en la vida del hombre, el orador ha de atender á lo uno y á lo otro; procurará convencer la razon y mover el corazón, extendiendo su dialéctica á la mocion de los afectos, y en esa extension consiste la elocuencia que nace y procede de la dialéctica; nadie ha explicado mejor que este grande Doctor en qué convienen y en qué se diferencia el dialéctico y el orador: «Verus disputator si late diffuseque faciat eloquenter facit, alioque tunc censetur augeturque vocabulo, ut dictor potius quam disputator vocetur... si autem presse atque constrictè, magis enim disputatorem, quam dictorem appellare consueverunt.» La dialéctica es concisa en sus formas; la elocuencia amplia en su expresion, segun el tan sabido símil de Zenon: «Hæc... latior... illa... contractior.» dice Ciceron (1). La dialéctica es al discurso lo que al cuerpo humano son los nervios y los huesos; la elocuencia es como la piel y carne que los reviste y la sangre que los anima; esta comparacion, comun entre los maestros del arte, es tan propia como expresiva; un discurso sin dialéctica careceria de fuerza, y sin adorno oratorio no tendria animacion.

El orador puede emplear como armas propias todas las formas de rigurosa argumentacion que señalan los dialécticos; el silogismo, enthymema y epiquerema; el

(1) Orat., núm. CXXII, tomo I, pág. 314.

dilema, induccion y sorites; tiene además otras más convenientes á la elocuencia que á la dialéctica; las cuales, aunque se enumeran entre las figuras retóricas, son también argumentaciones porque auxilian poderosamente al raciocinio, dándole claridad, energía y adorno; tales son la antítesis, sentencia y epifonema; la gradacion, simil ó comparacion; la interrogacion y repeticion; en todas ellas, y especialmente en el uso de las primeras, ha de evitar con mucha diligencia la sutileza y la aridez. «La elocuencia es de suyo rica y adornada; pero no lo será cuando la oracion vaya encadenada con silogismos, epiqueremas y enthymemas dispuestos con una misma forma y terminacion... Corra, pues, en campo espacioso, y no por sendas estrechas, para que no sea como las fuentes canaladas por reducidos caños, sino como los rios, que ellos mismos se abren camino (1).» Esta bella idea de Quintiliano la verán los jóvenes realizada en los escritos de los Santos Padres, quienes se sirvieron de todas las formas de argumentacion, aunque en estilo fácil y copioso.

El verdadero cristiano debe vestir con modestia y hablar con prudencia, mirar con recato y andar con mesura; es así que vosotros nada de esto haceis, sino todo lo contrario: luego no sois verdaderos cristianos. Este silogismo nos parecia bien en un estudiante de lógica, mas al joven que nos preguntase si podria repetirle en el púlpito, le responderíamos que no; el raciocinio, le diríamos, es bueno; conservad su nervio vigoroso, pero explanadle bajo las espléndidas formas con que le expuso el Crisóstomo. El Santo Doctor asienta esta premisa; el cristiano debe hacerse notable: «Ab incessu, ab adpectu, ab habitu, à voce;» examina con relacion á estos extremos la conducta de algunos de sus oyentes, y encuentra que no se conducen como cristianos, sino al contrario: «Undique te invenio à contrariis dignosci;» y pregunta: «Undenam igitur, quæso, potero te fidelem agnoscere...? Et quid dico fidelem? Neque enim si homo sis possum evidenter agnoscere;» con esta natural transicion da un paso inmenso; y comparando las costumbres de algunos cristianos con los instintos de ciertos animales, exclama: «Quærebam differentiam catechumenorum inter et fidelem; et periculum est ne invenire nequeam virum inter

(1) Lib. v, cap. xiv, tomo I, pág. 334.

et feram discrimen!» En este solo pasaje de rápido y animado movimiento se sirve del silogismo, del epiquerema, del enthymema, de la induccion y de la comparacion; mas no con la aridez de un escolástico, sino con la flúida expresion de un grande orador.

O el Cristianismo se propagó con milagros, ó sin ellos; si con milagros, es verdadero; si fué sin milagros, lo es igualmente, porque es mayor milagro el que se haya difundido sin ellos. Recordamos con gran placer las muchas veces que, ya discípulos, ya profesores, hemos recitado este célebre dilema en las aulas de Teología: mas si hoy tuviéramos que repetirle en el púlpito, le quitaríamos las estrechas ligaduras escolásticas para revestirle con las formas oratorias que le dió San Agustin, y aún mejor con las que empleó el elocuentísimo San Juan Crisóstomo.

Hasta la forma del sorites que, por su ingeniosa construccion, es la que ménos se adapta á la índole de la elocuencia, ha sido oportunamente usada por los Santos Padres. ¡Cómo los manejaba San Agustin!

Otra de las argumentaciones que aquellos grandes oradores emplearon con éxito felicísimo, es la que los dialécticos llaman *A DATIS* ó *AD HOMINEM*: consiste en apoyar el raciocinio en lo que el adversario concede ó no puede ménos de conceder, y tiene mucha analogía con la figura que los retóricos llaman *CONCESION*: su valor absoluto depende del que tenga la proposicion reconocida por el adversario, pero es siempre fuerte y muy poderosa para redargüir; en este sentido, los Doctores de la Iglesia, á los que no querian admitir los misterios de nuestra santa Religion porque no los comprendian, les reponian los enigmas indescifrables que el hombre encierra en sí mismo, los inexplicables misterios del orden natural que por todas partes nos rodean. San Agustin llamaba la atencion de los que no creian la posibilidad de la Encarnacion sobre los misterios de la palabra del hombre y concluia: «Verbum Dei contempnis, qui verbum hominis non comprehendis.» Los apologistas modernos usan mucho esta argumentacion, muy adecuada para moderar el orgullo de la razon humana; pero nada pueden añadir á lo que tantos siglos há dijeron los Santos Padres.

Las ideas se esclarecen mucho cuando se les contraponen otras contrarias, y en esto consiste la antítesis: si la contraposicion no está en las ideas, sino únicamen-

te en las expresiones, no hay verdadera antítesis, sino un juego pueril de palabras. Se dice que el estilo de San Agustín está muy recargado de antítesis; y porque nuestro deseo es que los jóvenes oradores lean día y noche las obras predicables de este gran Doctor, les advertimos que la censura no carece de fundamento; mas no por esto queremos que formen un concepto exagerado de esas ligeras imperfecciones. Oigamos el juicio de un hombre tan competente como Bossuet, quien, refutando á M. Simon, escribía estas notables palabras: «Podría creerse, al oír á ciertos hombres, que los escritos de San Agustín están plagados de agudezas, antítesis y sutilezas que á nada conducen, y llenos de digresiones y alegorías. Así lo creerán los jóvenes escolares si no conocen al Santo más que por lo que ha escrito M. Simon, ó, aunque lean el original, si lo hacen á la ligera y con deliberada intención de criticar. Tal es la idea que se da de un Santo Padre cuando sin conocer su verdadero carácter se tilda con afectación uno que otro pasaje; importa sobre manera saber que San Agustín es muy diferente de lo que algunos piensan. Tiene algunas digresiones, como las tuvieron todos los Santos Padres, donde son permitidas, como en los discursos populares; pero jamás cuando escribía contra los herejes, ni en tratados que requieren estilo severo y vigoroso. Conformándose con el gusto, quizá un poco exagerado, de su siglo, usó de alegorías, como lo hicieron los Santos Padres: siendo de advertir que este método, en el fondo, le habían recibido de los Apóstoles y de sus discípulos. Las agudezas, antítesis y frases estudiadas eran del gusto dominante en aquellos tiempos; Erasmo, que nada indulgente era con el Santo Doctor, observa que sus primeros escritos pueden tomarse por modelos de buen estilo, y si más adelante le rebajó, fué para acomodarse al gusto de aquellos á quienes deseaba ser útil. Un sábio de nuestros días dice con mucha frecuencia que cuando lee á San Agustín, dominado por la grandeza, profundidad é ilación de los pensamientos, no tiene tiempo ni libertad para ocuparse en las palabras. En efecto: lo más notable en San Agustín es un profundo conocimiento de la Sagrada Escritura y de su verdadero sentido, la maestría con que deduce los principios más elevados, y la oportunidad con que los maneja. Por lo demás, si tiene sus defectos, como el sol sus manchas, yo no perderé el tiempo en confesarlos ni ne-

garlos, en excusarlos ni defenderlos; lo que sé es que quien estudie su teología, tan sólida como sublime, prendado del fondo de las cosas y hondamente impresionado por su grandeza, tendrá compasión de sus críticos, porque sin sentimiento ni gusto de la verdadera grandeza hacen gala de censurar á San Agustín, sin entenderle ni conocerle (1).»

Cuando la contraposición de las ideas se expresa con una forma breve y cortada, se llama antítesis: cuando las ideas contrapuestas son varias, ó se expresan copiosa y difusamente, hay lo que se llama CONTRASTE. San Efrén era muy dado al uso de esta figura: siempre nos ha llamado la atención el vivo contraste que hace, en uno de sus sermones sobre el *Genesis*, de la grandeza del hombre y de su pequeñez, de su afanosa actividad para adquirir las cosas de la tierra y de su negligencia para los intereses de su alma. Sirva de muestra esta frase: «El hombre, inventor de las ciencias, de las artes y de la industria, hace prodigios: imagen de Dios, es acá abajo un segundo criador: mas al contemplar cómo abusa de sus grandes facultades, parece un vil insecto que, extraviado en un magnífico palacio, ríe cuanto encuentra.»

Una pública calamidad afligía á los habitantes de Cesárea; hacíanse rogativas con este motivo, y San Basilio exclamaba desde el púlpito: «Casi no hay en nuestro auditorio más que niños para quienes estas rogativas son un solaz, puesto que les dispensan de la escuela: por manera que nuestra tristeza es para ellos como una fiesta.» «Hi autem pueri minimi qui, depositis in ludo litterario tabulis ac libellis, nobiscum vociferantur, potius huic negotio velut remissioni ac oblectamento vacant, tristitiam nostram habentes festivitatis loco, quo ab onere præceptoris et studiorum cura modico tempore liberentur.» Esto es bello por su verdad, sencillez y naturalidad. Contrapone luego el Santo la inocencia de aquellos niños con la malicia de los adultos que no asistían á la plegaria pública, y dice: «Infantes tandem sensu carentes, nullique reprehensioni obnoxii, ad confessionem festinant conveniuntque: sed præterquam quod malorum causa non sint, orare ex more nec noverunt, nec possunt. Tu mihi in medium prodi qui peccatis conspurca-

(1) *Defensa de la tradición y de los Santos Padres*, part. 1.ª, libro IV, cap. XVIII.

tus es, tu procide, lamentare, ingeme, sine puerulum facere, quæ propria sunt suæ ætati, atque consentanea. Cur te occultas, qui accusaris, et insontem ad defensionem tuam producis? Num iudex illuditur, sic ut subditiam personam substituas? Oportebat autem et illum adesse, sed tecum certe, non solum.» ¡Contraste sublime, acusacion terrible! Pues no son estos los únicos rasgos admirables que se leen en la homilia *DICTA TEMPORE FAMIS ET SICCATIS*.

El genio de los Santos Padres se revela en aquellas reflexiones que les eran tan comunes, y son sin embargo notables por su profundidad y lucidez: llámanse *SENTENCIAS*, y deben ser breves, para que los oyentes las comprendan y conserven fácilmente en la memoria. Combatiendo San Ambrosio á los que adoraban el sol como autor y creador de las plantas, recuerda que fué criado después que la tierra habia germinado la yerba: sirviéndose de una animada prosopopeya, introduce al Señor, confundiendo, en el instante de la creacion, á los que en lo futuro habian de ser necios adoradores del astro del dia, y concluye diciendo. «¿Cómo el sol ha de ser la causa de la germinacion de las plantas, si éstas existieron antes que él? El sol es más jóven que la yerba y que el heno de los campos: Junior est herbis, junior fœno.» San Basilio, en su nunca bastante ponderada homilia contra los ricos avaros, decia: «Cuando entro en el palacio de esos hombres que descuidan los intereses de su alma y alhajan su morada con todo el refinamiento del lujo más desordenado, de cuanto veo en esa casa lo que menos vale á mis ojos es el dueño que la habita.»

Cuando alguna sentencia cierra un pasaje en tono de admiracion, se llama epifonema, como cuando San Agustin exclamaba: «Stulte! ex operibus corporis agnosco viventem: ex operibus creaturæ non potest cognoscere Creatorem!» ¿Quién no conoce aquel «O testimonium animæ naturaliter christianæ!» de Tertuliano? Bello es, como observa L'Harpe, el pasaje en que el impío Diderot arguye á los ateos probando la existencia de Dios por la estructura de una mariposa: «¡Pensad, dice, que no os he presentado más que el ala de una mariposa, cuando pudiera aplastaros con el peso del universo (1)!» Esta idea

(1) L'HARPE: *Filosofia del siglo XVIII*, tomo II, pág. 30.—París, 1825.

sublime la encontramos en el libro de Job (1). San Agustin, haciendo el mismo raciocinio sobre un mosquito, concluye: «Quis fecit ista? Expavescis in minimis; lauda magnam!»

Otras veces presenta el orador una série de ideas cuyo movimiento es de ménos á más, ó de más á ménos, hasta que la última da como un golpe decisivo y victorioso; entonces hay lo que se llama *GRADACION* ó *CLIMAX*. Recordando San Agustin los padecimientos de Job, decia: «Quanta passus est, fratres! Quis potest tanta pati in re sua, in domo sua, in filiis suis, in carne sua, in ipsa quæ remanserat uxore tentatrice sua!» La memoria de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo arrancaba á menudo del devoto corazón del mismo orador gradaciones rápidas y muy bellas.

La comparacion bien hecha de unos objetos con otros aclara mucho las ideas y da esplendor al raciocinio. El hombre se complace naturalmente en las comparaciones, y tiene mucha propension á hacerlas; ésta es una de las primeras inclinaciones de los niños. Si buscáramos la causa de este fenómeno intelectual, quizá la hallaríamos en aquella identidad de origen, unidad de fin y sencillez de medios que nos están revelando todas las obras del Creador. Como quiera que sea, es lo cierto que no sólo comparamos entre sí los objetos de un mismo orden, sino tambien los de órdenes diferentes: los del orden sensible con los del intelectual; y los del orden de la naturaleza con los del de la gracia. Estas comparaciones abundan en los Libros Santos y en los escritos de los Padres, y de ellas hacen grande uso los predicadores.

D'Alembert (2) admira á Bossuet cuando dijo en la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans que con la muerte se confunden todos los hombres y desaparecen las diferencias sociales, así como los rios pierden su nombre confundidos en el Océano. El símil es bello, pero se habia servido ya de él nuestro Juan de Mena (3) en el siglo xv, y anteriormente San Basilio explicando nuestra vida con la gloria de un río: «Et ad commune mortis mare festinamus omnes.» Recomendamos á los jóvenes el estudio del libro *De Unitate Ecclesie* de San Cipriano; además del

(1) Cap. xxiv, vers. 44.

(2) En su elogio de Bossuet.

(3) Poesía á la muerte del conde de Niebla.

grande interés del asunto y de la manera con que le ha tratado, son abundantes y bellísimas las comparaciones de que se sirve el Santo Doctor.

Por demás estarían otros ejemplos en materia tan abundante; sólo indicaremos un género de comparaciones que es difícil hacer convenientemente en el púlpito, pero que, bien hechas, son de seguro efecto; tales son las que se toman de la vida de familia, del hogar doméstico: la dificultad consiste en la desproporción que á primera vista existe entre los grandes intereses sobre que versa la predicación y los hechos domésticos que, aisladamente considerados, no salen de su pequeña esfera; pero su interés nace del que naturalmente inspira al hombre todo lo que se refiere á este delicado sentimiento. Pues bien: los Santos Padres han superado estas dificultades; San Agustín es inimitable en algunas de estas comparaciones; pero quien nos parece singular en este género es San Juan Crisóstomo.

El Crisóstomo, cuando los antioquenos consternados despues de la destruccion de las estatuas, y temerosos de los castigos que les amenazaban, no tenían otro consuelo que asistir diariamente á oír sus elocuentes discursos, les decia: «Mirad: el niño, cuando el maestro le castiga, corre presuroso y se arroja llorando en el regazo de su madre: ésta enjuga sus lágrimas, le acaricia, pero á la vez procura inculcarle que el maestro le castiga con razon y para su bien. Si los magistrados os castigan, cumplirán con su deber, y para vosotros será un bien, porque con este motivo os levantareis un poco sobre la tierra y os volvereis á Dios; pero si entre tanto venís á la Iglesia, vuestra cariñosa Madre, ésta os recibe como á hijos muy queridos.»

Un terremoto habia consternado á la ciudad de Antioquía hallándose enfermo San Juan Crisóstomo; tan pronto como pudo subió al púlpito, y despues de describir con vivo colorido las angustias y temores que habian sufrido los fieles, hace resaltar la misericordia de Dios porque el terremoto no habia ocasionado desgracias personales; y, entre otras cosas, les dijo: «Este accidente ha sido un llamamiento de Dios para que volvais al camino de la virtud que habíais abandonado, semejante á una madre cariñosa que, sin causar daño á su hijo inquieto, le asusta un poco sacudiendo la cuna para que calle y se duerma.»

Dios, les decia en otra ocasion, se muestra indignado de nuestros pecados, más por el grande mal que nos causan y por el mucho amor que nos tiene, que por la injuria que le hacemos: es como una madre que sufre con alegría, se rie, y aún goza cuando su tierno hijo parece que la maltrata, y se divierte dándole con las manos en las mejillas; pero si el niño se hiere los dedos con algun alfiler de su vestido, entónces se irrita, y con semblante ceñudo golpea ligeramente á su hijo, para retraerle en lo sucesivo de que vuelva á causarse el mismo daño.

La propiedad de estas comparaciones y su encantadora belleza sólo podrá apreciarla y gustarla quien las lea en los originales.

La INTERROGACION consiste en preguntar con el sólo objeto de estrechar á quien se intenta convencer decididamente, constituyéndole testigo y juez para que se condene á sí propio; en esto, y en la convicción que supone en el que interroga, está el secreto del valor de esta figura. San Juan Crisóstomo, exponiendo una interrogacion del Apóstol, explica la naturaleza de esta locucion.

Cuando el orador no se limita á preguntar, sino que añade la respuesta, hay una nueva figura, que se llama SUBYECCION.

La interrogacion no basta por sí sola para convencer; supone ya instruido al oyente; así, pues, el que sin esta preparacion fiara el éxito de su discurso á repetidas interrogaciones, degeneraria en un vano declamador.

Esta figura se convierte á menudo en un diálogo entre el orador y los oyentes, cuyas respuestas adivina y expresa; tambien conduce muy naturalmente á la argumentacion llamada dilema.

De todas estas figuras hicieron uso frecuente y acertado los Santos Padres; en otro lugar copiaremos, entre otros, un elocuentísimo pasaje, donde el Crisóstomo se sirve á la vez de la interrogacion y de la subyeccion, del diálogo y del dilema.

Cuando en la série del discurso se repite muchas veces una misma voz ó una misma idea con términos diferentes, se comete la figura llamada REPETICION, que sirve poderosamente para aclarar é inculcar en el ánimo del auditorio la verdad que se quiere probar. ¡Cuán bellas é interesantes son aquellas repetidas preguntas con que San Agustín, buscando á su Dios, se dirige á las criaturas, y todas le responden una tras otra: «non sum... non

sumus...!» etc. El mismo Santo Doctor, después de haber impugnado por extenso los errores de Vicente Víctor, los reduce á once y los rebate de nuevo concisa y enérgicamente, repitiendo al comenzar ó concluir cada una de sus refutaciones: «Noli credere, nec dicere, nec docere, etc... si vis esse catholicus.»

Una sentencia de la Sagrada Escritura, repetida con moderación y amplificada con acierto, es siempre para el buen orador germen fecundo de un discurso de vivo y progresivo movimiento. Aquellas tres palabras del *Deuteronomio*: «Attende tibi ipsi» inspiraron á San Basilio una de sus más hermosas homilias; veinte y siete veces repite la idea con los mismos ó parecidos términos; pero cada vez la presenta de una manera nueva, la amplifica, y deduce diversas é interesantes consecuencias.

Y si, como en otra ocasión hizo el mismo Santo, se añade á esta figura la que se llama *concesion*, repitiendo el orador lo que su adversario tiene como cierto, y tomando de ello ocasión para sus argumentos, la repetición entonces gana mucho en fuerza, y no ménos en belleza.

Respecto á la disposición oratoria de las pruebas, ante todo es preciso que no sean excesivamente numerosas; y por muy abundante que sea la materia, han de reducirse los argumentos á un número proporcionado: lo contrario fatiga la atención de los oyentes, y puede hacer sospechar que no es muy buena la causa cuando tantas son las pruebas, con tanto estudio alegadas. San Atanasio observa que cuando se trata de verdades claras, la demasiada insistencia en probarlas puede hacerlas dudosas á los espíritus contenciosos: «Exagitare et curiosius indagare non expedit, ne à contentiosis hominibus ambigua existimetur.»

Reconocidas las pruebas y halladas de buena ley, se ordenarán de manera que formen un cuerpo de oración regular, porque no basta que estén bien vaciados los miembros de una estatua, si no tienen entre sí verdadera unión. Acerca de cuál sea el orden conveniente, no todos los autores están acordes, ni es fácil que lo estén, porque eso depende de las circunstancias y naturaleza del asunto; con cuyo conocimiento decide el tacto y buen juicio del orador: lo único que por regla general podemos asentar es que jamás se principie con argumentos de poco valor, porque esto previene contra la causa; que si hay necesidad de emplear razones débiles respectivamente á

otras, se coloquen entre las más fuertes; pero en ningún caso termine la oración con pruebas livianas, sino, al contrario, con las más excelentes.

San Juan Crisóstomo recomendaba con mucho celo á sus fieles que procurasen difundir la buena doctrina, corregir los vicios de sus hermanos y excitarles á la virtud, y con su noble y familiar elocuencia se ocupaba á menudo en enseñarles prácticamente el orden con que habían de proceder en sus amonestaciones y correcciones. Los consejos que les daba aquel grande orador son otras tantas interesantísimas lecciones teóricas y prácticas sobre el orden que en sus sermones deben seguir los oradores cristianos.

En otro lugar copiaremos algunos modelos y citaremos otros, de nerviosa y elocuente argumentación: allí podrán ver los jóvenes la diligencia con que los Santos Padres buscaban argumentos convincentes, la destreza con que los expresaban con elocuentes argumentaciones, y la acertada disposición oratoria con que los ordenaban.

LECCION XX.

De la peroración.

Después de convencer el entendimiento, lo cual es propio de la confirmación, preciso es además, dice San Agustín, inclinar y vencer la voluntad: «flectere ut vincat.» En cualquiera parte del discurso se puede excitar la moción de los afectos, según lo exija el asunto ó permitan las circunstancias, sobre cuya oportunidad decide el buen juicio del orador. Nuestro Melchor Cano escribió algunas cláusulas patéticas en un tratado poco susceptible de movimientos afectuosos (1). Mas como la convicción precede á la moción, el lugar más á propósito para esta última es la peroración: en ella deben emplearse todos los recursos del arte, porque, salvadas ya las di-

(1) *De Locis theologicis*, lib. xi, cap. i, donde lamenta la muerte reciente de su padre.—Párecenos que quiso imitar á Ciceron, quien, al comenzar el libro iii *Del Orador*, en el tomo ii, pág. 216, recuerda la muerte de Craso, y á Quintiliano, que en el proemio del libro vi de sus *Instituciones oratorias*, tomo i, pág. 337, menciona muy patéticamente la muerte de su hijo.

sumus...!» etc. El mismo Santo Doctor, después de haber impugnado por extenso los errores de Vicente Víctor, los reduce á once y los rebate de nuevo concisa y enérgicamente, repitiendo al comenzar ó concluir cada una de sus refutaciones: «Noli credere, nec dicere, nec docere, etc... si vis esse catholicus.»

Una sentencia de la Sagrada Escritura, repetida con moderación y amplificada con acierto, es siempre para el buen orador germen fecundo de un discurso de vivo y progresivo movimiento. Aquellas tres palabras del *Deuteronomio*: «Attende tibi ipsi» inspiraron á San Basilio una de sus más hermosas homilías; veinte y siete veces repite la idea con los mismos ó parecidos términos; pero cada vez la presenta de una manera nueva, la amplifica, y deduce diversas é interesantes consecuencias.

Y si, como en otra ocasión hizo el mismo Santo, se añade á esta figura la que se llama *concesion*, repitiendo el orador lo que su adversario tiene como cierto, y tomando de ello ocasión para sus argumentos, la repetición entonces gana mucho en fuerza, y no ménos en belleza.

Respecto á la disposición oratoria de las pruebas, ante todo es preciso que no sean excesivamente numerosas; y por muy abundante que sea la materia, han de reducirse los argumentos á un número proporcionado: lo contrario fatiga la atención de los oyentes, y puede hacer sospechar que no es muy buena la causa cuando tantas son las pruebas, con tanto estudio alegadas. San Atanasio observa que cuando se trata de verdades claras, la demasiada insistencia en probarlas puede hacerlas dudosas á los espíritus contenciosos: «Exagitare et curiosius indagare non expedit, ne à contentiosis hominibus ambigua existimetur.»

Reconocidas las pruebas y halladas de buena ley, se ordenarán de manera que formen un cuerpo de oración regular, porque no basta que estén bien vaciados los miembros de una estatua, si no tienen entre sí verdadera unión. Acerca de cuál sea el orden conveniente, no todos los autores están acordes, ni es fácil que lo estén, porque eso depende de las circunstancias y naturaleza del asunto; con cuyo conocimiento decide el tacto y buen juicio del orador: lo único que por regla general podemos asentar es que jamás se principie con argumentos de poco valor, porque esto previene contra la causa; que si hay necesidad de emplear razones débiles respectivamente á

otras, se coloquen entre las más fuertes; pero en ningún caso termine la oración con pruebas livianas, sino, al contrario, con las más excelentes.

San Juan Crisóstomo recomendaba con mucho celo á sus fieles que procurasen difundir la buena doctrina, corregir los vicios de sus hermanos y excitarles á la virtud, y con su noble y familiar elocuencia se ocupaba á menudo en enseñarles prácticamente el orden con que habían de proceder en sus amonestaciones y correcciones. Los consejos que les daba aquel grande orador son otras tantas interesantísimas lecciones teóricas y prácticas sobre el orden que en sus sermones deben seguir los oradores cristianos.

En otro lugar copiaremos algunos modelos y citaremos otros, de nerviosa y elocuente argumentación: allí podrán ver los jóvenes la diligencia con que los Santos Padres buscaban argumentos convincentes, la destreza con que los expresaban con elocuentes argumentaciones, y la acertada disposición oratoria con que los ordenaban.

LECCION XX.

De la peroración.

Después de convencer el entendimiento, lo cual es propio de la confirmación, preciso es además, dice San Agustín, inclinar y vencer la voluntad: «flectere ut vincat.» En cualquiera parte del discurso se puede excitar la moción de los afectos, según lo exija el asunto ó permitan las circunstancias, sobre cuya oportunidad decide el buen juicio del orador. Nuestro Melchor Cano escribió algunas cláusulas patéticas en un tratado poco susceptible de movimientos afectuosos (1). Mas como la convicción precede á la moción, el lugar más á propósito para esta última es la peroración: en ella deben emplearse todos los recursos del arte, porque, salvadas ya las di-

(1) *De Locis theologicis*, lib. xi, cap. i, donde lamenta la muerte reciente de su padre.—Párecenos que quiso imitar á Cicerón, quien, al comenzar el libro iii *Del Orador*, en el tomo ii, pág. 216, recuerda la muerte de Craso, y á Quintiliano, que en el proemio del libro vi de sus *Instituciones oratorias*, tomo i, pág. 337, menciona muy patéticamente la muerte de su hijo.

fiultades de la oracion, corresponde desplegar las galas y todas las fuerzas de la elocuencia.

Tres métodos pueden seguirse en la peroracion ó conclusion de un discurso: el de la enumeracion, el de la mocion de los afectos, ó ambos juntos.

La enumeracion ó recapitulacion consiste en indicar con enérgica concision y novedad las razones ó pruebas expuestas en el discurso, á fin de que, reunidas en un sólo punto, obren con eficacia en el ánimo de los oyentes. No hay energía sin concision, por lo cual es preciso abstenerse de largas explicaciones, y limitarse á breves y luminosas indicaciones, que tan sólo refresquen la memoria, como dice Ciceron: «ut memoria, non oratio, renovata videatur (1);» pero esto debe hacerse con cierta novedad para que los oyentes no entiendan que se les repite; y se logrará si el orador que hasta entónces hablaba en nombre propio, introduce en la oracion otros séres animados ó inanimados, ó cambia el giro de la expresion sirviéndose de la interrogacion ó de la repeticion; si en nombre de su auditorio entra el diálogo con Dios, ó se sirve por fin de cualquiera otra forma cuyo interés ó belleza no deja percibir á los oyentes que lo que ahora les dice sumariamente es lo mismo que ántes les ha dicho por extenso.

La enumeracion que reuna estas condiciones estará exenta de los inconvenientes que Maury creía inseparables de este método, por cuya razon le reprueba en términos generales y absolutos, añadiendo que no sabe le haya seguido ninguno de los maestros del arte (2): ¡doctrina singular en abierta contradiccion con la de los maestros de la antigüedad, con la de Granada (3), Fenelon (4) y Blair (5), que le recomiendan, y con los ejemplos de los grandes oradores modernos que le practican, como en su tiempo lo hicieron los Santos Padres!

Al tratar de lo patético ó de la mocion de los afectos, los preceptistas modernos, á imitacion de los antiguos, se detienen en exponer la que llaman TEORÍA DE LAS PASIONES: mas si alguno creyere útil para la elocuencia ese estudio filosófico, le aconsejamos que consulte á San Agus-

(1) *De Invent.*, lib. I, n. LII, tomo I, pág. 68.

(2) Ensayo LXXVI, pág. 322.

(3) Libro IV, cap. I, pág. 248.

(4) Diálogo II, pág. 59.

(5) Lecc. XXVIII, tomo III, pág. 135.

tin y Santo Tomás, quienes han escrito sobre las pasiones extensa, filosófica y cristianamente: parécenos que la ciencia necesaria al orador en esta materia puede reducirse á muy pocos principios. San Ambrosio la contiene en dos palabras: «Sunt autem gemini motus, hoc est, cogitationum et appetitus:» y más profundo Santo Tomás la redujo á un sólo principio. Las pasiones, dijo, están radicalmente en la razon ó en el entendimiento: «in ratione tamquam in radice.» La razon conoce los objetos, los presenta á la voluntad, ésta se inclina ó se aparta de ellos segun se le ofrecen como buenos ó como malos: en auxilio de estas dos potencias vienen la memoria con sus reminiscencias, la fantasía con sus imágenes, y la sensibilidad con sus sentimientos. Todas las pasiones no son en el fondo más que derivaciones de los dos grandes y únicos movimientos de la voluntad que se llaman afeccion ó aversion, ó bien amor y odio. ¿Se mueven las pasiones bajo el imperio de la sana razon? Son buenas, y poderosos auxiliares de la virtud. ¿Se emancipan de la razon, ó son extraviadas por la razon pervertida? Son malas; pérfidos y funestos consejeros. «De este modo, dice San Agustin, domina el cristiano todas las pasiones y las pone al servicio de la virtud.» «In usus justitiæ.»

La tarea, pues, del orador que quiere excitar los afectos, consiste en ilustrar el entendimiento con la verdad, para que ésta alumbre la voluntad; y en poner en juego, segun lo exija el caso, la memoria, la imaginacion y la sensibilidad, aplicándolas al objeto para que sea aceptado ó rechazado por la voluntad.

Esto, se nos dirá, en teoría parece muy sencillo; pero la práctica, ¿quién nos la enseña? «La práctica, dice Quintiliano, no se aprende en los libros.» «Libellis non continentur (1).» Preguntado Massillon dónde habia adquirido su profundo conocimiento del corazon humano, por toda respuesta puso la mano sobre su propio corazon. Parécenos que la celebridad de esta anécdota ha debido de provenir, más que de la doctrina que encierra, de la importancia personal del obispo de Clermont, ó de cualquiera otra circunstancia; porque, ¿quién ha ignorado jamás que el mejor libro para conocer el corazon ajeno es nuestro propio corazon? Esta idea, no ménos conocida que

(1) Lib. VI, cap. II, n. 1, tomo I, pág. 360.

vivamente apreciada, nos induce alguna vez en errores trascendentales, haciéndonos juzgar equivocadamente de los demás por nosotros mismos. Como quiera que sea, muchos siglos ántes que Massillon habia dicho San Gregorio Magno, instruyendo á los oradores cristianos, «que el mejor libro para predicar es el corazon del predicador que ama á Dios.» «Liber qui viscera replevit... ipsi de omnipotenti Domino sciunt suaviter loqui, qui hunc didicerint in cordis sui visceribus veraciter amare.»

San Agustin ha dicho: «Nisi enim ardeat minister prædicans, non accendit eum cui prædicat.» ¿Quereis, jóvenes, inflamar á vuestros oyentes en el amor de Dios y del prójimo? ¿Quereis moverlos á la práctica de la virtud y al aborrecimiento del vicio? Excita estos sentimientos en vuestro corazon, y que domine en él la santa devocion, que es la llama de la caridad. Mas para llegar á tan feliz estado, seguid los consejos de los maestros de la vida espiritual; porque conocedores profundos del hombre, á la vez que enseñan el modo de hacer la oracion mental, han reducido á reglas prácticas la teoría de las pasiones, que poco há expusimos. Leed siquiera lo que sobre el particular ha escrito nuestro venerable La Puente. Y para demostrar que no nos distraemos de nuestro objeto al aconsejar esta lectura, invitamos á los jóvenes para que comparen con ella lo que ha dicho Quintiliano sobre su método para poseerse de los afectos que pretendia excitar en el ánimo de los jueces, y verán con placer la analogía que hay entre las lecciones de los maestros de mística y de los del arte profano. ¿Y qué extraño es esto? Unos y otros habian estudiado el corazon humano, y unos mismos eran los resortes que empleaban, como tambien las fibras que hieren. El buen resultado del método que seguia Quintiliano lo declara él mismo en estas palabras: «No debia omitir estas reflexiones, las cuales me aprovecharon tanto para moverme á mí mismo, que no solamente me sacaron lágrimas de los ojos, sino que hicieron salir al rostro la palidez y sentimiento con harta verosimilitud (1).»

«Jamás, decia Ciceron, he aspirado á mover á los jueces...»

(1) V. P. Luis de la Puente: *Meditaciones espirituales*. Introduccion, con especialidad los párrafos I y VII, tomo I, páginas 11 y 13. —Barcelona, 1856. —Quintiliano, lib. VI, cap. II, n. III, tomo I, página 366.

ces sin que yo mismo me haya sentido conmovido.» «Quin ipse... permoverer.» «Y esto me sucede naturalmente, sin necesidad de ficcion ni engaño alguno.» «Ut nihil opus sit simulatione et fallatiis.» «Porque la oracion que se emplea para mover á otros, mueve ántes al mismo que la pronuncia: los deberes de la profesion de abogado, la fidelidad y diligencia con que debemos ejercerla, si queremos obrar como hombres probos, nos hacen considerar como propias aun las causas que son más ajenas: «Fides officium diligentia... quibus rebus adducti, etiam cum alienissimos defendimus, tamen eos alienos, si ipsi viri boni volumus haberi, existimare non possumus.» Cuando peroro en causa ajena, no soy un cómico, sino sincero defensor de mi propia causa: «Neque actor... alienæ personæ, sed auctor meæ (1).» ¿Qué leccion para el orador cristiano, cuya causa es idénticamente la misma que la de sus oyentes, y cuyas palabras, segun el Crisóstomo, cuando hieren el corazon de los fieles han debido herir ya profundamente el suyo propio! ¿Quién, al predicar la palabra divina, deja de ser discípulo de Jesucristo, en cuya escuela predicadores y oyentes son condiscípulos, como decia San Agustin? «Et nos qui loquimur, et vos qui auditis, sub uno magistro condiscípulos esse noverimus.»

Muy descuidado de los intereses eternos de su alma ha de vivir el predicador en cuyo corazon no prenda con estas ó semejantes consideraciones el fuego del amor divino, y no se levante la llama de la caridad con tal fuerza, que quizá necesite moderarla para atender tambien á no prolongar demasiado los movimientos patéticos. El estado natural y ordinario de nuestra alma es tranquilo; la agitacion de los vivos afectos tiene algo de preternatural, y quien insista en mantener por mucho tiempo á sus oyentes en estado violento, arriesga el que caigan en la postracion y en la frialdad, porque nada es tan frio como la ceniza, ni se seca tan pronto como las lágrimas: «Lacryma nihil citius arescit (2).»

Esta regla, conocida de todos los maestros, la enseñaron tambien y la practicaron los Santos Padres; su observancia no ofrece dificultad en el epilogo, donde es fácil concluir oportunamente; así lo hizo San Agustin en

(1) *De orat.*, lib. II, nn. XLIV y siguientes, tom. II, pág. 151.

(2) Ciceron: *De invent.*, lib. I, n. LVI, tom. I, pág. 74.

uno de sus más fervorosos sermones, con que corrigió los abusos introducidos en Hipona en la celebracion de las fiestas de los Santos: «Non ego illorum lacrymas meis lacrymis movi; sed... eorum fletu præventus meum abstinere non potuit. Et cum jam pariter flevissemus... finis sermonis mei factus est.» Lo que ofrece gran dificultad es moderar á tiempo, en el cuerpo del discurso, el movimiento de los afectos, porque es necesario hacerlo sin caer de repente, sino pasando gradualmente de lo sublime á lo sumiso, y expresando los mismos sentimientos, aunque tranquilos, á la manera de las olas que se encrespan y se aplacan sin perder su movimiento, segun la bella comparacion de San Agustin: «Ut dictionis impetus sicut maris æstus alternet.» Así el mismo Padre, en su sermón XIX, despues de un rápido y caluroso movimiento sobre la caducidad de las cosas terrenas y el precio inestimable de las eternas, concluye con un epílogo, donde, sin cambiar de sentimientos, templó y sosegó su vehemencia.

Maury, con aquel tono incisivo y no pocas veces ligero que le era habitual, dice que en los fastos de la Religion los más bellos modelos de elocuencia patética son, aparte de los oradores franceses de primera nota, la arenga del obispo Flaviano al emperador Teodosio, la representacion de Fr. Bartolomé de las Casas á Felipe II, y los sermones de Cheminai sobre el temor á los juicios de Dios y en favor de los encarcelados (1). Estos dos sermones de Cheminai son bellos; mas no son comparables con algunas patéticas oraciones de San Basilio, por ejemplo, y del Nazianceno.

Digámoslo con toda seguridad: los más bellos modelos de elocuencia patética en los fastos de la Religion se encuentran, incluso los oradores franceses de primera nota, en las obras de los Padres, especialmente en las de San Basilio, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Agustin, y tambien en las de San Efren, apellidado en la antigüedad EL DOCTOR DE LOS SYRIOS, cuya elocuencia afectuosa, vehemente y sublime es, sin que sepamos por qué, tan poco conocida: ¿cuántos son los predicadores que le citan? ¿Cuántos los escritores de oratoria

(1) Ensayo XXV, pág. 319.—Los dos sermones de Cheminai se hallan en la coleccion de M. Migne: el primero en la pág. 82, y el segundo en la 443 del tomo XII.

sagrada que le recomiendan? Nosotros, no pudiendo repetir, porque es difuso, el encomio que de él hizo el Niseno, nos limitamos á decir con San Jerónimo: «Acumen sublimis ingenii etiam in translatione cognovi.»

Apenas hay escritor de elocuencia sagrada que al tratar de la peroracion no cite como modelos del género patético la de Ciceron en su discurso PRO MILONE y la de Bossuet en LA ORACION FÚNEBRE DE CONDÉ. Estamos acordes con estos fundados elogios; pero sería en nosotros imperdonable omitir aquí los recuerdos que nos suscitan.

Creemos, y lo decimos con toda confianza, que la peroracion del discurso con que el Nazianceno se despidió de la iglesia de Constantinopla es superior bajo muchos conceptos al celebrado epílogo de Ciceron: ambos oradores se propusieron excitar las simpatías de su auditorio; pero en la peroracion del Nazianceno todo es natural; en la de Ciceron se descubre demasiado el arte.

La peroracion de Bossuet nos interesa sobremanera; pero tan favorable impresion se debilita cuando la comparamos con la de San Gregorio Nazianceno en su oracion fúnebre de San Basilio. La del orador griego es concisa, enérgica y más bella que la del obispo de Meaux. Creemos que el estudio comparativo de los cuatro pasajes que acabamos de indicar abonaría nuestro juicio, y sobre todo sería de mucha utilidad para los jóvenes que le hicieran.

Séanos permitido expresar la grande extrañeza que nos causa el que entre tantos elogios de la peroracion de Bossuet como hemos leído, ni en uno solo se haya dicho que es imitacion y casi una copia de la del Nazianceno; pero así es la verdad. Entre las muchas y hábiles imitaciones que hizo Bossuet de los Santos Padres, en ninguna quizá se ciñó tanto como en ésta al original; y sin embargo Blair, Thomas, L'Harpe, Chateaubriand, Audisio, Maury y Marcel (1), que ponderan con entusiasmo la peroracion de Bossuet, no mencionan, ni aluden siquiera, á la del grande Nazianceno; únicamente hemos visto que Mons. Dupanloup, obispo de Orleans, hablando de los es-

(1) Blair, lec. XXVIII, tomo III, pág. 136.—Audisio, lec. XXV, tomo I, pág. 397.—Maury, ensayo LVI, pág. 201.—L'Harpe, leccion sobre la oracion fúnebre en su curso de literatura.—Las palabras de Thomas, Chateaubriand y Marcel pueden verse en el tomo III de las *Obras maestras de elocuencia*, compiladas por el mismo Marcel, páginas 17, 27 y 163.

tudios comparativos de pasajes escritos sobre un mismo asunto por diversos autores, hace en una nota la siguiente indicación: «La peroración de Bossuet, oración fúnebre del príncipe de Condé, y la de San Gregorio Nazianceno, oración fúnebre de San Basilio (1).» En ninguna otra parte hemos visto juntos dos nombres, que nos parecen inseparables, tratando de un pasaje que tan de lleno refleja la elocuencia del orador griego y la del imitador francés.

El método de la enumeración se acomoda mejor á los discursos cuyo fin es la instrucción; y el de la moción de afectos á aquellos cuyo principal objeto es mover la voluntad. San Agustín, en el exordio de su tratado *De bono viduitatis*, asienta que es preciso instruir y exhortar á la práctica de lo que se ha aprendido; así es que dedica la primera parte á la instrucción y la concluye con una recapitulación, y en la segunda se ocupa en exhortar, terminándola con la moción de afectos.

Nada impide que en muchos casos se use á la vez de uno y otro método; y así lo hizo San Basilio en sus breves peroraciones de algunas de sus admirables homilías sobre LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

La paráfrasis de algún pasaje de la Sagrada Escritura, con especialidad de algún Salmo de David, se adapta muy bien á cualquiera de los dos indicados métodos, y produce muy buen efecto si el pasaje elegido es á propósito para la instrucción que se ha procurado en el discurso, ó si se presta al movimiento y gradación progresiva de los afectos: en las ENARRACIONES de San Agustín sobre los Salmos abundan ejemplos de estos afectuosos movimientos.

Cualquiera de los dos métodos que se adopte ha de ponerse mucha diligencia en concluir con sentencias notables, en que domine la idea y sentimiento que han sobresalido en el discurso, á fin de que se graben hondamente en el corazón del auditorio. Nada más brusco que concluir súbitamente; ni nada más contrario á la elocuencia que tener por largo rato suspenso al auditorio, que se desagrada porque parece que el orador desea concluir y no sabe cómo hacerlo.

(1) *De la superior educación intelectual*, lib. IV, cap. V., tomo I, pág. 333.—París, 1855.

LECCION XXI.

Reflexiones generales sobre el estilo.

La expresión oratoria es el cuerpo de la elocuencia y como su parte visible; parecía, por tanto, que las nociones á ella referentes debían ser muy perceptibles, y su explicación fácil y expedita: sin embargo, sucede todo lo contrario; aquí es donde se encuentra oscuridad y se tocan mayores dificultades; los preceptistas andan discordes y poco decisivos en sus opiniones, lo cual revela la vaguedad de sus ideas.

Desde el primer paso que dan en este camino se observa la perplejidad con que proceden. ¿Qué es estilo? Blair, Buffon, Thomas, Batteux y Maury (1), que ahora recordamos, difieren más ó menos en sus explicaciones, siendo notable que de ellas satisfacen menos las que tienen más sabor filosófico, y, al contrario, son más aceptables las que, limitándose á designar, se toman como descripción mejor que como definiciones: hé aquí el método que, guiados por su buen sentido, siguieron los Santos Padres: describieron, mas no definieron el estilo.

¿Cuáles son las dotes del buen estilo? La respuesta más común y aceptada las reduce á la claridad y al ornato: pero es preciso confesar que esta clasificación no es lógica; el primer miembro entra necesariamente en el segundo, puesto que la claridad es indispensable para el ornato, y muchas veces ella sola es el mejor adorno.

Si al explicar lo que se entiende por ornato se pregunta qué es lenguaje figurado, algunos asquean y omiten hablar de figuras retóricas, ó lo hacen con desden: no hay figuras retóricas, dicen; todo lenguaje es expresión natural de los fenómenos del alma.

Los que admiten el lenguaje figurado no están acordes; para unos no hay más figuras que las llamadas de pensamiento; las de dición, son tropos, pero no figuras:

(1) Blair, lib. X, tomo I, pág. 237.—Buffon, en su discurso de recepción en la Academia francesa: Marcel, tomo II, pág. 523.—Thomas, sobre la elocuencia de Bossuet.—Batteux: *Principios filosóficos de la literatura*, tratado IX, sec. IV, cap. I, pág. 2, tomo VII.—Madrid, 1803.—Maury, ensayo XXXIX, pág. 144.

tudios comparativos de pasajes escritos sobre un mismo asunto por diversos autores, hace en una nota la siguiente indicación: «La peroración de Bossuet, oración fúnebre del príncipe de Condé, y la de San Gregorio Nazianceno, oración fúnebre de San Basilio (1).» En ninguna otra parte hemos visto juntos dos nombres, que nos parecen inseparables, tratando de un pasaje que tan de lleno refleja la elocuencia del orador griego y la del imitador francés.

El método de la enumeración se acomoda mejor á los discursos cuyo fin es la instrucción; y el de la moción de afectos á aquellos cuyo principal objeto es mover la voluntad. San Agustín, en el exordio de su tratado *De bono viduitatis*, asienta que es preciso instruir y exhortar á la práctica de lo que se ha aprendido; así es que dedica la primera parte á la instrucción y la concluye con una recapitulación, y en la segunda se ocupa en exhortar, terminándola con la moción de afectos.

Nada impide que en muchos casos se use á la vez de uno y otro método; y así lo hizo San Basilio en sus breves peroraciones de algunas de sus admirables homilías sobre LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

La paráfrasis de algún pasaje de la Sagrada Escritura, con especialidad de algún Salmo de David, se adapta muy bien á cualquiera de los dos indicados métodos, y produce muy buen efecto si el pasaje elegido es á propósito para la instrucción que se ha procurado en el discurso, ó si se presta al movimiento y gradación progresiva de los afectos: en las ENARRACIONES de San Agustín sobre los Salmos abundan ejemplos de estos afectuosos movimientos.

Cualquiera de los dos métodos que se adopte ha de ponerse mucha diligencia en concluir con sentencias notables, en que domine la idea y sentimiento que han sobresalido en el discurso, á fin de que se graben hondamente en el corazón del auditorio. Nada más brusco que concluir súbitamente; ni nada más contrario á la elocuencia que tener por largo rato suspenso al auditorio, que se desagrada porque parece que el orador desea concluir y no sabe cómo hacerlo.

(1) *De la superior educación intelectual*, lib. IV, cap. V., tomo I, pág. 333.—París, 1855.

LECCION XXI.

Reflexiones generales sobre el estilo.

La expresión oratoria es el cuerpo de la elocuencia y como su parte visible; parecía, por tanto, que las nociones á ella referentes debían ser muy perceptibles, y su explicación fácil y expedita: sin embargo, sucede todo lo contrario; aquí es donde se encuentra oscuridad y se tocan mayores dificultades; los preceptistas andan discordes y poco decisivos en sus opiniones, lo cual revela la vaguedad de sus ideas.

Desde el primer paso que dan en este camino se observa la perplejidad con que proceden. ¿Qué es estilo? Blair, Buffon, Thomas, Batteux y Maury (1), que ahora recordamos, difieren más ó menos en sus explicaciones, siendo notable que de ellas satisfacen menos las que tienen más sabor filosófico, y, al contrario, son más aceptables las que, limitándose á designar, se toman como descripción mejor que como definiciones: hé aquí el método que, guiados por su buen sentido, siguieron los Santos Padres: describieron, mas no definieron el estilo.

¿Cuáles son las dotes del buen estilo? La respuesta más común y aceptada las reduce á la claridad y al ornato: pero es preciso confesar que esta clasificación no es lógica; el primer miembro entra necesariamente en el segundo, puesto que la claridad es indispensable para el ornato, y muchas veces ella sola es el mejor adorno.

Si al explicar lo que se entiende por ornato se pregunta qué es lenguaje figurado, algunos asquean y omiten hablar de figuras retóricas, ó lo hacen con desden: no hay figuras retóricas, dicen; todo lenguaje es expresión natural de los fenómenos del alma.

Los que admiten el lenguaje figurado no están acordes; para unos no hay más figuras que las llamadas de pensamiento; las de dición, son tropos, pero no figuras:

(1) Blair, lib. X, tomo I, pág. 237.—Buffon, en su discurso de recepción en la Academia francesa; Marcel, tomo II, pág. 523.—Thomas, sobre la elocuencia de Bossuet.—Batteux: *Principios filosóficos de la literatura*, tratado IX, sec. IV, cap. I, pág. 2, tomo VII.—Madrid, 1803.—Maury, ensayo XXXIX, pág. 144.

es un error, dicen otros, el creer que los tropos ó palabras trasladadas no modifican el pensamiento, porque la palabra trasladada supone el pensamiento que primariamente se quiere expresar, el expresado por el tropo, y la comparacion de ambos. Ni deja de haber quien opine que la trasposicion y demás licencias gramaticales son verdaderas figuras, porque suponen más ó ménos excitado el ánimo del orador. Pero donde mayor es la oscuridad, la confusion, y más notable la inexactitud, es en la definicion y clasificacion de las figuras. Creen unos que esta materia está sometida á principios fijos, claros y de fácil aplicacion; y para ellos todas las figuras son ya conocidas, todas pueden ser exactamente definidas y bien deslindadas: piensan otros que esta doctrina es falsa, y que el temerario empeño con que muchos preceptistas la han enseñado y querido practicar en sus lecciones, ha ocasionado errores trascendentales, y contribuido en gran parte á la corrupcion de la elocuencia.

En medio de tanta oscuridad suele suplirse la falta de principios fijos con esta frase muy comun: «En materia de estilo, el juez árbitro y soberano es el buen gusto.» Esto es mucha verdad; pero ¿qué se entiende en literatura por estas palabras correlativas BELLO Y BUEN GUSTO? Muchos escritores se han esforzado para explicarlo, y lo han hecho en muy diversos sentidos: ¿tenemos sobre el particular alguna teoría razonada y completa? Con estos caracteres sólo conocemos la que en el siglo iv enseñó, y desenvolvió San Agustin; teoría que es, nótese bien, trascendentalmente metafísica. Su autor la concibió y explicó, pasando más allá de las sensaciones, de los afectos y de las ideas, en cuyo orden suelen encerrarse los que tratan de lo bello y del buen gusto, y muchos ni siquiera extienden su mirada hasta los últimos confines de la region de los fenómenos intelectuales.

¿Cuál es la causa de tanta oscuridad y perplejidad, ó falta de fijeza respecto á la doctrina del estilo? Héla aquí. La expresion oratoria es el punto, el término donde la elocuencia recibe su complemento: los fenómenos del espíritu y la expresion de los mismos son sus elementos necesarios, y de su union resulta la elocuencia, como el hombre resulta de la union del alma y cuerpo; es imposible ocuparse en el estudio de la expresion oratoria, sin ocuparse á la vez en el de los fenómenos del espíritu. Cuando nos limitamos á hablar de la invencion, en cierto

modo no salimos del espíritu del orador, y quedamos satisfechos con observar sus fenómenos, porque tenemos de ellos conciencia clara, certeza indestructible; en tanto que no nos vemos obligados á salir de este terreno, marchamos seguros, porque lo es mucho el camino de la observacion; pero al llegar á la expresion nos encontramos empeñados en un estudio, reflejo de los fenómenos que hasta entónces nos hemos contentado con observar. Por manera que cuando ponemos el pié en los últimos confines del estudio de la elocuencia, allí se nos presentan reunidas las mayores dificultades, cual si quisieran vengarse, ántes de dejarnos salir, del desden con que hasta entónces hemos pasado á su lado sin estudiarlas.

Nuestra alma es simple, y simples son tambien sus facultades y sus fenómenos; tiene conciencia clara y certeza indestructible de sí misma, de sus facultades y de sus fenómenos. Hasta aquí la accion de nuestro espíritu es directa y cierta; mas cuando reflexiona y quiere analizar sus facultades y fenómenos, esta accion refleja, más débil de suyo que la directa, encuentra además dificultades insuperables de parte del objeto sobre que obra; porque lo que es simple carece de partes, lo que carece de partes no se analiza, lo que no se analiza no se explica, y lo que no se explica no se define, puesto que definir es explicar las distintas partes de que se compone un objeto.

Esta impenetrabilidad, permítasenos la inexactitud, se aumenta por la simultaneidad con que aparecen en reciproca comunicacion los diversos fenómenos del alma; simultaneidad y comunicacion de que resulta un misterioso conjunto que nadie ha estudiado más atentamente que San Agustin, ni nadie ha descrito mejor. ¡Con qué pertinacia, por ejemplo, como observan el mismo Santo y San Gregorio Nazianceno, no se interpone la fantasia y confunde sus imágenes con las ideas! ¿Y qué esfuerzos no son necesarios para distinguir las imágenes de las ideas, y las ideas geométricas de las puramente intelectuales? ¿Y los afectos? «En verdad, decia San Agustin, el hombre es un sér grande y misterioso; más fácil es contar los cabellos de su cabeza que los afectos de su corazón.»

Si salimos del interior del hombre y nos fijamos en la expresion, hemos dado un paso de gigante, y salvado, sin advertirlo siquiera, un abismo inconmensurable. ¿Cómo se comunican el pensamiento y la palabra? No lo sabemos: San Agustin, que ha meditado mucho esta mate-

ria, concluye diciendo que la palabra es un milagro.

La comunicacion, sin embargo, es indudable; pero tambien lo es que la palabra, con todo su poder, con toda su riqueza y con su admirable flexibilidad, no alcanza siempre á expresar completamente las ideas del espíritu, ni sus múltiples y elevadas aspiraciones.

Los Santos Padres, ocupados en meditar y predicar sobre objetos intelectuales y sublimes, experimentaron á la vez la debilidad de la razon y la del lenguaje. «Los objetos intelectuales, decia el Nazianceno, tienen muchos nombres en todas las lenguas, pero no tienen ninguno propio.» «*Exte omnem appellationem posita sunt...; rerum... que... corpore vacant nomen proprium nullam est.*» Esto es lo que han dicho algunos escritores modernos, observando que el Diccionario de los nombres de objetos metafísicos se compone de metáforas ó palabras trasladadas. San Basilio notaba por una parte que existen ideas superiores á nuestro entendimiento, y que éste, por otro lado, es superior á la palabra. «*Cum mens nostra longo intervallo à rerum dignitate absit, rursusque sermo obscure ac imperfecte intellecta exprimat.*»

Y no se crea que la palabra es débil únicamente respecto á las ideas que superan á la razon; lo es tambien á menudo respecto á las que son bien conocidas. Por lo cual decia San Agustin: «Casi siempre me desagrada mi propio lenguaje; pláceme muchas veces el lenguaje interior de mi alma, y me afijo cuando no corresponde á él mi lengua.» «*Contristor linguam meam cordi meo non potuisse sufficere.*» Deseo vivamente que mis oyentes entiendan cuanto yo entiendo; mas no lo logro: la luz de la verdad ilustra mi espíritu, pasando con la rapidez del relámpago, y la palabra viene tarda, perezosa y pálida, cuando la idea se ha ocultado ya en los misteriosos senos de mi alma. «*Intellectus quasi rapida coruscatione perfundit animum; illa autem loquutio tarda et longa est, longaque dissimilis: et dum ista volvitur jam se illa in secreta sua condidit.*»

Siendo tan indefinibles las operaciones de nuestra alma y sus fenómenos, tan misteriosa su recíproca comunicacion, tan desconocido el modo de las relaciones del espíritu con el lenguaje, y siendo éste además tan poderoso en unos casos, tan débil en otros y tan flexible en todos, es temerario el empeño de reducir á sistema toda la doctrina del estilo y distribuirla en clasificaciones exac-

tamente filosóficas, como lo sería el de contar las gotas de agua del mar. Explíquense enhorabuena los principios que sean conocidos; y fuera de esto, lo posible y lo que basta es observar y atenerse en la práctica á los resultados de las propias observaciones, ó de las que han hecho escritores de recto juicio.

Cuantos han escrito de elocuencia han conocido las dificultades que dejamos expuestas; pero la mayor parte de ellos no las han mencionado más que incidentalmente, ó cuando han necesitado hacerlo para excusar la inexactitud y oscuridad de sus explicaciones. Nosotros hemos querido reunir las y presentarlas con la posible claridad al tratar del estilo, con lo cual nos ahorraremos repetidas excusas. Muchas de nuestras explicaciones carecerán de exactitud filosófica, pero nos atenderemos á lo que en esta materia es ya convencional; ni aspiren á otra cosa los jóvenes en sus estudios sobre este punto, porque lo contrario les ocasionaria confusion y les empeñaria quizá en sistemas errados. Aquí, como en todos los ramos del saber humano, conviene recordar la doctrina de San Gregorio Nazianceno, encerrada por Pascal en uno de sus pensamientos: «El último paso de la razon es conocer que hay muchos objetos que están fuera de su alcance. ¡Bien débil es por cierto si no llega hasta este punto (1)!»

LECCION XXII.

Del estilo y sus dotes en general, y de la claridad en particular.

Dos cosas son necesarias para un perfecto discurso; pensamientos y su expresion; lo principal, dice San Agustin, son los pensamientos; el orador no debe hacerse esclavo de las palabras; éstas son las que han de estar á su servicio: «*Nec doctor verbis serviat, sed verba doctori.*»

Es frecuente oír á algunos que entienden las cosas, pero no saben explicarlas, lo cual suele ser una ilusion de su amor propio: la verdad es que muchos no saben explicarse porque nada tienen que explicar, como que carecen de pensamiento; cuando el espíritu está nutrido de ideas, las palabras se presentan como espontáneamente,

(1) *Pensamientos de Pascal sobre la Religión, cap. iv, n.º 1.*

ria, concluye diciendo que la palabra es un milagro.

La comunicacion, sin embargo, es indudable; pero tambien lo es que la palabra, con todo su poder, con toda su riqueza y con su admirable flexibilidad, no alcanza siempre á expresar completamente las ideas del espíritu, ni sus múltiples y elevadas aspiraciones.

Los Santos Padres, ocupados en meditar y predicar sobre objetos intelectuales y sublimes, experimentaron á la vez la debilidad de la razon y la del lenguaje. «Los objetos intelectuales, decia el Nazianceno, tienen muchos nombres en todas las lenguas, pero no tienen ninguno propio.» «*Exte omnem appellationem posita sunt...; rerum... que... corpore vacant nomen proprium nullam est.*» Esto es lo que han dicho algunos escritores modernos, observando que el Diccionario de los nombres de objetos metafísicos se compone de metáforas ó palabras trasladadas. San Basilio notaba por una parte que existen ideas superiores á nuestro entendimiento, y que éste, por otro lado, es superior á la palabra. «*Cum mens nostra longo intervallo à rerum dignitate absit, rursusque sermo obscure ac imperfecte intellecta exprimat.*»

Y no se crea que la palabra es débil únicamente respecto á las ideas que superan á la razon; lo es tambien á menudo respecto á las que son bien conocidas. Por lo cual decia San Agustin: «Casi siempre me desagrade mi propio lenguaje; pláceme muchas veces el lenguaje interior de mi alma, y me afijo cuando no corresponde á él mi lengua.» «*Contristor linguam meam cordi meo non potuisse sufficere.*» Deseo vivamente que mis oyentes entiendan cuanto yo entiendo; mas no lo logro: la luz de la verdad ilustra mi espíritu, pasando con la rapidez del relámpago, y la palabra viene tarda, perezosa y pálida, cuando la idea se ha ocultado ya en los misteriosos senos de mi alma. «*Intellectus quasi rapida coruscatione perfundit animum; illa autem loquutio tarda et longa est, longaque dissimilis: et dum ista volvitur jam se illa in secreta sua condidit.*»

Siendo tan indefinibles las operaciones de nuestra alma y sus fenómenos, tan misteriosa su recíproca comunicacion, tan desconocido el modo de las relaciones del espíritu con el lenguaje, y siendo éste además tan poderoso en unos casos, tan débil en otros y tan flexible en todos, es temerario el empeño de reducir á sistema toda la doctrina del estilo y distribuirla en clasificaciones exac-

tamente filosóficas, como lo sería el de contar las gotas de agua del mar. Explíquense enhorabuena los principios que sean conocidos; y fuera de esto, lo posible y lo que basta es observar y atenerse en la práctica á los resultados de las propias observaciones, ó de las que han hecho escritores de recto juicio.

Cuantos han escrito de elocuencia han conocido las dificultades que dejamos expuestas; pero la mayor parte de ellos no las han mencionado más que incidentalmente, ó cuando han necesitado hacerlo para excusar la inexactitud y oscuridad de sus explicaciones. Nosotros hemos querido reunir las y presentarlas con la posible claridad al tratar del estilo, con lo cual nos ahorraremos repetidas excusas. Muchas de nuestras explicaciones carecerán de exactitud filosófica, pero nos atenderemos á lo que en esta materia es ya convencional; ni aspiren á otra cosa los jóvenes en sus estudios sobre este punto, porque lo contrario les ocasionaria confusion y les empeñaria quizá en sistemas errados. Aquí, como en todos los ramos del saber humano, conviene recordar la doctrina de San Gregorio Nazianceno, encerrada por Pascal en uno de sus pensamientos: «El último paso de la razon es conocer que hay muchos objetos que están fuera de su alcance. ¡Bien débil es por cierto si no llega hasta este punto (1)!»

LECCION XXII.

Del estilo y sus dotes en general, y de la claridad en particular.

Dos cosas son necesarias para un perfecto discurso; pensamientos y su expresion; lo principal, dice San Agustin, son los pensamientos; el orador no debe hacerse esclavo de las palabras; éstas son las que han de estar á su servicio: «*Nec doctor verbis serviat, sed verba doctori.*»

Es frecuente oír á algunos que entienden las cosas, pero no saben explicarlas, lo cual suele ser una ilusion de su amor propio: la verdad es que muchos no saben explicarse porque nada tienen que explicar, como que carecen de pensamiento; cuando el espíritu está nutrido de ideas, las palabras se presentan como espontáneamente,

(1) *Pensamientos de Pascal sobre la Religión, cap. iv, n.º 1.*

aunque no siempre sean tan perspicuas como quisiéramos. ¿Faltaron acaso á los Santos Padres para exponer con claridad profundísimos persamientos al ocuparse en la predicacion de las más altas verdades del Cristianismo? No por cierto: léjos de ello, enriquecieron el lenguaje. ¿Quién fué más profundo y más claro á la vez, á pesar de la rudeza de su siglo, que el Angélico Doctor Santo Tomás?

Procure ante todas cosas el orador, no nos cuesta repetirlo, meditar bien la materia, y entónces no tema en manera alguna que le falte la expresion.

Entre todos los medios de que el orador se sirve para revelar los fenómenos de su alma, el principal, dice San Agustin, es la palabra; «verba... obtinuerunt principatum significandi quæcumque animo concipiuntur, si ea proderet quisque velit.» La forma ó manera con que lo hace se llama estilo; nombre trasladado del *STYLUS*, vara de hierro de la cual el un extremo, dice San Agustin, servía para escribir, y el otro para borrar; y á esto alude el *SÆPE STYLUM VERTAS*, de Horacio. El estilo es, segun San Basilio y San Agustin, como una pintura y retrato del alma, como un espejo donde aquella refleja, una especie de semblante ó fisonomía del espíritu.

Dos condiciones se requieren para que el estilo sea bueno: CLARIDAD Y ORNATO.

De estas dotes la claridad es la primera y más necesaria, de la que nunca se puede prescindir: en vano hablaría el orador si los oyentes no le entendiesen, ó necesitarán para ello de tanto estudio que, fatigada su atencion, le abandona. La claridad, necesaria siempre que se habla, lo es mucho más, dice San Agustin, cuando se predica; porque el orador se dirige á sabios ó ignorantes, y con la circunstancia de que no puede ser interrogado por aquellos que no le comprendan.

Este preclaro Doctor, tan buen literato y humanista, no reparó asentar en un tratado didáctico que el orador, á trueque de ser claro, y si no lo puede eludir, debe faltar á las reglas de la gramática; y tal era su conviccion, que así lo hizo en algunos de sus sermones.

Al comenzar sus libros del *Genesis* contra los maniqueos, anuncia que va á escribirlos con toda la claridad posible: «Non ornato politoque sermone sed rebus manifestis,» porque le habian hecho observar que otros escritos suyos contra los mismos herejes no estaban al alcan-

ce de los indoctos; y añade: «Hunc enim sermonem usitatum et simplicem etiam docti intelligunt, illum autem indocti non intelligunt.»

El ejemplo de San Agustin es una grande leccion para los jóvenes predicadores; su celo caritativo, y la conciencia de sus deberes como orador evangélico, hicieron emplear á su espíritu pujante y grandemente metafísico un estilo tan claro como sencillo. Quisiéramos que los jóvenes hicieran la experiencia que hemos hecho más de una vez: despues de leer algunas páginas de los libros *Del Orden*, *De la Música*, *De la Trinidad* ó de cualquiera otro de sus tratados filosóficos ó teológicos, hemos pasado á leer sus sermones: nuestra ilusion era completa, porque nos parecian obras de autores muy distintos los escritos que leíamos sucesivamente, y sólo la reflexion nos hacía conocer que unos y otros habian sido inspirados por aquel sapientísimo y muy caritativo Doctor, modelo de oradores cristianos, cuya caridad le hacía decir á sus oyentes: «Yo no vivo más que para vosotros, yo no quiero salvarme sin vosotros: «Quare vivo...? Nolo salvus esse sine vobis.»

Yerran, pues, lastimosamente los jóvenes que buscan un lenguaje inusitado, cuando en el que usa el pueblo cristiano hay siempre un gran fondo de sabiduria. Bonald deseaba que se pusiera al alcance de los sabios el Catecismo de los niños, así como se procura hacer llegar á éstos la enseñanza de las ciencias y de la literatura; á este propósito decia San Agustin: «Ipsa lingua popularis plerumque est doctrina salutaris.»

Esto nos recuerda otro sábio consejo del mismo Santo. Los predicadores deben abstenerse en el púlpito de usar con frecuencia ciertas palabras como EL ACASO, LA FORTUNA, EL CIELO, LA PROVIDENCIA, EL AUTOR DE LA NATURALEZA, etc.; términos que encierran, lo sabemos, un sentido verdadero, pero que no suenan tan bien en los oídos sencillos ni hacen tan favorable impresion en los corazones como los que han sido consagrados por el uso cristiano. Lamentábase San Agustin de haberse servido en sus libros *CONTRA LOS ACADEMICOS*, escritos, nótese bien, cuando todavía era catecúmeno, de la palabra FORTUNA; y no es, dice, porque estas y otras semejantes palabras estén prohibidas por la Religion, puesto que bien se sabe que con ellas queremos expresar los caminos secretos de la divina Providencia; pésame, sin embargo, porque al-

gunos tienen la mala costumbre de nombrar estas cosas, en vez de nombrar á Dios: «Verumtamen poenitet me sic illic nominasse fortunam. cum videam homines habere in pessima consuetudine, ubi dici debet: «Hoc Deus voluit,» dicere: «Hoc voluit fortuna.» Estas locuciones nos vienen en gran parte, como observa Capmany, de la lectura de los escritores franceses (1).

Al condenar el lenguaje inusitado y recomendar el popular, no queremos, claro está, que se usen aquellas palabras que el pueblo ha corrompido ó que aplica impropriamente á los objetos; los oradores, dice Ciceron, empleamos los mismos términos que usa el pueblo; pero debemos purificarlos y ennoblecerlos: «Ea nos... jacentia sustulimus è medio (2).»

Las palabras deben ser PROPIAS, PÚRAS Y EXACTAS.

La propiedad consiste en que se apliquen á los objetos á que las ha consagrado el uso de los peritos, que es el soberano en la materia; y en este sentido dice San Agustín que la gramática y los gramáticos son los conservadores de la historia: «Grammaticus, custos ille videlicet historiae... Grammatica vocis articulatae custos, et moderatrix disciplina.»

Llámanse palabras puras las que en cada idioma están admitidas y consagradas por el uso de los inteligentes. Ciertamente que hay ocasiones en que por falta de términos, ú otras causas razonables, pueden inventarse voces nuevas, sobre todo si se derivan de las antiguas, segun San Agustín; mas no son los principiantes los que deben aventurar estos ensayos.

Los términos son precisos y exactos cuando expresan toda y no más que toda la idea ó pensamiento que se quiere declarar. Cabe mucha equivocacion en el uso de los sinónimos ó voces que, conteniendo una misma idea fundamental, la modifican en diversos sentidos.

Nótese que, segun las definiciones que acabamos de exponer, una palabra podrá ser castiza y no ser propia ni exacta para el caso.

Hay en los Diccionarios voces que se llaman anticuadas y están retiradas del uso; los que las emplean cometen el vicio llamado ARCAISMO: en nuestros dias es más

(1) *Filosofía de la elocuencia*, prólogo, pág. 10; edicion de Madrid, 1842.

(2) *De Orat.*, lib. III, n. XLV, tomo II, pág. 276.

comun el vicio contrario, llamado NEOLOGISMO. Lamenta Capmany que tanto leer y traducir escritos franceses empobrece nuestra rica lengua, plagándola de GALICISMOS: «Hemos llegado á un tiempo, añade, en que se pueden perdonar los arcaísmos por no caer en los galicismos; aquellos, por lo ménos, tienen su cuna y alcurnia en nuestro país, y éstos son intrusos y advenedizos (1).» ¿Hallaría hoy expresiones adecuadas á su dolor este celoso conservador de la rica habla castellana?

Pero es preciso distinguir cuidadosamente las voces anticuadas de las antiguas; de éstas hay muchas notables por su dulzura y tierna unción, las cuales, sin embargo, van cayendo en desuso por nuestra ignorancia ó culpable negligencia. El citado Capmany decia: «La mitad de la lengua castellana está enterrada; pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces hace medio siglo que ya no salen á la luz pública. Si los hombres cuerdos y juiciosos que conocen el valor y lustre de nuestra lengua no se esmeran, como lo muestran ya algunos, en reparar este daño, vendrá tiempo en que no alcanzará el remedio (2).» Nos hemos preguntado más de una vez si ha llegado ya el cumplimiento de esta profecía; porque ello es cierto que apenas hay pluma que escriba, ni labios en que sueñen aquellas sonoras frases en que tanto abundan nuestros correctos escritores, principalmente los ascéticos.

Oradores sagrados: vosotros, que debeis leer sin cesar los escritos de aquellos insignes varones, sois ya casi los únicos que podeis conservar los ricos tesoros de nuestra lengua, con mucho aprovechamiento de las almas cristianas.

Hay en los Diccionarios de todas las lenguas algunos términos propios y exactos, de los cuales, sin embargo, no debe servirse el orador, porque son bajos ó sórdidos. Bajas son las expresiones que no corresponden á la dignidad del asunto. Sórdidas las que revelan objetos asquerosos, repugnan á la buena educacion, ó hieren el pudor; las primeras se llaman indecentes, groseras las segundas, y torpes las últimas. No aducimos ejemplos para no incurrir en el defecto que condenamos, y nos limitaremos á citar á Ciceron, quien en su SEGUNDA FILÍPICA, al paso que

(1) *Filosofía de la elocuencia*, parte 1.ª, art. 3.º, pág. 84.

(2) *Ibid.*

muestra su buen gusto cuando con una bella preterición se abstiene de hablar de las costumbres de Antonio: «Sunt quædam quæ honeste non possum dicere.» En otro lugar se olvida de la decencia, cuando habla en términos repugnantes de los efectos de la glotonería del mismo Antonio (1).

Para acertar en esta elección, no basta el estudio de los Diccionarios, ni el de los modelos de los clásicos: es preciso conformarse con el buen gusto dominante en la época en que se habla; porque como en las palabras hay tanto de arbitrario y convencional, influye mucho en su significado y acepción la diversidad de los idiomas y de los tiempos; sobre lo cual ha hecho M. Rollin reflexiones muy juiciosas (2). No dejaremos de advertir que en los escritos mismos de los Santos Padres se encuentran, aunque rara vez, expresiones que eran corrientes en su tiempo, y debieron de sonar muy bien en sus labios; pero que, traducidas á nuestro idioma, y pronunciadas hoy y en nuestro país, serían disonantes.

Cuando ocurriere hablar de algun objeto para el que no se encuentran palabras dignas, deben usarse aquellas maneras delicadas y oportunos circunloquios, que los retóricos llaman PERIFRASIS. Sócrates, Casiodoro, San Atanasio y San Gregorio Nazianceno refieren la muerte de Arrio: los dos primeros, como historiadores, atentos á la exactitud de la narracion, se ocuparon en pormenores y usaron términos de que se abstuvo San Atanasio, porque habló de aquel hecho en un escrito doctrinal, y mucho más el Nazianceno, quien, obligado á hablar en el púlpito de aquel trágico suceso, lo hizo con formas muy delicadas.

La propiedad, pureza y exactitud de las palabras son condiciones indispensables para la claridad del estilo: mas no bastan por sí solas, pues una locucion que constase de términos de esa especie, pero sin orden colocados, sería oscurísima. El orden de las palabras en la oracion le enseña la sintáxis; cuyo conocimiento gramatical suponemos en el orador y le es de absoluta necesidad: nos limitaremos á hacer algunas observaciones

(1) In M. Antonium «Philippica II,» tomo VI, n. XIX, pág. 266, y n. XXV, pág. 273.

(2) De la manera de enseñar y estudiar las bellas letras, etc.: lib. II, cap. I, art. 1.º, tit. I, pág. 390.—París, 1748.

sobre la sintáxis figurada, donde el desacierto es tanto más fácil, cuanto mayor es la libertad que permite al orador.

Las sentencias pueden ser breves ó largas; llámase estilo cortado el que resulta de las primeras, y periódico el que abunda en las últimas: el estilo periódico se aviene mejor con los asuntos graves, y el cortado con los fáciles y ligeros. San Agustin propendia el estilo cortado, y San Juan Crisóstomo al periódico; pero ambos alternaban las sentencias breves con las largas, como debe hacer todo orador, para evitar la fastidiosa monotonía: preciso es tambien procurar que las sentencias, ya sean breves ó largas, no pequen por exceso de difusion ó de brevedad. Las que son demasiado largas fatigan la atención del auditorio, porque se extienden, dice Granada, más allá de lo que ningun aliento puede durar; y otros hay que, émulos de la brevedad, aún las palabras necesarias quitan á la oracion; y como si bastase saber ellos lo que quieren decir, no se cuidan de los demás (1). El laconismo, dice San Gregorio Nazianceno, no consiste sólo en decir pocas palabras, sino en decir mucho con claridad y pocas palabras: «Laconicè loqui non est... paucas syllabas scribere, sed de pluribus rebus paucas.»

La unidad es necesaria en todas y cada una de las sentencias que componen un discurso: para evitar el peligro de faltar á ella, principalmente si son largas, debe conocerse cuál es la persona que domina en la frase, para que ella sola rija toda la sentencia. Si alguna ó algunas ideas no pudieran acomodarse á este plan, deben dejarse para otro periodo.

La falta de atención para colocar oportunamente los adverbios, los nombres relativos y los adjetivos produce confusion y oscuridad; los primeros deben ponerse inmediatamente ántes ó despues de la palabra que han de modificar; los segundos y terceros de manera que no sea posible dudar á qué término se refieren.

Los paréntesis, no siendo breves y oportunos, quebrantan la fuerza de la oracion y la hacen oscura; esto observamos alguna vez en los discursos de San Juan Crisóstomo; mas donde abundan con exceso es en las bellísimas oraciones del Nazianceno: en otra parte copiaremos algunos pasajes de este Santo, con el objeto de que los

(1) Lib. V, cap. III, pág. 291.

jóvenes supriman estos pequeños lunares y observen cuánto gana la frase en claridad, energía y elegancia.

El uso de las partículas copulativas produce un efecto increíble; su misión en ciertos casos hace rápida y enérgica la expresión, cometiéndose la figura que los retóricos llaman *DISYUNCIÓN*. «*Demptis conjunctionibus, dissolute plura dicuntur (1)*», dice Cicerón. La repetición de esas partículas, que se llama *AYUNTAMIENTO*, retarda y da importancia á la idea; pero cada uno de estos métodos supone diversas afecciones en el ánimo del orador. El famoso *veni, vidi, vici*, de César, indica el movimiento que impulsaba el espíritu del autor. Lo mismo expresa aquel: *acude, acorre, vuela*, etc.; de Fr. Luis de León; y su oda á la *NOCHE SERENA*, con la repetición de las partículas copulativas, descubre la paz reflexiva con que comparaba la tierra y el cielo. En diez líneas se sirve de ambos métodos San Agustín para encarecer cómo en la patria celestial la visión de Dios será todo para el alma, y para expresar con todo el entusiasmo de su piedad cuál será la eterna ocupación de los bienaventurados.

No pudiendo extendernos más en esta materia, concluimos, con San Agustín, recomendando á los jóvenes la lectura de buenos escritores y el estudio de la gramática, en la que el Santo Doctor reconoce una fuerza casi divina: «*Grammaticæ pene divinam vim*»; con cuyo motivo ha dado á los predicadores interesantísimas lecciones en sus libros *De Doctrina christiana*; lo bien que en aquella y otras obras trató esta materia, aunque incidentalmente, hace más sensible la pérdida, en vida ya del Santo Doctor, de la gramática que había escrito: «*De armario nostro perdidit*».

LECCION XXIII.

Del adorno, ó del estilo figurado.

El adorno del discurso resulta, no sólo de la claridad, sino también del lenguaje figurado.

El hombre muchas veces piensa, discurre, raciocina y ejerce tranquilamente los demás actos de sus facultades mentales, y en otras ocasiones lo hace más ó menos con-

(1) *Orator.*, n. XXXIX, tom. I, pág. 232.

movido: á estos diferentes estados del ánimo corresponden diferentes formas de locución, las cuales, en cuanto sea posible, conviene distinguir, clasificar y sujetar en su ejercicio á las reglas dictadas por la sana razón y recopiladas por el buen criterio.

La gramática tiene por objeto principal el estudio de la expresión lógica de los fenómenos de nuestro espíritu, cuando éste funciona tranquilamente; así como una parte de la retórica versa sobre la expresión de esos fenómenos, cuando está más ó menos conmovido: en este último caso las reglas son tanto más necesarias, cuanto mayor es la libertad con que se obra, y más fácil el extravío. La expresión del ánimo tranquilo se llama lenguaje natural; y figurado, toda expresión que, naciendo del espíritu movido, se aparta más ó menos de la sencillez natural. La significación del término geométrico *FIGURADO* se ha trasladado al lenguaje que se aparta del natural, porque así como las figuras geométricas limitan la extensión con diversos contornos, de la misma manera el lenguaje figurado circunscribe y da una forma concreta, digámoslo así, á los pensamientos del que le usa. No se crea que el lenguaje figurado no sea expresión natural de los fenómenos del alma; sino que siendo éstos tan diferentes, y correspondiendo á ellos diversas locuciones, ha sido conveniente servirse de las voces *NATURAL* y *FIGURADO*.

La existencia del lenguaje figurado es incontrovertible y en los términos ya expuestos, ninguna objeción sería merecida; creemos además que no aciertan los modernos que asquean hasta el nombre de figuras retóricas, y se abstienen enteramente de hablar de ellas en sus tratados: por huir del exceso en que cayeron algunos antiguos, dando á este estudio mayor extensión é importancia de la que merece, caen en el opuesto, porque nos parece desacertado privar á los jóvenes de los conocimientos necesarios, no para que su ánimo travesee, sino, al contrario, para que, sabiendo cómo han de moderar su propensión á lo extraordinario, den á sus discursos claridad, ornato y animación.

De todos modos, y aun cuando en otros casos pudiera omitirse sin inconveniente (lo cual no creemos) hablar de las figuras retóricas, de ninguna manera conviene dejarlas ignorar á los jóvenes que se han de ocupar en la predicación; pues para ellos el estudio preferente debe ser el

de la Sagrada Escritura, y para entenderla necesitan conocer las figuras retóricas. Así lo inculcó San Agustín en sus libros *De Doctrina christiana*, escritos para los predicadores; y tanto él como San Juan Crisóstomo, al exponer al pueblo la Sagrada Escritura, explicaban varias de aquellas figuras. Además, San Agustín escribió siete libros para descifrar algunas locuciones que parecen oscuras en los siete primeros del Antiguo Testamento; y muchas de las que aclara lo hace observando que son figuras ó tropos: en estos tratados encontrará el joven estudiante un gran número de figuras retóricas, tomadas en los Libros divinos.

Sin entrar en el intrincado laberinto de definiciones, divisiones y subdivisiones en que se perdieron algunos de los antiguos escritores, nos limitamos á pocas, pero interesantes observaciones.

Cuando el ánimo del que habla está movido, la expresión se aparta de la natural sencillez, y se llama FIGURADA.

Cuatro son, generalmente hablando, los diferentes estados de mocion en nuestro ánimo, cuando hablamos á otros.

En algunos casos el movimiento es tan moderado, que no produce más que alguna inversion en el orden natural de las ideas ó de los afectos, y á ese estado corresponde un lenguaje que se desvía poco del natural: todo se reduce á alguna trasposicion ó supresion de términos, ó á cualquiera de aquellos cambios ó licencias de que trata la sintaxis figurada. Estas locuciones se llaman FIGURAS GRAMATICALES, de que hemos dicho lo que creíamos necesario en la leccion XXII.

En otras ocasiones la fuerza de la conviccion es tal, y tan vivo el deseo de comunicarla á los oyentes, que el lenguaje natural no satisface y necesitamos revestir nuestros pensamientos con las formas de la interrogacion, de la comparacion, ú otras que se llaman FIGURAS DE RACIOCINIO; de las cuales hemos tratado en la leccion XIX.

Hay casos en que no sólo queremos convencer, sino mover; y con este fin aspiramos á interesar y poner en juego la imaginacion, para que con sus imágenes dé luz á las ideas y nos ayude á presentarlas con tanta claridad, que en cierto modo las hagamos visibles; las locuciones que empleamos con este objeto se llaman FIGURAS DE EXPRESION.

Cuando queremos comunicar al corazon de los que nos escuchan la agitacion del nuestro, el lenguaje es apasionado: unas veces se dirige á la imaginacion, y por medio de ésta al corazon, y otras habla á éste directamente, obrando sobre él por simpatía; las expresiones de los fenómenos de nuestra alma en tal estado se llaman FIGURAS DE PASION.

En todas estas locuciones, si los términos se usan en sentido propio, ó se aplican, como dice San Agustín, á aquellos objetos para cuya significacion fueron instituidos, «cum his rebus significandis adhibentur propter quas sunt instituta,» el lenguaje es figurado, y no más; pero si la significacion de los términos se traslada y se toman para expresar un objeto diferente de aquel para cuya significacion se usan natural y ordinariamente, «cum et ipsæ res quas propriis verbis significamus ad aliud aliquid significandum usurpantur,» la locucion entónces, no sólo es figurada, sino que además es trópica. El mismo San Agustín prueba con varios ejemplos el frecuente uso que de los tropos hacen las gentes del pueblo.

Decimos á uno: «No entres con luz artificial en un almacén de pólvora, porque una chispa basta para producir un voraz incendio.» San Juan Crisóstomo dijo: «*Omnis amaritudo tollatur à vobis; ne maneant quidem reliquæ. Nam si hoc motum fuerit, solet ut ab aliqua scintilla integrum intus excitare rogam.*» Unos mismos son los términos de ambas frases; pero nosotros hablamos físicamente, y el Santo en sentido moral; nuestra locucion es propia, y la del Crisóstomo fué trópica. Puede decirse que lo mismo es morir aplastado por un peñaseco, que sofocado bajo un monton de arenas; esta locucion es natural; pero fué una bellissima metáfora en los labios de San Agustín cuando, reprendiendo á los que se absteneian de cometer pecados enormes y no reparaban en cometer gran número de pecados leves, concluye: «*Proiecisti mollem, vide ne arena obruaris.*»

Estos ejemplos manifiestan clarísimamente la índole del lenguaje natural, del figurado y del trópico.

LECCION XXIV.

De las figuras de expresion.

Las principales figuras que usa el orador para aclarar sus pensamientos haciéndolos perceptibles á la razon ó interesantes á la imaginacion, y por este medio al corazon, se llaman descripcion, hipérbole, antifrasis ó ironía, metonimia, sinécdoque, metáfora y alegoría.

La descripcion consiste en exponer un objeto, sus propiedades y circunstancias con claridad, exactitud y viveza, de modo que al lector ó al oyente les parezca que le están viendo; como aconteció á San Basilio, quien decia á Libanio que al leer su celebrado discurso del **HOMBRE PEREZOSO** creia tener éste á la vista: y añade: has dado vida á tus palabras: *«ipsium enim morosum videre mihi videre... vivum enim et animatum sermonem scripsit... Libanius qui solus verbis animam largitus est.»*

Todos los objetos, así del orden sensible como del moral ó intelectual, pueden ser descritos. En otro lugar copiaremos ó citaremos descripciones hechas por los Santos Padres, de un lugar campestre, de la vida pastoril, del mar tranquilo, del sueño, de la amistad, del estado físico y moral del mundo, de un pueblo afligido por la sequedad, de una ciudad consternada, del colérico, del ébrio, de la embriaguez, del dolor de Abraham y de un hombre elevado y unido á su Dios en la meditacion. Tambien pondremos los retratos característicos que hicieron San Atanasio de nuestro Osio; San Basilio del Nazianceno, y éste de Melecio de Antioquia. San Gregorio Nazianceno sobresalia en este género.

Son muy loadas las descripciones que del caballo hicieron Homero y Virgilio: pero, dice Rollin con mucha razon, que es muy superior á aquellas la que leemos en el libro del Santo Job (1). San Juan Crisóstomo describe admirablemente la actitud del caballo obligado por el jinete á dar un salto peligroso.

(1) Job, cap. xxxix, versiculos del 19 al 25.—Rollin, lib. iv, capítulo III, pár. iv, tomo II, pág. 570.

Cuando se exagera la grandeza ó la pequeñez de un objeto, se comete la figura llamada hipérbole: *«Greci vocant hyperbolem... fit quando id quod dicitur, longe est amplius quam quod eo dicto significatur.»* San Agustin, de quien es esta definicion, dijo que Dios habia puesto en venta el reino de los cielos por el precio de un jarro de agua fria: y San Jerónimo, con ocasion del concilio de Rimini, exclamó: *«Ingemuit totus orbis, et arianum se esse miratus est.»* Nótese de paso que en estas frases hay á la vez hipérbole y metáfora.

La hipérbole versa siempre sobre un objeto por sí notable; pues sin esto las mayores exageraciones no bastarian á excitar la atencion. Ha de guardar tambien las debidas proporciones, sin cuya condicion, en vez de aclarar las ideas, las oscurece, y podrá inducir á error. Nadie que lea en sus originales las dos atrevidas hipérbolés que acabamos de copiar se equivocará sobre su verdadero sentido.

Por lo mismo que esta figura es atrevida, su uso requiere buen juicio y sano gusto; de otra manera es muy fácil que por buscar lo extraordinario demos en lo extravagante. Llorando San Agustin la muerte de un amigo, decia que desde aquel instante la vida le era horrible, porque no queria vivir á medias: *«Mihi horrori erat vita quia nolebam dimidius vivere.»* y lleva su exageracion hasta añadir que estando la otra mitad de su vida en el amigo que habia muerto, él por su parte temia morir, no fuera que con esto su amigo muriese por completo. *«Et ideo forte mori metuebam, ne totus ille moreretur, quem multum amaveram.»* No nos atreveriamos á censurar como se merece este pasaje, si no fuera el mismo humildísimo Doctor quien le censura en estos términos. *«Quae mihi quasi declamatio levis, quam gravis confessio videtur, quamvis utquaque temperata sit haec ineptiam eo quod additum est FORTE.»* ¡Así condenaba el gran Doctor una distraccion de su juventud! Sirva este aviso á los jóvenes para que repriman la inclinacion á lo extraordinario, y para que humildemente corrijan los defectos que de seguro cometeran en sus primeras composiciones.

No puede haber, dice San Agustin, traslacion más completa de los términos que cuando se toman en un sentido contrario al suyo propio, como diciendo de un pigmeo que es un gigante; esta figura se llama antifrasis.

sis; y si la usamos en tono de burla ó de crítica algun tanto mordaz, se llama ironía. «Estas dos figuras, dice San Agustín, se distinguen en que en la ironía se conoce el verdadero sentido de la frase por el tono de la voz ó del estilo, y en la antífrasis por la significación que comúnmente damos á ciertas palabras, ó por que éstas se esclarecen con otras.»

Rara vez permite la austera gravedad de nuestro ministerio usar en el pulpito ironías mordaces ó epigramáticas; sin embargo, hay casos en que esta figura, manejada con tino y delicadeza, es una censura merecida, vigorosa y muy severa. Observan los Santos Padres varios pasajes de los Libros Santos en que se encuentra la ironía, y ellos la han usado también oportunamente, entre los cuales nos parece que el Nazianceno lo ha hecho con más frecuencia y mayor destreza.

Cuando se aplica el nombre de un objeto á otro, fundando esa traslación en la coexistencia de ambos objetos, se comete una figura que se llama sinécdoque. La razón de coexistencia es tan amplia, que el uso de esta figura es indefinido; los modos de usarla más comunes consisten en tomar el todo por la parte, ó ésta por el todo; el género por la especie, ó, al contrario, la especie por el individuo, ó éste por aquella; el plural por el singular, ó viceversa; el continente por el contenido, ó éste por aquél; el signo ó distintivo de una cosa por la cosa misma.

También aplicamos el nombre de un objeto á otro, fundándonos en la sucesión; esta figura se llama metonimia, y se comete de ordinario tomando el antecedente por el consiguiente, ó viceversa; la causa por el efecto, ó éste por aquella; el nombre del inventor por la cosa inventada; el autor de un libro por el libro mismo, y el instrumento con que se hace alguna cosa por el modo de hacerla, ó por la persona que la ha hecho.

El uso de la sinécdoque y metonimia es tan vario como frecuente en los Libros Santos y en los escritos de los Santos Padres; por lo que seríamos interminables si hubiéramos de citar siquiera no fuese más de un solo ejemplo para cada caso.

Metáfora, «hoc est de re propria ad rem non propriam verbi alicujus usurpata translatio,» como dice San Agustín, es una palabra griega que significa literalmente traslación ó la vuelta que se da á un objeto, y por esto se llama así por excelencia el único tropo en que la traslación

es completa. En la sinécdoque y metonimia el término no se traslada completamente, porque aunque se toma para expresar otro objeto distinto del propio, éste continúa siempre expresado.

La metáfora se funda en la semejanza de dos objetos: el entendimiento la concibe, y el orador aplica el nombre del uno al otro sin expresar la comparación que de ambos ha hecho en su mente; la metáfora es, pues, una comparación abreviada.

La escasez del lenguaje metafísico nos obliga á tomar los nombres de objetos sensibles para expresar los intelectuales; la invención y descubrimiento de nuevos objetos en las ciencias físicas y el reino de la naturaleza, hace también que nos sirvamos de un mismo nombre para significar diversos objetos: plácenos además el contraste ó la semejanza que nos ofrecen varios seres, y de aquí el gusto que nos causan las expresiones trasladadas. Empleando nombres propios de objetos sensibles para expresar los intelectuales, logramos hacer éstos perceptibles al espíritu, á la imaginación, y, en cuanto cabe, á los sentidos. La necesidad, pues, y el placer son las dos causas que han producido el lenguaje trópico; y como éste es completísimo en las metáforas, estas figuras son las más usadas.

La metáfora debe ser proporcionada, y versar sobre objetos cuya semejanza es conocida, pero no tan grande que se confundan entre sí. Ha de ser digna, de modo que jamás se tome de objetos bajos ni desagradables; y sobre todo se ha de emplear siempre en obsequio de la verdad, evitando á toda costa que el brillo y resplandor de esta figura deslumbré y haga creer verdadero lo que es falso.

Cuando el orador usa alguna metáfora atrevida, debe templarla para evitar el peligro de error á sus oyentes; esto es lo que los griegos llamaban PEDIR GRACIA PARA LA HIPÉRBOLÉ. San Gregorio Nazianceno, hablando de los que habían muerto sofocados por la gran concurrencia al entierro de San Basilio, no se atrevió á llamarles víctimas funerarias sin usar algún correctivo. «Atque, ut ferentiorum quisquam dixerit, funebres victimæ.»

San Juan Crisóstomo llama á la caridad puerto franco en el piélago de este mundo; y Tertuliano, semilla de cristianos á la sangre de los mártires: metáfora que han usado también con frecuencia el primero y San Agustín.

Citamos con gusto algunas metáforas que han mere-

cido pomposos elogios á los oradores modernos que las usaron, pero cuya invencion es debida á los Santos Padres.

Massillon, en su sermón sobre la mezcla de los buenos y de los malos: «El justo puede condenar confiadamente en los demás lo que él se prohíbe á sí mismo; sus instrucciones no se avergüenzan de su conducta.» Maury dice que esta atrevida metáfora hubiera admirado á Racine, sin ofender quizá su delicado gusto (1); ignoraba sin duda el crítico francés que Tertuliano había dicho muchos siglos antes: «Ne dicta factis deficientibus erubescant;» y que San Jerónimo escribía á Nepociano: «Non confundant opera tua sermonem tuum.» Siendo de notar que estos Padres se proponían expresar la misma idea que Massillon.

Flequier, hablando de Judas Macabeo: «murió sepultado en su propia gloria.» Batteux elogia mucho esta frase; el P. Houdry dice que Flequier la tomó de Lingendes; Maury observa que este último la había copiado de Mascaron: y pudiera haber añadido que Boismont se sirvió de ella, sin citar tampoco á nadie; sólo Villemain, que sabemos, ha notado que San Ambrosio, hablando de la muerte de Eleázaro, había dicho: «Cujus (elephanti) ruina inclusus magis quam oppressus, suo est sepultus triumpho (2).»

Compara Bossuet á Enriqueta de Inglaterra con una columna maciza, que permanece inmóvil cuando cae sobre ella el edificio que la misma sostenía. «Yo no he visto, dice Maury, comparacion más magnífica, ni en Homero (3).» Sea; pero la idea está en dos metáforas que leemos en los Santos Padres. San Jerónimo, copiando á Virgilio, escribía á Heliodoro: «Dicant si volunt, et grammatici in te omnis domus inclinata recumbit.» San Juan Crisóstomo, predicando sobre la reprension dirigida por

(1) Massillon, sermón XX para el miércoles de la tercera semana de Cuaresma.—Migne, tom. XLII, pág. 723.—Maury, ensayo XLI, página 154.

(2) Flequier, oración fúnebre de Turena, colección de clásicos franceses, pág. 38.—Batteux, tratado IX, sec. IV, cap. III, tom. VII, pág. 42.—Houdry, Lingendes, Mascaron y Maury, que cita á los anteriores en sus ensayos, nota XII, pág. 561.—Boismont, sermón de la caridad, Migne, tom. LXV, pág. 747.—Villemain: *Oraciones fúnebres selectas*.

(3) *Oración fúnebre de la reina de Inglaterra*, ed. de París 1823, pág. 43.—Maury, ensayo XLII, pág. 155.

San Pablo á San Pedro, decía: «Numquid unumquemque vestrum hoc conturbat, dum audit Petro restitisse Paulum. Columnas scilicet Ecclesiae inter se collidi, atque in se invicem incurere? Siquidem verae columnae sunt isti qui fidei tectum sustinent, et gestant.»

Una locucion, compuesta de varias metáforas, se llama alegoría. Es bella sin duda y puede servir de modelo la que hace Bossuet, presentando la vida del hombre como un viaje: admirable y soberbia la llama Maury; estamos de acuerdo; pero no lo estamos con la exageracion de que sólo Bossuet era capaz de inventarla, explicarla en presencia de una corte, y sobre todo de sostenerla desde el principio hasta el fin con admirable fuerza de imaginacion (1). Dejando aparte á Lactancio y San Juan Crisóstomo, que usaron ya la misma alegoría, en dos pasajes la presenta bajo distintas y bellísimas formas San Basilio, de quien indudablemente la tomó Bossuet, puesto que, no sólo imitó la idea, sino que copió literalmente algunas de sus expresiones. También San Ambrosio, al emplearla, imitó á San Basilio, si no nos equivocamos.

Un literato francés (2) elogia mucho la siguiente alegoría, que atribuye á Flequier, hablando de Turena: «Sus virtudes le adornaron con aquella flor que esparce un olor más agradable que los perfumes sobre una hermosa vida.» Sea el que quiera el mérito de esta figura, es preciso confesar que la idea no es nueva, pues la encontramos en los Libros Santos, y la explicaron muchos Santos Padres, entre los cuales recordamos ahora al Crisóstomo, San Gregorio M. y San Bernardo.

LECCION XXV.

De las figuras de pasión.

Reciben este nombre ciertas locuciones en que naturalmente prorrumpe el orador enseñoreado de vivos afectos; las principales son: exclamacion, apóstrofe, obsecracion, prosopopeya, optacion, imprecacion y conminacion.

(1) Bossuet, sermón para el día de Pascua, tomo VIII, pág. 236.—Maury, ensayo XVIII, pág. 32.

(2) M. Lafont: *Elementos de literatura*, pág. 36.—Tolosa de Francia, 1838.

cido pomposos elogios á los oradores modernos que las usaron, pero cuya invencion es debida á los Santos Padres.

Massillon, en su sermón sobre la mezcla de los buenos y de los malos: «El justo puede condenar confiadamente en los demás lo que él se prohíbe á sí mismo; sus instrucciones no se avergüenzan de su conducta.» Maury dice que esta atrevida metáfora hubiera admirado á Racine, sin ofender quizá su delicado gusto (1); ignoraba sin duda el crítico francés que Tertuliano había dicho muchos siglos antes: «Ne dicta factis deficientibus erubescant;» y que San Jerónimo escribía á Nepociano: «Non confundant opera tua sermonem tuum.» Siendo de notar que estos Padres se proponían expresar la misma idea que Massillon.

Flequier, hablando de Judas Macabeo: «murió sepultado en su propia gloria.» Batteux elogia mucho esta frase; el P. Houdry dice que Flequier la tomó de Lingendes; Maury observa que este último la había copiado de Mascaron: y pudiera haber añadido que Boismont se sirvió de ella, sin citar tampoco á nadie; sólo Villemain, que sabemos, ha notado que San Ambrosio, hablando de la muerte de Eleázaro, había dicho: «Cujus (elephanti) ruina inclusus magis quam oppressus, suo est sepultus triumpho (2).»

Compara Bossuet á Enriqueta de Inglaterra con una columna maciza, que permanece inmóvil cuando cae sobre ella el edificio que la misma sostenía. «Yo no he visto, dice Maury, comparacion más magnífica, ni en Homero (3).» Sea; pero la idea está en dos metáforas que leemos en los Santos Padres. San Jerónimo, copiando á Virgilio, escribía á Heliodoro: «Dicant si volunt, et grammatici in te omnis domus inclinata recumbit.» San Juan Crisóstomo, predicando sobre la reprension dirigida por

(1) Massillon, sermón XX para el miércoles de la tercera semana de Cuaresma.—Migne, tom. XLII, pág. 728.—Maury, ensayo XLI, página 154.

(2) Flequier, oración fúnebre de Turena, colección de clásicos franceses, pág. 38.—Batteux, tratado IX, sec. IV, cap. III, tom. VII, pág. 42.—Houdry, Lingendes, Mascaron y Maury, que cita á los anteriores en sus ensayos, nota XII, pág. 561.—Boismont, sermón de la caridad, Migne, tom. LXV, pág. 747.—Villemain: *Oraciones fúnebres selectas*.

(3) *Oración fúnebre de la reina de Inglaterra*, ed. de París 1823, pág. 43.—Maury, ensayo XLII, pág. 155.

San Pablo á San Pedro, decía: «Numquid unumquemque vestrum hoc conturbat, dum audit Petro restitisse Paulum. Columnas scilicet Ecclesiae inter se collidi, atque in se invicem incurere? Siquidem verae columnae sunt isti qui fidei tectum sustinent, et gestant.»

Una locucion, compuesta de varias metáforas, se llama alegoría. Es bella sin duda y puede servir de modelo la que hace Bossuet, presentando la vida del hombre como un viaje: admirable y soberbia la llama Maury; estamos de acuerdo; pero no lo estamos con la exageracion de que sólo Bossuet era capaz de inventarla, explicarla en presencia de una corte, y sobre todo de sostenerla desde el principio hasta el fin con admirable fuerza de imaginacion (1). Dejando aparte á Lactancio y San Juan Crisóstomo, que usaron ya la misma alegoría, en dos pasajes la presenta bajo distintas y bellísimas formas San Basilio, de quien indudablemente la tomó Bossuet, puesto que, no sólo imitó la idea, sino que copió literalmente algunas de sus expresiones. También San Ambrosio, al emplearla, imitó á San Basilio, si no nos equivocamos.

Un literato francés (2) elogia mucho la siguiente alegoría, que atribuye á Flequier, hablando de Turena: «Sus virtudes le adornaron con aquella flor que esparce un olor más agradable que los perfumes sobre una hermosa vida.» Sea el que quiera el mérito de esta figura, es preciso confesar que la idea no es nueva, pues la encontramos en los Libros Santos, y la explicaron muchos Santos Padres, entre los cuales recordamos ahora al Crisóstomo, San Gregorio M. y San Bernardo.

LECCION XXV.

De las figuras de pasión.

Reciben este nombre ciertas locuciones en que naturalmente prorrumpe el orador enseñoreado de vivos afectos; las principales son: exclamacion, apóstrofe, obsecracion, prosopopeya, optacion, imprecacion y conminacion.

(1) Bossuet, sermón para el día de Pascua, tomo VIII, pág. 236.—Maury, ensayo XVIII, pág. 32.

(2) M. Lafont: *Elementos de literatura*, pág. 36.—Tolosa de Francia, 1838.

La exclamación es el grito de las pasiones, la vehemente expresión de los afectos del corazón: suele ir acompañada de interjecciones, que, á juicio de San Agustín, son ciertas palabras que de ningún idioma pueden ser traducidas á otro, porque no expresan idea alguna, sino tan sólo el movimiento del ánimo: «Magis affectum indicans, quam rem aliquam significans... velut cum dolentes dicimus, heu! Vel cum delectamur, vah...!» etc.

Cuando el orador parece que abandona á su auditorio y se convierte á otro objeto presente ó ausente, comete la figura llamada apóstrofe. El Nazianceno, en un discurso elocuentísimo, logró, como se proponía, hacer para siempre memorable la ignominia de Juliano: «Quasi in columna insculptam ipsius ignominiam posteris relinquemus.» Apostrofa al tirano, á Constancio (I), á las leyes, á los legisladores y á otras personas y objetos que naturalmente se ofrecían al espíritu exaltado del grande orador, ocupado en pintar con valor y maestría los sucesos de una época reciente é infausta para la Religión. San Agustín y San Juan Crisóstomo acostumbraban dirigirse al Señor ó á sus Santos con éstos ó parecidos apóstrofes: «Quid hoc, bone Domine! etc. O Domine, quomodo consolaris, quomodo confortas, quomodo terres? etc. Responde, Apostole: responde, obsecro te... o apostole...!» etc.

Si el orador atribuye á objetos inanimados ó incorpóreos, ó abstractos, calidades ó acciones propias de seres animados, y en especial del hombre, comete la figura que se llama prosopopeya ó personificación: ésta tiene tres grados, que son el atribuir á dichos objetos propiedades de seres animados, el presentarlos en acción, y el suponerlos capaces de oírlos ó introducirlos en la oración hablando.

La prosopopeya en este último grado es la más sublime, atrevida y pomposa de todas las figuras: supone en el orador grande entusiasmo y muy apasionada moción. Los Libros Santos abundan en sublimes é incomparables personificaciones. San Agustín y el Crisóstomo, exponiendo algunas de ellas, han explicado la naturaleza de

(1) Los elogios que en esta oración se hacen de Constancio son inmerecidos. En esta época el Santo Doctor no había formado aún el juicio exacto que formó más adelante, del veleidoso Emperador que durante su vida favoreció alguna vez y persiguió más á menudo á los católicos, y cuya penitencia á la hora de la muerte es muy dudosa.

esta locución, su objeto y cuál debe ser el estado del ánimo del orador que se sirve de ella.

San Agustín usa de esta forma en un sermón para describir la lucha interior de un pecador combatido á la vez por dos pasiones exigentes, la lujuria y la avaricia: pero la personificación más noble, más rica en el fondo y más delicada en sus formas de cuantas hemos leído, es la de aquel pasaje en que el Santo Doctor, recordando los dolores de su conversión, personifica las pasiones y la virtud santa de la continencia, hablando á su atribulado y vacilante corazón.

Esta figura requiere mucha destreza y buen juicio en el que la maneja; no es raro ver elogiadas algunas personificaciones que, bien examinadas, dejan mucho que desear, porque tienen más brillo que solidez. Flechier, en el exordio de la oración fúnebre de M. de Montausier, protestando que no quiere exagerar las virtudes de su héroe, dice: «Ese sepulcro se abriría, esos huesos se unirían y reanimarían para decirme: ¿por qué vienes tú á mentir por mí, que jamás mentí por nadie?» En la colección de clásicos franceses dirigida por el académico Auger, se afirma que esta prosopopeya «es una de las más magníficas que conoce la elocuencia (1).» No hay duda que es muy brillante; pero eso de unirse los huesos y reanimarse para desmentir al orador, nos parece de mal efecto; más naturalidad, si bien menos brillo, encontramos en aquel pasaje en que San Jerónimo, después de hablar de la modestia en vestir que distinguió la vida de Blesilla, al referir sus funerales y notar el paño de oro que cubría su féretro, introduce á la misma Blesilla protestando contra aquel lujo funerario: «Videbatur mihi tunc clamare de celo: non agnoscio vestes: amictus iste non meus; hic ornatus alienus est.»

Ménos apasionado supone el ánimo del orador la figura que se llama optación: es la expresión del vehemente deseo de alguna cosa: merece estudiarse un largo y elocuente pasaje del Crisóstomo, en que, al paso que hace un cumplido elogio del Apóstol, repite muchas veces, y siempre con novedad, esta figura; el trozo á que aludimos comienza: «Quis mihi nunc dederit ut corpus Pauli circumplectar, et sepulcro hæream, ut pulverem videam...!» etc.

(1) Colección de clásicos, etc., pág. 285.

Quando lo que se desea es un mal para sí mismo ó para los oyentes, hay lo que se llama imprecacion, y conminacion cuando se amenaza con males graves y terribles castigos.

No nos detendremos á explicar el verdadero sentido de las tremendas conminaciones y vigorosas imprecaciones que usaron los escritores sagrados, porque estas explicaciones corresponden á la sagrada Teología; el orador que lea los sermones de San Agustin sobre los Salmos, adquirirá la verdadera doctrina sobre el particular.

Lo que debe tener muy presente el orador es que la conminacion y la imprecacion, armas poderosas para despertar de su letargo al pecador, debe manejarlas con mucha prudencia, no sea que un celo indiscreto desespere al pecador endurecido, en vez de salvarle; el corazon de éste balancea entre el temor y la esperanza; al uno y á la otra debe atender el predicador del Evangelio, cuyo móvil constante debe ser la caridad.

Sabido es con cuánta vehemencia solia predicar de la muerte, y más aún del juicio final, el Padre San Efren, llamado por antonomasia EL PREDICADOR DEL JUICIO: pintábase con tal viveza, que, como dice San Gregorio Niseno, «aliud nihil videatur deesse, nisi ut res ipsa agatur ac coram fiat.» Sin embargo, el sublime misionero de la Siria templaba sus aterradoras conminaciones con las tiernas y consoladoras ideas de la misericordia divina. En uno de aquellos terríficos diálogos en que, apremiado por las preguntas de su auditorio, respondia con las lágrimas, en el que lleva por título DE ABRENTIATIONE IN SACRO BAPTISMATE FACTA, concluye comentando el «Venite ad me omnes qui laboratis,» y otros parecidos lugares, con cuyos comentarios derrama en el corazon de su amedrentado auditorio las dulzuras inefables de la esperanza cristiana.

Prediquemos, decia San Agustin, las austeras y sabdables verdades de la Religion, sin que nos detenga el temor de desagradar á nuestros oyentes, como la madre más amante aplica á su hijo enfermo, aunque éste lo repugne, cáusticos dolorosos: apliquemos el hierro, aunque la mano del enfermo rechace la del médico que quiere amputar el miembro podrido; pero hagámoslo con mucha cautela, no sea que al curar llagas envejecidas muera el paciente en nuestras manos: «Ne inter manus medici deficiat qui curatur.» Jamás hemos de increpar al pecador

sin asegurarnos ántes, examinando nuestra conciencia, de que es el amor lo que nos dirige: «Dilectione nos facere.»

Estas caritativas precauciones son mucho más necesarias cuando nos dirigimos á los que han abandonado á la Iglesia y naufragado en la fé. Los Santos Padres, y en especial San Agustin y San Juan Crisóstomo, que son indudablemente los mejores y más grandes apologistas de la Religion, los primeros y más profundos controversistas del Cristianismo, nos han enseñado con sus lecciones y sus ejemplos el modo de conciliar los sagrados derechos de la verdad con la caridad debida á los que yerran: estudien los jóvenes tan admirables modelos, y estamos seguros que jamás caerán en la tentacion de entregarse á esas vagas y acres declamaciones que, sin decir nada al espíritu de los incrédulos, sirven sólo para herir sus corazones, para irritarlos y hacerlos quizá más obstinados. San Juan Crisóstomo, recomendando que las verdades austeras de la Religion se prediquen con mucha piedad, «cum pietate multa,» y absteniéndose de palabras contumeliosas, dice: «Qui contumelia afficitur, audacior evadit, et contumeliosum magis contemnit.» San Agustin, centinela avanzado del Catolicismo, en constante lucha con los turbulentos herejes de su tiempo, defendió siempre la verdad con valor y con caridad: hablando en uno de sus sermones de los que se apartaban de la Iglesia católica, decia: «Et videmus, et toleramus, et quantum possumus reprimere conamur, disputando, convincendo, conviniendo, terrendo, tamen in omnibus diligendo.» «Ama al hombre, mata al error,» era la máxima de este gran Doctor, como la del Crisóstomo «non hæreticum, sed hæresim: non hominem aversor, sed errorem odio prosequor.»

Quando el orador ha conmovido con las figuras que acabamos de explicar las conciencias de los oyentes, vienen muy al caso los dulces acentos de la caridad; que pide el fruto de sus discursos á Dios, á sus Santos ó á los mismos oyentes; entonces se comete una figura que se llama obsecracion. ¡Cuán tiernas é interesantes son las deprecaciones con que daba expansion á su corazon amoroso el Apóstol de las gentes! ¡Cómo se revelaba el bello corazon de San Agustin en sus amorosas obsecraciones!

No era esta figura la única de que se servian los San-

tos Padres para interesar el corazón de sus oyentes y para templar la acritud de sus reprensiones; la caridad les inspiraba mil formas diversas. El Crisóstomo, después de reprender duramente á los que concurrían á los juegos del circo, les decía: «Asperiore fortasse reprehensione usi sumus: si spectetur quidem paternus hic amor noster asperiore; si autem gravitas delicti spectetur ne quidem satis digna.» Habiendo sabido que su doctrina sobre la comunión sacrilega había escandecido á sus oyentes, les decía: «Mis palabras, ántes de llegar á vuestro corazón, han herido ya el mio.» Un movimiento parecido á éste valió grandes elogios á Bossuet (1); mas en otro lugar transcribiremos algunos pasajes del Crisóstomo y San Agustín, para que los jóvenes vean que el orador francés nada dijo de nuevo en el fondo, ni tal vez en la forma.

No cabe aquí ni aún indicar las exquisitas precauciones que la caridad sugirió á los Santos Padres, atentos al provecho espiritual de sus oyentes y al remedio de sus necesidades, que les eran tan conocidas, como á un padre solícito las de su familia; pero no renunciarnos á poner más adelante algunos ejemplos.

Recordemos siquiera un movimiento oratorio que manifiesta cómo la caridad concilia el rigor con la dulzura, abre nuevos caminos al celo del orador y hasta le inspira métodos que parecerían improcedentes al comun de los oradores. Eutropio, favorito orgulloso y desvanecido, había menospreciado, en el apogeo de su fortuna, los saludables consejos de su Obispo y Patriarca San Juan Crisóstomo; en los últimos días de su favor despojó á las iglesias de la inmunidad del asilo. Gainas pidió el destierro del ministro, el pueblo se amotinó contra él, y abandonado y aún perseguido por el Emperador, se refugió á la iglesia, abrogando con esto la reciente ley del depojo que él mismo había causado: «Et suomet facto legem suam primus abrogavit.» Recibióle el Santo Patriarca con caridad entrañable, y valerosamente le protegió contra los ataques del pueblo y de las tropas imperiales que querían extraerle del lugar sagrado. Al día siguiente hubo en la iglesia un concurso extraordinario;

(1) *Tratado de la predicacion*, por un superior de Seminario; lib. II, parte segunda, art. 1.º, pár. 2.º, pág. 453.—El pasaje de Bossuet está en el exordio del sermón para el día de Pascua.

abrió sus labios el caritativo y elocuente Patriarca, y dando á su discurso un giro contrario al que probablemente le hubiera dado un orador ménos discreto, se abstuvo de increpar al pueblo por sus desórdenes y deseos de venganza: acusó, por el contrario, y acriminó la conducta del favorito caído con recuerdos para él tan amargos y con invectivas tan vehementes, que el lector poco perito, al terminar la primera parte de este discurso, se sentirá inclinado á lamentar que el Santo se permitiera un lenguaje tan sarcástico y humillante; esta preocupacion impedirá conocer la justicia de las acusaciones, y el mérito de las oportunas y delicadas salvedades que de vez en cuando hace el orador: mas el hombre de recto juicio que lea íntegro el discurso, y trasladándose al lugar donde se pronunció recuerde las circunstancias de aquel momento, admirará la inimitable destreza del Crisóstomo, quien en la segunda parte alcanzó un triunfo completo de los enemigos de Eutropio, excitando en sus corazones sentimientos de piedad y conmiseracion, arrancando de sus ojos abundantes lágrimas y cambiando el odio en amor é interés hácia el objeto de su encarnizada persecucion. Sólo el genio inspirado por la caridad cristiana pudo producir un discurso, bastante por sí solo para merecer al Crisóstomo el renombre de grande orador.

Al usar de la obsecracion y otras formas parecidas ha de procurar el orador hacerlo de manera que, acomodándose á su auditorio, no deprima la alteza y dignidad de su ministerio; su elocuencia debe ser noble y familiar, como lo era la de los Santos Padres: ellos hablaban á sus fieles como un padre habla á sus hijos; desde el púlpito les daban cuenta á las veces de sus ocupaciones y cansancio, de sus enfermedades y tristezas, y de sus viajes: después de sus ausencias les manifestaban la pena que habían sentido de no poderles predicar, y alguna vez les referían en qué se habían ocupado y les pedían razon de la conducta que ellos habían observado por su parte: vindicábanse también á menudo de las críticas y acusaciones que contra ellos levantaban los pecadores ó los herejes.

No citamos estas particularidades para que los jóvenes las imiten, porque es harto difícil y arriesgado; nuestro objeto es convencerles de que la caridad es el mejor maestro de la predicacion, y esta virtud fué la que enseñó á los Santos Padres el gran secreto de hablar de sí

mismos sin faltar jamás á la delicada modestia, ni á la elevada dignidad de su ministerio, ni á las necesidades de sus oyentes. San Agustín, instruyendo al predicador Deo gracias, le declara los diversos movimientos que, según la variedad de los oyentes, imprimía en su corazón la caridad, y describe los oficios de esta virtud de una manera tan bella, que preferimos no traducir sus palabras, por no privarlas de su amor: «De me ipso testis sum, aliter atque aliter me moveri cum ante me catechizandum video eruditum, inertem, civem, peregrinum, divitem, pauperem, privatum, honoratum, in potestate aliqua constitutum, illius aut illius gentis hominem, illius aut illius ætatis aut sexus, ex illa aut illa secta, ex illo aut illo vulgari errore venientem: ac pro diversitate motus mei sermo ipse et procedit, et progreditur, et finitur. Et quia cum eadem omnibus debeatur charitas, non eadem est omnibus adhibenda medicina: ipsa item charitas alios parturit, cum aliis infirmatur; alios curat ædificare, alios contremiscit offendere; ad alios se inclinatur, ad alios se erigit; aliis blanda, aliis severa, nulli inimica, omnibus mater.»

LECCION XXVI.

Del buen uso del lenguaje figurado.

La lectura del comentario que hizo San Efrén del CANTEMUS DOMINO de Moisés nos ha sugerido la idea de copiar aquel divino cántico, cuya poesía y sublime elocuencia ha excitado la admiración de célebres literatos, entre ellos de Hersan y Rollin (1); con esto presentaremos en un solo cuadro la mayor parte de las figuras de que hemos hablado en la lección XIX y en las cuatro últimas, y sobre todo tendremos ocasión de ofrecer á nuestros jóvenes una lección práctica sobre el uso que deben hacer del lenguaje figurado.

Capítulo XV del Éxodo.

X. 1. Tunc cecinit Moyses et filii Israel carmen hoc Domino, et dixerunt: Cantemus Domino: gloriosè

(1) Lib. iv, cap. iii, pár. ix, tomo II, pág. 599.

enim magnificatus est, equum et ascensorem deiecit in mare.

EXCLAMACION.—SINÉCDOQUE.

2. Fortitudo mea, et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem: iste Deus meus, et glorificabo eum: Deus patris mei, et exaltabo eum.

METÁFORA.—METONIMIA.—ENÁLAFE.—IRONÍA hácia los que despreciaban al Dios de Israel.

3. Dominus quasi vir pugnator (1), omnipotens nomen ejus.

COMPARACION.—METÁFORA.

4. Currus Pharaonis et exercitum ejus projecit in mare: electi principes ejus submersi sunt in mari rubro.

5. Abyssi operuerunt eos, descenderunt in profundum quasi lapis.

ENUMERACION.—DESCRIPCION.—GRADACION.—COMPARACION.

6. Dextera tua Domine magnificata est in fortitudine: dextera tua, Domine, percussit inimicum.

APÓSTROFE.—METÁFORA.—METONIMIA.—REPETICION.

7. Et in multitudine gloriæ tuæ deposuisti adversarios tuos: misisti iram tuam, quæ devoravit eos sicut stipulam.

PERSONIFICACION Ó PROSOPOPEYA.—COMPARACION.

8. Et in spiritu furoris tui congregatæ sunt aquæ: stetit unda fluens, congregatæ sunt abyssi in medio mari.

PERSONIFICACION.—GRADACION.—DESCRIPCION.

9. Dixit inimicus: Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea: evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea.

DESCRIPCION CARACTERÍSTICA.—GRADACION.—DISYUNCION.

10. Flavuit spiritus tuus, et operuit eos mare: submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.

METÁFORA.—APÓSTROFE.—COMPARACION.

11. Quis similis tui in fortibus Domine? Quis si-

(1) ¿Quién no recuerda la magnífica metáfora «Dominus potens in prælio!» (Salm. xxiii. 8.)

mismos sin faltar jamás á la delicada modestia, ni á la elevada dignidad de su ministerio, ni á las necesidades de sus oyentes. San Agustín, instruyendo al predicador Deo gracias, le declara los diversos movimientos que, según la variedad de los oyentes, imprimía en su corazón la caridad, y describe los oficios de esta virtud de una manera tan bella, que preferimos no traducir sus palabras, por no privarlas de su amor: «De me ipso testis sum, aliter atque aliter me moveri cum ante me catechizandum video eruditum, inertem, civem, peregrinum, divitem, pauperem, privatum, honoratum, in potestate aliqua constitutum, illius aut illius gentis hominem, illius aut illius ætatis aut sexus, ex illa aut illa secta, ex illo aut illo vulgari errore venientem: ac pro diversitate motus mei sermo ipse et procedit, et progreditur, et finitur. Et quia cum eadem omnibus debeatur charitas, non eadem est omnibus adhibenda medicina: ipsa item charitas alios parturit, cum aliis infirmatur; alios curat ædificare, alios contremiscit offendere; ad alios se inclinatur, ad alios se erigit; aliis blanda, aliis severa, nulli inimica, omnibus mater.»

LECCION XXVI.

Del buen uso del lenguaje figurado.

La lectura del comentario que hizo San Efrén del CANTEMUS DOMINO de Moisés nos ha sugerido la idea de copiar aquel divino cántico, cuya poesía y sublime elocuencia ha excitado la admiración de célebres literatos, entre ellos de Hersan y Rollin (1); con esto presentaremos en un solo cuadro la mayor parte de las figuras de que hemos hablado en la lección XIX y en las cuatro últimas, y sobre todo tendremos ocasión de ofrecer á nuestros jóvenes una lección práctica sobre el uso que deben hacer del lenguaje figurado.

Capítulo XV del Éxodo.

X. 1. Tunc cecinit Moyses et filii Israel carmen hoc Domino, et dixerunt: Cantemus Domino: gloriosè

(1) Lib. iv, cap. iii, pár. ix, tomo II, pág. 599.

enim magnificatus est, equum et ascensorem deiecit in mare.

EXCLAMACION.—SINÉCDOQUE.

2. Fortitudo mea, et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem: iste Deus meus, et glorificabo eum: Deus patris mei, et exaltabo eum.

METÁFORA.—METONIMIA.—ENÁLAFE.—IRONÍA hácia los que despreciaban al Dios de Israel.

3. Dominus quasi vir pugnator (1), omnipotens nomen ejus.

COMPARACION.—METÁFORA.

4. Currus Pharaonis et exercitum ejus projecit in mare: electi principes ejus submersi sunt in mari rubro.

5. Abyssi operuerunt eos, descenderunt in profundum quasi lapis.

ENUMERACION.—DESCRIPCION.—GRADACION.—COMPARACION.

6. Dexteræ tuæ Domine magnificata est in fortitudine: dexteræ tuæ, Domine, percussit inimicum.

APÓSTROFE.—METÁFORA.—METONIMIA.—REPETICION.

7. Et in multitudine gloriæ tuæ deposuisti adversarios tuos: misisti iram tuam, quæ devoravit eos sicut stipulam.

PERSONIFICACION Ó PROSOPOPEYA.—COMPARACION.

8. Et in spiritu furoris tui congregatæ sunt aquæ: stetit unda fluens, congregatæ sunt abyssi in medio mari.

PERSONIFICACION.—GRADACION.—DESCRIPCION.

9. Dixit inimicus: Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea: evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea.

DESCRIPCION CARACTERÍSTICA.—GRADACION.—DISYUNCION.

10. Flavuit spiritus tuus, et operuit eos mare: submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.

METÁFORA.—APÓSTROFE.—COMPARACION.

11. Quis similis tui in fortibus Domine? Quis si-

(1) ¿Quién no recuerda la magnífica metáfora «Dominus potens in prælio!» (Salm. xxiii. 8.)

milis tui, magnificus in sanctitate, terribilis atque laudabilis, faciens mirabilia?

APÓSTROFE. — ADMIRACION. — REPETICION. — DESCRIPCION.

12. Extendisti manum tuam, et devoravit eos terra.

APÓSTROFE. — METÁFORA. — PROSOPEYA.

13. Dux fuisti in misericordia tua populo quem redemisti, et portasti eum in fortitudine tua ad habitaculum sanctum tuum.

APÓSTROFE. — ENÁLAGE. — METÁFORA.

14. Ascenderunt populi, et irati sunt: dolores obtinuerunt habitatores Philistiim.

15. Tunc conturbati sunt principes Edom, robustos Moab obtinuit tremor: obriguerunt omnes habitatores Chanaan.

DESCRIPCION. — ENUMERACION. — GRADACION.

16. Irruat super eos formido et pavor, in magnitudine brachii tui: fiant immobiles quasi lapis, donec pertranseat populus tuus Domine, donec pertranseat populus tuus iste, quem possedisti.

APÓSTROFE. — IMPRECACION. — COMPARACION. — REPETICION. — METÁFORA.

17. Introduces eos, et plantavis in monte hereditatis tuæ, firmissimo habitaculo tuo quod operatus es Domine: sanctuarium tuum Domine, quod firmaverunt manus tuæ.

APÓSTROFE. — METÁFORA.

18. Dominus regnavit in æternum et ultra.

19. Ingressus est enim eques Pharaon cum curribus et equitibus ejus in mare: et reduxit super eos Dominus aquas maris: filii autem Israel ambulaverunt per siccum in medio ejus.

Recapitulacion (1).

No es nuestro objeto hacer un estudio de un pasaje cuya sublimidad no necesita explicaciones: por sí sola impresiona al lector; y para quien con la simple lectura no sintiera y gustara tanta belleza, sería inútil toda explicacion, como de un pasaje del profeta Amós ha dicho

(1) No cabe en nuestro plan ocuparnos en el estilo figurado de los Libros sagrados: Bossuet ha escrito del de los Salmos pocas, pero preciosas páginas. *Dissertatio de Psalmis*, cap. II, de grandiloquentia et suavitate Psalmorum. — *Obras de Bossuet*, París, 1748, tom. I, página XXIII.

San Agustin: «Quam sit... pulcher, et quemadmodum afficiat legentes atque intelligentes, non opus est cuiquam dici, si ipse non sentit.»

¡Cuántas veces hemos recitado este cántico entusiasmados, sin reparar en las figuras, sin advertir siquiera el estilo figurado! ¡Ah! Cuando Moisés le entonó y María le cantó, y el pueblo en coros le repitió al son de instrumentos músicos, haciendo resonar la tierra con los acentos del más vivo entusiasmo, seguro que no se ocupaban en rebuscar palabras estudiadas aquellos espíritus dominados, arrebatados de ideas tan sublimes, de afectos tan vehementes!

Eatendedlo bien, jóvenes estudiosos; el lenguaje figurado debe ser la expresion natural de un ánimo conmovido: el arte, alguna vez necesario, se ha de ocultar y desaparecer por entero, dice San Jerónimo; las palabras no se han de buscar; ellas se ofrecerán espontáneamente: «Sponte subjuncta videantur.» La expresion elocuente, sin llamarla, seguirá á los pensamientos del orador: «Tamquam inseparabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam.» (San Agustin.)

El santo entusiasmo que agitaba el espíritu profético de Moisés, exigía un lenguaje completamente figurado, como el del cántico en que nos ocupamos: sin embargo, hay en él grande sobriedad de figuras, pues cada palabra encierra varias y sublimes ideas, revela muchos y vivos afectos: pensamientos y afectos que cualquiera otro hubiera necesitado para expresarlos mayor número de palabras y figuras: oportunamente podemos repetir la pregunta de San Agustin, relativa á otro pasaje: «Quid... est quod isto eloquio aures sobriæ plus desiderant?»

No pretendemos que los jóvenes aspiren á dar trabajos comparables con el cántico del legislador de Israel; hombre inspirado por Dios, fué sublime en el más alto grado; y si la elocuencia, á juicio de San Agustin, está en los escritos de los hombres de genio, ¿cuál no debe ser la elocuencia de los enviados por el Creador de los ingenios? «Quos ille misit qui facit ingenia?» Pero lo que sí deseamos, y esto es muy hacedero, es que los jóvenes aprendan en este modelo á huir de un estilo afectado y sobrecargado de figuras estudiadas.

Los Santos Padres han condenado severamente el estilo hinchado y altisonante: San Jerónimo refiere una

anécdota de su maestro el grande Nazianceno; la copiamos en otra parte como crítica de los oradores de mal gusto y de los oyentes que aplauden lo que no entienden, si se les dice con estilo pomposo y rimbombante.

San Jerónimo, escribiendo á Nepociano en edad avanzada, «jam cano capite et arata rugis fronte,» se critica á sí propio, recordando que en su juventud habia escrito á Heliodoro una carta en estilo pueril: «pro ætate tunc lusimus;» mas ahora no esperes ya de mí aquellas flores, agudezas y pueriles declamaciones, «ne à me quæras pueriles declamationes, sententiarum flosculos, verborum lenocinia;» prepárate á oír, como lo aconseja San Cipriano, «non disserta, sed fortia.» Lo demás, dice el Crisóstomo, es propio de sofistas ó de niños ignorantes; «nam in prædicatione nimia verborum curiositas superflua esset, et sophisticis digna; imo non solum sophisticis, sed pueris insipientibus.» La predicacion no necesita un lenguaje fastuoso, sino el espíritu y la fuerza de las Sagradas Escrituras: «Non ergo verborum fastu opus est, sed mente et Scripturarum peritia, sensuumque vi.» San Agustin ha encerrado esta doctrina en una de las bellas comparaciones que le eran tan usuales: «El adorno, dice, es para un discurso lo que el condimento para la comida: usado con moderacion, agrada, y con exceso, disgusta.» El Santo Doctor no reparó en criticar cierto lujo de adorno que le pareció encontrar en un pasaje de la carta dirigida á Donato por San Cipriano, cuya elocuencia, por lo demás, elogia el mismo San Agustin, como no podia ménos de hacerlo.

Los principios capitales que respecto al estilo hemos consignado en ésta y en las cuatro últimas lecciones, los encontramos resumidos en la carta que el Nazianceno escribió á Nicóbulo, que le habia consultado sobre el estilo epistolar. «La primera dote del estilo, le dice, es la claridad: el lenguaje debe ser inteligible para los ignorantes, y grato por su nobleza á los sábios: evítense toda oscuridad, porque es muy desagradable descifrar logogrifos ó hacer comentarios para entender un escrito. La segunda dote es el adorno: nada de aridez ó desaliño; fuera dichos agudos ó chistosos; lo primero hace el discurso tosco, y lo segundo vano é insípido: «illud enim agreste et rusticanum; hoc inexplabile.» El verdadero adorno resulta de las sentencias graves, de los dichos notables y de las figuras, si bien éstas deben ser pocas, oportunas y

jamás exageradas; «per paucas et non inverecundas.» No hay claridad ni adorno sin naturalidad. Las aves se disputaban la primacía, exagerando cada una su propia hermosura, y resultó que el águila, ignorando que fuese hermosa, era naturalmente la más bella de todas: «Aquilæ pulcherrimum fuisse, quod non putaretur esse pulchra.» Estas reglas te bastan, concluye el Santo; lo demás lo adquirirás con el ejercicio y estudio de oradores esclarecidos: «Cætera ipse tuo tibi studio comparabis, cum docilitate valeas; et qui in his clari sunt et celebres te docebunt.»

LECCION XXVII.

De los tres géneros de estilo: sumiso, templado y sublime.

Comenzaba San Basilio á predicar la octava de sus homilias sobre la creacion, y observó que sus oyentes le hacian señas: paróse el Santo, hasta que conoció por ellas que habia omitido hablar de las aves; y con gran facilidad y una transicion muy delicada, cambió el giro del discurso y suplió su omision. Predicando San Ambrosio de la misma materia, quiso imitar con estudio el olvido natural de San Basilio, y dijo: «fugerat nos, fratres dilectissimi, necessaria de natura avium disputatio, et sermo hujusmodi nobis cum ipsis avibus evolavit.» Está universalmente asegurada la gloria del orador de Milan para que nada pierda si en obsequio de los jóvenes notamos lo defectuoso de esta frase, por demasiado estudiada; mas como el genio centellea, aún en sus distracciones, el Santo continúa haciendo la justa observacion de que naturalmente imitamos en la expresion las calidades de los objetos de que hablamos: «Ut cum prigris immoremur, et cum velocibus celeri rapiamur ad aspectu: stilo quoque aut tardiore utamur aut rapido.» San Gregorio Nazianceno asienta la misma doctrina y usó diferente estilo del que habia empleado en otras oraciones fúnebres, en la de su hermana Gorgonia, por respeto á sus virtudes: «Dictionis quidem venustatem et elegantiam contemnes, nam hæc quoque quam laudamus, minime compta et expolita erat atque ornatus neglectum pulchritudinem esse statuebat.»

Si el estilo ha de ser acomodado al objeto sobre que

anécdota de su maestro el grande Nazianceno; la copiamos en otra parte como crítica de los oradores de mal gusto y de los oyentes que aplauden lo que no entienden, si se les dice con estilo pomposo y rimbombante.

San Jerónimo, escribiendo á Nepociano en edad avanzada, «jam cano capite et arata rugis fronte,» se critica á sí propio, recordando que en su juventud habia escrito á Heliodoro una carta en estilo pueril: «pro ætate tunc lusimus;» mas ahora no esperes ya de mí aquellas flores, agudezas y pueriles declamaciones, «ne à me quæras pueriles declamationes, sententiarum flosculos, verborum lenocinia;» prepárate á oír, como lo aconseja San Cipriano, «non disserta, sed fortia.» Lo demás, dice el Crisóstomo, es propio de sofistas ó de niños ignorantes; «nam in prædicatione nimia verborum curiositas superflua esset, et sophisticis digna; imo non solum sophisticis, sed pueris insipientibus.» La predicacion no necesita un lenguaje fastuoso, sino el espíritu y la fuerza de las Sagradas Escrituras: «Non ergo verborum fastu opus est, sed mente et Scripturarum peritia, sensuumque vi.» San Agustin ha encerrado esta doctrina en una de las bellas comparaciones que le eran tan usuales: «El adorno, dice, es para un discurso lo que el condimento para la comida: usado con moderacion, agrada, y con exceso, disgusta.» El Santo Doctor no reparó en criticar cierto lujo de adorno que le pareció encontrar en un pasaje de la carta dirigida á Donato por San Cipriano, cuya elocuencia, por lo demás, elogia el mismo San Agustin, como no podia ménos de hacerlo.

Los principios capitales que respecto al estilo hemos consignado en ésta y en las cuatro últimas lecciones, los encontramos resumidos en la carta que el Nazianceno escribió á Nicóbulo, que le habia consultado sobre el estilo epistolar. «La primera dote del estilo, le dice, es la claridad: el lenguaje debe ser inteligible para los ignorantes, y grato por su nobleza á los sábios: evítense toda oscuridad, porque es muy desagradable descifrar logogrifos ó hacer comentarios para entender un escrito. La segunda dote es el adorno: nada de aridez ó desaliño; fuera dichos agudos ó chistosos; lo primero hace el discurso tosco, y lo segundo vano é insípido: «illud enim agreste et rusticanum; hoc inexplabile.» El verdadero adorno resulta de las sentencias graves, de los dichos notables y de las figuras, si bien éstas deben ser pocas, oportunas y

jamás exageradas; «per paucas et non inverecundas.» No hay claridad ni adorno sin naturalidad. Las aves se disputaban la primacía, exagerando cada una su propia hermosura, y resultó que el águila, ignorando que fuese hermosa, era naturalmente la más bella de todas: «Aquilæ pulcherrimum fuisse, quod non putaretur esse pulchra.» Estas reglas te bastan, concluye el Santo; lo demás lo adquirirás con el ejercicio y estudio de oradores esclarecidos: «Cætera ipse tuo tibi studio comparabis, cum docilitate valeas; et qui in his clari sunt et celebres te docebunt.»

LECCION XXVII.

De los tres géneros de estilo: sumiso, templado y sublime.

Comenzaba San Basilio á predicar la octava de sus homilias sobre la creacion, y observó que sus oyentes le hacian señas: paróse el Santo, hasta que conoció por ellas que habia omitido hablar de las aves; y con gran facilidad y una transicion muy delicada, cambió el giro del discurso y suplió su omision. Predicando San Ambrosio de la misma materia, quiso imitar con estudio el olvido natural de San Basilio, y dijo: «fugerat nos, fratres dilectissimi, necessaria de natura avium disputatio, et sermo hujusmodi nobis cum ipsis avibus evolavit.» Está universalmente asegurada la gloria del orador de Milan para que nada pierda si en obsequio de los jóvenes notamos lo defectuoso de esta frase, por demasiado estudiada; mas como el genio centellea, aún en sus distracciones, el Santo continúa haciendo la justa observacion de que naturalmente imitamos en la expresion las calidades de los objetos de que hablamos: «Ut cum prigris immoremur, et cum velocibus celeri rapiamur ad aspectu: stilo quoque aut tardiore utamur aut rapido.» San Gregorio Nazianceno asienta la misma doctrina y usó diferente estilo del que habia empleado en otras oraciones fúnebres, en la de su hermana Gorgonia, por respeto á sus virtudes: «Dictionis quidem venustatem et elegantiam contemnes, nam hæc quoque quam laudamus, minime compta et expolita erat atque ornatus neglectum pulchritudinem esse statuebat.»

Si el estilo ha de ser acomodado al objeto sobre que

versa el discurso, preciso es analizar en qué consiste la diferencia de estilos.

Desde muy antiguo han convenido los maestros en distinguir tres géneros: uno que llaman sumiso, llano, sencillo ó ténue; otro templado, medio ó florido, y el tercero sublime, magnífico, grandioso, ó vehemente. Esta clasificación, ¿es exacta? ¿Comprende todos los géneros? No: porque el estilo resulta de los pensamientos, de la forma, de su expresión y del orden de las palabras en cada cláusula y en toda la oración; y siendo cosas indefinidas los pensamientos, las formas, las expresiones y los modos de coordinarlas, es imposible reducir y encerrar sistemáticamente en determinadas clasificaciones todos los estilos; así es que se han inventado ya, y podrán inventarse epítetos sin número para distinguirlos: admitimos, pues, la clasificación de estilo sumiso, medio y sublime como convencional, no como filosófica.

Preciso es, sin embargo, reconocer que al fijarse los maestros en esta clasificación, no lo han hecho arbitrariamente, sino fundados en la observación de que estos tres géneros son los que comunmente se emplean en las oraciones llenas y perfectas; y como quiera que el estilo debe ser acomodado á la naturaleza del objeto sobre que se perora y al fin del orador, observaron que los objetos sobre que versan los discursos eran respectivamente ténues, grandes ó medios, y los fines primeros ó inmediatos del orador enseñar, agradar y mover. Por esta causa los antiguos preceptistas enseñan que el estilo sumiso corresponde á las cosas pequeñas, el templado á las medianas, y el sublime á las grandes; y que para instruir se emplee el estilo sumiso, el medio para agradar, y para vencer y triunfar el sublime.

San Agustín ha hecho en esta doctrina una rectificación importante respecto á la elocuencia sagrada: el predicador del Evangelio, dice, jamás se ocupa en cosas pequeñas: sus discursos siempre versan sobre objetos grandes, como son la gloria de Dios y la salud eterna del hombre; y aún cuando trate, por ejemplo, del modo de adquirir, conservar ó perder las riquezas en grande ó en pequeña cantidad, el objeto del orador cristiano siempre es grande, porque trata de la justicia, y la justicia siempre es grande: «*Quod ergo minimum est, minimum est; sed in minimo fidelem esse, magnum est.*»

Sin embargo, advierte que, aunque siempre son gran-

des las materias sobre que versa la predicación, no siempre deben tratarse grandiosamente; porque para enseñar se ha de hacer sumisamente, con templanza cuando se quiere agradar, y sólo para vencer se ha de hacer grandiosamente: «*Aliquando de una eademque re magna, et submisse dicitur, si docetur; et temperate, si predicatur; et granditer, si aversus inde animus ut convertatur impetitur.*» ¿Qué hay comparable con la grandeza de Dios? Y sin embargo, quien explique del modo posible la unidad de la Trinidad, debe hacerlo sumisamente: «*Debet... submissa disputatione agere.*» El que predica su grandeza debe emplear el estilo templado y adornado; y cuando trate de apartar al hombre de la vida pecaminosa para que sirva á Dios, debe usar el estilo sublime: «*Debet utique granditer dici.*»

Y á fin de evitar equivocación, téngase presente que aunque el objeto inmediato del estilo sumiso es instruir, el del templado agradar, y vencer el del sublime, en todos se ha de expresar el orador de manera que obtenga los tres resultados: «*Ut scilicet doceat, ut delectet, ut flectat; ut... intelligenter, libenter, obedienterque audiatur.*»

Las dotes del estilo sumiso son claridad, exactitud y cierta agudeza, no sutil, sino viva y nerviosa: «*acumen,*» dice San Agustín, para probar la verdad y refutar el error. Este género de elocución no excluye necesariamente el adorno; pero le admite moderado no más, y de tal índole, que le sea como natural: «*Quoddam decus non appetitum sed quoddammodo naturale.*» Hé aquí el juicio crítico que San Basilio hizo de una composición de este género, que le había remitido Diódoro, presbítero de Antioquía: «*Frequens est sententiis ac perspicue tum adversariorum objecta, tum etiam objectis responsa continet: et simplex neque laboratum dicendi genus.*»

Aquí no se toma la sencillez como una cosa baja; si el estilo sumiso tiene sus condiciones propias, su belleza es grande, porque lo es la de la verdad, y así en muchos casos, como dice San Agustín, arranca aclamaciones del auditorio: «*Unde autem crebro et multum acclamatur ita dicentibus nisi quia veritas sic demonstrata, sic defensa, sic invicta delectat?*»

Obsérvese además que el orador que usa del estilo sumiso se expresa de una manera, no sólo inteligible, sino agradable y persuasiva; y que este estilo puede sostener-

se largo tiempo, porque no produce fuertes impresiones.

El templado se aparta de la sencillez del sumiso y no se acerca á la altura del sublime; por esto, y no porque sea despreciable, se llama medio, dice San Agustin: «*Inter utrumque quasi media, et ob hoc modica, hoc est moderata dixerunt... nam modica pro parvis abusive, non propriè dicimus;*» su objeto inmediato es agradar, y es susceptible de figuras y tropos, como de todas las galas de una locucion florida. Por esta razon suele llamarse estilo florido: su fisonomía, dice San Agustin, es bella y esplendorosa: «*Facies pulchræ ac splendidæ dictionis;*» y dicho está ya que el adorno debe ser varonil: «*Illa quoque eloquentia generis temperati apud eloquentem ecclesiasticum, nec in ornata relinquitur nec indecenter ornatur.*»

Este género de locucion termina en el agrado que produce; pero el orador cristiano, segun San Agustin, no ha de limitarse á esto, sino que debe servirse del agrado para hacer amable la virtud y aborrecible el vicio: «*Ut bona morum diligantur, vel devitentur mala.*» De esta manera no sólo unirá la instruccion al agrado, sino que además persuadirá.

Los pensamientos nobles, enérgicos y vehementes, acompañados de una expresion rica con figuras atrevidas, de vivos y rápidos movimientos, constituyen el estilo sublime: no es posible describirle como lo hizo San Agustin, sino copiando sus mismas palabras: «*Grande autem dicendi genus hoc maxime distat ab isto genere temperato, quod non tam verborum ornatibus comptum est, quam violentum animi affectibus. Nam capit etiam illa ornamenta pene omnia; sed ea si non habuerit, non requirit. Fertur quippe impetu suo, et elocutionis pulchritudinem, si occurrerit, vi rerum capit, non cura decoris assumit. Satis enim est ei propter quod agitur, ut verba congruentia, non oris eligantur industria, sed pectoris sequantur ardorem.*»

El estilo sublime sirve para vencer y triunfar de la resistencia que opone el corazon de los oyentes; pero «¿quién duda, pregunta San Agustin, que para obtener este resultado es necesario hablar de una manera inteligible y agradable?» «*Quis movetur, si nescit quod dicitur? Aut quis tenetur ut audiat, si non delectatur?*»

Este género no se puede prolongar, porque ni el orador ni los oyentes pueden soportar por mucho tiem-

po sus violentas excitaciones: ya lo dijimos en la leccion XX.

Los tres géneros de elocucion, léjos de ser incompatibles, se reúnen perfectamente en un mismo discurso; en el sublime casi siempre es una necesidad el combinarlos; porque, segun San Agustin, las cosas grandiosas lo parecen mucho más al lado de las sumisas; «*ex illorum fiant comparatione grandiora, et eorum tanquam umbris luminosiora reddantur.*» En los otros dos géneros, casi nunca puede prescindirse del sumiso, porque siempre hay necesidad de instruir; y de todos modos, un discurso de un solo estilo sería monotono y fatigaria la atencion del auditorio; por el contrario, una variada oracion agrada y sostiene la atencion, aunque se prolongue: «*Etiam si longius eat, decentius procedit oratio.*» San Juan Crisóstomo indica el método y camino que han de seguirse para corregir al que se halla dominado del amor de las riquezas: la ejecucion del plan que propone el Santo Doctor empeñaria al orador á servirse sucesivamente de tres géneros de elocucion. Por lo comun en todo discurso perfecto se usan los tres géneros, aunque se califica de sumiso, templado ó sublime, segun el estilo que predomina: «*Ei tamen generi dictio tota tribuitur, cujus copia prævaluerit.*» (San Agustin.)

Antoniano, obispo de Numidia, despues de haber asegurado á San Cipriano el ánimo de permanecer en la comunión católica con el Papa Cornelio, le escribió una segunda carta en la que se mostraba vacilante en su propósito; San Cipriano, al contestarle, explica los puntos del dogma y de la disciplina relativos á las cuestiones indicadas por Antoniano, y lo hace con tanta claridad, suavidad y elegancia, que no es fácil ofrecer á los jóvenes modelo más acabado del estilo sumiso. A este género corresponden tambien las catequesis que conservamos de San Cirilo, San Juan Crisóstomo y San Agustin; de este último tenemos cuatro explicaciones de la *Oracion Dominical*, todas excelentes. En este estilo han de ejercitarse los catequistas, quienes deben estudiar con atencion el precioso tratado que para ellos compuso el mismo San Agustin.

San Ambrosio escribió contra los novacianos dos excelentes libros de la penitencia: tratábase de un punto dogmático, y el Santo Doctor enseña tranquilamente y discurre con severo raciocinio; el objeto de su trabajo

requeria un estilo sumiso, pero no pudo ménos de interesarse la caridad del Obispo, y ésta dió al discurso calor y movimiento: cooperaron la razon del Doctor y el corazon del Prelado, resultando una composicion que puede servir de modelo para el estilo templado.

Symaco, senador y prefecto de Roma, exigia que se restableciese el altar erigido á la Victoria; San Ambrosio se dirigió al emperador Valentiniano, rogándole que no accediese á una peticion tan injuriosa á la Religion verdadera. Este escrito es sumiso, reverente, razonado y sentimental; está redactado con maneras delicadas, y al mismo tiempo refleja en él la noble entereza del Obispo católico. En muchas composiciones de este Santo dominan á la vez el vigor de su espíritu y la ternura de su corazon, resultando un estilo templado, cuya lectura reproduce la imagen de aquella imponente figura que detenia en sus proyectos á los Emperadores de la tierra, y recuerda la verdad con que se ha dicho que los lábios del Santo Doctor destilaban miel dulcísima.

Muy conocida es, y digna de estudiarse como ejemplo de estilo templado, la arenga que, segun el Crisóstomo, dirigió al emperador Teodosio el venerable obispo Flaviano.

El conde Bonifacio, gobernador de Africa, honrado con la amistad de San Agustin, era hombre piadoso: pero desgraciadamente se enfrió su fervor y aún se relajaron sus costumbres: irritado por algunos desaires que recibió y por el desden con que la corte le trataba, llegó al extremo de ceder la Mauritania á los vándalos. San Agustin no olvidó á su amigo, y le escribió una carta notabilísima por la caridad que en ella resplandece, y por las delicadas precauciones de que se vale. Despues de algunas piadosas consideraciones, le recuerda la conducta cristiana que habia observado hasta la muerte de su primera mujer; los fervientes deseos que entonces le animaban de consagrarse con más esmero al servicio divino: «Nos novimus, nos testes sumus quid nobiscum apud tubanas de animo et voluntate tua fueris collocutus. Soli tecum eramus, ego et frater Alypius. Non enim existimo tantum valuisse terrenas curas, quibus impletus es, ut hoc de memoria tua penitus delere potuerint.» Habla luego de los crímenes de que la voz pública le acusaba, añadiéndole, sin embargo, que por su parte no daba entero crédito á tan siniestros rumores, y que nada deseaba tanto

como el que careciesen de fundamento; llega á su traicion, pero no le hace de ella acusacion directa, sino se limita á pintarle vivamente los males con que los bárbaros affigen y oprimen el Africa; y la grande admiracion que causa el que esto suceda, siendo gobernador el conde Bonifacio, de quien todos esperaban que habia de gobernar con justicia á los propios, y vencer valerosamente á los extraños; esta animada descripcion acaba con una delicadísima reticencia: «Et nunc quam in contrarium versa sit spes omnium vides; nec diutius hinc tecum loquendum est, quia plus ea tu potest cogitare, quam nos dicere.» Recuérdale por fin la doctrina cristiana, le da consejos de perfeccion acomodados para vencer las pasiones que le habian precipitado, y termina con un cumplimento que, aunque muy fino, no deja de ser la sincera expresion de la caridad que le dictaba: «Hæc ad te fili dilectissime, ut scriberem charitas jussit, qua te secundum Deum, non secundum hoc sæculum diligo, quia et cogitans quod scriptum est, «corrige sapientem, et amavit te; corripe stultum, et adjiciet odisse te;» non te utique stultum sed sapientem debui cogitare.»

El estilo dominante en esta carta es templado: el joven orador puede aprender en ella el arte, muy difícil en sí mismo, pero fácil á la caridad, de insinuarse en el corazon de los pecadores. San Agustin recabó el de uno de los primeros generales del imperio, arrastrado por la cólera á la más negra traicion, y la victoria del Santo fué decisiva: Bonifacio rompió su traidora alianza y tomó las armas para arrojar á los vándalos del Africa, cuyas puertas él mismo les abrió.

Sabemos por el mismo San Agustin que en dos ocasiones tuvo que desplegar todas las fuerzas de la elocuencia más vehemente: «Egi quidem granditer quantum valui.» Su triunfo fué completo en ambos casos; se abolieron los juegos sangrientos á que en ciertos dias se entregaban los habitantes de Cesarea, en Mauritania, y quedó desterrada de Hipona la corruptela de comer y beber con exceso en los dias dedicados á celebrar la memoria de algunos Santos. Por las relaciones que hace puede juzgarse que sus discursos serian modelos acabados de estilo sublime.

Supo San Juan Crisóstomo que algunos fieles de Constantinopla habian concurrido en dias de Semana Santa á los teatros y juegos públicos; atravesado de dolor su co-

razon, exhaló quejas amarguísimas y prorumpió en una homilía de ideas tan elevadas, con afectos tan vehementes y estilo tan grandioso, que, aun traducida al latin, su lectura, hablamos por experiencia, conmueve, estremece y aterra. No es posible calcular el efecto que en los animos de los oyentes producirian los rayos de aquella elocuencia, que no sabemos cómo llamarla, si no nos es permitido llamarla sobrehumana: es una de las homilias más cortas del Crisóstomo, y no es extraño; lo admirable es que, á pesar de su moderada extension, tuvieran fuerzas, el orador para pronunciarla, y los oyentes para escucharla. Pero advertimos que no deben repetir los oradores en el púlpito algunas de las ideas emitidas por aquel orador extraordinario en tiempos y circunstancias tan diferentes de los actuales. Por lo demás, no hemos visto, ni tal vez aventuramos nada afirmando que no es posible encontrar nada igual, en el género de elocuencia sublime á esta homilía, cuyo título es *ADVERSUS EOS QUI ECCLESIA RELICTA, AD CIRCENSES LUDOS*, etc.

Si no temiéramos ser prolijos, citaríamos algunos de los pasajes sublimes en que abundan los escritos de San Cipriano. Lo haremos en otro lugar; ¡ojalá que los jóvenes se familiaricen con la lectura de este gran Doctor, á quien apostrofaba en el siglo iv nuestro compatriota Prudencio en esta forma:

«Dum liber ullus erit, dum serinia Sacra Litterarum,
Te leget omnis amans Christum, tua Cypriane discet.
Spiritus ille Dei, qui fluxerat auctor in Prophetas
Fontibus eloquii te coelitus actus irrigavit (1)»

En la segunda parte de esta obra copiamos ó citamos pasajes de los Santos Padres, pertenecientes á los tres géneros de estilo. Confiamos que los jóvenes no nos acusarán de prolijos; más bien sentirán que los límites naturales de este trabajo no nos hayan permitido dar mayor extension á esta materia.

Concluimos observando que *SUBLIME* es lo superior, lo más elevado en su género: la sublimidad objetiva, permítasenos el término, está en las cosas, y la subjetiva en las ideas ó en los sentimientos; las ideas y sentimientos

(1) Hymnus XIII, passio Cypriani, martyrís.—Amsterdam, 1625, pág. 146.

sublimes pueden expresarse con lenguaje natural y sencillo: en tal caso hay sublimidad, mas no estilo sublime, el cual resulta de la grandiosidad de la expresion, como le hemos descrito ya en esta misma leccion.

«Fiat lux, et facta est lux (1):» idea sublime expresada con sencillez. «Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum. Si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo:» sentimiento sublime y expresion natural (2). El salmo cvi es sublime en las ideas, sentimientos y expresion.

Algunos críticos franceses, de los cuales sólo recordamos ahora á Villemain, aseguran que Bossuet fué más sublime que San Juan Crisóstomo: no negamos que el estilo del orador francés es algunas veces más sublime y elegante que el del Crisóstomo; y la causa se comprenderá fácilmente, si se atiende á la diferencia de épocas y circunstancias, como respecto á los Padres en general observamos en las lecciones VII, XIX y XXX. Por lo demás, nunca la lectura de los pocos discursos reputados como las obras maestras de Bossuet nos ha hecho sentir las impresiones de lo sublime, con la fuerza y vehemencia con que nos conmueven muchos discursos del Crisóstomo; y de todos modos, nos parece una exageracion decir «que si el Crisóstomo pudiera compararse con algun otro orador, sería con Bossuet, si posible fuera que éste tuviera iguales, y si no hubiera poseido aquel don de lo sublime en un grado á que rara vez llegó la elocuencia cristiana ántes que él (3).»

Si alguna de las corporaciones científicas propusiera, para los concursos que suelen promover, problemas comparativos entre los antiguos y modernos oradores cristianos, prestaria un servicio importante á la literatura en general, y á la eclesiástica en particular, y no dudamos que el resultado sería gloriosamente ventajoso para la memoria de los oradores de nuestra venerable antigüedad cristiana.

(1) Genesis, cap. i, vers. 3.

(2) Psalm. xxvi, 3 y 4.

(3) Villemain: *De la elocuencia cristiana en el siglo cuarto*.—París, 1856, pág. 180.

LECCION XXVIII.

De los ejercicios de composicion.

La idea de un arte, dice San Agustin, es más bella en la mente del artista que en sus obras, pero en éstas es donde aparece completa: «intus in animo... ars ipsa pulchrior est... sed... foris probat in opere; et hoc est perfectum.» Así, pues, para ser orador no basta conocer la teoría de la elocuencia, sino que es necesario practicarla. Los jóvenes practicarán esa teoría imitando buenos modelos, y observando en este ejercicio las reglas del arte; hé aquí lo que se llama COMPOSICION.

San Bernardo ha expuesto, como hombre experimentado, las dificultades que presenta, y la labor que exige la composicion. Agópanse á la mente como en tropel, dice, y con grande variedad, los términos, las oraciones y los pensamientos. ¡Cuánto trabajo para desechar por intempestivo mucho de lo que ocurre, y para buscar lo oportuno que, ó no viene á la mente, ó pasa fugaz! ¡Qué intension de ánimo para combinar la doctrina útil y las ideas exactas con la belleza de la expresión, de tal modo que satisfaga el criterio del buen gusto! «Quantus enim tumultus est in mente dictantium...!» etc.

Sin embargo, todas esas dificultades son vencibles, ejercitándose bajo la direccion de los maestros; y aunque éstos sabrán adoptar entre los diversos métodos aquel que más convenga á sus discípulos consultando todas las circunstancias de cada localidad, séanos permitido exponer las observaciones de nuestra experiencia, ya en la enseñanza, ya por la parte que hemos tenido en la direccion de estas escuelas eclesiásticas.

El primer trabajo es la lectura de buenos modelos; pues, como aconseja San Agustin, el joven debe ejercitarse en oír ó leer á los varones elocuentes, y con su imitacion aprovechará más que con las lecciones de los maestros de retórica: «Ad legendos vel audiendos et exercitatione imitandos eloquentes eum mitto libentius, quam magistris artis rhetoricæ vacare præcipio.» Afortunadamente son tantos, añade, los varones eclesiásticos que con elocuencia han explicado la palabra de Dios, que falta tiempo para leerlos.

A la lectura sigue la traduccion literal del pasaje que se quiere imitar; para la cual las explicaciones del profesor facilitan á los discípulos la inteligencia del texto, de cuyo sentido se apoderan al cabo.

Después de este trabajo oral viene naturalmente la version por escrito del mismo pasaje, en la cual las ideas y sentimientos del autor se han de expresar en castellano fielmente, aunque no palabra por palabra, sino con toda la libertad que permiten la riqueza y flexibilidad de nuestro idioma. Como preparacion para esa tarea recomendamos á los jóvenes la preciosa carta DE OPTIMO GENERE INTERPRETANDI, que San Jerónimo dirigió á Pamaquio, y de que en otro lugar copiaremos parte. La repetition de estos ejercicios, primero limitados á una corta composicion como un exordio ó narracion, una argumentacion oratoria ó peroracion, un pasaje patético u otro en que se usen ya vivas interrogaciones, ya enérgicas apostrofes ó la animada personificacion, y después ampliándolos á la traduccion y análisis crítico de las homilias de los Padres, darán al profesor ocasion, tanto para inculcar en el ánimo de sus discípulos los preceptos del arte, como para formarles su buen gusto, haciéndoles observar la exactitud y delicadeza con que han sido aplicados por los grandes oradores.

Para que se acostumbren á estudios críticos, quisiéramos que los jóvenes leyeran las análisis que hizo San Agustin de algunos pasajes de la Sagrada Escritura, y especialmente la que nos ha dejado de un lugar del Profeta Amós: mil veces la hemos leído, y siempre hemos experimentado un nuevo placer; tendrán tambien los jóvenes con la lectura de una página donde se nota la pericia del profesor de elocuencia de Tagaste, Cartago, Roma y Milán, y la delicadeza del gusto más exquisito; realizado todo por la dulce y penetrante uncion del alma del grande Agustin.

Quando los alumnos se hayan preparado con esos estudios analíticos, entrarán de lleno y con utilidad en el trabajo de la composicion; para ella puede señalarse un lugar de la Sagrada Escritura que haya sido expuesto y explicado por los Padres, indicándoles una ó dos homilias á lo más, para evitarles confusion, y concediéndoles el tiempo necesario para que, meditándolas, puedan hacer suya la materia: provistos de esos materiales, compondrán una oracion corta, pero llena con las cuatro par-

tes esenciales del discurso; ó si el asunto lo permite, con la narracion tambien y refutacion.

Y escrita en papel con ancha márgen para ser anotada, la someterá el alumno al exámen de su catedrático, quien notará en la márgen los defectos de composicion que en ella advierta: el autor la pronunciará de memoria en la clase, y en seguida el profesor manifestará los defectos anotados, para que todos aprendan á evitarlos en las composiciones que á su vez tengan que hacer, y el autor conserve con su trabajo las correcciones de su maestro.

Antes de dar por terminados los ejercicios de composicion, conviene ejercitar á los alumnos en lo que se llama *improvisacion*. Este trabajo se facilita mucho preparando el profesor una ó dos homilias de los Santos Padres, sobre la materia que ha de servir para el discurso del alumno, á quien se darán veinticuatro horas para disponerse, ó ménos tiempo, segun los adelantos que hiciere. El compositor se limitará á conceptuar bien su discurso, pero sin escribirle; únicamente consignará en un papel los puntos cardinales, como la idea dominante en el oxordio, la proposicion, y en su caso la division, el órden con que ha de presentar las pruebas y la idea de la peroracion: esto le bastará para asegurar su proceder y aliviar el trabajo de la meditacion. Fácil será al maestro conocer si el discípulo ha hecho su trabajo lealmente como se le habia ordenado, ó si, por el contrario, le ha escrito y aprendido de memoria. Si los alumnos desean ver esta especie de minutas, en el tomo xxviii de la *Coleccion de Oradores Sagrados*, publicada en París por el Abate Migne, hallarán várias de las que Fenelon escribió al prepararse para predicar.

La elocuencia de los Padres es el tipo que se han de proponer los jóvenes, y por lo mismo el modelo para sus composiciones ha de ser en latin, pues en este idioma se se hallan escritas las obras de los Padres del Occidente, y á él se han traducido las de los Padres griegos, cuya lengua pocos conocen bastante para ejercitarse en la composicion. Con un modelo latino, el compositor se ve obligado á usar una expresion enteramente nueva; y esto, que exige una séria reflexion sobre los pensamientos del original, le facilita hacer los suyos. Por este medio la atencion se excita, se aumentan y se rectifican las ideas, el juicio se asegura y se forma el gusto.

La imitacion consta de dos elementos, de los cuales el uno, que son los pensamientos, y en parte, sus formas, se toma del autor imitado; y el otro, que es la expresion, le ha de sacar el imitador de su propio caudal. Así, pues, los modelos en castellano no son á propósito, porque imitar no es copiar, sino componer sobre un tipo dado; y si este fuese en castellano, el alumno fácilmente haria suyos los pensamientos del modelo, pero al buscar una expresion nueva y correcta saldria mal con su intento, porque copiaria el original, ó la frase sería ménos elegante, ó la afearia con palabras de rebusco, si no es que su composicion adoleciese de todos estos defectos.

Ménos á propósito y aún más nocivo juzgamos que sería el que los modelos fuesen en francés; ya porque esto supone que el alumno sabe ó ha de aprender el idioma, ya porque es necesario pensar sériamente en preservar á la juventud del contagio *galiparlista* que amenaza acabar con la hermosura de nuestra habla, cuya indole tienden á corromper tantos galicismos como la adulteran esencialmente en su régimen y construcción.

No pretendemos condenar para siempre la lectura de los oradores franceses de primer órden, cuyo número, sea dicho en paz, es muy corto, ni desconocemos las ventajas que de esta lectura puede alcanzar un orador ya formado y de maduro juicio; mas no es lo mismo respecto á los jóvenes que empiezan á ejercitarse en la composicion oratoria. El celo y habilidad del profesor podrá disminuir el mal, pero siempre sería éste grande.

Demás de esto, los buenos oradores sagrados, sean franceses ó de cualquiera otra nacion, todos se han formado estudiando el mismo tipo que señalamos como la fuente más pura, es decir, los Santos Padres; así es que en el fondo, como en los pensamientos, y en todo lo que constituye la vida y el alma de la elocuencia sagrada, nada nuevo leerán los jóvenes en aquellos oradores que no puedan encontrar en los Padres. Hallarán tal vez ventaja en el estilo; pero sobre no ser indispensable aquella lectura para perfeccionar el estilo, es urgente mirar por la pureza de nuestro idioma.

Cuando hemos comenzado por desechar los modelos en castellano, nadie podrá tacharnos de parciales porque tampoco aprobemos los escritos en francés; sobre ambas lenguas está su madre común la latina, cuya exactitud,

majestad, energía y concisión es mal conocida de los jóvenes; ejercíteseles en temas latinos para que su estilo adquiriera esas buenas dotes, y realzándole con las de nuestra lengua, tan copiosa y flexible, tan dulce y sonora, podrán escribir cláusulas majestuosas y floridas como las de Granada y Estella.

Tan grande es nuestra convicción, que quisiéramos que los alumnos compusieran durante el último año de su carrera literaria dos ó tres sermones en latin; así se aficionarian á un lenguaje concreto, y les disgustaria la supérflua verbosidad, que es frecuente vicio en los jóvenes: con esto irian acostumbrándose á prescindir en las composiciones destinadas al público del lenguaje familiar y ordinario, lo que es difícil lograr ejercitándose exclusivamente en la lengua castellana. ¿Cómo desentenderse de los términos y locuciones que oímos en la cuna, que usamos en el hogar doméstico y de que todos nos servimos en el trato familiar? Componiendo en una lengua que, no siendo usual ni movediza, conserve su nobleza primitiva; en una lengua invariable é inmortal en sus destinos, y muerta para el uso comun: esa lengua es la latina.

En esta parte casi todo pende de la dirección de los profesores; á éstos incumbe dar á conocer las bellezas de los modelos latinos y dirigir á sus alumnos en la análisis y traducción, alentándoles para vencer las dificultades de su trabajo. Las primeras producciones serán defectuosas; mas con el ejercicio irán siendo más aliñadas y cada vez acercándose más á la perfección; cuando lleguen á traducir con soltura los discursos de los Padres, recogerán el fruto de su perseverante aplicación, porque sabrán presentar las ideas de tan grandes oradores engalanadas con los ricos adornos de nuestra lengua; entonces admirarán la elocuencia de aquellos Santos Doctores, y conocerán el perjuicio que ha causado á la juventud la preocupación de que es duro todo escrito en latin; porque confundiendo lo que se adquiere con leve trabajo con lo que es elocuente, sólo le agrada el fácil y conocido lenguaje patrio: «Dulcius enim ab unoquoque suscipitur, quod patrio sermone narratur.» Casiodoro (1).

(1) De instit. divin. Litter., præf., tomo II, fól. 538.

LECCION XXIX.

Cuándo y cómo se ha de predicar de memoria ó de concepto.

Los ejercicios de que acabamos de hablar harán conocer prácticamente á los jóvenes que la composición de los discursos predicables exige un trabajo serio, pero imprescindible. Quien por pereza ó presunción predicase sin haberse preparado convenientemente, faltaria, no sólo á la obligación que tiene de predicar al pueblo de una manera provechosa, sino tambien al respeto debido á la palabra divina, que, segun el precepto de San Pablo á Timoteo, debe ser bien manejada: «Recte tractantem verbum veritatis (1).»

San Juan Crisóstomo recomienda eficazmente al predicador que prepare y componga cuidadosamente sus discursos; y San Agustín escribia á San Jerónimo que no podía ocuparse como deseaba en ciertos estudios, porque todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones le necesitaba para preparar lo que habia de decir al pueblo fiel. Al concluir uno de sus sermones, decia: «Aprovechaos de lo que acabo de decir, cuya preparación me ha costado mucho trabajo.» «Magno labore quæsitæ, et inventa sunt.»

Todos los maestros están acordes sobre la necesidad de preparar lo que se ha de predicar; en lo que varían los pareceres es acerca del método que se ha de seguir. ¿Conviene escribir íntegramente los sermones, y predicarlos literalmente palabra por palabra, ó es preferible limitarse á meditar bien sobre la materia, y fijar el plan, consignar en el papel el orden que se ha de llevar, apuntar las principales pruebas y preparar las transiciones; notar algunas expresiones fuertes, determinadas formas ó figuras y despues de bien conceptuado pronunciarlo, dejando á la inspiración del momento la generalidad de los términos y el proceder del discurso?

Estas cuestiones son graves, y una resolución impremeditada puede conducir en la práctica á extremos trascendentalmente perjudiciales. Cuando se predica de memoria lo escrito, puede guardarse orden exacto y usar

(1) II ad Timot., II, 15.

un estilo severo y aliñado; en cambio el orador consume mucho tiempo en prepararse; se expone á que una distraccion le haga interrumpir el discurso, ó á que, preocupado con el cuidado de la memoria y esclavo del manuscrito, carezca de libertad para dejarse llevar de las inspiraciones que acaso reciba; á que la pronunciacion sea monotoná y nunca animada, ó la accion tan amañada que casi parezca á un niño que recita la leccion en la escuela. En tal caso el auditorio no se interesaría y permanecería bastante frío para observar los defectos que tal vez haya en la composicion y en su pronunciacion.

El que, por el contrario, improvise con las condiciones apuntadas, ahorrará mucho tiempo; ventaja muy atendible para quien, sobre la predicacion, tiene otras ocupaciones del ministerio; su discurso se desarrollará con libertad; nada cohibirá el movimiento natural del alma, y de su corazón apasionado saldrán palabras vivas y calurosas; su accion será propia y natural. Conmovidos los oyentes por esta fogosa elocuencia, se ocuparán necesariamente de lo que oyen; entrarán dentro de sí mismos, y sólo cuidarán del interés de su salvacion; se olvidarán del orador y aunque éste no guarde el mejor orden, cometa alguna impropiedad en la expresion, é incurra en alguna repeticion ó redundancia, los oyentes no percibirán esas pequeñeces, y en ningun caso harán por ellas un cargo al celoso predicador olvidado, al parecer, del arte, y atento exclusivamente á los intereses eternos de su auditorio.

Bien pesados los inconvenientes y ventajas de cada método, es indudable que el de la improvisacion es preferible por más natural, y hasta necesario á los que tienen sobre sí multiplicadas y graves ocupaciones del ministerio. Pero es de advertir al que haya de predicar por este método que necesita buen caudal de doctrina, copia de términos y facilidad para producirse. Los jóvenes, en general, carecen de estas condiciones y no deben improvisar en la predicacion solemne; pero pueden y deben ir adquiriendo las dotes de la improvisacion. En los primeros años del ministerio deben escribir con esmero sus sermones, y pronunciarlos de memoria; más adelante deben escribirlos, meditarlos y pronunciarlos sin atenerse literalmente al manuscrito; y cuando, merced á este trabajo, hayan adquirido sana y copiosa doctrina, madurado su juicio, depurado su gusto y formado

un buen estilo, entónces entréguense confiadamente á la improvisacion, y miren como enojosa y poco digna ocupacion, para los que prestan servicios importantes á la Iglesia, el consumir un tiempo precioso en redondear cláusulas, en limar frases, en buscar en todo el número, peso y medida: «Ne quid nimis.»

San Agustín, en sus dos obras didácticas sobre la elocuencia del púlpito, exige del orador que observe atentamente á su auditorio, y que, según las necesidades de éste y la impresion que el discurso vaya produciendo, cambie el giro y abrevie ó retarde la conclusion, lo cual no pueden hacer los que predicán de memoria: «Quod in potestate non habent, qui præparata, et ad verbum memoriter retenta pronuntiant.» Al dar este consejo, se ha retratado á sí mismo; porque es fácil observar en sus sermones la insistencia con que, variando de forma, repite las ideas, y cómo su discurso va animándose á medida que su auditorio le comprende; si se quiere una prueba, entre las muchas que pudiéramos citar, véase su sermón CCLXXXVIII. No sólo San Agustín, sino todos los Santos Padres, pronunciaban por lo comun sus discursos, no de memoria, sino conceptuados; así lo aseguran Fenelon, decidido partidario de este método (1), y otros escritores de nota: pero nadie, que sepamos, se ha ocupado en probarlo: sólo el P. La Rue, en el prefacio de sus sermones, á la vez que recomienda con mucha eficacia el método de la improvisacion, cita tres casos en que San Agustín improvisó sus discursos (2).

Como es de interés para la historia de la elocuencia sagrada averiguar, cuanto sea posible, el método que en esta parte observaron los Santos Padres, indicaremos en la leccion próxima algunas reflexiones, y consignaremos varios hechos para esclarecer este punto.

LECCION XXX.

Los Santos Padres predicaban ordinariamente de concepto.

La simple lectura de las obras predicables de los Santos Padres nos descubre que no pronunciaban de memo-

(1) Fenelon recomienda este método en los diálogos I y II sobre la elocuencia.

(2) Coleccion de oradores sagrados.—Migae, tomo xxviii, página 199.

un estilo severo y aliñado; en cambio el orador consume mucho tiempo en prepararse; se expone á que una distraccion le haga interrumpir el discurso, ó á que, preocupado con el cuidado de la memoria y esclavo del manuscrito, carezca de libertad para dejarse llevar de las inspiraciones que acaso reciba; á que la pronunciacion sea monotoná y nunca animada, ó la accion tan amañada que casi parezca á un niño que recita la leccion en la escuela. En tal caso el auditorio no se interesaría y permanecería bastante frío para observar los defectos que tal vez haya en la composicion y en su pronunciacion.

El que, por el contrario, improvise con las condiciones apuntadas, ahorrará mucho tiempo; ventaja muy atendible para quien, sobre la predicacion, tiene otras ocupaciones del ministerio; su discurso se desarrollará con libertad; nada cohibirá el movimiento natural del alma, y de su corazón apasionado saldrán palabras vivas y calurosas; su accion será propia y natural. Conmovidos los oyentes por esta fogosa elocuencia, se ocuparán necesariamente de lo que oyen; entrarán dentro de sí mismos, y sólo cuidarán del interés de su salvacion; se olvidarán del orador y aunque éste no guarde el mejor orden, cometa alguna impropiedad en la expresion, é incurra en alguna repeticion ó redundancia, los oyentes no percibirán esas pequeñeces, y en ningun caso harán por ellas un cargo al celoso predicador olvidado, al parecer, del arte, y atento exclusivamente á los intereses eternos de su auditorio.

Bien pesados los inconvenientes y ventajas de cada método, es indudable que el de la improvisacion es preferible por más natural, y hasta necesario á los que tienen sobre sí multiplicadas y graves ocupaciones del ministerio. Pero es de advertir al que haya de predicar por este método que necesita buen caudal de doctrina, copia de términos y facilidad para producirse. Los jóvenes, en general, carecen de estas condiciones y no deben improvisar en la predicacion solemne; pero pueden y deben ir adquiriendo las dotes de la improvisacion. En los primeros años del ministerio deben escribir con esmero sus sermones, y pronunciarlos de memoria; más adelante deben escribirlos, meditarlos y pronunciarlos sin atenerse literalmente al manuscrito; y cuando, merced á este trabajo, hayan adquirido sana y copiosa doctrina, madurado su juicio, depurado su gusto y formado

un buen estilo, entónces entréguense confiadamente á la improvisacion, y miren como enojosa y poco digna ocupacion, para los que prestan servicios importantes á la Iglesia, el consumir un tiempo precioso en redondear cláusulas, en limar frases, en buscar en todo el número, peso y medida: «Ne quid nimis.»

San Agustín, en sus dos obras didácticas sobre la elocuencia del púlpito, exige del orador que observe atentamente á su auditorio, y que, según las necesidades de éste y la impresion que el discurso vaya produciendo, cambie el giro y abrevie ó retarde la conclusion, lo cual no pueden hacer los que predicán de memoria: «Quod in potestate non habent, qui præparata, et ad verbum memoriter retenta pronuntiant.» Al dar este consejo, se ha retratado á sí mismo; porque es fácil observar en sus sermones la insistencia con que, variando de forma, repite las ideas, y cómo su discurso va animándose á medida que su auditorio le comprende; si se quiere una prueba, entre las muchas que pudiéramos citar, véase su sermón CCLXXXVIII. No sólo San Agustín, sino todos los Santos Padres, pronunciaban por lo comun sus discursos, no de memoria, sino conceptuados; así lo aseguran Fenelon, decidido partidario de este método (1), y otros escritores de nota: pero nadie, que sepamos, se ha ocupado en probarlo: sólo el P. La Rue, en el prefacio de sus sermones, á la vez que recomienda con mucha eficacia el método de la improvisacion, cita tres casos en que San Agustín improvisó sus discursos (2).

Como es de interés para la historia de la elocuencia sagrada averiguar, cuanto sea posible, el método que en esta parte observaron los Santos Padres, indicaremos en la leccion próxima algunas reflexiones, y consignaremos varios hechos para esclarecer este punto.

LECCION XXX.

Los Santos Padres predicaban ordinariamente de concepto.

La simple lectura de las obras predicables de los Santos Padres nos descubre que no pronunciaban de memo-

(1) Fenelon recomienda este método en los diálogos I y II sobre la elocuencia.

(2) Coleccion de oradores sagrados.—Migae, tomo xxviii, página 199.

ria sus sermones. San Juan Crisóstomo y San Agustín, por ejemplo, sin dejar de ser grandes oradores, incurrian en ciertos defectos de estilo; tales son falta de orden, redundancia y alguna repetición: ¿procedían estos defectos de falta de arte ó de habilidad? No por cierto, pues en el discurso de esta obra hemos visto que aquellos preclaros varones conocían muy bien la teoría del arte: además, los seis preciosos libros *Del sacerdocio*, escritos por el Crisóstomo; la *Ciudad de Dios* de San Agustín, sus libros *De la Trinidad*, y la mayor parte de sus cartas, modelos de urbanidad y de elegancia, carecen de aquellos defectos; nada dejan que desear por la pureza y severidad del estilo: ¿de dónde procede, pues, la diferencia entre unas y otras composiciones? No encontramos explicación plausible sino diciendo que las homilias y sermones fueron predicados de concepto; y de ahí aquellos pequeños defectos, inherentes á la improvisación.

Es digno de notarse que los más grandes oradores del siglo de oro de la elocuencia cristiana vivieron agitados por crudas persecuciones, ó envueltos en gravísimos negocios por el servicio de la Iglesia y del Estado; aun en las épocas para ellos bonancibles la predicación no era más que una de sus continuas ocupaciones: predicaban, sin embargo, todos los días festivos, muchos entre semana, á las veces por mañana y tarde, y por largas temporadas lo hacían diariamente; ¿podía quedarles tiempo para escribir y aprender sus discursos? No; y esto lo conocerá cualquiera que tenga alguna experiencia del espacio y trabajo que se necesita para escribir y aprender los sermones.

La vehemencia, la efusión, el caluroso movimiento de muchos pasajes de los Santos Padres llevan el sello de la espontaneidad que nace de la improvisación.

Déñse á estas consideraciones el valor que se quiera, para nosotros, lo decimos con profunda convicción, son demostraciones concluyentes, como lo serán para todos nuestros lectores los hechos que ligeramente vamos á apuntar.

Recuérdese que San Basilio improvisó la homilía VIII de su *HEXAEMERON*, según hemos referido en la lección XXVII.

En otra ocasión las ocupaciones de su ministerio pastoral le retuvieron más tiempo del que se había propuesto en una iglesia distante de aquella en que los fieles le

esperaban, ocupándose éstos entre tanto en cantar algunos Salmos; llegó por fin el Santo Doctor, y después de excusar su tardanza, informándose del Salmo que cantaban á la sazón, improvisó sobre él una homilía: «Porro ne diutius detentis vobis simus molesti, ubi pauca ex eo Psalmo quem vos canentes deprehendimus, disseruerimus... singulos ad habendam corporis curam dimittemus. Quid igitur erat quod à nobis caneatur...?» etc.

Al comenzar el mismo Santo su homilía DE GRATIARUM ACTIONE, se propuso explicar los tres puntos de aquellas palabras de San Pablo: «Semper gaudete, sine intermissione orate, in omnibus gratias agite.» Su celo y facundia le hicieron detenerse más de lo que había pensado en la explicación de estas solas: «Semper gaudete.» y al día siguiente concluyó la exposición del texto que, como él mismo dice, se había propuesto explicar el día precedente con más brevedad: «Quique paucis sensum et intelligentiam eorumdem prestituros nos sperabamus, inventi sumus longe plura quam diximus omisisse...» etc. La justamente celebrada homilía del mismo IN EBRIOSOS, debió de ser una sublime improvisación, puesto que le fué inspirada por los excesos á que se habían entregado el día anterior algunos fieles de Cesárea.

Sabida es la persecución que la emperatriz Justina, autora de los arrianos, movió á San Ambrosio, y la fortaleza con que el Santo se negó á entregarles la BASÍLICA NUEVA. El Domingo de Ramos se declaró abiertamente la persecución, y el Santo permaneció aquel día y los dos siguientes en la iglesia, sin abandonarla de día ni de noche; las tropas imperiales cercaron el templo, donde los fieles permanecieron con su pastor. Menudeaban los mensajes de la corte, unas veces amenazando, y otras contemplando al Santo Obispo; pero ni las amenazas ni los halagos quebrantaron su denodado espíritu. En estos días de prueba el imperturbable Ambrosio, no sólo se ocupó en recibir y despachar mensajes, sino principalmente en la celebración de los divinos misterios y en la salmodia; tres veces predicó comentando los pasajes de la Sagrada Escritura, cuya lectura correspondía, según el orden litúrgico, en aquellos días; sus discursos fueron correspondientes á las circunstancias del momento, y á veces tan oportunos, que cambiaba su giro, según eran favorables ó adversas las noticias que recibía.

En análogas circunstancias, encerrado también en el templo, asediado de soldados, y en medio del pueblo fiel que se agrupaba al lado de su querido Pastor, improvisó su elocuentísimo sermón contra el arriano Auxencio, que fomentaba y dirigía la persecución.

La sucinta reseña que hicimos en la lección XXV del notable discurso pronunciado por San Juan Crisóstomo con ocasión de la caída del favorito Eutropio, demuestra que fué una sublime improvisación, y al mismo género pertenecen indudablemente las veinte homilias que, con motivo de la sedición de Antioquía, predicó el Santo Doctor en otros tantos días consecutivos. Todas ellas corresponden á las inesperadas circunstancias del momento, y á las novedades que se sucedían sin cesar en aquellos días de mortal angustia para su querido pueblo. Seríamos por demás prolijos si apuntásemos las muchas ocasiones en que San Juan Crisóstomo declara que por causas imprevistas determinaba predicar sobre asuntos diferentes de los que se había propuesto.

Posidio, obispo de Calamina, que, como él mismo asegura, conservó por cuarenta años la amistad de San Agustín, dice que el Santo Doctor improvisaba sus oraciones; «*repentinis sermonibus,*» y que predicando un día y habiendo entrado en la Iglesia el maniqueo Firmo, San Agustín cambió el plan de su discurso para ocuparse en combatir el maniqueísmo, logrando llevar la convicción al espíritu del hereje. Pero veamos algunas homilias del Santo Doctor, y en ellas encontraremos la prueba de que ordinariamente predicaba de concepto.

Escribió á Alipio, obispo de Tagaste, una interesantísima carta, en la cual refiere cómo había logrado retraer á los fieles de Hipona de los excesos que solían cometer con ocasión de las fiestas de los Santos. Recomendamos la lectura de esta carta, pues en ella verán los jóvenes cómo improvisó algunos discursos, y el giro que les daba, según las inspiraciones de su caridad.

En el sermón LXXI dice que siempre se había abstenido de predicar sobre los pecados contra el Espíritu Santo; pero que en aquel momento, al oír la lectura del cap. XII, de San Mateo, se había sentido fuertemente inspirado á predicar sobre esta materia, como lo ejecutó. Otra inspiración igual le hizo predicar su sermón CLXXX sobre la costumbre de jurar, que también había evitado tratar en público: «*Nunc autem cum... recitaretur... lectio, divi-*

nitus mihi inspiratum esse credidi ut inde tractarem.»

En el sermón CCCLIII encontramos esto de notable: el Santo había resuelto no predicar aquel día, y nada tenía preparado para ello; «*cum sermonem ad vestram charitatem non præpararem... volebamus enim hodierna die vos in ruminatione permittere,*» etc.; pero sintióse movido á predicar, y lo hizo largamente de la penitencia: puntualmente el Lector, en vez de leer el Salmo que le había señalado el Santo, leyó el salmo I: «*Neque enim nos istum psalmum cantandum Lectori inspiravimus: sed quod ille censuit vobis esse utile ad audiendum, hoc cordi etiam puerili imperavit.*»

Su sermón sobre el Salmo LXXXVI fué improvisado por mandato de Aurelio, obispo de Cartago: «*Hic nobis (psalmus)... tractandus modo est propositus à beatissimo præsentis patrenostro. Repentina propositio me gravareto nisi me continuo proponentis oratio sublevaret, etc.*»

A otra equivocación del Lector fué debido el sermón sobre el Salmo CXXXVIII: «*Psalmum nobis brevem paraveramus, quem mandaveramus cantari à Lectore, sed ad horam, quantum videtur, perturbatus, alterum pro altero legit. Maluimus nos in errore Lectoris sequi voluntatem Dei, quam nostram in nostro proposito.*»

Su oración sobre el Salmo CXLVII no la predicó el día preñjado porque la lectura del Evangelio le inclinó á predicar sobre el temor del juicio final, de cuyo asunto nada tenía pensado á la sazón.

El estilo de estos discursos, indudablemente improvisados, es igual al que usaron sus autores en las demás composiciones que de ellos conservamos: esta observación y las que hicimos al comenzar esta lección, nos hacen creer que los Santos Padres improvisaban por lo común sus discursos.

Pues entonces ¿cómo se han conservado y por qué medio han llegado hasta nosotros? La respuesta se halla en los mismos discursos de los Padres: y lo que vamos á decir evidenciará más, si cabe, la opinión que venimos sosteniendo.

Los discursos de los Santos Padres eran copiados en el acto de pronunciarlos por taquígrafos, que entonces se llamaban notarios: NOTARIUS-NOTARII. Posidio afirma que los sermones de San Agustín eran leídos con afección por propios y extraños, porque muchos buscaban notarios que los recogiesen de los labios del mismo Santo Doctor.

«Et quisquis ut voluit et potuit, notarios adhibens, etiam ea quæ dicebantur excepta descripsit.» Tan perfeccionada y en uso estaba entónces la taquigrafía, que San Agustín en sus controversias públicas con los herejes llevaba notarios que copiasen con fidelidad los discursos pronunciados, para preceverse contra la mala fé de los mismos herejes, que solian tergiversar y aun negar lo que habia acontecido. En una ocasion el arriano conde Pascencio rehusó tenazmente la asistencia de los notarios; San Agustín consintió, no sin prever lo que sucederia. Con efecto, vióse despues obligado, para restablecer la verdad, á reproducir en dos cartas al mismo Pascencio cuanto habian dicho en la conferencia. De este modo redactaron los notarios una controversia habida con los maniqueos y otra con uno de ellos llamado Félix: «Publice in Hipponensi Ecclesia, notariis excipientibus, disputavit, populo adstante.» Y á esta costumbre debemos la interesante acta de lo ocurrido cuando el mismo Santo Doctor en el templo y asamblea de los fieles designó á Heraclio como su sucesor en el obispado.

En su sermón del Salmo LI dijo que queria exponerle ámpliamente, para que sirviese de instruccion, no sólo á los presentes, sino tambien á los ausentes, puesto que habia quien copiaba lo que estaba diciendo: «Placuit fratribus non tantum aure et corde, sed et stilo excipienda que dicimus: ut non auditorem tantum sed et lectorem etiam cogitare debeamus.»

San Gregorio Nazianceno, en su oracion conocida de los literatos con el título de SU ADIOS Á CONSTANTINOPLA, menciona los punzones de los notarios que copiaban sus discursos.

Esta costumbre debió durar hasta los dias de San Bernardo, quien en dos cartas expresa que sus monjes solian copiar lo que les decia de viva voz: «Qui me coram audire loquentem scio stilo exceperunt et penes se retinent.»

Otros muchos pasajes encontramos en los sermones de los Santos Padres, que indudablemente debemos á los taquígrafos, porque sus autores no podian haberlos escrito, aun cuando hubiera tenido la costumbre de redactar lo que predicaban: tal es una digresion en que San Juan Crisóstomo reprendió á los fieles que se distraian con motivo de encender las luces al caer el dia: el anuncio que se lee al pié de un sermón de San Agustín,

advirtiendo á sus oyentes que al dia siguiente celebraria el aniversario de la consagracion del obispo Valerio, y la reprehension con que San Bernardo interrumpió un discurso, al percibir ciertos murmullos ocasionados por la refutación que de ciertas palabras de Orígenes estaba haciendo.

Eran á veces tan exactos los taquígrafos, que en los discursos de los Santos Padres encontramos intercalados algunos accidentes: como en un sermón de San Agustín donde hay un paréntesis en que se dice: «aquí hubo aplausos:» «hic acclamaverunt:» y en otro de San Ambrosio leemos: «aquí el orador hizo una pausa:» «et cum paululum conticuisset...» etc.

Sucedia otras veces que los Santos Doctores deseaban tener escritos los sermones que habian predicado, y para esto recurrían á las notas de los taquígrafos. Se sabe que San Agustín revisó y ordenó sus ciento veinticuatro tratados sobre el Evangelio de San Juan, teniendo á la vista las copias que, al oírle, habian hecho los notarios; y por esto sin duda al copiar el Santo en el libro xv *De Trinitate* dos largos pasajes de su tratado XCIX, dice que aquello lo habia predicado de viva voz, y despues lo habia escrito: «Preferendo ad aures populi christiani diximus, dictumque concipimus.» San Gregorio de Nisa compuso, á instancias de Olimpiada, una explicacion del *Cantar de los Cantares*, y para ello recogió las notas tomadas por los taquígrafos de las homilias que sobre aquel libro habia predicado en la última Cuaresma. Condescendiendo San Gregorio Magno con los piadosos deseos de muchos fieles, reunió en dos libros las homilias que habia predicado sobre el Profeta Ezequiel ocho años ántes; mas para esto hubo de buscar los apuntes que formaron los taquígrafos: «Ita ut coram populo loquebar exceptæ sunt... sed post annos octo, petentibus fratribus, notariorum schedas requirere studui, easque favente Domino.... emendavi.»

LECCION XXXI.

De la pronunciacion.

Bajo este nombre se comprende la prolocucion de la palabra y la accion, ó sea el lenguaje oral y el de accion, que son los medios con que el orador trasmite sus pen-

«Et quisquis ut voluit et potuit, notarios adhibens, etiam ea quæ dicebantur excepta descripsit.» Tan perfeccionada y en uso estaba entónces la taquigrafía, que San Agustín en sus controversias públicas con los herejes llevaba notarios que copiasen con fidelidad los discursos pronunciados, para preceverse contra la mala fé de los mismos herejes, que solian tergiversar y aun negar lo que habia acontecido. En una ocasion el arriano conde Pascencio rehusó tenazmente la asistencia de los notarios; San Agustín consintió, no sin prever lo que sucederia. Con efecto, vióse despues obligado, para restablecer la verdad, á reproducir en dos cartas al mismo Pascencio cuanto habian dicho en la conferencia. De este modo redactaron los notarios una controversia habida con los maniqueos y otra con uno de ellos llamado Félix: «Publice in Hipponensi Ecclesia, notariis excipientibus, disputavit, populo adstante.» Y á esta costumbre debemos la interesante acta de lo ocurrido cuando el mismo Santo Doctor en el templo y asamblea de los fieles designó á Heraclio como su sucesor en el obispado.

En su sermón del Salmo LI dijo que queria exponerle ámpliamente, para que sirviese de instruccion, no sólo á los presentes, sino tambien á los ausentes, puesto que habia quien copiaba lo que estaba diciendo: «Placuit fratribus non tantum aure et corde, sed et stilo excipienda que dicimus: ut non auditorem tantum sed et lectorem etiam cogitare debeamus.»

San Gregorio Nazianceno, en su oracion conocida de los literatos con el título de SU ADIOS Á CONSTANTINOPLA, menciona los punzones de los notarios que copiaban sus discursos.

Esta costumbre debió durar hasta los dias de San Bernardo, quien en dos cartas expresa que sus monjes solian copiar lo que les decia de viva voz: «Qui me coram audire loquentem scio stilo exceperunt et penes se retinent.»

Otros muchos pasajes encontramos en los sermones de los Santos Padres, que indudablemente debemos á los taquígrafos, porque sus autores no podian haberlos escrito, aun cuando hubiera tenido la costumbre de redactar lo que predicaban: tal es una digresion en que San Juan Crisóstomo reprendió á los fieles que se distraian con motivo de encender las luces al caer el dia: el anuncio que se lee al pié de un sermón de San Agustín,

advirtiéndole á sus oyentes que al dia siguiente celebraria el aniversario de la consagracion del obispo Valerio, y la reprehension con que San Bernardo interrumpió un discurso, al percibir ciertos murmullos ocasionados por la refutación que de ciertas palabras de Orígenes estaba haciendo.

Eran á veces tan exactos los taquígrafos, que en los discursos de los Santos Padres encontramos intercalados algunos accidentes: como en un sermón de San Agustín donde hay un paréntesis en que se dice: «aquí hubo aplausos:» «hic acclamaverunt:» y en otro de San Ambrosio leemos: «aquí el orador hizo una pausa:» «et cum paululum conticuisset...» etc.

Sucedia otras veces que los Santos Doctores deseaban tener escritos los sermones que habian predicado, y para esto recurrían á las notas de los taquígrafos. Se sabe que San Agustín revisó y ordenó sus ciento veinticuatro tratados sobre el Evangelio de San Juan, teniendo á la vista las copias que, al oírle, habian hecho los notarios; y por esto sin duda al copiar el Santo en el libro xv *De Trinitate* dos largos pasajes de su tratado XCIX, dice que aquello lo habia predicado de viva voz, y despues lo habia escrito: «Preferendo ad aures populi christiani diximus, dictumque concipimus.» San Gregorio de Nisa compuso, á instancias de Olimpiada, una explicacion del *Cantar de los Cantares*, y para ello recogió las notas tomadas por los taquígrafos de las homilias que sobre aquel libro habia predicado en la última Cuaresma. Condescendiendo San Gregorio Magno con los piadosos deseos de muchos fieles, reunió en dos libros las homilias que habia predicado sobre el Profeta Ezequiel ocho años ántes; mas para esto hubo de buscar los apuntes que formaron los taquígrafos: «Ita ut coram populo loquebar exceptæ sunt... sed post annos octo, petentibus fratribus, notariorum schedas requirere studui, easque favente Domino.... emendavi.»

LECCION XXXI.

De la pronunciacion.

Bajo este nombre se comprende la prolocucion de la palabra y la accion, ó sea el lenguaje oral y el de accion, que son los medios con que el orador trasmite sus pen-

samientos al auditorio. No sería perdido iniciar á los jóvenes en los profundos estudios metafísicos que San Agustín ha hecho de los sentidos del hombre; pero aunque útil para cuantos se dedican al estudio de la literatura y bellas artes, sería aquí demasiado prolijo; nos limitamos, pues, á consignar que el Santo Doctor da la preferencia, entre todos los sentidos, á la vista y al oído, porque sirven de internuncios al alma, y por ellos percibe los pensamientos, cuyo vehículo son la voz y el gesto. «En aquellos dos sentidos, dice, es donde se encuentran más vestigios de la razón del hombre, porque ellos son afectados por la palabra y por la acción, que son las cosas en que refleja más la inteligencia.»

La voz humana se convierte en palabra y el gesto en acción cuando expresan los pensamientos del hombre; así es que no hay palabra si la voz, al propio tiempo que lleva el sonido á los oídos, no lleva también el pensamiento al alma: «Nisi aliquid significet, nisi aliud ad aures ferat, aliud menti inferat, verbum non dicitur.»

Las letras son notas ó signos de la palabra, y aún pueden indicar la acción que corresponde á aquella; pero son unos signos muertos del pensamiento: este sólo aparece vivo y animado en la palabra y por la acción, dice San Jerónimo: de aquí la notable diferencia que existe entre la palabra pronunciada y la escrita: de una composición cuya lectura satisfaga á los inteligentes, puede asegurarse que tiene mucho mérito; al paso que otra cosa de ménos valor, agrada igualmente si es bien pronunciada. Hay en la voz viva un no sé qué de fuerza y de energía, nota el mismo San Jerónimo; y recuerda que como se leyese con aplauso el discurso de Demóstenes contra Eschines, exclamó este: ¡qué hubiera sido si hubiéseis oído pronunciarle! «suspiciens, ait, quid si... audissetis... sua verba resonantem.» San Agustín refiere que preguntado tres veces Demóstenes qué le parecía lo principal en la elocuencia, respondió siempre que la pronunciación. Convencido de esto mismo San Gregorio Magno, decía á sus fieles: «Observo que oís con poco gusto la lectura de los sermones que preparo, y que la debilidad de mi estómago me impide pronunciar; haré, pues, un esfuerzo, y os predicaré de viva voz.» «Quia colloquutionis vox corda torpentia plus quam sermo lectionis excitat.»

La pronunciación ó prolocución de la palabra debe ser natural; esta es la única regla que se puede dar, y ella

basta. El hombre no deja de serlo cuando predica, y sería irracional y hasta ridículo que pronunciara de distinta manera cuando predica que cuando habla: la única diferencia consiste en que la predicación exige una voz más fuerte y extensa, porque se habla á mayor número de personas. Si todos los hombres pronunciasen con naturalidad, nada tendríamos que añadir sobre este punto; pero como son muchos los que vician la pronunciación natural, es necesario advertir á los jóvenes que será buena si fuere CLARA, ADORNADA Y APTA.

San Agustín ha estudiado detenidamente el origen de las artes y ciencias, principiando por los primeros elementos, que son las letras ó caracteres escritos. Después de exponer la necesidad de la palabra para que los hombres vivieran en sociedad, explica la invención y objeto de las letras: atendiendo al modo con que se pronuncian, las divide en vocales, semivocales y mudas; nota la necesidad de separar las palabras entre sí, y la diversa cantidad prosódica de las sílabas. En esto se contiene parte de la gramática, de la cual, y en cuanto á la expresión, son un desarrollo la dialéctica, la elocuencia y la poesía, por cuya razón se decía antiguamente que de todas estas cosas era juez el gramático.

Observen los jóvenes la importancia del estudio de la gramática, de que ya hemos hablado en otra ocasión, y la necesidad de guardar rigurosamente todos sus preceptos. Sólo pronunciando todas las letras, haciendo las pausas necesarias y dando á cada sílaba la cantidad prosódica que le corresponde, será clara la pronunciación.

San Basilio, recomendando á un joven las reglas de la ortografía, le advierte que el menor descuido en esta parte vicia la oración, así como la diligencia del escritor la hace perfecta. «Pusillo errore multa vitatur oratio; scriptoris autem diligentia perficitur sermo.»

San Agustín descende hasta observar la diferente significación de la sílaba OS, según se pronuncie breve ó larga. Y San Isidoro recomienda también que se guarde la cantidad de las sílabas, atendiendo con cuidado dónde concluye la frase, ó cláusula, ó el período. «In distinctionibus sententiarum intelligat ubi finiatur junctura, ubi adhuc pendent oratio, ubi sententia extrema claudatur: sicque expeditus vim pronuntiationis tenebit.» San Agustín, analizando como maestro algunos pasajes

elocuentes de la Escritura, observa cómo deben pronunciarse, y las pausas que deben hacerse.

La voz sonora es la más á propósito para el púlpito; «pero la sonoridad, dice San Ambrosio, es don de la naturaleza, y no se adquiere con la industria.» «*Canoram autem esse naturæ, et non industriæ.*» Mas cualquiera que sea el metal de la voz, con el estudio puede hacerse agradable. El mismo Santo y San Isidoro quieren que la voz sea simple, limpia y varonil; ni muy sumisa, ni excesivamente elevada; que no sea ruda ni agreste, pero tampoco afeminada, cómica ni afectada. La oración es el espejo donde refleja nuestra alma; que no haya, pues, en nuestra habla nada indecoroso. La modestia templá la voz, de manera que no hiera al oído. «*Vocis sonum librat modestia, ne cuiusquam offendat aurem vox fortior.*» Esta moderación es más necesaria al empezar, pues con esto se concilian los ánimos de los oyentes. «*Ut verecunda principia commendent processum.*»

El acento provincial desagradá, sobre todo si difiere mucho: es difícil evitarle cuando se tiene desde la niñez, pero debe moderársele cuanto sea posible. San Agustín decía de sí mismo que, á pesar de lo mucho que había trabajado para perfeccionarse en este y otros puntos, todavía le censuraban los italianos cierto dejo en la pronunciación. «*Adhuc in multis verborum sonis Itali exagitant.*» «Y yo, á mi vez, continúa, tampoco encuentro su pronunciación libre de vicio; que una cosa es poseer el arte y otra estar exento de lo que es peculiar á cada pueblo.» «*Aliud est enim esse arte, aliud gente securum.*»

La pronunciación es apta cuando corresponde á las ideas y afectos que se quieren expresar. «Es la voz humana tan flexible, dice San Agustín, que tiene modulaciones para todos los afectos, los cuales se excitan por los sonidos vocales en virtud de no sé qué oculta familiaridad.» «*Quorum nescio qua oculta familiaritate excitentur.*» Para manejar acertadamente este delicado instrumento es necesario pensar y sentir bien; el orador poseído comunicará á su voz diversos matices, según lo que quiera expresar. Empleará diversos tonos, como recomienda San Isidoro, cuando enseñe ó se conduela, cuando increpe ó exhorte, etc. Una pronunciación monótona, no sólo desagradá, sino que tal vez dá á la frase un sentido contrario al suyo propio; preciso es, por lo mismo, grande estudio en cosa de tanto momento: «*Neesse est*

ergo in tantis rebus scientiæ ingenium, quo proprie singula, convenienterque pronuntientur.» En estas modulaciones consiste lo que se llama énfasis de la voz.

La acción debe acompañar á la pronunciación como su complemento, y alguna vez es más expresiva que las palabras. «Cuando quiero expresar lo que he concebido, decía San Agustín, tengo que servirme del hebreo, griego ó latin, según sea el idioma de mis oyentes; porque si me explicara en el que no les fuera conocido, no me entenderían. La ira no es griega, latina, ni hebrea; y si alguno dijere en latin que está airado, los que no posean esta lengua no le entenderán; pero todos conocerán su interior, si ven su semblante airado.» El mismo Santo llama á los gestos palabras visibles, «*verba visibilia;*» y San Ambrosio opina que los movimientos del cuerpo son la voz del alma: «*Vox quædam est animi corporis motus.*»

Describiendo San Agustín los últimos momentos de su conversión, dice: «Mi frente, las mejillas, el color, los ojos, las inflexiones de la voz, expresaban, con más energía que mis palabras la lucha interior que desgarraba mi alma: «*Plusque loquebantur... quam verba quæ promebam.*»

La acción debe ser natural: «*Motum natura informat.*» dice San Ambrosio; y añade: «*Motus sit purus ac simplex nihil enim fucatum placet.*» Deduzcamos de la doctrina de San Ambrosio consecuencias prácticas.

El continente del orador en el púlpito ha de ser grave sin afectación; el cuerpo debe descansar á plomo sobre los piés; el derecho ha de estar más adelantado que el izquierdo, á no ser que el orador tenga que dirigirse hácia su izquierda, en cuyo caso el izquierdo es el que debe adelantarse; esta postura facilita mucho la naturalidad de los movimientos del orador.

La posición ordinaria de la cabeza debe ser recta, y con especialidad cuando se expresa la convicción, se exhorta ó se increpa; ha de volverse á un lado para significar la aversión hácia algún objeto; se elevará con modestia para dirigirse á Dios, á los Santos, al cielo, y en los movimientos de alegría ó admiración; se inclinará moderadamente hácia el auditorio, cuando se expresan sentimientos tristes ó compasivos, ó cuando se emplean las figuras obsecración ó abjuración.

El movimiento de los ojos es muy expresivo: «*Oculi quippe loquentis fidem faciunt dictis.*» dice San Bernar-

do. En el semblante, dice San Ambrosio, reflejan la alegría, la tristeza, la dulzura, la severidad, todos los afectos: «*Signis forensibus internam exprimat voluntatem. Imago quedam animi loquitur in vultu.*» Pero en los movimientos de ojos y semblante hay poco de deliberado, como observa San Agustín; influye más la naturaleza que la voluntad; aquí se verifica muy particularmente que quien piensa y siente bien, acciona bien.

De todos los gestos el más expresivo es el de los brazos y manos; es por lo mismo el que requiere mayor atención; cuando el ánimo está tranquilo, ó no hay acción, ó ha de ser muy moderada; así debe hacerse, por regla general, durante el exordio. Cuando un sentimiento grave y profundo absorbe nuestro espíritu, el cuerpo participa de la inmovilidad del alma, y entonces toda la expresión está en la fisonomía del orador.

La acción y la prolación de la palabra deben ser simultáneas; anteponer ó posponer la una á la otra es un contrasentido.

Ordinariamente no se acciona más que con la mano derecha; la izquierda descansa sobre el borde del púlpito, y en algunos casos sobre el pecho del orador; pocas son las veces que debe moverse simultáneamente con la derecha, y rarísimos los casos en que se mueve sola para indicar algún lugar ú objeto que se supone situado á la izquierda del orador, ó para significar sentimientos de aversión.

Las manos deben estar abiertas, los dedos extendidos con naturalidad, ni excesivamente separados, ni unidos con violencia.

En la exclamación y admiración se levantan las manos; se retiran del cuerpo para rechazar una idea, y se ponen sobre el corazón cuando se expresan sentimientos afectuosos, ó se aduce el testimonio de la conciencia: júntanse para expresar sentimientos de sumisión, adoración y dolor. En el primer caso, deben inclinarse hacia abajo; elevarse en el segundo, y en el último se han de sostener sin elevarlas ni inclinarlas.

Todos estos movimientos son naturales, como lo exige San Ambrosio: «*Motum natura informet;*» si acaso la naturaleza ha contraído algún vicio, es preciso enmendarle con cuidado y sin afectación: «*Industria emendet ut ars desit, non desit correctio.*»

Esta corrección es de sumo interés. Malo es no accio-

nar, porque este defecto priva de la mitad de la vida á la pronunciación; pero es peor accionar viciosamente, porque esto es un mal positivo, que confunde y desnaturaliza la pronunciación, poniendo en desacuerdo el lenguaje oral y el de acción, ambos necesarios para que la pronunciación sea expresiva y acertada.

Evítese una acción monótona y maquinal: jamás se levanten las manos más arriba de los ojos, ni se dejen caer más abajo de la cintura; golpear con una mano sobre otra ó sobre el borde del púlpito, es impropiedad reprehensible; no debe cerrarse la mano, ni doblar los dedos, ni jugar con ellos. Los brazos nunca han de abrirse en toda su extensión. Sería faltar á la gravedad del ministerio representar con exactitud todos los movimientos de los objetos de que se habla; nada artificioso: «*Nihil fucatum,*» dice San Ambrosio; y este proceder sería más reprehensible cuando se hablase de objetos repugnantes; si, por ejemplo, se pretendiera acompañar con movimientos correspondientes á los objetos la descripción del cólico hecha por San Basilio, y las que hicieron del ébrio el mismo Santo y San Ambrosio: la sana razón aconseja que no se expresen sin necesidad movimientos desordenados, y que cuando sea útil ó conveniente hablar de ellos, en vez de hacerla más viva con el lenguaje de acción, se atenúe la descripción del objeto repugnante: esto hacen en el trato social los hombres bien educados, y esto mismo debe observarse con mayor razón y más rigor en el púlpito, donde sería insoportable, dicen Santo Tomás y San Ambrosio, cualquiera indecente chocarrería.

Esta parte de la elocuencia, que trata de la pronunciación y de la acción, es la más útil; pero es igualmente la más difícil de escribirse, dice nuestro Granada. Y en verdad que no hay cosa más difícil que expresar en un libro muerto lo que esencialmente consiste en la vida y movimiento. El celo de los profesores, ejercitando á sus discípulos en la declamación, hará más que todas las lecciones especulativas.

También aprovechará á los jóvenes el estudio y la imitación de los predicadores notables por su acción natural y expresiva; y decimos adrede estudio é imitación, porque ésta no puede ser acertada si no se observa y estudia la natural relación que hay entre los movimientos y los pensamientos del que acciona con perfección: sin esto la pronunciación más admirable será viciosa y aun

ridícula en el imitador indiscreto, de quien podrá decirse lo que el Nazianceno de los que querían imitar á San Basilio en todos los pormenores de su vida pública y privada, y también de su pronunciación: «Estos tales, decía el Santo Doctor, no pueden llamarse ni aun ecos del gran Basilio, porque el eco repite siquiera los últimos acentos; mas ellos, imitando indiscretamente lo que en aquel grande hombre era natural y nada amanerado, no son más que una imagen sin vida, estatuas colocadas en mala luz.» «Ac multos jam Basilio specie tenus videre licet, statuas nimirum in umbris: multum enim fuerit si repetitam echus vocem esse dixerit. Nam illa quamvis postremam dumtaxat vocis partem, expressius tamen effingit: hi autem longius ab eo distant, quam quantum accedere concupiscunt.»

LECCION XXXII.

Cualesquiera que sean las dificultades del estudio de la elocuencia, no excusan á los párrocos de la obligación de predicar.—Resumen y conclusión.

Los Santos Padres, como prácticos, han expresado lo laborioso de la predicación y los disgustos que la acompañan, y al mismo tiempo los motivos y consideraciones convenientes para soportar con ánimo alentado aquellos trabajos y para suavizar aquellas penas.

Ni dejaron de combatir los pretextos con que algunos se excusan de desempeñar este ministerio: pretextos que suelen reducirse á la falta de ciencia ó de tiempo; á la indiferencia ó tibieza de los fieles para oír la palabra divina; á su falta de aprovechamiento, ó espíritu de crítica; «y hay algunos también, dice San Gregorio Magno, que rehúsan la vida activa, y prefieren el estudio, el retiro, la meditación para obrar, dicen ellos, su santificación con una vida humilde y desconocida del mundo.» De grande enseñanza son para todos los eclesiásticos las reflexiones que sobre este punto han hecho los Doctores de la Iglesia. En otro lugar indicaremos dónde se encuentra tan provechosa doctrina.

Lo único en que ahora nos ocuparemos es en disipar el pretexto que de la lectura de estas lecciones pudieran tomar para abstenerse de la predicación los que á ella están obligados por rigurosa justicia, figurándose que la

multitud de reglas consignadas hacen imposible la elocuencia para cuantos carezcan de superior ciencia y de un talento privilegiado.

Cierto que llegar al último ápice de la elocuencia es árdua empresa, y así lo han reconocido los maestros de la antigüedad y San Juan Crisóstomo; «pero esta dificultad, añaden, lejos de ser motivo para desanimarse, debe ser un poderoso estímulo con que nos esforcemos para ir tan adelante como nos sea posible en este camino sin límite asignable.» «Cuando envías tu hijo á la escuela, dice el Crisóstomo, no te haces la ilusión de que ha de llegar al último ápice de la perfección; mas no por esto le retraes del estudio, sino que haces cuanto está de tu parte para que progrese, y te das por satisfecho si llega al quinto ó décimo grado de la elocuencia. «Nec tamen ideo ab hoc studio retrahis, sed omnia quæ penes te sunt præstas, satsique esse putas si ad quintum vel decimum, à primo eloquentiæ gradum, filius tuus pertingere possit.»

Mas no exageremos las dificultades: resumamos lo que en estas lecciones hemos señalado como esencialmente necesario para la elocuencia sagrada. Consiste ésta en transmitir al espíritu de los oyentes, por medio del lenguaje oral y de acción, nuestras ideas y nuestros sentimientos (1). El estudio y la meditación de la palabra divina escrita y tradicional fecundizan nuestra alma para que conciba ideas grandes y sentimientos vehementes. La virtud y fervor de la devoción dan á nuestras palabras vida y animación (2). Aquellos estudios bastan; aunque hay otros muchos que serán de grande provecho al que pueda hacerlos con discreción (3). En todas las acciones del hombre influye poderosamente la intención: si la del orador no es recta, su conducta se resentirá de este desorden (4). La misión del predicador es bien conocida; explicar la palabra de Dios, y no la doctrina de los hombres (5). La unidad es una de las leyes primordiales á que está sometido nuestro espíritu, y el predicador ha de meditar sobre sus pensamientos, para transmitirlos ordena-

- (1) Lecciones I, II, III y IV, páginas 9-17.
- (2) Lecciones V, VI y VII, páginas 19-25.
- (3) Lecciones VIII y IX, páginas 30-33.
- (4) Lec. X, pág. 39.
- (5) Lecciones XI y XII, páginas 45-51.

ridícula en el imitador indiscreto, de quien podrá decirse lo que el Nazianceno de los que querían imitar á San Basilio en todos los pormenores de su vida pública y privada, y también de su pronunciación: «Estos tales, decía el Santo Doctor, no pueden llamarse ni aun ecos del gran Basilio, porque el eco repite siquiera los últimos acentos; mas ellos, imitando indiscretamente lo que en aquel grande hombre era natural y nada amanerado, no son más que una imagen sin vida, estatuas colocadas en mala luz.» «Ac multos jam Basilio specie tenus videre licet, statuas nimirum in umbris: multum enim fuerit si repetitam echus vocem esse dixerit. Nam illa quamvis postremam dumtaxat vocis partem, expressius tamen effingit: hi autem longius ab eo distant, quam quantum accedere concupiscunt.»

LECCION XXXII.

Cualesquiera que sean las dificultades del estudio de la elocuencia, no excusan á los párrocos de la obligación de predicar.—Resumen y conclusión.

Los Santos Padres, como prácticos, han expresado lo laborioso de la predicación y los disgustos que la acompañan, y al mismo tiempo los motivos y consideraciones convenientes para soportar con ánimo alentado aquellos trabajos y para suavizar aquellas penas.

Ni dejaron de combatir los pretextos con que algunos se excusan de desempeñar este ministerio: pretextos que suelen reducirse á la falta de ciencia ó de tiempo; á la indiferencia ó tibieza de los fieles para oír la palabra divina; á su falta de aprovechamiento, ó espíritu de crítica; «y hay algunos también, dice San Gregorio Magno, que rehúsan la vida activa, y prefieren el estudio, el retiro, la meditación para obrar, dicen ellos, su santificación con una vida humilde y desconocida del mundo.» De grande enseñanza son para todos los eclesiásticos las reflexiones que sobre este punto han hecho los Doctores de la Iglesia. En otro lugar indicaremos dónde se encuentra tan provechosa doctrina.

Lo único en que ahora nos ocuparemos es en disipar el pretexto que de la lectura de estas lecciones pudieran tomar para abstenerse de la predicación los que á ella están obligados por rigurosa justicia, figurándose que la

multitud de reglas consignadas hacen imposible la elocuencia para cuantos carezcan de superior ciencia y de un talento privilegiado.

Cierto que llegar al último ápice de la elocuencia es árdua empresa, y así lo han reconocido los maestros de la antigüedad y San Juan Crisóstomo; «pero esta dificultad, añaden, lejos de ser motivo para desanimarse, debe ser un poderoso estímulo con que nos esforcemos para ir tan adelante como nos sea posible en este camino sin límite asignable.» «Cuando envías tu hijo á la escuela, dice el Crisóstomo, no te haces la ilusión de que ha de llegar al último ápice de la perfección; mas no por esto le retraes del estudio, sino que haces cuanto está de tu parte para que progrese, y te das por satisfecho si llega al quinto ó décimo grado de la elocuencia. «Nec tamen ideo ab hoc studio retrahis, sed omnia quæ penes te sunt præstas, satsique esse putas si ad quintum vel decimum, à primo eloquentiæ gradum, filius tuus pertingere possit.»

Mas no exageremos las dificultades: resumamos lo que en estas lecciones hemos señalado como esencialmente necesario para la elocuencia sagrada. Consiste ésta en transmitir al espíritu de los oyentes, por medio del lenguaje oral y de acción, nuestras ideas y nuestros sentimientos (1). El estudio y la meditación de la palabra divina escrita y tradicional fecundizan nuestra alma para que conciba ideas grandes y sentimientos vehementes. La virtud y fervor de la devoción dan á nuestras palabras vida y animación (2). Aquellos estudios bastan; aunque hay otros muchos que serán de grande provecho al que pueda hacerlos con discreción (3). En todas las acciones del hombre influye poderosamente la intención: si la del orador no es recta, su conducta se resentirá de este desorden (4). La misión del predicador es bien conocida; explicar la palabra de Dios, y no la doctrina de los hombres (5). La unidad es una de las leyes primordiales á que está sometido nuestro espíritu, y el predicador ha de meditar sobre sus pensamientos, para transmitirlos ordena-

- (1) Lecciones I, II, III y IV, páginas 9-17.
- (2) Lecciones V, VI y VII, páginas 19-25.
- (3) Lecciones VIII y IX, páginas 30-33.
- (4) Lec. X, pág. 39.
- (5) Lecciones XI y XII, páginas 45-51.

damente á los demás (1). Hemos de proceder con nuestro auditorio como en los negocios de la vida lo hacemos con cualquiera, de quien exigimos que adopte el partido que le proponemos. Debemos, por tanto, procurar que nos oiga con atencion; proponerle con toda claridad el asunto, aducir las razones que abonan nuestro propósito, y hacerle reflexiones oportunas para inclinarle á que practique lo que deseamos (2). Esto no lo lograremos si no nos expresamos con claridad y pintamos con vivos colores el objeto que queremos sea amado ó rechazado (3). La índole del asunto nos aconsejará naturalmente que hablemos, ya en tono tranquilo, ora de una manera agradable, ó bien con vehemencia (4). Nadie ejerce públicamente un oficio sin ejercitarse antes en él; ni podemos, por lo mismo, tomar el de la predicacion, sin que ántes nos hayamos ensayado en componer, observando é imitando la conducta de los que han sobresalido en la elocuencia (5). La conciencia de nuestras propias fuerzas nos dirá si al hablar al público debemos hacerlo sujetando nuestra memoria á lo que hayamos escrito, ó si podemos proceder con más libertad y soltura, pronunciando lo que hayamos conceptuado (6). En ambos casos pronunciaremos bien, si queremos que se nos comprenda; esto es, con limpieza y claridad, acompañando las palabras con los gestos y acciones que inspira la misma naturaleza (7). Hé aquí lo esencial de la elocuencia, y lo que naturalmente hacen todos los hombres, dice San Agustín. Estas son las reglas capitales: complemento de ellas y auxilio poderoso para practicarlas bien son todas las demás que dejamos consignadas: quien las ejecute con mayor esmero, será más elocuente.

Así, pues, al jóven más pusilánime pudiéramos decirle con San Juan Crisóstomo: «No me digas que no tienes el don y la gracia de la palabra, y que si la tuvieras edificarías á muchos.» «Ne dicas cur non habui charisma seu gratiam docendi, si haberem, ædificarem inu-

(1) Lecciones XIII, XIV y XV, páginas 59-58.

(2) Lecciones XVI, XVII, XVIII, XIX y XX, páginas 73-101.

(3) Lecciones XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV y XXVI, páginas 109-136.

(4) Lec. XXVII, pág. 141.

(5) Lec. XXVIII, pág. 150.

(6) Lecciones XXIX y XXX, páginas 155-157.

(7) Lec. XXXI, pág. 163.

merabiles.» ¿Posees pocos grados de elocuencia? Pues muéstrate fiel dispensador de lo poco que posees: «Rursus in sermone ostendè te recte usum esse admonitione et consilio.» ¿Careces de facundia? ¿No te ocurren sentencias notables? «Non habes externam facundiam? Non tibi affatim suppetunt sensus et sententiæ?» Pero á lo ménos sabes hablar como hablan comunmente los demás: «Sed scis tamen hæc communia.» Exprésate, pues, con naturalidad, y no has menester mucho arte, ni necesitas hacer un discurso completo: «Hic arte dicendi non est opus, neque fusa oratione.» Haz siquiera lo que el Apóstol encargaba como muy hacedero á todos los fieles: «Ædificate alter alterum sicut et facitis, et consolamini invicem in his sermonibus.»

La importancia del asunto exige que notemos la diferencia que hay entre la predicacion y la elocuencia: aquella consiste en explicar con claridad y sencillez la palabra de Dios, y la elocuencia en hacerlo con la solemnidad y perfeccion que hemos enseñado en estas lecciones. La predicacion es de institucion divina: nació con aquel precepto de Jesucristo: «Id y predicad el Evangelio (1).» La elocuencia es utilísima, pero no de absoluta necesidad; puede decirse que no ostentó todas sus galas hasta el siglo IV de la Iglesia.

Los párrocos deben aspirar á la elocuencia para desempeñar su ministerio con mayor utilidad; pero quien no pueda ser elocuente, tenga muy presente que está obligado á ser predicador, y que las dificultades de la predicacion no son tantas que puedan excusarle del cumplimiento de obligacion tan sagrada. El Santo Concilio de Trento (2) ordena cuándo y cómo han de predicar los encargados de la cura de almas; y lo que se exige está en armonia con los conocimientos y habilidad que han

(1) San Mateo, xxviii, 19, 20.—San Márc., xvi, 15.

(2) Quicumque parochiales, vel alias curam animarum habentes, ecclesias quocumque modo obtinent, per se, vel alios idoneos, si legitime impediti fuerint, diebus saltem dominicis, et festis solemnibus, plebes sibi commisas pro sua, et earum capacitate pascant salutaribus verbis, docendo, quæ seire omnibus necessarium est ad salutem, annuntiandoque eis, cum brevitate, et facilitate sermonis, vitia, quæ eos declinare, et virtutes, quas sectari oporteat, ut prænam æternam evadere, et cœlestem gloriam consequi valeant. (Conc. Trid., Sess. V, cap. II, De Ref.—Sess. XXIV, cap. IV, De Ref.—Sess. XXII, cap. VIII De Sacrificio Missæ.)

de mostrar previamente los admitidos al ministerio parroquial. Para facilitarles el cumplimiento de este deber, la Santidad de Pio V hizo publicar el Catecismo del Santo Concilio de Trento, libro que basta para los párrocos que carezcan de una buena biblioteca, ó de vastos conocimientos. Los Concilios de Milan enseñan la facilidad con que pueden los curas satisfacer al precepto de la predicación (1).

Entendedlo bien, jóvenes escolares; sereis inexcusables si, encargados de procurar el pasto de la palabra divina al pueblo fiel, le dejais hambriento y moribundo: procurad entónces, os decimos desde ahora con San Agustin, predicar con sabiduría y con elocuencia: «Non solum eloquenter verum etiam sapienter dicere;» si no os fuera posible lo uno y lo otro, predicad á lo ménos con sabiduría; «sed qui utrumque non potest, dicat sapienter quod non dicit eloquenter;» predicad además con el buen ejemplo; «præbeat aliis exemplum, et sit ejus quasi copia dicendi forma vivendi;» y por último, y para que nadie pueda excusarse, pronunciad, si otra cosa no podeis hacer, lo que otros hayan escrito con sabiduría y con elocuencia: «ab aliis sumant eloquenter sapienterque conscriptum, memoriaque commendant atque ad populum proferant;» esta misma recomendación hace el Concilio I de Milan (2).

Jóvenes estudiosos, pronto sereis nuestros compañeros y nuestros sucesores en el ministerio de la predicación: preparaos para desempeñarle dignamente, meditando las lecciones de los Santos Padres que con eco débil, es verdad, pero con muy grande interés os hemos repetido: contemplad la conducta de esos varones insignes, cuyas grandes figuras hemos presentado á vuestra vista, aunque con tosco pincel, segun la humildísima expresion de San Gregorio Magno: «pulchrum depinxi hominem pictor fœdus.» ¡Quiera Dios bendecir nuestro pobre trabajo!

(1) En los cinco primeros Concilios de Milan se prescribe cómo han de predicar los párrocos. (Acta Ecclesie Mediolanensis à Sancto Carolo. etc.—Patavii, 1754: tomo 1, fól. 1.)

(2) Si qui autem propter incertiam id præstare non poterunt, ad peritos confugiant quorum auxilium implorantes, vel homilias sibi præscriptas, vel latinos sermones, auctoris ab Ecclesia recepti, in vulgarem linguam conversos, approbatos tamen ab Ordinario, aut memoriter aut de scripto pronuntient. (Synod. prov. Mediol. I, tomo 1, fól. 2.)

¡Dignese premiar vuestra aplicación aquel Señor que hizo elocuentes las lenguas de los niños (1)! ¡Que la unción del Espíritu Santo ilumine vuestros espíritus é inflame vuestros corazones (2) para que, dando gloria á Dios, honor á la Iglesia, luz y vida á vuestros hermanos, podais en vuestra honrosa vejez decir con alguna confianza: «Ojo fui para el ciego y pié para el cojo: como los dias de un jornalero han sido mis dias, como el siervo deseo la sombra y como el jornalero aguardo el fin de mi trabajo (3). He peleado buena batalla, he acabado mi carrera, me está reservada la corona de justicia (4).»

Por nuestra parte, nos apropiamos las palabras de San Agustin, más aplicables, por cierto, á nosotros que á aquel grande Doctor: «Ego tamen Deo nostro gratias ago, quod... non qualis ego essem, cui multa desunt, sed qualis esse debeat, qui in doctrina sana, id est, christiana, non solum sibi, sed etiam aliis laborare studet, quantulumcumque potui facultate diservi.»

(1) Sap., x, 21.

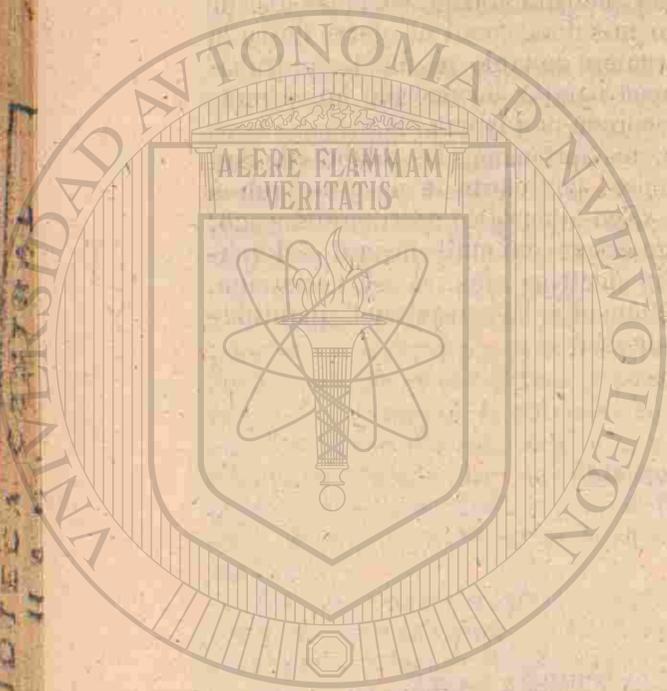
(2) I Joan., ii, 27.

(3) Job, xxix, 15.—VII, 1-2.

(4) II ad Timot., iv, 7-8.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.





SEGUNDA PARTE.

UANL

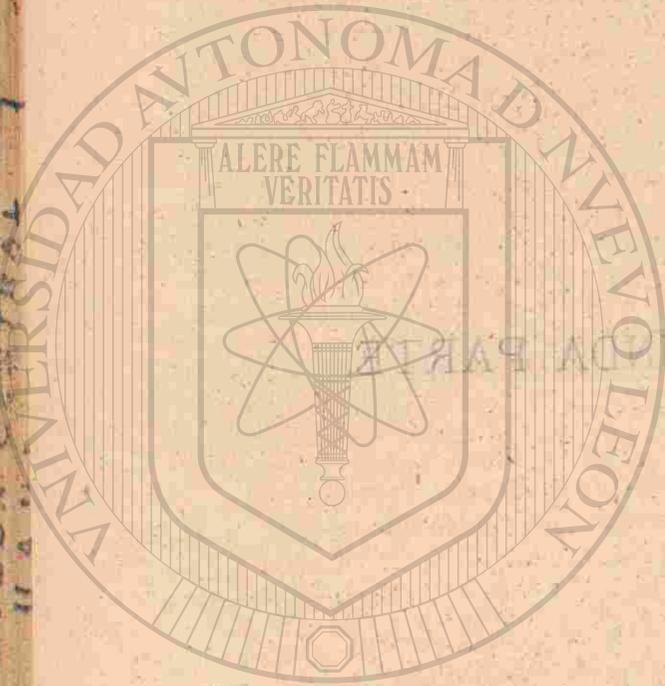
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTA

DE LAS EDICIONES DE LOS SANTOS PADRES QUE MÁS HEMOS
TENIDO Á LA VISTA PARA COMPONER ESTAS LECCIONES.

- Clemente de Alejandría, *edición de Venecia*, 1757.
Tertuliano, *Paris*, 1608.
San Cipriano, *edición de Venecia*, 1758.
Lactancio, *edición de Paris*, 1748.
San Hilario de Poitiers, *edición Maurina, Paris*, 1608.
San Atanasio, *edición Maurina, Paris*, 1648.
San Basilio, *edición Maurina, Paris*, 1721.
San Gregorio Nazianceno, *edición de Billi, Venecia*, 1753.
San Gregorio de Nyssa, *edición de Paris*, 1615.
San Efren, *edición de Venecia*, 1756.
San Ambrosio, *edición de Paris*, 1614.
San Juan Crisóstomo, *edición Maurina, Paris*, 1713.
San Jerónimo, *edición Maurina, Paris*, 1706.
San Agustín, *edición de M. Migne, Paris*, 1845.
San Gregorio Magno, *edición Maurina, Paris*, 1705.
San Isidoro de Sevilla, *edición de Madrid*, 1778.
San Bernardo, *edición Maurina, Paris*, 1690.

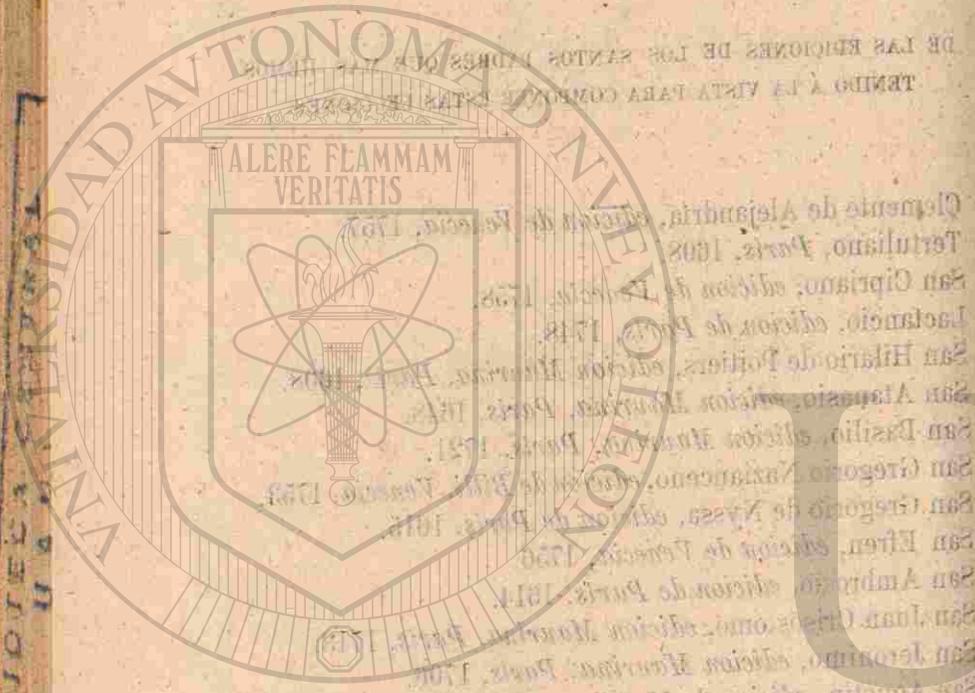


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOTA



DIRECCIÓN GENERAL DE

SEGUNDA PARTE.

LECCION PRIMERA.

Reflexiones de los Santos Padres sobre los fenómenos del alma.

San Atanasio observa y admira los fenómenos de nuestra alma, deslindando, como buen ideólogo, los del orden sensible y los del intelectual: en todo se muestra observador atento y metafísico. (*Orat. cont. Gent.*, tomo I, folio 1.)

No son menos importantes las observaciones que sobre la misma materia hace San Basilio en su homilía *ATTENDE TIBI IPSI*, tomo II, folios 21 y 23.

Primum teipsum cognosce: quæ in manibus sunt intellectu asequere: qui sis, quomodo effectus, ita ut simul et imago Dei sis, et deteriori astringaris: quid illud sit, quod tibi motum attulit, quæ in te sapientia eluceat, quod naturæ arcanum: quomodo loco circumscriberis, ac mens nullo limite includitur, sed in eodem loco manens omnia lustrat ac pervagatur... quomodo mens eorum opera cum externis versatur, atque externa excipit: quomodo formas recipit: quæ assumptæ rei conservatio, vel memoria: quæ elapsæ recuperatio vel reminiscencia: quomodo sermo mentis fœtus est, atque in alia mente sermonem procreat: quomodo sermoni cogitatio impertitur: quomodo corpus per animam alitur: quomodo anima per corpus affectuum particeps fit: quomodo timor eam constringit, præsentia solvit, mœror contrahit, lætitia diffundit, livor tabe afficit, superbia effert, spes erigit: quomodo iracundia eam in furorem agit, pudor rubore suffundit, partim ebulliente sanguine partim recedente: quomodo perurbationum signa corporibus imprimuntur: quomodo ratio præsidet; quomodo hæc omnia regit, et

moderatur, affectuumque motus lenit ac sedat: quomodo à sanguine et spiratione, id, quod corpore vacat, tenetur: quomodo horum defectio animæ discessio est. Hæc, aut horum aliquid, ò homo, cognitione comprehende. (San Greg. Naz., Orat. XXVI, tomo I, folio 405.) Se ocupa en las mismas reflexiones en su oración XXXIV, tomo I, folio 487.

Videtur enim mens, quæ dominatum corporis tenet, in summo capite constituta, tanquam in cælo Deus; sed cum in aliqua sit cogitatione, commeari ad pectus, et quasi ad secretum aliquod penetrare secedere, ut consilium tanquam ex thesauro recondito, eliciat ac proferat; ideoque cum intenti ad cogitandum sumus, et cum mens occupata in altum se addiderit, neque audire quæ circumsonant, neque videre, quæ obstant, solemus. Id vero sive ita est, admirandum profecto est, quomodo id fiat, cum ad pectus ex cerebro nullum iter pateat. Sin autem non est ita, tamen nihilominus admirandum est, quod divina nescio qua ratione fiat, ut ita esse videatur. An potest aliquis non admirari, quod sensus ille vivus atque cælestis, qui mens, vel animus nuncupatur, tantæ movilitatis est, ut ne tum quidem, cum sopitus est conquiescat; tantæ celeritatis, ut uno temporis puncto cælum omne collustret, et, si velit, maria pervolet, terras, ac urbes peragret, omnia denique, quæ libuerit, quamvis longe lateque sumnota sint in conspectu sibi ipse constituat? (Lact. de opific. Dei, cap. XVI, tomo II, fol. 115.)

Pero quien con más frecuencia se ha ocupado en este estudio es San Agustin, profundo y eminente metafísico. Seríamos interminables si hubiéramos de citar siquiera los lugares que pudieran consultarse nuestros jóvenes lectores: nos limitamos á consignar los libros *De Immortalitate animæ*, tom. I, fol. 1021; *De quantitate animæ*, tom. I, fol. 1035; *De Trinitate*, tom. VII, fol. 815; la Epistola VII á Nébridio, tom. II, fol. 68, y los capítulos desde el VIII al XIX del X de sus *Confesiones*, tom. I, fol. 784.

Intus hæc ago, in aula ingenti memoriæ meæ. Ibi enim mihi cælum et terra et mare præsto sunt, cum omnibus quæ in eis sentire potui, præter illa quæ oblitus sum. Ibi et ipse mihi occurro, meque recolo, quid quando, et ubi egerim, quoque modo cum agerem affectus fuerim... Ex eadem copia etiam similitudines rerum vel expertarum, vel ex eis quas expertus sum creditarum, alias atque alias et ipse contexo præteritis, atque ex his

etiam futuras actiones et eventa et spes, et hæc omnia rursus quasi præsentia meditor... Magna ista vis est memoriæ, magna nimis, Deus meus, penetrare amplum et infinitum. Quis ad fundum ejus pervenit? Et vis est hæc animi mei atque ad meam naturam pertinet; nec ego ipse capio totum quod sum. Ergo animus ad habendum seipsum angustus est... Multa mihi super hoc oboritur admiratio, stupor apprehendit me. Et eunt homines admirari alta montium, et ingentes fluctus maris, et latissimos lapsus fluminum, et Oceani ambitum, et gyros siderum, et relinquunt seipsos, etc... Magna vis est memoriæ, nescio quid horrendum, Deus meus, profunda et infinita multiplicitas; et hoc animus est, et hoc ego ipse sum. Quid ergo sum, Deus meus? Quæ natura sum? Varia, multimoda vita, et immensa vehementer, etc... (S. August.: *Confess.*, lib. X, capítulos VIII et XVII, tom. I, folios 785 y 790.)

Qui nos condidit Deus, ideo impertivit nobis sermonis usum, ut alter alteri cordis consilia aperiamus, eaque unusquisque propter naturæ societatem communicemus cum proximo, ex abditiis cordis recessibus velut ex cellis quibusdam penariis depromentes. Etenim si constarem anima nuda, statim certe cogitationum ope inter nos congregareremur. Quia vero anima nostra carnis tegumento operata, cogitationes producit, verbis opus habet et nominibus, ut ea quæ in reconditiore mentis secessu delitescunt proferat in apertum. Mens igitur nostra simul ut vocem quidpiam significantem apprehendit, sermone velut cymba quadam vehitur, et aërem transvolans, à loquente transit ad audientem. Quodsi nacta fuerit altam tranquillitatem ac quietem, tum sermo veluti portum quemdam placidum ac tranquillum, discipulorum aures subit: sin autem excitatus ab auditoribus tumultus, quasi aspera quædam tempestas contra aspiravit, medio in aëre dissolutus naufragium facit. Date igitur quietem sermoni per silentium. (S. Basilius, homilia ATTENDE TIBI IPSI, tom. II, fol. 16.)

Superioridad de la palabra sobre los demás medios de expresión.

Illud quoque præcipuum, quod soli homines ore exprimimus, quæ corde sentimus. Itaque cogitationes tacitæ mentis, oris sermone signantur. Quid est igitur os

hominis, nisi quoddam sermonis adytum, fons disputationis, aula verborum, promptuarium voluntatis? Absolvimus velut quamdam humani corporis regiam, in qua sit licet quaedam quantitas portio, forma tamen universitatis est. (S. Ambr.: *Herem.*, lib. vi, cap. ix, n. 68; tomo i, fol. 119, ed. de Ven., 1781.)

Data vero signa sunt, quæ sibi quæque viventia invicem dant ad demonstrandos, quantum possunt, motus animi sui vel sensa, aut intellecta quælibet. Nec ulla causa est nobis significandi, id est, signi dandi, nisi ad depromendum et trajiciendum in alterius animum id quod animo gerit is qui signum dat... Signorum igitur quibus inter se homines sua sensa communicant, quædam pertinent ad oculorum sensum, pleraque ad aurium, paucissima ad cæteros sensus. Nam cum innuimus, non damus signum nisi oculis ejus quem volumus per hoc signum voluntatis nostræ participem facere. Et quidam motu manuum pleraque significant: et histiones omnium membrorum motivus dant signa quædam scientibus, et cum oculis eorum quasi fabulantur; et vexilla draconesque militares per oculos insinuant voluntatem ducum: et sunt hæc omnia quasi quædam verba visibilia... Sed hæc omnia signa verbis comparata paucissima sunt. Verba enim prorsus inter homines obtinuerunt principatum significandi quæcumque animo concipiuntur, si ea quisque proderet velit... sed innumeralis multitudo signorum, quibus suas cogitationes homines exerunt, in verbis constituta est. Nam illa signa omnia, quorum genera breviter attigi, potui verbis enuntiare: verba vero illis signis nullo modo possem. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. ii, capitulos ii et iii, tom. iii, fol. 37.)

La definición de la elocuencia que, tomada de San Agustín, ponemos en la pág. 11, se halla en el cap. i del lib. i contra el donatista Cresconio. El Santo Doctor expone y amplía en este libro la idea y definición de la elocuencia, excitado por la táctica de Cresconio, que procuraba evadir la cuestión principal, sosteniendo que los donatistas debían abstenerse de entrar en polémica con San Agustín, cuya elocuencia y nerviosa dialéctica podía envolver, decía, á cualquiera sostenedor de la buena doctrina. (Contr. Cresconium, Grammaticum, lib. iv, l. i, tom. ix, pág. 445.) El mismo Santo Doctor explica y define admirablemente la elocuencia en sus libros *De la Doctrina cristiana*, particularmente en el cuarto, tom. iii, fol. 89.

Discurso de la madre del Crisóstomo.

Verum assidue matris illecebræ obstiterunt, quominus hanc illi gratiam redderem; imo vero, quo minus id beneficii ab eo acciperem. Enim vero ubi illa odorata est me id consilii inire, dextra apprehensum introduxit me in peculiare sibi domicilium ac me prope lectum, ubi me enixa fuerat, assidere jussu, emissis lacrymarum fontibus, ipsis lacrymis miserabiliora verba proferebat: his me gemebunda compellans: Ego, inquit, fili, virtute patris tui non multo tempore ita providente numine frui potui. Nam partus tui dolores excipiens illius obitus, te pupillum, me viduam præmature reliquit, additis viduitatis incommodis, quæ expertis solum probe nota sunt. Nullus enim sermo, illam tempestatem ac procellam exprimere possit, quam puella subit, cum nuper è domo patris emissa, ac negotiorum imperita, repente luctu intolerabili perculsa, solitudinem ætate ac sexu suo majorem suscipere cogitur. Opus enim est servorum ignaviam emendare, nequitiam observare, cognatorum insidias propulsare, publicanorum molestias, et in vectigalibus exigendis immanitatem fortiter ferre. Quod si is, qui mortem obit, prolem relinquat, si sit femina, magnam utique matri curam exhibet; sed tamen sumptibus et metu vacantem. At filius sexcentis quotidie timoribus replet, multisque sollicitudinibus; mitto enim pecuniarum expensam, quam multam facere cogitur mater, si liberaliter illum educare cupiat. Me tamen horum nullum ad alteras nuptias vel ad alterum in patris tui ædes inducendum sponsum permovit. Sed in procella et turbine mansi, ferreamque viduitatis fornacem non evasi: primo quidem superno fulta subsidio: deinde non modico mihi in calamitatibus solacio erat, quod vultum frequenter tuum aspicerem, ac vivam defuncti imaginem servarem, quæ illum accurate referret. Quapropter cum adhuc infans esses, necdum loqui valeres, cum maxime pueri parentes oblectare solent, magne mihi consolationi fuisti. Neque illud mihi vitio vertere possis, quod licet viduitatem fortiter tulerim, paternas tamen ob viduitatis incommodum tibi minuerim facultates, quod multis in orbitate infeliciter accidisse novi: nam illas tibi integras servavi, licet nihil eorum sumptuum prætermiserim, qui ad liberalem institutionem tuam

necessarii erant; idque ex facultatibus meis, exque pecuniis, quas è domo paterna attuleram. Ne vero putes me tibi exprobrantem hæc dicere: sed pro his omnibus unam postulo gratiam, ne me altera viduitate involvas, neu sopitum jam luctum denuo excites: verum mortem expectes meam; hinc fortasse brevi emigrandum mihi erit. Nam juvenes quidem ad provecam perducere senectutem sperare possunt; nos autem qui consenuimus, nihil aliud, quam mortem præstolamur. Cum itaque me terræ traderis, patrisque ossibus admiscueris, longas suscipito peregrinationes, et quoscumque volueris pelagus trajicito: nemo tunc prohibiturus est. Cæterum donec respiramus, contubernium meum ne respuas; neu in Dei offensionem temere incurras, dum nos, nihil tamen læsus à nobis, tot malis involves. Etenim si conqueri potes, quod te ad mundanas curas pertraham, ac negotiis prospicere tuis cogam, ne leges naturæ, ne educationem, ne consuetudinem neu aliud quidpiam reverearis, sed nos tanquam insidiatores et inimicos fuge; sin vero nihil non agimus, ut tibi otium paremus ad vitam instituendam; si minus aliud vinculum certe hoc unum te apud nos detineat. Nam etiamsi te à sexcentis aliis amari dicas, nullus tibi tantam libertatem procuravit, quandoquidem nemo est, cui existimatio tua æque ac mihi, cara sit. (S. Joann. Chrys.: *De Sacerdotio*, lib. i, n. 5, tom. i, fol. 363.)

La interesantísima carta de San Bernardo á su sobrino Roberto, que hemos citado en la página 11, se halla en el tom. i, fol. 1 de las obras del Santo.

Cum autem ad alios loquimur, verbo intus manenti ministerium vocis adhibemus, aut alicujus signi corporalis, ut per quandam commemorationem sensibilem tale aliquid fiat etiam in animo audientis, quale de loquentis animo non recedit. Nihil itaque agimus per membra corporis in factis dictisque nostris, quibus vel approbantur vel improbantur mores hominum, quod non verbo apud nos intus edito prævenimus. Nemo enim volens aliquid facit, quod non in corde suo prius dixerit. (S. Aug.: *De Trinit.*, lib. ix, cap. vii, tom. viii, fol. 967.)

Duæ sunt res quibus nititur omnis tractatio Scripturarum: modus inveniendi quæ intelligenda sunt et modus proferendi quæ intellecta sunt. (*De Doct. christ.*, libro i, cap. i, tom. iii, fol. 19.)

«Nam et res divinas mente consequi arduum et ver-

his explicare difficile...» etc. (S. G. Nazianc., Orat. XXVI, tomo i, fol. 397.)

Geminum est lectionis studium: primum, quomodo Scripturæ intelligantur: secundum, qua utilitate vel dignitate dicantur. Erit enim antea quisque promptus ad intelligendum quæ legit: sequenter idoneus ad proferendum quæ didicit. (S. Isid. Hispal., *Sent.*, lib. iii, cap. viii, n. 5, tom. ii, fol. 100.)

LECCION II.

El arte auxilia y perfecciona las dotes que tiene el hombre para ser naturalmente elocuente.

«Debet igitur divinarum Scripturarum tractator et doctor, defensor rectæ fidei ac debellator erroris, et bona docere, et mala dedocere; atque in hoc opere sermonis conciliare adversos, remissos erigere, nescientibus quid agatur, quid expectare debeant intimare. Ubi autem benevolos, intentos, dociles aut invenerit, aut ipse fecerit, cætera peragenda sunt, sicut postulat causa. Si docendi sunt qui audiunt, narratione faciendum est, si tamen indigeat, ut res de qua agitur innotescat. Ut autem quæ dubia sunt certa fiant, documentis adhibitis ratiocinandum est. Si vero qui audiunt movendi sunt potius quam docendi, ut in eo quod jam sciunt, agendo non torpeant, et rebus assensum, quas veras esse fatentur, accommodent, majoribus dicendi viribus opus est. Ibi obsecrationes et increpationes, concitationes et cœrcitiones, et quæcumque alia valent ad commovendos animos, sunt necessaria. Et hæc quidem cuncta quæ dixi, omnes fere homines in iis quæ eloquendo agunt facere non quiescunt: sed cum alii faciant obtuse, deformiter, frigide; alii acute, ornate, vehementer; illum ad hoc opus unde agimus, jam oportet accedere, qui potest disputare vel dicere sapienter, etiam si non potest eloquenter, ut prosit audientibus, etiamsi minus quam prodesset, si et eloquenter posset dicere. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. iv, capitulos iv et v, tomo iii, fol. 91.)

Sunt etiam quædam præcepta uberioris disputationis, quæ jam eloquentia nominatur, quæ nihilominus vera sunt quam vis eis possint etiam falsa persuaderi: sed quia et vera possunt, non est facultas ipsa culpabilis, sed ea male utentium perversitas. Nam neque hoc ab hominibus

necessarii erant; idque ex facultatibus meis, exque pecuniis, quas è domo paterna attuleram. Ne vero putes me tibi exprobrantem hæc dicere: sed pro his omnibus unam postulo gratiam, ne me altera viduitate involvas, neu sopitum jam luctum denuo excites: verum mortem expectes meam; hinc fortasse brevi emigrandum mihi erit. Nam juvenes quidem ad provecam perducere senectutem sperare possunt; nos autem qui consenuimus, nihil aliud, quam mortem præstolamur. Cum itaque me terræ traderis, patrisque ossibus admiscueris, longas suscipito peregrinationes, et quoscumque volueris pelagus trajicito: nemo tunc prohibiturus est. Cæterum donec respiramus, contubernium meum ne respuas; neu in Dei offensionem temere incurras, dum nos, nihil tamen læsus à nobis, tot malis involves. Etenim si conqueri potes, quod te ad mundanas curas pertraham, ac negotiis prospicere tuis cogam, ne leges naturæ, ne educationem, ne consuetudinem neu aliud quidpiam reverearis, sed nos tanquam insidiatores et inimicos fuge; sin vero nihil non agimus, ut tibi otium paremus ad vitam instituendam; si minus aliud vinculum certe hoc unum te apud nos detineat. Nam etiamsi te à sexcentis aliis amari dicas, nullus tibi tantam libertatem procuravit, quandoquidem nemo est, cui existimatio tua æque ac mihi, cara sit. (S. Joann. Chrys.: *De Sacerdotio*, lib. I, n. 5, tom. I, fol. 363.)

La interesantísima carta de San Bernardo á su sobrino Roberto, que hemos citado en la página 11, se halla en el tom. I, fol. I de las obras del Santo.

Cum autem ad alios loquimur, verbo intus manenti ministerium vocis adhibemus, aut alicujus signi corporalis, ut per quandam commemorationem sensibilem tale aliquid fiat etiam in animo audientis, quale de loquentis animo non recedit. Nihil itaque agimus per membra corporis in factis dictisque nostris, quibus vel approbantur vel improbantur mores hominum, quod non verbo apud nos intus edito prævenimus. Nemo enim volens aliquid facit, quod non in corde suo prius dixerit. (S. Aug.: *De Trinit.*, lib. IX, cap. VII, tom. VIII, fol. 967.)

Duæ sunt res quibus nititur omnis tractatio Scripturarum: modus inveniendi quæ intelligenda sunt et modus proferendi quæ intellecta sunt. (*De Doct. christ.*, libro I, cap. I, tom. III, fol. 19.)

«Nam et res divinas mente consequi arduum et ver-

his explicare difficile...» etc. (S. G. Nazianc., Orat. XXVI, tomo I, fol. 397.)

Geminum est lectionis studium: primum, quomodo Scripturæ intelligantur: secundum, qua utilitate vel dignitate dicantur. Erit enim antea quisque promptus ad intelligendum quæ legit: sequenter idoneus ad proferendum quæ didicit. (S. Isid. Hispal., *Sent.*, lib. III, cap. VIII, n. 5, tom. II, fol. 100.)

LECCION II.

El arte auxilia y perfecciona las dotes que tiene el hombre para ser naturalmente elocuente.

«Debet igitur divinarum Scripturarum tractator et doctor, defensor rectæ fidei ac debellator erroris, et bona docere, et mala dedocere; atque in hoc opere sermonis conciliare adversos, remissos erigere, nescientibus quid agatur, quid expectare debeant intimare. Ubi autem benevolos, intentos, dociles aut invenerit, aut ipse fecerit, cætera peragenda sunt, sicut postulat causa. Si docendi sunt qui audiunt, narratione faciendum est, si tamen indigeat, ut res de qua agitur innotescat. Ut autem quæ dubia sunt certa fiant, documentis adhibitis ratiocinandum est. Si vero qui audiunt movendi sunt potius quam docendi, ut in eo quod jam sciunt, agendo non torpeant, et rebus assensum, quas veras esse fatentur, accommodent, majoribus dicendi viribus opus est. Ibi obsecrationes et increpationes, concitationes et cœrcitiones, et quæcumque alia valent ad commovendos animos, sunt necessaria. Et hæc quidem cuncta quæ dixi, omnes fere homines in iis quæ eloquendo agunt facere non quiescunt: sed cum alii faciant obtuse, deformiter, frigide; alii acute, ornate, vehementer; illum ad hoc opus unde agimus, jam oportet accedere, qui potest disputare vel dicere sapienter, etiam si non potest eloquenter, ut prosit audientibus, etiamsi minus quam prodesset, si et eloquenter posset dicere. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, capitulos IV et V, tomo III, fol. 91.)

Sunt etiam quædam præcepta uberioris disputationis, quæ jam eloquentia nominatur, quæ nihilominus vera sunt quam vis eis possint etiam falsa persuaderi: sed quia et vera possunt, non est facultas ipsa culpabilis, sed ea male utentium perversitas. Nam neque hoc ab hominibus

institutum est, ut caritatis expressio conciliet auditorem, aut ut facile, quod intendit, insinuet brevis et aperta narratio, et varietas ejus sine fastidio teneat intentos; et cæteræ hujusmodi observationes; quæ sive in falsis sive in veris causis, veræ sunt tamen, in quantum vel sciri vel credi aliquid faciunt aut ad expetendum fugiendumve animos movent, et inventæ potius quod ita se habeant, quam ut ita se haberent institutæ. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. II, cap. XXXVI, tom. III, fol. 60.)

Sed recte ista fortasse ratiocinatio nominatur, ut ratio sit quiddam mentis adspectus, ratiocinatio autem rationis inquisitio, id est, adspectus illius per ea quæ adspicienda sunt, motio. (S. Aug.: *De quant. animæ*, cap. XXVII, n. 53, tom. I, fol. 427.)

El mismo Santo Doctor, desde el cap. XI del lib. II *De ordine*, despues de haber examinado la razon humana y sus facultades, observa que el hombre no hubiera podido vivir en sociedad sin la facultad de expresar los fenómenos de su alma. De aquí infiere la necesidad de la palabra y consigna el origen de la escritura, gramática, prosodia, dialéctica, retórica, música, poesía, versificación, ritmo, geometría y astronomía. (Tom. I, fol. 1009.)

Verum hæc et similes artes non illis solis sed communi hominum naturæ erant adscribendæ. Siquidem homines diligenti naturæ contemplatione et observatione, artes inveniunt: hinc in omnium ore est artem naturæ esse imitationem. Si ergo illi in his artibus, quibus navarunt operam, periti evaserunt, non idcirco dii sed potius homines existimandi sunt. Nec enim artes ab illis sunt profectæ, sed ipsi in artibus naturam imitati sunt. Nam cum homines, uti ex hominis definitione constat, natura sint scientiæ capaces: nil mirum, si illi humano ingenio in suam ipsorum naturam intuentes, ejusque percepta cognitione, artes excogitaverint... Etenim litteras Phœnices invenerunt: poësim heroicam Homerus, dialecticam Zeno Eleates: rhetoricam, Corax Syracussius. (S. Athanas.: *Orat. contra Gentes*, n. 18, tom. I, part. I, fol. 18.)

Quoniam si acutum et fervens adsit ingenium, facilius adhæret eloquentia legentibus et audientibus eloquentes, quam eloquentiæ præcepta sectantibus... Si autem tale desit ingenium, nec illa rhetorica præcepta capiuntur; nec, si magno labore inculcata quantulumque ex parte capiuntur, aliquid prosunt. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. III, tom. III, pag. 90.)

«Si enim... ea quæ velut oratoria arte discuntur non observarentur et notarentur, et in hanc doctrinam non redigerentur, nisi prius in oratorum invenirentur ingeniiis...» etc. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. VII, fol. 98.)

Las palabras de San Jerónimo con que hemos concluido la lección II en la página 14 se hallan en el Prefacio del libro III del Comentario sobre la carta á los galatas, tom. IV, parte primera, fol. 289.

LECCION III.

Redi mecum humana infirmitas, redi ergo. Humana ipsa comprehendamus, si possumus. Homines sumus et nos qui loquimur, et hominibus loquimur, et sonum vocis edimus. Ad aures hominum sonum vocis nostræ perducimus, et per nostræ vocis sonum et intellectum quomodocumque per aurem in corde ponimus. Hinc ergo quod possumus, ut possumus, eloquamur; hoc comprehendamus. Si autem neque hoc comprehendere valuerimus, ad illud, quid sumus? Ecce auditis me: verbum facio. Si quis hinc exeat et interrogetur foris quid hic agitur, respondet: verbum Episcopus facit. Verbum facio de Verbo. Sed quale verbum, de quali Verbo? Mortale verbum, de immortali Verbo; mutabile verbum, de immutabili Verbo; transitorium verbum, de æterno Verbo. Tamen attendite verbum meum. Dixeram enim vobis Verbum Dei ubique totum est. Ecce facio vobis verbum: ad omnes pervenit quod dico. Ut ad omnes perveniret quod dico, numquid divisistis quod dico? Si pascerem vos, ut non mentem vestram, sed ventrem implere vellem, et ponerem vobis panes quibus saturaremini, nonne panes meos divideretis inter vos? Numquid possent panes mei ad unumquemque vestrum pervenire? Si ad unum pervenirent, ceteri nihil haberent: ecce loquor, et omnes habetis; parum est quia omnes habetis: et omnes totum habetis. Pervenit ad omnes totum, ad singulos totum. O mirabilia verbi mei! Quid est ergo Verbum Dei? Aliud audite. Dixi: quod dixi processit ad vos, et non recessit à me. Pervenit ad vos, nec separatum est à me. Antequam dicerem, ego habebam, et vos non habebatis: dixi, et vos habere cœpistis, et ego nihil perdidit. O miraculum verbi mei! Quid est ergo Verbum Dei? De parvis magna conicite. Considerate terrena, laudate cœlestia. Creatura sum, creatura estis: et tanta

miracula fiunt de verbo meo, in corde meo, in ore meo, in voce mea, in auribus vestris in cordibus vestris. (Sancti August., serm. CXX de verbis Joann., n. 3, tom v, fol. 677.)

San Agustín, no sólo llama milagro á la palabra, como acabamos de ver, sino que la compara con el misterio de la Encarnación, para explicar su posibilidad.

Nos loquimur verba volantia et transeuntia: mox ut sonuerit ore tuo verbum tuum, transit, peragit strepitum suum et transit in silentium. Numquid potes sequi sonum tuum, et tenere ut stet? Cogitatio tamen tua manet et de ipsa cogitatione manente dicis multa verba transeuntia. Quid dicimus, Fratres? Deus cum loqueretur, adhibuit vocem, adhibuit sonos, adhibuit syllabas? Si adhibuit ista, qua lingua locutus est? Hebraea, an Graeca, an Latina? Ibi necessariae linguae, ubi distinctio gentium. Ibi autem nemo potest dicere, illa lingua, vel illa lingua locutum esse Deum. Cor tuum adtende. Quando concipis verbum quod dicas: dicam enim, si potero, quod sin nobis attendamus, non unde illud comprehendamus: quando ergo concipis verbum quod proferas, rem vis dicere, et ipsa rei conceptio in corde tuo jam verbum est: nondum processit, sed jam natum est in corde et manet ut procedat: adtendis autem ad quem procedat: cum quo loquaris: si Latinus est, vocem Latinam quaeris: si Graecus est, verba Graeca meditaris; si Punicus est, adtendis si nosti linguam Punicam; pro diversitate auditorum diversas linguas adhibes, ut proferas verbum conceptum, illud autem quod corde conceperas, nulla lingua tenebatur. Cum ergo Deus loquens linguam non quaereret; et genus locutionis non assumeret, quomodo auditus est à Filio, cum ipsum Filium sit locutus Deus? Quomodo enim tu verbum quod loqueris, in corde habes, et apud te est, et ipsa conceptio spiritualis est: nam sicut anima tua spiritus est, ita et verbum quod concepisti, spiritus est; nondum enim accipit sonum ut per syllabas dividatur, sed manet in conceptione cordis et in speculo mentis: sic Deus edidit Verbum, hoc est, genuit Filium. (S. Aug., in Joann. Evangelium, tract. xiv, n. 7, tom. iii, fol. 1506.)

In principio erat Verbum. Tu revocas ad usum sermocinationis tuae, et dicis apud te: quid est verbum? Quid magnum est verbum? Sonat et transit; verberato aere au-

rem percutit, postea non erit. Audi adhuc, Verbum erat apud Deum: manebat, non sonando transibat. Adhuc fore contemnis: Deus erat Verbum. Apud te ipsum, o homo, cum est in corde tuo verbum, aliud est quam sonus: sed verbum quod est apud te, ut transeat ad me, sonum quasi vehiculum quaerit. Assumit ergo sonum, imponit se quodammodo in vehiculum, transeurit aërem, venit ad me, nec recedit à te. Sonus autem ut veniret ad me, recessit à te, nec perstitit apud me. Verbum ergo quod erat in corde tuo, numquid sono praetereunte praeteriit? Quod cogitabas dixisti; et ut ad me perveniret quod apud te latebat, syllabas sonuisti; sonus syllabarum perduxit ad aurem meam cogitationem tuam, per aurem meam descendit in cor meum cogitatio tua, sonus medius transvolavit: verbum vero illud quod assumpsit sonum; antequam sonares, erat apud te; quia sonuisti, est apud me, et non recessit à te. Hoc attende, quisquis es examinador sonorum. Verbum Dei contemnis, qui verbum hominis non comprehendis. (S. Aug., in Evangel. Joan., tract. xxxvii, n. 4, tom. iii, fol. 1671.)

De Verbo aliquid ago, et verbum humanum forte aliquid simile potest; quamvis longe impar, longe discretum, ex nulla particula comparandum, tamen vobis aliqua similitudine insinuandum. Ecce ego verbum quod vobis loquor, in corde meo prius habui; processit ad te, nec recessit à me: coepit esse in te, quod non erat in te; mansit apud me, cum exiret ad te. Sicut ergo verbum meum prolatum est sensui tuo, nec recessit à corde meo: sic illud Verbum prolatum est sensui nostro, nec recessit à Patre suo, Verbum meum erat apud me, et processit in vocem: Verbum Dei erat apud Patrem, et processit in carnem. (S. Aug., serm. CXIX De verbis Joannis, n. 7, tom. v, fol. 675.)

Ecce quod dico, quod dicturus sum, hoc audite, hoc comprehendite verbum meum, hoc est, verbum humanum. Si autem nec hoc comprehendere poteritis, videte ab illo quam longe sitis. Certe miramur quomodo Christus carnem accepit, de virgine natus est, et à Patre non recessit: ecce ego qui vobiscum loquor, antequam ad vos venirem, cogitavi ante quod vobis dicerem. Quando cogitavi quod vobis dicerem, jam in corde meo verbum erat. Non enim vobis dicerem, nisi ante cogitarem. Inveni te Latinum, Latinum tibi proferendum est verbum. Si autem Graecus esse, Graece tibi loqui deberem, et pro-

ferre ad te verbum Græcum. Illud verbum in corde nec Latinum est, nec Græcum: prorsus antecedit linguas istas quod est in corde meo. Quæro illi sonum, quæro quasi vehiculum; quæro unde perveniat ad te, quando non recedit à me. Ecce audistis quod est in corde meo, jam est et in vestro. In meo est et in vestro est: et vos habere cœpistis, et ego non perdi. Sicut verbum meum assumpsit sonum, per quem audiretur: sic Verbum Dei assumpsit carnem, per quam videretur. Quantum potui dixi. Et quid dixi? Quoniam quis dixi? Homo loqui volui de Deo. Tantus est, talis est, ut nec eum loqui possimus, nec eum tacere debeamus. (S. Aug., serm. CCXXV, ad infantes, tom. v, fol. 1097.)

Et aurium quidam cibus sonus est, et ipse qualis, est? De his enim sensibus corporis mentis intelligibilia conjiciamus. Ecce loquor charitati vestræ: adsunt aures, adsunt mentes. Duo quædam nominavi, aures et mentes; et in eo quod loquor, duo quædam sunt sonus et intellectus: simul feruntur, simul ad aurem perveniunt: sonus remanet in aure, intellectus descendit in corde. Sed de sono ipso prius advertamus quanto excellentius intellectum amare debemus. Sonus est quasi corpus, intellectus est quasi animus. Sed sonus mox ut aërem percuserit, auremque tetigerit, transit, nec revocatur, nec adhuc sonat. Ita enim sibi syllabæ præeundo et sequendo succedunt, ut secunda non sonet, nisi prima transierit. Verum tamen sic quomodo quoddam transitorium magnum habet miraculum. Ecce enim si vobis esurientibus panem apponerem, non perveniret ad singulos; totum divideretis vobis quod posuissem, et quanto plures essetis, tanto minus haberetis. Modo autem sermonem profero, verba inter vos et syllabas non dividitis, nec secatis sermonem meum, ut alius tollat istam partem, alius illam, et sic minutatim et particulatim ad singulos quosque quod dico perveniat: sed totum audit unos, totum audiunt duo, totum audiunt plures, et quotquot venerint totum audiunt; et omnibus sufficit, et singulis integrum est. præparatur ad audiendum auris tua, nec eam fraudat vicina auris aliena. Si hoc fit de verbo sonante, quid fit de Verbo omnipotente? Quomodo enim vox ista nostra auribus omnium audientium singulis tota est et apud singulos tota est; nec tot sunt meæ voces quot vestræ aures, sed una vox multas aures implet, non divisa, sed omnibus tota; sic cogitate Verbum Dei totum in cœlis, totum in terris,

totum in Angelis, totum apud Patrem, totum apud Virginem, totum in æternitate, totum in carne, totum ad inferos, cum visitaret, totum in paradiso, quo latronem transtulit. Hæc dixi de sono.

Quid, si de intellectu aliquid dicam? Quanto minus est quam Verbum Dei? Ecce enim sonum profero; sed cum protulero, jam non revoco, sed si volo audiri, alterum sonum profero, et cum ipse transierit, profero alterum, aut silentium consequetur; intellectum vero et profero ad te, et teneo apud me; et invenis quod audisti, et non perdo quod dixi. Videte quam vera sint et *letetur cor querentium dominum*. Dominus enim ipsa principalis veritas est. Intellectus ergo manens in corde meo migrat ad tuum, nec deserit meum. Verumtamen cum intellectus inest cordi meo et volo ut insit etiam cordi tuo, quæro qua ad te transeat quasi vehiculum sonum; et assumo sonum, et quasi impono intellectum, et profero, et produco, et doceo et non amitto. Si potuit hoc facere intellectus meus de voce mea, non potuit Verbum Dei de carne sua? (S. Aug., serm. XXVIII, tom. v, fol. 188.)

Proinde verbum quod foris sonat, signum est verbi quod intus læcet, cui magis verbi competit nomen. Nam illud quod profertur carnis ore, vox verbi est; verbumque et ipsum dicitur, propter illud à quo ut foris apparet assumptum est. Ita enim verbum nostrum vox quodam modo corporis fit, assumendo eam in qua manifestetur sensibus hominum; sicut Verbum Dei caro factum est, assumendo eam in qua et ipsum manifestaretur sensibus hominum. Et sicut verbum nostrum ut vox, nec mutatur in vocem, ita Verbum Dei caro quidem factum est, sed absit ut mutaretur in carnem. Assumendo quippe illam, non in eam se consumendo, et hoc nostrum vox fit, et illud caro factum est. (S. Aug.: *De Trinitate*, lib. xv, cap. xi, tom. vii, fol. 1071.)

La idea de que el Verbo eterno se encarnó, en cierto modo, segunda vez tomando para cuerpo suyo la palabra del hombre, puede verse en la homilia XXXV de Orígenes sobre San Mateo y en el cap. xxxviii *De resurrectione corporum*, de Tertuliano.

Poder de Dios y cooperacion del hombre.

Ideo dixit ipsi Apostolus discernens operationem operariorum et Creatoris: Ego plantavi, Apollo rigavit; sed Deus incrementum dedit. Et adjunxit, neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus. Si Deus intrinsecus incrementum non det, inanis est iste sonus ad aures vestras. Si autem det, valet aliquid quod plantamus et rigamus, et non est inanis labor noster. (S. Aug., serm. CLII, n. 1, tom. v, fol. 820.)

Et si ab hominibus audiunt, tamen quod intelligunt, intus datur, intus coruscat, intus revelatur. Quid faciunt homines forinsecus annuntiantes? Quid facio ego modo cum loquor? Strepitum verborum ingero auribus vestris. Nisi ergo revelet ille qui intus est, quid dico; aut quid loquor? Exterior cultor arboris, interior est Creator. Qui plantat et qui rigat, extrinsecus operatur, hoc facimus nos. *Sed neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus.* (S. Aug., in Evang. Joann., tract. XXVI, n. 7, tom. III, fol. 1609.)

Se debe respetar siempre la palabra divina: el modo de anunciarla puede ser examinado en ciertas condiciones.

En el discurso de estas lecciones vamos viendo cómo los Santos Padres han juzgado y criticado á los malos predicadores, y el recto fin que se proponian con estas censuras.

San Agustin recomendaba con frecuencia á sus fieles la obligacion que tenian de oír con respeto la palabra divina, y de aprovechar las verdades que se les predicaban, cualesquiera que fuese la vida ó conducta del predicador. (In Joann., tract. XLV, n. 6, tom. III, fol. 1730.—Enarrat. in Psalm. XLIX, n. 23, tom. IV, fol. 580.—Sermon CLXXIX, n. 10, tom. V, fol. 971.)

LECCION IV.

Comparacion del Nazianceno y observacion de San Agustin.

Ipsi porro (Basilio) eloquentiæ studium accessionis dumtaxat ac velut corollarii cujusdam rationem habebat, hoc tantum scilicet ex ipsa fructus decerpenti, ut ejus

ope atque auxilio ad nostram philosophiam uteretur: quandoquidem ad explicanda animi sensa ipsius vis ac facultas requiritur mens enim, quæ id, quod sentit, verbis exprimere nequit, hominum torpore laborantium incessui haudquaquam dissimilis est. (S. Greg. Naz., Oratio XX, in laud. Basilii Magn., tom. I, fol. 294.)

Et tamen in sermonibus atque dictionibus eloquentium, impleta reperiuntur præcepta eloquentiæ, de quibus illi ut eloquerentur, vel cum eloquerentur, non cogitaverunt, sive illa didicissent, sive ne attigissent quidem. Implent quippe illa, quia eloquentes sunt; non adhibent ut sint eloquentes. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. III, tom. III, fol. 90.)

Verdadera y falsa elocuencia.

Docente te in Ecclesia, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Lacrymæ auditorum laudes tuæ sint. Sermo presbyteri Scripturarum lectione conditus sit: nolo te declamatorem esse et rabulam garrulumque sine ratione, sed mysteriorum peritum, et sacramentorum Dei tui eruditissimum. Verba volvere, et celeritate dicendi apud imperitum vulgus admirationem sui facere, indoctorum hominum est. (S. Hieronymus, Epist. XXXIV ad Nepot., tom. IV, part. II, fol. 262.)

«Quod genus captiosarum conclusionum Scriptura, quantum existimo, detestatur illo loco, ubi dictum est: *qui sophisticè loquitur, odibilis est (Eccli., xxxvii, 23.)* Quamquam etiam sermo non captiosus, sed tamen abundantius quam gravitatem decet, verborum ornamenta consectans, sophisticus dicitur.» (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. II, cap. xxxi, tom. III, fol. 58.)

Qui vero affluit insipienti eloquentia, tanto magis cavendus est, quanto magis ab eo in iis quæ audire inutile est, delectatur auditor, et eum quoniam diserte dicere audit, etiam vere dicere existimat. Hæc autem sententia nec illos fugit, qui artem rhetoricam docendam putarunt: fassi sunt enim sapientiam sine eloquentiam parum prodesse civitatibus; eloquentiam verò sine sapientia nimium obesse plerumque, prodesse nunquam. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. V, tom. III, fol. 91.)

Illud est molestum et periculosum vel perniciosum, si cum laudatur eloquentia, persuadeatur insipientia, et in

Poder de Dios y cooperacion del hombre.

Ideo dixit ipsi Apostolus discernens operationem operariorum et Creatoris: Ego plantavi, Apollo rigavit; sed Deus incrementum dedit. Et adjunxit, neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus. Si Deus intrinsecus incrementum non det, inanis est iste sonus ad aures vestras. Si autem det, valet aliquid quod plantamus et rigamus, et non est inanis labor noster. (S. Aug., serm. CLII, n. 1, tom. v, fol. 820.)

Et si ab hominibus audiunt, tamen quod intelligunt, intus datur, intus coruscat, intus revelatur. Quid faciunt homines forinsecus annuntiantes? Quid facio ego modo cum loquor? Strepitum verborum ingero auribus vestris. Nisi ergo revelet ille qui intus est, quid dico; aut quid loquor? Exterior cultor arboris, interior est Creator. Qui plantat et qui rigat, extrinsecus operatur, hoc facimus nos. *Sed neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus.* (S. Aug., in Evang. Joann., tract. XXVI, n. 7, tom. III, fol. 1609.)

Se debe respetar siempre la palabra divina: el modo de anunciarla puede ser examinado en ciertas condiciones.

En el discurso de estas lecciones vamos viendo cómo los Santos Padres han juzgado y criticado á los malos predicadores, y el recto fin que se proponian con estas censuras.

San Agustin recomendaba con frecuencia á sus fieles la obligacion que tenian de oír con respeto la palabra divina, y de aprovechar las verdades que se les predicaban, cualesquiera que fuese la vida ó conducta del predicador. (In Joann., tract. XLV, n. 6, tom. III, fol. 1730.—Enarrat. in Psalm. XLIX, n. 23, tom. IV, fol. 580.—Sermon CLXXIX, n. 10, tom. V, fol. 971.)

LECCION IV.

Comparacion del Nazianceno y observacion de San Agustin.

Ipsi porro (Basilio) eloquentiæ studium accessionis dumtaxat ac velut corollarii cujusdam rationem habebat, hoc tantum scilicet ex ipsa fructus decerpenti, ut ejus

ope atque auxilio ad nostram philosophiam uteretur: quandoquidem ad explicanda animi sensa ipsius vis ac facultas requiritur mens enim, quæ id, quod sentit, verbis exprimere nequit, hominum torpore laborantium incessui haudquaquam dissimilis est. (S. Greg. Naz., Oratio XX, in laud. Basilii Magn., tom. I, fol. 294.)

Et tamen in sermonibus atque dictionibus eloquentium, impleta reperiuntur præcepta eloquentiæ, de quibus illi ut eloquerentur, vel cum eloquerentur, non cogitaverunt, sive illa didicissent, sive ne attigissent quidem. Implent quippe illa, quia eloquentes sunt; non adhibent ut sint eloquentes. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. III, tom. III, fol. 90.)

Verdadera y falsa elocuencia.

Docente te in Ecclesia, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Lacrymæ auditorum laudes tuæ sint. Sermo presbyteri Scripturarum lectione conditus sit: nolo te declamatorem esse et rabulam garrulumque sine ratione, sed mysteriorum peritum, et sacramentorum Dei tui eruditissimum. Verba volvere, et celeritate dicendi apud imperitum vulgus admirationem sui facere, indoctorum hominum est. (S. Hieronymus, Epist. XXXIV ad Nepot., tom. IV, part. II, fol. 262.)

«Quod genus captiosarum conclusionum Scriptura, quantum existimo, detestatur illo loco, ubi dictum est: *qui sophisticè loquitur, odibilis est (Eccli., xxxvii, 23.)* Quamquam etiam sermo non captiosus, sed tamen abundantius quam gravitatem decet, verborum ornamenta consectans, sophisticus dicitur.» (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. II, cap. xxxi, tom. III, fol. 58.)

Qui vero affluit insipienti eloquentia, tanto magis cavendus est, quanto magis ab eo in iis quæ audire inutile est, delectatur auditor, et eum quoniam diserte dicere audit, etiam vere dicere existimat. Hæc autem sententia nec illos fugit, qui artem rhetoricam docendam putarunt: fassi sunt enim sapientiam sine eloquentiam parum prodesse civitatibus; eloquentiam verò sine sapientia nimium obesse plerumque, prodesse nunquam. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. V, tom. III, fol. 91.)

Illud est molestum et periculosum vel perniciosum, si cum laudatur eloquentia, persuadeatur insipientia, et in

pretioso poculo hibatur pestifera potio. (S. Aug.: *De anima et de ejus orig.*, lib. 1, cap. III, tom. X, fol. 476.)

Docebam in illis annis artem rhetoricam, et victoriosam loquacitatem victus cupiditatem vendebam. Malebam tamen, Domine, tu scis, bonos habere discipulos, sicut appellantur boni; et eos sine dolo docebam dolos; non quibus contra caput innocentis agerent, sed aliquando pro capite nocentis. (S. Aug.: *Confessionum*, lib. IV, cap. II, tom. II, fol. 693.)

En el c. p. II del lib. IX vuelve á lamentarse de la futilidad de las lecciones de elocuencia que daba ántes de su conversión, «ocupacion, dice, que resolví dejar.» «ne ulterius pueri mediantes non legem tuam, non pacem tram sed insanias mendaces et bella forensia, mercarentur ex ore meo arma furori suo.» (Tom. I, fol. 763.)

Quid ergo ludosne omnes litterarios diruemus, ajunt? Minime hoc dico: sed ut ne virtutis destruamus ædificium, neu vivam obruamus animam. Quæ si temperans quidem fuerit, nullum ex litterarum imperitia sequetur detrimentum; sin corrupta fuerit, maximum damnum erit, etiamsi lingua vehementer acuta fuerit et excolita, tantoque majus damnum, quanto mayor dicendi vis accesserit. Nequitia enim cum dicendi facultate conjuncta multo deteriora, quam imperitia, mala parere solet. (S. Joann. Chrysost., adversus oppugnatores vitæ monast., lib. III, num. 10, tom. I, fol. 95.)

Sunt etiam quedam præcepta uberioris disputationis, quæ jam eloquentia nominatur, quæ nihilominus vera sunt, quamvis eis possint etiam falsa persuaderi: sed quia et vera possunt, non est facultas ipsa culpabilis, sed ea male utentium perversitas. Nam neque hoc ab hominibus institutum est, ut caritatis expressio conciliet auditorem, aut ut facile quod intendit, insinuet, brevis et aperta narratio, et varietas ejus sire fastidio teneat intentos; et ceteræ hujusmodi observationes, quæ sive in falsis sive in veris causis, veræ sunt tamen, inquantum vel sciri vel credi aliquid faciunt, aut ad expetendum fugiendumve animos movent, et inventæ potius quod ita se habeant, quam ut ita se haberent institutæ. (S. Augustin.: *De Doct. christ.*, lib. II, cap. XXXVI, tom. III, fol. 60.)

Observacion de San Agustin.

Nam cum per artem rethoricam et vera suadeantur et falsa, quis audeat dicere, adversus mendacium in defensoribus suis innermem debere consistere veritatem, ut videlicet illi qui res falsas persuadere conantur, noverint auditorem vel benevolum, vel intentum, vel docilem, præmio facere; isti autem non noverint? Illi falsa breviter, aperte, verisimiliter; et isti vera sic narrent, ut audire tædeat, intelligere non pateat, credere postremo non libeat? Illi fallacibus argumentis veritatem oppugnent, asserant falsitatem, isti nec vera defendere, nec falsa valeant reputare. Illi animos audientium in errorem moventes impellentesque dicendo terreant, contristent, exhilarent, exhortentur ardentem; isti pro veritate lenti frigidique dormitent? Quis ita desipiat ut hoc sapiat? Cum ergo sit in medio posita facultas eloquii quæ ad persuadenda seu prava seu recta valeat plurimum, cur non bonorum studio comparatur, ut militet veritati, si eam mali ad obtinendas perversas vanasque causas in usus iniquitatis et erroris usurpant? (S. Aug.: *De Doct. christ.*, libro IV, cap. II, tom. III, fol. 89.)

San Juan Crisóstomo y el Nazianceno.

Et revera quomodo non absurdum est, ut cum aliquis nesciat artem gubernandi pugnandique cum fluctibus, nec si mille rebus adigatur, eligat ad clavum sedere et ille qui ad prædicandi pergit officium, temere ad istud et utcumque contingit, accedat, atque immemorabilium rerum curam absque ulla consideratione suscipiat! Non itaque navium gubernatorem, non ad bestias dimicantem, non ludo gladiatorio destinatum, non alium quempiam omnino sic ad discrimina et mortes paratam atque expositam oportet habere animam, ut eum qui suscipit officium prædicandi. Nam et pericula profecto majora, et adversarii læviores, et non unum quoddam mortis genus incumbit, nec usquam prorsus simili conditione certatur. Cælum namque hic in præmio, in supplicio autem gehenna proponitur, et æterna animæ salus, atque perditio. (S. J. Chrysost.: *De laudibus S. Pauli Apost.*, hom. VI, tomo II, fol. 511.)

Dic mihi, vir admirande, vocasne aliquid saltare, et

tibia canere? Maxime vero, inquiet. Quid sapientiam et sapientem esse, quam nos divinarum humanarumque rerum scientiam definimus? Id quoque concedet. Age vero, censesne artes illas sapientia meliores et sublimiores esse, an hanc potius illis? Mihi quidem non est dubium, quin hanc omnibus etiam præstantiorem esse dicturi sint atque hactenus æqui et candidi iudices sint. Utrum igitur, saltationis quidem et cantus tiliarum doctrina quædam et disciplina est, ad idque, et diuturno tempore, et plurimis laboribus ac sudoribus opus est, atque interdum etiam mercedem persolvere oportet, et perductores adhibere, longasque peregrinationes suscipere, cæteraque omnia facere et pati, quibus artis peritia comparatur: sapientiam autem, quæ omnibus præest, ac bona omnia complexu suo tenet (adeo ut ipse quoque Deus, quamvis permultis nominibus vocetur, hoc lamen nomine impensius, quam ullis aliis delectetur) rem usque adeo levem et protritam esse existimavimus, ut ad hoc, ut quispiam sapiens sit, voluntas sola requiratur? Magnæ hercle stultitiæ hoc fuerit... Ita ne hactenus quidem sapientes sunt, ut inscitiam suam cognitam habeant. Ac mihi commodum esse videtur illud Salomonis de ipsis usurpare: est malum quod vidi sub sole, virum qui sibi sapiens esse videtur; et quod pejus est, alios erudiendos suscepit, qui ne inscitiam quidem suam persentit. Hoc malum lacrymis quidem et luctibus, si quod aliud, dignum est: quod etiam ipse sæpe miseratus sum. (S. Greg. Nazianc., t. I, orat. I, fol. 21.)

Objecion fundada en algunas palabras del Apóstol.

Venerationi mihi semper fuit, non verbosa rusticitas: sed sancta simplicitas. Qui in sermone imitari se dicit Apostolos, prius imitetur virtutes in vita illorum. In quibus loquendi simplicitatem excusabat sanctimoniam magnitudinem; et syllogismos Aristotelis, contortaque Chrisippi acumina, resurgens mortuus confutabat. (S. Hieronym., Epist. XXXIII De optimo genere interpretandi, tom. IV, part. II, fol. 256.)

San Gregorio Nazianceno, despues de haber recomendado la elocuencia, dice: «Quamobrem non idcirco eruditio contemnenda est, quod ita quibusdam videatur: quin potius stulti atque impediti habendi sunt, qui hoc existimant: qui omnes sui similes esse cupiant, ut pri-

vata eorum inscitia sub communi deliteat, nec quisquam ipsorum imperitiam prodat et coarguat.» (In laudem Basilii Mag., orat. XX, tom. I, fol. 292.)

Quoniam autem non aliam ob rem petimur, quam propter eloquentiam, et supervacaneam hanc et envidiosam linguam, quam in profanis doctrinis eruditam, divinis postea nobilitavimus, falsamque illam et amaram Maram per vitæ lignum dulcem reddidimus, affectum sane induistis animis ingenuis et liberalibus dignum: hoc amatis ob quod oppugnamur. Cur enim mutuam eruditionem amplexi non sumus? Cur non aridam et humi reptantem? Cur, cum ea plerosque delectari conspiceremus, in peregrina quædam et aliena studia incumbebamus: atque adversariis linguis obsistebamus: cum contra oportuerit ratiocinationes per temeritatem defugere, ac mutæ inscitiam fidei nomen imponere? quam ipse quoque, mihi credite, complexus essem ut piscator (quando quidem hoc multis ad inscitiam prætextum in promptu est) si sermonis ac doctrinæ loco signorum et miraculorum vim haberem. (S. Greg. Nazianc., tom. I, orat. XXVII, fol. 411.)

Sentimos no poder copiar, porque es prolijo, el fuerte raciocinio con que el Nazianceno confunde, en el precioso poema de su vida, á los que alegan contra el estudio de la elocuencia las palabras de San Pablo y el ejemplo de los Apóstoles. (Carmen de seipso, tom. I, fol. 896.)

Tum *Basilius*: Cur ergo Paulus, inquit, hanc sibi facultatem comparare non curavit, neque de eloquentiæ inopia erubuit, imo palam fatetur se idiotam esse; idque ad Corinthios scribens, qui eloquentiæ laudè florebant, de qua summe gloriabantur? — *Chrisost.* Hoc est, inquam, hoc est, quod plerosque perdidit, et circa veram doctrinam segniore effecit. Cum enim apostolicæ mentis altitudinem exacte scrutari non possent, neque verborum sensum capere, omne tempus somnolentiæ et oscitantiam dederunt, inscitiam illam amplexati, non qua Paulus se inscium esse dicit, sed qua tanto ille abfuit intervallo, quanto nullus hominum, qui sub cælo sunt.

Prosigue el Santo Doctor haciendo un cumplido elogio de San Pablo; ensalza los milagros que por su ministerio hizo el Señor; encomia sus virtudes, enaltece su celo y se indigna de que se quiera poner en parangon con el grande Apóstol á los predicadores de los tiempos modernos, destituidos de aquellos auxilios extraordinarios con

que el Señor auxiliaba la predicacion apostólica, y continúa diciendo: «Quod autem non adeo idiota fuerit, ut ipsi arbitrantur, id jam commonstrare aggrediar. Hi enim non modo idiotam vocant eum, qui in externarum litterarum præstigiis non exercitatus fuerit; sed etiam eum, qui pro veris dogmatibus pugnare nesciat; ac recte quidem. At Paulus non utrobique se idiotam profitetur, sed in horum altero tantum. Et ut id confirmaret, distinctionem accurate posuit, cum diceret, sermone se idiotam esse, sed non cognitione. Sane si Isocratis leporem exigerem, si Demosthenis acumen, si Tucydidis gravitatem, si Platonis sublimitatem, hoc Pauli testimonium in medium auferendum esset. Nunc autem illa omnia missa facio, necnon curiosum illum exterorum ornatum, nihilque curo dictionem enuntiationemque. Sed esto illum dictione inopem esse, et compositionem nominum simplicem ac remissam; dum ne cognitione, et dogmatum accurate idiota sit; ne ideo, ut ignaviam tegat suam Beato illi quod maximum in bonis est laudemque præcipuam auferat.»

Udenam, obsecro, Judæos Damascum incolentes confudit, cum nondum miracula edere cœpisset? Unde Hellenistas item prostravit? Quare Tarsum missus est? Nonne quia vi verbi superabat, et in tantum ipsos premebat, ut se victos esse non ferentes, ad illius necem inflammarentur? Nondum enim miracula edere cœperat: neque possit quispiam dicere, multos ipsum ob miraculorum gloriam admirandum habuisse, eosque qui cum eo pugnabant, viri existimationi fuisse prostratos. Nam ad id usque tempus sermonis vi superabat. Adversus eos autem qui Antiochiæ judaizare aggrediebantur, quomodo dimicabat, disputabatque? Areopagita vero ille, superstitionissimæ urbis illius civis, nonne ex sola ejus concione cum uxore sequutus eum est? Eutyclus autem quomodo de fenestra delapsus est, nonne quia usque ad multam noctem ejus audiendæ doctrinæ vacabat? Quid vero Thesaloniciæ et Corinthi? Quid Epiesi, et in ipsa Roma? Nonne dies noctesque insumebat in exponendis Scripturis? Jam quid dixeris de illius disputationibus cum Epicureis et Stoicis? Nam si omnia recensere velimus, longius excurret oratio. Cum itaque et ante signa, et in mediis signis, ipsum multa dicendi vi usum esse palam sit, quomodo adhuc audeant idiotam dicere eum, qui disputationibus et concionibus magnam sibi apud omnes admi-

rationem conciliavit? Cur Lycaones ipsum Mercurium esse suspicati sunt: Nam quod dii esse putarentur, id ex signis efficiebatur, quod vero Paulum Mercurium esse putarent, id non signorum, sed eloquentiæ causa evenit. Quare beatus ille vir prærogativam inter cæteros Apostolos habuit? Unde per totum orbem multus in omnium ore versatur? Quare non apud nos modo, sed et apud Judæos et Græcos maxime omnium admirationi habetur? Nonne ex Epistolarum virtute, qua non iis solum, qui tunc erant, fidelibus, sed etiam iis, qui ab illo tempore in hunc usque diem fuere: et iis qui post futuri sunt usque ad novissimum Christi adventum, profuit profuturusque est, nec juvandi finem faciet, donec humanum genus permanserit? Quemadmodum enim murus ex adamante constructus, sic scripta ejus universas orbis Ecclesias circummuniunt. Ipseque instar fortissimi athletæ stat etiam num medius, captivam ducens omnem cogitationem in obedientiam Christi, et destruens omnem celsitudinem elevantem se contra cognitionem Dei. Hæc porro omnia operatur per admirandas illas Epistolas divina plenas sapientia, quas reliquit nobis. Neque solum ad dogmata spuria confutanda, germanaque tutanda idonea sunt ejus scripta; sed etiam ad bonam vitam instituendam non minimæ utilitatis sunt. Horum enim subsidio hodieque Ecclesiarum præfecti utentes virginem castam, quam ille Christo adaptavit, concinnant efformantque, et ad spiritualem pulchritudinem deducunt. His item irruentes in illam morbos depellunt, partemque sanitatem conservant. Talia nobis idiota ille remedia reliquit, tanta virtute prædita, quorum experientiam habent, qui illis frequenter utuntur. Quod autem ille hac in parte magnam sollicitudinem posuerit, hinc palam est. Audi vero quid in Epistola sua Discipulo dicat: *Attende lectioni, exhortationi, doctrinæ*; cujus rei fructum adjicit, dicens: «Hoc enim faciens, et te ipsum salvum facies, et eos qui te audiunt.» Ac rursus: «Servum Domini non oportet, sed mansuetum esse ad omnes, docibilem, patientem.» Ac progressus ait: «Tu vero permane in iis, quæ didicisti et credita sunt tibi, sciens à quo didiceris, et quia ab infantia sacras litteras nosti, quæ te possint instruere ad salutem.» Ac rursus: «Omnia Scriptura divinitus inspirata, inquit, utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia, ut perfectus sit homo Dei.» Audi item quid Tito dicat, de Episcoporum cons-

titutione disserens. «Oportet enim, inquit, Episcopum amplecti eum, qui secundum doctrinam est, fidelem sermonem, ut possit eos, qui contradicunt, arguere.» Qui ergo idiota, ut hi dicunt, contradicentes arguere et refrænare poterit? Quorsum attendere lectioni et Scripturis, si ea nobis ignorantia amplectenda est? Hæc obtentus sunt et prætextus, ac segnitiei ignaviaeque excusationes. Verum, inquit, hæc Episcopis præcipiuntur: nam de Episcopis nobis jam est sermo: quod autem et subditis idipsum conveniat, audi quid in alia Epistola aliis dicat: «Verbum Christi habitet in vobis abundanter in omni sapientia,» ac rursus: «Sermo vester semper in gratia sale sit conditus, ut sciatis quomodo oporteat vos unicuique respondere.» Jam quod velit ad respondendum esse paratos, id omnibus dicitur. Ad Thessalonicenses vero: «Ædificate, inquit, alterutrum, sicut et facilis.» Cum autem de Sacerdotibus verba facit: «Qui bene præsunt presbyteri, inquit, duplici honore digni habeantur, maxime qui laborant in verbo et doctrina.» Etenim hic est perfectissimus doctrinae terminus, cum et operibus, et dictis suis discipulos in beatam à Christo institutam vitam deducunt. (S. Joann. Chrysost.: *De Sacerdotio*, lib. iv, nn. 6, 7 et 8, tom. i, fol. 410.)

Con no ménos celo vindica San Agustin, en sus libros de la doctrina cristiana, la elocuencia del Apóstol.

La elocuencia debe ponerse al servicio de la Religión.
Lactancio.

Quæ professio multo melior, utilior, gloriosior putanda est, quam illa oratoria, in qua diu versati, non ad virtutem, sed plane ad argutam malitiam juvenes erudiebamus. Multo quippe nunc rectius de præceptis cœlestibus disseremus, quibus ad cultum veræ majestatis mentes hominum instruere possimus: nec tam de rebus humanis bene meretur, qui scientiam bene dicendi affert, quam qui pie atque innocenter docet vivere: idcirco apud Græcos majore in gloria philosophi, quam oratores fuerunt. Illi enim recte vivendi doctores sunt existimati: quod est longe præstabilius: quoniam bene dicere, ad paucos pertinet; bene autem vivere, ad omnes. Multum tamen nobis exercitatio illa fictarum litium contulit, ut nunc majore copia et facultate dicendi causam veritatis peroremus; quæ licet possit sine eloquentia defendi, ut est à multis

sæpe defensa; tamen claritate ac nitore sermonis illustranda, et quodammodo disserenda est, ut potentius in animos influat et vi sua instructa, et luce orationis ornata. (Lactant., *Instit.*, præf., tom. i, pág. 3.)

Cum talibus nunc congregari et disputare contendimus, hos ad veritatem ab inepta persuasionem traducere, qui sanguinem facilius hauserint, quam verba justorum. Quid igitur? Operamne perdemus? Minime. Nam si lucra in hos à morte, ad quam concitatissime tendunt, non potuerimus; si ab illo itinere devio ad vitam lucemque revocare quoniam ipsi saluti suæ repugnant; nostros tamen confirmavimus, quorum non est stabilis, ac solidis radicibus fundata et fixa sententia. Nutant enim plurimi, ac maxime qui litterarum aliquid attigerunt. Nam et in hoc philosophi, et oratores et poetæ perniciosi sunt, quod incautos animos facile irretire possunt suavitate sermonis, et carminum dulci modulatione currentium. Mella sunt hæc venenum tegentia. O eamque causam volui sapientiam cum Religione conjungere, ne quid studiosis inanis illa doctrina possit officere; ut jam scientia litterarum non modo nihil noceat Religioni atque justitiæ, sed etiam prosit quamplurimum, si is, qui eas didicerit, sit in virtutibus instructior, et in veritate sapientior.

Præterea, etiamsi nulli alii, nobis certe proderit: delectabit se conscientia, gaudebitque mens in veritatis se luce versari; quod est animæ pabulum, incredibili quadam jucunditate perfusum. Verum non est desesperandum: Fortasse,

Non canimus surdis.

Nec enim in tam malo statu res est, ut desint sanæ mentes, quibus et veritas placeat, et monstratum sibi rectum iter et videant, et sequantur. Circumlinatur modo poculum, cœlesti melle sapientiæ, ut possint ab imprudentibus amara remedia sine offensione potari; dum illiciens prima dulcedo acerbitatem saporis asperi, sub prætextu suavitatis occultat. Nam hæc in primis causa est, cur apud sapientes, et doctos, et principes hujus seculi Scriptura sancta fide careat, quod Prophetæ communi ac simplici sermone, ut ad populum, sunt locuti. Contemnuntur itaque ab iis, qui nihil audire, vel legere, nisi expositum ac disertum volunt; nec quidquam hæere animis eorum potest, nisi quod aures blandiori sono mulcet. Illa vero, quæ sordida videntur, anilia inepta, vulgaria existimantur. Adeo nihil verum putant, nisi

quod auditu suave est; nihil credibile, nisi quod potest incutere voluptatem: nemo rem veritate ponderat, sed ornatu. Non credunt ergo divinis, quia fucō carent: sed ne illis quidem, qui ea interpretantur, quia sunt et ipsi, aut omnino rudes, aut certe parum docti. Nam ut plare sint eloquentes per raro contingit: cujus rei causa in aperto est. Eloquentia enim seculo servit; populo se jactare, et in rebus mali placere gessit: si quidem veritatem sæpius expugnare conatur, ut vim suam monstret; opes expetit, honores concupiscit, summum denique gradum dignitatis exposcit. Ergo hæc quasi humilia despiciunt, arcana tamquam contraria sibi fugiunt; quippe quæ publico gaudeat, et multum ordinem celebritatemque desideret. Eo fit, ut sapientia et veritas idoneis præconibus indigeat. Et si qui forte litteratorum se ad eam conulerunt, defensionem ejus non suffecerunt.

Ex his, qui mihi noti sunt, Minutius Felix non ignobilis inter causidicos loci fuit. Hujus liber, cui Octavio titulus est, declarat, quam idoneus veritatis assertor esse potuisset, si se totum ad id studium contulisset. Septimius quoque Tertullianus fuit omni genere litterarum peritus: sed in eloquendo parum facilis, et minus computus, et multum obscurus fuit. Ergo ne hic quidem satis celebritatis invenit. Unus igitur præcipuus, et clarus extitit Cyprianus, quoniam et magnam sibi gloriam ex artis oratoriae professione quæsierat, et admodum multa conscripsit in suo genere miranda. Erat enim ingenio facili, copioso, suavi, et (quæ sermonis maxima est virtus) aperto, ut discernere nequeas, utrumne ornatiores in eloquio, an felicior in explicando, an potentior in persuadendo fuerit. Hic tamen placere ultra verba sacramentum ignorantibus non potest, quoniam mystica sunt, quæ locutas est, et ad id præparata, ut à solis fidelibus audiantur. Denique à doctis hujus seculi, quibus forte scripta ejus innotuerunt, desiderari solet. Audivi ego quemdam hominem sane disertum, qui eum imitatus una littera Coprianum vocaret; quasi qui elegans ingenium, et melioribus rebus aptum, ad aniles fabulas contulisset. Quod si accidit hoc ei cujus eloquentia non insuavis est, quid tandem putemus eis accidere, quorum sermo jejunus est et ingratus, qui neque vim persuadendi, neque subtilitatem argumentandi, neque ullam prorsus acerbiteriam ad revincendum habere potuerunt? (Lactant., Insit., lib. v. cap. i, tom. i, fol. 360.)

Vellem mihi, quando veritas in obscuro latere adhuc existimatur, vel errore atque imperitia vulgi, variis et ineptis superstitionibus servientis, vel philosophis pravitæ ingeniorum turbantibus eam potius quam illustrantibus, etsi non qualis in Marco Tullio fuit, quia præcipua et admirabilis fuit, aliquam tamen proximam eloquentiæ contingere facultatem; ut quantum veritas vi sua propria valet, tantum ingenii quoque vivibus nixa, exereret se aliquando, et discussis convictisque tam publicis quam eorum, qui sapientes putantur erroribus humano generi clarissimum lumen inferret. Quod quidem duabus ex causis fieri vellem: vel quod magis possent credere homines ornatae veritati, qui etiam mendatio credunt, capti orationis ornatu, lenocinioque verorum; vel certe, ut ipsi philosophi suis armis potissimum, quibus placere sibi et confidere solem, opprimerentur à nobis. (Lactant., Instit., lib. iii, cap. i, tom. i, fol. 189.)

La juventud es la edad de aprender la elocuencia.

Sed quæcumque sunt de hac re observationes atque præcepta, quibus cum accedit in verbis plurimis ornamentisque verborum exercitioris linguæ sollertissima consuetudo, fit illa quæ facundia vel eloquentia nominatur, extra istas litteras nostras, seposito ad hoc congruo temporis spatio, apta et convenienti ætate discenda sunt eis, qui hoc celeriter possunt. Nam et ipsos romanæ principis eloquentiæ non piguit dicere, quod hanc artem nisi quis cito possit, numquam omnino possit perdiscere. Quod verum verum sit, quid opus est quærere? Non enim etiam si possint hæc à tardioribus tandem aliquando perdisci, nos ea tanti pendimus, ut eis discendis jam maturas vel etiam graves hominum ætates velimus impendi. Satis est ut adolescentulorum ista sit cura, nec ipsorum omnium quos utilitati ecclesiasticæ cupimus erudiri; sed eorum quos nondum magis urgens, et huic rei sine dubio præparenda necessitas occupavit. (S. Aug.: *De Doctr. christ.*, lib. iv, cap. iii, tom. iii, fol. 90.)

LECCION V.

Oficio del predicador.

Dixit ergo quidam eloquens, et verum dixit, ita dicere debere eloquentem, ut doceat, ut delectet, ut flectat. Docere necessitatis est, delectare suavitatis, flectere victoriæ. Horum trium quod primo loco positum est, hoc est, docendi necessitas, in rebus est constituta, quas dicimus; reliqua duo in modo quo dicimus. (S. August.: *De Doct. christ.*, lib. iv, cap. xii, tom. iii, fol. 101.)

Necesidad de la virtud y de la ciencia.

Eris metallum valde sonorum est. Et recte voces prædicantium æri comparantur, quia *in omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum*. Bene autem æs candens dicitur; quia vita prædicantium sonat et ardet. Ardet enim desiderio, sonat verbo. Æs ergo candens, est prædicatio accensa. Sed de candente ære scintillæ prodeunt; quia de eorum exhortationibus verba flamantia ad aures audientium procedunt. Recte autem prædicatorum verba scintillæ appellata sunt, quia eos, quos in corde tetigerint, incendunt. (S. Greg. M., in Ezech., lib. i, hom. iii, n. 5, tom. i, fol. 1194.)

Non auferatur ex ore tuo verbum; ne forte factis verba non congruant, et deforment iniquitatis opera magistrum disciplinæ. Tollitur ex ore verbum, cum dicitur peccatori: *Quare tu enarras iustitias meas?* et ipsa obmutescit facundia, si ægra sit conscientia. (S. Ambr., in Psalm. cxviii expositio, serm. sext., tom. ii, fol. 922.)

Nam qui vel solos mores, vel solam doctrinam consecuti sunt, ab altera autem deseruntur, ii mihi nihil à luscis differre videntur, quibus cum magnum detrimentum sit, tum vero major turpitudine, sive alios cernant, sive ab aliis cernantur. At quibus utraque laude excellere, ac velut ambidextris esse contigit, hi nimirum omnibus numeris absoluti sunt, ac cum alterius vitæ beatitudine vitam agunt. (S. G. Nazianc., Orat. XX, tom. i, fol. 292.)

Beatus Apostolus Paulus formam constituendi Episcopi fingens, et plane novum Ecclesiæ hominem præceptis condens, hanc veluti summam consummatarum in eo virtutum esse docuit dicens: «Obtinentem secun-

dum doctrinam fidei verbum ut potens sit exhortari ad doctrinam sanam, et contradicentes revincere. Sunt enim multi et non subditi, vaniloqui et seductores.» Ita enim quæ propria disciplinæ ac morum sunt, ad sacerdotii meritum utilia esse significat, si etiam hæc, quæ ad ducendæ ac tuendæ fidei scientiam necessaria sunt, inter reliqua non deerunt: quia non statim boni atque utilis sacerdotis est, aut tantummodo innocenter agere, aut tantummodo scienter prædicare; cum et innocens sibi tantum proficiat, nisi doctus sit; et doctus sine doctrinæ sit auctoritate, nisi innocens sit. Non enim apostolicus sermo probitatis honestatisque præceptis hominem tantum sæculo conformat ad vitam, neque rursum per doctrinæ scientiam scribam Synagogæ instituit ad legem: sed perfectum Ecclesiæ principem perfectis maximarum virtutum bonis instituit, ut et vita ejus ornatur docendo et doctrina, vivendo. (S. Hilar.: *De Trinit.*, lib. viii, n. 1, fol. 945.)

Lege Pauli Epistolam ad Corinthios: quomodo diversa membra unum corpus efficiunt. Nec rusticus tamen et simplex frater ideo se sanctum putet, si nihil noverit: nec peritus et eloquens, lingua æstimet sanctitatem. Multoque melius est è duobus imperfectis, rusticitatem habere sanctam, quam eloquentiam peccatricem. (Sancti Hieronymi, Epist. XXXIV, tom. iv, part. sec., fol. 263.)

Qui enim in erudiendis, atque instituendis ad virtutem populis præerit, necesse est, ut in omnibus sanctus sit, et in nullo reprehensibilis habeatur... Cui etiam scientia Scripturarum necessaria est, quia si Episcopi tantum sancta sit vita, sibi soli potest prodesse, sic vivens. (S. Isid. Hisp.: *De Ecclesiast. offic.*, lib. ii, cap. v, tom. ii, fol. 458.)

Si nos empeñáramos en aducir pasajes en que los Santos Padres recomiendan al predicador la necesidad que tiene de la virtud y de la ciencia para desempeñar bien su ministerio, haríamos un libro. Ya que esto no es del caso, citaremos algunos lugares cuya lectura recomendamos á los jóvenes, por el provecho que para sí mismos reportarán de ella, y tambien porque les será de muy grande utilidad si alguna vez tienen que predicar ordenandos ó eclesiásticos.

Lactancio, *Instit.*, lib. iv, cap. xxiii, tom. i, fol. 334.
—S. Hilar. Tract. in CXVIII Psalm. litter. VI, n. 5, folius 280.—S. Greg. Naz., Orat. I, tom. i, fol. 18.—Orat. XX,

fol. 326.—Orat. XXI, fol. 350.—Orat. XXVI, fol. 404.—Orat. XXXIX, fol. 558.—S. Joann. Chrisost.: *De Sacerdotio*, todos sus libros; pero puede verse el cuarto, núm. 8 y 9, tom. i, fol. 413.—Exposit. in Psalm. XLIX, tom. v, fol. 233.—In Matth., hom. LXXII, tom. vii, fol. 701.—In Epist. ad Ephes., hom. VI, n. 3, tom. xi, fol. 42.—In Epist. ad Philip., hom. XII, n. 3, tom. xi, fol. 293.—In Epist. I ad Timoth., hom. XV, n. 2, tom. xi, 636.—Sancti Hieronym., Epist. XXXIV ad Nepot., tom. iv, part. II, fol. 261.—Epist. LXXXII, ad Oceanum, tom. iv, part. II, fol. 652.—Epist. XCVI, tom. iv, part. II; fol. 780.—Epist. L ad Paulin., tom. iv, part. II, fol. 569.—S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. iv. cap. xx et xxvii, xxviii et xxx, tom. iii, fol. 103, 118, 119 et 120.—S. Greg. Mag. *Regis Past.*, part. I, cap. ii, tom. ii, fol. 3.—Cap. iii, fol. 15.—In Ezech., lib. i, hom. IX. nums. 4 et 26, tom. i, folia 1250 et 1260.—Epist., lib. i, Indic. IX, Epist. XXV, tom. ii, fol. 508.—S. Isidor., *Sent.*, lib. ii, cap. xxix, n. 8, tom. ii, fol. 64.—Lib. iii, cap. viii, tom. ii, fol. 99.—Lib. iii, cap. xxxv, xxxvi et xxxvii, fol. 119.—*De Ecclesiastico offic.*, lib. ii, cap. v, tom. ii, fol. 458.—San Bernardo: in Cant., serm. XVIII, tom. ii, fol. 1320.

San Agustín y San Ambrosio.

Es interesantísima la carta en que San Agustín suplicaba al venerable Valerio le concediese el tiempo necesario para disponerse para el ministerio de la predicación con el estudio y con la oración; léanla los jóvenes; toda ella les será muy útil, y encontrarán pasajes tan tiernos como los siguientes. Hablando de la grave responsabilidad del ministerio sacerdotal, dice: «Et hinc erant lacrymæ illæ quas me fundere in civitate, ordinationis meæ tempore, nonnulli fratres animadverterunt, et nescientes causas doloris mei, quibus potuerunt sermonibus, qui omnino ad vulnus meum non pertinerent, tamen bono animo consolati sunt.» ¡Con qué instancia é interesante humildad ruega y suplica á Valerio! «Jubes ergo ut peream, Pater Valeri? Ubi est charitas tua! Certe diliges me? certe diligis ipsam Ecclesiam cui me sic ministrare voluisti? Et tamen certus sum quod et me et ipsam diligis. Sed putas me idoneum, cum ego melius me noverim, qui tamen nec ipse me nossem, nisi experiendo didicissem. Sed dicit fortasse Sanctitas tua; vellem scire

quid desit instructioni tuæ. Tam multa autem sunt, nulli facilius possim enumerare quæ habeam, quam quæ habere desidero.» Después de exponer los cargos terribles que el Señor le haría en el día del juicio, añade: «Dic mihi quid respondeam, rogo te? An forte vis dicam: Senex Valerius dum me omnibus rebus instructum esse credidisset, quanto amplius me dilexit, tanto minus ista discere permisit? Attende omnia ista, senex Valeri, obsecro te per bonitatem et severitatem Christi, per misericordiam et iudicium ejus, per eum qui tantam tibi inspiravit erga nos charitatem, ut ne te, nec pro lucro animæ nostræ, audeamus offendere.» (Epist. XXI, tom. ii, fol. 88.)

Quod ne ipsum quidem mihi accidit. Ego enim raptus de tribunalibus atque administrationis infulis ad sacerdotium, docere vos cœpi, quod ipse non didici. Itaque factum est ut prius docere inciperem, quam discere. Discendum igitur mihi simul et docendum est: quoniam non vacavi ante discere. (S. Ambr.: *De officiis*, lib. i, cap. i, tom. iv, fol. 1.)

Consejo á los jóvenes.

Tertium ad eos spectat qui juvenili ætate confidunt, atque quodvis tempus ad docendum, aut ad antistitis munus obeundum, idoneum esse arbitrantur. Jesus purgatur: et tu purgationem contemnis? A Joanne: et tu adversus præconem tuum insurgis? Trigesimum annum agens; et tu ante lanuginem senes doces, aut docere te posse credis, nec ab ætate, nec à moribus fortasse, auctoritatem habens? (S. Nazianc., Orat. XXXIX, tom. i, fol. 561.) Expone la misma idea en la Oración XXVI, tom. i, fol. 386.

At contra monendi sunt quos à prædicationis officio vel imperfectio, vel ætas prohibet, et tamen præcipitatio impellit: ne dum tanti sibi onus officii præcipitacione arrogat, viam sibi subsequenti meliorationis abscedant: et cum arripiunt intempestive quod non valent, perdant etiam quod implere quandoque tempestive potuissent: atque scientiam quia incongrue conantur ostendere, juste ostendantur amisisse. Admonendi sunt ut considerent, quod pulli avium si ante pennarum perfectionem volare appetant, unde ire in alta cupiunt, inde in ima merguntur. (S. Greg. Mag.: *Reg. Past.*, pars III, cap. xxv, tom. ii, fol. 76.)

Cur non illa tempora, quibus ab Ecclesia vacas, lectioni impendas? Cur non Christum revisas, Christum alloquaris, Christum audias? Illum alloquimur cum oramus, illum audimus cum divina legimus oracula. Quid nobis cum alienis domibus? Una est domus; quæ omnes capit: illi potius ad nos veniant, qui nos requirunt. Quid nobis cum fabulis? Ministerium altaribus Christi, non obsequium hominibus deferendum recepimus. (S. Ambrosius: *De officiis*, lib. I, cap. xx, tom. iv, fol. 15.) San Isidoro copia casi literalmente estas palabras en el lib. III de las Sent., cap. VIII, n. 2, tom. II, fol. 99.

LECCION VI.

Estudio de la Sagrada Escritura.

Veruntamen haud abs re fuerit veterem insuper traditionem, doctrinamque ac fidem Catholicæ Ecclesiæ investigare, quam scilicet Dominus tradidit, Apostoli prædicavere, et Patres servavere. (S. Athanasius, Epist. I ad Serapionem, n. 28, tom. I, part. II, fol. 676.) Esta enérgica y profunda sentencia «Jesucristo, los Apóstoles y los Pares.» la repite el Santo Doctor en otras ocasiones.

Tanta est enim christianarum profunditas litterarum, ut in eis quotidie proficerem, si eas solas ab ineunte pueritia usque ad decrepitam senectutem maximo otio, summo studio, meliore ingenio conarer addiscere; non quod ad ea quæ necessaria sunt saluti, tanta in eis perveniat difficultate; sed cum quisque ibi fidem tenuerit, sine qua pie recteque non vivitur, tam multa, tamque multiplicibus mysteriorum umbraculis opacata intelligenda proficientibus restant, tantaque non solum in verbis quibus ista dicta sunt, veram etiam in rebus quæ intelligendæ sunt, latet altitudo sapientiæ, ut annosissimis, acutissimis, flagrantissimis cupiditate discendi hoc contingat, quod eadem Scriptura quodam loco habet: *Cum consummaverit homo, tunc incipit.* (Ecclesi., xviii, 6.) (S. Augustinus, Epist. CXXXVII, tom. II, fol. 516.)

Quia nimirum necesse est, ut qui ad officium prædicationis excubant, à sacre lectionis studio non recedant. (S. Gregorius Magnus: *Reg. Past.*, II part., cap. XI, tom. II, fol. 34.)

Estudio de la Escritura en general, y de algunos libros sagrados en particular.

Hoc enim est, hoc plane, quod magnam negligentiam nobis ac torporem ingenerat, quod non omnes Scripturas legamus, sed ea quæ censemus dilucidiora seligamus, cæterorum nullam rationem habeamus. (S. Joann. Chrysostomus, in illud «salutate Priscillam» etc., serm. I, n. 1, tom. III, fol. 172.)

Recomendando la leccion de la Sagrada Escritura reprehende á los que, ménos cuidadosos del estudio que de la ostentacion, procuran tener libros sólo para llenar los estantes con el aparato de volúmenes bien encuadernado, escritos en buenos caracteres y en finas membranas. (S. Joann. Chrysostomus, in Joann., hom. XXXII, n. 3, tomo VIII, fol. 187.)

En las obras de los Santos Padres se encuentran muchas homilias sobre vários salmos: San Agustin nos ha dejado sermones sobre todos y cada uno de ellos. Demás de esto, San Atanasio, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y San Hilario han escrito discursos instructivos y elocuentes sobre el Salterio en general; todas estas composiciones son de grande utilidad para los predicadores; pero la de San Atanasio merece particular atencion. El Santo Doctor nota todas las situaciones en que puede encontrarse el hombre respecto á sí mismo ó con relacion á sus semejantes; con profundo conocimiento del corazon humano, menciona las necesidades del hombre, sus gozos y sus penas, sus alegrías y sus tristezas, sus triunfos y sus derrotas; enumera las virtudes y los vicios, y extiende tambien su vista al estado de la sociedad, enumerando todas sus alternativas, y al mismo tiempo indica los salmos á propósito para instruir ó consolar al hombre y á la humanidad en todas y cada una de sus vicisitudes. El orador evangélico hallará en este importantísimo trabajo, como en pequeño cuadro, un índice claro de los salmos que pueden convenirle para sus discursos, tanto dogmáticos como morales.

S. Athanasius, ad Marcellin. in interpret. Psalm. tom. I, part. II, fol. 982.-1000.—S. Basil., hom. in Psalm. I, tomo I, fol. 90.—S. Joann. Chrysostomus, in Psalm. XLI, tomo V, fol. 131.—In Epist. ad Rom., homil. XXVIII, to-

mo ix, fol. 726.—S. Amb. in Psalm. I, tom. II, fol. 646.—S. Hilar., in lib. Psalm., prologus., fol. 1.

Paulinæ enim epistolæ metalla sunt spiritus et fontes: metalla quidem, quia quovis auro pretiosiores nobis præbent divitias: fontes vero, quia nunquam deficiunt, sed quantumlibet exhaurias, tantumdem ac multo amplius rursus affluit: et hoc evidenter declarare potest totum tempus quod præterit. Siquidem ex quo Paulus vixit, quingenti, jam elapsi sunt anni (1) totoque hoc tempore multi tum commentatores, tum doctores ac interpretes multa sæpe inde exhaurerunt, nec tamen repositas inibi divitias evacuare valuerunt. Non est enim sensibilis hic thesaurus, et ideo non consumitur à multis effodientium manibus, sed augetur et multiplicatur. Et quid dico de illis qui ante nos fuerunt? Quam multi post nos dicturi sunt, ac rursus post illos alii, nec tamen deficient fontis in modum scatentes divitiæ, neque metallorum hoc genus exhaurietur? Spiritualia enim sunt, et suapte natura nunquam omnino absumi possunt. (S. Joann., Chrysost.: *De verbis Apostoli*, «Habentes eundem spiritum.» etc., hom. III, n. 1, tom. III, fol. 279.)

Neque enim nos quæ scimus, si qua tamen scimus, ex ingenii acrimonia novimus; sed quod ejus (S. Pauli) scripta assidue tractemus, illumque affectu maximo complectamur. (S. Joann. Chrysost., præm. in Epist. ad Rom., n. 1, tom. IX, fol. 425.)

Hablando San Agustín de las cartas de San Pablo á Timoteo y á Tito, dice: «Quas tres apostolicas epistolas ante oculos habere debet, cui est in ecclesia Doctoris persona imposita.» (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. XVI, tom. III, fol. 103.)

Elocuencia de los libros sagrados.

Hic aliquis forsitan quærit, utrum auctores nostri, quorum scripta divinitus inspirata canonem nobis saluberrima auctoritate fecerunt, sapientes tantummodo, an eloquentes etiam nuncupandi sint. Quæ quidem quæstio apud meipsum, et apud eos qui mecum quod dico sentiunt, facillime solvitur. Nam ubi eos intelligo, non solum nihil eis sapientius, verum etiam nihil eloquentius

(1) No es este el único caso en que se observa la negligencia de San Juan Crisóstomo en sus juicios cronológicos.

mihi videri potest. Et audeo dicere, omnes qui recte intelligunt quod illi loquuntur, simul intelligere non eos aliter loqui debuisse. Sicut est enim quædam eloquentia quæ magis ætatem juvenilem decet, est quæ senilem; nec jam dicenda est eloquentia, si personæ non congruat eloquentis: ita est quædam, quæ viros summa auctoritate dignissimos planeque divinos decet. Hac illi locuti sunt, nec ipsos decet alia, nec alios ipsa: ipsis enim congruit, alios autem quanto videtur humilior tanto altius non ventositate, sed soliditate transcendit. Ubi vero non eos intelligo, minus quidem mihi apparet eorum eloquentia, sed eam tamen non dubito esse talem, qualis est ubi intelligo. Ipsa quoque obscuritas divinatorum salubriumque dicatorum tali eloquentiæ miscenda fuerat, in qua proficere noster intellectus, non solum inventionem, verum etiam exercitationem deberet.

Possem quidem, si vacaret, omnes virtutes et ornamenta eloquentiæ, de quibus inflantur isti, qui linguam suam nostrorum auctorum linguæ non magnitudine, sed tumore præponunt, ostendere in istorum litteris sacris, quos nobis erudiendis, et ab hoc sæculo pravo in beatum sæculum transferendis, providentia divina providit. Sed non ipsa me plus quam dici potest in illa eloquentia delectant, quæ sunt his viris cum oratoribus gentilium poetisve communia: illud magis admiro et stupeo, quod ista nostra eloquentia ita usi sunt per alteram quamdam eloquentiam suam, ut nec deesset eis, nec emineret in eis: quia eam nec improbari ab illis, nec ostentari oportebat; quorum alterum fieret, si vitaretur; alterum putari posset, si facile agnosceretur. Et in quibus forte locis agnoscitur à doctis, tales res dicuntur, ut verba quibus dicuntur, non à dicente adhibita, sed ipsis rebus velut sponte subjuncta videantur: quasi sapientiam de domo sua, id est, pectore sapientis procedere intelligas, et tamquam inseparabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. V, tom. III, fol. 92.)

El Santo Doctor se ocupa á menudo en este mismo libro de la elocuencia de los escritores sagrados. Sobre la misma materia puede verse San Ambrosio, Epist. VII, tomo V, fol. 496, ed. de Ven., y nuestro San Isidoro, libro III de las Sentencias, cap. XIII, tom. II, fol. 104.

San Cipriano escribió dos preciosos tratados, que muestran el gran estudio que el Santo Doctor había he-

cho de la Sagrada Escritura, y son utilísimos para los predicadores, porque allí están compilados numerosos pasajes de los Libros Santos, sábiamente coordinados, sobre la doctrina de la fé y de la moral cristiana.—*Testimoniorum*, lib. III, fol. 627.—*Epist. ad Fortunatum, De exhort. mart.*, fol. 607.

San Jerónimo recomienda el estudio de la Sagrada Escritura con todo el interés que exige la materia, en su *Epist. XXXIV á Nepociano*, tom. IV, part. II, fol. 257.

Juicio crítico que hace San Jerónimo de una composición de San Paulino.—Recomendación del estudio de la Sagrada Escritura.

Librum tuum, quem pro Theodosio principe prudenter ornateque compositum transmisisti, libenter legi; et præcipue mihi in eo subdivisio placuit. Quumque in primis partibus vincas alios, in penultimis te ipsum superas. Sed et ipsum genus eloquii pressum est et nitidum: et quum Tulliana luceat puritate, crebum est in sententiis. Jacet enim (ut ait quidam) oratio, in qua tantum verba laudantur. Præterea magna est rerum consequentia, et alterum pendet ex altero. Quidquid assumpseris, vel finis superiorum, vel initium sequentium est. Felix Theodosius, qui à tali Christi oratore defenditur. Illustrasti purpuras ejus, et utilitatem legum futuris sæculis consecrasti. Macte virtute, qui talia habes rudimenta, qualis exercitatus miles eris? O si mihi liceret istiusmodi ingenium non per Aonios montes et Heliconis vertices, ut Poëte canunt, sed per Sion et Itabyrium, et Sina et excelsa ducere! Si contingeret docere quæ didici, et quasi per manus mysteria tradere Prophetarum, nasceretur nobis aliquid quod docta Græcia non haberet. Audi ergo mi conserve, amice, germane, auscultâ paulisper quo in Scripturis Sanctis calle gradiaris. Totum quod legimus in divinis Libris, nitet quidem, et fulget etiam in cortice, sed dulcius in medulla est. Qui edere vult nucleum, frangat nucem. *Revela*, inquit David, *oculos meos, et considerabo mirabilia de lege tua*. Si tantus Prophetâ tenebras ignorantiae confitetur, qua nos putas parvulos, et pene lactentes inscitiae nocte circumdari? Hoc autem velamen, non solum in facie Moysi, sed et in Evangelistis et in Apostolis positum est. Turbis Salvator in parabolis loquebatur, et contestans mysticum esse

quod dicebatur, aiebat: *Qui habet aures audiendi, audiat*. Nisi aperta fuerint universa quæ scripta sunt ab eo, qui habet clavem David, qui aperit, et nemo claudit, claudit et nemo aperit, nullo alio reserante pandentur. Si haberes hoc fundamentum, imo si quasi extrema manus operi tuo induceretur, nihil pulchrius, nihil doctius, nihil dulcius, nihilque latinius tuis haberemus voluminibus... Magnum habes ingenium, et infinitam sermonis suppellectilem: et facile loqueris et pure, facilitasque ipsa et puritas mixta prudentiæ est. Capite quippe sano, omnes sensus vigent. Huic prudentiæ, et eloquentiæ si accederet vel studium, vel intelligentia Scripturarum, viderem te brevi arcem tenere nostrorum: et ascendentem cum Joab tectum Sion, canere in domatibus quod in cubilibus cognovisses. Accingere, quæso, te accingere. Nihil sine magno labore vita dedit mortalibus. Nobis em te Ecclesia habeat, ut prius senatus habuit. Præpara tibi divitias, quas quotidie eroges: et numquam deficient, dum viget ætas: dum adhuc canis spargitur caput; antequam subeant morbi, tristisque senectus. Et labor, et duræ rapiat inclementia mortis. Nihil in te mediocre contentus sum: totum summum, totum perfectum desidero (S. Hieronym., *Epist. XLIX ad Paulinum*, tom. IV, part. sec., fol. 566.)

Otra carta escribió San Jerónimo al mismo Paulino recomendándole el estudio de la Sagrada Escritura, donde hace una ligera reseña de cada uno de los sagrados libros. (*Epist. L ad Paulinum*, tom. IV, part. II, fol. 568.)

Merced á estos consejos, San Paulino hizo grandes progresos en el conocimiento de la Sagrada Escritura; tres años despues, le decia San Jerónimo: «Docto viro loquor, et tam divinis Scripturis, quam sæculi litteris erudito.» (*Epist. LI, fol. 575.*)

LECCION VII.

Santos Padres.

Quod si non poteris assiduitate lectionis invenire quod dicitur, accede ad sapientiozem, vade ad doctorem. (S. Joann. Chrysost.: de Lázaro, Conc. III, tom. I, folio 737.)

De Scripturis Sanctis habeto fixum versuum numerum; istud pensum Domino tuo redde. Nec ante quieti

cho de la Sagrada Escritura, y son utilísimos para los predicadores, porque allí están compilados numerosos pasajes de los Libros Santos, sábiamente coordinados, sobre la doctrina de la fé y de la moral cristiana.—*Testimoniorum*, lib. III, fol. 627.—*Epist. ad Fortunatum, De exhort. mart.*, fol. 607.

San Jerónimo recomienda el estudio de la Sagrada Escritura con todo el interés que exige la materia, en su *Epist. XXXIV á Nepociano*, tom. IV, part. II, fol. 257.

Juicio crítico que hace San Jerónimo de una composición de San Paulino.—Recomendación del estudio de la Sagrada Escritura.

Librum tuum, quem pro Theodosio principe prudenter ornateque compositum transmisisti, libenter legi; et præcipue mihi in eo subdivisio placuit. Quumque in primis partibus vincas alios, in penultimis teipsum superas. Sed et ipsum genus eloquii pressum est et nitidum: et quum Tulliana luceat puritate, crebum est in sententiis. Jacet enim (ut ait quidam) oratio, in qua tantum verba laudantur. Præterea magna est rerum consequentia, et alterum pendet ex altero. Quidquid assumpseris, vel finis superiorum, vel initium sequentium est. Felix Theodosius, qui à tali Christi oratore defenditur. Illustrasti purpuras ejus, et utilitatem legum futuris sæculis consecrasti. Macte virtute, qui talia habes rudimenta, qualis exercitatus miles eris? O si mihi liceret istiusmodi ingenium non per Aonios montes et Heliconis vertices, ut Poëte canunt, sed per Sion et Itabyrium, et Sina et excelsa ducere! Si contingeret docere quæ didici, et quasi per manus mysteria tradere Prophetarum, nasceretur nobis aliquid quod docta Græcia non haberet. Audi ergo mi conserve, amice, germane, auscultâ paulisper quo in Scripturis Sanctis calle gradiaris. Totum quod legimus in divinis Libris, nitet quidem, et fulget etiam in cortice, sed dulcius in medulla est. Qui edere vult nucleum, frangat nucem. *Revela*, inquit David, *oculos meos, et considerabo mirabilia de lege tua*. Si tantus Prophetâ tenebras ignorantiae confitetur, qua nos putas parvulos, et pene lactentes inscitiae nocte circumdari? Hoc autem velamen, non solum in facie Moysi, sed et in Evangelistis et in Apostolis positum est. Turbis Salvator in parabolis loquebatur, et contestans mysticum esse

quod dicebatur, aiebat: *Qui habet aures audiendi, audiat*. Nisi aperta fuerint universa quæ scripta sunt ab eo, qui habet clavem David, qui aperit, et nemo claudit, claudit et nemo aperit, nullo alio reserante pandentur. Si haberes hoc fundamentum, imo si quasi extrema manus operi tuo induceretur, nihil pulchrius, nihil doctius, nihil dulcius, nihilque latinius tuis haberemus voluminibus... Magnum habes ingenium, et infinitam sermonis suppellectilem: et facile loqueris et pure, facilitasque ipsa et puritas mixta prudentiæ est. Capite quippe sano, omnes sensus vigent. Huic prudentiæ, et eloquentiæ si accederet vel studium, vel intelligentia Scripturarum, viderem te brevi arcem tenere nostrorum: et ascendentem cum Joab tectum Sion, canere in domatibus quod in cubilibus cognovisses. Accingere, quæso, te accingere. Nihil sine magno labore vita dedit mortalibus. Nobis em te Ecclesia habeat, ut prius senatus habuit. Præpara tibi divitias, quas quotidie eroges: et numquam deficient, dum viget ætas: dum adhuc canis spargitur caput; antequam subeant morbi, tristisque senectus. Et labor, et duræ rapiat inclementia mortis. Nihil in te mediocre contentus sum: totum summum, totum perfectum desidero (S. Hieronym., *Epist. XLIX ad Paulinum*, tom. IV, part. sec., fol. 566.)

Otra carta escribió San Jerónimo al mismo Paulino recomendándole el estudio de la Sagrada Escritura, donde hace una ligera reseña de cada uno de los sagrados libros. (*Epist. L ad Paulinum*, tom. IV, part. II, fol. 568.)

Merced á estos consejos, San Paulino hizo grandes progresos en el conocimiento de la Sagrada Escritura; tres años despues, le decia San Jerónimo: «Docto viro loquor, et tam divinis Scripturis, quam sæculi litteris erudito.» (*Epist. LI, fol. 575.*)

LECCION VII.

Santos Padres.

Quod si non poteris assiduitate lectionis invenire quod dicitur, accede ad sapientiozem, vade ad doctorem. (S. Joann. Chrysost.: de Lázaro, Conc. III, tom. I, folio 737.)

De Scripturis Sanctis habeto fixum versuum numerum; istud pensum Domino tuo redde. Nec ante quieti

membra concedas, quam calathum pectoris tui, hoc subtegmine impleveris. Post Scripturas Sanctas, doctorum hominum tractatus lege, eorum dumtaxat, quorum fides nota est. Non necesse habes aurum in luto quaerere; multis margaritis unam redime margaritam. (S. Hieronym., Epist. XLVII ad Furiam, tom. iv, part. sec., fol. 558.)

Verumtamen haud abs re fuerit veterem insuper traditionem, doctrinamque ac fidem catholicae Ecclesiae investigare, quam scilicet Dominus tradidit. Apostoli praedicavere, et Patres servavere. (S. Athanas., Epist. I ad Serapionem, n. 28, tom. i, part. II, fol. 676.)

Los Santos Padres estudiaban con solícitud los escritos de sus contemporáneos y predecesores.

Et vero Sanctae et divinae Scripturae ipsae per se satisfiunt ad veritatem indicandam. Exstant quoque plurimae ea de re à beatis nostris magistris conscripti libri, quos si quis legerit Scripturarum interpretationem quodam modo intelliget, et eam quam expetit cognitionem consequi poterit. (S. Athanas., Orat. contr. Gent., n. 1, tom. i, part. I, fol. 1.)

No es posible indicar siquiera los pasajes de las obras ó sermones en que los Padres de la Iglesia citaban la doctrina de otros Santos Doctores: nos limitamos á mencionar á San Agustín, quien frecuentemente hace mención de San Ireneo, San Cipriano, San Basilio, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Hilario, San Jerónimo, San Próspero y San Ambrosio, á cuya santidad, sabiduría y elocuencia rendía homenaje. Véanse en comprobación de lo dicho los tratados siguientes: *De peccatorum meritis et remissione*, tom. x, fol. 109, con especialidad los capítulos v, vi y vii del lib. iii, fol. 190.—Los libros i y ii, contr. Julian., tom. x, fol. 641.—*De natura et gratia*, tom. x, fol. 247.—Contr. duas Epist. Pelagian., tom. x, fol. 549.—Contr. Julian., opus imperfectum, tom. x, fol. 1049.—*De predestinatione Sanctorum*, tom. x, fol. 959.

En su sermón CCXCIV, no sólo cita y comenta á San Cipriano, sino que al efecto leyó pasajes suyos en el púlpito: «Rogo vos, ut paululum acquiescatis, Lego tantum. Sanctus Cyprianus est, quem in manus sumpsi, antiquus Episcopus sedis hujus...» etc. (Tom. v, fol. 1347.)

La simple lectura de las obras de nuestro grande San

Isidoro de Sevilla mostrará, á quien haya manejado algo los Santos Padres, lo mucho que aquel Santo Doctor los habia estudiado.

Elogio que de los Santos Padres han hecho los mismos Santos Doctores.

Hé aquí indicados algunos: nos limitamos á los nombres que hemos consignado en la pág. 27.

De Clemente de Alejandria.

Feruntur ejus insignia volumina, plenaque eruditionis et eloquentiae, tam de Scripturis divinis, quam de saecularis litteraturae instrumento, etc. (S. Hieron.: *Catal. scrip. ecclesiast.*, tom. iv, part. II, fol. 113.)—Clemens autem eruditus vir.—Clemens... vir in primis doctus, et eruditus. (S. Cyrillus Alexand., contra Julian., lib. vi, fol. 205 y lib. vii, fol. 231.—Paris, 1638.)

De Tertuliano.

Tertullianus fuit omni genere litterarum peritus: sed in eloquendo parum facilis, et minus comptus et multum obscurus fuit. (Lactantius: *Divin. institut.*, lib. v, cap. i, fol. 361.)—Tertullianus creber est in sententiis sed difficilis in loquendo. (S. Hieron., Epist. XLIX ad Paulin., tom. iv, part. II, fol. 567.)—Tertullianus... acris et vehementis ingenii. (*Cat. scrip. ecclesiast.*, fol. 115.)—Quid Tertulliano eruditius? Quid acutius? Apologeticus ejus, et contra gentes libri, cunctam saeculi obtinent disciplinam. (S. Hieron., Epist. LXXXIII, ad Magn., tom. iv, fol. 656.)—Cujus (Tertulliani) multa leguntur opuscula eloquentissime scripta, etc. (S. Aug.: *De haresibus*, LXXXVI, tom. viii, fol. 46.)

Aquí, como en otras ocasiones, San Agustín juzga la elocuencia de Tertuliano más favorablemente que Lactancio y San Jerónimo, quienes no dejan de elogiarle, aunque con más reserva y notando sus defectos.

De San Cipriano.

Le elogia San Agustín en diversos pasajes del lib. iv, *De Doct. christ.* San Jerónimo, en su *Catálogo de escritores*

eclesiásticos, fol. 119, en su carta LVII, á Leta, fol. 596, y en su epístola XLIX, fol. 567, donde dice: «Beatus Cyprianus instar fontis purissimi, dulcis incedit et placidus.»—Unus igitur præcipuus, et clarus extitit Cyprianus, quoniam et magnam sibi gloriam ex artis oratoria professione quæsierat, et admodum multa conscripsit in suo genere miranda. Erat enim ingenio facili, copioso suavi, et (quæ sermonis maxima est virtus) aperto, ut discernere nequeas, utrumne ornatior in eloquendo, an felicior in explicando, an potentior in persuadendo fuerit. (Lactantius: *Divin. institut.*, lib. v, cap. 1, tom. 1, fol. 361.)

De Lactancio.

Lactantius quasi quidam fluvius eloquentiæ Tullianæ, utinam tam nostra affirmare potuisset, quam facile aliena destruxit. (S. Hieron., *Epist.* XLIX, tom. iv, fol. 567.)

De San Atanasio.

Le elogia San Cirilo de Alejandría in *Epist. ad Presbyt.*, etc., la cual se encuentra en la sesión primera del primer Concilio de Efeso.—San Hilario le encomia á cada paso.—El Nazianceno predicó de él un célebre panegirico, que se halla en el tom. 1, fol. 337.

De San Hilario de Poitiers.

S. Hilarius Gallicano cothurno attollitur et cum Græcia floribus adornetur, longis interdum periodis involvitur, et à lectione simpliciorum fratrum procul est. (S. Hieron., *Epist.* XLIX, fol. 567.) En el prólogo del lib. II de su comentario de la carta de San Pablo á los Gálatas dice: «Cum et Hilarius latinæ eloquentiæ Rhodanus, Gallus ipse et Pictavis genitus, in hymnorum carmine Gallos indociles vocet.» (Tom. iv, fol. 255.)—Aludiendo á sus libros *De Trinitate*, dice: «Hilarius meorum confessor temporum et Episcopus, duodecim Quintiliani libros et stylo est imitatus et numero. (Epist. LXXXIII, ad Magn., tom. iv, fol. 657.)

De San Gregorio Nazianceno.

Sed non tibi deerit magni nominis et fama celeberrima illustris Episcopus etiam de partibus Orientis, cujus eloquia ingentis merito gratiæ, etiam in linguam latinam translata usquequaque claruerunt. Sedeat ergo cum istis Patribus S. Gregorius, etc. (S. Aug., *Contr. Julian., Pelagian.*, lib. 1, cap. v, tom. x, fol. 649.—Gregorius... Naziancenus Episcopus, vir eloquentissimus, præceptor meus, à quo Scripturas explanante didici, etc... (S. Hieron., *Catal. scrip. ecclesiast.*, tom. iv, fol. 126.)

De San Basilio.

Véanse los discursos que en su elogio pronunciaron San Gregorio Nazianceno, tom. 1, fol. 285.—San Efren, tom. 1, fol. 261.—San Jerónimo le menciona con elogio en su *Epist.* XLI á Pamachio, tom. iv, fol. 346, en la LXXXIII á Magno, fol. 656, y en su *Catálogo*, fol. 126.—San Gregorio de Nissa, al comenzar su *Hexæmeron*, se extiende en las alabanzas de San Basilio. (De *Histor.* sex dier., fol. 283, Basilea, 1562.)

De San Efren.

«Acumen sublimis ingenii etiam in translatione cognovi.» (San Hieron., *Catal. script. ecclesiast.*, fol. 126.)—San Gregorio de Nissa predicó su panegirico donde se pinta con vivos colores la irresistible elocuencia del grande orador de la Siria, tom. II, fol. 1.027. París, 1615. También le elogia San Juan Crisóstomo, si es suyo el tratado de *Pseudopropheta*.

De San Cirilo de Jerusalen.

Sus *Catechesis* han merecido grandes elogios de los escritores antiguos y modernos: su estilo, ya sumiso, ya templado, interesa sobremanera. San Jerónimo menciona esta interesante obra en su *Catálogo de los escritores eclesiásticos*, tom. iv, fol. 126.

De San Jerónimo.

San Hieronymus qui hodieque in litteris ecclesiasticis tam excellentis doctrinae fama ac labore versatur, etc. (San Aug., *De peccatorum meritis et remissione*, lib. III, cap. IV, tom. X, fol. 192).—Nequaquam vero mihi arrogaverim ut ingenium tuum, divino dono aureum, meis obolis ditare contendam: nec est quisquam te magis idoneus, qui opus illud emendet. (Aug. Hieron., *Epist.* XL, tom. II, fol. 155.)

De San Ambrosio.

Hablando de él San Basilio, dice: «Nunc autem virum ex regia urbe, gentis totius rectorem, animo sublimem, generis claritate, opum splendore, dicendi facultate omnibus in saeculo degentibus conspicuum, ad gregis Christi curam pertraxit. *Epist.* CXCVIII. Ambrosio Episcop. Mediolan., tom. III, fol. 287.»—Sabido es que San Paulino escribió la vida del santo arzobispo de Milan.—San Agustín le elogia á cada paso. Nos concretamos á citar los capítulos XIII y XIV del lib. V de sus *Confesiones*, y el I, III y IV del lib. VI, tom. I, folios 717-722.—San Isidoro de Sevilla estimaba en mucho los escritos de aquel grande doctor; y Casiodoro, dice: «Ambrosius lactei sermonis emanator, cum gravitate acutus, in violenta persuasione dulcissimus,» etc. (*De institut. divin. litter.*, cap. XX, fol. 551, Rouen, 1679.)

De San Juan Crisóstomo.

En una carta consolatoria que escribía desde su destierro de Cucuso á Ciriaco, Obispo desterrado también, hablando de la caridad y afecto con que los fieles de los lugares del tránsito le compadecían, dice: «Ut autem in Cappadociam, atque etiam in Tauro-Ciliciam venimus, magno agmine sancti Patres, ac monachi et virgines obviam nobis prodibant, infinitam lacrymarum vim profundentes. Cumque nos in exilium abeuntes cernerent, in fletus prorrumpebant, hisque inter se verbis utebantur: Satius fuisset solem radios suos subtrahere, quam Joannis os conticere. Hæc me perturbabant ac præmebant,» etc. (San Joann. Chrysost., *Epist.* CXXV ad Cyriaco, Episc. exulanti, circa finem, tom. III, fol. 667.)

Imparcialidad de los Santos Padres.

San Jerónimo, después de haber hecho una juiciosa crítica de muchos escritores eclesiásticos, dice así: «Taceo de cæteris, vel defunctis, vel etiam adhuc viventibus, super quibus in utramque partem post nos alii judicabunt.» (*Epist.* XLIX, ad Paulin., tom. IV, fol. 567.)

«Ambrosius, Mediolanensis Episcopus, usque in præsentem diem scribit, de quo quia superest, meum iudicium subtraham, ne in alterutram partem, aut adulatio in me reprehendatur, aut veritas.» (S. Hieron.: *Catal. script. ecclesiast.*, fol. 127.)

Tan imparciales eran en sus juicios los Santos Padres, que no reparaban en criticar sus propias composiciones. En la lección XXVI, página 136, hemos citado la crítica que de sí mismo hace San Jerónimo (*Epist.* XXXIV ad Nepotian., tom. IV, fol. 256); y en la XXIV, pág. 124, hemos consignado las palabras con que San Agustín censura una hipérbole suya de mal gusto, en el libro II de sus *Retract.*, cap. VI, tom. I, fol. 632. En esta misma lección han visto nuestros lectores la crítica poco favorable que del estilo de Tertuliano hicieron Lactancio y San Jerónimo, y cómo este último no disimuló la poca claridad del de San Hilario. A continuación copiamos algunas de las palabras á que hemos aludido en nuestra lección XXVI, página 136:

«Nec illa suavitas delectabilis est, qua non quidem iniqua dicuntur, sed exigua et fragilia bona spumeo, verborum ambitu ornantur, quali nec magna atque stabilia decenter et graviter ornarentur. Est tale aliquid in Epistola beatissimi Cypriani, quod ideo puto vel accidisse, vel consulto factum esse, ut sciretur à posteris, quam linguam doctrinae christianæ sanitas ab ista redundantia revocaverit, et ad eloquentiam graviolem modestioremque restrinxerit; qualis in ejus consequentibus litteris secure amatur, religiose appetitur, sed difficillime impletur,» (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. XIV, tom. III, fol. 102.)

El mismo San Agustín censura en general el mal gusto de algunos predicadores de su tiempo, al emitir el siguiente juicio crítico del estilo de Vicente Víctor, cuyos errores refutaba: «Habet enim eloquium, quo possit explicare quæ sentit, unde cum illo agendum est, eique op-

tandum ut recta sentiat, ne faciat esse delectabilia quæ sunt inutilia, et quæ diserta dixerit, vera dixisse videatur. Quamvis et in ipso eloquio habeat multa emendanda, et à nimia exundantia reprimenda. Quod in illo tibi quoque, ut viro gravi, sicut tua indicant scripta, displicuit. Sed hoc vel facile corrigitur, vel sine detrimento fidei à levibus mentibus amatur, toleratur à gravibus. Habemus enim jam quosdam spumeos in sermone, sed in fide sanos. Non itaque desperandum est, etiam hoc in isto (quamvis sit tolerabile si permanserit), posse tamen expurgari et temperari, atque ad integrum et solidum vel perduci, vel revocari modum: præsertim quia juvenis esse perhibetur, ut quod minus habet peritia, suppleat diligentia; et quod cruditatis loquacitatis eruetat, ætatis maturitas decoquat. Illud est molestum et periculosum vel perniciosum, si cum laudatur eloquentia, persuadeatur insipientia, et in pretioso poculo bibatur pestifera portio. (S. Aug.: *De anima et ejus orig.*, lib. i, cap. iii, tom. x, fol. 476.)

Quis enim unquam tanta legere potuit, quanta ipse (Origenes) conscripsit. (S. Hieron., *Epist.* XXIX, ad Paul., tom. iv, fol. 67.)

La lectura de las homilias de San Juan Crisóstomo sobre los hechos apostólicos y cartas de San Pablo hará conocer à los jóvenes la exactitud con que hemos asentado que el Santo Doctor se muestra à la vez sabio comentarista y didáctico juicioso.

LECCION VIII.

Idea de la filosofía.

Las nociones filosóficas que, como tomadas de San Agustin, hemos consignado en esta leccion, pueden consultarse en las siguientes obras del Santo Doctor: *De Ordine*, lib. ii, tom. i, fol. 993.—*De quantitat. anime*, fol. 1035, y con especialidad el cap. xxvii, fol. 1065.—*Epist.* CXX. Consentio, etc., tom. ii, fol. 452.—*De Vera Relig.*, tom. iii, fol. 121.

No basta que el predicador repita la palabra divina: debe explicarla.

Hablando San Agustin de la oscuridad saludable de algunos pasajes de la Sagrada Escritura, añade lo siguiente: «Sic quippe illi locuti sunt, ut posteriores qui eos recte intelligerent et exponerent, alteram gratiam, disparem quidem, verumtamen subsequentem in Dei Ecclesia reperirent. Non ergo expositores eorum ita loqui debent, tanquam se ipsos exponendos simili auctoritate proponant; sed in omnibus sermonibus suis primitus ac maxime ut intelligantur elaborent, ea quantum possunt perspicuitate dicendi.» (*De Doct. christ.*, lib. iv, cap. viii, tom. iii, fol. 98.)

Filosofía cristiana.

Las palabras de Casiodoro (pág. 31) se encuentran en el cap. iii de su tratado. *De artibus ac disciplinis liberal. litt.*, fol. 567.

Las que San Agustin dirigió à su madre Santa Mónica se leen en el cap. xi del lib. i *De ordine*, tom. i, fol. 993.

La doctrina de San Basilio (pág. 32), la hemos tomado del núm. 3.º de su homilia, *In princip. Proverb.*, tom. ii, fol. 99.

Libros anteriores à Moisés y los Profetas.

Unde ergo manifesta erat? Vocemne illis emisit? Minime: verum id effecit quod magis illos quam vos quælibet attrahere poterat; creatum orbem in medio posuit ita ut sapiens, idiota, scythæ, barbarus, ex solo visu visibilibus pulchritudinem edoctus, ad Deum conscendere posset... Quid enim dicent in illa die Gentiles? Ignoravimus te? Itane cælum non audistis ex solo adpectu vocem emittens...? etc. (S. Joan. Chrysost., in *Epist.* ad Rom., hom. III, núm. 2, tom. ix, fol. 449.)

«Nam et hunc mundum in medio proposuit, instrumentum omni concinnitate elaboratum, vocem undique emittens, et creatorem prædicans.» (S. Joann. Chrysost., cont. *Judæos et Gent.*, tom. i, fol. 573.) La misma idea expresada más ampliamente en su homilia IX al pueblo de Antioquía, tom. ii, fol. 98, de donde tomamos estas pa-

labras: «Si enim per libros docuisset et litteras, litterarum quidem peritus scripta didicisset, illiteratus vero nihil inde adjutus abiisset, si quis alius non induxisset: dives librum emisset, pauper emere non potuisset. Rursum qui sciret vocem illam per litteras significatam, intus posita nosset. Scythia... et omnes lingua carentes illa, nihil edocti abiissent. Hoc autem de cælo dicere non licet...» etc.

«Quando quidem res creatæ, admirabili ordine et concentu quæ ocompositæ sunt, quibusdam veluti litteris, Dominum et creatorem indicant et quasi voce prædicant.» (San Athan., orat. cont. Gent., núm. 34, tom. I, fol. 33.)

Véase San Basilio, hom. *In princ. Proc.*, tom. II, fol. 99, y San Isidoro de Sevilla, Sentent., lib. I, cap. IV, tom. II, fol. 4.

Trata San Juan Crisóstomo de la Ley revelada, de la natural y de la escrita en su homilía XII ad populum Antiochenum, tom. II, fol. 127.—En la XIII, fol. 136.—Hom. «ad eos qui scandalizati sunt» desde el cap. VII, tom. III, fol. 476.

Hablando San Agustín del orden admirable con que Dios rige el universo, dice: «Sed nos ista sentire non posse, quæ si sentiremus, delectatione ineffabili mulceremur. Non enim frustra per Prophetam, qui hæc divinitus inspirata didicerat, dictum est de Deo: *qui profert numerose sæculum*. Unde *musica*, id est, scientia sensusve bene modulandi, ad admonitionem magnæ rei, etiam mortalibus rationales habentibus animas Dei largitate concessa est. Unde si homo faciendi carminis artifex novit quas quibus moras vocibus tribuat, ut illud quod canitur decentibus ac succedentibus sonis pulcherrime currat ac transeat: quanto magis Deus, cujus sapientia, per quam fecit omnia, longe omnibus artibus præferenda est, nulla in naturis nascentibus et occidentibus temporum spatia, quæ tanquam syllabæ ac verba ad particulas hujus sæculi pertinent, in hoc labentium rerum tamquam mirabili cantico, vel brevius, vel productius, quam modulatio præcognita et præfinita deposcit, præterire permittit! (Epist. CLXV, n. 13, tom. II, fol. 726.) El Santo Doctor usó en varias ocasiones esta atrevida y bella metáfora.

Los Santos Padres inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza.

Hemos dicho que los Santos Padres escribieron ó pronunciaron discursos sublimes y elocuentes homilías, inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza: los jóvenes pueden comprobar la verdad de nuestro aserto leyendo las composiciones que vamos á indicar: estamos seguros que, si le siguen, nos han de agradecer mucho este consejo. Las nueve homilías, ó sea el *Hexæmeron* de San Basilio, tom. I, fol. 1.—El *Hexæmeron* de San Ambrosio, tom. I, fol. 2.—San Atanasio, Orat. cont. Gent., desde el n. 34, tom. I, fol. 33.—San Juan Crisóstomo, sus homilías IX, XI, XII y XIII ad populum Antioch., tom. II, desde el fol. 98.—El lib. II *De compunct.*, tom. I, fol. 148.—Cont. Judæos et Gent., etc., tom. I, fol. 573.—Homil. «ad eos qui scandalizati sunt, etc., desde el cap. VII, tom. III, fol. 476.—Exposit. in Psalm. CX, nn. 2 y 3, tom. V, fol. 267.—Homil. in illud *Ego Dominus feci lunam*, etc., tom. VI, fol. 145.—San Agustín, Serm. CXLI, nn. 1 y 2, tom. V, fol. 776, y en otros muchos lugares que nos abstenemos de citar por evitar la prolijidad.—S. G. Nazianc., orat. XXVI, tom. I, fol. 389.

El hombre es un mundo en compedio: así lo dicen San Basilio, hom. ATTENDE TIBI IPSI, n. 7, tom. II, fol. 23. S. G. Nazianc. orat. XLII, tom. I, fol. 604.—San Isidoro de Sevilla, Sent., lib. I, cap. VIII, tom. II, fol. 7.—Santo Tomás, I pars, q. XCI, a. 1.

LECCION IX.

Donde quiera que se encuentre la verdad se debe utilizar para el servicio de la Religión.

Philosophi autem qui vocantur, si qua forte vera et fidei nostræ accommodata dixerunt, maxime Platonici, non solum formidanda non sunt, sed ab eis etiam tamquam injustis possessoribus in usum nostrum vindicanda... Sed etiam liberales disciplinas usui veritatis aptiores, et quedam morum præcepta utilissima continent, (doctrinæ gent.) deque ipso uno Deo colendo nonnulla vera inveniantur apud eos, quod eorum tamquam au-

labras: «Si enim per libros docuisset et litteras, litterarum quidem peritus scripta didicisset, illiteratus vero nihil inde adjutus abiisset, si quis alius non induxisset: dives librum emisset, pauper emere non potuisset. Rursum qui sciret vocem illam per litteras significatam, intus posita nosset. Scythia... et omnes lingua carentes illa, nihil edocti abiissent. Hoc autem de cælo dicere non licet...» etc.

«Quando quidem res creatæ, admirabili ordine et concentu quæ ocompositæ sunt, quibusdam veluti litteris, Dominum et creatorem indicant et quasi voce prædicant.» (San Athan., orat. cont. Gent., núm. 34, tom. I, fol. 33.)

Véase San Basilio, hom. *In princ. Proc.*, tom. II, fol. 99, y San Isidoro de Sevilla, Sentent., lib. I, cap. IV, tom. II, fol. 4.

Trata San Juan Crisóstomo de la Ley revelada, de la natural y de la escrita en su homilía XII ad populum Antiochenum, tom. II, fol. 127.—En la XIII, fol. 136.—Hom. «ad eos qui scandalizati sunt» desde el cap. VII, tom. III, fol. 476.

Hablando San Agustín del orden admirable con que Dios rige el universo, dice: «Sed nos ista sentire non posse, quæ si sentiremus, delectatione ineffabili mulceremur. Non enim frustra per Prophetam, qui hæc divinitus inspirata didicerat, dictum est de Deo: *qui profert numerose sæculum*. Unde *musica*, id est, scientia sensusve bene modulandi, ad admonitionem magnæ rei, etiam mortalibus rationales habentibus animas Dei largitate concessa est. Unde si homo faciendi carminis artifex novit quas quibus moras vocibus tribuat, ut illud quod canitur decentibus ac succedentibus sonis pulcherrime currat ac transeat: quanto magis Deus, cujus sapientia, per quam fecit omnia, longe omnibus artibus præferenda est, nulla in naturis nascentibus et occidentibus temporum spatia, quæ tanquam syllabæ ac verba ad particulas hujus sæculi pertinent, in hoc labentium rerum tamquam mirabili cantico, vel brevius, vel productius, quam modulatio præcognita et præfinita deposcit, præterire permittit! (Epist. CLXV, n. 13, tom. II, fol. 726.) El Santo Doctor usó en varias ocasiones esta atrevida y bella metáfora.

Los Santos Padres inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza.

Hemos dicho que los Santos Padres escribieron ó pronunciaron discursos sublimes y elocuentes homilías, inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza: los jóvenes pueden comprobar la verdad de nuestro aserto leyendo las composiciones que vamos á indicar: estamos seguros que, si le siguen, nos han de agradecer mucho este consejo. Las nueve homilías, ó sea el *Hexæmeron* de San Basilio, tom. I, fol. 1.—El *Hexæmeron* de San Ambrosio, tom. I, fol. 2.—San Atanasio, Orat. cont. Gent., desde el n. 34, tom. I, fol. 33.—San Juan Crisóstomo, sus homilías IX, XI, XII y XIII ad populum Antioch., tom. II, desde el fol. 98.—El lib. II *De compunct.*, tom. I, fol. 148.—Cont. Judæos et Gent., etc., tom. I, fol. 573.—Homil. «ad eos qui scandalizati sunt, etc., desde el cap. VII, tom. III, fol. 476.—Exposit. in Psalm. CX, nn. 2 y 3, tom. V, fol. 267.—Homil. in illud *Ego Dominus feci lunam*, etc., tom. VI, fol. 145.—San Agustín, Serm. CXLI, nn. 1 y 2, tom. V, fol. 776, y en otros muchos lugares que nos abstenemos de citar por evitar la prolijidad.—S. G. Nazianc., orat. XXVI, tom. I, fol. 389.

El hombre es un mundo en compedio: así lo dicen San Basilio, hom. ATTENDE TIBI IPSI, n. 7, tom. II, fol. 23. S. G. Nazianc. orat. XLII, tom. I, fol. 604.—San Isidoro de Sevilla, Sent., lib. I, cap. VIII, tom. II, fol. 7.—Santo Tomás, I pars, q. XCI, a. 1.

LECCION IX.

Donde quiera que se encuentre la verdad se debe utilizar para el servicio de la Religión.

Philosophi autem qui vocantur, si qua forte vera et fidei nostræ accommodata dixerunt, maxime Platonici, non solum formidanda non sunt, sed ab eis etiam tamquam injustis possessoribus in usum nostrum vindicanda... Sed etiam liberales disciplinas usui veritatis aptiores, et quedam morum præcepta utilissima continent, (doctrinæ gent.) deque ipso uno Deo colendo nonnulla vera inveniantur apud eos, quod eorum tamquam au-

rum et argentum, quod non ipsi instituerunt, sed de quibusdam quasi metallis divinæ providentiæ, quæ ubique infusa est, eruerunt, et quo perverse atque injuriose ad obsequia dæmonum abutuntur, cum ab eorum misera societate sese animo separat, debet ab eis auferre christianus ad usum justum prædicandi Evangelii... Nam quid aliud fecerunt multi boni fideles nostri? Nonne apiscimus quanto auro et argento et veste suffarcinatus exierit de Ægypto Cyprianus Doctor suavissimus et martyr beatissimus? Quanto Lactantius? Quanto Victorinus, Optatus, Hilarius, ut de vivis taceam? Quanto innumerabiles Græci? (S. August.: *De Doct. christ.*, lib. II, cap. XI, tom. III, fol. 63.)

Conducta de San Basilio.

Quis seipsum magis Spiritui purgavit, atque ita se comparavit, ut dignus esset, qui oracula divina explaret? Quis rursus majore scientiæ luce conlustratus est, atque in profunda spiritus prospexit, ac cum Deo, quæ Dei sunt, exquisivit? Quis porro sermonem habuit animi sensa melius exponentem, ita ut neutra parte, ut plerique, claudicaret, nempe vel mente sermone destituta, vel sermone mentem haud æquo gradu sequente: verum parem in utraque re laudem obtineret, parque ipse sibi aut dubie esset ac vere integer et perfectus...? Basilius autem omnia, quæ spiritus sunt, perscrutatus est. Ex eoque mores omnes erudit, ac sublimiter loqui docuit, hominumque animos à rebus præsentibus abstractos ad futura traduxit. Laudatur apud Davidem solis pulchritudo, et magnitudo, et cursus, et celeritas, et vis ac facultas: quippe qui sponsum splendore, gigantem magnitudine referat, ac longe lateque progrediendo tantam vim habeat, ut ab extremis extrema æque collustret, nec locorum intervalliis ipsius fervor ullo modo minuatur. Basilio autem pulchritudo virtus fuit, magnitudo theologia, cursus perpetua virtutis agitatio per quotidianos ascensus ad Deum ferens, potentia, doctrinæ semen ac distributio... Quis doctrina propter mores minus eguit? Quis tamen uberio rem doctrinam cum moribus conjunxit? Quod disciplinæ genus est, in quo versatus non sit, atque ita eximie versatus, quasi in eo solo elaborasset? Sic nimirum omnia complexus, ut ne unum quidem quisquam: singula rursus ita ad summum, quasi nihil aliud præterea didicisset. Ad inge-

nii enim acrimoniam studium accebebat: ex quibus imperium artibus scientiisque comparatur. Qui cum celeritate naturæ propter laborem et contentionem minime opus haberet, quemadmodum nec laborem propter ingenii magnitudinem: sic tamen utrumque conjunxerat, ut non satis liqueret, utro nomine admirabilior esset. Quis in rhetorica, illa inquam vim ignis spirante, cum eo comparandus, tametsi illius mores à rhetorum moribus dissiderent? Quis in grammatica, quæ linguam ad græcismum format, historias colligit, metris præest, carminibus leges præscribit? Quis in philosophia, excelsa procul dubio scientia, et sursum gradiente, sive eam partem spectes, quæ in actione et speculatione posita est, sive eam quæ in logicis demonstrationibus aut oppositionibus et concertationibus versatur, quam dialecticam vocant: in qua adeo excelluit, ut iis, qui cum eo disputabant, facilius esset, è labyrinthis sese extricare, quam argumentorum ejus laqueos effugere, si quando res ita postularet... Ipsi porro eloquentiæ studium acensionis dumtaxat ac velut corollarii cujusdam rationem habebat, hoc tantum scilicet ex ipsa fructum decerpenti, ut ejus ope atque auxilio ad nostram philosophiam uteretur: quandoquidem ad explicanda animi sensa ipsius vis ac facultas requiritur (mens enim, quæ id, quod sentit, verbis exprimere nequit, hominum torpore laborantium incessui haudquaquam dissimilis est). At vero serium et præcipuum illius studium in eo versabatur, ut veræ philosophiæ operam daret, seseque à mundi contagione abrumperet, Deoque adjungeret, ac per terrena supera lucraretur, et per fluxa et fragilia, ea, quæ firma et æterna sunt, compararet... Jam verò astronomiam, geometriam, numerorum proportionem hactenus didicisse contentus, ut non ab iis, qui in hujusmodi rebus sciti et eruditi sunt, exagitaretur: quidquid supererat, ut pietatis cultoribus infrugiferum contempsit: adeo ut et quod elegit, magis admirari ad prædicare liceat, quam quod reliquit: et rursus id quod reliquit, majori laude efferre, quam quod elegit. (S. Greg. Nazianc., in laudem Basili Mag., orat. XX, tom. I, folios 327, 300, 293, 300.)

Igual preferencia dió al estudio de las sagradas letras el mismo Nazianceno.

Lanugo nondum texerat genas, tamen
 Me litterarum cepera fervens amor,
 Veris studentem per nothas succurrere:
 Ne se superbe jactitarent qui nihil
 Norunt inanem præter eloquentiam,
 In gulture sitam, et dulcibus vocum sonis:
 Neve implicarer nexibus sophismatum.
 Præferre quippe litteris aliquid sacris,
 In pectus absit venerit ut unquam meum.

(S. G. Nazianc.: *Carmen de vita sua*, tomo II, fol. 2.)

Saludables consejos de San Juan Crisóstomo sobre el estudio de la literatura profana.

Vis filium esse obedientem? Ab initio eum educa in disciplina et admonitione Domini. Ne existimes esse supervacaneum, quod ipse divinas litteras audiat: nam illic hoc primum audient, honora patrem et matrem. Itaque propter te hoc fit. Ne dicas, hoc est monachorum; num ego eum facio monachum? Non est necesse ut fiat monachus. Quid id times quod est multo lucro plenum? Fac eum christianum. Maxime enim mundanis, nempe sæcularibus, necesse est discere quæ illic sunt documenta, magis autem pueris. Multa est enim in illa ætate ignorantia; ignorantia autem fit accessio etiam ex scriptis externorum; quando didicerint eos qui illic sunt heroes haberi in admiratione, cum sint servi animi perturbationum et vitiorum, et mortem timeant, ut Achilles quando eum pœnitet, quando moritur pro concubina: quando alius est ebrius, et multa alia ejusmodi. Illi ergo opus est his medicamentis.

Quomodo enim non est absurdum ad artes quidem mittere, et ad ludum litterarium, et pro eo omnia facere, in disciplina autem et Dei admonitione pueros non educare? Propterea nos primi fructus percipimus, audaces, intemperantes, immorigeros, sordidos, et illiberales alentes filios. Ne ergo hoc faciamus, sed huic beato pareamus suadenti. Educemus eos in disciplina et admonitione Domini... Audi Paulum dicentem: «Educate eos in disciplina et admonitione Domini.» Ne studium ponas

ut eum facias oratorem, sed erudi ut sit philosophus. Nam si illud quidem non sit, nihil est damni: si hoc autem absit, nullum erit lucrum rhetoricæ quantumvis multæ. Opus est moribus, non dicendi facultate, vitæ modestia, non orationis vehementia: factis, non verbis. Hæc regnum conciliant, hæc donant etiam quæ sunt vere bona. Ne linguam aquas, sed expurges animam. Non hæc dico prohibens erudire, sed prohibens illis solis adhibere animum. Ne existimes quod solis Monachis opus sit his documentis, quæ sumuntur ex scripturis. Maxime enim his opus est iis pueris qui venturi sunt ad hanc mundi vitam. Ut enim navis instructione et gubernatore, et nautarum justo et completo numero, non indiget qui perpetuo stat in portu, sed is qui semper versatur in mari: ita etiam mundanus seu sæcularis et monachus. Nam hic quidem est veluti in portu agens vitam nullis agitatum fluctibus, et procul à negotiis, et ab omni procella liberam. Ille autem perpetuo agit in pelago et in medio mari versatur, cum multis iisque ingentibus pugnans fluctibus. Et si ipse non opus habet, paratum tamen esse oportet ut aliorum linguas obstruat. (S. Joann. Chrys., in Epist. ad Efes., hom. XXI, tomo XI, fol. 159.)

Propterea rogo, à nutrice acceptos infantes ne Græcis fabulis assuefaciamus, sed ab ineunte ætate discant quod sit iudicium; quod sit supplicium, infigatur eorum animis. Hic metus si radices egerit, magna bona facit. Anima enim quæ ab ineunte ætate didicerit ea ex spectatione concuti, hunc metum non cito amovebit. (S. Joann. Chrys., in Epist. II ad Thesalon., hom. II, n. 4, tomo XI, fol. 521.)

«Sin autem nemo fuerit, qui hæc pollicere possit, quæ utilitas si ad magistros mittantur, ubi prius vitia, quam litteras ediscent, dumque id quod minus est assequi studebunt, quod majus est perdent, vires animi scilicet, omnemque probitatis indolem? Quid ergo ludosne omnes litterarios diruemus, aiunt? Minime hoc dico: sed ut ne virtutis destruamus ædificium neu vivam, obruamus animam. Quæ si temperans quidem fuerit, nullum ex litterarum imperitia sequetur detrimentum; sin corrupta fuerit, maximum damnum erit, etiamsi lingua vehementer acuta fuerit et expolita, tantoque majus damnum, quanto major dicendi vis accesserit. Nequitia enim cum dicendi facultate conjuncta multo deteriora, quam imperitia, mala parere solet. Quid

si illuc abeuntes, inquiet, præterquam quod tardiores linguam habeant, ab illa etiam virtute excidant? Quid vero si manentes, dic mihi, præterquam quod animam perdant, nihil ad eloquentiam in schola proficiant? (S. J. Chrysost.: *Adver. oppugn. vite monast.*, lib. III, n. 10, tom. I, fol. 95.) Este tratado, que comienza en el fol. 75, es interesantísimo, por la doctrina que en él se encuentra sobre la obligacion que tienen los padres de educar á sus hijos, y por las acertadas reflexiones que se hacen sobre la instruccion del espíritu y la educacion del corazón.

La carta de San Agustin al tribuno Marcelino es la CXXXVIII: está en el fol. 525 del tom. II. San Agustin, respondiendo á las consultas que le habian hecho Marcelino y Volusiano, se ocupa en probar la sabiduría del Señor en la abrogacion de la Ley antigua, en rebatir á los que decian que la Religion cristiana era nociva al Estado, y á los que querian comparar los hechos de Apolonio y Apuleyo con los milagros de Jesucristo y sus discípulos: todo es interesante en esta carta, mas lo es con especialidad la vindicacion de la moral del Evangelio y de su benéfica influencia en la sociedad. El Santo Doctor cita con mucha oportunidad dichos de Ciceron, Bruto, Salustio y Juvenal. Permítasenos copiar la magnífica metáfora con que confirma la conveniencia de la abrogacion de la ley antigua. Despues de haber explicado en qué consiste la belleza, dice: «Aptum fuit primis temporibus sacrificium quod præceperat Deus, nunc vero non ita est. Aliud enim præcepit quod huic temporis aptum esset, qui multo magis quam homo novit quid cuique temporis accommodate adhibeatur; quid quando impertiat, addat, auferat, detrahat, augeat, minuatve, immutabilis mutabilium, sicut creator, ita moderator, donec universi seculi pulchritudo, cujus particule sunt quæ suis quibusque temporibus apta sunt, velut magnum carmen cujusdam ineffabilis modulatores excurrat, atque inde transeant in æternam contemplationem speciei qui Deum rite colunt, etiam cum tempus est fidei.» (N. 5, fol. 527.)

Donde es de ver el gran conocimiento que tenía San Agustin de los clásicos del paganismo y la oportunidad y acierto con que aduce el testimonio de los mismos en defensa de la Religion cristiana; es en sus nunca bien ponderados veintidos libros *De Civitate Dei*, tom. VII, desde el fol. 13.

El pasaje de Lactancio que citamos en la pág. 33 se encuentra en el lib. V de las divinas instituciones, capítulo IV, tom. I, fol. 371. En esta obra sostiene la conveniencia de servirse contra los paganos de sus propias armas, y éste es el método que él mismo sigue.

San Basilio no podia evitar que los jóvenes de aquella época leyeran los autores paganos; se propuso dar á este hecho una direccion acertada, predicando su bellísima homilia cuyo título es: «Ad adolescentes, quomodo possint ex Gentilium libris fructum capere.» (Tom. II, fol. 173.)

La eruditísima carta de San Jerónimo al abogado Magno la encontrarán los jóvenes en el tom. IV, parte segunda, fol. 654.

San Jerónimo asienta el principio de la conveniencia de aprovechar los escritos de los paganos para vencerles con sus propias armas; pero al mismo tiempo condena con toda la vehemencia de su carácter á aquellos que se dedican con exceso á la lectura de los clásicos del paganismo. (Epist. XVIII ad Eustoch., tom. IV, fol. 43.) Aquí es donde recuerda el doloroso castigo que sufrió por su desmedida aficion á aquellos estudios. Las palabras de San Jerónimo, pág. 35, son de la Epist. ad Damasum, tom. IV, fol. 153.

En tiempo de San Agustin y San Jerónimo no era tan necesaria como antes la lectura de los paganos.

La carta de San Agustin á Dióscoro, que le habia pedido le explicase algunos pasajes de Ciceron, es la CXVIII y se halla en el fol. 431 del tom. II. El Santo Doctor exclama irónicamente: «O rem dignam vigiliis et lucubrationibus episcoporum.» Declara que iba pasando ya la necesidad de impugnar el paganismo y que era mas urgente combatir las herejías; en la imposibilidad de transcribir largos pasajes, copiamos únicamente las siguientes líneas: «Nam si alienarum sententiarum dissidentium et repugnantium cognitio aliquid adjuvat insinuatorem christianæ veritatis, ut noverit quomodo adversantes destruat falsitates, ad hoc dumtaxat, ne quis contra disserens, non nisi in refellendis tuis figa oculum, sua vero sedulo occultet. Nam cognitio veritatis omnia falsa, si modo proferantur, etiam quæ prius inaudita erant, et dijudicare et subvertere idonea est. Sed ut non solum aperta

feriantur, sed etiam abscondita eruantur si alienos opus est cognoscere errores, erige oculos auresque, oro te, et vide atque ausculta utrum aliquis adversus nos de Anaximene et de Anaxagora proferat aliquid; quando jam ne ipsorum quidem multo recentiorum, multumque loquacium Stoicorum aut Epicureorum cineres caleant, unde aliqua contra fidem christianam scintilla excitetur.» Continúa llamando la atención de Dióscoro sobre la necesidad de combatir á los donatistas, maniqueos, arrianos, eunomianos y macedonianos: esto es, dice, lo necesario y no el remover errores ya olvidados: «et olim sopitas lites inani curiositate recoquere.»

San Jerónimo, en el prefacio del libro III de sus Comentarios sobre la carta á los galatas, asegura que hacía más de quince años que no había tomado en sus manos á Ciceron ni cualquiera otro escritor pagano; y un poco más adelante dice: ¿Quién lee ya á Aristóteles? ¿Cuántos son los que conocen siquiera el nombre de los libros de Platon? «Vix in angulis otiosi eos senes recolunt.» (Tomo IV, part. I, fol. 287.)

La historia del joven á que aludimos en la página 36 la refiere S. J. Crisóstomo. *Adver. oppugnator. vite monast.* (lib. III, n. 11, tom. I, fol. 97.)

LECCION X.

Intencion: San Agustín y Santo Tomás.

Respondeo: Dicendum, quod intentio, sicut ipsum nomen sonat, significat in aliud tendere. In aliquid autem tendit et actio moventis, et motus mobilis: sed hoc quod motus mobilis in aliquid tendit, ab actione moventis procedit. Unde intentio primo et principaliter pertinet ad id, quod movet ad finem... Voluntas autem movet omnes alias vires animæ ad finem, ut supra habitum est, unde manifestum est, quod intentio proprie est actus voluntatis.

Ad primum ergo dicendum, quod intentio nominatur oculos metaphorice, non quia ad cognitionem pertinet, sed quia cognitionem præsupponit, per quam proponitur voluntati finis, ad quem movet: sicut oculo prævidemus, quod tendere corporaliter debeamus... Dicendum, quod voluntas quidem non ordinat, sed tantum in aliquid tendit secundum ordinem rationis, præsupposita ordinatio-

ne rationis ordinantis aliquid in finem. (S. Thomas, 1.^o 2.^æ, q. XII, art. 1.)

Et hic manifestat de mundando corde, se cuncta ista præcipere, cum dicit, *lucerna corporis tui oculus tuus est. Si ergo oculus tuus simplex fuerit, totum corpus tuum lucidum erit...* Qui locus sic intelligendus est, ut noverimus omnia opera nostra tunc esse munda, et placere in conspectum Dei, si fiant simplici corde, id est, intentione superna, fine illo charitatis: quia et plenitudo legis charitas. Oculum ergo hic accipere debemus ipsam intentionem, qua facimus quidquid facimus: quæ si munda fuerit et recta, et illud aspiciens quod aspiciendum est, omnia opera nostra, quæ secundum eam operamur, necesse est bona sint. (S. Aug., de serm. Domini in monte, lib. II, cap. XII, tom. III, fol. 1289.)

Más ampliamente expone la misma doctrina en el cap. XXII, fol. 1304, y en su Enarrat. in Psalm. CXVIII, serm. XII, n. 2, tom. IV, fol. 1332.

Gloria y vanagloria: amor de la uaa y de la ctra.

Dicendum, quod in homine invenitur aliquid magnum, quod ex dono Dei possidet: et aliquis defectus, qui competit ei ex infirmitate naturæ. Magnanimitas ergo facit, quod homo se magnis dignificet secundum considerationem donorum, quæ possidet ex Deo: sicut si habet magnam virtutem animi, magnanimitas facit quod ad perfecta opera virtutis tendat. Et similiter est dicendum de usu cujuslibet alterius boni, puta, scientiæ, vel exterioris fortunæ. Humilitas autem facit quod homo se ipsum parvipendat secundum considerationem proprii defectus. Similiter etiam magnanimitas contemnit alios secundum quod deficiunt à donis Dei. Non enim tantum alius appetitur, quod pro eis aliquid indecens faciat; sed humilitas alios honorat, et superiores æstimat, in quantum in eis aliquid inspicit de donis Dei, unde dicitur in Psal. XIV, de viro justo. Ad nihilum deductus est in conspectu ejus malignus: quod pertinet ad contemptum magnanimi. Timentes autem Dominum glorificat: quod pertinet ad honorem humilis. Et sit patet, quod magnanimitas et humilitas non sunt contraria, quamvis in contraria tendere videantur: quia procedunt secundum diversas considerationes 2.^æ 2.^æ, q. CXXIX, art. 3, ad quartum... Respondeo dicendum, quod sicut supra dictum est, honor importat

feriantur, sed etiam abscondita eruantur si alienos opus est cognoscere errores, erige oculos auresque, oro te, et vide atque ausculta utrum aliquis adversus nos de Anaximene et de Anaxagora proferat aliquid; quando jam ne ipsorum quidem multo recentiorum, multumque loquacium Stoicorum aut Epicureorum cineres caleant, unde aliqua contra fidem christianam scintilla excitetur.» Continúa llamando la atención de Dióscoro sobre la necesidad de combatir á los donatistas, maniqueos, arrianos, eunomianos y macedonianos: esto es, dice, lo necesario y no el remover errores ya olvidados: «et olim sopitas lites inani curiositate recoquere.»

San Jerónimo, en el prefacio del libro III de sus Comentarios sobre la carta á los galatas, asegura que hacía más de quince años que no había tomado en sus manos á Ciceron ni cualquiera otro escritor pagano; y un poco más adelante dice: ¿Quién lee ya á Aristóteles? ¿Cuántos son los que conocen siquiera el nombre de los libros de Platon? «Vix in angulis otiosi eos senes recolunt.» (Tomo IV, part. I, fol. 287.)

La historia del jóven á que aludimos en la página 36 la refiere S. J. Crisóstomo. *Adver. oppugnator. vite monast.* (lib. III, n. 11, tom. I, fol. 97.)

LECCION X.

Intencion: San Agustín y Santo Tomás.

Respondeo: Dicendum, quod intentio, sicut ipsum nomen sonat, significat in aliud tendere. In aliquid autem tendit et actio moventis, et motus mobilis: sed hoc quod motus mobilis in aliquid tendit, ab actione moventis procedit. Unde intentio primo et principaliter pertinet ad id, quod movet ad finem... Voluntas autem movet omnes alias vires animæ ad finem, ut supra habitum est, unde manifestum est, quod intentio proprie est actus voluntatis.

Ad primum ergo dicendum, quod intentio nominatur oculos metaphorice, non quia ad cognitionem pertinet, sed quia cognitionem præsupponit, per quam proponitur voluntati finis, ad quem movet: sicut oculo prævidemus, quod tendere corporaliter debeamus... Dicendum, quod voluntas quidem non ordinat, sed tantum in aliquid tendit secundum ordinem rationis, præsupposita ordinatio-

ne rationis ordinantis aliquid in finem. (S. Thomas, 1.^o 2.^æ, q. XII, art. 1.)

Et hic manifestat de mundando corde, se cuncta ista præcipere, cum dicit, *lucerna corporis tui oculus tuus est. Si ergo oculus tuus simplex fuerit, totum corpus tuum lucidum erit...* Qui locus sic intelligendus est, ut noverimus omnia opera nostra tunc esse munda, et placere in conspectum Dei, si fiant simplici corde, id est, intentione superna, fine illo charitatis: quia et plenitudo legis charitas. Oculum ergo hic accipere debemus ipsam intentionem, qua facimus quidquid facimus: quæ si munda fuerit et recta, et illud aspiciens quod aspiciendum est, omnia opera nostra, quæ secundum eam operamur, necesse est bona sint. (S. Aug., de serm. Domini in monte, lib. II, cap. XII, tom. III, fol. 1289.)

Más ampliamente expone la misma doctrina en el cap. XXII, fol. 1304, y en su Enarrat. in Psalm. CXVIII, serm. XII, n. 2, tom. IV, fol. 1332.

Gloria y vanagloria: amor de la uaa y de la ctra.

Dicendum, quod in homine invenitur aliquid magnum, quod ex dono Dei possidet: et aliquid defectus, qui competit ei ex infirmitate naturæ. Magnanimitas ergo facit, quod homo se magnis dignificet secundum considerationem donorum, quæ possidet ex Deo: sicut si habet magnam virtutem animi, magnanimitas facit quod ad perfecta opera virtutis tendat. Et similiter est dicendum de usu cujuslibet alterius boni, puta, scientiæ, vel exterioris fortunæ. Humilitas autem facit quod homo se ipsum parvipendat secundum considerationem proprii defectus. Similiter etiam magnanimitas contemnit alios secundum quod deficiunt à donis Dei. Non enim tantum alius appetitur, quod pro eis aliquid indecens faciat; sed humilitas alios honorat, et superiores æstimat, in quantum in eis aliquid inspicit de donis Dei, unde dicitur in Psal. XIV, de viro justo. Ad nihilum deductus est in conspectu ejus malignus: quod pertinet ad contemptum magnanimi. Timentes autem Dominum glorificat: quod pertinet ad honorem humilis. Et sit patet, quod magnanimitas et humilitas non sunt contraria, quamvis in contraria tendere videantur: quia procedunt secundum diversas considerationes 2.^æ 2.^æ, q. CXXIX, art. 3, ad quartum... Respondeo dicendum, quod sicut supra dictum est, honor importat

quandam reverentiam alicui exhibitam in testimonium excellentiæ ejus. Circa excellentiam autem hominis duo sunt attendenda. Primo quidem, quod illud secundum quod homo excellit, non habet homo à seipso, sed est quasi quiddam divinum in eo: et ideo ex hoc non debetur sibi principaliter honor, sed Deo. Secundo, considerandum est, quod illud in quo homo excellit, datur homini à Deo, ut ex eo aliis prosit. Unde in tantum debet homini placere testimonium suæ excellentiæ, quod ab aliis exhibetur, in quantum ex hoc paratur sibi via ad hoc, quod aliis prosit. Tripliciter autem appetitum honoris contingit esse inordinatum. Uno modo per hoc quod aliquis appetit testimonium de excellentia quam non habet, quod est appetere honorem supra suam proportionem. Alio modo per hoc, quod honorem sibi cupit non referendo in Deum. Tertio per hoc, quod appetitus ejus in ipso honore quiescit non referens honorem ad utilitatem aliorum. Ambitio autem importat inordinatum appetitum honoris: unde manifestum est, quod ambitio semper est peccatum: quæst. CXXXI, art. 1, 0... Respondeo dicendum, quod gloria claritatem quandam significat: unde gloriari idem est, quod clarificari, ut Aug. dicit super Joan. Claritas autem, et decor quandam habent manifestationem: et ideo nomen gloriæ proprie importat manifestationem alicujus de hoc, quod apud homines decorum videtur, sive illud sit bonum corporale aliquod, sive spirituale. Quia vero illud quod simpliciter clarum est, à multis conspici potest, et à remotis, ideo proprie per nomen gloriæ designatur, quod bonum alicujus deveniat in multorum notitiam, et approbationem, secundum quod Sallustius dicit in Catilinario: Gloriari ad unum non est. Largius tamen acceptio gloriæ nomine non solum consistit in multitudinis cognitione, sed etiam paucorum, vel unius aut sui solius, dum scilicet aliquis proprium bonum considerat, ut dignum laude: quod autem aliquis bonum suum cognoscat, et approbet, non est peccatum, dicitur enim I ad Corinth., ii. Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est, ut sciamus, quæ à Deo donata sunt nobis. Similiter etiam non est peccatum, quod aliquis velit bona opera sua ab aliis approbari: dicitur enim Matth., v. Luceat lux vestra coram hominibus: et ideo appetitus gloriæ de se non nominat aliquid vitiosum. Sed appetitus inanis, vel vanæ gloriæ vitium importat: nam quodlibet vanum appetere

vitiosum est, secundum illum Psal. iv. Ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium? Potest autem gloria dici vana tripliciter. Uno modo, ex parte rei, de qua quis gloriam quærit, puta, cum quis quærit gloriam de eo quod non est, vel de eo quod non est gloria dignum, sicut de aliqua re fragili, et caduca. Alio modo, ex parte ejus, à quo quis gloriam quærit, puta, hominis cujus judicium non est certum. Tertio, ex parte ipsius, qui gloriam appetit, qui videlicet appetitum gloriæ suæ non refert in debitum finem, puta, ad honorem Dei, vel proximi salutem, q. CXXXII, art. 1, 0.

La indole de la elocuencia hace más inminente el peligro de caer en el amor de la vanagloria.

Generoso itaque hic opus est animo, qui nostram exiguitatem longe superet, ut inordinatam illam infructuosamque vulgi voluptatem compescat, et auditum eorum ad utiliora transferat, ita ut populus ipsum sequatur, ipsique morem gerat; sed non ille secundum vulgi cupidinem feratur. Id vero nullo modo consequi, possit, nisi hoc utrumque adfuerit, laudum contemptus, et vis dicendi. Nam si alterum absit, aliud ab altero disjunctum inutile efficitur. Etenim si laudes aspernans non proferat doctrinam gratia et sale conditam, despicibilis apud multos evadit, nihil lucri ex illa animi magnitudine referens; sin hac parte strenue se gerens à populari aura vincatur, tum ipsi, tum populo id ipsum accedit detrimenti, cum ex laudum cupidine eo ducatur, cum ad gratiam magis, quam ad utilitatem auditorum concionari studeat. Ac quemadmodum, qui nec laudibus movetur, nec dicendi vi præditus est, is neque vulgi voluptatibus cedere, neque tantillam utilitatem ob imperitiam loquendi afferre potest, ita qui laudum amore captus, nactus eam facultatem, qua multos ad meliorem frugem reducere possit; mavult tamen delectabilia proferre, dum populares in plaudendo tumultus lucretur. Is itaque qui optimus populi ductor futurus sit, utrumque fortiter teneat oportet, ut ne alterum altero evertatur. Cum enim in medio surgens ea dixerit, quæ ignavos pestringere possint, si deinde labatur et decidat, ac prædicandi inopia erubescere cogatur, jam dictorum lucrum statim effluit. Nam qui corripuntur, dum de dictis dolent, nec se alio modo ulcisci possunt, ignorantiam ipsi expo-

brant, ac putantes se ratione opprobria tegere sua... Animi porro magnitudinem non in laudum contemptu tantum exhibere par est, sed ulterius progrediendum, ne imperfectum lucrum accedat. (S. Joann. Chrysost.: *De Sacerdotio*, lib. v, nn. 1 et 3, tom. i, fol. 415.)

Sæpe officium prædicationis assumimus, ut per hoc fraternæ utilitati serviamus: sed nisi placeamus cui loquimur, nequaquam libenter accipitur quod prædicamus. Cumque placere mens utiliter studet, ad amorem laudis propriæ turpiter defluit; et quæ à captivitate vitiatorum alias curabat eruere, ipsa suis favoribus incipit capta servire. Quasi latrunculus quippe est appetitus laudis humanæ, qui recto itinere gradientibus ex latere jungitur, ut ex occultis educto gladio gradientium vita trucidetur. Cumque propositæ utilitatis intentio ad studia privata deducitur, horrendo modo unum idemque opus culpa peragit, quod virtus inchoavit. Sæpe et ab ipsis exordiis aliud cogitatio expetit, aliud actio ostendit. (S. Greg. Mag.: *Moral.*, pars. II, lib. ix, in cap. ix.—B. Job., n. 37, tom. i, fol. 304.)

Los Santos Padres aplaudidos: su conducta y su doctrina.

Son muy curiosas las noticias que sobre los extremos á que se entregaban los que aplaudian á los oradores cristianos, encontramos en una de las homilias en que San Juan Crisóstomo reprendió severamente á sus intempestivos aclamadores. (Hom. I, in illud vidi Dominum, etc., tom. vi, fol. 95.)

Nam per Dei gratiam puto eos qui congregantur ad centum millia pertingere. (S. Joann. Chrysost., homilia LXXXV, tom. vi, fol. 810.)

Hæc dicta laudatis: sed plausibus, tumultu, et sonitu non opus est mihi. Unum volo tantum, ut cum quiete et sagaci attentione quæ dicuntur audientes, dicta exequamini. Hoc mihi plausus et laudis loco est. Si vero ea quæ dicuntur audias, et non facias ea quæ laudas, majus erit supplicium, gravior accusatio, nobisque pudor et irrisio. Non enim theatrum sunt hæc, non tragædos nunc spectatis, ut solum plaudatis. Magisterium est hoc spirituale. Quapropter unum studium est, ut quæ dicuntur opere compleatis, et obedientiam gestis commonstretis. Tunc enim omnia assecuti erimus: at nunc pene desperare cogor. Nam et privatim eos qui me convenerunt

hæc monere non cessavi, et vobis in commune locutus, nihil tamen hinc fructus hætenus perceptum video: sed vos primis adhuc elementis hærentes cerno: quod sane maximum potest docendi fastidium generare. Continúa el Santo Doctor con una vehemente obyurgacion, á causa del poco fruto que á su parecer producía su predicacion. (Hom. XVII in Math., n. 7, tom. vii, fol. 232.)

Quid enim mihi laudes prosunt, cum vos in virtute facere progressus non videam? Quod vero mihi damnum oritur ex silentio auditorum, cum vestram augeri conspiciam pietatem? Laus quippe dicentis est, non applausus, sed auditorum in pietate zelus ac studium; non tumultus excitatus, quo tempore sermo auditur, sed studium ac diligentia, quæ omni tempore exhibetur: applausus ex ore simul egreditur, et in aërem diffusus interit; quod autem meliores fiant auditores, incorruptam et immortalem cum dicenti, tum obtemperantibus mercedem affert. Clamor vestri commendatio illustriorem oratorem hic reddit; at animæ vestræ pietas multam apud tribunal Christi doctore fiduciam acquirit. Itaque si quis eos qui sermonem habent, diligat, non applausus, sed utilitatem diligat auditorum. (S. Joann. Chrysost. in illud. «Si esurierit inimicus, etc.» n. 1, tom. iii, fol. 157.)

Véase sobre lo mismo el n. 1 de la Hom. I in Genesim, tom. iv, fol. 2.

Se ocupa en el mismo asunto más extensamente, y con gran celo en la Hom. XXX in Acta Apost., nn. 3 y 4, tom. ix, fol. 238.

Quid ergo mihi hodie maxime faciendum, nisi ut commendem vobis periculum meum, ut sitis gaudium meum? Periculum autem meum est, si attendam quomodo laudatis, et dissimulem quomodo vivatis. Ille autem novit, sub cujus oculis loquor, imo sub cujus oculis cogito, non me tam delectari laudibus popularibus, quam stimulari et angui quomodo vivant qui me laudant. Laudari autem à male viventibus nolo, abhorreo, detestor: dolori mihi est, non voluptati. Laudari autem à bene viventibus, si dicam nolo, mentior: si dicam volo, timeo ne sim inanis appetentior quam soliditatis. Ergo quid dicam? Nec plene volo, nec plene nolo. Non plene volo, ne in laude humana perincliter: non plene nolo, ne ingrati sint quibus prædico. (S. Aug., serm. CCCXXXIX, tom. v, folio 1480.)

Manifestatur enim virtus prædicantium ubi surgit se-

ges animarum. (S. Greg. M., Epist. VIII, tom. II, fol. 855.)

Véase lo que dicen S. Agustín, de serm. Dom. in monte, lib. I, capítulos VI y VII, tom. III, fol. 1237.—S. Gregorio M., in Ezech., lib. I, hom. XII, núm. 17, tom. I, fol. 1289.—S. Isidoro de Sevilla, *Sentent.*, lib. III, capítulo XLI, nn. 3 y 4, tom. II, fol. 123.

Sinsabores del orador que ama la vanagloria.

Quandoquidem si quis casibus hujusmodi animo deiciatur, his nunquam poterit quidpiam generosi vel admirandi præstare. Nam mæror animæ assidueque sollicitudines, animi vim prosternere possunt, et in extremam imbecillitatem deducere. Sit igitur oportet sacerdotem erga subditos affectum esse, ut pater est erga tenerrimos filios: ac quemadmodum illis nec insolescentibus, nec percutientibus, nec flentibus commovemur; sed neque cum nos effusis cachinnis irriserint, admodum curamus: ita nec horum vel laudibus intumescere, vel vituperiis dejicit oportet; cum hæc illi intempestive faciunt. Grave illud est, o vir beate! imo tale fortasse puto, quod præstari non possit. Siquidem laudatum hominem non gaudere, nescio an cuiquam vel magna virtute prædito acciderit. Gaudentem vero necesse videtur in desiderare unde gaudio fruitur, desiderantem porro gaudio frui, prorsus necesse est, si id non consequatur, dolere, torqueri, cruciari ac mærore affici. Quemadmodum enim ii, qui in divitiis lætantur, si quando in paupertatem decidunt, ægre ferunt: et qui delicatis cibis assueverunt, numquam patientur tenui uti victus ratione; sic et laudis amatores, non modo cum temere vituperantur: sed etiam cum non assidue laudantur, ceu fame quadam contabescunt; maxime si in ipsis laudibus educati fuerint, aut si alios laudari audierint. Qui vero cum tali cupidine in doctrinæ certamen descenderit, quam multis illum negotiis, quam multis doloribus obnoxium fore putas? Neque mare unquam potest fluctibus carere, neque illius animus sollicitudine et mœstitia. Nam si is fuerit magna dicendi vi præditus, hoc autem in paucis invenitur, ne sic quidem ab assiduo animi mærore vacuus erit. Etenim cum eloquentiam non natura; sed disciplina pariat, licet ad summum ejus apicem quis pervenerit, ab illa certe destituetur, nisi assidue studio et exercitatione illam excoluerit: ita ut magis peritiori-

bus, quam imperitioribus sit laborandum. Neque enim par jactura utrosque, si negligentes fuerint, manet; sed tanto major hæc, quantum est inter peritiam et imperitiam intervallum. Atque illos quidem nemo culpaverit, si nihil eximium attulerint; hic vero nisi quidpiam majus existimatione, qua valet apud omnes, semper protulerit, in omnium reprehensionem incurrit. Ad hæc, illi pro modicis concionibus, magnam consequuntur laudem; hi vero nisi mirabilia et stupenda proferant, non modo laudibus privantur, sed etiam à multis redarguuntur. Auditores quippe non tam de concione, quam de concionantis existimatione sedent judices. Quapropter ubi quispiam universos vi dicendi superat, tum illi plus, quam cæteris, studio laboreque opus est. Neque enim licet illi id perpeti, quod toti humanæ naturæ commune est, ut scilicet non semper in omnibus probe rem gerat: sed si illa quæ concionando dicit, cum famæ magnitudine non non consentiant, scominata dieteriaque à multitudine refert. Nemo secum reputat, aut incidentem mærorem, aut angustiam animi, vel sollicitudinem, vel persæpe iram, mentis aciem tenebris offudisse, neque sivisse sensa ejus pura sinceraque prodire: atque homo cum sit, non posse semper eum ipsum esse, neque in omnibus prospere agere, sed quod fieri solet, accidere ut nonnumquam labatur, ac minora, quam pro solita virtute, exhibeat. Nil horum, ut dixi, cogitare volunt: sed ac si de Angelo judicium ferrent, ita ipsum redarguunt. Alioquin vero solet homo præclara proximi sui gesta, quantumvis multa et magna despiceret: si autem vitii quidpiam appareat, quantumvis leve sit, quamvis jamdiu acciderit, statim dignoscitur, confestim arripitur, et numquam è memoria excidit: atque illud per quam tenue exiguumque, multorum magnorumque virorum sæpe famam imminuit.

Vides, o vir generose! eum qui vi dicendi prælitus sit, majore sollicitudine opus habere: ac præter studium tanta tolerantia indigere, quanta non omnes, quorum prius memini, opus habuere. Nam multi sæpe illum temere adoriuntur, et cum nihil criminis offerri possit, non aliam odii causam habent, quam quia apud omnes bene audit. Horum invidiam fortiter ferre par est: nam execrandum hujusmodi odium, quod temere conceperunt, cum tegere non valeant, clam convitiantur, incusant, calumniantur, palamque malitiam exercent. Ani-

mus autem qui ad illa singula dolere atque irritari cœperit, non ultra progredi potest, sed dolore contabescit. Etenim non per se tantum se ipsi ulciscuntur, sed etiam aliorum utuntur opera: ac sæpe unum quempiam dicendi imperitum cooptantes, laudibus celebrant, ac supra meritum admirantur; alii furore ducti, alii imperitia simul et livore impuls; non ut mirabilem exhibeant eum, qui talis non est; sed ut hujus gloriam de medio tollant. Neque adversus istos tantum athletæ illi certamen est; sed plerumque adversus totius populi imperitiam. Quia enim fieri nequit, ut totus cœtus ex litteratis viris coaluerit, sed magna Ecclesiæ pars ex idiotis constat: reliqui vero illis sagatiores quidem sunt, sed ab iis, qui de dicendi facultate judicium ferre valent, tantum numero distant, quantum iidem à reliquis omnibus: unus scilicet vel alter sedet hæc præditus facultate, necesseque est ut qui eloquentius dixerit, minorem sibi plausum conciliet, et aliquando sine laude discedat. Sane contra hujusmodi inæquabilitatem animum generose præparare decet, iisque parcere qui per ignorantiam illud agunt, eos autem, qui per invidiam, ut miseros infelicesque deplorare, à neutroque horum quidpiam putare à sua vi dicendi esse detractum. Neque enim si optimus pictor, qui omnes in hac arte præcellat, per quam diligenter à se depictam imaginem, ab imperitis derideri videat, ideo debet animo concidere, nec imperitorum iudicio picturam parviducere, quemadmodum neque picturam quæ nihil sit, ex imperitorum admiratione magni facere. Nam optimus artifex, ipse suorum opificiorum iudex esto, et pulchra fœdave illa existimet, cum meas eadem, quæ illa edidit, hunc calculum feret: aliorum autem opinionem erroneam et artis imperitam, ne quidem in mente reponat. (S. Joann. Chrysost.: *De Sacerdotia*, lib. v, nn. 4, 5, 6, 7; tom. i, fol. 417.)

Más adelante copiaremos otro pasaje del Santo Doctor, del que hemos extractado también unas palabras en la pág. 42.

San Agustín narra con encantadora naturalidad que oía los sermones de San Ambrosio no más que por el placer que le causaban, y cómo Dios se sirvió de este medio para hacerle amar la verdad. «Et studiose audiebam disputantem in populo, non intentione qua debui, sed quasi explorans ejus facundiam... et verbis ejus suspendebam intentus; rerum autem incuriosus et contentor adsta-

bam; et delectabar suavitate sermonis... veniebant in animum meum simul cum verbis quæ diligebam, res etiam quas negligebam... Et dum cor aperire mad excipiendum quam diserte diceret, pariter intrabat et quam vere diceret... (*Confes.*, I, lib. v, capítulos XIII y XIV, tom. I, fol. 717.)

Sobre el recto fin con que el orador ha de procurar agradar á sus oyentes, puede verse lo que dicen San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio M. y Santo Tomás, cuyas palabras nos impide copiar la mucha extensión que va tomando esta lección. (San Juan Crisóst.: *De Sacerdot.*, lib. v, n. 8, tom. I, fol. 419.—San Agustín: *De Doctr. Christ.*, lib. IV, cap. XXV, tom. III, fol. 116.—San Greg. M., *Regula*, part. II, cap. VIII, tom. II, fol. 28.—Santo Tomás, 2.^a 2.^{ae} q. CLXXVII, art. 1.)

Temores de San Agustín.

Quando quidem lego, et audio, «Nolite multi magistri fieri, fratres, quoniam majus iudicium sumitis: in multis enim offendimus omnes. Lavi pedes meos; quomodo inquinabo eos? Sed ecce surgo, et aperio. Christe, lava eos, *Dimitte nobis debita nostra*, quoniam non est extincta charitas nostra: quia *et nos dimittimus debitoribus nostris*. Quando te audimus, exultant tecum in cœlestibus ossa humiliata (Psal. L, 10.) Sed quando te prædicamus, terram calcamus ut ibi aperiatur: et ideo si reprehendimur, perturbamur; si laudamur, inflamur. Lava pedes nostros ante mundatos, sed cum ad aperiendum tibi per terram pergimus, inquinatos. Hæc vobis hodie satis sint, dilectissimi. Si quid secus quam oportuit dicentes fortassis offendimus, vel laudibus vestris immoderatus quam oportuit elevati sumus, impetrate mundationem pedibus nostris, Deo placentibus orationibus vestris. (S. August., in Joan., tract. LVII, n. 6, tom. III, fol. 1792.) Véase el n. 2 del mismo discurso, fol. 1790.

El Santo Doctor expresa los mismos temores en muchas ocasiones. Exposit. Epist. ad Galat., cap. VI, tom. III, fol. 2145.—Enarrat. in Psalm. LXXVI, n. 10, tom. IV, folio 812.—Serm. XXIII, nn. 1 y 2, tom. V, fol. 155.

El celebrado sermón de Masillon sobre LA PALABRA DIVINA, que hemos citado en la pág. 43, es el del primer domingo de Cuaresma: está en la pág. 419 del tomo XLII de la Colección de M. Migne.

Exhortacion del Crisóstomo.

Verum sermonem suum ad Dei placitum concinnans; hæc enim ejus norma, hic terminus artificii debet esse, non plausus vel laudes; si quidem ab hominibus etiam laudetur, laudes nec rejiciat; sin laudes ab auditoribus non referat, ne quærat illas, nec ideo doleat. Laborum quidem solatium illud satis erit, omniumque maximum, si conscius sibi fueri, se ad Dei placitum doctrinam concinasse suam. (S. Joan. Chrysost: *De sacerdot.*, lib. v, n. 7, tom. 1, fol. 419.)

Las palabras de San Jerónimo, con que termina la leccion X, están tomadas de la Epist. LXXXVI ad Eustoch., tom. iv, part. segunda, fol. 671.

LECCION XI.

El amor de la vanagloria perturba al orador, y le hace errar el camino.

Propterea ignoscite, quæso, quod sermo ha in re longius excurrat. Multi multa faciunt, ut in medio stantes longum proferant sermonem: et si plausum multitudinis assequatur, perinde gaudent ac si regnum obtinuisent: si vero cum silentio dicendi finem faciant, gehenna ipsis gravius et onerosius est tale silentium. Hoc Ecclesias subvertit, quod vos non quærat verba compositionis; sed quæ oblectent, et sono et verborum compositione, ac si cantores et citharædos audieritis. Et nos frigide ac misere vestros affectus sequimur, quos excindere oporteret. Idipsumque facimus, ac si pater molli puero, etsi infirmanti, frigidam placentam; et quæ solum oblectant, porrigat; utilium vero nullam curam habeat. Deinde à medicis objurgatus ad excusationem dicat: Qui faciam? Flentem puerum ferre nequeo. Miser, infelix et proditor. Neque enim hunc patrem dixerim. Quam melius esset, illum parvo tempore tristitia affectum, perfectæ sanitati restituere, quam temporaneam gratiam perpetui mæroris causam facere! Hoc et nos facimus, dum elegantem orationem frustra quærimus, harmoniamque, ut placeamus, non ut proximus: ut admirationi habeamur, non ut doceamus; ut oblectemus, non ut compungamus; ut cum plausu et laudibus disce-

damus, non ut mores componamus. Credite mihi, non abs re dicenti, cum prædicans laudibus excipior, illo quidem tempore humanum quid patior. Cur enim vera non dixerim? Lætor et effundor: ubi vero domum reversus, cogito plaudentes nullum excepisse fructum; sed si quid utilitatis accipiendum erat, illud ex plausu et laudibus periisse, discrucior et ingemisco, lacrymor, ac si omnia frustra dixerim ita affectus, mihi que ipsi dico: Quæ mihi ex sudoribus utilitas, cum auditores nihil ex verbis meis utilitatis percipere voluerint? Sæpeque cogitavi legem proferre plausus prohibentem, et persuadere vobis ut cum silentio audiat, et cum decenti modestia. Sed sustinete, quæso, et credite mihi: ac si placet, hanc firmemus legem: ne cui auditorum liceat loquentem plausibus interpellare: sed si admirari voluerit, silens admiretur: nemo prohibebit; omnis cura omne studium sit, ut dicta excipiantur. Quare applausistis? Hac de re legem pono: vos vero ne audire quidem sustinetis. Id multorum causa bonorum erit, philosophiæque disciplina. Externi philosophi disserebant, nemine unquam plaudente; et Apostoli concionabantur, neque uspiam legitur, ipsos loquentes ab auditoribus fuisse plausu interpellatos. Magnum hoc nobis lucrum erit: sed stabiliamus illud, et cum silentio omnes audiamus, omniaque dicamus. Etiam si post plausum discederemus, quæ audivimus retinentes, neque sic etiam utilis laus esset. Verum non ulterius disquiram, ne quis me rusticitatis accuset. Quia vero nihil hinc lucri, imo potius damnum, solvamus impedimentum, animæ saltus illos tollamus excindamusque. Christus in monte concionatus est; et nemo quidpiam dixit, donec finem dicendi fecit. Nihil damni facio iis qui plaudere vellent, imo id efficio ut magis admirentur. Multo melius est cum silentio audientem, in mente et memoria omni tempore plaudere domi, in foro, quam amissis omnibus domum redire vacuum, nullam habentem plausuum causam. Quomodo enim non ridiculus erit auditor? Quomodo non adulator et irrisor putabitur, qui recte loquentem esse doctorem declarat, nec quid dixerit proferre potest? Hoc adulationis est. Nam ei qui citharædos et tragædos audit, id jure accidit, utpote qui nesciat similia proferre. Ubi autem nec cantus nec modulatio adest, sed sententiæ solum et philosophiæ virtus, quæ cuivis dicere et enunciare facile est, quomodo non dignus objurgatione est, qui ne causam quidem dice-

Exhortacion del Crisóstomo.

Verum sermonem suum ad Dei placitum concinnans; hæc enim ejus norma, hic terminus artificii debet esse, non plausus vel laudes; si quidem ab hominibus etiam laudetur, laudes nec rejiciat; sin laudes ab auditoribus non referat, ne quærat illas, nec ideo doleat. Laborum quidem solatium illud satis erit, omniumque maximum, si conscius sibi fueri, se ad Dei placitum doctrinam concinasse suam. (S. Joan. Chrysost: *De sacerdot.*, lib. v, n. 7, tom. 1, fol. 419.

Las palabras de San Jerónimo, con que termina la leccion X, están tomadas de la Epist. LXXXVI ad Eustoch., tom. iv, part. segunda, fol. 671.

LECCION XI.

El amor de la vanagloria perturba al orador, y le hace errar el camino.

Propterea ignoscite, quæso, quod sermo ha in re longius excurrat. Multi multa faciunt, ut in medio stantes longum proferant sermonem: et si plausum multitudinis assequatur, perinde gaudent ac si regnum obtinuisent: si vero cum silentio dicendi finem faciant, gehenna ipsis gravius et onerosius est tale silentium. Hoc Ecclesias subvertit, quod vos non quærat verba compunctionis; sed quæ oblectent, et sono et verborum compositione, ac si cantores et citharædos audieritis. Et nos frigide ac misere vestros affectus sequimur, quos excindere oporteret. Idipsumque facimus, ac si pater molli puero, etsi infirmanti, frigidam placentam; et quæ solum oblectant, porrigat; utilium vero nullam curam habeat. Deinde à medicis objurgatus ad excusationem dicat: Qui faciam? Flentem puerum ferre nequeo. Miser, infelix et proditor. Neque enim hunc patrem dixerim. Quam melius esset, illum parvo tempore tristitia affectum, perfectæ sanitati restituere, quam temporaneam gratiam perpetui mæroris causam facere! Hoc et nos facimus, dum elegantem orationem frustra quærimus, harmoniamque, ut placeamus, non ut proximus: ut admirationi habeamur, non ut doceamus; ut oblectemus, non ut compungamus; ut cum plausu et laudibus disce-

damus, non ut mores componamus. Credite mihi, non abs re dicenti, cum prædicans laudibus excipior, illo quidem tempore humanum quid patior. Cur enim vera non dixerim? Lætor et effundor: ubi vero domum reversus, cogito plaudentes nullum excepisse fructum; sed si quid utilitatis accipiendum erat, illud ex plausu et laudibus periisse, discrucior et ingemisco, lacrymor, ac si omnia frustra dixerim ita affectus, mihi que ipsi dico: Quæ mihi ex sudoribus utilitas, cum auditores nihil ex verbis meis utilitatis percipere voluerint? Sæpeque cogitavi legem proferre plausus prohibentem, et persuadere vobis ut cum silentio audiat, et cum decenti modestia. Sed sustinete, quæso, et credite mihi: ac si placet, hanc firmemus legem: ne cui auditorum liceat loquentem plausibus interpellare: sed si admirari voluerit, silens admiretur: nemo prohibebit; omnis cura omne studium sit, ut dicta excipiantur. Quare applausistis? Hac de re legem pono: vos vero ne audire quidem sustinetis. Id multorum causa bonorum erit, philosophiæque disciplina. Externi philosophi disserebant, nemine unquam plaudente; et Apostoli concionabantur, neque uspiam legitur, ipsos loquentes ab auditoribus fuisse plausu interpellatos. Magnum hoc nobis lucrum erit: sed stabiliamus illud, et cum silentio omnes audiamus, omniaque dicamus. Etiam si post plausum discederemus, quæ audivimus retinentes, neque sic etiam utilis laus esset. Verum non ulterius disquiram, ne quis me rusticitatis accuset. Quia vero nihil hinc lucri, imo potius damnum, solvamus impedimentum, animæ saltus illos tollamus excindamusque. Christus in monte concionatus est; et nemo quidpiam dixit, donec finem dicendi fecit. Nihil damni facio iis qui plaudere vellent, imo id efficio ut magis admirentur. Multo melius est cum silentio audientem, in mente et memoria omni tempore plaudere domi, in foro, quam amissis omnibus domum redire vacuum, nullam habentem plausuum causam. Quomodo enim non ridiculus erit auditor? Quomodo non adulator et irrisor putabitur, qui recte loquentem esse doctorem declarat, nec quid dixerit proferre potest? Hoc adulationis est. Nam ei qui citharædos et tragædos audit, id jure accidit, utpote qui nesciat similia proferre. Ubi autem nec cantus nec modulatio adest, sed sententiæ solum et philosophiæ virtus, quæ cuivis dicere et enunciare facile est, quomodo non dignus objurgatione est, qui ne causam quidem dice-

re potest cur concionantem laudaverit? Nihil ita decet ecclesiam, ut silentium et modestia, tumultus ad theatra pertinet, ad balnea, ad pompas, ad forum. Ubi verotalium dogmatum doctrina est, ibi tranquillitas, quies, philophia et portus magnus esse debet. Hæc, oro et obsecro, omnes sciatis. Omnes circummodos exploro, queis potero vestris prodesse animabus. Non exiguus ille mihi modus videtur, qui non vobis tantum, sed etiam mihi proderit. Non sinet nos prosterni, neque laudes et gloriam amare, neque oblectantia loqui, sed utilia: neque in compositione et elegantia dicatorum, sed in vi sensuum omni temporis momento versaris. (S. Joann. Chrys., in Acta Apost., hom. XXX, n. 3 et 4, tom. ix, fol. 238.)

Asuntos sobre que debe versar la predicacion.

Los Santos Padres han declarado con mucha solitud las grandes verdades y materias importantes sobre que debe versar la predicacion evangélica: indicamos algunos pasajes, cuya lectura será provechosa para los jóvenes, ya que no nos es posible trascribirlos en este lugar.

San Basilio, hom. in Psalm. vii, n. 4, tom. i, fol. 101.—S. Greg. Nazianc., orat. I, tom. i, fol. 15.—Oratione XXXIII, tom. i, fol. 473.—S. Juan Crisóst., in Gen., serm. VI, n. 1, tom. iv, fol. 671.—Hom. LXXXVIII, in Matth., n. 4, tom. vii, fol. 829.—In epist. I ad Corinth., hom. IX, n. 1, tom. x, fol. 73.—In epist. I ad Thesalon., hom. II, n. 3, tom. xi, fol. 519.—S. Greg. Magno *Regula Pastor.*, sec. pars, cap. iv, tom. ii, fol. 16.

San Ambrosio escribió á Constancio, que acababa de ser elegido Obispo, una interesante carta sobre la conducta que debía observar en la predicacion de la divina palabra. Excita su celo: le recomienda el estudio de la Sagrada Escritura: le indica cómo se ha de expresar; unas veces con dulzura, otras con severidad, segun lo exija el estado y las necesidades de sus oyentes: «Sint ergo sermones tui proflui, sint puri, et dilucidi; ut morali disputatione suavitatem infundas, populorum auribus, et gratia verborum tuorum plebem demulceas; ut volens quod ducis, sequatur. Quod si aliqua vel in populo, vel in aliquibus contumacia, vel culpa est, sint sermones tui hujusmodi, ut audientem stimulent, compungant male conscientium: *sermones enim sapientium tamquam stimuli...* sunt etiam sermones sicut lac, quos infudit Paulus Corinthiis;

qui enim fortiorem cibum epulari non queunt, succo latis ingenni sui exercent infantiam.» Concentra en dos puntos la atencion del orador: amor á la virtud y odio al vicio: «Admone igitur plebem Domini, atque obsecra, ut abundet in operibus bonis, renuntiet flagitiis.» Especifica las virtudes que ha de recomendar y los vicios que ha de combatir. De desear es que los jóvenes oradores lean este escrito: en él aprenderán á predicar verdades cristianas y prácticas, y á no ocuparse en cuestiones inútiles ó inoportunas. (S. Ambros., Epist. II ad Constantium in Episc. nuper electum, tom. v, fol. 470, Venecia.)

Conducta de los Santos Padres.

San Juan Crisóstomo, despues de repetir como de paso la doctrina sobre la comunion sacrilega, que habia irritado á algunos de sus oyentes, continúa: «Hoc multos pertrinxit, hoc multos perturbavit, et conscientiam auditorum pupugit, nec auditorum tantum, sed meam, qui ad vos sermonem habeo, priusquam vestram. Communis est quippe doctrina, communia sunt vulnera: quapropter et communia adhibeo medicamenta... Itaque non quod in alienis philosopharer malis, neque ex inhumanitate quapiam, sed præ nimia sollicitudine reprehensiones illas adhibui. Nam in corporum quidem curatione, qui plagam infligit, nullum plagæ sensum capit, sed ille, qui secatur, solus doloribus cruciatur: at in animarum curatione non ita: nisi forte fallar, dum ex meis de aliorum rebus judico; sed ipse prior cruciatur, qui concionem habet, quando cæteros increpat. Neque enim sic à cæteris reprehensi dolemus, ac si alios reprehendamus ob peccata, quorum ipsi rei simus. Statim enim concionatorem objurgat conscientia, quodque se videat magisterii dignitate decoratum in eadem cum discipulis peccata prolabi, atque iisdem reprehensionibus indigere, graviolem concionatori dolorem inurit. Atque hæc non sine causa nunc conqueror, sed quoniam permulti eorum quæ dicta sunt acerbiter non ferentes, cum hic recessissent, accedentes indignabantur, et excandescebant... Quod si forte imbecilliores sint quidam, neque defensionem hanc nostram ferant, ita cum illis agam, ut moneam, me non à me ipso latas leges exponere, sed de cælo delapsas litteras legere, ac proinde necessarium esse, ut cum hoc mihi creditum sit ministerium, aut quæ continentur illis con-

fidenter ac libere cuncta dicam, et utilitatem ubique non voluptatem quæram auditorum, aut eorundem odium reformidem, et hoc intempestivo beneficio salutem meam simul et illorum prodam. Nam et concionatori simul et auditoribus admodum periculosum esse quidpiam ex legibus divini celare, ac tanquam cædis patratae reos judicari doctores, nisi absque metu cuncta Dei jura, ac decreta promulgent, Pauli vobis testimonio comprobabo... Nobis ergo qui concionamur, nequaquam prodesse, si talia siluerimus, sufficienter et Propheta nos docuit, et Apostolus: sed neque vobis prodesse qui auditis, inde constabit. Nam si ego dum sileo, peccata silentio absconderem, recte succenseret unusquisque, ac merito indignaretur, nisi silerem: sin autem, quantumvis jam non sileamus, omnino necesse est ut illic delicta manifestentur, quid poterit silentium prodesse? Imo nihil proderit, sed summopere nocebit. Nam si quidem nunc proloquar, ad penitentiam et animi compunctionem inducam: sin taceam, nunc quidem eorum quæ peccaverimus, non recordabimur, neque penitentiam agemus; at in futuro sæculo nuda et aperta præ oculis nostris intuebimur, ac frustra et in cassum lamentabimur.» (S. Joann. Chrysost., «Non esse ad gratiam concionandum,» tom. II, fol. 658.)

La homilía que dió ocasion á las quejas de los fieles es la LXXII, tom. II, fol. 650.

Numquid ego hoc scripsit? Numquid ego delere illud possum? Si delevero, timeo deleri. Tacere illud possum; timeo tacere. Prædicare cogor: territus terreo. Timete mecum, ut gaudeatis mecum. *Ne tardes converti ad Deum:* Domine, vide quia dico: Domine, scis quia terruisti me, cum tuus Propheta legeretur. Domine, nostri in illa cathedra timorem meum, cum tuus Propheta legeretur. «Ecce, dico, ne tardes converti ad Deum, neque differas de die in diem. Subito enim veniet ira ejus, et in tempore vindictæ disperdet te.» Sed nolo perdat te... Quid ego feci speculator? liber sunt, non vos gravo. Scio dicturos quosdam: Quid nobis voluit dicere? Terruit, grabavit nos, reos nos fecit. Imo à reatu volui liberare. Fædum est, turpe est: nolo dicere malum, nolo dicere periculosum, nolo dicere exitiosum: turpe est ut vos fallam, si Deus me non fallit.

Dominus mortem minatur impiis, nequissimis, fraudatoribus, sceleratis, adulteris, voluptatum inquisitoribus,

suis contemptoribus, de temporibus murmurantibus et mores suos non mutantibus. Dominus illis mortem minatur, gehennas minatur, interitum sempiternum minatur. Quid volunt, ut ego promittam quod ille non promittit? Ecce dat tibi securitatem procurator: quid tibi prodest, si pater familias non accepte? Procurator sum, servus sum; vis dicam tibi, vive quomodo vis, Dominus te non perdet? Securitatem tibi procurator dedit; nihil valet securitas procuratoris. Utinam Dominus tibi daret, et ego te sollicitum facerem! Domini enim securitas valet, etiamsi nolim; mea vero nihil valet, si ille noluerit. Quæ est autem securitas, fratres, vel mea, vel vestra, nisi ut Domini jussa intente et diligenter audiamus, et promissa fideliter expectamus? In his fatigamur, quia homines sumus: ipsius adjutorium implemus, ad illum ingemiscamus. (S. Aug., serm. XL, tom. V, fol. 245.)

Método de la predicacion.

Nam hic mihi videtur optimus esse docendi modus, si non prius desistamus consulendo quacumque de re, quam viderimus admonitionem ad effectum pervenisse. Etenim, qui hodie de eleemosyna, cras de oratione, perendie de humanitate, deinde rursus de animis modestia disserit nihil horum in auditorum animis perficere recte poterit, ab hoc ad illud, rursus ab illo semper alio transiliens: sed necesse est, ut qui velit orationem in auditorum animis fructum destinatum assequi, non ante desistat iisdem de rebus admonens consulensque, nec prius ad aliud quidpiam transiliat quam conspexerit superiorem admonitionem in eis bene fixam ac radicatum. Idem hoc facere solent ludimagistri. Non prius ad syllabas adducunt pueros, quam elementorum cognitionem in eis viderint recte confirmatam. (S. J. Chrysost., De David et Saule, hom. I, tom. IV, fol. 748.)

Ideo, dilectissimi filii, vos minutatim et per partes scripturarum doctrinam pascimus, neque simul omnia effundimus, ut facilior vobis sit emissi verbi custodia. Nam in ædificiis, qui antequam priores lapides conjuncti sint, alios superimponit, non firmam, sed facile ruituram struit parientem; qui autem exspectat donec calce firmentur, et sic paulatim cætera adjicit, tutam, firmam diuque duraturam domum excitat. Hos ædium structores et nos imitemur, eodemque modo vestras ædifice-

mus animas. Timemus enim, ne recens cum sit prior structura, secundæ additæ speculationes, priores pessumdent, cum mens nequeat omnia simul continere. (S. Joann. Chrysost., in Joann., hom. VII, n. 1, tom. VIII, fol. 44.)

Non enim id parum confert ad dictorum intelligentiam, si seriem sententiarum nostrarum accurate teneatis. Quia enim non possumus omnia uno die complecti, si ea quæ singulis vobis diebus proponimus, in memoriæ quadam serie, quasi catenam, teneatis, sic in mente reponite, ut totum scripturæ corpus simul appareat. Revocatis igitur in mentem iis quæ nuper dicta sunt, sic hodie ad ea, quæ proponenda sunt, accedamus. (S. Joann. Chrysost., in Matth., hom. V, n. 1, tom. VII, fol. 73.)

Ordo igitur disputationis est ordo tractatus, et ideo etiam nos, cum aliqui ex gentibus vocantur ad Ecclesiam, ita præceptorum seriem formare debemus, ut primo unum Deum auctorem mundi, omniumque esse doceamus, in quo vivimus, et sumus, et movemur, cujus et genus sumus, etc... El Santo Doctor continúa señalando el orden con que debe procederse con el infiel hasta completar su instruccion religiosa. (S. Ambros., Exposit. Evang. sec. Lucam, lib. VI, n. 104, tom. IV, fol. 144, ed. de Venecia.)

Los asuntos han de ser proporcionados á las necesidades y circunstancias de los oyentes.

Volo cogitis aliam esse intentionem dictantis, cum lector luturus cogitatur; et aliam loquentis, cum præsens auditor attenditur; et in eo ipso aliam in secreto monentis, dum nullus alius qui de nobis iudicet præsto est; aliam palam docentis aliquid, cum dissimiliter opinantium circumstat auditus: et in hoc genere aliam, cum docetur unus, cæteri autem tamquam iudicantes aut attestantes, quæ sibi nota sunt, audiunt; aliam cum omnes communiter quid ad eos proferamus expectant; et rursus in hoc ipso aliam, cum quasi privatim consecretur, ut sermocinatio conseratur; aliam, cum populus tacens unum de loco superiore dicturum suspensus intuetur: multumque interest, et cum ita dicimus, utrum pauci adsint an multi; docti an indocti, an ex utroque genere mixti; urbani an rustici, an hi et illi simul; an populus ex omni hominum genere temperatus

sit. Fieri enim non potest, nisi aliter atque aliter afficiant locuturum atque dicturum, et ut sermo qui profertur, affectionis animi à quo profertur, quemdam quasi vulum gerat, et pro eadem diversitate diverse afficiat auditores, cum et ipsi se ipsos diverse afficiant invicem præsentia sua. (S. Aug.: *Decatech. rudib.*, cap. XV, tom. VI, fol. 328.)

No ha sido sólo San Agustin el que se ha ocupado en esta materia. San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Isidoro de Sevilla y con especialidad San Gregorio Magno, han expuesto las dificultades que ofrecen al predicador la multitud de los oyentes y la variedad de sus necesidades y calidades personales: y con esta ocasion han consignado consejos de exquisita prudencia para los que se dedican al difícil ministerio de la predicacion. (Véase S. Greg. Nazianc., orat. XXXIII, tomo I, fol. 467 y sig.—S. Juan Crisóst., «cur in Pentecostes acta,» etc., concio VI, n. 2, tom. III, fol. 83.—Adversus Judæos et Gent., n. 1, tom. I, fol. 558.—In princ. Actorum, hom. I, tom. III, fol. 54.—In Epist. ad Coloss., hom. XI, nn. 2 et 3, tom. XI, fol. 406.—S. Isidoro de Sevilla, *Sent.*, lib. III, cap. XLIII, tom. II, fols. 123 y 124.—Synonymor., lib. II, tom. II, fol. 512.—S. Gregorio Magno, *Reg. Past.*, pars III, capítulos xxxvi, xxxvii y xxxviii, tom. II, fols. 96 y 98.) El símil del instrumento músico usado por este Santo Doctor está en el prólogo de la parte III de su *Regla Pastoral*, tomo II, fol. 33.

Quidquid enim lacerato animo dixeris, punientis est impetus, non charitas corrigentis. Dilige, et dic quod voles: nullo modo maledictum erit quod specie maledicti sonuerit, si memineris senserisque te gladio verbi Dei liberatorem hominis esse velle ab obsidione vitiorum. (S. Aug., Exposit. Epist. ad Galat., cap. VI, n. 57, tom. III, fol. 2144.)

Sermones predicados á clases determinadas.

San Juan Crisóstomo predicó sus LXXXVIII homilias sobre el Evangelio de San Juan al amanecer «sub aurora,» dice el mismo. Los sábios benedictinos, editores de las obras del Santo, opinan que eligió esta hora porque predicaba á un auditorio especial, y de materias determinadas, y por eso lo hacía á hora que no le impi-

diese continuar las instrucciones comunes que daba á todos los fieles en las horas acostumbradas.» (Véase el párrafo II del *Prefacio* de estas homilias, que se hallan en el tomo VIII de las obras del Santo Doctor.)

Aparte de los sermones que San Bernardo predicaba exclusivamente á los monjes, se sabe que predicó vários al clero de París, los cuales forman el sermón ó libro que se titula *De Conversione ad clericos*, tomo II, fol. 477. Puede verse en los pasajes siguientes por qué y en qué términos San Juan Crisóstomo y San Agustín predicaban á menudo, no sólo para los presentes, sino también para los ausentes. (San Juan Crisóstomo «de penitencia.» homil. IV, tom. II, fol. 305.—In princ. Act., homil. I, n. 2, tom. III, fol. 53.—De Anna, serm. IV, nn. 1, 2, y 3, tom. IV, fol. 729.—Homil. III, inedit., tom. XIII, fol. 340.—S. Agust., Enarrat. in Psalm. I, n. 1, tom. IV, fol. 585.—Serm. LI, tom. V, fol. 334.)

No se ha de predicar, sin necesidad, doctrina de difícil inteligencia ó que pueda turbar á los espíritus débiles.

Sunt enim quædam, quæ visua non intelliguntur, aut vix intelliguntur, quantolibet, et quantumlibet quamvis planissime dicentis versentur eloquio; quæ in populi audientiam, vel raro, si aliquid urget, vel nunquam omnino mittenda sunt. In libris autem qui ita scribuntur, ut ipsi sibi quodammodo lectorem teneant cum intelliguntur; cum autem non intelliguntur molesti non sint nolentibus legere, et in aliquorum collocutionibus, non est hoc officium deserendum ut vera quamvis difficillima ad intelligendum, quæ ipsi jam percepimus, cum quantocumque labore disputationis ad aliorum intelligentiam perducamus, si tenet auditorem vel collocutorem discendi cupiditas, nec mentis capacitas desit, quæ quoquo modo intimata possit accipere; non curante illo qui docet quanta eloquentia doceat, sed quanta evidentia. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. IX, tom. III, fol. 99.)

La misma prudencia recomiendan San Basilio, Epistola XXII *De perfectione vite Monast.*, n. 1, tom. III, folio 99, y San Gregorio Nazianc., orat. XXXIV, tom. I, fol. 480. Mas en los casos en que sea necesario ocuparse en la predicacion de doctrinas de difícil inteligencia, se

han de tener presentes las saludables reglas que San Agustín consigna en su tratado *De dono perseverantie* (tom. X, fol. 993), con especialidad en los ocho últimos capítulos desde el fol. 1016.

LECCION XII.

Censuran los Santos Padres á los que predicán de una manera enteramente humana.

In populo autem gravi, de quo dictum est Deo, *in populo gravi laudabo te*, nec illa suavitas delectabilis est, qua non quidem iniqua dicuntur, sed exigua et fragilia bona spumeo verborum ambitu ornantur, quali nec magna atque stabilia, decenter et graviter ornarentur. (San Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. XIV, tom. III, fol. 102.)

In suam dicunt contumeliam Doctores, si dum sint ab eis dicta sapienter, nimium tamen eloquenter. Horret enim sapientia spumeum verborum ambitum, ac fucum mundialis eloquentiæ inflatis sermonibus perornatum.

Quidam curiosi delectantur audire quoslibet sapientes, non ut veritatem ab eis quærant: sed ut facundiam sermonis eorum agnoscant, more Poetarum, quis magis compositionem verborum, quam sententiam veritatis sequuntur. (S. Isid. Hispal., *Sent.*, lib. II, cap. XXIX, nn. 12 et 13, tom. II, fol. 64.)

Sed neque facetus quispiam ac jucundus sum, atque ita comparatus ut hominum benevolentiam blanditiis et assentatione surripere queam; quales multos eorum video qui hoc tempore sacerdotii munus profitentur, qui fidei nostræ pietatem, quæ prius simplex atque artis experta erat, artificiosam reddiderunt, ac novum quoddam politices genus, à foro ad sanctum translata, et à theatris ad sacrarium, vulgi oculis minime inspectandum: ita ut, si audacter hoc dicere oporteat, duæ jam scenæ sint, inter quas hoc dumtaxat intersit, quod illa omnibus pateat, hæc quibusdam; illa videatur, hæc in honore sit; illa theatra, hæc spiritualis nominetur. Vos testes, et Deus (ut Apostoli verbis utar) nos ab hac parte minime stare, verum tales esse, ut sinisteritatis potius et rusticitatis, quam adulationis ac servilis animi notam suscipere possimus, quippe qui eos etiam, qui nostri apprimè studiosi sunt, asperius interdum accipiamus, si

diese continuar las instrucciones comunes que daba á todos los fieles en las horas acostumbradas.» (Véase el párrafo II del *Prefacio* de estas homilias, que se hallan en el tomo VIII de las obras del Santo Doctor.)

Aparte de los sermones que San Bernardo predicaba exclusivamente á los monjes, se sabe que predicó vários al clero de París, los cuales forman el sermón ó libro que se titula *De Conversione ad clericos*, tomo II, fol. 477. Puede verse en los pasajes siguientes por qué y en qué términos San Juan Crisóstomo y San Agustín predicaban á menudo, no sólo para los presentes, sino también para los ausentes. (San Juan Crisóstomo «de penitencia.» homil. IV, tom. II, fol. 305.—In princ. Act., homil. I, n. 2, tom. III, fol. 53.—De Anna, serm. IV, nn. 1, 2, y 3, tom. IV, fol. 729.—Homil. III, inedit., tom. XIII, fol. 340.—S. Agust., Enarrat. in Psalm. I, n. 1, tom. IV, fol. 585.—Serm. LI, tom. V, fol. 334.)

No se ha de predicar, sin necesidad, doctrina de difícil inteligencia ó que pueda turbar á los espíritus débiles.

Sunt enim quædam, quæ visua non intelliguntur, aut vix intelliguntur, quantolibet, et quantumlibet quamvis planissime dicentis versentur eloquio; quæ in populi audientiam, vel raro, si aliquid urget, vel nunquam omnino mittenda sunt. In libris autem qui ita scribuntur, ut ipsi sibi quodammodo lectorem teneant cum intelliguntur; cum autem non intelliguntur molesti non sint nolentibus legere, et in aliquorum collocutionibus, non est hoc officium deserendum ut vera quamvis difficillima ad intelligendum, quæ ipsi jam percepimus, cum quantocumque labore disputationis ad aliorum intelligentiam perducamus, si tenet auditorem vel collocutorem discendi cupiditas, nec mentis capacitas desit, quæ quoquo modo intimata possit accipere; non curante illo qui docet quanta eloquentia doceat, sed quanta evidentia. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. IX, tom. III, fol. 99.)

La misma prudencia recomiendan San Basilio, Epistola XXII *De perfectione vite Monast.*, n. 1, tom. III, folio 99, y San Gregorio Nazianc., orat. XXXIV, tom. I, fol. 480. Mas en los casos en que sea necesario ocuparse en la predicacion de doctrinas de difícil inteligencia, se

han de tener presentes las saludables reglas que San Agustín consigna en su tratado *De dono perseverantiae* (tom. X, fol. 993), con especialidad en los ocho últimos capítulos desde el fol. 1016.

LECCION XII.

Censuran los Santos Padres á los que predicán de una manera enteramente humana.

In populo autem gravi, de quo dictum est Deo, *in populo gravi laudabo te*, nec illa suavitas delectabilis est, qua non quidem iniqua dicuntur, sed exigua et fragilia bona spumeo verborum ambitu ornantur, quali nec magna atque stabilia, decenter et graviter ornarentur. (San Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. XIV, tom. III, fol. 102.)

In suam dicunt contumeliam Doctores, si dum sint ab eis dicta sapienter, nimium tamen eloquenter. Horret enim sapientia spumeum verborum ambitum, ac fucum mundialis eloquentiæ inflatis sermonibus perornatum.

Quidam curiosi delectantur audire quoslibet sapientes, non ut veritatem ab eis quærant: sed ut facundiam sermonis eorum agnoscant, more Poetarum, quis magis compositionem verborum, quam sententiam veritatis sequuntur. (S. Isid. Hispal., *Sent.*, lib. II, cap. XXIX, nn. 12 et 13, tom. II, fol. 64.)

Sed neque facetus quispiam ac jucundus sum, atque ita comparatus ut hominum benevolentiam blanditiis et assentatione surripere queam; quales multos eorum video qui hoc tempore sacerdotii munus profitentur, qui fidei nostræ pietatem, quæ prius simplex atque artis experta erat, artificiosam reddiderunt, ac novum quoddam politices genus, à foro ad sanctum translata, et à theatris ad sacrarium, vulgi oculis minime inspectandum: ita ut, si audacter hoc dicere oporteat, duæ jam scenæ sint, inter quas hoc dumtaxat intersit, quod illa omnibus pateat, hæc quibusdam; illa videatur, hæc in honore sit; illa theatra, hæc spiritualis nominetur. Vos testes, et Deus (ut Apostoli verbis utar) nos ab hac parte minime stare, verum tales esse, ut sinisteritatis potius et rusticitatis, quam adulationis ac servilis animi notam suscipere possimus, quippe qui eos etiam, qui nostri apprimè studiosi sunt, asperius interdum accipiamus, si

quid nobis non, ut rationi consentaneum est facere videantur. (S. G. Naz., tom. i, orat. XXVII, fol. 409.)

Quia fides non in forensi sermone sapientiæ, sed Dei virtute firmatur. Ergo in sermone sanctorum virtus est, in sermone autem forensi isto ac philosophico vanitas mundi. (S. Ambr. in Psalm. cxviii, expositio, sermo xi, n. 12, tom. iii, fol. 349.)

In eruditos nam fides solum viros

Si cadere, esset nihil Deo dives minus.

(S. Greg. Nazian.: *De vita sua carmen*, tom. ii, fol. 16.)

Con más vehemencia se expresa aún contra los que predicán de una manera enteramente humana, en su oración xxvi, tom. i, fol. 704.)

En la pág. 55, citando algunas homilias de San Basilio, hemos puesto equivocadamente los números XIV y XV. Las homilias sobre la caridad que deseamos sean consultadas son las que predicó el Santo Doctor y llevan estos títulos:—In illud dictum Evangelii secundum Lucam; destruam, horrea mea. etc., tom. ii, fol. 43.—Homil. in divites, fol. 51.—Homil. dicta tempore famis et siccitatis, fol. 62.

La oración XV de San G. Naz., que en la edición de Billy es la XVI, y tiene por título *De pauperum amore*, está en el tom. i, fol. 215.

La homilía XXI de San Juan Crisóstomo sobre la carta I á los Corintios está en el tom. x, fol. 179. Lo más interesante, para el caso presente, se encuentra en los nn. 5, 6 y 7, desde el fol. 186.

No está prohibido al predicador descender al campo de la ciencia humana.

Nam quod rebus in sensum cadentibus est sol, hoc iis, quæ animo et ratione intelliguntur, est Deus. Ille enim mundum hunc aspectabilem collustrat: hic invisibilem. Ille corporis oculos ita afficit, ut lumen ipsius intueri possint: hic mentes divinas reddit. Atque ut ille, cum, et iis quæ oculorum sensu prædita sunt, et iis quæ in aspectu sentiuntur, hanc vim tribuat, ut et illa viderent, et hæc visu percipi possint, interim tamen ipse omnia, quæ oculis subjecta sunt, pulchritudine antecellit, eodem modo Deus, cum tam iis, quæ intelliguntur, quam quæ mente et intellectu comprehenduntur, hoc afferat, ut et illa intelligant et hæc intelligentia per-

cipiantur, ipse tamen intelligibilium omnium summus est vertex, in quo desiderium omne consistit ac defigitur, nec supra eum usquam fertur. Nec enim quidquam sublimius habet, aut omnino habebit mens ulla, quantumvis philosophica, et altissime tendens, ac summæ curiosa. Hoc etenim rerum omnium expetendarum extremum est: quo cum pervenerimus, conquiescit omnis speculatio. (S. G. Nazianc., orat. XXI, tom. i, fol. 338.)

Política cristiana.

Hemos dicho en la página 56 que en los sermones, homilias y escritos de los Santos Padres se halla cuanto de verdadero y saludable se ha podido pensar y decir sobre política cristiana en los tiempos antiguos y modernos. La prueba de proposición tan amplia no cabe en este lugar, pero la encontrarán muy completa los que lean los extensos pasajes que á continuacion citamos. (S. Juan Crisóstomo, hom. VI ad populum Antioch., n. 1, tom. ii, fol. 73.—In Gen., serm. IV, n. 2, tom. iv, fol. 661.—Exposit. in Psalm. cxlviii, nn. 4 y 5, tom. v, fol. 496.—In illud «Vidi Dominum» hom. I, nn. 4 y 6, tom. vi, folios 102 y 105.—In Epist. ad Rom., hom. XXIII, tom. ix, fol. 685.—S. Greg. Nazianc. en algunos pasajes de su oración III, tom. i, fol. 85.—Orat. XVII, tom. i, fol. 242.—S. August.: Enarrat. in Psalm. cxxiv, nn. 7 y 8, tom. iv, fol. 1653.—In Joann. Evang., tract. XI, nn. 14 y 15, tom. iii, fol. 1483.—Epist. CXXXVIII ad Marcellin., capítulos ii, iii, tom. ii, fol. 528.—Epist. CXXXIV ad Marcellin., tom. ii, fol. 509.—Epist. CXXXIV, Apringio, fol. 410.—El libro *De Correctione Donatistarum*, ó sea la carta CLXXXV, dirigida al conde Bonifacio, fol. 792.—La carta C, escrita á Donato, procónsul de Africa, fol. 366.—Epístola XCIII ad Vincentium Rogatistam, fol. 321.) El mismo San Agustin se ocupa á menudo en reflexiones políticas en sus libros de la *Ciudad de Dios*. También son muy notables los libros *De Regimine principum* del Angélico Doctor Santo Tomás. San Ambrosio suele emitir ideas políticas en algunas de las cartas que sobre asuntos religiosos y eclesiásticos escribió á los Emperadores de su tiempo.

Restanos probar la ligereza de M. Dussaul, quien no reparó que Bossuet en sus oraciones fúnebres cita á San Agustin y otros Santos Padres al hacer algunas de sus apreciaciones políticas.—Oración fúnebre de la reina de

Inglaterra: poco despues del exordio traduce el siguiente pasaje de San Gregorio Magno: «Ad hoc enim potestas super omnes homines, dominorum meorum pietati coelitus data est, ut qui bona appetunt, adjuventur; ut coelorum via largius pateat; ut terrestre regnum coelesti regno famuletur.» (Lib. III, indic. XI, Epist. LXV ad Mauricium Augustum, tom. II, fol. 675.)

Al fin de la misma oracion fúnebre, sin citar á San Agustin, alude visiblemente al siguiente pasaje del bellissimo cap. XXIV del lib. V de la *Ciudad de Dios*, en el cual el Santo Doctor explica admirablemente en qué consiste la verdadera felicidad de los Reyes de la tierra. «Sed felices eos dicimus, si juste imperant, si, inter linguas sublimiter honorantium et obsequia nimis humiliter saluantium, non extolluntur, sed se homines esse meminerint; si suam potestatem ad Dei cultum maxime dilatandum majestatis ejus famulam faciunt; si Deum timent, diligunt, colunt; si plus amant illud regnum, ubi non timent habere consortes, etc.» (Tom. VII, fol. 170.)

En la peroracion de la oracion fúnebre de María Teresa de Austria repite la mayor parte del pasaje que á continuacion copiamos:

«Imperatores, purpuram vereamini, nam sermo noster legislatoribus quoque leges statuet. Cognoscite quantum id sit, quod vestrae fidei commissum est, quantumque circa vos mysterium. Orbis universus manui vestrae subjectus est, diademate parvo, atque exiguo panno retentus. Supera solius Dei sunt: infera autem, vestra etiam sunt. Subditis vestris Deos vos praebete: liceat enim audacius aliquid dicere. Cor regis in manu Dei est, ut ex Scriptura audimus, ac credimus. Hic imperium vestrum sit, non autem in auro et in exercitibus. Aulici proceres, ac sublimibus thronis et dignitatibus insignes, ne ob potentiam magnopere animos efferatis, nec de mortalibus rebus tanquam immortalibus cogitetis. Fidem imperatoribus servate, sed prius Deo propter quem his etiam quibus commissi et tradistis.» (S. Greg. Naz., orat. XXVII, tom. I, fol. 415.)

Esto nos recuerda la célebre frase de Tertuliano, quien, hablando de la obediencia debida á los príncipes, la llama religion de la segunda majestad: «In hac quoque religione secundae majestatis.» (*Apologet.*, cap. XXXV, fol. 65.)

Hacia el fin de la oracion fúnebre del príncipe de Con-

dé, forma contraste entre las elevadas aspiraciones de su héroe y las miras terrenales de los héroes de la tierra, y se sirve al efecto de dos pasajes de San Agustin, tomados el uno del libro V contra Juliano, cap. IV, n. 14, tom. X, fol. 792, donde, hablando de los malos, dice el Santo: «Non enim quemquam eorum Deus temere ac fortuito creat, aut quid de illis boni operetur ignorat: cum et hoc ipso bonum operetur, quod in eis humanam creat naturam, et ex eis ordinem saeculi praesentis exornat.» El segundo pasaje le hemos citado en la leccion X de esta segunda parte, pág. 233, y es del sermón XIII sobre el salmo CXVIII; pasaje que repite el mismo Bossuet en su oracion fúnebre de la señora La Vallière.

LECCION XIII.

Los pensamientos son el alma de la elocuencia.

Quae vero externis ex sermonum disciplina utilitas, cum mens sensu sit vacua? Ut si quis ensem gereret, capulum quidem argenteum habentem, ferrum vero quolibet plumbo imbecillius. (S. Joann. Chrysost., hom. XIX ad pop. Antioch., tom. II, fol. 190.)

Necesidad de la preparacion.

Sed cum Rector se ad loquendum praeparat, sub quanto cautela studio loquatur, attendat: ne si inordinate ad loquendum rapitur, erroris vulnere audientium corda feriantur; et cum fortasse sapiens videri desiderat, unitatis compagem insipienter abscindat. Hinc namque veritas dicit: *Habete sal in vobis, et pacem habete inter vos.* Per sal quippe, verbi sapientia designatur. Qui igitur loqui sapienter nititur, magnopere metuat, ne ejus eloquio audientium unitas confundatur... Providendum quoque est sollicita intentione Rectoribus, ut ab eis non solum prava nullo modo, sed ne recta quidem nimie et inordinate proferantur: quia saepe dictorum virtus perditur, cum apud corda audientium loquacitatis incauta importunitate levigatur: et auctorem suum haec eadem loquacitas inquinat, quae servire auditoribus ad usum profectus ignorat. (S. Greg.: *Reg. Past.*, sec. pars, cap. IV, tom. II, fol. 17.)

Fragilidad de la memoria: remedio.

Sæpe nos præsumimus aliquid memoria retenturos, et cum id putamus, non scribimus: nec nobis postea cum volumus venit in mentem, nosque pœnitet credidisse venturum, vel litteris non illigasse ne fugeret... (S. August.: *De Anima et ejus origine*, lib. iv, cap. vii, n. 10, tom. x, fol. 529.)

Ego tamen in lege Domini meditor... et meditationes meas, ne oblivione fugiant, stilo alligo. (S. Aug.: *De Trin.*, lib. i, cap. iii, tom. viii, n. 5, fol. 823.)

Cum Scripturas Sanctas, quæ appellantur canonicæ, legendo et cum aliis codicibus secundum Septuaginta interpretationem conferendo percurreremus, placuit eas quæstiones, quæ in mentem venirent, sive breviter commemorando, vel etiam pertractando tantummodo, proponerentur, sive etiam qualitercumque tanquam à festinantibus solverentur, stilo alligare, ne de memoria fugerent. Non ut eas satis explicaremus, sed ut, cum opus esset, possemus inspicere; sive ut admoneremur quid adhuc esset requirendum, sive ut ex eo quod jam videbatur inventum, ut poteramus, essemus et ad cogitandum instructi, et ad respondendum parati. (S. August., quæst. in Heptateuchum., lib. i, præm., tom. iii, fol. 547. —San Clemente de Alejandría, lib. i, tom. 1, fol. 315.)

Necesidad de meditar sobre la materia y sobre las necesidades de los oyentes.

Quia in colloctionibus est cuique interrogandi potestas: ubi autem omnes tacent ut audiatur unus, et in eum intenta ora convertunt, ibi ut requirat quisque quod non intellexerit, nec moris est nec decoris; ac per hoc debet maxime tacenti subvenire cura dicentis. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. iv, cap. x, n. 25, fol. 100.)

Siquidem ad præparanda ferula vestra, tota hac nocte concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exarsit ignis: ille sine dubio, quem Dominus Jesus misit in terram, et voluit vehementer accendi. Nam spiritualement cibum, et coquinam et ignem habere necesse est spiritualement. Superest jam ut distribuam quæ paravi: vos autem considerate potius dantem Dominum, quam mi-

nistrum distribuentem. (S. Bernard., in festo Omn. Sanct., serm. I, n. 3, tom. iii, fol. 1024.)

El pasaje de San Juan Crisóstomo *Hæccine ferenda*, etc. le encontrarán nuestros lectores en la lección XVI de esta segunda parte.

«Nisi quis me putaret auram superfluum captare, quotidie me videres fontes lacrymarum emittere. Harum vero consciæ sunt domuncula et solitudo. (S. Joan. Chrysost., in Act. Apost., hom. XLIV, n. 4, tom. ix, fol. 335.)

Et quomodo fieri possit, sancte Dei homo Stelechi, quod imperas, ut ab anima ita infirma et frigida de compunctione sermones edantur? Puto enim opus esse eum, qui in hac materia aliquid boni dicturus est, præ omnibus aliis hoc studio fervere, et incendi; ita ut verba quæ proferunt candenti ferro vehementius in auditorum animos incidere valeant. Nobis autem ignis hujusmodi non adest, sed omnia interiora nostra sunt cinis et pulvis. Undenam, dic mihi, unde flammam accendamus illam, cum neque scintilla adsit, neque ligna subiaceant, neque spiritus ad illam perflandam adveniat ob caliginem nempe illam ingentem, quam vis peccatorum animæ nostræ obtendi? Ego quidem non novi; sed tuum est dicere, qui imperas, quo pacto jussum tuum in opus procedat, et congruentem finem assequatur. Nos certe linguæ præbebimus ministerium; tu vero precare eum, qui sanat contritos corde, qui dat pusillanimis longanimitatem, qui suscitât de terra pauperem, ut hunc in nobis incendat ignem, qui humanam omnem infirmitatem solet absumere, ac somnum, segnitiem gravitatemque carnalem præscindere, animæque alas ad cælum sublimes erigere. Ab illi autem apside, ceu ex quodam excelso vertice, omnem ostendit præsentis vitæ vanitatem ementitanque speciem. Qui enim neque illuc evolare, neque in illa specula sedere potuit, is neque terram, neque terrena negotia, ut videre par est, videre potest. (S. Joann. Chrysost.: *De compunct. ad Stelech*, lib. ii, n. 1, tom. i, fol. 140.)

El símil de San Bernardo (pág. 63) con que concluimos esta lección se encuentra en un sermón que recomendamos á los jóvenes por la mucha y sana doctrina que en él se contiene: su demasiada extensión nos impide copiarle. (In Cant., serm. XVIII, tom. iv, fol. 1320.)

LECCION XIV.

A cada edad conviene un género diferente de elocuencia.

Oportet enim ut senilis sermo non solum sit gravis, sed etiam brevis. (S. Aug., serm. CCCL, tom. v, fol. 1535.)

Sicut est enim quædam eloquentia quæ magis ætatem juvenilem decet, est quæ senilem; nec jam dicenda est eloquentia, si personæ non congruat eloquentis: ita est quædam, quæ viros summa auctoritate dignissimos planeque divinos decet. (Habla de los escritores sagrados.) (S. August.: *De Doctr. christ.*, lib. iv, cap. vi, tom. iii, fol. 93.)

San Juan Crisóstomo expone la misma doctrina. (Hom. XI, inédita, tom. xii, fol. 395.)

Eritque post septuaginta annos Tyrus ut canticum meretricis. Vide quibus verbis utatur Propheta, nec refugiat verborum istiusmodi vilitatem. Nos interdum refugimos; non quod nobis, quam illis lingua sit castior, sed auctoritas inferior. Major enim vis rerum in talium expressione sermonum est; ut qui delicta non erubescunt, erubescunt vel nomina dilectorum. (S. Ambr.: *De Elia et jejunio*, cap. xx, tom. ii, fol. 30, ed. de Venecia.)

Los Santos Padres no copiaban los sermones de otros, ni aun repetían sus propios discursos.

Sabemos que San Cipriano tuvo á la vista, al exponer la oracion dominical, el trabajo sobre la misma de Tertuliano; San Ambrosio para su Hexaameron el de San Basilio; y tambien en su libro *De Elia et jejunio* tomó mucho sobre la embriaguez, de la homilia del mismo San Basilio *in ebrios*; pero imitar no es copiar.

S. Joann. Chrysost., hom. in proditionem Judæ, tomo ii, fol. 376.—Hom. in divinam, etc. et de proditione Judæ, fol. 386.—In cruce et de latrone, etc., tom. ii, fols. 403 y 411.

Los cuatro sermones de San Agustin: *De oratione dominica*, desde el LVI al LIX, están en el tom. v, folios 377 y 402.

S. Cyprianus, epist. ad Fortunatum, fol. 608. El mismo método recomienda y practica en su tratado: *Testimoniorum*, lib. iii, fol. 627.

LECCION XV.

Necesidad de coordinar los pensamientos.

Quantus enim tumultus est in mente dictantium, ubi multitudo perstrepat dictionum, ubi orationum varietas, et diversitas sensuum concurrat? Ubi sæpe respuitur quod occurrit, et requiritur quod excidit? Ubi quid pulchrius secundum litteram, quid consequentius juxta sententiam, quid planius propter intelligentiam, quid utilius ad conscientiam, quid denique, cui, vel post, vel ante ponatur, intensissime attenditur; multa quæ à doctis in hujusmodi curiosius observantur? Et tu in hoc mihi dicere esse quietem? tu hoc, etiamsi lingua sileat, silentium nominabis? (S. Bernard., ad Oger., Epist. LXXXIX, n. 1, tom. i, fol. 95.)

Unidad.

Quantum autem ad speciem rebus imponendam valeat Dei similitudo, per quam facta sunt omnia, quamquam humanas cogitationes altissime superet, licet tamen utcumque arbitrari, si consideremus omnem naturam, sive quæ sentientibus, sive quæ ratiocinantibus occurrit, similibus inter se partibus servare unitatis effigiem. Nam ex sapientia Dei sapientes vocantur animæ rationales, et ulterius hoc nomen non porrigitur: nam neque ulla pecora, et multo minus arbores, aut ignem vel aerem, vel aquam, vel terram, sapientem possumus dicere, quamquam per ipsam Dei sapientiam sint etiam omnia hæc in quantum sunt. At vero similes inter se et lapides dicimus, et animalia, et homines, et angelos. Jam vero in singulis rebus, et terram, eo quod similes inter se habeat partes suas, fieri ut terra sit; et aquam qualibet quoque parte similem esse cæteris partibus, nec aliter aquam esse potuisse; et quantumlibet aeris, si cætero esset dissimile, nullo pacto aerem esse potuisse; et ignis lucisve particulam, eo quod non sit dissimilis reliquis partibus, fieri ut sit quod est: ita de unoquoque lapidum vel arborum vel corpore cujuslibet animantis discerni et intelligi potest, quod non solum cum aliis sui generis rebus, sed in seipsis singulis non essent, nisi partes inter se similes haberent. Et tanto est pul-

LECCION XIV.

A cada edad conviene un género diferente de elocuencia.

Oportet enim ut senilis sermo non solum sit gravis, sed etiam brevis. (S. Aug., serm. CCCL, tom. v, fol. 1535.)

Sicut est enim quædam eloquentia quæ magis ætatem juvenilem decet, est quæ senilem; nec jam dicenda est eloquentia, si personæ non congruat eloquentis: ita est quædam, quæ viros summa auctoritate dignissimos planeque divinos decet. (Habla de los escritores sagrados.) (S. August.: *De Doctr. christ.*, lib. iv, cap. vi, tom. iii, fol. 93.)

San Juan Crisóstomo expone la misma doctrina. (Hom. XI, inédita, tom. xii, fol. 395.)

Eritque post septuaginta annos Tyrus ut canticum meretricis. Vide quibus verbis utatur Propheta, nec refugiat verborum istiusmodi vilitatem. Nos interdum refugimos; non quod nobis, quam illis lingua sit castior, sed auctoritas inferior. Major enim vis rerum in talium expressione sermonum est; ut qui delicta non erubescunt, erubescunt vel nomina dilectorum. (S. Ambr.: *De Elia et jejunio*, cap. xx, tom. ii, fol. 30, ed. de Venecia.)

Los Santos Padres no copiaban los sermones de otros, ni aun repetían sus propios discursos.

Sabemos que San Cipriano tuvo á la vista, al exponer la oracion dominical, el trabajo sobre la misma de Tertuliano; San Ambrosio para su Hexaameron el de San Basilio; y tambien en su libro *De Elia et jejunio* tomó mucho sobre la embriaguez, de la homilia del mismo San Basilio *in ebrios*; pero imitar no es copiar.

S. Joann. Chrysost., hom. in proditionem Judæ, tomo ii, fol. 376.—Hom. in divinam, etc. et de proditione Judæ, fol. 386.—In cruce et de latrone, etc., tom. ii, fols. 403 y 411.

Los cuatro sermones de San Agustin: *De oratione dominica*, desde el LVI al LIX, están en el tom. v, folios 377 y 402.

S. Cyprianus, epist. ad Fortunatum, fol. 608. El mismo método recomienda y practica en su tratado: *Testimoniorum*, lib. iii, fol. 627.

LECCION XV.

Necesidad de coordinar los pensamientos.

Quantus enim tumultus est in mente dictantium, ubi multitudo perstrepat dictionum, ubi orationum varietas, et diversitas sensuum concurrat? Ubi sæpe respuitur quod occurrit, et requiritur quod excidit? Ubi quid pulchrius secundum litteram, quid consequentius juxta sententiam, quid planius propter intelligentiam, quid utilius ad conscientiam, quid denique, cui, vel post, vel ante ponatur, intensissime attenditur; multa quæ à doctis in hujusmodi curiosius observantur? Et tu in hoc mihi dicere esse quietem? tu hoc, etiamsi lingua sileat, silentium nominabis? (S. Bernard., ad Oger., Epist. LXXXIX, n. 1, tom. i, fol. 95.)

Unidad.

Quantum autem ad speciem rebus imponendam valeat Dei similitudo, per quam facta sunt omnia, quamquam humanas cogitationes altissime superet, licet tamen utcumque arbitrari, si consideremus omnem naturam, sive quæ sentientibus, sive quæ ratiocinantibus occurrit, similibus inter se partibus servare unitatis effigiem. Nam ex sapientia Dei sapientes vocantur animæ rationales, et ulterius hoc nomen non porrigitur: nam neque ulla pecora, et multo minus arbores, aut ignem vel aerem, vel aquam, vel terram, sapientem possumus dicere, quamquam per ipsam Dei sapientiam sint etiam omnia hæc in quantum sunt. At vero similes inter se et lapides dicimus, et animalia, et homines, et angelos. Jam vero in singulis rebus, et terram, eo quod similes inter se habeat partes suas, fieri ut terra sit; et aquam qualibet quoque parte similem esse cæteris partibus, nec aliter aquam esse potuisse; et quantumlibet aeris, si cætero esset dissimile, nullo pacto aerem esse potuisse; et ignis lucisve particulam, eo quod non sit dissimilis reliquis partibus, fieri ut sit quod est: ita de unoquoque lapidum vel arborum vel corpore cujuslibet animantis discerni et intelligi potest, quod non solum cum aliis sui generis rebus, sed in seipsis singulis non essent, nisi partes inter se similes haberent. Et tanto est pul-

chrius corpus, quanto similibus inter se partibus suis constat. Jam porro animarum, non solum aliarum cum aliis amicitia similibus moribus confit; sed etiam in unaquaque anima similes actiones atque virtutes, sine quibus constantia esse non potest, beatam vitam indicant. Similia vero omnia hæc, non autem ipsam similitudinem possumus dicere. Quapropter, si rebus inter se similibus universitas constat, ut singulæ sint quidquid sunt, et omnes ipsam universitatem compleant, quam Deus et condidit et gubernat; per similitudinem ejus profecto, qui condidit omnia, supereminentem atque incommutabilem et incontaminabilem talia facta sunt, ut similibus inter se partibus pulchra sint, ad ipsam tamen similitudinem omnia non facta sint, sed sola substantia rationalis: quare omnia per ipsam, sed ad ipsam non nisi anima.

Rationalis itaque substantia, et per ipsam facta est, et ad ipsam: non enim est ulla natura interposita. Quandoquidem mens humana (quod non sentit, nisi cum purissima et beatissima est) nulli cohæret nisi ipsi veritati, quæ similitudo et imago Patris et sapientia dicitur. Recte igitur, secundum hoc quod interius et principale hominis est, id est, secundum mentem, accipitur, *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. Ex illo enim quod in homine principatum tenet, quod eum disjungit à belluis, totus est homo æstimandus. Cætera in eo, quamquam in suo genere pulchra sint, tamen cum pecoribus communia sunt, ac per hoc in homine parvipendenda. (S. Aug.: *De Gen.*, lib. imperfectus, cap. xvi, tom. iii, fol. 242.)

Si enim singula opera Dei cum consideratur à prudentibus, inveniuntur habere laudabiles mensuras et numeros et ordines in suo quæque genere constituta; quanto magis omnia simul, id est ipsa universitas, quæ istis singulis in unum collectis impletur? Omnis enim pulchritudo quæ partibus constat, multo est laudabilior in toto quam in parte: sicut in corpore humano, si laudamus oculos solos, si nasum solum, si solas genas, aut solum caput, aut solas manus, aut solos pedes, et cætera si pulchra singula et sola laudamus; quanto magis totum corpus, cui omnia membra, quæ singula pulchra sunt, conferunt pulchritudinem suam: ita ut manus pulchra, quæ etiam sola laudabatur in corpore, si separatur à corpore, et ipsa amittat gratiam suam, et cætera

sine illa inhonesta sint? Tanta est vis et potentia integritatis et unitatis, ut etiam quæ multa sunt bona tunc placeant, cum in universum aliquid conveniunt atque concurrunt. Universum autem ab unitate nomen accepit. Quod si Manichæi considerarent, laudarent universitatis auctorem et conditorem Deum; et quod eos propter conditionem nostræ mortalitatis in parte offendit, redigerent ad universi pulchritudinem, et viderent quemadmodum Deus fecerit omnia non solum bona, sed etiam bona valde. Quia etiam in sermone aliquo ornato atque composito si consideremus singulas syllabas, vel etiam singulas litteras, quæ cum sonuerint statim transeunt, non in eis invenimus quid delectet atque laudandum sit. Totus enim ille sermo non de singulis syllabis aut litteris, sed de omnibus pulcher est. (S. Aug.: *De Gen. contr. Manich.*, lib. i, cap. xxi, tom. iii, fol. 188.)

Dolor autem quem bestię sentiunt animarum etiam bestialium vim quandam in suo genere mirabilem laudabilemque commendat. Hoc ipso enim satis apparet in regendis animandisque suis corporibus, quam sint appetentes unitatis. Quid est enim aliud dolor, nisi quidam sensus divisionis vel corruptionis impatiens? Unde luce clarius apparet quam sit illa anima in sui corporis universitate avida unitatis et tenax, quæ nec libenter, nec indifferenter, sed potius renitenter et reluctanter intenditur in eam passionem corporis sui, qua ejus unitatem atque integritatem labefactari moleste accipit. Non ergo appareret quantus inferioribus creaturis animalibus esset appetitus unitatis, nisi dolore bestiarum. Quod si non appareret, minus quam opus esset admoneremur ab illa summa et sublimi et ineffabili unitate Creatoris esse omnia ista constituta.

Et revera si pie ac diligenter attendas, omnis creaturæ species et motus qui in animi humani considerationem cadit, eruditionem nostram loquitur, diversis motivus et affectionibus, quasi quadam varietate linguarum, undique clamans atque increpans cognoscendum esse Creatorem. Nulla enim res est earum quæ nec dolorem nec voluptatem sentiunt, quæ non aliqua unitate decus proprii generis assequatur, vel omnino naturæ suæ qualemque stabilitatem. Nulla item res est earum quæ vel doloris molestias, vel blanditias sentiunt voluptatis, quæ non eo ipso quo dolorem fugit, voluptatemque appetit, diremptionem se fugere; unitatemque appetere, fa-

teatur. Inque ipsis rationalibus animis omnis appetitus cognitionis qua illa natura lætatur, et ad unitatem refert omne quod percipit, et in errore nihil fugit aliud quam incomprehensibili ambiguitate confundi. Omne autem ambiguum unde molestum est, nisi quia certam non habet unitatem? Ex quo apparet omnia, sive cum offenduntur, vel offenduntur, sive cum delectantur, vel delectantur, unitatem insinuare atque prædicare Creatoris. Si autem ignorantia et difficultas, à quibus istam vitam necesse est incipere, non sunt animis naturales; restat ut aut officio susceptæ sint, aut irrogatæ supplicio. De quibus jam satis esse arbitror disputatum. (S. Aug.: *De libero arbitrio*, lib. iii, cap. xxii, tom. i, fol. 1304.)

Unde constamus? Ex animo et corpore. Quid horum melius? Videlicet animus. Quid laudam in corpore? Nihil aliud video quam pulchritudinem. Quid est corporis pulchritudo? Congruentia partium cum quadam coloris suavitate. Hæc forma ubi vera melior, an ubi falsa? Quis dubitet ubi vera est, esse meliorem? Ubi ergo vera est? In animo scilicet. Animus igitur magis amandus est quam corpus. Sed in quo parte animi ista est veritas? In mente atque intelligentia. (S. Aug., *Epist. II*, Zenobio, n. 4, tomo II, fol. 65.)

Sane quoniam te novi, accipe hoc quidam grande et breve. Est natura per locos et tempora mutabilis, ut corpus. Et est natura per locos nullo modo, sed tantum per tempora etiam ipsa mutabilis, ut anima. Et est natura quæ nec per locos, nec per tempora mutari potest; hoc est Deus. Quod hic insinuavi quoquo modo mutabile, creatura dicitur; quod immutabile, Creator. Cum autem omne quod esse dicimus, in quantum manet dicamus, et in quantum unum est, omnis porro pulchritudinis forma unitas sit: vides profecto in ista distributione naturarum, quid summe sit; quid infime, et tamen sit; quid medie majusque infimo, et minus summo sit. Summum illud est ipsa beatitas: infimum, quod nec beatum esse potest, nec miserum: quod vero medium vivit, inclinatione ad infimum, misere; conversione ad summum, beate vivit. Qui Christo credit, non diligit infimum, non superbit in medio, atque ita summo inhaerere fit idoneus: et hoc est totum quod agere jubemur, monemur, accendimur. (S. Aug., *Epist. XVIII*, Cælestino, n. 2, tom. II, fol. 85.)

El discurso debe aumentar siempre en fuerza y animacion.

Cum enim in medio surgens ea dixerit, quæ ignavos perstringere possint; si deinde labatur et decidat, ac prædicendi inopia erubescere cogatur, jam diutorum lucrum statim effluit. (S. Joann. Chrysost.: *De Sacerdotio*, lib. v, n. 5, tom. 1, fol. 416.)

Nam quoniam in prolixitatem sermo noster est productus, ac prolixitatem immensam, et quantam nunquam fuit, sic ut metuerent multi, ne verborum multitudine animi vestri alacritas extingueretur, contrarium penitus accidit. Amplius enim cor vestrum incalescebat, amplius desiderium exardescerebat. Unde id constat? Majores quidem certe plausus sub finem fuerunt et clariores acclamationes, idemque accidit quod in fornacibus. Ut enim illic initio quidem non admodum clarum est lumen ignis, postquam autem ligna omnia, quæ imposita fuerant, flamma corripuit, in magnam tollit altitudinem; sic et illo die tum temporis noc evenit. Initio quidem non admodum mihi commovebatur hic cœtus: ubi vero longius sermo productus est, et omnes argumenti propositi partes invasit, ampliorque proseminata doctrina est, tum nimirum ad majorem audiendi cupiditatem exarsistis, ac vehementior plausus erupit. Quo factum est tum nimirum ad majorem audiendi cupiditatem exarsistis, ac vehementior plausus erupit. Quo factum est, ut tametsi me ad pauciora dicenda comparaveram, tum modum excesserim: imo vero nunquam ego modum excessi: siquidem doctrinæ quantitatem non ex eorum quæ dicuntur multitudine, sed ex affectu eorum qui audiunt, soleo metiri. (S. Joann. Chrysost.: *Dæmones non gubernare*, etc., hom. I, tom. II, fol. 247.)

Los discursos no han de ser demasiado prolifjos. San Agustin.

Curandum quoque quantum loquamur; ne si ei qui multa ferre non valet, verbum vel exhortationis vel increpationis longius trahimus, auditorem nostrum ad fastidium perducamus. Unde idem prædicator egregius Hebræis loquitur, dicens: *Obsecro vos, fratres, ut sufferatis verbum solatii: etenim per paucis scripsi vobis*. Hoc tamen infirmis præcipue congruit, ut pauca quidem, et quæ prævalent capere, audiant, sed quæ eorum mentem in pe-

nitentiæ dolorem compungant. (S. Gregor. M.: in Ezech., lib. I, hom. XI, n. 16, tom. I, fol. 1286.)

Sicut enim gratus est, qui cognoscenda enubilat, sic onerosus est, qui cognita inculcat, eis dumtaxat, quorum tota expectatio in dissolvenda eorum, quæ panduntur, difficultate pendebat. Nam delectandi gratia etiam nota dicuntur; ubi non ipsa sed modus quo dicuntur, attenditur... is autem est optimus (modus docendi) quo fit ut qui audit, verum audiat, et quod audit, intelligat. Ad quem finem cum ventum fuerit, nihil tunc amplius de ipsa re tamquam diutius docenda laborandum est, sed forte de commendanda ut in corde figatur: quod si faciendum videbitur, ita modeste faciendum est, ne perveniatur ad tædium. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. X, tom. III, fol. 100.)

Tractatus quoque de doctrina fidei, de magisterio continentia, de disceptatione justitiæ, de adhortatione diligentia, non unus semper, sed ut se dederit lectio, nobis et arripiendus est, et prout possumus prosequendus: neque nimium prolixius, neque cito interruptus, ne vel fastidium derelinquat, vel desidiam prodat atque incuriam. (S. Ambros.: *De officiis*, lib. I, cap. XXII, tom. IV, fol. 17.)

Sæpe etiam fit ut qui primo libenter audiebat, vel audiendo vel stando fatigatus, non jam laudans, sed oscitans labia deducat, et se abire velle etiam invictus ostendat. Quod tibi senserimus, aut renovare oportet ejus animum, dicendo aliquid honesta hilaritate conditum et aptum rei quæ agitur, vel aliquid valde mirandum et stupendum, vel etiam dolendum atque plangendum; et magis de ipso, ut propria cura punctus evigilet, quod tamen non offendat ejus verecundiam asperitate aliqua, sed potius familiaritate conciliet; aut oblata sessione succurrere; quamquam sine dubitatione melius fiat, ubi decenter fieri potest, ut à principio sedens audiat; longeque consultius in quibusdam Ecclesiis transmarinis non solum antistites sedentes loquuntur ad populum, sed ipsi etiam populo sedilia subjacent, ne quisquam infirmior stando lassatus à saluberrima intentione avertatur, aut etiam cogatur abscedere... Quis enim ferat arrogantiam nostram, cum viros fratres nostros, vel etiam quod majore sollicitudine curandum est, ut sint fratres nostri, coram nobis sedere non facimus; et ipsum Dominum nostrum, cui assistunt Angeli, sedens mulier audiebat? (Luc., X, 39.) Sane si aut brevis sermo futurus

est, aut consessui locus non est aptus, stantes audiant; sed cum multi audiunt, et non tunc initiandi. Nam cum unus, aut duo, aut pauci, qui propterea venerunt ut christiani fiant, periculose loquimur stantibus. Tamen si jam sic cœpimus, saltem animadverso auditoris tædio, et offerenda sessio est, imo vero prorsus urgendus ut sedeat, et dicendum aliquid quo renovetur, quo etiam cura, si qua forte irruens eum avocare cœperat, fugiat ex animo. Cum enim causæ incertæ sint cur jam tacitus recuset audire, jam sedenti aliquid adversus incidentes cogitationes sæcularium negotiorum dicatur, aut hilari, ut dixi, aut tristi modo: ut si ipsæ sunt quæ mentem occupaverunt, cedant quasi nominatim accusatæ; si autem ipsæ non sunt, et audiendo fatigatus est, cum de illis tanquam ipsæ sint (quandoquidem ignoramus), inopinatum aliquid et extraordinarium, eo modo quo dixi, loquimur, à tædio renovatur intentio. Sed et breve sit, maxime quia extra ordinem inseritur, ne morbum fastidii cui subvenire volumus etiam augeat ipsa medicina: et acceleranda sunt cætera, et promittendus atque exhibendus finis propinquior. (S. Aug.: *De Catech. rudibus*, cap. XIII, n. 19, tom. VI, fol. 325.)

La solitud con que procuraba San Agustin ser breve para no fatigar á sus oyentes, se manifesta en muchos pasajes de sus sermones. (In Joann., tract. XLVI, n. 8, tom. III, fol. 1732.—Enarrat. in psalm. XXX, serm. III, tom. IV, fol. 248.—In psalm. XXXVIII, n. 23, fol. 431.—In psalm. XLVIII, fols. 543 y 545.—In psalm. LVIII, serm. I, fol. 706.—In psalm. LX, fol. 723.—In psalm. CIII, serm. II, fol. 1552.—Serm. LI, tom. V, fol. 333.—Serm. CCLXXIV, fol. 1253.)

San Juan Crisóstomo conocia la conveniencia de la brevedad: solia, sin embargo, ser prolijo.

Quoniam plerique hominum, sive ex innata socordia, sive ex nimia sæcularium rerum, quibus se dederunt, cura atque sollicitudine; alii vero ignorantia magna detenti prolixos sermones non libenter audiunt; operæ pretium visum est, multiloquii molestiam resecare: ut sermonis brevitate cum segnitiam eorum tollam, tum iis, qui in lectionis fastidium prolapsi sunt, suadeam ut præsentis orationi magna cum alacritate aures præbeant. Ideo nullis verborum nominumque lenociniis utens, sed

dicta sic temperans ut famulo, ancillæ, viduæ, institori, nautæ et agricolæ captu facilia sint, brevitati insuper, quantum fas erit ubique studebo: paucisque doctrinam tradere satagam: atque utroque modo oscitantium auditorum studia excitabo; quo facile et absque labore hæc percipere possint iisque in memoria repositis, lucrum inde reportent. (S. Joann. Chrysost.: *Adversus Judæos et Gent. demonstratio, Quod Christus sit Deus*, n. 1, tom. I, fol. 558.)

Reprehenderunt nos amicorum quidam, quod prolixiora sermonum initia faceremus, etc... Continúa excusando su prolijidad *De mutatione nominum*, conc. III, tom. III, fols. 115 y 120. Se excusa igualmente en los siguientes pasajes: «In principio Act.» hom. IV, n. 3, tom. III, fol. 84.—«Dæmones non gubernare mundum,» hom. I, n. 1, tom. II, fol. 247.—In psalm. XLI, tom. V, fol. 130.

Advirtió el Crisóstomo que su difusión fatigaba á los oyentes, y procuró reanimar su atención á mitad de su homilia V contra los judíos. Es de notar que este largo discurso ocasionó al Santo una ronquera, según él mismo dijo al predicar la siguiente homilia VI, *Adversus Judæos*, orat. V, nn. 9 et 12, tom. I, fols. 642 y 649.—Orat. VI, n. 1, fol. 650.

Del texto.

San Agustín solía, predicando, leer el texto sagrado que tenía en las manos: otras veces en el discurso del sermón iba señalando al Lector los pasajes que debía leer, y también en algunas ocasiones repetía el Santo y comentaba los pasajes que aquél había leído. De todo esto tenemos pormenores muy curiosos en los lugares que vamos á citar. (In Joann., tract. XXXIV, nn. 5 y 6, tom. III, fol. 1666.—Tract. XL, n. 1, fol. 1686.—Sermón XXXVII, n. 1, tom. V, fol. 221.—Serm. CCCLVI, n. 1, fol. 1574.—Serm. CCCLVII, n. 26, fol. 1628.) Pero la lectura más interesante y provechosa sobre el particular, para los jóvenes, será la de la epístola XXIX, dirigida á Alipio, obispo de Tagaste, tom. II, fol. 114.

A quien estudie la Sagrada Escritura no faltarán textos oportunos.

Hoc autem scitote, quod in novissimis diebus erunt tempora gravia. Breve dictum et magna virtus. Quemadmodum enim aromata, non copia et mole, sed natura fragrantiam emittunt, sic et divinæ Scripturæ non multitudine verborum, sed insita virtute, totam nobis præbent utilitatem. Sic incensi natura per se ipsam suavem emittit odorem; si autem injicias in ignem, tunc omnimodam suam exhibet voluptatem. Ita etiam divina Scriptura, per se ipsam suavissima est; cum autem animam nostram occupaverit, ac si in thuribulum inciderit, totam domum suavi implet odore. (S. Joann. Chrysost.: hom. in illud *Hoc scitote.*, n. 3, tom. VI, fol. 281.)

Audit enim modo scripturam dicentem: *Adæ vero non inventus est adjutor similis illi.* Quid sibi vult brevis hæc dictio: *Adæ vero?* Quare apponit conjunctionem? An non sufficiebat dicere, *Adæ?* Non absque ratio; neque curiositatis gratia inquirendi talia, nobis animus est: sed ut diligenter omnia vobis interpretantes doceamus vos neque dictionem parvam, neque syllabam unam in divinis litteris contentam esse prætereundam. Non enim verba qualiacumque sunt, sed Spiritus Sancti verba: et propterea magnum ibi thesaurum invenire licet, etiam in una syllaba. (S. Joann. Chrysost., *In Genes.*, hom. XV, n. 1, tom. IV, fol. 151.)

Magna divinæ Scripturæ virtus est, et multæ in verbis latent sententiarum divitiæ. Ideo par est ut diligenter intendamus, et sollicitè scrutemur quo ampliorem utilitatem inde percipiamus. Nam propter hoc et Christus præcepit dicens: *Scrutamini Scripturas*; ut non tantum nudæ lectioni vacemus, sed profundius scrutantes, verum veritatis sensuum percipere valeamus. Talis enim Scripturæ mos est, ut et in parvis verbis plurima sæpe multitudo sensuum inveniatur. Divina enim sunt dogmata, non humana, et propter hoc omnem illam videre licet secus se habere quam humanam sapientiam. Et quomodo hoc? Ego dicam. Illic enim, in humana sapientia dico, omne studium concinnandis verbis adhibitum est: hic vero prorsus aiter. Nullam Scripturæ habent rationem pluchritudinis vel compositionis verborum: habent enim in se divinam gratiam effulgentem, et pul-

chritudinem in ipsa verborum ratione sitam. Et illic quidem post longam et ingentem nugacitatem, aliquid sensus percipere est: hic autem, ut scitis, etiam parva dictio sæpe totum nobis doctrinæ sermonem contexit. (S. Joann. Chrysost.: *In Genes.*, hom. XXXVI, n. 1, tom. iv, fol. 372.)

San Juan Crisóstomo deducia sólidas y elocuentes instrucciones de palabras de la Sagrada Escritura, que mil veces leemos sin penetrar su profundo sentido. Véanse las siguientes homilias: In illud «vino modico utere,» etc. Hom. I, Antiochiæ habita, tom. II, fol. 1.—In illud «Salutate Priscillam et Aquilam,» tom. III, fol. 172.—In inscription. Actor., hom. II, tom. III, fol. 63.—Y la explicacion de aquellas palabras «messis quidem multa, operari autem pauci,» en la hom. XI de las inéditas, tomo XII, fol. 390.

Las palabras de San Hilario, con que concluimos la leccion XV, las hemos tomado del núm. 20, lib. I, *De Trinitate*, fol. 777.

LECCION XVI.

La razon indica cuáles son las partes de que naturalmente se compone el discurso.

Véanse dos pasajes que hemos copiado de San Agustin en la leccion II de esta segunda parte, pág. 188, y otros dos en la leccion IV, pág. 197.

En algunos casos las disposiciones del auditorio hacen innecesario el exordio.

San Pedro, como observa San Juan Crisóstomo, se abstuvo de todo exordio al hablar á los israelitas que habian presenciado la curacion del cojo: «Majore fiducia plena est hæc oratio: non quod in priore timeret; sed quia in homines illi irrisores non tulissent. Quare in illius exordio statim illos attentos reddit, dicens: *hoc vobis notum sit, et auribus percipite verba mea.* Hic autem non habet tali apparatu opus. Non enim segnes erant: signum quippe illos attentos fecerat: unde et stupore, et metu pleni erant: quare non opus fuit ut inde exordium duceret: sed aliunde, quo illos magis sibi conciliaret, gloriam ab se depellendo. Nihil enim tam prodest audi-

tori, quam si orator nihil magni de se dicat, sed omnem superbiam suspicionem tollat. (S. Joann. Chrysost., in Act. Apost., hom. IX, n. 1, tom. IX, fol. 69.)

Nihil ita amicos devincit et conjungit ut ærumna: nihil ita fidelium animos constringit et colligat. Nihil nobis doctoribus opportunius, ut dicta nostra audiantur. Auditor enim tranquille agens, mollis est et ignavus, et moleste ferre videtur oratorem: in ærumnis vero et angustiis positus, in multum audiendi desiderium incidit. Nam cum angitur animus, undique consolationem quærit; non minimam autem sermo affert consolationem. (S. Joann. Chrysost.: In Act. Apost., hom. XLII, n. 3, tom. IX, folio 321.)

El exordio debe ser modesto.—Modestia de San Pablo.

Teneamus igitur verecundiam, et eam quæ totius vitæ ornatum attollit, modestiam. Non enim mediocre est rebus singulis modum servare atque impartiri ordinem, in quo vere præluet illud quod decorum dicitur: quod ita cum honesto jungitur, ut separari non queat... Honestas velut bona valetudo est, et quædam salubritas corporis: decus autem tamquam venustas et pulchritudo sit... Velut salubritas igitur totius operis actusque nostri honestas est, et sicut species est decorum, quod cum honestate confusum, opinione distinguitur. Nam etsi in aliquo videatur excellere, tamen in radice est honestatis, sed flore præcipuo, ut sine ea decidat, in ea floreat. (S. Ambr.: *De offic.*, lib. I, cap. XLV, tom. IV, fol. 33.)

Neque alius quisquam tantas, non dico ocasiones, sed prorsus necessitates habuit arrogantiam, neque tamen ullus alter ita se munde ab omni jactantia subduxit. (S. Joann. Chrysost., hom. V *De laudibus Pauli*, tom. II, fol. 503.) Continúa el Crisóstomo observando la necesidad en que, por el honor de su ministerio, se veia el Apóstol de alabarse á sí mismo, y con cuán grande modestia cumplia este imperioso deber. A cada paso hace iguales reflexiones sobre la modestia del Apóstol. Véanse los siguientes pasajes: Hom. in hoc. Apostoli dictum, *Utinam sustineretis*, etc., tom. III, fol. 291.—Hom. III, in Epist. II ad Corinth., n. 1, tom. X, fol. 443.—Hom. XXIII, in Epist. II ad Corinth., tom. X, fol. 594.—Hom. VII in Epist. ad Ephes., n. 1, tom. XI, fol. 45.—Hom. XI, in Epist. ad Coloss., nn. 1 et 3, fols. 404-408.

chritudinem in ipsa verborum ratione sitam. Et illic quidem post longam et ingentem nugacitatem, aliquid sensus percipere est: hic autem, ut scitis, etiam parva dictio sæpe totum nobis doctrinæ sermonem contexit. (S. Joann. Chrysost.: *In Genes.*, hom. XXXVI, n. 1, tom. iv, fol. 372.)

San Juan Crisóstomo deducia sólidas y elocuentes instrucciones de palabras de la Sagrada Escritura, que mil veces leemos sin penetrar su profundo sentido. Véanse las siguientes homilias: In illud «vino modico utere,» etc. Hom. I, Antiochiæ habita, tom. II, fol. 1.—In illud «Salutate Priscillam et Aquilam,» tom. III, fol. 172.—In inscription. Actor., hom. II, tom. III, fol. 63.—Y la explicacion de aquellas palabras «messis quidem multa, operari autem pauci,» en la hom. XI de las inéditas, tomo XII, fol. 390.

Las palabras de San Hilario, con que concluimos la leccion XV, las hemos tomado del núm. 20, lib. I, *De Trinitate*, fol. 777.

LECCION XVI.

La razon indica cuáles son las partes de que naturalmente se compone el discurso.

Véanse dos pasajes que hemos copiado de San Agustín en la leccion II de esta segunda parte, pág. 188, y otros dos en la leccion IV, pág. 197.

En algunos casos las disposiciones del auditorio hacen innecesario el exordio.

San Pedro, como observa San Juan Crisóstomo, se abstuvo de todo exordio al hablar á los israelitas que habian presenciado la curacion del cojo: «Majore fiducia plena est hæc oratio: non quod in priore timeret; sed quia in homines illi irrisores non tulissent. Quare in illius exordio statim illos attentos reddit, dicens: *hoc vobis notum sit, et auribus percipite verba mea.* Hic autem non habet tali apparatu opus. Non enim segnes erant: signum quippe illos attentos fecerat: unde et stupore, et metu pleni erant: quare non opus fuit ut inde exordium duceret: sed aliunde, quo illos magis sibi conciliaret, gloriam ab se depellendo. Nihil enim tam prodest audi-

tori, quam si orator nihil magni de se dicat, sed omnem superbiam suspicionem tollat. (S. Joann. Chrysost., in Act. Apost., hom. IX, n. 1, tom. IX, fol. 69.)

Nihil ita amicos devincit et conjungit ut ærumna: nihil ita fidelium animos constringit et colligat. Nihil nobis doctoribus opportunius, ut dicta nostra audiantur. Auditor enim tranquille agens, mollis est et ignavus, et moleste ferre videtur oratorem: in ærumnis vero et angustiis positus, in multum audiendi desiderium incidit. Nam cum angitur animus, undique consolationem quærit; non minimam autem sermo affert consolationem. (S. Joann. Chrysost.: In Act. Apost., hom. XLII, n. 3, tom. IX, folio 321.)

El exordio debe ser modesto.—Modestia de San Pablo.

Teneamus igitur verecundiam, et eam quæ totius vitæ ornatum attollit, modestiam. Non enim mediocre est rebus singulis modum servare atque impartiri ordinem, in quo vere præluet illud quod decorum dicitur: quod ita cum honesto jungitur, ut separari non queat... Honestas velut bona valetudo est, et quædam salubritas corporis: decus autem tamquam venustas et pulchritudo sit... Velut salubritas igitur totius operis actusque nostri honestas est, et sicut species est decorum, quod cum honestate confusum, opinione distinguitur. Nam etsi in aliquo videatur excellere, tamen in radice est honestatis, sed flore præcipuo, ut sine ea decidat, in ea floreat. (S. Ambr.: *De offic.*, lib. I, cap. XLV, tom. IV, fol. 33.)

Neque alius quisquam tantas, non dico ocasiones, sed prorsus necessitates habuit arrogantiam, neque tamen ullus alter ita se munde ab omni jactantia subduxit. (S. Joann. Chrysost., hom. V *De laudibus Pauli*, tom. II, fol. 503.) Continúa el Crisóstomo observando la necesidad en que, por el honor de su ministerio, se veia el Apóstol de alabarse á sí mismo, y con cuán grande modestia cumplia este imperioso deber. A cada paso hace iguales reflexiones sobre la modestia del Apóstol. Véanse los siguientes pasajes: Hom. in hoc. Apostoli dictum, *Utinam sustineretis*, etc., tom. III, fol. 291.—Hom. III, in Epist. II ad Corinth., n. 1, tom. X, fol. 443.—Hom. XXIII, in Epist. II ad Corinth., tom. X, fol. 594.—Hom. VII in Epist. ad Ephes., n. 1, tom. XI, fol. 45.—Hom. XI, in Epist. ad Coloss., nn. 1 et 3, fols. 404-408.

El exordio debe ser correcto, pero sencillo.

Pulchra igitur virtus est verecundiæ, et suavis gratia, quæ non solum in factis, sed etiam in ipsis sectatur sermonibus; ne modum progrediari loquendi, ne quid indecorum sermo resonet tuus. Speculum enim mentis plerumque in verbis refulget. Ipsum vocis sonum librat modestia, ne cuiusquam offendat aurem vos fortior. Denique in ipso canendi genere prima disciplina verecundia est: imo etiam in omni usu loquendi; ut sensim quis aut psallere, aut canere, aut postremo loqui incipiat; ut verecunda principia commendent processum. (S. Ambros.: *De offic.*, lib. i, cap. xviii, tom. iv, fol. 12.)

Oratio sit pura, simplex, dilucida, atque manifesta plena gravitatis et ponderis; non affectata elegantia, sed non intermissa gratia. (S. Ambr.: *De offic.*, lib. i, cap. xxii, tom. iv, fol. 17.)

Cujus evidentia diligens appetitus aliquando negligit verba cultiora, ne curat quid bene sonet, sed quid bene indicet atque intimet quod ostendere intendit. Unde ait quidam, cum de tali genere locutionis ageret, esse in ea quamdam diligentem negligentiam. (*Cicero in Oratore.*) Hæc tamen sic detrahit ornatum, ut sordes non contrahat. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. iv, cap. x, tom. iii, fol. 99.)

Bossuet, San Jerónimo y San Gregorio Nazianceno.

El pasaje de la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans está en la pág. 53 de la edicion de París de 1823, y en la 68 de la edicion de 1843. Compárese con el siguiente rasgo de San Jerónimo:

«Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lacrymarum, et plorabo, non ut Jeremias ait, vulneratos populi mei; nec ut Jesus miseriam Jerusalem; sed plorabo sanctitatem, misericordiam, innocentiam, castitatem: plorabo omnes pariter in unius morte defecisse virtutes» (Ad Paulam, super obitu filiaë Blesillæ, tom. iv, part. II, fol. 54.)

La oracion fúnebre de la duquesa de Orleans comienza en la pág. 51 de la edicion de 1823, y en la 67 de la edicion de 1843. Hé aquí cómo principia el Nazianceno el elogio fúnebre de San Basilio:

«Scilicet hoc restabat, ut cum magnus ille Basilius

multa nobis orationum argumenta proposuisset... seipsum nunc proponeret, argumentum certaminum omnium maximum, iis qui litteris et eloquentiæ operam dederunt.» (Orat. XX, tom. i, fol. 285.)

Exordios que proceden de un ánimo fuertemente impresionado.

Afectado San Basilio por una pública calamidad, comenzó así:

«*Leo rugiet, et quis non timebit? Dominus Deus loquutus est, et quis non prophetabit?* Exordiamur orationem à Prophetæ verbis, atque in hujus argumenti tractatione auxiliarium assumamus ipsum Amos divinitus afflatum, qui his quibus infestamur, pares calamitates curavit. Videlicet exponamus quid nobis consilii sit de profuturis, et quid de iisdem sentiamus. Nam et propheta ipse in superiorum temporum cursu populo relinquente paternam pietatem, eodemque et conculcante legum integritatem, et ad idolorum cultum delabente, pœnitentiæ factus est præco, adhortans ad conversionem, et pœnarum minas intentans. Utinam autem mihi aliquo saltem modo uti liceat veteris historiæ zelo. Sed absit ut eorum quæ tunc acciderunt, exitum videamus. Nam populus contumax, et velut equulus durus ac freni impatiens, idque mordens, ad id quod conducebat, tractus non est. Imo à recta via digressus, tandiu inordinate divagatus est, infremuitque adversus aurigam, donec in barathra ac præcipitia lapsus, meritas contumaciæ pœnas internecone dederit. Quod avertat Deus à nobis, filii mei, quos per evangelium genitus, velut fasciis per manuum benedictionem involvi. Sed sit auditio benigna, anima morigera, suscipiens leniter admonitiones, dicenti cedens velut cera sigillum imprimenti: ut per istud vestrum studium, et ego laborum fructum lætificantem recipiam, et vos cum his malis fueritis liberati, hanc nostram exhortationem laudeis. Quid igitur est quod indicat sermo? Nan etiamnum tenet animos suspensos spe audiendi, dum quod expectatur, proferre in medium distulit. (S. Basil., hom. dicta «tempore famis et siccitatis.» n. 1, tom. ii, fol. 62.)

Consuefam rursus attingere doctrinam volo, et spiritualem mensam vobis apponere: sed piget me cunctorque, dum video nullum vos ex assidua doctrina fructum capere. Quandoquidem agricola quoque postquam liberali manu semina sinui terræ commisit, neque dignum

laboribus germen videt exoriri, non eadem cum animi alacritate agriculturam exercet: quoniam spes ubertatis frugum semper molestiam laborum imminuit. Pari ratione nos quoque multum hunc docendi laborem æquo animo ferremus, si nos quidpiam profecisse cohortatione nostra didicissemus ad utilitatem vestram promovendam: jam vero cum conspiciamus post tam multas cohortationes nostras, post tam multas admonitiones et castigationes; neque enim cessavimus vobis in memoriam revocare tremendum illud tribunal, inevitabiles illas pœnas, ignem illum, qui nunquam extinguitur, et vermem qui nunquam moritur; eorum nonnulli, qui hæc audiunt, non enim in omnes sententiam fero, absit, horum omnium obliti, rursus illi satanico se circensium spectaculo dederunt, qua tandem expectatione lactati redibimus ad eosdem labores, et hanc illis doctrinam spiritualem apponemus, cum nullum eos inde fructum percepisse videamus, sed consuetudini cuidam temere obsequentes cum aplausu, quæ dicebantur à nobis, excepisse, nobisque significationem dedisse voluptatis ejus quam ex nostris sermonibus capiebant, ac deinde rursus ad circum acurrere, majorique cum applausu, et effrenata quadam insania cursibus agitatorum favere, summa contentionem cum illis concurrere, et inter se frequenter velitari, ac dicere, unum quidem ex equis non recte cucurrisse, alterum vero sub plantatum esse prolapsum, et hunc quidem illi agitatori se adungere, illum vero alteri, nec usquam eos mente versare, vel recordari verborum nostrorum, neque spirituum tremendorumque mysteriorum quæ hic celebrantur, sed quasi diaboli, laqueis captivi teneantur, illic totos dies traducere, et satanicis spectaculis se dedere, neque Judæis ac Gentilibus opprobriis obruendos exponere, illisque qui rebus nostri voluerint obrectare? Quis ergo, tametsi fuerit plane saxeus, aut stupidus, hoc sine dolore ferre poterit, nedum nos, qui erga, vos omnes paternum affectum exhibere contendimus? Neque enim hoc solum est, quod nobis dolorem inurit, quod inutilem nostrum laborem reddatis, sed multo magis tangit, cum nobis venit in mentem eos, qui hæc faciunt, graviolem sibi damnationem accersere. Nos enim laborum mercedem à Domino exspectamus: quoniam expendimus, et creditum nobis talentum distribuimus, nihil eorum quæ nostrarum erant partium præ-

termissimus; qui vero spirituales has pecunias acceperunt, quam quæso excusationem habebunt, quam veniam, cum non illæ tantum ab eis exigentur, sed etiam quæstus illarum? Quibus oculis judicem intuebuntur? Quo pacto formidalibem illum diem ferent, intoleranda tormenta? Nunc enim ad ignorantiam confugere poterunt? Quotidie inelamamus, admonemus, cohortamur, fraudis perniciem indicamus, gravitatem damni, satanici conventus dolum, nec tamen ita potuimus commovere. Quid dico diem illum formidabilem? Interim de hujus vitæ rubus sermonem instituamus: quo pacto quæso poterunt qui satanico illi spectaculo intersunt, huc confidenter venire, cum se ab insurgente ac vehementer reclamante conscientia sua sentiant condemnari? (S. Joann. Chrysost.: In illud «Intrate per angustam portam et in Lazarum,» VII, n. 1, tom. 1, fol. 790.)

Fundamenta ejus in montibus sanctis. Nihil de illa adhuc dixerat Psalmus; hinc incipit, et ait: *Fundamenta ejus in montibus sanctis.* Cujus fundamenta? Non dubium est quia fundamenta, præsertim in montibus, civitatis alicujus sunt. Repletus ergo Spiritu Sancto civis iste, et multa de amore et desiderio civitatis hujus volvens secum, tamquam plura intus apud se meditatus, erupit in hoc, *Fundamenta ejus in montibus sanctis*; quasi jam de illa dixerit aliquid. Quomodo de illa nihil dixerat, qui nunquam de illa corde tacuerat? Quomodo enim dicitur *ejus*, de qua nihil dictum est? Sed multa, ut dixi, secum in silentio de illa civitate parturiens, clamans ad Deum, erupit etiam in aures hominum: *Fundamenta ejus in montibus sanctis.* (S. Aug.: Enarrat. in Psal. LXXXVI, tomo IV, fol. 1101.)

Sed quid est quod viro eo quem hortulanum credit, cui necdum dixerat quem quærebat, ait: *Domine, si tu sustulisti eum?* Quasi enim jam dixisset ex cujus desiderio plangeret, eum dicit quem non dixerat. Sed vis amoris hoc agere solet in animo, ut quem ipse semper cogitat nullum alium ignorare credat. Recte et hæc mulier quem quærit non dicit, et tamen dicit: *si tu sustulisti eum*; quia alteri non putat incognitum, quem sic ipsa continuo plangit desiderio. (S. Greg. M., in Evang., lib. II, hom. XXV, n. 5, tom. 1, fol. 1548.)

Exordios ex abrupto.

Hæccine ferenda? Hæccine toleranda? Vobis enim ipsis iudicibus contra vos uti volo. Sic Deus Olim se gessit erga Hæbreos, cum ipsis enim exostulans, sic eos alloquebatur: *Populus meus, quid feci tibi, aut in quo contristari te, vel molestiam tibi attuli? Responde mihi: ac rursus, Quid invenerunt Patres tui in me delicti?* Hunc ego quoque imitabor, vosque sic iterum alloquar: Hæccine ferenda? hæccine toleranda? Post longa sermonum curricula, post tantam doctrinam, quidam nobis relictis ad spectaculum concertantium equorum transfugerunt, atque ita debacchati sunt ut totam urbem vocibus clamoribusque repleverint inconditis multumque risum moventibus: imo potius luctum afferentibus. Ego itaque domi sedens et erumpentem vocem audiens, graviora patiebar, quam ii qui tempestate jactantur. Quemadmodum enim illi fluctibus ad latera navis sese fragentibus, de extremis periclitantes formidant: sic et in me gravius erumpebant illi clamores, inque terram spectabam pudore suffusus; aliis qui superne positi erant sit turpiter et indecore se gerentibus; aliis vero qui infra et in medio foro erant aurigas cohortantibus, plaudentibus, et acriore, quam illi, clamore utentibus. Quid porro dicemus? aut quam defensionem parabimus, si quis extraneus adstans incusaverit dixeritque: Hæccine urbs Apostolorum? Hæccine quæ talem accepit doctorem? Hæccine agit populus Christi amans, theatrum non fictitium et spirituale? Ne ipsam quidem diem reveriti, in qua symbola salutis generis nostri consummata sunt. Verum in Parasceve, cum Dominus tuus pro orbe crucifigebatur, et sacrificium tale offerebatur, paradisi aperiebatur, et latro in antiquam reducebatur patriam: maledictio dissolvebatur, peccatum delebatur, diuturnum tollebatur bellum. Deusque reconciliabatur cum hominibus, atque omnia mutabantur: in illa die in qua jejunare oportebat, confiteri, et gratias precando referre ei qui tot bona orbi contulit: tunc tu relicta Ecclesia et sacrificio spirituali, fratrumque cœtu, atque jejunii gravitate, captivus à diabolo ad illum spectaculum abductus es? Hæccine ferenda? Hæccine toleranda? (S. Joann. Chrysost., Hom. «adversus eos qui Ecclesia relicta ad circenses ludos et ad theatra transfugerunt,» n. 1, tom. vi, fol. 272.)

Præfecti quidem providentiam laudavi, quoniam tumultuantem conspicatus civitatem, et omnes de fuga deliberantes: ingressus, vos consolatus est, et in bonam spem adduxit: pro vobis autem rubore pudoreque affectus sum, quod exterioris; post multos prolixosque sermones illos, consolationis indigueritis. Optavi terram mihi dehiscere, et immergi, quando ipsum vobis loquentem audiebam, et intempestivam hanc et irrationabilem timiditatem modo consolantem, modo culpantem. Non enim vos ab illo doceri oportebat, sed infidelibus vos præceptores omnibus fieri, nec apud infideles judicari Paulus permisit. Tu vero post tantam patrum admonitionem externis indignisti præceptoribus; et fugitivi et verberones quidam rursus civitatem tantam excitaverunt, et in fugam conjecerunt. Quibus oculis amplius infideles respiciemus, tam pavidi enim simus et timidi? Qua lingua ipsos alloquemur, et pro ingruentibus malis confidere persuadebimus, omni lepore timidiore per hanc facti anxietatem? Et quid faceremus? inquit: homines enim sumus. At propter hoc ipsum perturbari non oportet, quia homines sumus, et non bruta. Illa fragoribus et stridoribus omnia terrentur: non enim habent rationem, quæ timorem repellere possit: tu vero ratione et consilio decoratus, quomodo in illorum segnitiam cadis? Ingressus est quidam, militum incursionem nuntiavit? Ne turberis, sed ipsum dimittens, genua flecte, Dominum tuum roga, gemere amare, et adversitatem repellat... Qualem mihi mentem putatis nunc esse? Quomodo pudore suffundi? Quomodo deprimi? Quomodo erubescere? Nisi multa à patribus vi compulsus fuisset, neque surrexerem, neque locutus fuisset dolore obtenebratus ex pusillanimitate vestra, sed neque nunc in meipsum redire possum: sic animum mihi indignatio et tristitia obsidet. Quis enim non ægre ferrer, quis non succenseret, quando post tantam doctrinam gentilibus opus habuistis doctoribus qui hortarentur et monerent, ut præsentem generose timorem ferretis? Orate igitur dari nobis verbum in apertione oris nostri; ut hanc tristitiam excutere possimus, et paulum mentem excitare. Etenim pudor de pusillanimitate vestra animum valde nostrum dejecit. (S. Joann. Chrisost., ad pop. Antiochenum, hom. XVI, tom. II, fol. 160.)

Véanse del mismo Santo Doctor los exordios de las homilias I in illud «Paulus adhuc.» etc., tom. III, fol. 98, y de la XLIV In Act. Apost., n. 4, tom. IX, fol. 335.)

Movent quidem me ad dicendum vespertina spectacula: sed ex altera parte impetum meum cohibet, alacritatemque retundit priorum laborum inutilitas. Nam et agricola, si priora semina enata non sint, ad aliud semen in iisdem arvis rursus spargendum segnior est et tardior. Etenim si ex tot exhortationibus, in quibus tum præterito tempore vos indesinenter adhortati sumus, tum postea per has septem jejuniorum hebdomadas nocte ac die evangelium gratiæ Dei sine ulla intermissione vobis denuntiavimus, fructus nullus nullaque utilitas emersit; qua spe sermonem hodie habebimus? O quot noctes frustra vigilastis, quot dies frustra convenistis, si tamen frustra! Nam qui in bonis operibus progressum fecit, deinde vero ad consuetudinem antiquam revertitur, non insumptorum modo laborum mercedem amittit, sed fit etiam poenæ graviori obnoxius; quod cum Dei verbum bonum degustaverit, mysteriorumque cognitione dignatus sit, perdidit omnia, brevi voluptate inescatus: *Nam minimus quidem venia ac misericordia dignus est: potentes vero, inquit, potenter torquebuntur.* Vespera una et unus inimici assultus omnem illum laborem dissolvit et evertit. Quæ ergo mihi alacritas nunc ad dicendum? Quare etiam tacuissem, mihi credite, nisi Jeremiæ timuisssem exemplum: qui cum ad populum contumacem verba facere nollet, passus est quæ ipse recenset: quod factus est ignis in ejus visceribus, ac undique dissolvebatur, nec ferre poterat. Mulieres lascivæ, timoris Dei oblitæ, æternum ignem aspernatæ, in illa ipsa die cum hoc resurrectionis memoriam oportuerat eas in domibus sedere, ac recordari diei illius, in qua aperientur cæli, et apparebit nobis iudex è coelis, et tubæ Dei, et resurrectio mortuorum, et iudicium justum, et redditio univertibus juxta opus suum; cum de his cogitare debuissent, suaque corda à pravis cogitationibus purgare, et priora peccata lacrymis delere, atque ad Christi occursum pro magno illo die apparitionis ejus sese præparare, servitutis Christi excusso jugo, velamentis honestatis à capite rejectis, contempto Deo, spretis ipsius angelis, virilem omnem aspectum citra pudorem ferentes, comas agitantes, trahentes tunicas, ac pedibus simul ludentes, lascivienti oculo, effuso risu, ad saltandum quasi quodam furore concitæ, omnem juvenum libidinem in seipsis provocantes, in Martyrum basilicis promœnibus civitatis choros constituentes, loca sancta officinam obscenitatis suæ effecere. Cantilenis meretriciis

ut aërem conspurcarunt, ita terram tripudiis pulsatam pedibus immundis fœdarunt, spectaculum sibi ipsis juvenum turbam undique statuentes, plane inverecundæ, prorsusque insipientes, nullum insanix modum omittentes. Hæc quomodo tacebo? Quomodo, ut par est, lugebo? Vinum nobis harum animarum damnum intulit. Vinum, Dei domum ad infirmitatis levamen sobriis datum, nunc lascivix factum est instrumentum intemperantibus. (S. Basil., hom. XIV, *in ebriosos*, n. 1, tom. II, fol. 122.)

Audite hæc omnes gentes, auribus percipite omnes qui habitatis terram. Omnes enim quasi ex edita quadam et mediterranea specula, magno ac sublimi præconio appello. Audite populi, tribus, linguæ, homines omnes cujusvis generis et ætatis, tam qui nunc estis, quam qui post eritis: atque quo latius præconium pateat, omnis cœlorum virtus, omnes Angeli, quorum opera tyrannus extinctus ac deletus est, non Seon ille rex Amorrhæorum, neque Og rex Basan, exigui principes atque Israel, hoc est parvam orbis partem vexamus, verum draco ille Apostata ille, magna illa mens, Assyrius ille, ille communis omnium inimicus atque hostis, qui et multum furorem multasque minas in terra profudit, et multam iniquitatem in Excelsum locutus ac molitus est. Audi cœlum, et auribus percipe terra. Jam enim mihi tempus est, ut iisdem verbis utar quibus Esajas vocis sublimitate Prophetas omnes antecellens. Hoc unum interest, quod ille ob Israel, qui Dei legem rejecerat, ea vocat atque contestatur: ego autem ob tyrannum, qui et eam rejecit, et misere, ut ipsius impietas merebatur, occidit. Audi hæc etiam Constantii magni anima, siquis mortuis sensus est, omnesque eorum, qui Imperium ante ipsum tenuerunt, piæ Christi que amantes animæ: verum illa præ cæteris, quoniam cum simul cum Christi hæreditate crevisset, eamque pro viribus auxisset, temporisque diuturnitate confirmasset, adeo ut eo nomine omnes, qui unquam imperio potiti fuerant, splendore gloriaque superarit (ò gravem impressionem!) ignoratione lapsus est, ipsius pietate admodum indigna: Christianus Christi hostem insciens aluit, in eoque uno haud recte humanitate ac benignitate usus est, quod, eum et servavit, et ad imperium evexit, qui male ad scelerate, et servatus est, et imperium administravit. (S. Greg. Naz., orat. III, tom. I, fol. 45.) (Véase la nota de la pág. 130.)

Como exordios de grande pompa y vivo entusiasmo

recomendamos el de San Basilio, hom. XV, «de fide,» tom. II, fol. 130, y el de San Cipriano en su libro *De Lapsis*, fol. 429.

Proemios.

San Juan Crisóstomo era muy dado á los proemios: en la pág. 78 hemos indicado las razones con que el Santo abonaba su conducta; expúsolas ámpliamente en su discurso *De mutatione nominum*, concio III, nn. 1 y 3, tom. III, fols. 115 y 120.

Los proemios de San Agustín eran siempre breves: pueden verse los siguientes: In Joann., tract. XLVII, n. 1, tom. III, fol. 1732.—Enarrat. in psalm. xxx, serm. II, tom. IV, fol. 239.—In psalm. xxxiii, serm. II, fol. 307, —In psalm. XLVIII, serm. II, fol. 555.

Exordios de insinuacion.

Observa San Juan Crisóstomo la prudencia con que el Apóstol suprimió su nombre en la carta á los Hebreos, en su homilía, in illud, «in faciem Petro,» etc., tom. III, fol. 371, y en la hom. I sobre la carta á los Romanos, tomo IX, fol. 329.

Admira el mismo Crisóstomo la exquisita prudencia con que el Apóstol predicó á los atenienses, tomando ocasion del *Ignoto Deo*, en su hom. «De Anatemate,» n. 4, tom. I, fol. 695, y en la I «in principio Act.» nn. 3 y 4, tom. III, fols. 55 y 57.

Modelo admirable de exordios de insinuacion es el de la homilía del Crisóstomo. «Non esse ad gratiam concionandum.» (Tom. II, fol. 658.)

El exordio de San Gregorio Nazianceno, citado en la página 79, es el de su oracion XI, tom. I, fol. 159.

Exordios de refutacion.

San Basilio, en la primera de sus dos elocuentes homilías sobre aquellas palabras de San Pablo *semper gaude*, etc., preocupa, como el mismo dice, los argumentos que pudieran oponerse á la sublime doctrina del Apóstol; los esfuerza, los refuta, y esta refutacion le presta abundante materia para sus discursos. «Porro quæ nobis ab adversariis objiciuntur, dum legem traditam impleri non

posse calumniantur, ea præoccupare necesse est.» (*De grat. actione hom.*, tom. II, fol. 24.)

Entre los exordios que comenzando por la refutacion excitan é interesan la atencion del auditorio, son notables el de San Juan Crisóstomo «in illud in faciem Petro restiti,» tom. III, fol. 362, y el del sermon LXX de San Agustín, tom. V, fol. 442.

LECCION XVII.

La proposicion debe ser exacta.

Quod si humanæ infirmitatis intentio etiam ab ipsa rerum veritate aberraverit; quamquam in catechizandis rudibus, ubi via tritissima tenenda est, difficile potest accidere: tamen ne forte accidat ut etiam hinc offendatur auditor, non aliunde nobis debet videri accidisse, nisi quia Deus expediri nos voluit, utrum cum mentis placiditate corrigamur, ne in deffensionem nostri erroris majore præcipitemur errore. Quod si nemo nobis dixerit, nosque et illos qui audierunt omnino latuerit, nullus dolor est, si non fiat iterum. Plerumque autem nos ipsi recolentes quæ dixerimus, reprehendimus aliquid, et ignoramus quomodo cum diceretur acceptum sit; magisque dolemus, quando in nobis fervet charitas, si cum falsum esse, libenter acceptum est. Ideoque opportunitate reperia, sicut nos ipsos in silentio reprehendimus, ita curandum est, ut etiam illi sensim corrigantur, qui non Dei verbis, sed plane nostris in aliquam lapsi sunt falsitatem... Nonnumquam etiam, cum recte omnia vereque dicantur, aut non intellectum aliquid, aut contra opinionem et consuetudinem veteris erroris ipsa novitate asperum, offendit et perturbat audientem. Quod si apparuerit, sanabilemque se præbet, auctoritatum rationumque copia sine ulla dilatione sanandus est. (S. Aug.: *De catechizandis rudib.*, cap. XI, tom. VI, fol. 322.)

Anécdotas, y un pasaje de San Agustín.

Hæc autem dixi, quia Christianum quempiam aliquando audiivi contra Græcum ridicule disputantem: ambo namque in disputatione, rem suam confutabant et pessumdabant. Nam quæ Christianum dicere oportuisset, illa

recomendamos el de San Basilio, hom. XV, «de fide,» tom. II, fol. 130, y el de San Cipriano en su libro *De Lapsis*, fol. 429.

Proemios.

San Juan Crisóstomo era muy dado á los proemios: en la pág. 78 hemos indicado las razones con que el Santo abonaba su conducta; expúsolas ámpliamente en su discurso *De mutatione nominum*, concio III, nn. 1 y 3, tom. III, fols. 115 y 120.

Los proemios de San Agustín eran siempre breves: pueden verse los siguientes: In Joann., tract. XLVII, n. 1, tom. III, fol. 1732.—Enarrat. in psalm. xxx, serm. II, tom. IV, fol. 239.—In psalm. xxxiii, serm. II, fol. 307, —In psalm. XLVIII, serm. II, fol. 555.

Exordios de insinuacion.

Observa San Juan Crisóstomo la prudencia con que el Apóstol suprimió su nombre en la carta á los Hebreos, en su homilía, in illud, «in faciem Petro,» etc., tom. III, fol. 371, y en la hom. I sobre la carta á los Romanos, tomo IX, fol. 329.

Admira el mismo Crisóstomo la exquisita prudencia con que el Apóstol predicó á los atenienses, tomando ocasion del *Ignoto Deo*, en su hom. «De Anatemate,» n. 4, tom. I, fol. 695, y en la I «in principio Act.» nn. 3 y 4, tom. III, fols. 55 y 57.

Modelo admirable de exordios de insinuacion es el de la homilía del Crisóstomo. «Non esse ad gratiam concionandum.» (Tom. II, fol. 658.)

El exordio de San Gregorio Nazianceno, citado en la página 79, es el de su oracion XI, tom. I, fol. 159.

Exordios de refutacion.

San Basilio, en la primera de sus dos elocuentes homilías sobre aquellas palabras de San Pablo *semper gaude*, etc., preocupa, como el mismo dice, los argumentos que pudieran oponerse á la sublime doctrina del Apóstol; los esfuerza, los refuta, y esta refutacion le presta abundante materia para sus discursos. «Porro quæ nobis ab adversariis objiciuntur, dum legem traditam impleri non

posse calumniantur, ea præoccupare necesse est.» (*De grat. actione hom.*, tom. II, fol. 24.)

Entre los exordios que comenzando por la refutacion excitan é interesan la atencion del auditorio, son notables el de San Juan Crisóstomo «in illud in faciem Petro restiti,» tom. III, fol. 362, y el del sermón LXX de San Agustín, tom. V, fol. 442.

LECCION XVII.

La proposicion debe ser exacta.

Quod si humanæ infirmitatis intentio etiam ab ipsa rerum veritate aberraverit; quamquam in catechizandis rudibus, ubi via tritissima tenenda est, difficile potest accidere: tamen ne forte accidat ut etiam hinc offendatur auditor, non aliunde nobis debet videri accidisse, nisi quia Deus expediri nos voluit, utrum cum mentis placiditate corrigamur, ne in deffensionem nostri erroris majore præcipitemur errore. Quod si nemo nobis dixerit, nosque et illos qui audierunt omnino latuerit, nullus dolor est, si non fiat iterum. Plerumque autem nos ipsi recolentes quæ dixerimus, reprehendimus aliquid, et ignoramus quomodo cum diceretur acceptum sit; magisque dolemus, quando in nobis fervet charitas, si cum falsum esse, libenter acceptum est. Ideoque opportunitate reperia, sicut nos ipsos in silentio reprehendimus, ita curandum est, ut etiam illi sensim corrigantur, qui non Dei verbis, sed plane nostris in aliquam lapsi sunt falsitatem... Nonnumquam etiam, cum recte omnia vereque dicantur, aut non intellectum aliquid, aut contra opinionem et consuetudinem veteris erroris ipsa novitate asperum, offendit et perturbat audientem. Quod si apparuerit, sanabilemque se præbet, auctoritatum rationumque copia sine ulla dilatione sanandus est. (S. Aug.: *De catechizandis rudib.*, cap. XI, tom. VI, fol. 322.)

Anécdotas, y un pasaje de San Agustín.

Hæc autem dixi, quia Christianum quempiam aliquando audiivi contra Græcum ridicule disputantem: ambo namque in disputatione, rem suam confutabant et pesum dabant. Nam quæ Christianum dicere oportuisset, illa

dicebat Græcus; et quæ græcum dicere par erat, hæc Christianus opponebat. Nam cum de Paulo et de Platone quæstio esset Græcus ille ostendere conabatur Paulum indoctum et rudem fuisse. Christianus vero ex simplicitate probare contendebat Platone doctiorem et disertorem fuisse Paulum. Ita porro Græcus victor fuisset, si hæc vicisset propositio. Nam si Platone doctior et eloquentior fuit Paulus, multi ut verisimile est opponent, illum non gratia, sed eloquentia superasse. Itaque sic loquens Christianus, pro Græco stabat. Quod autem Græcus dicebat, pro Christiano cedebat. Nam si, ut dicebam, in-eruditus erat Paulus, et tamen Platonem vicit, splendida fuit victoria: indoctus quippe ille omnes discipulos ejus adortus, persuasos secum abduxit. Unde palam est non in sapientia humana prædicationem prævaluisse, sed per Dei gratiam. Ne igitur in eadem incidamus, neve irideamur, cum contra Græcos sic disputamus, apostolos tamquam indoctos accusemus. Talis enim accusatio encomium est. Et cum dixerint illi, agrestes fuisse Apostolos, nos addamus etiam fuisse indoctos, illiteratos, pauperes, viles et obscuros. Non sunt hæc maledicta apostolis illata, sed ad illorum gloriam cedit, quod tales cum essent, toto orbe terrarum fuerint clariores. Hi enim idiotæ, agrestes, indocti, sapientes illos, potentes, tyrannos, qui divitiis, gloria et externis cæteris rebus fruebantur et gloriabantur, quasi nec viri essent profligantur. (S. Joann. Chrysost., in Epist. ad Cor., hom. III, número 4, tom. x, fol. 19.)

Nam nescio quis tædium patiebatur ad muscas: invenit illum Manichæus tædio affectum; et cum diceret se non posse pati muscas et odisse vehementer illas, statim ille. Quis fecit has? Et quia tædio affectus erat, et ode-rat illas, non ausus est dicere. Deus illas fecit: erat autem catholicus. Ille statim subjecit: Si Deus illas non fecit, quis illas fecit? Plane, ait ille, ego credo quia diabolus fecit muscas. Et ille statim: Si muscam diabolus fecit, sicut te video confiteri, quia prudenter intelligis, apem quis fecit, quæ Paulo amplior est musca? Non ausus ille est dicere quia Deus fecit apem, et muscam non fecit; quia res erat proxima. Ab ape duxit ad locustam, à locusta ad lacertum, à lacerto ad avem, ab ave duxit ad pecus, inde ad bovem, inde ad elephantem, postremo ad hominem; et persuasit homini quia non à Deo factus est homo. Ita ille miser cum tædium passus est ad muscas,

musca factus est, quem diabolus possideret. (S. Aug., in Joann. tract. I, n. 14, tom. III, fol. 1386.)

Hinc autem falluntur homines, ut vel non suscipiant meliorem vitam, vel temere aggrediantur; quia et cum laudare volunt, sic laudant, ut non ibi dicant mala quæ mixta sunt; et qui vituperare volunt, tam invidio animo et perverso vituperant, ut claudant oculos adversus bona et sola mala quæ ibi vel sunt vel putantur, exaggerent. Inde fit ut unaquæque professio male laudata, id est, non caute laudata, cum invitaverit homines laude sua, inveniant illi qui illuc veniunt, aliquos quales ibi esse non credebant; et offensi à malis, resiliant à bonis. Fratres, disciplinam istam ad vitam vestram conferte, et sic audite ut vivatis. (S. Aug., Enarr. in Psalm. xcix, n. 12, tomo IV, fol. 1278.)

Excesos à que puede conducir el celo sin discrecion.

Sed inter hæc sciendum est, quia dum ad increpationem se mens doctoris exasperat, difficile valde est, ut non aliquando, et ad aliquid quod dicere non debet, erumpat. Et plerumque contingit, ut dum culpa subditorum cum magna invectione corripitur, magistri lingua usque ad excessus verba pertrahatur. Cumque increpatio immoderate accenditur, corda delinquentium in desperatione deprimuntur. (S. Greg. M., *Reg. Past.*, pars. II, cap. x, tom. II, fol. 32.)

San Agustin desconfiaba de sí mismo.

Nos enim, quos in isto loco, de quo periculosa ratio redditur, Dominus secundum dignationem suam, non secundum meritum nostrum constituit, habemus duo quædam: unum, quod christiani sumus; alterum, quod præpositi sumus. Illud quod christiani sumus, propter nos est: quod autem præpositi sumus, propter vos est. In eo quod christiani sumus, attenditur utilitas nostra: in eo quod præpositi, non nisi vestra. Sunt autem multi christiani, et non præpositi, qui perveniunt ad Deum, faciliore fortasse itinere, et tanto forte expedi-tius ambulantes, quanto minorem sarcinam portant. Nos autem, excepto quod christiani sumus, unde rationem reddemus Deo de vita nostra, sumus etiam præpositi, unde rationem reddemus Deo de dispensatione nostra. Ad hoc istam

difficultatem propono, ut compatiētes nobis, oretis pro nobis. (S. Aug., serm. XLVI, tom. v, fol. 271.)

Auditoribus suis quibus prædicabat verbum Dei, se commendabat Apostolus (Coloss., iv, 3.) Orate ergo pro nobis, fratres, ut et quod videndum est bene videamus, et quod dicendum est bene dicamus. (Enarrat. in Psalm. xxxviii, tom. iv, pág. 418.)

El Santo Doctor pedia á los fieles orasen por él para que pudiera desempeñar bien su ministerio, en el sermón XLVI, tom. v, fol. 271.—En el XXIII, fol. 155, y en el CLXXIX, fol. 966. (Véase la página 241.)

Recomienda mucho al predicador el ejercicio santo de la oracion, en los capítulos xvi y xxx del lib. iv *De la Doctrina cristiana*, tom. iii, fols. 103 y 120.

Narracion.

Refiere San Atanasio cómo se salvó cuando los arrianos invadieron el templo:

«Nox jam erat et quidam è populo pervigilium agebant sequentis synaxis: cum Dux exercitus Syrianus derepente cum militibus irrupit plus quinque millibus, qui armis, strictis gladiis, arcubus, telis et fustibus instructi erant, uti superius dictum est: Ecclesiamque densis collocatis militibus circumsevit, ne quis posset ab Ecclesia egressus evadere. Ego vero cum non æquum existimarem in tanto tumultu populum deserere, satiusque ducerem me priorem periculo offerre; in throno sedens jussi diacono ut Psalmum legeret, populoque ut responderet: *quoniam in sæculum misericordia ejus*; ac omnes ita recederent abirentque domum. Verum cum Dux vi in Templum invasisset, militesque sacrarium, ut nos comprehenderent, obsedissent: quotquot è Clero et populo istic aderant, clamare et obsecrare ut me subducerem. Ego contra negare me recessurum, nisi omnibus singulisque egressis. Surgens itaque, ac injuncta oratione, id enixe rogabam, ut omnes prius discederent, satius esse me periclitari, quam lædi quempiam è populo. Egressis ergo plurimis cæterisque subsequentibus, qui nobiscum illic aderant Monachi et ex Clericis quidam ascendentes, nos pertraxere: atque ita, testor ipsam veritatem, licet è militibus alii sacrarium cingerent, alii Ecclesiam obsederent, Domino tamen duce per transivimus, ipsoque custode clam illos discessimus: Deum magnopere glorifican-

tes, quod populum non prodidissemus, sed ipso præmisso, inquirentium manus evadere licuisset. (S. Athanas., Apologia de fuga sua, n. 24, tom. i, fol. 334.)

Por no acumular citas recomendamos á los jóvenes dos solas composiciones, donde encontrarán abundantes y bellisimas narraciones. (S. Athan., Encyclica ad Episcopos, Epist., tom. i, part. i, fol. 110.—S. Greg. Nazianceno, in laudem Magni Basilii, orat. XX, tom. i, fol. 285.)

Quapropter quarta jam dies accesserat, et tunc Deus dixit: *Fiant luminaria in firmamento cæli*. Cum loquentem non ignores, illico mente audientem conjuge. *Dixit Deus fiant luminaria... et fecit Deus duo luminaria*. Quis dixit, et quis fecit? Nonne in his duplicem Personam percipis? Ubique historiæ inspersum est mystico modo theologiæ dogma. (S. Basil. in Hexaëm., hom. VI, n. 2, tom. i, fol. 51.)

LECCION XVIII.

El dividir es natural al hombre.—Santo Tomás y San Agustín.

Animæ vero humanæ, quæ veritatis notitiam per quendam discursum acquirunt, rationales vocantur. Quod quidem contingit ex debilitate intellectualis luminis in eis. Si enim haberent plenitudinem intellectualis luminis, sicut angeli, statim in primo aspectu principiorum totam virtutem eorum comprehenderent intuendo quidquid ex eis syllogizari posset. (S. Thom., I pars. LVIII, a. III, 0.)

Sic igitur patet, quod ex eodem provenit quod intellectus noster intelligit discurrendo et componendo et dividendo, ex hoc scilicet, quod non statim in prima apprehensione alicujus primi apprehensi potest inspicere quidquid in eo virtute continetur. Quod contingit ex debilitate luminis intellectualis in nobis, art. IV, 0.

Respondeo dicendum, quod intellectus humanus necesse habet intelligere componendo et dividendo. Cum enim intellectus humanus exeat de potentia in actum, similitudinem quandam habet, cum rebus generabilibus: quæ non statim perfectionem suam habent, sed eam successive acquirunt. Et similiter intellectus humanus non statim in prima apprehensione capit perfectam recognitionem: sed primo apprehendit aliqui de ipsa, puta,

quidditatem ipsius rei, quæ est primum et proprium ob-
jectum intellectus, et deinde intelligit proprietates et
accidentia et habitudines circumstantes rei essentiam
Et secundum hoc, necesse habet unum apprehensum alii
componere et dividere, et ex una compositione et divi-
sione ad aliam procedere, quod est ratiocinari... Et ideo
intellectus humanus cognoscit componendo, et dividen-
do sicut et ratiocinando, q. LXXXV, art. V, 0.

Item scientia definiendi, dividendi, atque partiendi,
quamquam etiam rebus falsis plerumque adhibeatur,
ipsa tamen falsa non est, neque ab hominibus instituta,
sed in rerum ratione comperta. Non enim quia et fabulis
suis eam poëtæ, et opinionibus erroris sui vel falsi philo-
sophi, vel etiam hæretici, hoc est falsi Christiani adhi-
bere consueverunt, propterea falsum est neque in defi-
niendo, neque in dividendo aut partiendo aliquid com-
plectendum esse, quod ad rem ipsam non pertinet, aut
aliquid quod pertinet prætereundum. (S. August.: *De Doct.
christ.*, lib. II, cap. xxxv, tom. III, fol. 60.)

**Los Santos Padres dividían algunos sermones sin anunciar
la division.**

San Agustín, en su sermón LXXXV, se ocupó en la
primera parte en predicar á los ricos, y en la segunda lo
hizo á los pobres. Admonui, «divites: audite, pauperes.
Vos erogate: vos rapere nolite. Vos tribuite facultates:
vos frenate cupiditates, etc... (Tom. V, f. 522.)

El mismo método siguió en su sermón CLXXXIV,
fol. 995.

San Basilio dividió, sin anunciarlo, su homilía contra
los coléricos: condena en la primera parte la cólera; y
en la segunda, que comienza en el n. 5, explica en qué
consiste la ira santa. (Hom. X «adversus eos qui iras-
cuntur,» tom. II, fol. 83.)

Divisiones que crecen en interés.

Itaque hoc unum in antecessum in animis nostris
fixum ratumque sit oportet, quod cum opus simus Dei
boni, et ab ipso conservemur, resque nostræ gubernen-
tur ab eo tum parvæ, tum magnæ, neque perpeti quid-
quam possumus præter Dei voluntatem, neque quidquam
eorum quæ perferimus noxium est et exitiosum, aut tale,

ut melius aliquid vel excogitari possit. (S. Basil., hom.
«Quod Deus non est auctor malorum,» tom. II, fol. 72.)

San Juan Crisóstomo, en el elogio de San Ignacio, le
presenta como Obispo apostólico y como Obispo apostóli-
co y mártir. (Tom. II, fol. 593.)

Hæc ergo prima est distributio mea, quod dixi, aliam
humanam, aliam divinam esse charitatem: eandemque
humanam in duo distribui, quod alia sit licita, alia illi-
cita. Prius ergo loquor de humana licita que non repre-
henditur: deinde de humana illicita, quæ damnatur: ter-
tio de divina, quæ nos perducit ad regnum. (S. Aug.,
serm. CCCXLIX, n. 1, tom. V, fol. 1529.) En el mismo nú-
mero, dos líneas antes, dá la razón por qué llama cari-
dad al amor ilícito; porque amor ó caridad, dice, se usan
entre los Latinos.

Los Santos Padres hicieron uso de las divisiones.

San Atanasio dividió con toda precisión en dos partes
su discurso contra los Gentiles, como se ve en el n. 1,
tom. I, fol. 2, y su tratado *De incarnatione Verbi Dei*,
n. 1, tom. I, fol. 48.

San Basilio, sobre las palabras de San Pablo «semper
gaudete, sine intermissione orate, in omnibus gratias
agite,» trazó el siguiente plan, que desenvolvió exacta y
metódicamente en dos homilías, por haberse extendido
en la primera más de lo que se había propuesto: «Quid
autem sibi velit illud gaudium, quodnam ex eo emolu-
mentum percipiatur, quaque ratione valeat quis precibus
assiduis vacare, atque in omnibus agere gratias Deo, nos
paulo post pro viribus explicavimus.» (Hom. *De grat.
actione*, tom. II, fol. 24. — In Martyr. Julittam hom.,
fol. 33.)

«Sed quidquid in eis utile fuerit carpentes, cognosca-
tis, quid etiam contemni oporteat. Quæ igitur sint hæc,
quoque modo discernamus hoc jam docebo inde exorsus.»
Division del discurso de San Basilio «ad adolescentes,
quomodo possint ex Gentilium libris fructum capere.»
(Tom. II, fol. 173.)

San Juan Crisóstomo dividió su discurso V contra los
judíos en dos puntos; siendo notable que la exposicion
del segundo robustece fuertemente el primero. «Age rur-
sus et hoc ex abundanti demonstramus quod templum

nonquam instaurabitur, neque ad pristinum vitæ statum restituendi judæi sunt.» (N. 1, tom. 1, fol. 628.)

Tambien dividió en dos puntos su discurso «De libello repudii.» Primum legem vobis legam, et dein legem, quæ contraria videtur, solvere tentabo. (Tom. III, fol. 203.)

Está dividida tambien su homilía «Quales ducendæ uxores.» (Tom. III, fol. 211.) Y la que versa sobre estas palabras: «Vino modico utere.» I ad populum Antioch., tom. II, fol. 1.

Asimismo dividió los siguientes discursos: «Ad illuminandos, catechesis I, tom. II, fol. 228.—In diem natalem D. N. J. C., tom. II, fol. 355.

San Agustin se ocupó en la primera parte de su sermón CLXXIX en explicar el oficio del predicador, y en la segunda los deberes de los oyentes. (Tom. V, fol. 966.) Tambien dividió el sermón XXIII, fol. 155: y los sermones CCCLXI y CCCLXII, fols. 1599 y 1611.)

Hé aquí cómo divide su sermón C sobre el capítulo IX de San Lucas, versículos 57 y 62: «Lectum est enim, Dominum Jesum differenter egisse, cum obtulit se unus, ut eum sequeretur, et probatus est; alius non audebat, et excitatus est, tertius differebat, et culpatus est.» Tres puntos tomados del Evangelio, y explicados metódicamente por San Agustin, tom. V, fol. 602. El sermón CIV versa sobre la vocacion de Marta y María: en el exordio presenta la materia con toda claridad; reflexiona en la primera parte sobre el ministerio de Marta; en la segunda sobre la ocupacion de María, y concluye con una peroracion en la que se sirve de los dos métodos; del de la recapitulacion y del de la mocion ó exhortacion. (Tom. V, fol. 616.)

Hé aquí la division que, tomada del texto «Tibi derelictus est pauper, pupillo tu eris adjutor,» hizo de su sermón XIV: «Queramus pauperem, queramus pupillum.» En la primera parte se extiende hablando de los pobres y de la pobreza; en la segunda no hace más que iniciar la materia, porque, como le acontecia á menudo, se habia fatigado mucho. «Breviter queramus pupillum: quia in paupere requirendo fatigati sumus. Domine Jesu, pupillum quero; fatigatus quero: cito responde, ut inveniam, etc.» Nn. 1 y 10, tom. V, fols. 111 y 116.)

Divide el bellissimo sermón «de contemptu mundi» en esta forma: «Loquar charitati vestræ, fratres, quod pertinet ad contemptum præsentis sæculi, ad spem futuri

sæculi. Si pueris quid contemnas, omnis martyr vitam præsentem contemnit: si quid speres, resurrectionem dico, quia hodie Dominus resurrexit.» (Serm. CCCXLV, tom. V, fol. 1517.)

Concluimos nuestras citas con la de la exposicion del salmo L, predicada al pueblo de Cartago. «Quid caveant homines, diximus; quid vero si lapsi fuerint imitentur, audiamus. Multi enim cadere volunt cum David, et nolunt surgere cum David. Non ergo cadendi exemplum propositum est, sed si cecideris, resurgendi.» Dos objetos se propuso el Santo en este sermón: prevenir á los que, con el ejemplo de David, se sintieran inclinados á pecar, para que no cayesen; y enseñar á los que por desgracia hubieren caido, cómo se habian de levantar de su pecado. A estos dos puntos se ciñe estrictamente el Santo Doctor. Es de notar que el punto segundo es nueve veces más extenso que el primero. Dos causas hubo para esto; primera, que fatigado el Santo del trabajo del dia anterior, se propuso sin duda ser corto; proposito que guardó en la primera parte, y que su celo le hizo olvidar en la segunda: lo calculamos así al leer las siguientes palabras del proemio de este sermón: «Multitudinis hujus, nec frequentia fraudanda est, nec infirmitas oneranda. Silentium petimus et quietem, ut vox nostra post externum laborem possit aliquantis viribus perdurare.» Como quiera que sea, no proponiéndose el Santo en la primera parte más que refutar los falsos pretextos del pecador que quisiera autorizarse con el ejemplo de David, y versando la segunda sobre el objeto principal del sermón, que era la exposicion de un salmo y un salmo largo, nada más natural ni puesto en razon que el que la primera parte fuera breve, y larga la segunda. Hacemos esta observacion á los jóvenes para que no se hagan esclavos en sus divisiones de una simetria sistemática, sino que atiendan más bien á lo que exija naturalmente la materia del discurso y á lo que aconsejen las circunstancias. (In psalm. L, Enarrat., tom. IV, fol. 585.)

Obsérvese que casi todos los discursos cuyas divisiones hemos citado, tenían por objeto principal la instruccion de los fieles.

Creemos haber probado que los Santos Padres dividian á menudo sus discursos: lo que hay es que en las composiciones de aquellos grandes hombres habia mucha naturalidad, y esto les favorecia para ocultar el arte.

Como prueba concluyente recomendamos á nuestros jóvenes la homilía de San Juan Crisóstomo «in illud Ego Dominus Deus feci lumen et tenebras, etc.» Si la leen sin reflexion, no sólo no notarán que está dividida, á pesar que la transicion á la segunda parte (fol. 147) es un poco violenta, sino que pensarán quizá que en esta composicion no se atuvo el orador á un plan premeditado. Mas si la estudian con atencion encontrarán dos partes: en la primera habla el Santo Doctor de la luz y de las tinieblas, y en la segunda del bien y del mal; con esta clave llegarán á conocer que el Santo Doctor procedió con arreglo á un plan bien meditado. (Tom. vi, fol. 145.)

Consejo de San Carlos Borromeo.

Ita præterea quæcumque ad dicendum pie meditatus est, distincte partiatur, ut auditores omnia et facile percipiant, et memoria teneant; quo majorem inde fructum capere queant. (Instruc. prædicat. verbi Dei, ex conc. prov. III, decret. editæ à S. Carolo Borromeo, tom. i, fol. 416.—Patavii, 1754.)

LECCION XIX.

Necesidad de instruir para evitar que los afectos se antepongan á la razon.

La doctrina de San Hilario, citada en la pág. 90, la hemos tomado del lib. viii, n. 1, *De Trinitate*, fol. 947, y del lib. x, n. 1, fol. 1037. La de San Agustin está en el cap. xii, del lib. iv *De Doct. christ.*, tom. iii, fol. 101.

Dialéctica y elocuencia.

La necesidad de la dialéctica, la afinidad y las diferencias específicas de la dialéctica y de la elocuencia, del dialéctico y del orador, las ha expuesto San Agustin extensa y muy claramente en los siguientes tratados: *De ordine*, lib. ii, cap. xiii, tom. i, fol. 1013.—*De Doct. christ.*, lib. ii, caps. xxxi, xxxii, xxxiv y xxxvii, tom. iii, folios 57 y 61.—*Contra Cresconium*, lib. i, tom. xi, fol. 445.

Silogismo, epiquerema, enthymema, induccion y comparacion.—San Juan Crisóstomo.

Quoniam igitur tantum accepimus donum, nihil non agamus ne tantum beneficium deonestemus. Si enim ea quæ ante hunc honorem gesta sunt, digna ultione erant, multo magis post ineffabile illud beneficium. Hæc porro non sine causa nunc dico; sed quia multos video post baptismum segiores, quam ii qui nondum initiati sunt, neque ullam habentes instituti nostri notitiam. Ideoque nec in foro nec in Ecclesia potest distingui fidelis à non fideli; nisi quis adsit tempore mysteriorum, et videat qui ejiciantur, et qui maneant. Oporteret autem eos non à loco, sed à moribus distingui. Nam externæ quidem dignitates, ab externis notis et ornamentis jure dignoscuntur: nostra vero ab ipsis animis nota esse oportet. Fidelem namque non à dono tantum, sed etiam à novo vitæ instituto agnosci par esset. Fidelis et luminari et sal mundi esse debet. Cum autem nec tibi quidem ipsi luceas, nec propriam putredinem constringas, unde tandem te nosse poterimus; an quia in sacris fluentis ingressus est? Sed hoc te ad supplicium deducit. Magnitudo enim honoris, iis qui vitam hujusmodi honore dignam non agunt, additamentum supplicii est. Fidelem enim non ab iis tantum quæ à Deo accepit, sed etiam ab iis quæ ipse intulit fulgere par est, et undique se notum præstare, ab incessu, ab aspectu, ab habitu, à voce. Hæc autem dixi, non ut ad ostentationem, sed ut ad utilitatem videntium nos componamus. Nunc autem undecumque te voluero dignoscere, undique te invenio à contrariis dignosci. Si à loco qui sis velim ediscere, in circo te, in theatris, et iniquis occupationibus video dies transigere, in fori cætibz improborum, in corruptorum hominum consortio: si à vultus compositione, assidue te cerno cacinis deditum ac dissolutum, haud secus quam perditam meretricem aperto ore sese deonestantem; si à vestibus, perinde te amictum video atque histrionem; si à clientibus, parasitos circumducis et adultores; si à verbis, nihil sanum, nihil necessarium, nihil ad institutum vitæ nostrum conducens loquentem audio; si à mensa, major hinc accusationis materia orietur.

Undenam igitur, quæso, potero te fidelem agnoscere, cum supra dicta omnia contrarium arguant? Et quid dico

Como prueba concluyente recomendamos á nuestros jóvenes la homilía de San Juan Crisóstomo «in illud Ego Dominus Deus feci lumen et tenebras, etc.» Si la leen sin reflexion, no sólo no notarán que está dividida, á pesar que la transicion á la segunda parte (fol. 147) es un poco violenta, sino que pensarán quizá que en esta composicion no se atuvo el orador á un plan premeditado. Mas si la estudian con atencion encontrarán dos partes: en la primera habla el Santo Doctor de la luz y de las tinieblas, y en la segunda del bien y del mal; con esta clave llegaran á conocer que el Santo Doctor procedió con arreglo á un plan bien meditado. (Tom. vi, fol. 145.)

Consejo de San Carlos Borromeo.

Ita præterea quæcumque ad dicendum pie meditatus est, distincte partiatur, ut auditores omnia et facile percipiant, et memoria teneant; quo majorem inde fructum capere queant. (Instruc. prædicat. verbi Dei, ex conc. prov. III, decret. editæ à S. Carolo Borromeo, tom. I, fol. 416.—Patavii, 1754.)

LECCION XIX.

Necesidad de instruir para evitar que los afectos se antepongan á la razon.

La doctrina de San Hilario, citada en la pág. 90, la hemos tomado del lib. viii, n. 1, *De Trinitate*, fol. 947, y del lib. x, n. 1, fol. 1037. La de San Agustin está en el cap. xii, del lib. iv *De Doct. christ.*, tom. iii, fol. 101.

Dialéctica y elocuencia.

La necesidad de la dialéctica, la afinidad y las diferencias específicas de la dialéctica y de la elocuencia, del dialéctico y del orador, las ha expuesto San Agustin extensa y muy claramente en los siguientes tratados: *De ordine*, lib. ii, cap. xiii, tom. i, fol. 1013.—*De Doct. christ.*, lib. ii, caps. xxxi, xxxii, xxxiv y xxxvii, tom. iii, folios 57 y 61.—*Contra Cresconium*, lib. i, tom. xi, fol. 445.

Silogismo, epiquerema, enthymema, induccion y comparacion.—San Juan Crisóstomo.

Quoniam igitur tantum accepimus donum, nihil non agamus ne tantum beneficium deonestemus. Si enim ea quæ ante hunc honorem gesta sunt, digna ultione erant, multo magis post ineffabile illud beneficium. Hæc porro non sine causa nunc dico; sed quia multos video post baptismum segiores, quam ii qui nondum initiati sunt, neque ullam habentes instituti nostri notitiam. Ideoque nec in foro nec in Ecclesia potest distingui fidelis à non fideli; nisi quis adsit tempore mysteriorum, et videat qui ejiciantur, et qui maneant. Oporteret autem eos non à loco, sed à moribus distingui. Nam externæ quidem dignitates, ab externis notis et ornamentis jure dignoscuntur: nostra vero ab ipsis animis nota esse oportet. Fidelem namque non à dono tantum, sed etiam à novo vitæ instituto agnosci par esset. Fidelis et luminari et sal mundi esse debet. Cum autem nec tibi quidem ipsi luceas, nec propriam putredinem constringas, unde tandem te nosse poterimus; an quia in sacris fluentis ingressus est? Sed hoc te ad supplicium deducit. Magnitudo enim honoris, iis qui vitam hujusmodi honore dignam non agunt, additamentum supplicii est. Fidelem enim non ab iis tantum quæ à Deo accepit, sed etiam ab iis quæ ipse intulit fulgere par est, et undique se notum præstare, ab incessu, ab aspectu, ab habitu, à voce. Hæc autem dixi, non ut ad ostentationem, sed ut ad utilitatem videntium nos componamus. Nunc autem undecumque te voluero dignoscere, undique te invenio à contrariis dignosci. Si à loco qui sis velim ediscere, in circo te, in theatris, et iniquis occupationibus video dies transigere, in fori cætibz improborum, in corruptorum hominum consortio: si à vultus compositione, assidue te cerno cacinis deditum ac dissolutum, haud secus quam perditam meretricem aperto ore sese deonestantem; si à vestibus, perinde te amictum video atque histrionem; si à clientibus, parasitos circumducis et adultores; si à verbis, nihil sanum, nihil necessarium, nihil ad institutum vitæ nostrum conducens loquentem audio; si à mensa, major hinc accusationis materia orietur.

Undenam igitur, quæso, potero te fidelem agnoscere, cum supra dicta omnia contrarium arguant? Et quid dico

fidelem? Neque enim si homo sis possum evidenter agnoscere. Nam cum... injuriarum memor sis ut camelus, rapias ut lupus, irascaris ut serpens, ferias ut scorpio, versipellis sis ut vulpes, virus iniquitatis serves ut aspis et vipera; adversus fratres bellum geras, ut crudelis ille dæmon, quomodo te potero inter homines an numerare, cum humanæ naturæ characteres in te non videam? Quærebam differentiam chatecumenum inter et fidelem, et periculum est ne invenire nequeam virum inter et feram discrimen. (S. Joann. Chrysost., in Matth., hom. IV, n. 7, tomo VII, fol. 59.)

San Agustín usa en estilo oratorio el silogismo y la inducción, en el cap. XI *De moribus Ecc. Cath.*, tom. I, folio 1319.)

Dilema.—San Agustín y San Juan Crisóstomo.

O el Cristianismo se propagó con milagros, ó sin ellos, etc. Este dilema le amplifica San Agustín en varios lugares de sus obras: en este momento no recordamos, con la exactitud necesaria para hacer una cita, más que el cap. VIII del lib. XXII *De Civit. Dei*, tom. VII, fol. 760, y la carta CXXXVII, tom. II, fol. 515.

Con más frecuencia, y también más elocuentemente, hace el mismo raciocinio San Juan Crisóstomo; nos limitamos á copiar un solo lugar, no porque sea el más elocuente de los que conocemos, sino porque es el más breve.

At illorum fortasse quispiam dixerit, si prædicationem vincere oporteat, et eloquentia opus non habet ut ne crux exinaniatur, quare signa nunc cessarunt? Quare? Incredulus ne hoc dicis, nec admittis illa facta fuisse apostolorum tempore; an hoc ediscere quærens? Si incredulus dicas, in eo primum immorabor. Si enim tunc non facta sunt signa, quomodo pulsus, vexatus, tremens, vincit, et communes orbis hostes facti, omnibusque ad male patiendum expositi, nihil ex se habentes quod alliceret, non eloquentiam, non splendorem, non divitias, non urbem, non gentem, non genus, non exercitium, non gloriam, non aliud quidpiam simile; sed omnia contraria, ignorantiam, vilitatem, paupertatem, odium, inimicitiam, et contra populos integros stantes, taliaque anuntiantes persuadebant? Nam præcepta multum laborem habebant et dogmata periculis plena erant: ac qui

audiebant et persuadendi erant, in deliciis, ebrietate et multis vitiis erant educati. Unde, quæso, persuaserunt? Unde fide digni erant? Nam, ut jam dixi, si absque signis persuaserunt, multo majus videtur miraculum. (S. Joann. Chrysost.: in Epist. ad Cor., hom. VI, n. 2, tom. X, fol. 45.)

Véase, sobre lo mismo, «Cur in Pentecostes Acta,» etc., concio IV, n. 7, tom. III, fol. 92.—Donde con más amplitud desenvuelve este dilema el Santo Doctor es un discurso elocuentísimo, modelo de nerviosa é indestructible argumentación, cuyo título es «Adversus Judæos et Gent. demonstr. quod Christus sit Deus,» tom. I, fol. 558.

Pueden verse dilemas sobre estas materias en la homilía «Salutate Priscillam et Aquilam,» tom. III, fol. 180, hom. XI, tom. XII, fol. 370. El Crisóstomo.

Sorites.

Puede verse San Agustín: *De vera Religione*, capítulo XXXIII, tom. III, fol. 149.—Enarrat. in psalm. CXXXIV, n. 2, tom. IV, fol. 1739.—Serm. LI, tom. V, fol. 339.—Serm. CLXXX, tom. V, fol. 977.—Serm. CLXXXIX, n. 2, tom. V, fol. 1005.—Lactancio: *Instit.*, lib. VI, capítulo VI, tom. I, fol. 534.—S. Greg. Nazianceno para probar que Dios es incorpóreo, entre otras argumentaciones, se sirve de sorites. (Orat. XXXIV, tom. I, fol. 477.)

A datis ó ad hominem.

Si ergo illa quæ quotidie fiunt et tanguntur, fide opus habent, multo magis illa admodum arcana et spiritualia. (S. J. Chrysost.: in Joann., hom. XXV, n. 1, tom. VIII, fol. 144.)

Por poco que se manejen los escritos de los Santos Padres se conocerá la frecuencia y oportunidad con que, á los que no querían admitir los misterios de nuestra Santa Religión porque no los comprendían, les reponían los enigmas indescifrables que el hombre encierra en sí mismo, los inexplicables misterios del órden natural que por todas partes nos rodean. Véanse, entre mil citas que pudiéramos hacer, las siguientes: San Agustín, lib. VI de sus *Confes.*, cap. V, tom. I, fol. 722.—*De Civit. Dei*, lib. XXI, capítulos IV, V y VII, tom. VII, fol. 714.—

Epist. CXXXVII, tom. II, fol. 515.—S. J. Chrysost., in Epist. ad Corinth., hom. IV, n. 1, tom. X, fol. 24.—In Epist. ad Thesalon., hom. VII, n. 3, tom. XI, fol. 475.—S. Greg. Nazianceno, Orat. XXXIV, tom. I, fol. 473.

Antítesis y contrastes.

Vultis ergo à me audire quare, et quomodo diligendus sit Deus? Et ego: causa diligendi Deum, Deus est: modus, sine modo diligere. S. Bern.: De diligendo Deo ad Haymericum, cap. I, n. 1, tom. I, fol. 583. San Juan Crisóstomo usa también esta antítesis, in epist. ad Philipens, hom. II, n. 1, tom. IX, fol. 203.

Sed majorum nugæ negotia vocantur; puerorum autem talia cum sint, puniuntur à majoribus: et nemo miseratur pueros, vel illos, vel utrosque. Nisi vero approbet quisquam bonus rerum arbiter vapulasse me, quia ludebam pila puer, et eo ludo impediabar quominus celeriter discerem litteras, quibus major deformius luderem. (S. Aug.: *Confess.*, lib. I, cap. IX, tom. I, fol. 668.)

Son magníficas las antítesis y contrastes que sobre el triunfo de Abel asesinado y la miserabilísima vida de Cain fraticida han hecho San Ambrosio, «De Cain et Abel,» lib. II, cap. X, tom. I, fol. 163, y San Juan Crisóstomo, in Epist. ad Rom., hom. VIII, n. 9, tom. IX, fol. 510.

Los intereses de nuestra alma es lo único permanente en nosotros; lo demás es pasajero y fugitivo: olvidamos, sin embargo, nuestra alma, y corremos presurosos tras las cosas de la tierra: ampliado por San Juan Crisóstomo, in Epist. I ad Timoth., hom. XV, n. 3, tom. XI, fol. 638. Hablando del carcelero de San Pablo, dice: «Ideoque ille petito lumine insiliit, et ante Paulum et Silam procidit. Ad pedes vincti procidit custos.» (In Act. Apost., homilía XXXVI, tom. IX, fol. 276.)

Es soberbio y elocuentísimo el contraste con que San Hilario explana esta proposición. «La Iglesia se fundó à pesar de las persecuciones de las potestades de la tierra; ¡y ahora creen algunos que no puede subsistir sin el auxilio de los hombres!» (Contra Auxentium, nn. 3 y 4, fol. 1264.)

El repugnante espectáculo de la presentación de la cabeza del Bautista en la sala del convite dado por Herodes, inspiró à San Ambrosio su sabido y justamente ce-

lebrado contraste. (*De Virginibus*, lib. III, tom. IV, folio 477.)

El contraste de San Efrén, citado en la pág. 95, es admirable; merece ser leído. (Serm. in Gen., cap. III, tom. II, fol. 368.)

El de San Basilio, de que hemos hablado à continuación, le hallarán los jóvenes en el n. 3 de la hom. «dicta tempore famis et siccitatis.» (Tom. II, fol. 64.)

Sentencias.

No hay página en las obras de los Santos Padres donde no se encuentre alguna sentencia notable.

Solent enim plerique dicere: Nisi clementior solis calor tepescerit terras, et quodammodo raddiis suis fovearit, non potest germinare terra: et propterea gentes divinum honorem deputant soli, quod virtute caloris sui terrarum penetret sinus, sparsaque foveat semina, vel rigentes gelu venas arborum relaxet. Audi ergo Deum velut hanc vocem emittentem: Conticestat ineptus sermo hominum qui futurus est, facessat vana opinio. Antequam solis fiat luminare, herba nascatur: antiquior ejus sit prerogativa, quam solis. Ne error hominum convalescat, germinet prius terra, quam fatus solis accipiat sciam omnes solent, auctorem non esse nascentium, Dei clementia terram relaxat, Dei indulgentia prorumpere facit fructus. Quomodo sol vivendi usum ministrat oriundis, quando illa prius divinæ operationis vivificatione sunt edita, quam sol in hos usus veniret? Junior est hervis, junior fœno. (S. Ambros., *Hexaëmeron*, lib. III, cap. VI, tom. I, fol. 31.)

La sentencia de San Basilio, citada en la pág. 96, está en el n. 4 de la hom. «In divites,» tom. II, fol. 56.

Epifonema.

El de San Agustín «Stulte» etc., es de su Enarrat. in Psalm. LXXIII, tom. IV, fol. 944.—El de Tertuliano se halla en el cap. XII de su apología, fol. 48.

Attendat charitas vestra. Quis disposuit membra publicis et culicis, ut habeant ordinem suum, habeant vitam suam, habeant motum suum? Unam bestiolam brevem, minutissimam considera, quam volueris. Si consideres ordinem membrorum ipsius, et animationem vitæ qua

movetur; ut pro se fugit mortem, amat vitam, appetit voluptates, devitat molestias, exserit sensus diversos, vigeat in motu congruo sibi! Quis dedit aculeum culici, quo sanguinem sugat? Quam tenuis fistula est qua sorbet! Quis disposuit ista? Quis fecit ista? Expavescis in minimis; lauda magnum. (S. Aug.: Enarrat. in Psalmo cXLVIII, tom. iv, fol. 1944.) Pueden verse otros ejemplos, Enarrat. in Psalm. cXLVIII, tom. iv, fol. 1946.—Serm. CXXXVI, tom. v, fol. 699.)

Climax ó gradacion.

La citada en la página 97 puede verse en el sermón del Símbolo, á los Catecúmenos, n. 10, tom. vi, fol. 632. El Nazianceno hace la misma gradacion exponiendo los males de Job «pro calamitatis cumulo uxorem habebat.» etc. Orat. XXI, tom. i, fol. 346. Y tambien el Crisóstomo, hom. III, tom. xii, fol. 341. Pueden verse otras bellísimas gradaciones de San Agustin, serm. XIV, tom. v, fol. 115.—Serm. XX, fol. 139.—Serm. LXXXVIII, folio 552.—Serm. CXXX, fol. 728.—*De civit. Dei*, lib. I, cap. vii, tomo vii, fol. 19.

Comparacion.

El libro de San Cipriano *De Unitate Ecclesie* se halla en el fol. 459; abunda en bellas comparaciones, tomando por extremos para expresar la unidad de la Iglesia el sol y sus rayos, el árbol y sus ramas, la fuente y sus riachuelos.

Pueden verse modelos de bellas y delicadas comparaciones en los lugares que vamos á citar. San Atanasio, *De Incarnatione*, n. 32, t. i, fol. 74.—San Basilio, Epistola CCCXLII. Lybanio, tom. iii, fol. 457.—San Hilario, tractat. in psalm. ii, fol. 34.—S. J. Crisóst., in Joann., hom. II, n. 4, tom. viii, fol. 12.—In Epist. ad Corinth., hom. VII, nn. 1 y 2, tom. x, fol. 51.—In Epist. ad Rom., hom. XX, n. 4, tom. ix, fol. 662.—San Agustin, serm. CCCLI, tomo v, fol. 1547.—Enarrat. in psalm. lxxv, n. 12, tom. iv, fol. 794. En su sermón CXCIX, entre otras bellezas, encontramos la siguiente comparacion, hablando de los judíos que señalaron á los Magos el lugar del nacimiento del Señor: «Facti sunt eis tanquam lapides ad milliaria: viatoribus ambulatibus aliquid ostenderunt, sed ipsi

stolidi atque immobiles remanserunt.» (N. 2, tom. v, folio 1027.) La misma comparacion aduce en el sermón CCCLI para explicar la conducta errada de los que, sin aprovecharse de la buena doctrina, fijan su atencion en la conducta acaso poco arreglada de los que la anuncian.

San Basilio y Bossuet.

Hemos citado en la página 97 una comparacion de Bossuet, que ha sido muy loada por D'Alembert: está en la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans, pág. 56 de la edicion de París de 1823, y en la 69 de la de 1843. Compárese íntegro el pasaje de Bossuet con el de San Basilio, de donde nos limitamos á tomar la siguiente frase: «Est autem fluvius vita nostra ut nosti, continue fluens, ac fluctibus alternatim sibi succedentibus referta. Etenim jam pars præterfluit, pars adhuc transit: pars jam emersit è fontibus, pars vero emersura est, et ad commune mortis mare festinamus omnes.» (Hom. «Quod mundanis adhærendum non sit.» n. 11, tom. ii, fol. 172.) Esta metáfora nos recuerda la del Nazianceno: murió Melecio lleno de dias que el tiempo midè y se pierden en la eternidad. «Plenus annis, qui cadunt in tempus et qui temporì non subjacent.» (*De vita sua carmen*, tom. ii, folio 20.)

Comparaciones tomadas del hogar doméstico.

San Agustin, Enarrat. in psalm. cXLVIII, tom. iv, fol. 1845.—Enarrat. in psalm. lxxiii, fol. 935.

Las tres bellísimas comparaciones que hemos copiado en la pág. 98, se encuentran, la primera en el n. 1 de la hom. VI del Crisóstomo al pueblo de Antioquía (tom. ii, fol. 73); la segunda «In commemorationem S. Bassi (tomo ii, fol. 724), y la tercera en el n. 3, del lib. i, *advers. oppug. vite monast.*, tom. i, fol. 48.

Interrogacion.

Declara la fuerza de esta figura San Juan Crisóstomo, en el n. 7 de la hom. XIV sobre la carta á los Romanos, tom. ix, fol. 614.

Véanse San Juan Crisóstomo in psalm. XLVIII, n. 4,

tom. v, fol. 511.—San Agustín, in Joann. Evangelium, tract. I, tom. III, fol. 1764.

El Crisóstomo se sirve á la vez de la interrogacion y de la subjeccion, del diálogo y del dilema. (Hom. XI, inédita, tom. IX fol. 370.—In Act. Apost., hom. XXXVI, n. 11, tom. IX, fol. 277.)

Repeticion.

San Agustín, libro x de sus *Confesiones*, cap. vi, tomo I, fol. 782.—«De anima et ejus origine ad Vincentium Victorem,» lib. III, tom. X, fol. 535.—Enarrat. in psalmo XII, nn. 6, 7 y 8, tom. IV, fol. 467.—In psalm. LXIV, n. 3, fol. 195.—San Juan Crisóstomo, hom. II «De Cruce et latrone,» n. 2, tom. II, fol. 411.

San Basilio, hom. in illud «Attende tibi ipsi,» tom. II, fol. 21.

Repeticion y concesion.

Nunc vero morosus es, vixque ad te accessus patet: qui declines occursus, ne forte vel modicum quid e manibus dimittere cogaris. Unam nosti vocem. Non habeo, nec dabo. Nam pauper sum. Revera pauper es, et omnis boni inops: pauper dilectionis, pauper humanitatis, pauper fidei in Deum, pauper spei æternæ. Participes frumenti facias fratres; quod cras putrescet, id hodie trade egentibus. Avaritiæ pessimum genus est, ne ea quidem quæ corrumpuntur, egenis erogare. (S. Basil., hom. «in illud Lucæ, Destruam, etc.» n. 6, tom. II, fol. 49.)

De la figura concesion pueden verse buenos modelos en San Ambrosio, *De Virginitate*, lib. I, cap. V, nn. 24, 25 y 26, tom. V, fol. 81, Venecia.—*De Tobia*, lib. I, cap. XXIII, n. 88, tom. II, fol. 88, Venecia.—S. J. Chrisost., in Matth. hom. XIII, n. 6, tom. VII, fol. 176.

San Atanasio aconseja que no se acumulen pruebas innecesarias: «ad Epictetum epist.,» n. 3, tom. I, pars. II, fol. 903.

El órden con que debe conducirse la argumentacion puede verse en la hom. XI de San Juan Crisóstomo sobre la primera carta á los Corint., n. 5, tom. X, fol. 93.

El jóven que aspire á asegurar la marcha de su espíritu con una argumentacion severa, nerviosa y elocuen-

te, debe leer y estudiar algunos modelos de los que mencionamos á continuacion.

Los tres libros de San Basilio contra Eunomio, tom. I, fol. 207.

Los cinco discursos, desde el XXXIII al XXXVII predicados por el Nazianceno combatiendo los errores de Eunomio; discursos que ellos solos abonarian el renombre de teólogo con que es conocido el Santo Doctor, tom. I desde el fol. 467.

De San Juan Crisóstomo, las tres primeras homilias de las cinco tituladas «De Incomprehensibili,» tom. I, fol. 444.—Los nn. 3 y 4 de la hom. LXXV sobre San Mateo, donde prueba la divinidad de la Religion cristiana, tom. VII, fol. 726.—Las homilias LXXXIX y XC sobre el mismo San Mateo, en las que demuestra la verdad de la resurreccion de Jesucristo desde el fol. 831.

De San Agustín, el lib. *De Correct. Donatistarum*, ó sea la Epist. CLXXXV dirigida al Conde Bonifacio, tomo II, fol. 792.—El cap. VII, del trat. *De fide rerum que non videntur*, tom. VI, fol. 179.—De San Ambrosio, la epístola XVIII, tom. VI, fol. 27, Venecia: en la cual impugna la memoria presentada al emperador Valentiniano por el prefecto Symaco, sobre el restablecimiento del altar de la Victoria.

Indicamos estas composiciones con el objeto de ahorrar tiempo á los jóvenes: si por fortuna se dedican al estudio de los Santos Padres, á cada paso encontrarán fuertes y elocuentes racionios.

LECCION XX.

La instruccion prepara para la mocion.

Sicut est autem, ut teneatur ad audiendum, delectandus auditor; ita flectendus, ut moveatur ad agendum. Et sicut delectatur, si suaviter loquaris, ita flectitur, si amet quod polliceris, timeat quod minaris, oderit quod arguis, quod commendas amplectatur, quod dolendum exageras doleat; cum quid lætandum prædicat gaudeat, misereatur eorum quos miserandos ante oculos dicendo constituis, fugiat eos quos cavendos terrendo proponis; et quidquid aliud grandi eloquentia fieri potest ad com-

tom. v, fol. 511.—San Agustín, in Joann. Evangelium, tract. I, tom. III, fol. 1764.

El Crisóstomo se sirve á la vez de la interrogacion y de la subjeccion, del diálogo y del dilema. (Hom. XI, inédita, tom. IX fol. 370.—In Act. Apost., hom. XXXVI, n. 11, tom. IX, fol. 277.)

Repetición.

San Agustín, libro x de sus *Confesiones*, cap. vi, tomo I, fol. 782.—«De anima et ejus origine ad Vincentium Victorem,» lib. III, tom. X, fol. 535.—Enarrat. in psalmo XII, nn. 6, 7 y 8, tom. IV, fol. 467.—In psalm. LXIV, n. 3, fol. 195.—San Juan Crisóstomo, hom. II «De Cruce et latrone,» n. 2, tom. II, fol. 411.

San Basilio, hom. in illud «Attende tibi ipsi,» tom. II, fol. 21.

Repetición y concesión.

Nunc vero morosus es, vixque ad te accessus patet: qui declines occursus, ne forte vel modicum quid e manibus dimittere cogaris. Unam nosti vocem. Non habeo, nec dabo. Nam pauper sum. Revera pauper es, et omnis boni inops: pauper dilectionis, pauper humanitatis, pauper fidei in Deum, pauper spei æternæ. Participes frumenti facias fratres; quod cras putrescet, id hodie trade egentibus. Avaritiæ pessimum genus est, ne ea quidem quæ corrumpuntur, egenis erogare. (S. Basil., hom. «in illud Lucæ, Destruam, etc.», n. 6, tom. II, fol. 49.)

De la figura concesión pueden verse buenos modelos en San Ambrosio, *De Virginitate*, lib. I, cap. V, nn. 24, 25 y 26, tom. V, fol. 81, Venecia.—*De Tobia*, lib. I, cap. XXIII, n. 88, tom. II, fol. 88, Venecia.—S. J. Chrisost., in Matth. hom. XIII, n. 6, tom. VII, fol. 176.

San Atanasio aconseja que no se acumulen pruebas innecesarias: «ad Epictetum epist.,» n. 3, tom. I, pars. II, fol. 903.

El orden con que debe conducirse la argumentación puede verse en la hom. XI de San Juan Crisóstomo sobre la primera carta á los Corint., n. 5, tom. X, fol. 93.

El jóven que aspire á asegurar la marcha de su espíritu con una argumentación severa, nerviosa y elocuen-

te, debe leer y estudiar algunos modelos de los que mencionamos á continuación.

Los tres libros de San Basilio contra Eunomio, tom. I, fol. 207.

Los cinco discursos, desde el XXXIII al XXXVII predicados por el Nazianceno combatiendo los errores de Eunomio; discursos que ellos solos abonarian el renombre de teólogo con que es conocido el Santo Doctor, tom. I desde el fol. 467.

De San Juan Crisóstomo, las tres primeras homilias de las cinco tituladas «De Incomprehensibili,» tom. I, fol. 444.—Los nn. 3 y 4 de la hom. LXXV sobre San Mateo, donde prueba la divinidad de la Religion cristiana, tom. VII, fol. 726.—Las homilias LXXXIX y XC sobre el mismo San Mateo, en las que demuestra la verdad de la resurrección de Jesucristo desde el fol. 831.

De San Agustín, el lib. *De Correct. Donatistarum*, ó sea la Epist. CLXXXV dirigida al Conde Bonifacio, tomo II, fol. 792.—El cap. VII, del trat. *De fide rerum quæ non videntur*, tom. VI, fol. 179.—De San Ambrosio, la epístola XVIII, tom. VI, fol. 27, Venecia: en la cual impugna la memoria presentada al emperador Valentiniano por el prefecto Symaco, sobre el restablecimiento del altar de la Victoria.

Indicamos estas composiciones con el objeto de ahorrar tiempo á los jóvenes: si por fortuna se dedican al estudio de los Santos Padres, á cada paso encontrarán fuertes y elocuentes raciocinios.

LECCION XX.

La instrucción prepara para la acción.

Sicut est autem, ut teneatur ad audiendum, delectandus auditor; ita flectendus, ut moveatur ad agendum. Et sicut delectatur, si suaviter loquaris, ita flectitur, si amet quod polliceris, timeat quod minaris, oderit quod arguis, quod commendas amplectatur, quod dolendum exagras doleat; cum quid lætandum prædicat gaudeat, misereatur eorum quos miserandos ante oculos dicendo constituis, fugiat eos quos cavendos terrendo proponis; et quidquid aliud grandi eloquentia fieri potest ad com-

movendos animos auditorum, non quid agendum sit ut sciant, sed ut agant quod agendum esse jam sciunt.

Si autem adhuc nesciunt, prius utique docendi sunt, quam movendi. Et fortasse rebus ipsis cognitis ita movebuntur, ut eos non opus sit majoribus eloquentiæ viribus jam moveri. Quod tamen cum opus est, faciendum est: tunc autem opus est, quando cum scierint quid agendum sit, non agunt. Ac per hoc docere necessitatis est. Possunt enim homines et agere, et non agere quod sciunt. Quis autem dixerit eos agere debere quod nesciunt? Et ideo flectere necessitatis non est, quia non semper opus est, si tantum docenti vel etiam delectanti consentit auditor. Ideo autem victoriæ est flectere, quia fieri potest ut doceatur et delectetur, et non assentiatur. Quid autem illa duo proderunt, si desit hoc tertium? Sed neque delectare necessitatis est: quandoquidem cum dicendo vera mostrantur, quod ad officium docendi pertinet, non eloquio agitur, neque hoc attenditur, ut vel ipsa vel ipsum delectet eloquium, sed per seipsa, quoniam vera sunt, manifestata delectant. Unde plerumque delectant etiam falsa patefacta atque convicta. Neque enim delectant, quia falsa sunt; sed quia falsa esse verum est, delectat et dictio qua hoc verum esse monstratum est.

Propter eos autem quibus fastidientibus non placet veritas, si alio quocumque modo, nisi eo modo dicatur, ut placeat sermo dicentis, datus est in eloquentia non parvus etiam delectationi locus. Quæ tamen addita non sufficit duris, quos nec intellexisse, nec docentis elocutione delectatos esse, profuerit. Quid enim hæc duo conferunt homini, qui et confitetur verum, et collaudat eloquium, nec inclinat assensum, propter quem solum, cum aliquid suadetur, rebus quæ dicuntur invigilat dicentis intentio? Si enim talia docentur quæ credere vel nosse sufficiat, nihil est aliud eis consentire, nisi confiteri vera esse, cum vero id docetur quod agendum est, et ideo docetur ut agatur, frustra persuadetur verum esse quod dicitur, frustra placet modus ipse quo dicitur, si non ita discitur ut agatur. Oportet igitur eloquentem ecclesiasticum, quando suadet aliquid quod agendum est, non solum docere ut instruat, et delectare ut teneat, verum etiam flectere ut vincat. Ipse quippe jam remanet ad consensionem flectendus eloquentiæ granditate, in quo id non egit usque ad ejus confessionem demonstrata

veritas, adjuncta etiam suavitate dictionis. (S. Aug.: *De Doctrin. christ.*, lib. iv, capítulos xii et xiii, tom. iii, fol. 101.)

Epilogos de recapitulacion.

San Juan Crisóstomo «adversus Judæos et Gentiles,» etc., tom. i, fol. 582.—San Basilio, hom. «in illud Lucæ Destruam,» etc., n. 8, tom. ii, fol. 50.—San Agustín, sermon LXXXV, tom. v, fol. 523.

Teoría de las pasiones.

Sunt autem gemini motus, hoc est, cogitationum et appetitus: alteri cogitationum, alteri appetitus: non confusi, sed discreti et dispares. Cogitationes verum exquirere, et quasi emolere muneris habent: appetitus ad aliquid impellit agendum atque excitat. Itaque ipso genere naturæ suæ et cogitationes tranquillitatem sedationis infundunt, et appetitus motum agendi excutit. Ita ergo informati simus, ut bonarum rerum subeat animum cogitatio: appetitus rationi obtemperare (si vere ut illud decorum custodiamus, animum volumus intendere) ne rationem excludat rei alicujus affectus: sed ratio quid honestati conveniat, examinet. (San Ambrosio: *De officiis*, lib. i, cap. xxii, tom. vi, fol. 116.)

Affectiones nostræ motus animorum sunt. Lætitia, animi diffusio; tristitia, animi contractio: cupiditas, animi progressio; timor, animi fuga est. Diffunderis enim animo, cum delectaris; contraheris animo, cum molestaris; progredieris animo, cum appetis; fugis animo, cum metuis. (S. Aug., in Joann., tract. XLVI, n. 8, tom. iii, fol. 1732.)

Consúltese sobre las pasiones: San Agustín, in Joann., tract. LX, n. 3, tom. iii, fol. 1798; y mejor *De Gen. contra Manich.*, lib. i, cap. xx, tom. iii, fol. 187.—Santo Tomás trata extensamente de las pasiones, en su 1.^o 2.^o desde la q. 22.

Massillon y San Gregorio Magno.

La anecdota de Masillon, citada en la pág. 103, nos recuerda las palabras de San Gregorio Magno:

«Liber qui viscera replevit, dulcis in ore sicut mel

factus est: quia ipsi de Omnipotenti Domino sciunt suaviter loqui, qui hunc didicerint in cordis sui visceribus veraciter amare. In ejus quippe ore Scriptura Sacra dulcis est, cujus vitæ viscera mandatis illius replentur: quia ei suavis est ad loquendum, cui interiori impresa ad vivendum fuerit. Nam sermo dulcedinem non habet, quem vita reproba intra conscientiam remordet. Unde necesse est, ut qui verbum Dei loquitur, prius studeat qualiter vivat, ut post ex vita colligat quæ, et qualiter dicat. Ad prædicandum namque plus conscientia sancti amoris ædificat, quam exercitatio sermonis; quia amando cœlestia intra semetipsum prædicator legit quomodo persuadeat ut despici debeant terrena.» (S. Greg., in Ezech.: lib. I, hom. X, n. 13, tom. I, fol. 1267.)

Qui facit angelos suos spiritus, et ministros suos ignem flagrantem: id est, eos qui jam spiritus sunt, qui spirituales, non carnales sunt, facit angelos suos, mittendo ut prædicent ejus Evangelium. *Et ministros suos ignem flagrantem.* Nisi enim ardeat minister prædicans, non accendit eum cui prædicat. (S. Aug.: Enarrat. in Psalmo ciii, serm. II, tom. IV, fol. 1353.)

La idea de que el predicador y los oyentes son discípulos en la escuela de Jesucristo, la repite San Agustín en sus sermones sobre los salmos xxxiv, tom. IV, fol. 322; cxxvi, fol. 1669, y en el sermón XXIII, tom. V, fol. 155.

No se debe insistir demasiado en lo sentimental.

Commotio quippe animi quanto magis excitanda est, ut nobis assentiatur auditor, tanto minus in ea diu teneri potest, cum fuerit quantum satis est excitata. Et ideo cavendum est, ne dum volumus altius erigere quod erectum est, etiam inde decidat quo fuerat excitatione perductum. Interpositis vero quæ sunt dicenda submissius, bene reditur ad ea quæ opus est granditer dici, ut dictio nis impetus sicut maris æstus alternet. Ex quo fit ut grande dicendi genus, si diutius est dicendum, non debeat esse solum, sed aliorum generum interpositione varietur: ei tamen genere dictio tota tribuitur, cujus copia prævaluerit. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. IV, cap. xxii, tom. III, fol. 114.)

San Juan Crisóstomo asienta este mismo principio en el n. 1 de su discurso sobre el salmo xli, tom. V, fol. 131,

y le practicó, según él mismo dice, en el n. 1 de su homilía «In dictum Pauli, *Opórtet hæreses esse,*» etc., tom. III, fol. 240: y lo mismo refiere de sí mismo San Agustín en su interesante carta XXIX á Alipio, tom. II, fol. 114. En el sermón XIX del mismo San Agustín, tom. V, fol. 135, pueden ver nuestros jóvenes lectores cómo el Santo Doctor, según dijimos en la página 106; después de un rápido y caluroso movimiento, concluyó con un epílogo, donde, sin cambiar de sentimientos, templó su vehemencia.

Digámoslo con toda seguridad: los más bellos modelos de elocuencia patética en los fastos de la Religión se encuentran en las obras de los Santos Padres.

En esta ocasión, más que en ninguna otra, sentimos el tenernos que concretar á hacer citas, y aún éstas en pequeño número.

San Efrén, «Lamentationes gloriosissimæ Virginis Mariæ,» etc., tom. I, fol. 568.

San Basilio; muchos pasajes de su homilía «In illud dictum Evangelii, *destruam horrea mea,*» etc. tom. II, fol. 43.—Hom. in divites, tom. II, fol. 51.—Hom. «dicta tempore famis et siccitatis,» tom. II, fol. 62.—Ad Monachum lapsum, Epist. XLIV, tom. III, fol. 131.

San Gregorio Nazianceno; muchos pasajes de su oración fúnebre «in laudem Cesarii fratris,» Orat. X, tom. I, fol. 144.—«De pauperum amore,» Orat. XVI, tom. I, fol. 215.—Carmen I: sobre los infortunios de la vida, tom. II, fol. 25. Este poema, y la mayor parte de los del Santo Doctor, respiran una dulce melancolía: son de un admirable patético. Conviene, sin embargo, notar que no todo lo que dice sobre las costumbres de sus tiempos se debe tomar literalmente: el Santo Doctor desahogaba en estas composiciones su corazón oprimido por los males públicos y por las ingratitudes de que fué objeto, con cierta libertad oratoria y con toda la expansión de su bella alma; y aún de vez en cuando su pluma destila alguna gota de la amargura inmensa en que las vicisitudes de su vida habían sumido su hermoso corazón, dotado de una sensibilidad exquisita. El profesor que quiera ejercitar á sus alumnos en el estudio de estos poemas, debe prepararlos con algunas oportunas advertencias sobre las circunstancias del autor y de los tiempos en que se

escribieron. Puede verse lo que dice Billy, bajo el epigrafe: «Causa scripti.» (Tom. I, fol. 887.)

San Juan Crisóstomo; la arenga de Flaviano á Teodosio, hom. XXI ad pop. Antioch., tom. II, fol. 217.—La última mitad de la hom. XXIII, in epist. ad Hebræos, tom. XII, fol. 214.

San Ambrosio; *De Virginis lapsu*. Dudan algunos que este escrito sea del Santo Doctor: la opinion afirmativa es la más comun; y de todos modos, la composicion es digna de tan esclarecido varon; tom. IV, fol. 449.—Algunos pasajes de la primera oracion fúnebre de su hermano Satyrio, tom. IV, fol. 307 y de otras oraciones fúnebres pronunciadas por el mismo Santo Doctor.

San Agustin; muchos lugares de los libros de sus *Confesiones* y de sus numerosos sermones.

El Nazianceno y Ciceron.

La peroracion de Ciceron «pro Milone» comienza en el núm. 31, pág. 149 del tom. VI. Literatos de nota la elogian como la mejor de este orador, y aún como la más notable de todas las conocidas. No se puede disimular, sin embargo, que hay en esta composicion más arte que naturalidad; Milon habia prohibido al orador romano excitar la conmiseracion de los jueces; Ciceron no podia privarse de esta arma poderosa, y queriendo cumplir con fidelidad el difícil encargo de su cliente, imploró la piedad de los jueces á favor de sí mismo. El tribunal se compadeció de Ciceron y elogió su discurso, pero condenó al acusado. La posicion del grande Nazianceno era muy diferente: la causa que sostenia era justa, bella, propia y personal; no podia ménos de interesar un Obispo venerable, más aún que por sus años, por sus grandes merecimientos, al decir un á Dios eterno á su querido pueblo de Constantinopla; Ciceron era elocuente en sumo grado, pero ni era propia la causa que defendia, ni dejaba de ser la de un homicida.

Hé aquí la peroracion del Nazianceno:

«Quid dicitis? Num vos his verbis permovemus, ac victoriam obtinuimus? An potius ad vestros animos inflectendos validior nobis adhibenda est oratio? Vos ergo per Trinitatem ipsam, quam nos colimus, et vos colitis, per communem nostram spem, atque hujus populi coagmentationem obtestor: hoc mihi beneficium date, cum

precibus dimittite. Hoc mihi sit dimicationis præconium: Missionis libellum mihi date, quemadmodum Imperatores militibus solent: ac, siquidem vestra voluntas tulerit, cum fausto et præclaro elogio et testimonio, ut honori meo consulatur: sin minus, utcumque vobis collibuerit: nihil ea re altercabor, quamdiu Deus rerum nostrarum statum inspectabit. Quem igitur tibi substituemus? dicet aliquis. Videbit sibi Dominus pastorem ad præfecturam, quemadmodum ovem videt ad holocaustum. Hoc unum requiro, ut ex eorum numero sit, qui aliis invidiæ sunt, non miserationi, qui non in omnibus rebus cunctis obsequuntur, sed qui in quibusdam etiam ob recti studium in hominum offensionem incurrunt. Alterum enim in præsens jucundissimum est: alterum in posterum utilissimum. Ac vos quidem orationes discessui meo congruentes parate; ego autem his verbis extremum vos salutabo. Vale, Anastasia (1), nomen à pietate habens. Tu enim nobis fidei doctrinam, quæ adhuc contemptui erat, excitasti. Vale, inquam, communis victoriæ sedes, nova Silo, in qua primum arcam fiximus, quadraginta annis in deserto circumactam incertisque sedibus vagantem. Tuque, ò magnum hoc templum et nobile, nova hæreditas, quod magnitudinem, quam nunc habes, ab orthodoxa doctrina suscepisti: quodque nos, cum primus Jebus esses, Hierusalem effecimus. Vosque etiam aliæ ædes sacræ, huic dignitate proximæ alia aliam quamdam urbis partem complectens, quasi vincula quædam et compages, ac propinqua loca complectentes: quas cum hac corporis imbecillitatem, non nos, sed Dei gratia nobiscum, qui pro perditis, ac desperatis habebamur, implevit. Valet Apostoli præclara colonia, certaminis mei Magistri: etsi minus sepæ festa vestra celebravi, fortasse Pauli vestri Satanam ad utilitatem meam in corpore circumferens: ob quem nunc à vobis abscedo. Vale Cathedra, invidiosum hoc, et periculosum fastigium, Pontificum concilium, sacerdotum, non minus majestate, quam ætate ornatorum, et quicumque tandem alii circa sacrosanctam mensam Deo ministratis, atque ad appropinquantem Deum appropinquatis. Valet Nazæorum chori, Psalmodiarum con-

(1) Este era el nombre de la Basilica que el Santo hizo edificar en el lugar de la casa donde se retiró, durante la persecucion de los arrianos.

centus, nocturnæ stationes, virginum sanctimonia, mulierum modestia, viduarum et orphanorum cœtus, pauperum oculi, in Deum, et in nos intuentes. Valet domus hospitales, et Christi amantes, infirmitatisque meæ adjutrices. Valet sermonum meorum amatores, et cursus, et concursiones, et calami, tam perspicui quam occulti; atque hujus suggesti cancelli, à multitudine compressi, hominum audiendi studio sese mutuo protrudentium. Valet Imperatores, et palatia atque omnes Imperatoris famuli, et cubicularii; siquidem Imperatori fideles, haudquaquam certum habeo: Deo autem magna ex parte infidi. Manibus plaudite, acute clamate, rhetorem vestrum in sublime tollite. Silvit vobis improba, et loquax lingua: nec tamen silebit. Pugnabit enim manu et atramento. Cæterum in præsentia consilivimus Vale magna Civitas, et Christe amore prædita (vera enim testabor) et si non secundum scientiam hic zelus est. Benigniores non disjunctio reddidit. Ad veritatem accedit: ad meliorem frugem tandem aliquando vos convertite. Deum, amplius quam consuevisti, nolite. Non turpe est sententia mutare: sed in malo perseverare, funestam et exitiosum. Vale Oriens et Occidens, pro quibus et à quibus oppugnamur: testis ille est, qui pacatos nos reddet, si nonnulli secessionem meam imitentur. Non enim Dei quoque jacturam facient, qui thronis cesserint; sed supernam cathedram habebunt, his multo sublimiorem et tutiorem. præter omnia, et ante omnia, clamabo, valet Angeli, hujus Ecclesiæ præsides, meæque præsentiae ac peregrinationis: si modo in manu Dei res nostræ sunt. Vale Trinitas, meditatio mea, et decus meum. His velim serveris, et hos serves, meum hunc populum (meus enim est, etiam si aliter gubernemur) atque audiam te quotidie, tum sermone, tum vita et moribus augeri, et in sublime attoli. Filioli, depositum quæso custodite. Mementote lapidationum mearum. Gratia Domini nostri Jesu Christi sit cum omnibus vobis. Amen.» (Tom. I, Orat. XXXII, fol. 465.)

San Gregorio Nazianceno y Bossuet.

La peroracion de Bossuet, de la oracion fúnebre de Condé: *Venid, pueblo; venid, principes y señores, etc.*, se encuentra en la pág. 124 de la edicion de Paris de 1823, y en la 234 de la de 1843.

La de San Gregorio Nazianceno es como sigue:

«At ego media ex parte mortuus et dissectus Gregorius, utpote à magno illo socio abruptus, atque acervam et miseram vitam trahens, ut consentaneum est eum, qui ab eo disjunctus sit, haud scio quemnam post illius disciplinam sine nanciscar. A quo nunc quoque per nocturnas visiones admoneor, et castigor, si quando ab officio recessero. Nec vero ego quidem luctus laudibus abjungo, atque illius vitam oratione pingo, ac tempori communem virtutis tabulam, salutiferumque omnibus Ecclesiis, omnibusque animis exemplum propono, in quod velut in vivam quandam legem intuentes vitam nostram dirigemus, vobis autem, qui ab ipso doctrina sacra imbuti estis, quidquam aliud suaserim, quam ut eum semper spectetis, ac tanquam ipse, et vos videat, et à vobis videatur, spiritu instruamini. Adeste jam, ac me circumstante, omnis illius chorus, tam qui sacrarii estis, quam qui inferioris ordinis, tam qui ex nostris, quam qui ex exteris, encomium mecum conficite, alius aliam quamquam illius virtutem exponentes: et conquiritantes, qui thronis insidetis legislatorem; qui Rempubliam geritis civitatis principem, ac velut conditorem, plebeji moderatorem; litterarum studiosi præceptorem, virgines pronubum, conjugatæ pudicitiae magistrum, solitarii eum qui vobis pennas addebat, cœnobiaci judicem, simplices itineris ducem, speculationis amantes theologum, hilares frænum, calamitosi solatium, senes baculum, juvenes pedagogum, pauperes largitorem, locupletes dispensatorem. Quin mihi quoque videntur et viduæ patronum suum laudaturæ, et orphani patrem, et pauperes pauperum amatorem, et peregrini hospitem, et fratres fratrum amatorem, et ægotantes medi cum cujuscumque volueris morbi et medicinæ, et sanitatis custodem, omnes denique eum qui omnibus omnia factus est, ut omnes, aut certæ quamplurimos lucrifaceret. Habes hæc à nobis Basili, hoc est, à lingua quondam tibi suavissima, atque honore et ætate æquali. Quæ si ad virtutis tuæ meritum prope accesserint, beneficium id tuum est: te enim fretus, hanc orationem institui. Sin autem longe infra illius dignitatem et spem tuam substiterint, quid facerem, homo, et senectute, et morbo, et tui desiderio confectus? Quamquam Deo quoque gratum est, quod pro viribus efficitur. Tu vero, sacrum et divinum caput, è cœlo nos quæso inspice, carnisque stimulum à Deo nobis ad disci-

plinam datum, aut precibus tuis siste, aut certe, ut cum forti animo perferamus, persuade: atque omnem nostram vitam ad id, quod maxime conducibile est, dirige: nosque, posteaquam ex hac vita migraverimus, illic quoque tabernaculis tuis excipe; ut simul viventes, et sanctam ac beatam Trinitatem, cujus nunc exiguam speciem et imaginem accepimus, purius pleniusque cernentes, desideris nostris finem statuamus; ad bellorum eorum, quæ intulimus, vel pertulimus, hoc præmium referamus. Atque hanc quidem à nobis orationem habes: nos autem vitam post te cum morte commutantes, quis laudaturus est? Si quid tamen laude dignum orationi suppeditemus, in Christo Jesu Domino nostro, cui gloria in sæcula. Amen.» (Tom. I, Orat. XX, fol. 336.)

Epilogos de recapitulacion, de mocion, y de ambos métodos à la vez.

El libro de San Agustin, *De bono viduitatis*, que se cita en la pág. 108, está en el fol. 431 del tom. vi de las obras del Santo Doctor.

Pueden consultarse como epilogos de movimiento afectuoso los siguientes:

El de la obra *De divinis institutionibus*, de Lactancio, tom. I, fol. 589.—Los de San Cipriano, *De exhortatione mart.*, cap. XII, fol. 622, y el del libro *De mortalitate*, fol. 558.—De San Basilio, el de su hom. XIII «Exhortat. ad Sanct. Baptisma,» tom. II, fol. 121.—De San Juan Crisóstomo, el de la hom. V in epist. ad Rom., tom IX, folio 469.—De San Agustin, el de su sermón XIX, citado en esta misma leccion.

Antes hemos indicado epilogos de recapitulacion ó enumeracion.

En los siguientes usaron sus autores ambos métodos:

San Juan Crisóstomo, hom. in illud «Ego Dominus feci lumen,» etc., tom. VI, fol. 156.

San Agustin, serm. CCLVI, tom. V, fol. 1193.—Sermón CII, fol. 612.—Serm. CCCXLV, fol. 1521.—San Basilio en los de las homilias I, II, III, IV y VI, de su *Hexæmeron*, tom. I, fols. 11, 21, 32, 39 y 62. (Véase igualmente la homilia «in Martyr. Julittam,» n. 7, tom. II, folio 32.)

San Agustin solia terminar excitando á los fieles á

hacer una deprecacion. En muchos sermones, como en el LXVII, tom. V, fol. 437, se leen estas deprecaciones; otros concluyen con estas palabras: «Conversi ad Dominum,» etc.

LECCION XXI.

Simultaneidad, comunicacion reciproca de los fenómenos del alma é impenetrabilidad de tan misterioso conjunto.

Quæ cum ita sint, obsecro te, cum agitur in teipsa hoc tan grande negotium; cum ab exterioribus interiora distinguis, atque illa istis ineffabiliter anteponis; cumque istis foris relictis, in illis intrinsecus demoraris, et ea suis quibusdam incorporalibus finibus metiendo iudicas, in nulla te putas, an in aliqua luce versari? Ego enim existimo quod tanta tibi et talia, tam vera, tam clara, tam certa videri sine luce non possunt. Ipsam igitur lucem in qua cuncta illa perspicis, intueri, et vide utrum ad eam possit accedere ullus corporeorum radius oculorum: profecto non potest. Attende etiam; et utrum in ea videas ulla locorum spatia vel intervalla responde. Nihil ibi tale, ut arbitror, invenis, si vigilanter abigis ab aspectu intimo quidquid imaginum corporalium exterioris hominis sensus invexit: sed forte difficile est. Irruit enim de consuetudine carnalis vitæ, in ipsos quoque interiores oculos turba phantasmatum in similitudinibus corporum: cui resistere conatus, saltem auctoritate divina, exclamavi dolens in illa brevi epistola, et dixi: *Audiat caro carnalibus cogitationibus ebria, Spiritus est Deus.* (Epist. XCII, n. 5.) Neque enim cujusquam magis quam etiam ipsam meam mentem ab hujusmodi vanitate, illa increpatione compescui. Facilius quippe inclinamur ad solita, et amicum est infirmitati humanæ animæ corporalem conversationem introrsus vel mittere vel admittere, non ubi sana consistat, sed ubi languida quodammodo aut incumbat aut jaceat.

Proinde si non potest aciem mentis tuæ à corporearum similitudinum quasi nubilo perspicue serenare, eas ipsas apud teipsam vigilanter attende: intueri cælum et terram cogitando, sicut oculis corporeis cernendo conuesti: easque imagines cæli et terræ quæ ante oculos cogitationis productæ sunt, vide similitudines corporum

plinam datum, aut precibus tuis siste, aut certe, ut cum forti animo perferamus, persuade: atque omnem nostram vitam ad id, quod maxime conducibile est, dirige: nosque, posteaquam ex hac vita migraverimus, illic quoque tabernaculis tuis excipe; ut simul viventes, et sanctam ac beatam Trinitatem, cujus nunc exiguam speciem et imaginem accepimus, purius pleniusque cernentes, desideris nostris finem statuamus; ad bellorum eorum, quæ intulimus, vel pertulimus, hoc præmium referamus. Atque hanc quidem à nobis orationem habes: nos autem vitam post te cum morte commutantes, quis laudaturus est? Si quid tamen laude dignum orationi suppeditemus, in Christo Jesu Domino nostro, cui gloria in sæcula. Amen.» (Tom. I, Orat. XX, fol. 336.)

Epilogos de recapitulacion, de mocion, y de ambos métodos à la vez.

El libro de San Agustin, *De bono viduitatis*, que se cita en la pág. 108, está en el fol. 431 del tom. vi de las obras del Santo Doctor.

Pueden consultarse como epilogos de movimiento afectuoso los siguientes:

El de la obra *De divinis institutionibus*, de Lactancio, tom. I, fol. 589.—Los de San Cipriano, *De exhortatione mart.*, cap. XII, fol. 622, y el del libro *De mortalitate*, fol. 558.—De San Basilio, el de su hom. XIII «Exhortat. ad Sanct. Baptisma,» tom. II, fol. 121.—De San Juan Crisóstomo, el de la hom. V in epist. ad Rom., tom IX, folio 469.—De San Agustin, el de su sermón XIX, citado en esta misma leccion.

Antes hemos indicado epilogos de recapitulacion ó enumeracion.

En los siguientes usaron sus autores ambos métodos:

San Juan Crisóstomo, hom. in illud «Ego Dominus feci lumen,» etc., tom. VI, fol. 156.

San Agustin, serm. CCLVI, tom. V, fol. 1193.—Sermón CII, fol. 612.—Serm. CCCXLV, fol. 1521.—San Basilio en los de las homilias I, II, III, IV y VI, de su *Hexæmeron*, tom. I, fols. 11, 21, 32, 39 y 62. (Véase igualmente la homilia «in Martyr. Julittam,» n. 7, tom. II, folio 32.)

San Agustin solia terminar excitando á los fieles á

hacer una deprecacion. En muchos sermones, como en el LXVII, tom. V, fol. 437, se leen estas deprecaciones; otros concluyen con estas palabras: «Conversi ad Dominum,» etc.

LECCION XXI.

Simultaneidad, comunicacion reciproca de los fenómenos del alma é impenetrabilidad de tan misterioso conjunto.

Quæ cum ita sint, obsecro te, cum agitur in teipsa hoc tan grande negotium; cum ab exterioribus interiora distinguis, atque illa istis ineffabiliter anteponis; cumque istis foris relictis, in illis intrinsecus demoraris, et ea suis quibusdam incorporalibus finibus metiendo iudicas, in nulla te putas, an in aliqua luce versari? Ego enim existimo quod tanta tibi et talia, tam vera, tam clara, tam certa videri sine luce non possunt. Ipsam igitur lucem in qua cuncta illa perspicis, intueri, et vide utrum ad eam possit accedere ullus corporeorum radius oculorum: profecto non potest. Attende etiam; et utrum in ea videas ulla locorum spatia vel intervalla responde. Nihil ibi tale, ut arbitror, invenis, si vigilanter abigis ab aspectu intimo quidquid imaginum corporalium exterioris hominis sensus invexit: sed forte difficile est. Irruit enim de consuetudine carnalis vitæ, in ipsos quoque interiores oculos turba phantasmatum in similitudinibus corporum: cui resistere conatus, saltem auctoritate divina, exclamavi dolens in illa brevi epistola, et dixi: *Audiat caro carnalibus cogitationibus ebria, Spiritus est Deus.* (Epist. XCII, n. 5.) Neque enim cujusquam magis quam etiam ipsam meam mentem ab hujusmodi vanitate, illa increpatione compescui. Facilius quippe inclinamur ad solita, et amicum est infirmitati humanæ animæ corporalem conversationem introrsus vel mittere vel admittere, non ubi sana consistat, sed ubi languida quodammodo aut incumbat aut jaceat.

Proinde si non potest aciem mentis tuæ à corporearum similitudinum quasi nubilo perspicue serenare, eas ipsas apud teipsam vigilanter attende: intueri cælum et terram cogitando, sicut oculis corporeis cernendo conuesti: easque imagines cæli et terræ quæ ante oculos cogitationis productæ sunt, vide similitudines corporum

esse, non corpora. (S. Aug., Epist. CXLVII, seu «de videndo Deo Liber.» tom. II, fol. 615.)

Véase sobre esta misma materia San Gregorio Nazianceno, en su Orat. XXVI, con especialidad el principio y el fin de la misma, tom. I, fols. 397-405.—Orat. XXXIV, folios 481-487.—Orat. XLII, poco despues del principio, fol. 603.)

Grande profundum est ipse homo, cujus etiam capillos tu, Domine, numeratos habes, et non minuuntur in te: et tamen capelli ejus magis numerabiles sunt quam affectus ejus, et motus cordis ejus. (S. Aug.: *Confes.*, libro IV, cap. XIV, tom. I, fol. 702.)

Misterios de la palabra: su debilidad para expresar los objetos intelectuales.

Véanse los pasajes de San Agustín que hemos copiado en la lección III de esta segunda parte, pág. 189.

Quæ enim animo et ratione intelliguntur, quamvis infinita nomina habeant (quandoquidem in unaquaque natione quamplurimis nominibus appellantur) tamen extra omnem appellationem posita sunt: quoniam rerum earum, quæ animo intelliguntur, ad corpore vacant, nomen proprium nullum est. Quoniam enim modo vocari queant, quæ ne in conspectum quidem nostrum cadunt, nec humanorum sensuum instrumentis ullo modo capi possunt? (San Gregorio Nazianceno, orat. XLV, tom. I, fol. 638.) El Santo Doctor se ocupa en exponer las mismas observaciones en otros discursos; por ejemplo, en su oración XXXIV, tom. I, fol. 474.

Dei quidem jugiter meminisse, res pia est, et qua Dei amans animus nunquam exsaciatur: quæ vero sunt Dei, sermone prosequi audax ceptum fuerit; cum mens nostra longo intervallo à rerum dignitate absit, rursusque sermo obscure ac imperfecte intellecta exprimat. Itaque si intelligentiam nostram longe superet rerum magnitudo, sermo autem ab ipsa intelligentia superetur, quomodo silere necesse non fuerit, ne forte theologiæ dignitas ex verborum tenuitate periclitari videatur? (S. Basil., homilia XV, *De fide*, n. 1, tom. II, fol. 130.)

Plerique acumine intelligendi vivaces existunt, sed loquendi inopia angustantur. (S. Isid. Hispal.: *Sent.*, libro III, cap. X, n. 3, tom. II, fol. 102.)

Nam et mihi prope semper sermo meus displicet.

Melioris enim avidus sum, quo sæpe fruor interius; antequam eum explicare verbis sonantibus cœpero; quod ubi minus quam mihi notus est evaluero, contristor linguam meam cordi meo non potuisse sufficere; totum enim quod intelligo, volo ut qui me audit intelligat; et sentio me non ita loqui, ut hoc efficiam: maxime quia ille intellectus quasi rapida coruscatione perfundit animum; illa autem locutio tarda et longa est, longeque dissimilis: et dum ista volvitur, jam se ille in secreta sua condidit. Quapropter conjiciendum est quantum distet sonus oris nostri ab illo ictu intelligentiæ, quando ne ipsi quidem impressioni memoriæ similis est. Nos autem plerumque in auditoris utilitatem vehementer ardentes, ita loqui volumus, quemadmodum tunc intelligimus, cum per ipsam intentionem loqui non possumus: et quia non succedit angimur, et velut frustra operam insumamus, tædio marcescimus atque ex ipso tædio languidior fit idem sermo, et hebetior quam erat, unde perduxit ad tædium. (S. Aug.: *De Catechizandis rudib.*, cap. II, tomo VI, fol. 311.)

Pensamientos del Nazianceno y de Pascal.

Cæterum ducem potius fidem, quam rationem sequamur, si modo ingenii tui imbecillitatem in propinquiorebus didicisti, rationisque id esse cognovisti, ut quænant sin ea, quæ rationis humanæ captum excedant, cognoscas: ne alioqui prorsus terrenus sis, rebusque terrenis immersus, ipsam quoque ignorantiam tuam ignorans. (S. Greg. Nazianc., orat. XXXIV, tom. I, fol. 493.)

LECCION XXII.

Pensamientos y expresion.

Talis doctor... in ipso etiam sermone malit rebus placere quam verbis; nec æstimet dici melius, nisi quod dicitur verius; nec doctor verbis serviat, sed verba doctori... Verbis enim contendere, est non curare quomodo error veritate vincatur, sed quomodo tua dictio dictioni præferatur alterius. (S. Aug.: *De Doctr. christ.*, lib. IV, cap. XXVIII, tom. III, fol. 119.)

El pasaje de San Agustín sobre la excelencia de la

esse, non corpora. (S. Aug., Epist. CXLVII, seu «de videndo Deo Liber.» tom. II, fol. 615.)

Véase sobre esta misma materia San Gregorio Nazianceno, en su Orat. XXVI, con especialidad el principio y el fin de la misma, tom. I, fols. 397-405.—Orat. XXXIV, folios 481-487.—Orat. XLII, poco despues del principio, fol. 603.)

Grande profundum est ipse homo, cujus etiam capillos tu, Domine, numeratos habes, et non minuuntur in te: et tamen capelli ejus magis numerabiles sunt quam affectus ejus, et motus cordis ejus. (S. Aug.: *Confes.*, libro IV, cap. XIV, tom. I, fol. 702.)

Misterios de la palabra: su debilidad para expresar los objetos intelectuales.

Véanse los pasajes de San Agustín que hemos copiado en la lección III de esta segunda parte, pág. 189.

Quæ enim animo et ratione intelliguntur, quamvis infinita nomina habeant (quandoquidem in unaquaque natione quamplurimis nominibus appellantur) tamen extra omnem appellationem posita sunt: quoniam rerum earum, quæ animo intelliguntur, ad corpore vacant, nomen proprium nullum est. Quoniam enim modo vocari queant, quæ ne in conspectum quidem nostrum cadunt, nec humanorum sensuum instrumentis ullo modo capi possunt? (San Gregorio Nazianceno, orat. XLV, tom. I, fol. 638.) El Santo Doctor se ocupa en exponer las mismas observaciones en otros discursos; por ejemplo, en su oración XXXIV, tom. I, fol. 474.

Dei quidem jugiter meminisse, res pia est, et qua Dei amans animus nunquam exsaciatur: quæ vero sunt Dei, sermone prosequi audax ceptum fuerit; cum mens nostra longo intervallo à rerum dignitate absit, rursusque sermo obscure ac imperfecte intellecta exprimat. Itaque si intelligentiam nostram longe superet rerum magnitudo, sermo autem ab ipsa intelligentia superetur, quomodo silere necesse non fuerit, ne forte theologiæ dignitas ex verborum tenuitate periclitari videatur? (S. Basil., homilia XV, *De fide*, n. 1, tom. II, fol. 130.)

Plerique acumine intelligendi vivaces existunt, sed loquendi inopia angustantur. (S. Isid. Hispal.: *Sent.*, libro III, cap. X, n. 3, tom. II, fol. 102.)

Nam et mihi prope semper sermo meus displicet.

Melioris enim avidus sum, quo sæpe fruor interius; antequam eum explicare verbis sonantibus cœpero; quod ubi minus quam mihi notus est evaluero, contristor linguam meam cordi meo non potuisse sufficere; totum enim quod intelligo, volo ut qui me audit intelligat; et sentio me non ita loqui, ut hoc efficiam: maxime quia ille intellectus quasi rapida coruscatione perfundit animum; illa autem locutio tarda et longa est, longeque dissimilis: et dum ista volvitur, jam se ille in secreta sua condidit. Quapropter conjiciendum est quantum distet sonus oris nostri ab illo ictu intelligentiæ, quando ne ipsi quidem impressioni memoriæ similis est. Nos autem plerumque in auditoris utilitatem vehementer ardentes, ita loqui volumus, quemadmodum tunc intelligimus, cum per ipsam intentionem loqui non possumus: et quia non succedit angimur, et velut frustra operam insumamus, tædio marcescimus atque ex ipso tædio languidior fit idem sermo, et hebetior quam erat, unde perduxit ad tædium. (S. Aug.: *De Catechizandis rudib.*, cap. II, tomo VI, fol. 311.)

Pensamientos del Nazianceno y de Pascal.

Cæterum ducem potius fidem, quam rationem sequamur, si modo ingenii tui imbecillitatem in propinquiorebus didicisti, rationisque id esse cognovisti, ut quænant sin ea, quæ rationis humanæ captum excedant, cognoscas: ne alioqui prorsus terrenus sis, rebusque terrenis immersus, ipsam quoque ignorantiam tuam ignorans. (S. Greg. Nazianc., orat. XXXIV, tom. I, fol. 493.)

LECCION XXII.

Pensamientos y expresion.

Talis doctor... in ipso etiam sermone malit rebus placere quam verbis; nec æstimet dici melius, nisi quod dicitur verius; nec doctor verbis serviat, sed verba doctori... Verbis enim contendere, est non curare quomodo error veritate vincatur, sed quomodo tua dictio dictioni præferatur alterius. (S. Aug.: *De Doctr. christ.*, lib. IV, cap. XXVIII, tom. III, fol. 119.)

El pasaje de San Agustín sobre la excelencia de la

palabra que mencionamos en la pág. 114, está tomado del libro II *De la Doctrina cristiana*, y le hemos copiado en la lección I de esta segunda parte, pág. 184.

Estilo: San Agustín y San Basilio.

Stylus ferreus alia parte qua scribamur, alia qua deleamus, affabre factus est, et in suo genere pulcher, et ad usum nostrum accommodatus. At si quisquam ea parte scribere qua deletur, et ea velit delere qua scribitur, nullo modo stylum malum fecerit, cum ipsam factum jure vituperetur: quod si corrigat, ubi erit malum? (S. Aug.: *De vera Relig.*, cap. xx, tom. III, fol. 138.)

Stylus ejus (S. Cypriani) habet quamdam propriam faciem, qua possit agnosci. (S. Aug.: *Epist.* XCIII, n. 39, tom. II, fol. 340.)

Fieri enim non potest, nisi aliter atque aliter afficiant loquutum atque dicturum, ut sermo qui profertur, affectionis animi à quo profertur, quendam quasi vultum gerat. (S. Aug.: *De Catechiz. rudibus*, cap. xv, tom. VI, fol. 328.)

Verum illud malueram tuis nosse rescriptis, utrum mihi veniam quam poposceram dederis: quod apertius mihi intimari cupio; quamvis hilarior quidam vultus litterarum tuarum, etiam hoc me impetrasse, significare videatur. (S. Aug.: *Hieronymo*, *Epist.* LXXXII, n. 1, tom. II, fol. 276.)

Agnovi epistolam tuam, velut qui amicorum liberos ex apparente in ipsis similitudine cum parentibus cognoscunt. (S. Basilius, *Gregorio*, *Epist.* II, tom. III, fol. 70.)

Imagines veræ animorum sunt sermones. Cognovimus itaque ex litteris. (S. Basil., *Maximo*, *Epist.* X, tom. III, fol. 90.)

Nam aquarum ribulus fontem suum indicat: sermonis autem natura pectus, unde emanavit, depingit ac de signat. (S. Bas.: *Epist.* CXXXIV, tom. III, fol. 225.)

Vidi tuum animum in litteris. Nam revera pictor nullus tam accurate corporis effigiem assequi potest, quam oratio mentis arcana exprimere. Nam et morum gravitatem, et honoris veritatem, et animi in omnibus sinceritatem apte nobis effinxit litterarum sermo. (S. Bas.: *Jovino*, *comiti*, *Epist.* CLXIII, tom. III, fol. 253.)

Plus enim quam gemini facti sumus, iis quæ à te scripta sunt perfruentes. Erat enim revera et tuam ipsius

intueri animam, velut in speculo quodam, ita in sermone relucentem. (S. Bas.: *Ascholio*, *Episcopo*, *Epist.* CLXY, tom. III, fol. 255.)

El religioso silencio con que se oye al predicador es, segun San Agustín, una razon de más para que aquél se exprese con claridad.

Véase el cap. x, lib. IV *de la Doctrina Cristiana*, del que hemos copiado algunas líneas en la lección XIII de esta segunda parte, pág. 256.

Claridad: San Agustín, su doctrina y ejemplo.

Censuró Cresconio á San Agustín porque llamaba donatistas y no donacianos á los partidarios de Donato: repuso el Santo que la costumbre, que es la ley en la materia, era llamarles donatistas, denominacion clara é inteligible. Burlóse luego con mucha finura de que Cresconio en cuestiones tan graves se detuviera en la declinacion de un nombre cuyo significado carecia de toda ambigüedad; y recuerda la respuesta de Demóstenes á Esquines, cuando, habiéndole hecho éste algunos reparos sobre la pureza de su lenguaje, contestó aquel que los intereses vitales de la Grecia no dependian del acertado ó errado uso de una que otra palabra. Permítasenos con este motivo copiar una ironía, cuya finura y delicadeza no conocerá quien no tenga presente que Cresconio, para eludir el entrar en discusion con San Agustín, habia pretextado que la destreza con que el Santo Doctor manejaba la dialéctica y la elocuencia podria envolver á los sostenedores de una buena causa.

«Sed ego ea in re, in qua nihil causæ nostræ minuitur, me facillimum præbeo, et quando tecum ago, jam donatianos voco; quando autem cum aliis, consuetudinem potius sequor, quæ his sonis jure dominatur: tu tantum memento, me, cui tantam tribuisti eloquentiam, nondum nosse nomina declinare, et nuntia vestris securitatem, ne jam timeant tanquam dialecticum, cui vides adhuc necessarium esse grammaticum. (Contra Crescon., *grammat.*, lib. II, tom. IX, fol. 468.)

Hemos dicho que San Agustín, á pesar de ser tan buen literato y humanista, quiere que el orador cristiano,

á trueque de ser claro, falte, si no lo puede evitar, á las reglas de la gramática, é invente términos nuevos, especialmente si derivan de los ya usados; y hemos añadido que el Santo Doctor puso en práctica esta doctrina en muchas ocasiones. Los pasajes que indicamos á continuación comprueban cuanto hemos asentado, y su lectura será muy agradable á los jóvenes.

De Doct. christ., lib. II, cap. XIII, tom. III, fol. 44.—Lec. III, cap. III, fol. 67.—Lec. IV, capítulos VIII, IX y X, fol. 98.—*De Gen.*, cont. Manic., lib. I, cap. I, tom. III, folio 173.—Enarrat. in Psalm. xxxvi, serm. III, tom. IV, fol. 386.—In Psalm. L, n. 19, fol. 597.—In Psalm. cxxxviii, fol. 1796.—Serm. XXXVII, n. 14, tom. V, fol. 228.—Serm. CCXCIX, n. 6, fol. 1371.

La solícitud con que San Agustín procuraba que sus oyentes le entendiesen, se ve en las palabras con que hemos concluido la lección XVII (pág. 83), tomadas del tratado XXIX sobre el Evangelio de San Juan, tom. III, fol. 1629.

San Basilio observa también que debe preferirse la claridad á la sonoridad de las palabras y á la elegancia de la frase. (In *Hexameron.*, hom. IV, n. 2, tom. I, folio 51.)

Caridad de San Agustín.

Dico vobis, libero animam meam. In magno enim sum, non periculo, sed exitio constitutus, si tacuero. Sed cum ego dixeró, et implevero officium meum, vos jam attendite periculum vestrum. Quid autem volo? Quid desidero? Quid cupio? Quare loquor? Quare hic sedeo? Quare vivo? Nisi hac intentione, ut cum Christo simul vivamus? Cupiditas mea ista est, honor meus iste est, gloria mea ista est, gaudium meum hoc est, possessio mea ista est. Sed si non me audieritis, et tamen ego non tacuero, animam meam liberabo. Sed nolo salvus esse sine vobis. (S. Aug., serm. XVII, tom. V, fol. 125.)

Quando facimus ista cum gaudio? Quando videmus homines proficere in verbis Dei. Quando laborat cum gaudio operarius in agro? Quando attendit arborem, et fructum videt; quando attendit segetem, et frugum in area prospicit ubertatem: non sine causa laboravit, non sine causa dorsum curvavit, non sine causa manus attrivit, non sine causa frigus et æstum toleravit. Hoc est,

quod ait, *Ut cum gaudio hoc faciant, et non cum tristitia; non enim expedit vobis.* Numquid dixit: «Non illis expedit,» non; sed dixit: *Non expedit vobis.* Nam illi præpositi quando contristantur de malis vestris, expedit illis; ipsa tristitia prodest illis: sed non expedit vobis. Nihil autem nobis volumus expedire, quod non expedit vobis. Simul ergo in Dominico agro, fratres, bonum operemur; ut simul de mercede gaudeamus. (S. Aug., serm. LXXXII, tomo V, fol. 513.)

Unde admonemus charitatem vestram, et vos exhortamur in Domino, præsentia contemnatis, fratres mei, quæ non vobiscum moriendo portatis: caveatis peccata, caveatis iniquitates, caveatis sæculares cupiditates. Tunc enim est fructus noster, in nobis integer, et merces nostra apud Dominum plena gaudiorum. Nam etsi dicimus quod dicendum est, etsi prædicamus quod prædicandum est, et solvimus nos apud Dominum in conspectu Domini, quia non tacuimus quod timemus, non tacuimus quod amamus, ut super quem venerit gladius vindictæ dominicæ, quid speculatori imputet non inveniatur; tamen nolimus mercedem nostram securam esse vobis perditis, sed vobis inventis. (S. Aug., serm. CCCLIX, tom. V, folio 1597.)

En el lenguaje del pueblo cristiano hay un gran fondo de sabiduría.

Ipsa lingua popularis, plerumque est doctrina salutaris. (S. Aug., in Psalm. xxxii, enarratio II, n. 4, tom. IV, fol. 279.)

Sed in eisdem tribus libris meis, non mihi placet toties me appellasse fortunam (lib. I, cap. I, nn. 1 et 7); quamvis non aliquam deam voluerim hoc nomine intelligi, sed fortuitum rerum eventum, vel in corporis nostri, vel in externis bonis aut malis. Unde et illa verba sunt, quæ nulla religio dicere prohibet, forte, forsitan, forsitam, fortasse, fortuito: quod tamen totum ad divinam revocandum est providentiam. Hoc etiam ibi non tacui, dicens: *Etenim fortasse, quæ vulgo fortuna nominatur, occulto quodam ordine regitur; nihilque aliud in rebus casum vocamus, nisi cujus ratio et causa secreta est.* Dixi quidem hoc, verumtamen poenitet me sic illic nominasse fortunam, cum videam homines habere in pes-

sima consuetudine, ubi dici debet: «Hoc Deus voluit,» dicere: «Hoc voluit fortuna.» (S. Aug.: *Retract.*, lib. 1, cap. 1, tom. 1, fol. 585.)

Gramática.—San Agustín.

Atqui scias velim totam illam scientiam, quæ grammatica græce, latine autem litteratura nominatur, historiæ custodiam profiteri, vel solam, ut subtilior docet ratio; vel maxime, ut etiam pingua corda concedunt. Itaque, verbi gratia, cum dixeris, *cano*, vel in versu forte posueris, ita ut vel tu pronuntians producas hujus verbi syllabam primam, vel in versu eo loco ponas, ubi esse productam oportebat; reprehendet grammaticus, custos ille videlicet historiæ, nihil aliud asserens cur hunc corripere oporteat, nisi quod hi qui ante nos fuerunt, et quorum libri extant tractanturque à grammaticis, ea correpta, non producta usi fuerint. Quare hic quidquid valet, auctoritas valet. (S. Aug.: *De musica*, lib. 2, cap. 1, tom. 1, fol. 1099.)

Quod vero ex illis ad id quod quærimus opus est, ne te, quæso, mater, hæc velut rerum immensa quædam silva deterreat. Etenim quædam de omnibus eligentur numero paucissima, vi potentissima, cognitione autem multis quidem ardua; tibi tamen, cujus ingenium quotidie mihi novum est, et cujus animum vel ætate vel admirabili temperantia remotissimum ab omnibus nugis, et à magna labe corporis emergentem, in se multum surrexisse cognosco, tam erunt facilia quam difficilia tardissimis miserrimeque viventibus. Si enim dicam te facile ad eum sermonem perventuram, qui locutionis et linguæ vitio careat, profecto mentiar. Me enim ipsum, cui magna necessitas fuit ista perdiscere, adhuc in multis verborum sonis Itali exagitant; et à me vicissim, quod ad ipsum sonum attinet, reprehenduntur. Aliud est enim esse arte, aliud gente securum. Solæcismos autem quos dicimus, fortasse quisque doctus, diligenter attendens in oratione mea reperiet; non enim defuit qui mihi nonnulla hujusmodi vitia ipsum Ciceronem fecisse peritissime persuaserit. Barbarismorum autem genus nostris temporibus tale compertum est, ut et ipsa ejus oratio barbara videatur, qua Roma servata est. Sed tu, contemptis istis vel puerilibus rebus, vel ad te non pertinentibus, ita grammaticæ pene divinam vim naturamque cognoscis,

ut ejus animam tenuisse, corpus reliquisse disertis videaris. (S. Aug.: *De ordine*, lib. 2, cap. xvii, tom. 1, fol. 1015.)

Sed earum solum de grammatica librum absolvere potui, quem postea de armario nostro perdi. Est autem grammatica vocis articulatae custos et moderatrix disciplina. (S. Aug.: *Retract.*, lib. 1, cap. vi, tom. 1, fol. 591.—*Soliloquiorum*, lib. 2, cap. xi, tom. 1, fol. 894.)

Puede consultarse varios pasajes de los libros de la *Doctrina cristiana*; por ejemplo, el cap. xiii del lib. 2, tom. 3, fol. 44.

Perífrasis.

Sócrates y Casiodoro se expresaron de una manera muy diferente que San Atanasio y el Nazianceno al referir la muerte de Arrio. Sócrates: *Hist.*, lib. 1, cap. xxv, Colonia 1570.—Casiodoro: *Hist. tripart.*, lib. 3, cap. x, tom. 1, fol. 242.—San Atanasio, carta a los obispos de Egipto, etc., n. 19, tom. 1, fol. 289.—San Gregorio Nazianceno, discurso XXI, tom. 1, fol. 343, y discurso XXVII, fol. 409.

Laconismo.

Explica en qué consiste San Gregorio Nazianceno en una carta tan corta como bella, escrita á Nicóbulu, tom. 1, fol. 717.

Paréntesis.

At ò Pascha, magnum inquam et sacrum Pascha, totiusque mundi piaculum (te enim quasi vita præditum alloquar) ò Verbum Dei, et lux, et vita, et sapientia, et potentia (omnibus enim nominibus tui oblector.) O magnæ illius mentis soboles, et progressio, ac signaculum! ò Verbum intellectile, et homo aspectabilis, qui omnia potentiaæ tuæ verbo devincta portas, hanc velim orationem, non ut primitias, sed ut extremam fortasse oblationem nostram habeas, quam tibi duplici nomine offero, tum ut pro acceptis beneficiis tibi gratias agam, tum ut te supplicem rogem, ne ad sacras et necessarias curas, in quibus omnis vita nostra versata est, quidquam afflictionis adjicias: ac corporis in nos tyrannidem (quæ,

quanta sit, vides, Domine, quamque me curvet), vel sententiam tuam, siquidem à te purgemur, sistas atque comprimias. Quod si, qualem expetimus, vitæ finem nanciscamur, atque in cœlestia tabernacula recipiamur, illic quoque tibi fortasse super altari tuo sancto grata sacrificia offeremus, ò Pater, et Verbum, et Spiritus Sancte; quia tibi debetur omnis gloria, honor, et imperium, in sæcula sæculorum. Amen. (S. Greg. Nazianc., Orat. XLII, tom. I, fol. 618.)

Lo mismo puede observarse en la oracion XXXIV, fol. 473, y en otras muchas que no cito, porque à cada paso se encuentran en los escritos de este grande orador estos pequeños lunares.

Disyuncion y ayuntamiento.

Vincebant improbi, atque adversus Basilium exilium decernitur: nec quidquam eorum, quæ ad eam rem attingebant, desiderabatur. Nox aderat, in promptu currus, in plausu hostes, in luctu pii: nos parati atque alacris viatoris latus cingebamus: nihil denique, quod ad præclaram ignominiam spectaret, requirebatur. Sed quid accidit? Exsili decretum Deus rescindit. (S. Greg. Nazianc.: Orat. XX, tom. I, fol. 317.)

Quid est enim aliud quod per Prophetam dixit: *Ero illorum Deus, et ipsi erunt mihi plebs*; nisi: Ego ero unde satientur, ego ero quæcumque ab hominibus honeste desiderantur, et vita, et salus, et victus, et copia, et gloria, et honor, et pax, et omnia bona? Sic enim et illud recte intelligitur, quod ait Apostolus, *ut sic Deus omnia in omnibus*. Ipse finis erit desideriorum nostrorum, qui sine fine videbitur, sine fastidio amabitur, sine fatigatione laudabitur. Hoc munus, hic affectus, hic actus profecto erit omnibus, sicut ipsa vita æterna, communis. (S. Aug.: *De Civit. Dei*, lib. xxii, cap. xxx, n. 1, tom. vii, fol. 801.)

En el n. 16 del cap. iv de la carta CXXXVII de San Agustin, tom. vi, fol. 523, hay bellos modelos de DISYUNCION.

Utilidad de la lectura de buenos modelos y del estudio de la gramática.

Si autem ipsius linguæ nostræ aliqua verba locutionesque ignoramus, legendi consuetudine audiendique in-

notescunt. Nulla sane sunt magis mandata memoria, quam illa verborum loquutionumque genera quæ ignoramus; ut cum vel peritior occurrerit de quo quæri possint, vel talis lectio quæ vel ex præcedentibus, vel consequentibus, vel utrisque ostendat quam vim habeat, quidve significet quod ignoramus, facile adjuvante memoria possimus advertere et discere. (S. Aug.: *De Doctr. christ.*, lib. II, cap. xiv, tom. III, fol. 45.)

El Santo Doctor observa la importancia de la gramática en el lib. II del *Orden*, cap. XI, fol. 1011: reconoce en este arte una fuerza casi divina en el cap. XVII, folio 1016.

Más adelante, en la leccion XXVIII, copiaremos algunos pasajes de San Agustin, en los que se recomienda el estudio de buenos modelos.

El conocimiento del lenguaje figurado es útil y aun necesario para la inteligencia de la Sagrada Escritura.

Sciant autem litterati, modis omnibus locutionis, quos grammatici græco nomine tropos vocant, auctores nostros usos fuisse, et multiplicius atque copiosius, quam possunt existimare vel credere qui nesciunt eos, et in aliis ista didicerunt. Quos tamen tropos qui noverunt, agnoscunt in Litteris sanctis, eorumque scientia ad eas intelligendas aliquantum adjuvantur. Sed hic eos ignavis tradere non decet, ne artem grammaticam docere videamur. Extra sane ut discantur admoneo, quamvis jam superius id admonuerint, id est, in secundo libro, ubi de linguarum necessaria cognitione disserui... Istorum autem troporum non solum exempla, sicut omnium, sed quorundam etiam nomina in divinis Libris leguntur, sicut allegoria, ænigma, parabola. Quamvis pene omnes ii tropi, qui liberali dicuntur arte cognosci, etiam in eorum reperiantur loquelis, qui nullos grammaticos audierunt, et eo quo vulgus utitur, sermone contenti sunt. Quis enim non dicit, sic floreas? qui tropus metaphora vocatur. Quis non dicit piscinam etiam quæ non habet pisces, nec facta est propter pisces, et tamen à piscibus nomen accepit? qui tropus catachresis dicitur.

Longum est isto modo cæteros persequi: nam usque ad illos pervenit vulgi locutio, qui propterea mirabiliores sunt, quia contra quam dicitur significant, sicuti est quæ appellatur ironia vel antifrasis. Sed ironia pronuntia-

tione indicat quid velit intelligi, uti cum dicimus homini mala facienti. Res bonas facis: antifrasis vero ut contraria significet, non voce pronuntiantis efficitur, sed aut verba habet sua, quorum origo è contrario est, sicut appellatur lucus, quod minime luceat; aut consuevit aliquid ita dici, quam vis dicatur etiam non è contrario, veluti cum quærimus accipere quod ibi non est, et respondetur nobis, Abundat; aut adjunctis verbis facimus ut à contrario intelligatur quod loquimur, veluti si dicamus. Cave illum, quia bonus homo est. Et quis talia non dicit indoctus, nec omnino sciens qui sint, vel quid vocentur hi tropi? Quorum cognitio propterea Scripturarum ambiguitatibus dissolvendis est necessaria, quia cum sensus, ad proprietatem verborum si accipitur, absurdus est, quærendum est utique ne forte illo vel illo tropo dictum sit quod non intelligimus; et sic pleraque inveniuntur quæ latebant. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. III, capítulo XXIX, tom. III, fol. 80.)

Nam ubicumque velut aliud dicitur ut aliud intelligatur, etsi non enim ipsius tropi in loquendi arte non invenitur, tropica locutio est. Quæ cum fit ubi fieri solet; sine labore sequitur intellectus; cum vero ubi non solet; laboratur ut intelligatur, ab aliis magis, ab aliis minus, sicut magis minusve dona Dei sunt in ingeniis hominum, vel adjutoria tribuuntur. Proinde sicut in verbis propriis, de quibus superius disputavimus, ubi res ut dicuntur intelligendæ sunt; sic in translatis quæ faciunt tropicas locutiones, ubi aliud ex alio intelligendum est, de quibus hucusque quantum visum est, satis egimus: non solum admonendi sunt studiosi venerabilium Litterarum, ut in Scripturis Sanctis genera locutionum sciunt, et quomodo apud eas aliquid dici soleat vigilanter advertant, memoriterque retineant; verum etiam, quod est præcipuum et maxime necessarium, orent ut intelligant. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. III, cap. xxxvii, n. 56, tomo III, fol. 88.)

El Santo Doctor se ocupa frecuentísimamente en la explicacion del lenguaje figurado, en sus libros *De la Doctrina cristiana*; el III está casi exclusivamente consagrado á esta materia; véanse con especialidad los pasajes siguientes: lib. II, cap. X, tom. III, fol. 42.—Capítulo XVI, fol. 46.—Lib. III, cap. V, fol. 68.—Cap. X, n. 14, fol. 71.—Cap. XV, n. 23, fol. 74.—Capítulos XXIV y XXV, fol. 78.

En el libro IV analiza como buen maestro muchos pasajes de la Sagrada Escritura, y observa con este motivo varias locuciones figuradas y trópicas. Puede consultarse también el n. 24 del cap. X, del libro *Contra mendacium*, donde el Santo Doctor hace mencion de muchas figuras retóricas. (Tom. VI, fol. 532.)

In Heptateuchum libri septem. (S. Aug.: tom. III, folio 485.) En estos libros, como hemos dicho, observa el Santo Doctor muchas locuciones figuradas.

Lenguaje natural, figurado y trópico.

Propria dicuntur cum his rebus significandis adhibentur, propter quas sunt instituta... Translata sunt, cum et ipsæ res quas propriis verbis significamus, ad aliud aliquid significandum usurpantur. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. II, cap. X, tom. III, fol. 42.)

Jacob erat non fictus; sed vafurum et malignum vicit Esau. *Nam in pravam et malignam animam non intrabit sapientia. Omnis amaritudo tollatur à vobis*: ne maneant quidem reliquiæ. Nam si hoc motum fuerit, solet ut ab aliqua scintilla integrum intus excitare rogam. (S. Joan. Chrys.: in Epist. ad Ephes., hom. XV, n. 2, tom. XI, folio 112.)

Magna præcavisti, de minutis, quid agis? An non times minuta? Projecisti molem, vide ne arena obruaris. (S. Aug., Enarrat. in psalm. xxxix, n. 22, tom. IV, folio 448.)—Ista omnia si colligantur contra nos, num iteo non premunt, quia minuta sunt? Quid interest, utrum te plumbum premat an arena? Plumbum una massa est, arena minuta grana sunt, sed copia te premunt. Minuta sunt peccata: non vides de guttis minutis flumina impleri, et fundos trahi? Minuta sunt, sed multa sunt. (S. Aug.: serm. LVI, cap. IX, tom. X, fol. 383.—La misma idea expresa el Santo en el cap. XI del sermón IX, fol. 88.)

LECCION XXIV.

De la descripcion.

Legi orationem tuam, ò sapientissime, et valde admiratus sum. O musæ, et litteræ, et Athenæ, qualia largimini vestris amatoribus! Quales fructus fuerunt, qui per

tione indicat quid velit intelligi, uti cum dicimus homini mala facienti. Res bonas facis: antifrasis vero ut contraria significet, non voce pronuntiantis efficitur, sed aut verba habet sua, quorum origo è contrario est, sicut appellatur lucus, quod minime luceat; aut consuevit aliquid ita dici, quam vis dicatur etiam non è contrario, veluti cum quærimus accipere quod ibi non est, et responderetur nobis, Abundat; aut adjunctis verbis facimus ut à contrario intelligatur quod loquimur, veluti si dicamus. Cave illum, quia bonus homo est. Et quis talia non dicit indoctus, nec omnino sciens qui sint, vel quid vocentur hi tropi? Quorum cognitio propterea Scripturarum ambiguitatibus dissolvendis est necessaria, quia cum sensus, ad proprietatem verborum si accipitur, absurdus est, quærendum est utique ne forte illo vel illo tropo dictum sit quod non intelligimus; et sic pleraque inveniuntur quæ latebant. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. III, capítulo XXIX, tom. III, fol. 80.)

Nam ubicumque velut aliud dicitur ut aliud intelligatur, etsi non enim ipsius tropi in loquendi arte non inveniuntur, tropica locutio est. Quæ cum fit ubi fieri solet; sine labore sequitur intellectus; cum vero ubi non solet; laboratur ut intelligatur, ab aliis magis, ab aliis minus, sicut magis minusve dona Dei sunt in ingeniis hominum, vel adjutoria tribuuntur. Proinde sicut in verbis propriis, de quibus superius disputavimus, ubi res ut dicuntur intelligendæ sunt; sic in translatis quæ faciunt tropicas locutiones, ubi aliud ex alio intelligendum est, de quibus hucusque quantum visum est, satis egimus: non solum admonendi sunt studiosi venerabilium Litterarum, ut in Scripturis Sanctis genera locutionum sciunt, et quomodo apud eas aliquid dici soleat vigilanter advertant, memoriterque retineant; verum etiam, quod est præcipuum et maxime necessarium, orent ut intelligant. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. III, cap. xxxvii, n. 56, tomo III, fol. 88.)

El Santo Doctor se ocupa frecuentísimamente en la explicacion del lenguaje figurado, en sus libros *De la Doctrina cristiana*; el III está casi exclusivamente consagrado á esta materia; véanse con especialidad los pasajes siguientes: lib. II, cap. X, tom. III, fol. 42.—Capítulo XVI, fol. 46.—Lib. III, cap. V, fol. 68.—Cap. X, n. 14, fol. 71.—Cap. XV, n. 23, fol. 74.—Capítulos XXIV y XXV, fol. 78.

En el libro IV analiza como buen maestro muchos pasajes de la Sagrada Escritura, y observa con este motivo varias locuciones figuradas y trópicas. Puede consultarse también el n. 24 del cap. X, del libro *Contra mendacium*, donde el Santo Doctor hace mencion de muchas figuras retóricas. (Tom. VI, fol. 532.)

In Heptateuchum libri septem. (S. Aug.: tom. III, folio 485.) En estos libros, como hemos dicho, observa el Santo Doctor muchas locuciones figuradas.

Lenguaje natural, figurado y trópico.

Propria dicuntur cum his rebus significandis adhibentur, propter quas sunt instituta... Translata sunt, cum et ipsæ res quas propriis verbis significamus, ad aliud aliquid significandum usurpantur. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. II, cap. X, tom. III, fol. 42.)

Jacob erat non fictus; sed vafurum et malignum vicit Esau. *Nam in pravam et malignam animam non intrabit sapientia. Omnis amaritudo tollatur à vobis*: ne maneant quidem reliquiæ. Nam si hoc motum fuerit, solet ut ab aliqua scintilla integrum intus excitare rogam. (S. Joan. Chrys.: in Epist. ad Ephes., hom. XV, n. 2, tom. XI, folio 112.)

Magna præcavisti, de minutis, quid agis? An non times minuta? Projecisti molem, vide ne arena obruaris. (S. Aug., Enarrat. in psalm. xxxix, n. 22, tom. IV, folio 448.)—Ista omnia si colligantur contra nos, num iteo non premunt, quia minuta sunt? Quid interest, utrum te plumbum premat an arena? Plumbum una massa est, arena minuta grana sunt, sed copia te premunt. Minuta sunt peccata: non vides de guttis minutis flumina impleri, et fundos trahi? Minuta sunt, sed multa sunt. (S. Aug.: serm. LVI, cap. IX, tom. X, fol. 383.—La misma idea expresa el Santo en el cap. XI del sermón IX, fol. 88.)

LECCION XXIV.

De la descripción.

Legi orationem tuam, ò sapientissime, et valde admiratus sum. O musæ, et litteræ, et Athenæ, qualia largimini vestris amatoribus! Quales fructus fuerunt, qui per

breve quoddam tempus vobiscum versantur! O fontem large se effudentem, quales præstitit haurientes! Ipsum enim morosum videbar mihi videre in oratione cum garula muliercula versantem. Vivum enim et animatum sermonem scripsit in terra Libanius, qui solus verbis animam largitus es. (S. Basil.: Epist. CCCLIII, tom. III, folio 461.)

Descripciones.

No podemos copiar: nos lo impiden los límites de este trabajo: las descripciones que vamos a citar son bellas, y algunas pueden competir con las más notables que se leen en los escritores, tanto antiguos como modernos.

Descripcion del lugar campestre á donde se habia retirado San Basilio. San Basil., Epist. XIV, Gregorio sodali, tom. III, fol. 93.—De la vida pastoril. S. Greg. Nazianc., orat. I, tom. I, fol. 5.—S. Basil., hom. XXXII, in S. Martyrem Mamantem, n. 3, tom. II, fol. 156.—Del mar tranquilo. San Basil.: *In Hexæm.*, hom. IV, n. 6, tom. I, folio 38.—Del sueño. Lactanc., *De opificio Dei*, cap. XVIII, tom. II, fol. 120.—De la amistad. S. Greg. Naz., orat. XX, tom. I, fol. 298.—Del estado físico y moral del mundo en tiempo de San Cipriano: el mismo «ad Demetrianum» fol. 505.—De una ciudad afligida por las calamidades de la sequedad y del hambre. S. Basil., en su homilía «dicta tempore famis et siccitatis» tom. II, fol. 62.—De una ciudad consternada. San Juan Crisóstomo, en varios pasajes de sus homilías llamadas *de statuis*, predicadas al pueblo de Antioquia, con especialidad en la homilía II, tom. II, fol. 20.—Y en la XXI, fol. 213.—Del colérico. S. Basil., hom. «adversus eos qui irascuntur» n. 2, tom. II, fol. 84.—Del ébrio. S. Basil., hom. «in ebriosos» n. 7, tom. II, fol. 128.—Del dolor de Abraham. S. Ambr., *De Abraham*, lib. I, cap. VIII, tom. I, fol. 234.—Del hombre elevado y Dios en la meditacion. S. Greg. Nazianc., orat. I, tom. I, fol. 4.

Ac quemadmodum equus præcipitium et præruptum transilire parans, conatum intendit ut transeat, ut vero profunditatem intuetur, obstupescit, contrahiturque: hinc ubi videt equitem acrius instare, rursus tentat, id ipsumque quod antea, patitur, necessitatem vimque sibi illatam ostendens, stat diu hinniens ad oram prærupti,

ut sibi animos faciens, demum transilire audeat, etc... (S. Joann. Chrys., hom. in hoc Apostoli, etc. «Utinam sustineretis» etc., n. 4; tom. III, fol. 294.)

Se describe la actitud de un amannense impaciente.

...Verum accito notario: aut statim dicto quodquumque in buccam venerit; aut si paululum voluero cogitare, melius aliquid prolaturus, tunc me tacitus ille reprehendit; manum contrahit; frontem rugat; et se frustra adesse toto gestu corporis contestatur. (S. Hieron., Comment., Epist. ad Galat., cap. v, tom. IV, fol. 289.)

Retratos característicos.

De Osio, por San Atanasio, «Apología de fuga sua» n. 5, tom. I, fol. 322.—Del Nazianceno, por San Basilio, Epist. XCVIII Eusebio Episc., n. 2, tom. III, fol. 192.—De Melecio de Antioquia, por el Nazianceno, en el poema de su vida, tom. II, fol. 19.—De Fausto Maniqueo, por San Agustin, «contra Faustum» lib. I, cap. I, tom. VIII, fol. 207.

Hipérbole.

La define San Agustin en el cap. XXI del lib. XVI, de la *Ciudad de Dios*, tom. VII, fol. 499, y en el cap. III, n. 10, del lib. V, contra Juliano, pelagiano, tom. X, fol. 788.

La hipérbole de San Agustin que hemos citado en la pág. 136 se lee en el sermón XXXIX, tom. V, fol. 243, y la de San Jerónimo, en su libro *Adversus Luciferianos*, tom. IV, fol. 300.

Sobre estas palabras de San Pablo, «sicut ante dixi, et rursus nunc dico» dice el Crisóstomo: «Ne putares ea verba ab ira profecta esse, aut per hyperbolem magnificentius quam pro re dicta, aut impetu cursuque sermonis raptim excidisse, repetit, eadem, in cap. I, Comment. in Epist. ad Galat., tom. X, fol. 670.»

San Agustin censura una hipérbole suya.

Mirabar enim cæteros mortales vivere, quia ille, quem quasi non moriturum dilexeram, mortuus erat; et

me magis, quia illi alter eram, vivere illo mortuo mirabar. Bene quidam dixit de amico suo: *Dimidium animæ meæ.* (Horat.: *Carm.*, lib. 1, ode 3.) Nam ego sensi animam meam et animam illius unam fuisse animam in duobus corporibus; et ideo mihi horrore erat vita, quia nolebam dimidius vivere, et ideo forte mori metuebam, ne totus ille moreretur quem multum amaveram. (*Confess.*, lib. iv, cap. vi, tom. 1, fol. 698.)

In cuarto libro, cum de amici morte animi mei miseriam confiterer, dicens quod anima nostra una quodammodo facta fuerat ex duabus, *et ideo; inquam, forte mori metuebam, ne totus ille moreretur, quem multum amaveram* (cap. vi): quæ mihi quasi declamatio levis, quam gravis confessio videtur, quamvis utcumque temperata sit hæc ineptia, in eo quò additum est, *forte.* (*Re tract.*, lib. ii, cap. vi, tom. 1, fol. 632.)

Antifrasís é ironía.

Explica San Agustín en qué consisten estas figuras, y en qué se diferencian una de otra, en el pasaje que hemos copiado en la lección precedente, pág. 317, el cual está tomado del cap. xxix del lib. iii de la *Doctrina cristiana.* En la pág. 311 hemos puesto una delicada ironía de San Agustín. Puede consultarse San Juan Crisóstomo, in Matth., hom. XXX, n. 3, tom. vii, fol. 351.—San Agustín, Epist. CXXXVIII, tom. ii, fol. 530.—De Gen. ad litt., lib. xi, cap. xxix, tom. iii, fol. 451.—In Joann., tract. CXIV, tom. iii, fol. 1936.

Sinédoque, Metonimia.

Véase el elocuente pasaje de San Jerónimo sobre el Conciliábulo de Rímíni, desde aquellas palabras: «His itaque gestis Concilium solvitur,» etc. (*Adversus Luciferianos*, tom. iv, fol. 300.—San Agustín: *Enchiridion*, capítulos xliii y xliii, tom. vi, fol. 253, y los siete libros *In Heptateuchum*, tom. iii, fol. 484.)

Metáfora.

La define San Agustín, y aduce de ella muchos ejemplos en el n. 24 del cap. x *Contra mendacium*, tom. vi, fol. 532.

Multæ enim animæ ex vi protrusionis et compressionis una cum eo excesserunt: quæ hujus finis nomine felices prædicatæ sunt, ut discessus ipsius sociæ, atque ut ferventiorum quisquam dixerit, funebres victimæ. (S. Greg. Nazianc., Orat. XX, tom. 1, fol. 336.)

Es bello el pasaje en que el Crisóstomo dice que la caridad es un puerto franco en el piélago de este mundo. *De Lazaro*, concio II, n. 5, tom. 1, fol. 734.

Semen est sanguis christianorum: (Tert.: Apología adv. Gent., cap. 1, fol. 81.) La misma metáfora, en estilo oratorio, leemos en San Juan Crisóstomo «In Juventium et Maximin., martyr,» n. 1, tom. ii, fol. 579, y en San Agustín, serm. XXII, tom. v, fol. 151.)

— ¡Cómo refleja la belleza del alma de San Agustín en la siguiente metáfora!

Loquor vobis, aliquando deceptus, cum primo puer ad divinas Scripturas ante vellem afferre acumen discutiendi, quam pietatem quærendi: ego ipse contra me perversis moribus clauderam januam Domini mei: cum pulsare deberem, ut aperiretur, addebam ut clauderetur. Superbus enim audebam quærere, quod nisi humilis non potest invenire. Quanto vos beatiore estis modo! Quam securi discitis, quam tuti, quicumque ad huc parvuli estis in nido fidei, et spiritualem escam accipitis! Ego autem miser, cum me ad volandum idoneum putarem, reliqui nidum; et prius cecidi, quam volarem. Sed Dominus misericors, me, à transeuntibus ne conculcarer et morerer, levavit, et in nido reposuit. (S. Aug., serm. LI, tom. v, fol. 336.)

Massillon, Flechier y Bossuet han sido muy elogiados por haber usado algunas metáforas cuya invención pertenece á los Santos Padres.

Massillon, citado en la pág. 128. «Ne dicta factis deficientibus, erubescant.» (Tert.: *De patientia*, cap. 1, folio 198.)—«Non confundant opera tua sermonem tuum: ne quum in Ecclesia loqueris, tacitus quilibet respondeat: Cur ergo hæc quæ dicis, ipse non facis?» (S. Hieron., Epist. XXXVI, ad Nepot., tom. iv, fol. 261.)

Flechier, citado en la pág. 129. San Ambrosio, hablando de la muerte de Eleázaro, dice: «Cujus ruina inclusus magis quam oppressus, suo est sepultus triumpho.» (*De officiis*, lib. 1, cap. xi, tom. iv, fol. 31.)

Bossuet, citado en la pág. 129. «Dicant si volunt, et grammatici, in te omnis domus inclinata recumbit.» (S. Hieron., Epist. V ad Heliod., tom. iv, fol. 7.—Numquid unumquemque vestrum hoc conturbat dum audit Petro restitisse Paulum: columnas scilicet Ecclesiae inter se collidi, atque in se invicem incurrere? Siquidem verae columnae sunt isti qui fidei tectum sustinent et gestant, etc. (S. J. Chrisost., in illud «in faciem Petro restiti.» n. 2, tom. iii, fol. 363.)

Flechier, citado en la pág. 131. San Pablo llama metafóricamente olor suavisimo á la virtud y al buen ejemplo. (II ad Corinth., cap. ii, vers. 14 y 16.)—San Juan Crisóstomo se sirve de esta metáfora en el núm. 3 de la homilía II sobre la carta I á Timoteo, tom. xi, fol. 559.—San Gregorio Magno usa la misma figura en el lib. xxxv, cap. xvii de sus *Morales*, tom. i, fol. 1164.—En su homilía VI sobre Ezequiel, n. 4, lib. i, tom. i, fol. 1214.—San Bernardo en sus sermones LXX y LXXI, in Cantica, tomo i, fols. 1510-1519.—San Agustín, serm. CCLXXIII, cap. v, tom. v, fol. 1250.

La alegoría que representa la vida del hombre como un viaje, y por la cual Maury tributa á Bossuet excesivos elogios, puede verse en Lactancio, cap. iii, lib. vi de sus *Instituciones*, tom. i, fol. 435; en San Juan Crisóstomo, in Lazarum, concio VII, n. 2, tom. i, fol. 792, y en su carta CV, dirigida á Calcidia, tom. iii, fol. 650. Pero los modelos que sin duda consultó el orador francés son los siguientes:

Beatus autem et ille qui in via peccatorum non stetit. Vita utique dicitur via, quod quilibet in vitam ingressus, ad finem propere. Quemadmodum enim qui in navigiis dormiunt, sponte à vento in portus deducuntur, et quamvis ipsi nequaquam sentiant, cursus tamen eos ad terminum urge: sic et nos diffuente vitae nostrae tempore, insensibili vitae nostrae cursu velut continuo quodam et irrequieto motu unusquisque ad proprium finem festinamus. Exempli causa, dormis, tempus te fugit: vigilas, et agitas aliquid mente: nihilominus tamen vita, etiamsi non sentiamus, absumitur. Omnes ergo ad propriam quisque metam properantes, cursum quemdam currimus, quamobrem sumus in via omnes. Hoc etiam modo viam intelligere possis. In hac vita viator es; omnia transeunt, post tergum tuum relinquuntur omnia. Plantam, herbam, aquam, aut quidvis aliud aspectu dignum in

via vidistis: paulum oblectatus, mox praeteris. Rursus in lapides, convalles, praecipitia, scopulos et palos, aut etiam in feras, in animalia repentina, in spinas, et in aliud quodvis infortunium incidistis: postquam es paululum afflictus, mox ista reliquisti. Vita est ejusmodi. Neque ejus deliciae neque molestiae constanter perseverant. Tua non es haec vita, neque tuae sunt res praesentes. Inter viatores, simul ut primus pedem movit, huic proximus infert gradum, et post hunc alter qui sequitur. (S. Basil.: hom. in psalm. i, n. 4, tom. i, fol. 94.)

Quare necessarium est et utile omnibus, fratres, nos more viatorum aut cursorum succinctos, et undelibet levitatem animabus nostris ad cursum hunc perficiendum conciliantes, ad vitae finem recta festinare. Nec quisquam fingere se nomina nova suspicetur, quod humanam vitam viam nunc vocavi; cum et David Propeta sic vitam nominaverit: qui nunc quidem alicubi ita dicit: *Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini*: nunc vero ad Dominum suum clamat: *Viam iniquitatis amove à me, et lege tua miserere mei*. Rursus alicubi Dei adversum eos qui sibi infesti erant, celerem opem collaudans et ad lyram hilare aptans, dicebat: *Et quis Deus praeter Deum nostrum. Deus qui praecingit me virtute, et posuit immaculatam viam meam*: ratus, nec immerito, vitam quam homines ubicumque terrarum degunt, sibi egregiam, sive pravam, ita esse appellandam. Quemadmodum enim qui aliquod iter haud remisse susceptum conficiunt, gressus pedum ad cursum peragendum certatim ulterius promoventes, jugiterque gressum humi prius fixum veloci alterius translatione posteriorem reddentes, pertingunt facile ad vitae finem: ita qui in vitam à conditore introducti sunt, statim in ipso initio particulas temporis ingredientibus, ac priorem semper posteriorem relinquentes, ad vitae terminum perveniunt. Annon etiam praesens vita vobis videtur continua quaedam et porrecta via esse, et iter aetatibus quasi quibusdam mansionibus interstinctum: quod ut projectionis initium partum maternum unicuique exhibet, ita cursus finem tentoria sepulchrorum ostendit. Atque huc omnes conducit, alios citius, serius alios, et hos quidem per omnia temporis intervalla profectos, illos vero ne in primis quidem vitae stationibus commoratos. Et alias quidem vias quae ex urbe ad urbem ducunt, licet declinare, et per eas non proficisci, si quis

ita volet: hæc vero, etiamsi nos differre cursum volueribus, eos qui in se incedunt viatores violenter apprehensos ad destinatam à Domino metam trahit. Nec fieri potest, dilectissimi, ut is qui semel extra portam ad hanc vitam deducentem egressus est, idque iter inivit, non etiam ad illius terminum perveniat: sed unusquisque nostrum ubi è materno sinu exivit, statim temporis fluente illigatus rapitur, semper à tergo diem quam vixit relinquens, nec unquam ad hesternam, etiamsi velit, reverti valens. Nos autem lætamur cum progredimur ulterius, et permutata ætate quasi non nihil acquirentes, gaudemus; ac beatum quidam ducimus, cum quis ex puero vir, et ex viro senex factus est. Sed fugit nos tantum vitæ spatium à nobis amitti, quantum viximus, sicque inscientibus nobis vita absumitur, quamquam semper ipsam ex eo quod ante actum est, quodque jam præterfluxit, metiamur: neque cogitamus quam incertum sit, quantum nobis temporis ad hunc cursum impertire velit qui nos ad hoc iter perficiendum misit, et quando cuique cursori sit introitus portas aperturus, et quod oporteat nos quotidie ad perfectionem hinc faciendam præparatos esse, et Domini nutum oculis fixis expectare. (S. Basil., hom. «Quod mundanis adhærendum non sit,» n. 2, tom. II, fol. 164.)

No dudamos que San Ambrosio tuvo á la vista estos pasajes, al servirse de la misma alegoría. (In psalm. I, Enarrat., n. 24, tom. III, fol. 18.)

LECCION XXV.

Admiracion, exclamacion, apóstrofes: estas figuras se usan á menudo simultáneamente y acompañadas de interjecciones.

Vox autem obsecrantis est, Hosanna, sicut nonnulli dicunt qui hebræam linguam noverunt, magis affectum indicans, quam rem aliquam significans: sicut sunt in lingua latina quas interjecciones vocant, velut cum dolentes dicimus, Heu! vel cum delectamur Vah! dicimus; vel cum miramur: dicimus: O rem magnam! tunc enim, O, nihil significat, nisi mirantis affectum. (S. Aug.: In Joann. Evang., tract. LI, tom. III, fol. 1764.)

Sunt enim quedam verba certarum linguarum, quæ in usum alterius linguæ per interpretationem transire

non possint. Et hoc maxime interjectionibus accidit, quæ verba motum animi significant potius, quam sententiæ conceptæ ullam particulam. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. II, cap. XI, tom. III, fol. 42.)

La exclamacion, admiracion y apóstrofe son figuras tan usadas y conocidas, que los ejemplos estarian demás: los jóvenes, sin embargo, los encontrarán en gran número y muy notables en el elocuentísimo discurso de San Gregorio Nazianceno, llamado comunmente *Primera invectiva contra Juliano*, Orat. III, tom. I, fol. 45.

Son notables el apóstrofe con que San Agustin se dirige al Señor: O Domine! etc. (Enarrat. in psalm. xcix, tom. IV, fol. 1275); y el que dirige á Nuestro Señor Jesucristo: «Exurge in adiutorium mihi, Domine Jesu;» y en seguida al Apóstol: «Dic nobis, Paule beatissime.» (Enarrat. in psalm. cxviii, serm. II, n. 2, fol. 1505.) Tambien es muy notable otro apóstrofe en el que San Juan Crisóstomo, dirigiéndose al Señor, «Quid hoc, ò bone Domine! hace y disuelve una objecion. (In illud «vidi Dominum,» hom. I, n. 6, tom. VI, fol. 104.) No podemos ménos de recomendar el elocuentísimo apóstrofe con que San Agustin se dirige á la Iglesia Católica, que principia así: «Merito, Ecclesia catholica Mater christianorum verissima,» etc. (*De moribus Eccles. cath.*, lib. I, cap. xxx, tom. I, fol. 1336.) Léase á la vez la aclaracion que hace el Santo, en el n. 5, cap. VII del lib. I de sus *Retractaciones*, tom. I, fol. 593.

Prosopopeya.

Para conocer la naturaleza de esta figura y el estado de ánimo que supone en el que la usa, puede verse lo que dicen: San Juan Crisóstomo, in psalm. XLVI, tom. V, fol. 187; y el precioso análisis que sobre aquellas palabras: «Mare vidit et fugit, Jordanis conversus est retrorsum,» hizo el mismo Santo Doctor, in psalm. xciii, tom. V, fol. 294. Tambien es muy interesante lo que el mismo Santo dijo al exponer el salmo cXLVIII, tom. V, fol. 489. Recomendamos igualmente el estudio de los pasajes de San Agustin, que se encuentran en su sermón sobre el salmo cXLVIII, tom. IV, fols. 1939 y 1946, y toda la bella exposicion del salm. cXLIV, fol. 1869.

La prosopopeya de que se sirve San Agustin para des-

ita volet: hæc vero, etiamsi nos differre cursum volueribus, eos qui in se incedunt viatores violenter apprehensos ad destinatam à Domino metam trahit. Nec fieri potest, dilectissimi, ut is qui semel extra portam ad hanc vitam deducens egressus est, idque iter inivit, non etiam ad illius terminum perveniat: sed unusquisque nostrum ubi è materno sinu exivit, statim temporis fluente illigatus rapitur, semper à tergo diem quam vixit relinquens, nec unquam ad hesternam, etiamsi velit, reverti valens. Nos autem lætamur cum progredimur ulterius, et permutata ætate quasi non nihil acquirentes, gaudemus; ac beatum quidam ducimus, cum quis ex puero vir, et ex viro senex factus est. Sed fugit nos tantum vitæ spatium à nobis amititi, quantum viximus, sicque inscientibus nobis vita absumitur, quamquam semper ipsam ex eo quod ante actum est, quodque jam præterfluxit, metiamur: neque cogitamus quam incertum sit, quantum nobis temporis ad hunc cursum impertire velit qui nos ad hoc iter perficiendum misit, et quando cuique cursori sit introitus portas aperturus, et quod oporteat nos quotidie ad perfectionem hinc faciendam præparatos esse, et Domini nutum oculis fixis expectare. (S. Basil., hom. «Quod mundanis adhærendum non sit,» n. 2, tom. II, fol. 164.)

No dudamos que San Ambrosio tuvo á la vista estos pasajes, al servirse de la misma alegoría. (In psalm. I, Enarrat., n. 24, tom. III, fol. 18.)

LECCION XXV.

Admiracion, exclamacion, apóstrofes: estas figuras se usan á menudo simultáneamente y acompañadas de interjecciones.

Vox autem obsecrantis est, Hosanna, sicut nonnulli dicunt qui hebræam linguam noverunt, magis affectum indicans, quam rem aliquam significans: sicut sunt in lingua latina quas interjecciones vocant, velut cum dolentes dicimus, Heu! vel cum delectamur Vah! dicimus; vel cum miramur: dicimus: O rem magnam! tunc enim, O, nihil significat, nisi mirantis affectum. (S. Aug.: In Joann. Evang., tract. LI, tom. III, fol. 1764.)

Sunt enim quedam verba certarum linguarum, quæ in usum alterius linguæ per interpretationem transire

non possint. Et hoc maxime interjectionibus accidit, quæ verba motum animi significant potius, quam sententiæ conceptæ ullam particulam. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. II, cap. XI, tom. III, fol. 42.)

La exclamacion, admiracion y apóstrofe son figuras tan usadas y conocidas, que los ejemplos estarian demás: los jóvenes, sin embargo, los encontrarán en gran número y muy notables en el elocuentísimo discurso de San Gregorio Nazianceno, llamado comunmente *Primera invectiva contra Juliano*, Orat. III, tom. I, fol. 45.

Son notables el apóstrofe con que San Agustin se dirige al Señor: O Domine! etc. (Enarrat. in psalm. xcix, tom. IV, fol. 1275); y el que dirige á Nuestro Señor Jesucristo: «Exurge in adiutorium mihi, Domine Jesu;» y en seguida al Apóstol: «Dic nobis, Paule beatissime.» (Enarrat. in psalm. cxviii, serm. II, n. 2, fol. 1505.) Tambien es muy notable otro apóstrofe en el que San Juan Crisóstomo, dirigiéndose al Señor, «Quid hoc, ò bone Domine! hace y disuelve una objecion. (In illud «vidi Dominum,» hom. I, n. 6, tom. VI, fol. 104.) No podemos ménos de recomendar el elocuentísimo apóstrofe con que San Agustin se dirige á la Iglesia Católica, que principia así: «Merito, Ecclesia catholica Mater christianorum verissima,» etc. (*De moribus Eccles. cath.*, lib. I, cap. xxx, tom. I, fol. 1336.) Léase á la vez la aclaracion que hace el Santo, en el n. 5, cap. VII del lib. I de sus *Retractaciones*, tom. I, fol. 593.

Prosopopeya.

Para conocer la naturaleza de esta figura y el estado de ánimo que supone en el que la usa, puede verse lo que dicen: San Juan Crisóstomo, in psalm. XLVI, tom. V, fol. 187; y el precioso análisis que sobre aquellas palabras: «Mare vidit et fugit, Jordanis conversus est retrorsum,» hizo el mismo Santo Doctor, in psalm. xciii, tom. V, fol. 294. Tambien es muy interesante lo que el mismo Santo dijo al exponer el salmo cXLVIII, tom. V, fol. 489. Recomendamos igualmente el estudio de los pasajes de San Agustin, que se encuentran en su sermón sobre el salmo cXLVIII, tom. IV, fols. 1939 y 1946, y toda la bella exposicion del salm. cXLIV, fol. 1869.

La prosopopeya de que se sirve San Agustin para des-

cribir la lucha interior de un pecador, principia con estas palabras: «Aliquando possident hominem duæ dominæ contrariæ, avaritia et luxuria.» (Serm. LXXXVI, tom. v, fol. 526.) Este pasaje tiene, entre otras bellezas, una enérgica y amorosa recomendacion: «Tædeat te oliber in libertatem vocate, tædeat te talium dominarum servitus.»

Retinebant nugæ nugarum, et vanitates vanitatum antiquæ amicæ meæ, et succutiebant vestem meam carneam, et submurmurabant. Dimittisne nos? Et à momento isto non erimus tecum ultra in æternum? Et à momento isto non tibi licebit hoc et illud ultra in æternum? Et quæ suggerebant in eo quod dixi: Hoc et illud? Quæ suggerabant, Deus meus? Avertat ab anima servi tui misericordia tua! Quas sordes suggerabant! Quæ dedecora! Et audiebam eas jam longe minus quam dimidius non tanquam libere contradicentes eundo in obviam, sed veluti à dorso mussitantes, et discedentem quasi furtim vellitantes, ut respicerem. Retardabant tamen cunctantem me abripere atque excutere ab eis et transilire quo vocabar, cum diceret mihi consuetudo violenta: Putasne sine istis poteris?

Sed jam tepidissime hoc dicebat. Aperiebatur enim ab ea parte qua intenderam faciem, et quo transire trepidabam, casta dignitas continentia, serena et non dissolute hilaris, honeste blandiens ut venirem neque dubitarem, et extendens ad me suscipiendum et amplectendum piæ manus plenas gregibus bonorum exemplorum. Ibi tot pueri et puellæ; ibi juvenus multa et omnis ætas, et graves viduæ, et virgenes anus: et in omnibus ipsa continentia nequaquam sterilis; sed fecunda mater filiorum gaudiorum de marito te, Domine. Et irridebat me irrisione hortatoria, quasi diceret: Tu non poteris quod isti, quod istæ? An vero isti et istæ in semetipsis possunt, ac non in Domino Deo suo? Dominus Deus eorum me dedit eis. Quid in te stas, et non stas? Projice te in eum; noli metuere, non se susbtraet ut cadas: projice te securus, expiciet et sanabit te. Et erubesceram nimis, quia illarum nugarum murmur adhuc audiebam, et cunctabundus pendebam. Et rursus illa, quasi diceret: obsurdesce adversus immunda illa membra tua super terram, ut mortificentur. Narrant tibi delectationes, sed non sicut lex Domini Dei tui (Psalm. cxviii, 85.) Ista controversia in corde meo, non nisi de meipso adversus meipsum. At Alypius affixus lateri meo inusitati motus mei exitum

tacitus opperiebatur. (S. August.: *Confes.*, lib. viii, capitulo xi, tom. i, fol. 761.)

El pasaje de San Jerónimo que contra ponemos á otro de Flechier en la página 131, le encontrarán nuestros lectores en la carta XXII del Santo Doctor, «ad Paulam, super obitu Blesillæ.» (Tom. iv, fol. 54.)

Optacion.

La mucha extension del pasaje siguiente nos impide copiarle integro:

«Quis mihi nunc dederit, ut corpus Pauli circumplectar, ut sepulcro hæream, ut pulverem videant corporis illius quæ Christo deerant adimplentis, stigmata illius gestantis, prædicationem ubique diseminantis? Pulverem, inquam, illius corporis, per quod ubique discurrebat? Pulverem corporis, per quod Christus loquebatur, et lux splendebat omni fugere clarior; et vox exsiliebat quovis tonitru dæmonibus terribilior, per quod beatum illud dictum emittebat: *Cupio anathema esse pro fratribus meis?* Per quod loquebatur coram regibus, nec erubescerat? Per quod Paulum didicimus, et Pauli Dominum...? Oris hujus pulverem videre vellem, quo magna et arcana Christus loquutus est, et majora quam per seipsum; ut enim majora per discipulos suos operatus est, ita et majora loquutus est: per quod spiritu mirabilia illa oracula orbi contulit. Quid enim non operatum est os illud eximium...? Nec oris tantum, sed etiam cordis illius pulverem videre vellem, quod si quis cor orbis fuisse dixerit non erraverit, nec si innumerorum fontem bonorum, ac principium et elementum vitæ nostræ dixerit. Nam spiritus vitæ inde in omnia effundebatur, ac membris Christi dabatur, non per arterias emissus, sed per bonorum propositum. Adeo latum cor illud erat, ut civitates integras, populos, et gentes caperet. Nam ait: *Cor meum dilatatum est.* Attamen tam latum cor aliquando cohibuit et strinxit amor, qui ipsum dilatabat. *Ex multa enim tribulatione et angustia cordis,* inquit, *hanc vobis scripsi.* Et dissolutum videre cuperem, quod ardeat erga singulos pereuntes, quod iterum parturiat abortivos filios, quod Deum videat; nam quid mundo corde sunt, inquit, Deum videbunt. Cor hostiam factum; sacrificium enim Deo est spiritus contritus... Vellem pulverem videre manuum carnis constrictarum, per quarum impositionem spiritus

dabatur, per quas hæ litteræ scriptæ sunt: *Videte*, inquit, *qualibus litteris scripsi vobis manu mea*; ac rursum, *Salutatio mea Pauli manu*. Manuum, inquam, illarum, quas videns vipera, in rogum cecidit. Vellem pulverem videre oculorum, probe excæcatorum, et postea rursus videntium ad salutem orbis; qui et Christum in corpore videre dignati sunt, qui terrena videbant, et non videbant, qui illa quæ non videntur videbant, qui somnum no noverant, qui mediis in noctibus vigilabant, qui non eadem quæ invidi patiebantur. Vellem quoque pulverem videre pedum illorum, qui orbem peragrantes non laborabant, qui in ligno vincti erant, quando carcerem concussit; qui terram habitata et inhabitata circuierunt, ac sæpe vias emetiebantur. Et quid opus est singula recensere? Vellem sepulcrum videre, ubi jacent arma justitiæ, arma lucis, membra nunc viventia, et mortua dum ille viveret, in quibus omnibus vivebat Christus, quæ crucifixa erant mundo, membra Christi, quæ Christum induebant, templum spiritus, ædificium sanctum, quæ spiritu ligata erant, quæ confixa erant timore Dei, quæ stigmata Christi habebant. Hoc corpus urbem illam quasi mœniis cingit, quod omni turre et vallis innumeris tutius est: et cum hoc etiam Petri corpus, nam illum viventem honoravit. *Ascendi*, inquit, *videre Petrum*. Ideoque hinc demigrantem illum contubernalem facere gratia dignata est. Vellem videre leonem spirituales. Quemadmodum enim leo ignem emittens in vulpium greges, sic in dæmonum et philosophorum turmam incidit, ad velut fulminis jactus, in dæmonis phalanges illatus est. (S. Joann. Chrysost., in epist. ad Rom., hom. XXXII, nn. 2 et 3, tom. ix, fols. 756-759.)

Imprecacion, conminacion.

Para la inteligencia de estas locuciones ayuda mucho el estudio de los sermones de San Agustin sobre los Salmos. Pueden leerse tambien los nn. 1 y 2 del serm. XXII, tom. v, fol. 148. Aprovechamos esta ocasion para recomendar a los jóvenes predicadores la traduccion de los Salmos hecha por el Jesuita Berthier, cuyas notas eruditas y piadosas reflexiones son de un valor inestimable. —Aviñon, 1817. Tambien es de mucho mérito la explicacion de las cartas de San Pablo, hecha por el P. Bernardino de Picquigny. —Lyon, 1853.

El diálogo de San Efrén, que hemos citado en la página 132, en la edicion de Bossio, Antuerpia, 1619, lleva el título *De abrenuntiatione in sacro baptisate facta*, tom. I, fol. 150. En la de Venecia, 1755, que es la que últimamente hemos tenido a la vista, lleva el título *Interrogationes et responsiones*, entre las cuales va incluido el diálogo *De abrenuntiatione*, etc., tom. I, fol. 297.

Adjuracion.

Ecce episcopus præmonet; moneo, prædico, denuntio. Audiatur Episcopus jubens, audiatur Episcopus monens, audiatur Episcopus rogans, audiatur Episcopus adjurans. Adjuro per ipsum qui hodie natus est: adjuro, obstringo, nemo faciat. Ego me absolvo. Melius est ut monens audiar, quam tristis sentiar. (S. Aug., serm. CXCVI in natali Domini, cap. IV, tom. v, fol. 1021. Véase otra bellísima adjuracion, in psalm. xxxvii, tom. iv, fol. 299.)

In ipsa correccionem vel coercionem alienorum peccatorum cavendum est, ne se extollat qui alterum corripit... Foris terribiliter personet, increpatio; intus lenitatis teneatur dilectio... Neque ergo consentientes sitis malis ut approbetis; neque negligentes, ut non arguatis; neque superbientes ut insultanter arguatis. (S. Aug., serm. LXXXVIII, n. 20, tom. v, fol. 549.)

Se han de predicar las verdades austeras de la Religion, pero con mucha caridad: las precauciones caritativas son mucho más necesarias cuando nos dirigimos a los que han abandonado la Iglesia y naufragado en la fé.

Las palabras de San Juan Crisóstomo, citadas en la página 133, son de un interesante pasaje de la hom. II, sobre la carta a Tito, n. 2, tom. xi, fol. 739.

Podíamos formar un libro, si tuviéramos espacio, con los saludables consejos y admirables ejemplos que sobre puntos tan interesantes nos han dejado los Santos padres. ¡Ojalá que los jóvenes, según se ofrezca oportunidad, tengan el buen gusto de leer algunos de los pasajes que a continuacion indicamos! (San Juan Crisóstomo: *De Sacerdotio*, lib. II, n. 4, tom. I, fol. 375.—In S. Phocam martyrem et contra hæreticos, n. 2, tom. II, fol. 705.—In epist. ad Coloss., hom. XI, nn. 2 et 3, tom. XI, fol. 406.—In Gen., serm. IX, tom. IV, fol. 488.)

San Agustín, en su exposición de la carta á los Gálatas, cap. vi, nn. 56 y 57, tom. iii, fol. 2143.—De utilitate jejunii, serm., cap. ix, tom. vi, fol. 714.—Enarrat. in psalmo cxxxvii, los cuatro últimos números, tom. iv, fol. 1801.—Enarrat. in psalm. cxxxix, con especialidad el n. 2, fol. 1803.—Serm. CCCLVII, tom. v, fol. 1582, sermon CCCLVIII, fol. 1586.—Enarrat. in psalm. xxxix, n. 1, tom. iv, fol. 431.

San Gregorio Nazianceno, Orat. XXVI, tom. i, fol. 405. «Ac maxime» hasta «peræque utilis est.» en el fol. 407, y los cuarenta y seis versos, desde el que principia: «Hæ namque fidei.» del poema de su vida, en el tom. ii, folio 15.

Difícilmente habrá una composición donde con más vigor y dulzura se concilien los sagrados derechos de la verdad y el amor é interés por los que han tenido la desgracia de abandonarla, que la carta de San Cipriano al Papa Cornelio, «de Fortunato et Felicissimo, sive contra hæreticos,» fol. 191.

Obsecracion.

Sed vos me audite, o baptizati; audite me vos, per sanguinem Christi renati; obsecro vos per nomen quod super vos invocatum est, per illud altare ad quod accessistis, per sacramenta quæ accepistis, per judicium futurum vivorum et mortuorum; obsecro vos, obstringo vos per nomen Christi, etc. (S. Aug.: serm. CCXXIV, n. 4, tom. v, fol. 1095.)

Véanse otros ejemplos de tiernas é interesantes obsecraciones del mismo Santo, serm. CCXXVIII, n. 2, tom. v, fol. 1102.—Serm. CCXXXII, n. 8, fol. 1112.

Diversas formas y exquisitas precauciones que la caridad inspiraba á los Santos Padres.

San Juan Crisóstomo, «De Incompreheusibili contra Anomæos,» hom. 1, n. 6, tom. i, fol. 450.—Adversus Judeos et Gent., «Quod Christus sit Deus,» n. 1, tom. i, folio 558.—Ad pop. Antioch., hom. XVI, n. 4, tom. ii, folio 167.—In princ. Act., hom. I, tom. iii, fol. 54.—In epist. ad Corinth., hom. iii, n. 1, tom. x, fol. 14.—In Lazarum, hom. VII, n. 2, tom. i, fol. 790.

La homilía pronunciada por San Juan Crisóstomo con motivo de la caída de Eutropio está en el tom. iii, folio 381.

Elocuencia noble y familiar á la vez.

San Juan Crisóstomo, *De penitentia*, hom. I, n. 1, tomo ii, fol. 279.—San Basilio, in psalm. lxx, n. 1, tom. i, fol. 188.—San Gregorio Nazianceno, orat. I, tom. i, folio 37.—Orat. XXVIII, tom. i, fol. 417.

La caridad enseñó á los Santos Padres el gran secreto de hablar de sí mismos convenientemente cuando era necesario.

San Gregorio Magno, lib. i in Ezech., hom. IX, n. 19, tom. i, fol. 1256.—San Agustín: Enarrat. in psalmo xxxvi, serm. III, tom. iv, fol. 393.—Serm. LI, n. 6, tom. v, fol. 366.—San Gregorio Nazianceno, orat. XX, tom. i, fol. 285.

Estas citas no bastan; para conocer y apreciar el carácter distintivo de caridad, familiaridad y nobleza de la elocuencia de los Santos Padres, es preciso leerlos asiduamente.

La descripción viva y delicada de la caridad con que concluimos la lección XXV en la pág. 136, se halla en el cap. xv del libro *De catechizandis rudibus*, tom. vi, folio 528.

Dubitacion, suspension ó expectacion, correccion, pretericion, permision, concesion.

O no hemos hablado de estas figuras, ó lo hemos hecho de algunas incidentalmente; sus nombres declaran bastante en qué consisten. Los jóvenes pueden ver de todas ellas los ejemplos que indicamos á continuación:

Dubitacion.—San Basilio, in *Hexaem.*, hom. I, n. 2, tom. i, fol. 2.—Hom. in *ebriosos*, n. 2, tom. ii, fol. 123.—S. Joan. Chrysost., in *Math.*, hom. LXI, n. 2, tom. vii, fol. 612.

Cuando esta figura se prolonga, se llama suspension; de la cual hallamos un bello ejemplo en el n. 15 del tratado sobre el salmo cxxiv de San Hilario (fol. 568). Au-

disio (1) elogia, y con razon, el pasaje en que Bourdaloue entra en materia, despues del exordio de su sermón para el dia de Viérnes Santo. «Que un Dios obré como Soberano, que haya criado el cielo y la tierra,» etc. O Bourdaloue tuvo á la vista el pasaje que acabamos de citar de San Hilario, ó los dos grandes oradores concibieron la misma idea.

Correccion.—San Agustin, serm. XXVI, n. 2, tom. v, fol. 163.—Serm. XL, n. 2, fol. 244.—Serm. CCCXLIX, n. 4, tom. v, fol. 1531.

Pretericion.—San Agustin, serm. XXXII, n. 25, folio 205.—S. Gregorio Nazianceno, poema de su vida, tomo II, fol. 2.

Permision.—San Agustin, lib. v de sus *Confes.*, capítulo II, tom. I, fol. 706.—Serm. XL, n. 5, tom. v, folio 245.

Concesion.—San Juan Crisóstomo, en su hom. IV «De laudibus S. Pauli,» expone, y parece conceder, algunas acusaciones contra San Pablo; mas de todas ellas toma ocasion para realzar la grandeza del Apóstol. (Tom. II, folio 506.)—Hom. IX, in *Math.*, n. 1, tom. VII, fol. 130.

LECCION XXVI.

San Efrén comenta con concision y energía el *Cantemus Domino* de Moisés. (In Exod. explanatio, cap. XV, tom. II, fol. 91.)

En las páginas 139 y 140 hemos copiado cuatro frases de San Agustin, tomadas de los números 20, tom. III (folio 98), 10 (fol. 93), 17 (fol. 97), y 21 (fol. 98) del lib. IV *De la Doctrina cristiana*.

El arte debe ocultarse.

Ecclesiastica interpretatio etiam si habet eloquii venustatem, dissimulare eam debet et fugere, ut non otiosis philosophorum scholis paucisque discipulis, sed universo loquatur hominum generi. (S. Hieron. epistola XXXI ad *Pammachium*, tom. IV, fol. 244.)

(1) Leccion XVIII, tom. I, pág. 256.

Anécdota.—San Jerónimo y el Nazianceno.—Se reprende el abuso del lenguaje figurado.

Nolo te declamatorem esse et rabulam garrulamque sine ratione, sed mysteriorum peritum, et sacramentorum Dei tui eruditissimum. Verba volvere, et celeritate dicendi apud imperitum vulgus admirationem sui facere, indoctorum hominum est. Attrita frons, interpretatur sæpe quod nescit: et cum aliis persuaserit, sibi quoque usurpat scientiam. Præceptor quodam meus Gregorius Naziancenus, rogatus à me ut exponeret, quid sibi vellet in Luca sabbatum... id est, *secundo-primum*, eleganter lusit, docebo te, inquit, super ac re in Ecclesia: in qua mihi omni populo acclamante, cogaris invitus scire quod nescit. Aut certe si solus tacueris, solus ab omnibus stultitiæ condemnaberis. Nihil tam facile, quam vilem plebeculam et indoctam concionem, linguæ volubilitate decipere, quæ quidquid non intelligit, plus miratur. M. Tullius (in quem pulcherrimum illud elogium est: Demosthenes tibi præripuit ne esses primus Orator: tu illi, ne solus) in Oratione pro Quinto Gallio, quid de favore vulgi, et de imperitis contionatoribus loquatur, attende: ne his fraudibus ludaris. Loquor enim, quæ sum ipse nuper expertus. Unus quidam Poëta nominatus homo, per litteratus, cujus sunt illa colloquia Poëtarum ac Philosophorum, quum facit Euripidem et Menandrum inter se, et alio loco Socratem atque Epicurum disserentes, quorum ætates non annis, sed sæculis scimus esse disjunctas, quantos his plausus et clamores movet? Multos enim discipulos habet in theatro, qui simul litteras non didicerunt. (S. Hieronym.: Epist. XXXIV ad Nepotianum, tom. IV, fol. 262.)

La carta en que San Jerónimo, escribiendo á Nepociano, critica el estilo pueril con que el mismo Santo, siendo jóven, escribió á Heliodoro, es la XXXIV, tom. IV, folio 256. La censurada es la V, tom. IV, fol. 6.

Hinc ergo et omni ex parte liquet, nihil humanum ab ipso, sed divina et cœlestia esse dogmata, quæ à divina illa anima ad nos pervenerunt. Neque enim verborum strepitum, non dictionis fucum, neque nominum, verborumque ornatum et compositionem superfluum vel inutilem videmus; hæc quippe procul sunt ab omni philosophia; sed vim invictam et divinam, et rectorum dog-

matum immensam virtutem, innumerabiliumque bonorum largitionem. Nam in prædicatione nimia verborum curiositas superflua esset, et sophistis digna; imo non sophistis, sed pueris insipientibus; ita ut apud eos ipse philosophus induceret magistrum suum quem suæ artis pudebat, quique dicebat iudicibus, ipsos audituros ab se esse verba sine artificio, et ut casus ferebat, prolata; non exquisitis ornata dictis, non verbis et nominibus selectis fucata. Neque enim par est, inquit, o viri! hujus ætatis virum, adolescentis proferre verba coram vobis iudicibus. Ac vide quam sit illud ridiculum: quam enim rem tamquam turpem, philosophia indignam, adolescentiumque opus magistrum suum fugere dixit, huic maxime ipse operam dedit. (S. Joann. Chrys., in Joan., hom. II, n. 3, tom. VIII, fol. 11.)

Non ergo verborum fastu opus est, sed mente; et Scripturarum peritia, sensuumque vi. (S. Joann. Chrys., in Epist. ad Titium, hom. II, n. 2, tom. XI, fol. 739.)

Simil de San Agustín y crítica de un pasaje de San Cipriano.

Recomendando que se procure predicar de una manera agradable, añade: «Sed quoniam inter se habent nonnullam similitudinem vescentes atque discentes, propter fastidia plurimorum, etiam ipsa sine quibus vivi non potest, alimenta condienda sunt. (De Doct. christ., lib. IV, cap. XI, tom. 100.)

Nulla modo mihi sonat diserte, quod dicitur inepte... scriptorum nostrorum apices nolumus, cum ab aliquo sano leguntur à succo gravitatis jejunos judicari, et ipsum in eis dum nullis sententiis utilibus pascitur, supervacaneo labore jejunio. (S. Aug., contr. litt. Petiliani, lib. II, cap. XXXII, n. 73, tom. IX, fol. 283.)

His enim maxime utile est nosse, ita esse præponendas verbis sententias, ut præponitur animus corpori. Ex quo fit ut ita male debeant veriores quam disertiores audire sermones, sicut malle debent prudentiores, quam formosiores habere amicos. (San Aug.: De catech. rudibus, cap. XI, tom. VI, fol. 320.)

In populo autem gravi, de quo dictum est Deo, *In populo gravi laudabo te* (Psal. XXXVI, 18), nec illa suavitas delectabilis est, qua non quidem iniqua dicuntur, sed exigua et fragilia bona spumæ verborum ambitu ornantur, quali nec magna atque stabilia decenter et gra-

viter ornarentur. Est tale aliquid in epistola beatissimi Cypriani, quod ideo puto vel accidisse, vel consulto factum esse, ut sciretur à posteris, quam linguam doctrinæ christianæ sanitas ab ista redundantia revocaverit, et ad eloquentiam graviolem modestioremque restrinxerit; qualis in ejus consequentibus litteris secure amatur, religiose appetitur, sed difficilime impletur. At ergo quodam loco: *Petamus hanc sedem: dant secessum vicina secreta; ubi dum erratici palmitum lapsus pendulis nexibus per arundines bajulas repunt, viteam porticum frondea tecta fecerunt* (Cypr., epist. I ad Donatum.) Non dicuntur ista nisi mirabiliter affluentissima fecunditate facundiæ; sed profusione nimia gravitate displicent. Qui vero hæc amant, profecto eos qui non ita dicunt, sed castigatius eloquuntur, non posse ita eloqui existimant, non iudicio ista devitare. Quapropter iste vir sanctus et posse se ostendit sic dicere, quia dixit alicubi, et nolle, quoniam postmodum nusquam. (S. Aug.: De Doct. christ., lib. IV, cap. XIV, tom. III, fol. 102.)

La preciosa carta del Nazianceno à Nicóbulo, que hemos extractado en la pág. 140, es la CCIX, tom. I, folio 859.

LECCION XXVII.

De los tres géneros de estilo.

Lo que se refiere en la página 141 del olvido de San Basilio al comenzar su homilia VIII sobre la creacion, se lee en el n. 2 de dicha homilia, tom. I, pág. 71. Y lo que á continuacion se dice de la imitacion de San Ambrosio y de su justa observacion sobre los diversos estilos, está en el lib. V, cap. XII del *Hecæmeron*, tom. I, fol. 70.

El pasaje del Nazianceno en la oracion fúnebre de su hermana Gorgonia le hemos extractado del discurso XI, tom. I, fol. 160.

Toda la parte didáctica de esta lección la hemos tomado del lib. IV de la *Doctrina cristiana* de San Agustín, quien ha escrito sobre la materia con tan buen juicio y sano gusto, que nada deja que desear. Los capítulos desde el XVII al XXV, tom. III, fols. 104-117, son preciosísimos. El análisis que de ellos hicieran los jóvenes

matum immensam virtutem, innumerabiliumque bonorum largitionem. Nam in prædicatione nimia verborum curiositas superflua esset, et sophistis digna; imo non sophistis, sed pueris insipientibus; ita ut apud eos ipse philosophus induceret magistrum suum quem suæ artis pudebat, quique dicebat iudicibus, ipsos audituros ab se esse verba sine artificio, et ut casus ferebat, prolata; non exquisitis ornata dictis, non verbis et nominibus selectis fucata. Neque enim par est, inquit, o viri! hujus ætatis virum, adolescentis proferre verba coram vobis iudicibus. Ac vide quam sit illud ridiculum: quam enim rem tamquam turpem, philosophia indignam, adolescentiumque opus magistrum suum fugere dixit, huic maxime ipse operam dedit. (S. Joann. Chrys., in Joan., hom. II, n. 3, tom. VIII, fol. 11.)

Non ergo verborum fastu opus est, sed mente; et Scripturarum peritia, sensuumque vi. (S. Joann. Chrys., in Epist. ad Titium, hom. II, n. 2, tom. XI, fol. 739.)

Simil de San Agustín y crítica de un pasaje de San Cipriano.

Recomendando que se procure predicar de una manera agradable, añade: «Sed quoniam inter se habent nonnullam similitudinem vescentes atque discentes, propter fastidia plurimorum, etiam ipsa sine quibus vivi non potest, alimenta condienda sunt. (De Doct. christ., lib. IV, cap. XI, tom. 100.)

Nulla modo mihi sonat diserte, quod dicitur inepte... scriptorum nostrorum apices nolumus, cum ab aliquo sano leguntur à succo gravitatis jejunos iudicari, et ipsum in eis dum nullis sentiis utilibus pascitur, supervacaneo labore jejuno. (S. Aug., contr. litt. Petiliani, lib. II, cap. XXXII, n. 73, tom. IX, fol. 283.)

His enim maxime utile est nosse, ita esse præponendas verbis sententias, ut præponitur animus corpori. Ex quo fit ut ita male debeant veriores quam disertiores audire sermones, sicut malle debent prudentiores, quam formosiores habere amicos. (San Aug.: De catech. rudibus, cap. XI, tom. VI, fol. 320.)

In populo autem gravi, de quo dictum est Deo, *In populo gravi laudabo te* (Psal. XXXVI, 18), nec illa suavitas delectabilis est, qua non quidem iniqua dicuntur, sed exigua et fragilia bona spumæ verborum ambitu ornantur, quali nec magna atque stabilia decenter et gra-

viter ornarentur. Est tale aliquid in epistola beatissimi Cypriani, quod ideo puto vel accidisse, vel consulto factum esse, ut sciretur à posteris, quam linguam doctrinæ christianæ sanitas ab ista redundantia revocaverit, et ad eloquentiam graviolem modestioremque restrinxerit; qualis in ejus consequentibus litteris secure amatur, religiose appetitur, sed difficilime impletur. At ergo quodam loco: *Petamus hanc sedem: dant secessum vicina secreta; ubi dum erratici palmitum lapsus pendulis nexibus per arundines bajulas repunt, viteam porticum frondea tecta fecerunt* (Cypr., epist. I ad Donatum.) Non dicuntur ista nisi mirabiliter affluentissima fecunditate facundiæ; sed profusione nimia gravitate displicent. Qui vero hæc amant, profecto eos qui non ita dicunt, sed castigatius eloquuntur, non posse ita eloqui existimant, non iudicio ista devitare. Quapropter iste vir sanctus et posse se ostendit sic dicere, quia dixit alicubi, et nolle, quoniam postmodum nusquam. (S. Aug.: De Doct. christ., lib. IV, cap. XIV, tom. III, fol. 102.)

La preciosa carta del Nazianceno à Nicóbulo, que hemos extractado en la pág. 140, es la CCIX, tom. I, folio 859.

LECCION XXVII.

De los tres géneros de estilo.

Lo que se refiere en la página 141 del olvido de San Basilio al comenzar su homilia VIII sobre la creacion, se lee en el n. 2 de dicha homilia, tom. I, pág. 71. Y lo que á continuacion se dice de la imitacion de San Ambrosio y de su justa observacion sobre los diversos estilos, está en el lib. V, cap. XII del *Hecæmeron*, tom. I, fol. 70.

El pasaje del Nazianceno en la oracion fúnebre de su hermana Gorgonia le hemos extractado del discurso XI, tom. I, fol. 160.

Toda la parte didáctica de esta lección la hemos tomado del lib. IV de la *Doctrina cristiana* de San Agustín, quien ha escrito sobre la materia con tan buen juicio y sano gusto, que nada deja que desear. Los capítulos desde el XVII al XXV, tom. III, fols. 104-117, son preciosísimos. El análisis que de ellos hicieran los jóvenes

bajo la direccion de sus maestros, equivaldria á un curso de elocuencia sagrada.

San Juan Crisóstomo observa que en la carta del Apóstol á los Gálatas hay pasajes vehementes; y con este motivo hace juiciosas reflexiones sobre los diversos estilos que, segun lo exijan las circunstancias, ha de emplear el predicador. (In epist. ad Galatas, comment., cap. 1, tom. x, fol. 657.)

Estilo sumiso.

Legi missos à tua præstantia libros. Et secundo quidem valde oblectatus sum, non solum propter brevitatem, ut par erat hominem jam ad omnia segniter et debilitè sese habentem; verum etiam quod simul et frequens est sententiis, ac perspicue tuum adversariorum objecta, tum etiam objectis responsa continet: et simplex nec elaboratum dicendi genus congruere mihi visum est Christiani proposito, non tam ad ostentationem quam ad communem utilitatem scribentis. (San Basilio, epist. CXXXV Diodoro Antioch., presb., n. 1, tom. III, fol. 226.)

La carta de San Cipriano «ad Antonianum, de Cornelio et Novatiano,» es la LII, fol. 161. También está escrita con estilo sumiso la del mismo Santo á Cecilio, *De Sacramento dominici Calicis*, y es la LXIII, fol. 245. Al mismo estilo pertenecen las XXIII catéquis de San Cirilo, patriarca de Jerusalem, precioso depósito de la constante tradicion de la Iglesia. Comienza en el fol. 1, de la edicion Benedictina de París, 1720.

En el tom. II, fols. 225 y 234 de las obras de San Juan Crisóstomo, se conservan dos catéquis del Santo: y en el I, fol. 558, comienza su notable discurso, «adversus Judæos et Gentiles, demonstratio Quod Christus sit Deus,» que es una demostracion completa de la divinidad de la Religion cristiana. En estas tres composiciones domina el estilo sumiso.

Los cuatro sermones de San Agustin sobre la oracion dominical son los LVI, LVII, LVIII y LIX, tom. V, folios 377 y 402. Sumiso es tambien el estilo «De Symbolo ad Catechumenos,» tom. VI, fol. 627.

Estilo templado.

San Ambrosio, «De Pœnitentia contra Novatianos, tom. IV, fol. 385.

«Beatissimo Principi, et Christianissimo Imperatori, Ambrosius, Episcopus.» Las dos cartas escritas con ocasion de las gestiones del senador Symaco, son la XI y XII, tom. V, fols. 193 y 198.

La arenga dirigida al emperador Teodosio por el venerable obispo Flaviano, segun la relacion de San Juan Crisóstomo, está contenida en la homilia XXI de este Santo Doctor, «ad populum Antiochenum,» tom. II, fol. 217.

La notabilísima carta de San Agustin al conde Bonifacio, general y gobernador de Africa, es la CCXX, tom. II, fol. 992.

Además de estas composiciones, citadas en la parte primera, indicamos como modelos de estilo templado algunos pasajes del libro de San Cipriano, *De zelo et livore* en los fols. 593, 597 y 604. El pasaje que comienza «Nunc nobis virgines sermo est.» de su libro *De habitu Virgin.*, fol. 409.

Tambien puede consultarse la carta XLIV de San Basilio, «ad Monachum lapsum,» tom. III, fol. 131.

Por último, recordamos que Diodoro, obispo de Tarsis y maestro del Crisóstomo, hizo de éste, predicando en Antioquia, un grande elogio; esto mortificó sensiblemente la modestia de l humilde Patriarca, quien se apresuró á hablar á su pueblo, expresándole el dolor y la confusion que le habian ocasionado las alabanzas de su venerable maestro, á quien devuelve cumplimiento por cumplimiento con tanta delicadeza y oportunidad, que no podemos ménos de proponer al jóven orador este corto y elocuente discurso, como un modelo de estilo templado. («Laus Diodori,» etc., tom. III, fol. 747.) Al mismo género pertenece la carta ó lib. II á Teodoro, que comienza: «Si fletus possent et gemitus per litteras exhiberi, his repletam epistolam ad te misissem.» (*Ad Theodorum lapsum*, lib. II, tom. I, fol. 35.)

Estilo sublime.

San Agustín refiere el triunfo que su elocuencia sublime «Egi quidem granditer» alcanzó, aboliendo los juegos sangrientos que estaban en uso en Cesárea de Mauritania, en el cap. xxiv del lib. iv *De la Doctrina cristiana*, tom. iii, fol. 115; y los caritativos esfuerzos con que el mismo Santo logró desterrar de Hipona los excesos que solían cometerse en algunas festividades, los sabemos por la interesantísima carta en que el Santo da cuenta de este notable acontecimiento, á Alypio, obispo de Tagaste. (Epist. XXIX, tom. ii, fol. 114.)

San Juan Crisóstomo, homilía «Adversus eos qui Ecclesia relicta, ad circenses ludos,» etc., tom. vi, fol. 272.

El libro *De lapsis* de San Cipriano (fol. 429) es una composición sublime; su exordio es pomposo, y muy notables las sentidas frases con que, después de congratularse con los que habían permanecido firmes en medio de la persecución, lamenta la debilidad de los que habían tenido la desgracia de caer, y con especialidad de los que se espontanearon antes de ser tentados.

En la lección XXV hemos citado la carta de San Cipriano al Papa Cornelio, relativa á los cismáticos Fortunato y Felicísimo, que es la LV, y se halla en el fol. 191. Es la expresión de la caridad paternal de un Obispo, y del valor invencible de un mártir. Pasajes hay en este escrito, cuya vigorosa elocuencia puede sostener, y quizá con ventaja, una comparación con las elocuentes oraciones de Demóstenes. Tales son, por ejemplo, aquellos en que con noble indignación vindica la legitimidad de su jurisdicción, ó recuerda la historia de su vida y sus persecuciones; y otros en que da expansión á su caridad, ó revelan su entereza y valor apostólico.

En su libro *ad Demetrianum* hay un pasaje que comienza «Innoxios, justos. Deo caros domo privas (fol. 516), y concluye «Venturum judicium confitentur.» No se sabe qué admirar más en este trozo: si el vigor de los sentimientos ó lo apremiante del raciocinio; condiciones que contribuyen á hacerle admirablemente sublime.

San Basilio se elevó en algunos casos á una altura increíble. ¿Qué cosa hay más sublime que su homilía «In illud, Destruam horrea,» etc., (tom. ii, fol. 43) y la otra «In divites?» (fol. 51.) ¿Qué se puede comparar con los

sublimes rasgos, por ejemplo, que se leen en el n. 4 de la primera, y en los números 8 y 9 de la segunda de estas homilias?

Recordamos algunos rasgos sublimes que se leen en la homilía XXIII de San Juan Crisóstomo, sobre la epístola á los Hebreos, tom. xii, fol. 214; y otros en la exposición del salmo XLVIII, tom. v, fol. 203.

El mismo Santo Doctor, exponiendo unas palabras de San Pablo, recomienda con estilo sumiso la heroicidad del Apóstol, que se abstenía, no sólo de lo que le era permitido, sino que ni aun quería recibir los alimentos que por su apostolado le eran debidos de justicia; contrapone á esta conducta la de los que no cumplen con el precepto de la limosna; y exaltado el espíritu del grande orador, lanza rasgos de sublime elocuencia. (In epist. I ad Corinth., hom. XXI, nn. 5 y 6, tom. x, fol. 186.)

San Efrén se muestra sublime muy á menudo; y especialmente cuando trata, que es con mucha frecuencia, de la muerte y del juicio.

San Agustín aduce ejemplos de los tres géneros de estilo, tomados del Apóstol San Pablo, de San Cipriano y San Ambrosio. (*De Doctr. christ.*, caps. xx y xxi, tom. iii, fol. 107.)

Es seguro que cuantos estudien los modelos que hemos citado, repetirán cuanto, con profunda convicción y confianza ilimitada, hemos señalado en la pág. 149.

LECCION XXVIII.

Teoría y práctica.

Prorsus novera intus in animo, ubi ars ipsa pulchrior est quam illa quæ arte fabricantur. Sed quod videt artifex intus in arte, hoc foris probat in opere, et hoc est perfectum quod artificii suo placet. (S. Aug.: *De Genesi contra Manich.*, lib. i, cap. viii, tom. iii, fol. 179.)

Dificultades de la composición.

Las observaciones de San Bernardo, citadas en la página 150, las expuso el Santo en la carta que, en parte, hemos copiado en la pág. 259.

Estilo sublime.

San Agustín refiere el triunfo que su elocuencia sublime «Egi quidem granditer» alcanzó, aboliendo los juegos sangrientos que estaban en uso en Cesárea de Mauritania, en el cap. xxiv del lib. iv *De la Doctrina cristiana*, tom. iii, fol. 115; y los caritativos esfuerzos con que el mismo Santo logró desterrar de Hipona los excesos que solían cometerse en algunas festividades, los sabemos por la interesantísima carta en que el Santo da cuenta de este notable acontecimiento, á Alypio, obispo de Tagaste. (Epist. XXIX, tom. ii, fol. 114.)

San Juan Crisóstomo, homilía «Adversus eos qui Ecclesia relicta, ad circenses ludos,» etc., tom. vi, fol. 272.

El libro *De lapsis* de San Cipriano (fol. 429) es una composición sublime; su exordio es pomposo, y muy notables las sentidas frases con que, después de congratularse con los que habían permanecido firmes en medio de la persecución, lamenta la debilidad de los que habían tenido la desgracia de caer, y con especialidad de los que se espontanearon antes de ser tentados.

En la lección XXV hemos citado la carta de San Cipriano al Papa Cornelio, relativa á los cismáticos Fortunato y Felicísimo, que es la LV, y se halla en el fol. 191. Es la expresión de la caridad paternal de un Obispo, y del valor invencible de un mártir. Pasajes hay en este escrito, cuya vigorosa elocuencia puede sostener, y quizá con ventaja, una comparación con las elocuentes oraciones de Demóstenes. Tales son, por ejemplo, aquellos en que con noble indignación vindica la legitimidad de su jurisdicción, ó recuerda la historia de su vida y sus persecuciones; y otros en que da expansión á su caridad, ó revelan su entereza y valor apostólico.

En su libro *ad Demetrianum* hay un pasaje que comienza «Innoxios, justos. Deo caros domo privas (fol. 516), y concluye «Venturum judicium confitentur.» No se sabe qué admirar más en este trozo: si el vigor de los sentimientos ó lo apremiante del raciocinio; condiciones que contribuyen á hacerle admirablemente sublime.

San Basilio se elevó en algunos casos á una altura increíble. ¿Qué cosa hay más sublime que su homilía «In illud, Destruam horrea,» etc., (tom. ii, fol. 43) y la otra «In divites?» (fol. 51.) ¿Qué se puede comparar con los

sublimes rasgos, por ejemplo, que se leen en el n. 4 de la primera, y en los números 8 y 9 de la segunda de estas homilias?

Recordamos algunos rasgos sublimes que se leen en la homilía XXIII de San Juan Crisóstomo, sobre la epístola á los Hebreos, tom. xii, fol. 214; y otros en la exposición del salmo XLVIII, tom. v, fol. 203.

El mismo Santo Doctor, exponiendo unas palabras de San Pablo, recomienda con estilo sumiso la heroicidad del Apóstol, que se abstenía, no sólo de lo que le era permitido, sino que ni aun quería recibir los alimentos que por su apostolado le eran debidos de justicia; contrapone á esta conducta la de los que no cumplen con el precepto de la limosna; y exaltado el espíritu del grande orador, lanza rasgos de sublime elocuencia. (In epist. I ad Corinth., hom. XXI, nn. 5 y 6, tom. x, fol. 186.)

San Efrén se muestra sublime muy á menudo; y especialmente cuando trata, que es con mucha frecuencia, de la muerte y del juicio.

San Agustín aduce ejemplos de los tres géneros de estilo, tomados del Apóstol San Pablo, de San Cipriano y San Ambrosio. (*De Doctr. christ.*, caps. xx y xxi, tom. iii, fol. 107.)

Es seguro que cuantos estudien los modelos que hemos citado, repetirán cuanto, con profunda convicción y confianza ilimitada, hemos señalado en la pág. 149.

LECCION XXVIII.

Teoría y práctica.

Prorsus novera intus in animo, ubi ars ipsa pulchrior est quam illa quæ arte fabricantur. Sed quod videt artifex intus in arte, hoc foris probat in opere, et hoc est perfectum quod artificii suo placet. (S. Aug.: *De Genesi contra Manich.*, lib. i, cap. viii, tom. iii, fol. 179.)

Dificultades de la composición.

Las observaciones de San Bernardo, citadas en la página 150, las expuso el Santo en la carta que, en parte, hemos copiado en la pág. 259.

Lectura é imitacion de buenos modelos.

Quoniam si acutum et fervens adsit ingenium, facilius adhæret eloquentia legentibus et audientibus eloquentes, quam eloquentiæ præcepta sectantibus. Nec desunt ecclesiasticæ litteræ, etiam præter canonem in auctoritatis arce salubriter collocatum, quas legendo homo capax etsi id non agat, sed tantummodo rebus quæ ibi dicuntur intentus sit, etiam eloquio quo dicuntur, dum in his versatur, imbuitur; accedente vel maxime exercitatione sive scribendi, sive dictandi, postremo etiam dicendi, quæ secundum pietatis ac fidei regulam sentit. Si autem tale desit ingenium, nec illa rhetorica præcepta capiuntur; nec, si magno labore inculcata quantalacumque ex parte capiantur, aliquid prosunt... Et tamen in sermonibus atque dictionibus eloquentium, impleta reperiuntur præcepta eloquentiæ. (S. Aug.: *De Doct. christ.*, lib. iv, cap. iii, tom. iii, fol. 90.)

Porro qui non solum sapienter, verum etiam eloquenter vult dicere, quoniam profecto plus proderit, si utrumque potuerit; ad legendos vel audiendos et exercitatione imitandos eloquentes eum mitto libentius, quam Magistris artis rhetoricæ vacare præcipio, si tamen ii qui leguntur et audiuntur, non solum eloquenter, sed etiam sapienter dixisse vel dicere veraci prædicatione laudantur. Qui enim eloquenter dicunt, suaviter; qui sapienter, salubriter audiuntur. Propter quod non ait Scriptura, multitudo eloquentium; sed, *Multitudo sapientium sanitas est orbis terrarum*. Sicut autem sæpe sumenda sunt et amara salubria, ita semper vitanda est perniciosa dulcedo. Sed salubri suavitate, vel suavi salubritate, quid melius? Quanto enim magis illic appetitur suavitas, tanto facilius salubritas prodest. Sunt ergo ecclesiastici viri qui divina eloquentia non solum sapienter, sed eloquenter etiam tractaverunt: quibus legendis magis non sufficit tempus, quam deesse ipsi studentibus et vacantibus possunt. (S. Aug.: lib. iv, cap. v, fol. 92.)

De la manera de traducir.

Nunc vero quum ipsa Epistola doceat nihil mutatum esse de sensu; nec res additas; nec aliquod dogma confictum, faciunt ne intelligendo, ut nihil intelligant, et

dum alienam imperitiam volunt coarguere, suam profiteor, me, in interpretatione Græcorum, absque Scripturis sanctis, ubi et verborum ordo et mysterium est, non verbum è verbo; sed sensum exprimere de sensu. Habeoque hujus rei magistrum Tullium, qui Protagoram Platonis, et *Æconomicon* Xenophontis, et *Æschynis* ac Demosthenis duas contra se orationes pulcherrimas transtulit. Quanta in illis prætermiserit, quanta addiderit, quanta mutaverit: ut proprietates alterius linguæ, suis proprietatibus explicaret, non est hujus temporis dicere. Sufficit mihi ipsius translatoris auctoritas, qui ita in prolongo earumdem orationum loquutus est: «Putavi mihi suscipiendum laborem utilem studiosis, mihi quidem ipsi non necessarium. Converti enim ex Atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes, interseque contrarias, *Æschynis* et Demosthenis: nec converti, ut interpretes, sed ut Orator, sententiis iisdem, et earum formis, tam figuris quam verbis ad nostram consuetudinem aptis. In quibus non verbum pro verbo necesse habui reddere: sed genus omne verborum vimque servavi. Non enim me annumerare ea lectori putavi oportere; sed tamquam appendere.» Rursum in calce sermonis: «Quorum ego, ait, orationes, sicut spero, ita expressero, virtutibus utens illorum omnibus, id est, sententiis, et earum figuris, et rerum ordine: verba persequens eatenus, ut ea non abhorreant à more nostro. Quæ si è Græcis omnia conversa non erunt: tamen ut generis ejusdem sint, elaboravimus.» Sed et Horatius vir acutus et doctus, hoc idem in *Arte Poëtica* erudito interpreti præcipit. «Nec verbum verbo curabis reddere, fidus interpretes.» Terentius, Menandrum: Plautus et *Cæcilius*, veteres comicos interpretati sunt. Numquid hærent in verbis: ac non decorem magis et elegantiam in translatione conservant...? Unde et ego doctus à talibus ante annos circiter viginti, et simili tunc quoque errore deceptus, certe hoc mihi à vobis objiciendum nesciens, cum Eusebii Cæsariensis *chronicon* in Latinum verterem, tali inter cætera usus sum præfatione. Difficile est alienas lineas insequentem, non alicubi excidere: et arduum, ut quæ in alia lingua bene dicta sunt, eundem decorem in translatione conservent. Significatum est aliquid unius verbi proprietate: non habeo meum quod id efferam; est dum quæro implere sententiam longo ambitu, vix brevis viæ spatia consummo. Accedunt hy-

perbatorum anfractus, dissimilitudines casuum, varietates figurarum. Ipsum postremo suum, et, ut ita dicam, vernaculum linguae genus. Si ad verbum interpretor, absurde resonant: si ob necessitatem aliquid in ordine, vel in sermone mutavero, ab interpretis videbor officio recessisse. Et post multa, quae nunc persequi otiosum est, etiam hoc addidi: Quod si cui non videtur linguae gratiam in interpretatione mutari, Homerum ad verbum exprimat in latinum. Plus aliquid dicam: eundem sua in lingua proae verbis interpretetur: videbis ordinem ridiculum: et Poetam eloquentissimum vix loquentem.

Verum ne meorum scriptorum parva sit auctoritas, (quamquam hoc tantum probare voluerim, me semper ab adolescentia non verba, sed sententias transtulisse) qualis super hoc genere praefatiuncula sit, in libro quo Beati Antonii vita describitur, ipsius lectione cognosce. «Ex alia in aliam linguam expressa ad verbum translatio, sensum operit: et veluti laeto gramine, sata strangulat. Deum enim casibus et figuris servit oratio, quod brevi poterat indicare sermone, longo ambitu circum acta vix explicat. Hoc igitur ego vitans, ita beatum Antonium te petente transposui, ut nihil desit ex sensu, quum aliquid desit ex verbis.» Alii syllabas aucupentur et litteras, tu quare sententias. Dies me deficiet, si omnium quia sensum interpretati sunt, testimonia replicavero. Sufficit in presenti nominasse Hilarium Confessorem, homilias in Job et in Psalmos tractatus plurimos in Latinum vertit in Graeco, nec assendit litterae dormitanti, et putida rusticorum interpretatione se torsit: sed quasi captivos sensus in suam linguam, victoris jure transposuit. (S. Hieronym., Epist. XXXIII ad Pammachium, de optimo genere interpretandi, tom. iv, pars II, fol. 250.)

Crítica literaria de un pasaje de Amós.—San Agustín.

Cum igitur argueret impios, superbos, luxuriosos, et fraternae ideo negligentissimos charitatis, rusticus vel ex rustico iste Propheta exclamavit, dicens: «Vae qui opulenti estis in Sion, et confiditis in monte Samariae, optimates capita populorum, ingredienties pompalice domum Israel! Transite in Chalanne, et videte, et ite inde in Emath magnam, et descendite in Geth Palæstinorum, et ad optima quæque regnat horum, si latior terminus eorum termino vestro es. Qui separatis estis in diem malum, et ap-

propinquatis solio iniquitatis. Qui dormitis in lectis eburneis, et lascivitis in stratis vestris: qui comeditis agnus de grege, et vitulos de medio armenti: qui canitis ad vocem Psalterii. Sicut David putaverunt se habere vasa cantici, bibentes in phialis vinum, et optimo unguento delibuti: et nihil patiebantur super contritione Joseph.» (Amos, vi, 1-6.) Numquidnam isti, qui Prophetas nostros tanquam ineruditos et elocutionis ignaros veluti docti disertique contemnunt, si aliquid eis tale vel in tales dicendum fuisset, aliter se voluissent dicere, qui tamen eorum insanire noluissent?

Quid enim est quod isto eloquio aures sobriae plus desiderent? Primo ipsa invectio, quasi sopitis sensibus ut evigilarent, quo fremitu illisa est? «Vae qui opulenti estis in Sion, et confiditis in monte Samariae, optimates capita populorum, ingredienties pompalice domum Israel! Deinde, ut beneficiis Dei, qui eis ampla spatia regni dedit, ostendat ingratos, quoniam confidebant in monte Samariae, ubi utique idola colebantur. «Transite, inquit, in Chalanne, et videte, et ite inde in Emath magnam, et descendite in Geth Palæstinorum, et ad optima quæque regna horum, si latior terminus eorum termino vestro est.» Simul etiam cum ista dicuntur, locorum nominibus tanquam luminibus ornatur eloquium, quæ sunt Sion, Samaria, Chalanne, Emath magna, et Geth Palæstinorum. Deinde verba quæ his adjunguntur locis, decentissime variantur: «Opulenti estis, confiditis, transite, ite, descendite.»

Consequenter denuntiatur futura sub iniquo rege appropinquare captivitas, cum adjungitur. Qui separati estis in diem malum, et appropinquatis solio iniquitatis.» Tunc subjiciuntur merita luxuriæ: «Qui dormitis in lectis eburneis, et lascivitis in stratis vestris: qui comeditis agnum de grege, et vitulos de medio armenti.» Ista sex membra tres bimembres circuitus ediderunt. Non enim ait, qui separati estis in diem malum, qui appropinquatis solio iniquitatis, qui dormitis in lectis eburneis, qui lascivitis in stratis vestris, qui comeditis agnum de grege, et vitulos de medio armenti: si ita diceretur, esset quidem et hoc pulchrum, ut ab uno pronomine repetito singula sex membra decurrerent, et pronuntiantis voce singula finirentur; sed pulchrius factum est, ut eidem pronomini essent bina subnexa, quæ tres sententias explicarent; unam ad captivitatis prænuntiationem. «Qui separati estis in diem malum, et appropin-

quatis solio iniquitatis;» alteram ad libidinem, «qui dormitis in lectis eburneis, et lasciviis in stratis vestris;» ad voracitatem vero tertiam pertinentem. «Qui comeditis agnum de grege, et vitulos de medio armenti:» ut in potestate sit pronuntiantis, utrum singula finiat, et membra sin sex, an primum et tertium et quintum voce suspendat, et secundum primo, quartum tertio, sextum quinto connectendo, tres bimembres circuitus decen- tissime faciat; unum quo calamitas imminens: alterum quo lectus impurus, tertium quo prodiga mensa monstretur.

Deinde luxuriosam remordet aurium voluptatem. Ubi cum dixisset: *Qui canitis ad vocem psalterii*, quoniam potest exerceri sapienter à sapientibus musica, mirabili decore dicendi, invectionis impetu relaxato, et non ad illos sed de illis jam loquens, ut nos musicam sapientis à musica luxuriantis distinguere commoneret, non ait. Qui canitis ad vocem psalterii, et sicut David putatis vos habere vasa cantici: sed cum illud ad illos dixisset, quod luxuriosi audire deberent, *qui canitis ad vocem psalterii*, imperitiam quoque eorum aliis quodammodo indicavit, adjungens. «Sicut David putaverunt se habere vasa cantici, bibentes in phialis vinum, et optimo unguento delibuti.» Tria hæc melius pronuntiantur, si suspensis duobus prioribus membris circuitus, tertio finiantur.

Jam vero quod his omnibus adjicitur, *et nihil patiebantur super contritione Joseph*, sive continuatim dicatur ut unum sit membrum, sive decentius suspendatur, *et nihil patiebantur*, et post hanc distinctionem inferatur, *super contritione Joseph*, atque sit bimembris circuitus; miro decore non dictum est, nihil patiebantur super contritione fratris, sed positus est pro fratre *Joseph*, ut quicumque frater proprio significaretur ejus nomine, cujus ex fratribus fama præclara est, vel in malis quæ pendit, vel in bonis quæ rependit. Iste certe tropus ubi Joseph quemcumque fratrem facit intelligi, nescio utrum illa quam didicimus et docuimus, arte tradatur. Quam sit tamen pulcher, et quemadmodum afficiat legentes atque intelligentes, non opus est cuiquam dici, si ipse non sentit.

Et plura quidem, quæ pertinent ad præcepta eloquentiæ, in hoc ipso loco, quem pro exemplo posuimus, possunt reperiri. Sed bonum auditorem, non tam si diligenter discutiatur, instruit, quam si ardentem pronun-

tietur, accendit. Neque enim hæc humana industria composita, sed divina mente sunt fusa et sapienter et eloquenter; non intenta in eloquentiam sapientia, sed à sapientia non recedente eloquentia. Si enim, sicut quidam disertissimi atque acutissimi viri videre ac dicere potuerunt, ea quæ velut oratoria arte discuntur, non observarentur et notarentur, et in hanc doctrinam non redigerentur, nisi prius in oratorum invenirentur ingenii; quid mirum si et in istis inveniuntur, quos ille misit qui facit ingenia? Quapropter et eloquentes quidem, non solum sapientes, canonicos nostros auctores doctoresque fateamur, tali eloquentia, qualis personis ejusmodi congruebat. (S. Aug.: *De Doctr. christ.*, lib. iv, capítulo viii, tom. iii, fol. 96.)

En este mismo libro analiza el Santo Dæctor vários pasajes del Apóstol.

Los jóvenes no deben descuidar enteramente en sus composiciones lo que llaman los literatos el número, cadencia, ó música en las cláusulas; pero tampoco han de atender à ello con exceso.—San Agustín.

Despues de observar el Santo que en las divinas Escrituras no abunda el ornato «qui numerosis fit clausulis,» y de dar la razon por qué convenia que así fuese, añade lo que sigue:

«Sed cavendum est ne divinis gravibusque sententiis, dum additur numerus, pondus detrahatur. Nam illa musica disciplina, ubi numerus iste plenissime discitur, usque adeo non defuit Prophetis nostris, ut vir doctissimus Hieronymus quorundam etiam metra commemoret, in hebræa dumtaxat lingua (*Hieron., in prologo super Job*): cujus ut veritatem servaret in verbis, hæc inde non transtulit. Ego autem ut de sensu meo loquar, qui mihi quam aliis et quam aliorum est utique notior, sicut in meo eloquio, quantum modeste fieri arbitror non præmitto istos numeros clausularum; ita in auctoribus nostris hoc mihi plus placet, quod ibi eos rarissime invenio. (S. Aug.: *De Doctr. christ.*, lib. iv, cap. xx, n. 41, tom. iii, fol. 109.)

Utilidad de las composiciones trabajosas.

Fit enim fere, ut quod non sine labore atque industria partum est, artius quoque teneatur: quod autem nul-

lo negotio comparatum est, citissime vilescat, et abjiciatur, utpote quod recuperari potest. (S. Gregor. Nazianc., Orat. XXIV, tom. I, fol. 481.)

Lamentábase San Agustín de que en las composiciones en que sobre las obras de la creación se ejercitaba á los niños en la escuela, no se procuraba que levantasen su espíritu al Criador.

Et virtutem tuam annuntiabunt. Neque enim opera tua laudabunt, nisi ut virtutem tuam annuntient. Proponuntur laudes pueris in schola, et omnia talia proponuntur quæ laudentur, quæ Deus est operatus: proponitur homini laus solis, laus cælis, laus terræ; ut ad minora etiam veniam, laus rosæ, laus lauri; omnia ista opera Dei sunt, proponuntur, suscipiuntur, laudantur; opera celebrantur, de operatore tacetur. Ego in operibus volo laudari Creatorem; ingratum non amo laudatorem. Laudas quod fecit, taces de illo qui fecit? Quasi vero nisi ille tantus esse, invenires quod laudares. In eo quod vides, quid ibi laudatur? Species, utilitas, aliqua virtus, aliqua potentia rerum istarum. Si pulchritudo te delectat, quid pulchrius faciente? Si utilitas laudatur, quid illo utilius, qui fecit omnia? Si virtus laudatur, quid illo potentius à quo facta sunt omnia; à quo etiam facta non dimittuntur, sed reguntur et gubernantur omnia? Non ergo quemadmodum quidam eloquentes muti, laudantas creaturam, obliviscentes Creatorem; non sic te laudat generatio et generatio in servis tuis, cum laudat opera tua. Sed quomodo laudat? *Et virtutem tuam annuntiabunt.* In laudandis operibus tuis, virtutem tuam annuntiabunt. (S. Aug.: Enarrat. in psalm. cxliv, n. 7, tom. iv, folio 1873.)

LECCION XXIX.

Necesidad de preparar los discursos.

San Juan Crisóstomo recomienda al orador que los prepare cuidadosamente. (*De Sacerd.*, lib. v, cap. I, tom. I, fol. 415.)

Vacare autem studiis diligentius quam quæ populi audiunt instruendis, propter ecclesiasticas occupationes

ominino non possunt. (S. Aug., Hieronym., Epist. LXXIII, tom. II, fol. 247.)

Unusquisque ut potest recordetur quod audivit... Magno labore quæsitæ et inventa sunt, magno labore nuntiata et disputata sunt. (S. Aug.: Enarrat. in psalm. III, n. 19, tom. IV, fol. 1390.)

Predicar de concepto.

Solet autem motu suo significare utrum intellexerit cognoscendi avida multitudo; quod donec significet, versandum est quod agitur, multimoda varietate dicendum quod in potestate non habent, qui preparata et ad verbum memoriter retenta pronuntiant. (S. Aug.: *De la Doctrina cristiana*, lib. IV, cap. X, n. 25, tom. III, fol. 100.— Véase *De Catechiz. rudibus*, capítulos XIII y XV, tom. VI, folios 324-328.—S. Aug., serm. CCLVIII in natali Joann. Baptistæ, *II De voce et verbo*, tom. V, fol. 1302.)

LECCION XXX.

Los Santos Padres predicaban ordinariamente de concepto.

Creemos haberlo probado suficientemente en la primera parte de esta obra: réstanos sólo acotar los pasajes allí citados.

San Basilio.

La homilía VIII del *Hexæmeron* está en el tom. I, folio 71; y lo que hace al caso presente en el n. 2.—La que improvisó al llegar al templo, donde le esperaban los fieles, versa sobre el salmo cxlv, tom. I, fol. 199.—Las homilías *De gratiarum actione* é *In Martyr. Julitam* están en el tom. III, folios 24-35.—*In ebriosos*, tom. II, fol. 122.

San Ambrosio.

Refiere la historia de su persecucion y los términos en que predicó varias veces en los tres dias que estuvo asediado en el templo, en la epístola XX, dirigida á su hermana Marcelina, tom. VI, fol. 44, edicion de Venecia.

lo negotio comparatum est, citissime vilescat, et abjiciatur, utpote quod recuperari potest. (S. Gregor. Nazianc., Orat. XXIV, tom. I, fol. 481.)

Lamentábase San Agustín de que en las composiciones en que sobre las obras de la creación se ejercitaba á los niños en la escuela, no se procuraba que levantasen su espíritu al Criador.

Et virtutem tuam annuntiabunt. Neque enim opera tua laudabunt, nisi ut virtutem tuam annuntient. Proponuntur laudes pueris in schola, et omnia talia proponuntur quæ laudentur, quæ Deus est operatus: proponitur homini laus solis, laus cælis, laus terræ; ut ad minora etiam veniam, laus rosæ, laus lauri; omnia ista opera Dei sunt, proponuntur, suscipiuntur, laudantur; opera celebrantur, de operatore tacetur. Ego in operibus volo laudari Creatorem; ingratum non amo laudatorem. Laudas quod fecit, taces de illo qui fecit? Quasi vero nisi ille tantus esse, invenires quod laudares. In eo quod vides, quid ibi laudatur? Species, utilitas, aliqua virtus, aliqua potentia rerum istarum. Si pulchritudo te delectat, quid pulchrius faciente? Si utilitas laudatur, quid illo utilius, qui fecit omnia? Si virtus laudatur, quid illo potentius à quo facta sunt omnia; à quo etiam facta non dimittuntur, sed reguntur et gubernantur omnia? Non ergo quemadmodum quidam eloquentes muti, laudantur creaturam, obliviscentes Creatorem; non sic te laudat generatio et generatio in servis tuis, cum laudat opera tua. Sed quomodo laudat? *Et virtutem tuam annuntiabunt.* In laudandis operibus tuis, virtutem tuam annuntiabunt. (S. Aug.: Enarrat. in psalm. cxliv, n. 7, tom. iv, folio 1873.)

LECCION XXIX.

Necesidad de preparar los discursos.

San Juan Crisóstomo recomienda al orador que los prepare cuidadosamente. (*De Sacerd.*, lib. v, cap. I, tom. I, fol. 415.)

Vacare autem studiis diligentius quam quæ populi audiunt instruendis, propter ecclesiasticas occupationes

ominino non possunt. (S. Aug., Hieronym., Epist. LXXIII, tom. II, fol. 247.)

Unusquisque ut potest recordetur quod audivit... Magno labore quæsitæ et inventa sunt, magno labore nuntiata et disputata sunt. (S. Aug.: Enarrat. in psalm. III, n. 19, tom. IV, fol. 1390.)

Predicar de concepto.

Solet autem motu suo significare utrum intellexerit cognoscendi avida multitudo; quod donec significet, versandum est quod agitur, multimoda varietate dicendum quod in potestate non habent, qui preparata et ad verbum memoriter retenta pronuntiant. (S. Aug.: *De la Doctrina cristiana*, lib. IV, cap. X, n. 25, tom. III, fol. 100.— Véase *De Catechiz. rudibus*, capítulos XIII y XV, tom. VI, folios 324-328.—S. Aug., serm. CCLVIII in natali Joann. Baptistæ, *II De voce et verbo*, tom. V, fol. 1302.)

LECCION XXX.

Los Santos Padres predicaban ordinariamente de concepto.

Creemos haberlo probado suficientemente en la primera parte de esta obra: réstanos sólo acotar los pasajes allí citados.

San Basilio.

La homilía VIII del *Hexæmeron* está en el tom. I, folio 71; y lo que hace al caso presente en el n. 2.—La que improvisó al llegar al templo, donde le esperaban los fieles, versa sobre el salmo cxlv, tom. I, fol. 199.—Las homilías *De gratiarum actione* é *In Martyr. Julitam* están en el tom. III, folios 24-35.—*In ebriosos*, tom. II, fol. 122.

San Ambrosio.

Refiere la historia de su persecucion y los términos en que predicó varias veces en los tres días que estuvo asediado en el templo, en la epístola XX, dirigida á su hermana Marcelina, tom. VI, fol. 44, edicion de Venecia.

—San Ambrosio: «De Basilicis non tradendis Hæreticis, aut Gentilibus, ad Mediolanensem populum, contra Augustinum invasorem concio,» tom. v, fol. 97.

San Juan Crisóstomo.

Homilia in Eutropium, Eunuchum Patricium ac Consulem, tom. III, fol. 381.—Homilia XXI *De Statuis ad populum Antioch. habitæ*, tom. II, fol. 1.—La homilia III in Joannem fué improvisada, como se lee en el n. 2, tomo VIII, fol. 18.—El Santo Doctor refiere en otra homilia que cambiaba el giro del discurso segun las disposiciones que mostraban los oyentes: «Al observar, dice, vuestro llanto «tragediam illam sedavi, sermonem de medio transtuli fletumque illum ex singulorum cordibus erupturum coercui.» In dictum illud Apostoli: *Oportet hæreses esse*, etc., n. 1, tom. III, fol. 240.—Sabemos por el mismo Santo, y lo observarán cuantos le lean con reflexión, que cambiaba á menudo el giro de sus discursos, especialmente cuando se ofrecia á su espíritu el recuerdo ó la doctrina del Apóstol. In illud, «Ego Dominus feci lumen,» homil., tom. VI, fol. 147.—Véase el segundo pasaje que del Santo hemos copiado en la leccion XV, fol. 263.—Mucho de lo que dijo en su sermón I *De Lázaro*, le fué sugerido por las críticas que en el dia anterior se habian permitido algunos fieles. *De Lázaro*, concio I, n. 2, tomo I, fol. 709.

San Agustin.

Las noticias que, tomadas de Posidio, hemos puesto en la pág. 160, pueden leerse en los capítulos VII y XV de la *Vida de San Agustin*, tom. I, folios 39 y 45.

Augustinus, Alypio Tagastensi Episcopo, epistola XXIX, tom. II, fol. 144.—Serm. LXXI n. 8, tom. V, fol. 449.—Serm. CLXXX, n. 4, fol. 974.—Serm. CCCLII, número 1, fol. 1549.—Enarrat. in psalm. LXXXVI, n. 1, tomo IV, fol. 1100.—Enarrat. in psalm. CXXXVIII, n. 1, tomo IV, fol. 1784.—Enarrat. in psalm. CXLVII n. 1, tomo IV, fol. 1913.

Los sermones de los Santos Padres se han conservado por la diligencia de los taquígrafos que los escribían cuando aquellos los pronunciaban.—San Agustin.

Las noticias relativas á los notarios que asistian á los sermones y conferencias de San Agustin, copiándolas en el acto, pueden verse en la vida del Santo, escrita por su contemporáneo y amigo el obispo Posidio, cuya historia está en el primer tomo de las obras del Santo Doctor, capítulos VI y VII, fol. 38, cap. XVI, fol. 46.—Cap. XVII, folio 47.

La interesante acta de la eleccion de su sucesor Heraclio es la epist. CCXIII, tom. II, fol. 966.—Serm. sobre el salmo LI, n. 1, tom. IV, fol. 599.

El mismo Santo hace mencion, en el cap. XVI, del libro I de sus *Retractaciones*, de una controversia habida con los herejes, y que fué copiada por los notarios que estaban presentes. (Tom. I, fol. 612.)

Dice asimismo que hizo oralmente la exposicion de algunos pasajes de la carta de San Pablo á los Romanos; y que algunos que le oian, la copiaron. (Cap. XXIII, folio 620.)

Los dos libros *Del Orden* fueron un diálogo que se iba escribiendo al mismo tiempo que se pronunciaba. (*De Ord.*, lib. I, cap. II, tom. I, fol. 980.)

San Gregorio Nazianceno.

Véase la peroracion que hemos copiado en la página 302, y lo que hace al caso en la línea 11 de la página 303.

San Bernardo.

Véanse las cartas XVII y XVIII, escritas por el Santo al cardenal Pedro, tom. I, fol. 35.

En los sermones de los Santos Padres se encuentran pasajes que sólo han podido conservarnos los taquígrafos, pues sus autores no pudieron escribirlos de antemano.

La digresion con que San Juan Crisóstomo reprendió á los fieles que se distraian con motivo de encender las

lucos al caer el día, es muy elocuente, y la leemos en su sermón IV, in Gen., tom. iv, fol. 662.

Los murmullos de algunos de sus monjes hicieron interrumpir á San Bernardo su sermón XXXIV «De verbis originis,» tom. iii, fol. 1153.

A continuación del serm. CXI de San Agustín está en cinco líneas el anuncio de que al día siguiente se celebraba el aniversario de la consagración del obispo Aurelio: «Et post sermonem.» (Tom. v, fol. 643.)

Accidentes que leemos intercalados en los sermones de los Santos Padres.

En el principio del sermón VIII del *Hexaëmeron* de San Ambrosio se lee: «Et cum paululum conticuisset, iterum sermonem adorsus, ait,» etc. (Lib. v, cap. xii, n. 36, tom. i, fol. 80, ed. de Venecia.)

En el XIX de San Agustín, después de una rápida y elocuente gradación sobre la Pasión y muerte del Señor, se lee entre paréntesis: «Hic acclamaverunt qui cognoverunt.» (Tom. v, fol. 134.)

Los Santos Doctores tenían que recurrir á las notas de los taquígrafos cuando querían poseer, rectificar ó publicar sus sermones.

Los editores Benedictinos, refiriéndose á antiquísimos manuscritos, dicen que San Agustín revisó sus CXXIV sermones ó tratados, in Joan., teniendo á la vista las copias de los notarios. (Tom. iii, fol. 1377.) Lo cual se comprueba con los pasajes que del tratado XCIX, fol. 1889, copió en el cap. xxvii, del lib. xv *De Trinitate*: «Proferendo ad aures populi christiani diximus, dictumque conscripsimus.» (Tom. viii, fol. 1095.)

El proemio del comentario sobre el Cantar de los Cantares, que el Niseno remitió á Olympiada, está en el tomo I de la edición de París de 1638, fol. 468; y en el 467 es donde el Santo dice que le compuso valiéndose de las notas que se habían tomado de lo que él había predicado en la Iglesia. Lo mismo hizo San Gregorio Magno para publicar sus homilias sobre el profeta Ezequiel. (Prefacio, tom. i, fol. 1173.)

LECCION XXXI.

San Agustín da la preferencia, entre todos los sentidos, al de la vista y al del oído.

Et plerumque sonus, aliquando etiam nutus, ille auribus, ille oculis exhibetur, ut per signa corporalia etiam corporibus sensibus verbum quod mente gerimus innotescat. Nam et innuere quid est, nisi quodammodo visibiliter dicere...? Sed hæc atque hujusmodi signa corporalia sive auribus sive oculis presentibus quibus loquimur exhibemus. (*De Trinitate*, lib. xv, cap. x, tom. viii, fol. 1071.)

Describe con viveza cuán fuertemente es afectada nuestra alma por los sonidos y objetos que impresionan la vista y el oído. (*Confes.*, lib. x, capítulos xxxiii y xxxiv, tom. i, fol. 799.)

Es muy interesante lo que respecto á la excelencia de la vista sobre los demás sentidos, dice en el cap. xxxv del lib. x de sus *Confesiones*, tom. i, fol. 802.

«Duo ergo video, in quibus potentia visque rationis possit ipsis etiam sensibus admoveri: opera hominum quæ videntur, et verba quæ audiuntur. In utroque autem utitur mens gemino nuntio pro corporis necessitate; uno qui oculorum est, altero qui aurium.» Es notable todo el cap. xi del lib. ii *De Ordine*, de donde hemos tomado las palabras que anteceden. (Tom. i, fol. 1009.)

Se ocupa mucho en el estudio de los sentidos en el lib. ii, *De libero arbitrio*, tom. i, fol. 1239.

Diferencia de la voz y de la palabra; del gesto y de la acción; de lo escrito y de lo pronunciado.

San Agustín, serm. CCLXXXVIII, n. 3, tom. v, folio 1304.

San Jerónimo, comentario de la epístola á los Gálatas, cap. iv, tom. iv, fol. 278.—Epíst. I, á Paulino, tom. iv, fol. 569.

San Agustín, carta CXVIII, á Dióscoro, cap. iii, n. 22, tom. ii, fol. 442.

San Gregorio Magno, lib. ii, in Evangelia, hom. XXI, n. I, tom. i, fol. 1526.

La pronunciacion debe ser clara.

San Agustin expone el origen de las letras, las clasifica en vocales, semivocales y mudas: nota la necesidad de pronunciarlas separadamente; señala la importancia de la cantidad prosódica, y reflexiona sobre gran parte de la gramática, en su lib. II *Del Orden*, cap. XII, fol. 1011.

Véase tambien el lib. III *De la Doctrina cristiana*, cap. III, tom. III, fol. 67.

Sermones naturam habent aliam. Quapropter notis indigent, ut avolantium celeritatem scriptor apprehendat. Tu igitur, o puer, notas ac characteres perfectos facias, et loca ex ordine interpunctionibus distingue. Nam pusillo errore multa vitatur oratio: scriptoris autem diligentia perficitur sermo. (S. Basil., Epist. CCCXXXIII, Notario, tom. III, fol. 451.)

La pronunciacion debe ser adornada.

Nam de voce quid loquar, quam simplicem et puram esse satis arbitror: canoram autem esse naturæ est, non industriæ. Sit sane distincta pronuntiationis modo, et plena succi virilis; ut agrestem ac subrusticum fugiat sonum, non ut rythmum adfectet scenicum, sed mysticum servet. (S. Ambr.: *De officiis*, lib. I, cap. XXIII, tom. IV, fol. 17.)

Casi en los mismos términos se expresa San Isidoro, en el lib. II, cap. XI, *De officiis*, tom. II, fol. 462.

Véase del cap. XVIII, del mismo libro *De officiis* de San Ambrosio, el pasaje que hemos copiado en la leccion XVI, fol. 270.

El acento provincial desagrada.

Los italianos censuraban cierto deajo en la pronunciacion de San Agustin, quien tampoco encontraba libre de vicio la de sus censores, como el mismo Santo lo dice en el lib. II *Del Orden*, cap. XVII, n. 45, tom. I, fol. 1015.

La pronunciacion debe ser apta.

...Et omnes affectus spiritus nostri pro sui diversitate habere proprios modos in voce atque cantu, quorum nes-

cio qua occulta familiaritate excitentur. (S. Aug.: *Confesiones*, lib. X, cap. XXXIII, tom. I, fol. 799.)

El mismo Santo Doctor, en sus libros *De la Doctrina cristiana*, inculca mucho la necesidad de pronunciar de una manera apta, y observa la ambigüedad que puede resultar de no hacerlo así. (Lib. III, cap. III, tom. III, fol. 67.) En el lib. IV analiza como buen maestro varios pasajes elocuentes de la Sagrada Escritura y nota los miembros de la oracion, cláusulas, períodos, censuras y las pausas que deben hacerse al pronunciar dichos pasajes. (Cap. VII, fol. 93.—Cap. XVIII, fol. 105.—Cap. XX, fol. 107.)

Qui autem ad hujusmodi provehitur gradum iste erit doctrina, et libris imbutus, sensuumque ac verborum scientia perornatus, ita ut in distinctionibus sententiarum intelligat, ubi finiatur junctura, ubi adhuc pendet oratio, ubi sententia extrema claudatur. Sicque expeditus vim pronuntiationis tenebit, ut ad intellectum omnium mentes, sensusque promoveat, discernendo genera pronuntiationum, atque exprimendo sententiarum proprios affectus, modo indicantis voce, modo dolentis, modo increpantis, modo exhortantis, sive his similia secundum genera propriæ pronuntiationis! In quo maxime illa ambigua sententiarum adhibenda cognitio est. Multa enim sunt in Scripturis, quæ nisi proprio modo pronuntiantur, in contrariam recidunt sententiam, sicuti est: Quis accusabit adversus electos Dei? Deus qui justificat? Quod si quasi confirmative non servato genere pronuntiationis suæ dicatur, magna perversitas oritur. Sic ergo pronuntiandum est, ac si diceret, Deus ne, qui justificat? Ut subaudiatur, non. Necesse est ergo in tantis rebus scientiæ ingenium, quo proprie singula convenienterque pronuntiantur. Propterea et accentuum vim oportet scire lectorem, ut noverit in qua syllaba vox protendatur pronuntiantis. Plerumque enim imperiti lectores in verborum accentibus errant, et solent irridere nos imperitiæ hi, qui videntur habere notitiam, detrahentes, et jurantes penitus nescire, quod dicimus. (S. Isid. Hispal.: *De Eccles. offic.*, lib. II, cap. XI, tom. II, fol. 462.)

De la accion.

Aliter enim latine ira dicitur, aliter græce aliter atque aliter aliarum diversitate linguarum; non autem latinus aut græcus est vultus irati. Non itaque omnes gentes in-

telligunt, cum quisque dicit: Iratus sum, sed Latini tantum: at si affectus excandescens animi exeat, in faciem, vultumque faciat, omnes sentiunt qui intuentur iratum. Sed neque ita licet educere et quasi exporrigere in sensum audientium per sonum vocis illa vestigia, quæ imprimi intellectus memoriæ, sicut apertus et manifestus est vultus: illa enim sunt intus in animo, iste foris in corpore. (S. Aug.: *De catech. rudibus*, cap. II, tom. VI, fol. 311. — Véase lo que del mismo Santo hemos copiado en la lección I, fol. 184., Data vero signa, etc.)

Quid enim aliud molimur nisi animum ipsum nostrum, si fieri potest, cognoscendum et perspicendum animo auditoris inferre: ut in nobis ipsi quidem maneamus, nec recedamus à nobis, et tamen tale indicium, quo fiat in altero nostra notitia, proferamus; ut, quantum facultas conceditur, quasi alter animus ab animo per quem se indicet proferatur? Id facimus conantes et verbis, et ipso sono vocis, et vultu, et gestu corporis, tot scilicet machinamentis id quod intus est demonstrare cupientes: quia tale aliquid proferre non possumus, et ideo non potest loquentis animus penitus innotescere; unde etiam mendacis locus patet. (S. Aug.: *De Fide et Symb.*, cap. III, tom. VI, fol. 183.)

Describe la viveza con que la agitacion de su espíritu reflejaba en los movimientos expresivos de su cuerpo en los últimos momentos de su conversion, en el libro VIII de sus *Confesiones*, cap. VIII, tom. I, fol. 757.

Est etiam in ipsu motu, gestu, incessu tenenda verecundia. Habitus enim mentis in corporis statu cernitur. Hinc homo cordis nostri absconditus, aut levior, aut jactantior, aut turbidior: aut contra gravior, et constanter, et purior, et maturior æstimatur. Itaque vos quædam est animi, corporis mutus. (S. Ambr.: *De officiis*, lib. I, cap. XVIII, tom. IV, fol. 12.)

Motus sit purus ac simplex; nihil enim fucatum placeat. Motum natura informet. Siquid sane in natura vitii est, industria emendet; ut ars desit, non desit correctio. (S. Ambr.: *De officiis*, lib. I, cap. XIII, fol. 13.)

«Nam solet... acceptior esse sermo vivus quam scriptus, et efficacior lingua quam littera. Oculi quippe loquentis fidem faciunt dictis; nec ita potest affectum exprimere digitus, quomodo vultus. (S. Bernard., epistola LXVI, tom. I, fol. 67.)

Huic frons libera, nudis aperta temporibus, quæ men-

tis habitum specie sui prodat: nunc læta, nunc tristior; nunc erecta ad severitatem, nunc ad lenitatem remissior, quæ signis foreasibus internam exprimat voluntatem. Imago quædam animi loquitur in vultu, fidei basis in qua quotidie Domini nomen inscribitur et tenetur. (S. Ambr.: *Hexæmeron*, lib. IV, cap. IX, tom. I, fol. 100.)

Observa San Agustín que en los movimientos de ojos y semblante, en muchos casos, nada hay de deliberado, en el lib. II de la *Doctrina cristiana*, cap. I, n. 2, tom. III, fol. 36.

Se ha de evitar toda chocarrería.
Véase San Ambrosio, *De officiis*, lib. I, cap. XXII, tomo IV, fol. 17.

Se ha de estudiar é imitar á los que accionan natural y expresivamente.

Léase San Gregorio Nazianceno, Oracion XX, tom. I, fol. 334.

LECCION XXXII.

Dis, ustos que lleva consigo el ministerio de la predicacion.

Hace al caso mucho de lo que hemos copiado en la lección X, desde la página 232.

Neque enim te maxime conqueri audivi, nisi quod tibi sermo tuus vilis abjectusque videretur, cum alii quem christiano nomine imbueres. Hoc autem scio, non tam rerum quæ dicendæ sunt, quibus te satis novi paratum et instructum, neque ipsius locutionis inopia, sed animi tædio fieri; vel illa causa quam dixi, quia magis nos delectat et tenet, quod in silentio mente cernimus, nec inde volumus avocari ad verborum longe disparem strepitum, vel quia etiam cum sermo jucundus est, magis nos libet audire aut legere quæ melius dicta sunt, et quæ sine nostra cura et sollicitudine promuntur, quam ad alienum sensum repentina verba coaptare incerto exitu, sive utrum occurrant pro sententia, sive utrum accipiantur utiliter; vel quia illa quæ rudibus insinuantur, eo quod nobis notissima sunt, et proventui

telligunt, cum quisque dicit: Iratus sum, sed Latini tantum: at si affectus excandescens animi exeat, in faciem, vultumque faciat, omnes sentiunt qui intuentur iratum. Sed neque ita licet educere et quasi exporrigere in sensum audientium per sonum vocis illa vestigia, quæ imprimi intellectus memoriæ, sicut apertus et manifestus est vultus: illa enim sunt intus in animo, iste foris in corpore. (S. Aug.: *De catech. rudibus*, cap. II, tom. VI, fol. 311. — Véase lo que del mismo Santo hemos copiado en la lección I, fol. 184., Data vero signa, etc.)

Quid enim aliud molimur nisi animum ipsum nostrum, si fieri potest, cognoscendum et perspicendum animo auditoris inferre: ut in nobis ipsi quidem maneamus, nec recedamus à nobis, et tamen tale indicium, quo fiat in altero nostra notitia, proferamus; ut, quantum facultas conceditur, quasi alter animus ab animo per quem se indicet proferatur? Id facimus conantes et verbis, et ipso sono vocis, et vultu, et gestu corporis, tot scilicet machinamentis id quod intus est demonstrare cupientes: quia tale aliquid proferre non possumus, et ideo non potest loquentis animus penitus innotescere; unde etiam mendacis locus patet. (S. Aug.: *De Fide et Symb.*, cap. III, tom. VI, fol. 183.)

Describe la viveza con que la agitacion de su espíritu reflejaba en los movimientos expresivos de su cuerpo en los últimos momentos de su conversion, en el libro VIII de sus *Confesiones*, cap. VIII, tom. I, fol. 757.

Est etiam in ipsu motu, gestu, incessu tenenda verecundia. Habitus enim mentis in corporis statu cernitur. Hinc homo cordis nostri absconditus, aut levior, aut jactantior, aut turbidior: aut contra gravior, et constanter, et purior, et maturior æstimatur. Itaque vos quædam est animi, corporis mutus. (S. Ambr.: *De officiis*, lib. I, cap. XVIII, tom. IV, fol. 12.)

Motus sit purus ac simplex; nihil enim fucatum placeat. Motum natura informet. Siquid sane in natura vitii est, industria emendet; ut ars desit, non desit correctio. (S. Ambr.: *De officiis*, lib. I, cap. XIII, fol. 13.)

«Nam solet... acceptior esse sermo vivus quam scriptus, et efficacior lingua quam littera. Oculi quippe loquentis fidem faciunt dictis; nec ita potest affectum exprimere digitus, quomodo vultus. (S. Bernard., epistola LXVI, tom. I, fol. 67.)

Huic frons libera, nudis aperta temporibus, quæ men-

tis habitum specie sui prodat: nunc læta, nunc tristior; nunc erecta ad severitatem, nunc ad lenitatem remissior, quæ signis foreasibus internam exprimat voluntatem. Imago quædam animi loquitur in vultu, fidei basis in qua quotidie Domini nomen inscribitur et tenetur. (S. Ambr.: *Hexæmeron*, lib. IV, cap. IX, tom. I, fol. 100.)

Observa San Agustín que en los movimientos de ojos y semblante, en muchos casos, nada hay de deliberado, en el lib. II de la *Doctrina cristiana*, cap. I, n.º 2, tom. III, fol. 36.

Se ha de evitar toda chocarrería.
Véase San Ambrosio, *De officiis*, lib. I, cap. XXII, tomo IV, fol. 17.

Se ha de estudiar é imitar á los que accionan natural y expresivamente.

Léase San Gregorio Nazianceno, Oracion XX, tom. I, fol. 334.

LECCION XXXII.

Dis, ustos que lleva consigo el ministerio de la predicacion.

Hace al caso mucho de lo que hemos copiado en la lección X, desde la página 232.

Neque enim te maxime conqueri audivi, nisi quod tibi sermo tuus vilis abjectusque videretur, cum alii quem christiano nomine imbueres. Hoc autem scio, non tam rerum quæ dicendæ sunt, quibus te satis novi paratum et instructum, neque ipsius locutionis inopia, sed animi tædio fieri; vel illa causa quam dixi, quia magis nos delectat et tenet, quod in silentio mente cernimus, nec inde volumus avocari ad verborum longe disparem strepitum, vel quia etiam cum sermo jucundus est, magis nos libet audire aut legere quæ melius dicta sunt, et quæ sine nostra cura et sollicitudine promuntur, quam ad alienum sensum repentina verba coaptare incerto exitu, sive utrum occurrant pro sententia, sive utrum accipiantur utiliter; vel quia illa quæ rudibus insinuantur, eo quod nobis notissima sunt, et proventui

nostro jam non necessaria, piget ad ea sæpissime redire, nec in eis tam usitatis et tanquam infantilibus cum aliqua voluptate jam grandiusculus animus graditur. Facit etiam loquenti tædium auditor immobilis vel quia non movetur affectu, vel quia nullu motu corporis indicat se intelligere vel sibi placere quæ dicuntur: non quia humanæ laudis nos esse avidos decet, sed quia ea quæ ministramus Dei sunt; et quanto magis diligimus eos quibus loquimur, tanto magis eis cupimus ut placeant quæ ad eorum porriguntur salutem: quod si non succedit, contristamur, et in ipso cursu debilitamur et frangimur, quasi frustra operam conteramus. Nonnunquam etiam cum avertimur ab aliqua re quam desideramus agere, et cujus actio aut delectabat nos, aut magis novis necessaria videbatur, et cogimur aut jussu ejus quem offendere nolumus, aut aliquorum inevitabili instantia catechizare aliquem, jam conturbati accedimus ad negotium, cui magna tranquillitate opus est, dolentes quod neque ordinem actionum nobis conceditur tenere quem volumus, nec sufficere omnibus possumus: atque ita ex ipsa tristitia sermo procedens minus gratus est, quia de ariditate mœstitiæ minus exuberat. Aliquando item ex aliquo scandalo mœror pectus obsedit, et tunc nobis dicitur. «Veni, loquere huic;» christianus vult fieri. Dicitur enim ab ignorantibus quid nos clausum intus exurat: quibus si affectum nostrum aperire non oportet, suscipimus ingratus quod volunt; et profecto languidus et insuavis ille sermo erit per venam cordis æstuantem fumantemque trajectus. Tot igitur ex causis, quælibet earum serenitatem nostræ mentis obnubilet, sedundum Deum sunt quærenda remedia, quibus relaxetur illa contractio, et fervore spiritus exsultemus et jucundemur in tranquillitate boni operis. *Hilarem enim datorem diligit Deus (II Cor., ix, 7.)* S. Aug.: *De Catech. rudibus*, cap. x, tom. vi, fol. 321.

A continuacion expone ámpliamente el Santo Doctor oportunas consideraciones para alentar el ánimo del predicador.

Doctrina saludable para cuantos están obligados á predicar.

San Juan Crisóstomo, *De Sacerdotio*, lib. iv, n. 1, tom. i, fol. 421.—In Joann., hom. xvii, n. 4, tom. viii, fol. 101.

—Epist. Cciii, Salustio, presbyt., tom. iii, fol. 712.—Epist. Ccxii, Teophilo, tom. iii, fol. 717.

San Basilio, Epist. vii, Gregorio sodali, tom. iii, folio 80.

San Agustin, serm. cccxxxix, tom. v, fol. 1431.

San Gregorio Magno, *Regula Pastor.*, pars I, cap. v, tom. ii, fol. 7.—Pars II, cap. iv, fol. 17.—Epist., lib. i, indict. ix.—Epist. xxv, tom. ii, fol. 507.

San Isidoro de Sevilla, *De ecclesiast. offic.*, lib. ii, capítulo ii, tom. ii, fol. 454.

San Bernardo, ad Balduinum, Epist. cci, tom. i, folio 193.

Se disuelven los pretextos que suelen alegarse para excusarse de la predicacion.

San Juan Crisóstomo conmina fuertemente á los que, teniendo obligacion de predicar, se excusan con su ignorancia. (*De Sacerdotio*, lib. iv, n. 1, tom. i, fol. 421.)

San Gregorio Magno no admite el pretexto de la humildad. (*Regula Past.*, pars III, cap. xxv, tom. ii, fol. 74.)

San Bernardo decia al abad Balduino: «Age ut magister. Novus est, sed debitor: et ex tunc te noveris debitorem, ex quo te alligasti.» Disipa con maestría los pretextos de la juventud y de la ignorancia, como inadmisibles, despues de haber tomado un oficio que te obligaba á la predicacion. (Epist. cci, tom. i, fol. 192.)

Pretenden algunos excusarse de la predicacion por la indiferencia ó tibieza de los fieles, porque éstos no aprovechan la doctrina que se les predica, ó se complacen en criticar al predicador. Algunos fieles irreflexivos decian sarcásticamente que en balde predicaba el Crisóstomo frecuentemente y con mucho celo, puesto que muchos de los oyentes no reformaban su vida y volvian á caer en los vicios elocuentemente condenados por el Santo Patriarca: desde el sermon, decian entre otras cosas, van muchos á donde se vende de comer y de beber: «in caupona detrivisse tempus.» etc. Llegaron estas conversaciones á noticia del Santo Patriarea, y al dia siguiente expuso la obligacion que tenía de predicar, oyéranle ó no los fieles, produjeran ó no fruto sus palabras: combate á los que, perezosos para predicar, pretenden desalentar á los operarios celosos, con el pretexto de que no se les oye, y rebate las consecuencias que de la conducta de los fieles

deducian los que creían inútil la frecuente predicación. Estos pasajes del Crisóstomo son elocuentísimos. Los cinco primeros números del sermón I «De Lazaro.» tom. I, fol. 707.

Con no menos elocuencia se ocupa en el mismo asunto, en el n. 2 del sermón VII «In Divitem et Lazarum.» tom. I, fol. 774.

«Si San Pablo, decía San Agustín, hubiera cesado de predicar á los atenienses porque algunos se burlaban de sus palabras, no hubiera convertido á muchos y entre ellos á Dionisio Areopagita: Si formidaret irridentes, non pervenisset ad credentes.» (Serm. CL, n. 2, tom. V, fol. 808.)

Decía Cresconio á San Agustín que á qué tanto insistir contra la doctrina de los donatistas, si no por esto cambiaban de parecer. Con este motivo el Santo Doctor expone ampliamente los deberes de los defensores de la verdad. «Nostrum autem, ex quo finitum est, nullo prorsus tempore ut ipse finis innotesceret cessaverunt, quomodo id publice privatimque agere potuerunt; ne quisquam in perniciosissimo errore persistens, de seguitia circa se ministrorum Dei in ultimo iudicio quaereretur.» Añade que no era cierto que la predicación fuese infructuosa, puesto que muchos herejes se convertían; y luego dice: «Quamvis etiam si cui diligentia medicina hujus impensa non prodest, sufficit ad rationem reddendam Deo quod non cessavit impendi. Sicut enim malignus suavor peccati, etiamsi non persuaserit, merito poenam deceptoris incurret; ita fidelis justitiae praedicator, etiamsi ab hominibus respuitur, absit ut apud Deum sui officii mercede fraudetur.» Son interesantes los capítulos desde el IV hasta el XXII del lib. I *Contra Cresconium Donatistam*, tom. IX, fols. 449 y 455.

Las mismas reflexiones hace en muchos de sus sermones, cuando le ocurre lamentarse de la negligencia de los que no aprovechaban la palabra de Dios.

Reprende San Gregorio Magno á los que, por entregarse á la contemplación, descuidan la obligación de predicar. (*Regula Past.*, pars I, cap. V, tom. II, fol. 7.)

La dificultad de alcanzar la perfección debe alentarnos para llegar al grado de elocuencia que nos sea posible.

San Juan Crisóstomo aduce para prueba los propósitos y la esperanza con que los padres envían sus hijos á la escuela. (*Adversus oppugnatores vitae monasticae*, libro III, tom. I, fol. 111.)

El mismo Santo combate las ideas exageradas que se forman de lo mucho que es necesario para predicar los que, para no hacerlo, alegan la falta de las dotes necesarias. Hemos citado su doctrina en la pág. 172 «In epist. ad Hebraeos.» hom. III, n. 5, tom. XII, fol. 34.

También hace al caso lo que dice el Santo Doctor en el n. 11 de su lib. III *Adver. oppug. vitae monasticae*, tomo I, fol. 96.

La predicación es necesaria: la elocuencia de mucha utilidad.

Los consejos que con San Agustín damos á los jóvenes en la pág. 174, son de los capítulos XXVIII y XXIX del lib. IV *De la Doctrina cristiana*, tom. III, fol. 119.

Conclusion.

Al concluir nos hemos aplicado las palabras que la humildad inspiró á San Gregorio Magno al terminar aquellos libros de oro donde dejó tan discretos y saludables consejos para los encargados del ministerio de la predicación. «Eccē bone vir... dum monstrare qualis esse debeat Pastor invigilo, pulchrum depinxi hominem pictor foedus.» (*Regula Pastor.*, IV part., tom. II, fol. 102.) Y con no menos verdad, respecto á nosotros, hemos repetido las cinco últimas líneas, con que dió fin á sus libros *De la Doctrina cristiana* el humilde y elocuente San Agustín, lib. IV, cap. XXXI, tom. III, fol. 122.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

deducian los que creían inútil la frecuente predicación. Estos pasajes del Crisóstomo son elocuentísimos. Los cinco primeros números del sermón I «De Lazaro.» tom. I, fol. 707.

Con no menos elocuencia se ocupa en el mismo asunto, en el n. 2 del sermón VII «In Divitem et Lazarum,» tom. I, fol. 774.

«Si San Pablo, decía San Agustín, hubiera cesado de predicar á los atenienses porque algunos se burlaban de sus palabras, no hubiera convertido á muchos y entre ellos á Dionisio Areopagita: Si formidaret irridentes, non pervenisset ad credentes.» (Serm. CL, n. 2, tom. V, fol. 808.)

Decía Cresconio á San Agustín que á qué tanto insistir contra la doctrina de los donatistas, si no por esto cambiaban de parecer. Con este motivo el Santo Doctor expone ampliamente los deberes de los defensores de la verdad. «Nostrum autem, ex quo finitum est, nullo prorsus tempore ut ipse finis innotesceret cessaverunt, quomodo id publice privatimque agere potuerunt; ne quisquam in perniciosissimo errore persistens, de seguitia circa se ministrorum Dei in ultimo iudicio quaereretur.» Añade que no era cierto que la predicación fuese infructuosa, puesto que muchos herejes se convertían; y luego dice: «Quamvis etiam si cui diligentia medicina hujus impensa non prodest, sufficit ad rationem reddendam Deo quod non cessavit impendi. Sicut enim malignus suavor peccati, etiamsi non persuaserit, merito poenam deceptoris incurret; ita fidelis justitiae praedicator, etiamsi ab hominibus respuitur, absit ut apud Deum sui officii mercede fraudetur.» Son interesantes los capítulos desde el IV hasta el XXII del lib. I *Contra Cesconium Donatistam*, tom. IX, fols. 449 y 455.

Las mismas reflexiones hace en muchos de sus sermones, cuando le ocurre lamentarse de la negligencia de los que no aprovechaban la palabra de Dios.

Reprende San Gregorio Magno á los que, por entregarse á la contemplación, descuidan la obligación de predicar. (*Regula Past.*, pars I, cap. V, tom. II, fol. 7.)

La dificultad de alcanzar la perfección debe alentarnos para llegar al grado de elocuencia que nos sea posible.

San Juan Crisóstomo aduce para prueba los propósitos y la esperanza con que los padres envían sus hijos á la escuela. (*Adversus oppugnatores vitae monasticae*, libro III, tom. I, fol. 111.)

El mismo Santo combate las ideas exageradas que se forman de lo mucho que es necesario para predicar los que, para no hacerlo, alegan la falta de las dotes necesarias. Hemos citado su doctrina en la pág. 172 «In epist. ad Hebraeos.» hom. III, n. 5, tom. XII, fol. 34.

También hace al caso lo que dice el Santo Doctor en el n. 11 de su lib. III *Adver. oppug. vitae monasticae*, tomo I, fol. 96.

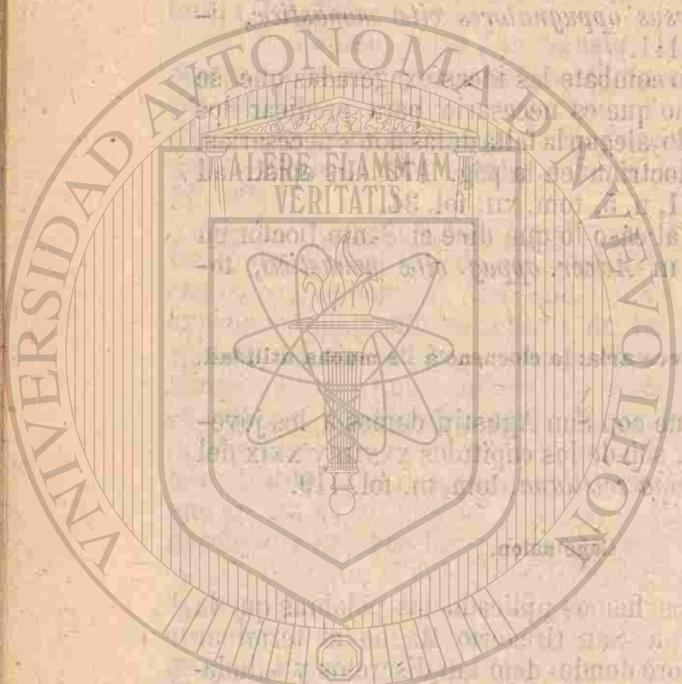
La predicación es necesaria: la elocuencia de mucha utilidad.

Los consejos que con San Agustín damos á los jóvenes en la pág. 174, son de los capítulos XXVIII y XXIX del lib. IV *De la Doctrina cristiana*, tom. III, fol. 119.

Conclusion.

Al concluir nos hemos aplicado las palabras que la humildad inspiró á San Gregorio Magno al terminar aquellos libros de oro donde dejó tan discretos y saludables consejos para los encargados del ministerio de la predicación. «Eccē bone vir... dum monstrare qualis esse debeat Pastor invigilo, pulchrum depinxi hominem pictor foedus.» (*Regula Pastor.*, IV part., tom. II, fol. 102.) Y con no menos verdad, respecto á nosotros, hemos repetido las cinco últimas líneas, con que dió fin á sus libros *De la Doctrina cristiana* el humilde y elocuente San Agustín, lib. IV, cap. XXXI, tom. III, fol. 122.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

INDICE.

PRIMERA PARTE.

	Págs.
Aprobación y licencia de la primera edición.....	3
Prólogo.....	5
LECCION I.—Idea, naturaleza y definición de la elocuencia, página 181 de la segunda parte.....	9
LEC. II.—Del arte de la elocuencia, pág. 187.....	12
LEC. III.—Elocuencia sagrada, pág. 189.....	14
LEC. IV.—De la elocuencia sagrada como arte, pág. 194.....	17
LEC. V.—La virtud y la ciencia son necesarias al orador cristiano, pág. 206.....	19
LEC. VI.—Del estudio de la Sagrada Escritura, pág. 210.....	22
LEC. VII.—Del estudio de los Santos Padres, pág. 215.....	26
LEC. VIII.—De la filosofía cristiana, pág. 222.....	30
LEC. IX.—De la literatura profana, pág. 225.....	33
LEC. X.—De la rectitud de intención, pág. 232.....	39
LEC. XI.—De los asuntos sobre que debe versar la predicación, página 242.....	45
LEC. XII.—La Doctrina cristiana debe predicarse como palabra de Dios, pág. 251.....	51
LEC. XIII.—De la preparación próxima para predicar, pág. 255.....	59
LEC. XIV.—De los sermonarios, pág. 258.....	64
LEC. XV.—Del plan del discurso, pág. 259.....	68
LEC. XVI.—Del exordio y de la refutación, pág. 268.....	73
LEC. XVII.—De la proposición y de la narración, pág. 279.....	79
LEC. XVIII.—De la división del discurso, pág. 283.....	84
LEC. XIX.—De la confirmación, pág. 288.....	89
LEC. XX.—De la peroración, pág. 297.....	101
LEC. XXI.—Reflexiones generales sobre el estilo, pág. 307.....	109
LEC. XXII.—Del estilo y sus dotes en general, y de la claridad en particular, pág. 309.....	113
LEC. XXIII.—Del adorno, ó del estilo figurado, pág. 317, línea 16.....	120
LEC. XXIV.—De las figuras de expresión, pág. 319.....	124
LEC. XXV.—De las figuras de pasión, pág. 326.....	129
LEC. XXVI.—Del buen uso del lenguaje figurado, pág. 334.....	136
LEC. XXVII.—De los tres géneros de estilo, sumiso, templado y sublime, pág. 337.....	141
LEC. XXVIII.—De los ejercicios de composición, pág. 341.....	150
LEC. XXIX.—Cuándo y cómo se ha de predicar de memoria, ó de concepto, pág. 348.....	155
LEC. XXX.—Los Santos Padres predicaban ordinariamente de concepto, pág. 391.....	157
LEC. XXXI.—De la pronunciación, pág. 395.....	163
LEC. XXXII.—Cualesquiera que sean las dificultades del estudio de la elocuencia, no excusan á los párrocos de la obligación de predicar.—Resúmen y conclusión, pág. 400.....	170

SEGUNDA PARTE.

Nota de las ediciones de los Santos Padres que se han tenido á la vista al redactar estas lecciones.	179
LECCION I, pág. 9 de la primera parte.	181
«Reflexiones de los Santos Padres sobre los fenómenos del alma.»—Doce pasajes de San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nazianceno, San Agustín y Lactancio.	181
«Superioridad de la palabra sobre los demás medios de expresión.»—Cuatro pasajes de San Ambrosio y San Agustín.	183
«Discurso de la madre del Crisóstomo, y una carta de San Bernardo.»	185
«Pensamientos y expresión.»—Cuatro pasajes del Nazianceno, San Agustín y San Isidoro de Sevilla.	186
LECCION II, pág. 12.	187
«El arte auxilia y perfecciona las dotes que tiene el hombre para ser naturalmente elocuente.»—Ocho pasajes de San Atanasio, San Agustín y San Jerónimo.	187
LECCION III, pág. 14.	189
«San Agustín llama milagro á la palabra y la compara con el misterio de la Encarnación para explicar su posibilidad.»—Nueve pasajes de Tertuliano, Orígenes y San Agustín.	190
«Poder de Dios y cooperación del hombre.»—Dos pasajes de San Agustín.	194
«Se debe respetar siempre la palabra divina, el modo de anunciarla puede ser examinado con ciertas condiciones.»—Tres pasajes de San Agustín.	194
LECCION IV, pág. 17.	194
«Comparación del Nazianceno y observación de San Agustín.»—Dos pasajes.	194
«Verdadera y falsa elocuencia.»—Ocho pasajes de San Juan Crisóstomo, San Jerónimo y San Agustín.	195
«Observación de San Agustín.»—Un pasaje.	197
«El Crisóstomo y el Nazianceno.»—Dos pasajes.	197
«Objeción fundada en algunas palabras del Apóstol.»—Cinco pasajes del Nazianceno, San Jerónimo y San Juan Crisóstomo.	198
«La elocuencia debe consagrarse al servicio de la Religión.»—Tres pasajes de Lactancio.	202
«La elocuencia debe aprenderse durante la juventud.»—Pasaje de San Agustín.	205
LECCION V, pág. 19.	206
«Oficio del predicador.»—Doctrina de San Agustín.	206
«Necesidad de virtud y ciencia.»—Treinta y ocho pasajes de Lactancio, San Gregorio Magno, San Ambrosio, el Nazianceno, San Hilario, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Isidoro de Sevilla y San Bernardo.	206
«San Agustín y San Ambrosio.»—Dos pasajes.	208
«Consejo á los jóvenes.»—Cinco pasajes del Nazianceno, San Gregorio Magno, San Ambrosio y San Isidoro de Sevilla.	209

LECCION VI, pág. 22.	210
«Estudio de la Sagrada Escritura.»—Tres pasajes de San Atanasio, San Agustín y San Gregorio Magno.	210
«Estudio de la Escritura en general, y de algunos libros en particular.»—Seis pasajes de San Atanasio, San Juan Crisóstomo y San Agustín, de quienes, y de San Basilio, San Hilario y San Ambrosio, se hacen algunas citas.	211
«Elocuencia de los Libros Sagrados.»—Seis pasajes de San Agustín, San Jerónimo, San Cipriano y San Ambrosio.	212
«Juicio de San Jerónimo sobre una composición de San Paulino.»—Tres pasajes del Santo Doctor.	214
LECCION VII, pág. 26.	215
«Santos Padres.»—Tres pasajes del Crisóstomo, San Jerónimo y San Atanasio.	215
«Los Santos Padres estudiaban los escritos de sus contemporáneos y predecesores.»—Ocho pasajes de San Atanasio y San Agustín.—Observación sobre San Isidoro de Sevilla.	216
«Elogios que de los Santos Padres han hecho los mismos.»—Setenta y tres pasajes copiados ó citados de diversos Santos Padres.	217
«Imparcialidad de los Santos Padres.»—Diez pasajes de San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, San Agustín y Lactancio.	221
LECCION VIII, pág. 30.	222
«Idea de la filosofía.»—Cuatro citas de San Agustín.	222
«El predicador debe explicar la palabra divina.»—Pasaje de San Agustín.	223
«Filosofía cristiana.»—Tres citas de San Basilio, San Agustín y Casiodoro.	223
«Libros anteriores á Moisés y los Profetas.»—Ocho pasajes de San Atanasio, San Basilio, San Juan Crisóstomo y San Isidoro de Sevilla.	223
«Los Santos Padres inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza.»—Quince citas de San Atanasio, San Basilio, San Juan Crisóstomo, el Nazianceno, San Ambrosio, San Agustín, San Isidoro y Santo Tomás.	225
LECCION IX, pág. 33.	225
«Donde quiera que se encuentre la verdad se debe utilizar para el servicio de la Religión.»—Pasaje de San Agustín.	225
«Conducta de San Basilio.»—Pasaje del Nazianceno.	226
«Conducta del Nazianceno.»—Pasaje del mismo Santo.	228
«Consejos sobre el estudio de la literatura profana.»—Once pasajes de San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Agustín y San Jerónimo.	228
«En tiempo de San Agustín y San Jerónimo iba haciéndose menos necesaria la lectura de los paganos.»—Tres pasajes de San Agustín, San Jerónimo y San Juan Crisóstomo.	231
LECCION X, pág. 39.	232
«Intencion.»—Cuatro pasajes de San Agustín y Santo Tomás.	232
«Gloria y vanagloria.»—Tres pasajes de Santo Tomás.	233
«La índole de la elocuencia hace inminente el caer en el amor de	

la vanagloria.»—Dos pasajes del Crisóstomo y San Gregorio Magno.....	235
«Los Santos Padres aplaudidos: su conducta y su doctrina.»—Once pasajes de San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio Magno y San Isidoro de Sevilla.....	236
«Sinsabores del amator de la vanagloria.»—Siete pasajes de San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio Magno y Santo Tomás.....	238
«Temores de San Agustín.»—Cinco pasajes del Santo.....	241
«Exhortación del Crisóstomo.»—Dos pasajes del mismo Santo y de San Jerónimo.....	242
LECCION XI, pág. 45.....	242
«El amor de la vanagloria perturba al orador y le hace errar el camino.»—Pasaje del Crisóstomo.....	242
«Asuntos sobre que debe versar la predicación.»—Nueve pasajes de San Basilio, el Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y San Gregorio Magno.....	244
«Conducta de los Santos Padres.»—Tres pasajes del Crisóstomo y San Agustín.....	245
«Método de la predicación.»—Tres pasajes del Crisóstomo y San Ambrosio.....	247
«Los asuntos han de ser proporcionados a las necesidades y circunstancias de los oyentes.»—Diez pasajes del Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio Magno y San Isidoro de Sevilla.....	248
«Sermones predicados a clases determinadas.»—Ocho pasajes del Crisóstomo, San Agustín y San Bernardo.....	249
«No se ha de predicar, sin necesidad, doctrina de difícil inteligencia ó que pueda turbar a los espíritus débiles.»—Cuatro pasajes de San Basilio, el Nazianceno y San Agustín.....	250
LECCION XII, pág. 51.....	251
«Censuran los Santos Padres a los que predicán de una manera enteramente humana.»—Diez pasajes de San Basilio, el Nazianceno, de San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Ambrosio y San Isidoro.....	251
«No está prohibido al predicador descender al campo de la ciencia humana.»—Pasaje del Nazianceno.....	252
«Política cristiana.»—Veinte pasajes de Tertuliano, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Ambrosio, San Gregorio Magno y Santo Tomás.....	253
LECCION XIII, pág. 59.....	255
«Los pensamientos son el alma de la elocuencia.»—Pasaje del Crisóstomo.....	255
«Necesidad de la preparación.»—Pasaje de San Gregorio Magno.....	255
«Fragilidad de la memoria: remedio.»—Cuatro pasajes de San Clemente de Alejandría y San Agustín.....	256
«Necesidad de meditar sobre la materia y sobre las necesidades de los oyentes.»—Seis pasajes del Crisóstomo, San Agustín y San Bernardo.....	256
LECCION XIV, pág. 64.....	258
«A cada edad conviene un género diferente de elocuencia.»—	

Cuatro pasajes del Crisóstomo, San Agustín y San Ambrosio.....	258
«Los Santos Padres no copiaban los sermones de otros, ni aun repetían sus propios discursos.»—Nueve pasajes de San Cipriano, del Crisóstomo, San Ambrosio y San Agustín.....	258
LECCION XV, pág. 68.....	259
«Necesidad de coordinar los pensamientos.»—Pasaje de San Bernardo.....	259
«Unidad.»—Cinco pasajes de San Agustín.....	259
«El discurso debe aumentar siempre en fuerza y animación.»—Dos pasajes del Crisóstomo.....	263
«Los discursos no han de ser demasiado prolijos.»—Trece pasajes de San Ambrosio, San Agustín y San Gregorio Magno.....	263
«San Juan Crisóstomo conocía la conveniencia de la brevedad: solía, sin embargo, ser prolijo.»—Siete pasajes del mismo Santo.....	265
«Del texto.»—Seis pasajes de San Agustín.....	266
«A quien estudie la Sagrada Escritura no faltarán textos oportunos.»—Ocho pasajes del Crisóstomo y de San Hilario.....	267
LECCION XVI, pág. 73.....	268
«La razón indica cuáles son las partes de que naturalmente se compone el discurso.»—Cuatro pasajes de San Agustín.....	268
«En algunos casos las disposiciones del auditorio hacen innecesario el exordio.»—Dos pasajes del Crisóstomo.....	268
«El exordio debe ser modesto.»—Modestia de San Pablo.»—Siete pasajes del Crisóstomo y de San Ambrosio.....	269
«El exordio debe ser correcto, pero sencillo.»—Dos pasajes de San Ambrosio y San Agustín.....	270
«Bossuet, San Jerónimo y San Gregorio Nazianceno.»—Dos pasajes de San Jerónimo y del Nazianceno.....	270
«Exordios que proceden de un ánimo fuertemente impresionado.»—Cuatro pasajes de San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Agustín y San Gregorio Magno.....	271
«Exordios ex abrupto.»—Siete pasajes de San Cipriano, San Basilio, San Gregorio Nazianceno y el Crisóstomo.....	274
«Proemios.»—Cinco pasajes del Crisóstomo y San Agustín.....	278
«Exordios de insinuación.»—Cinco pasajes del Nazianceno y del Crisóstomo.....	278
«Exordios de refutación.»—Tres pasajes de San Basilio, San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	278
LECCION XVII, pág. 79.....	279
«La proposición debe ser exacta.»—Pasaje de San Agustín.....	279
«Anécdotas y una reflexión de San Agustín.»—Tres pasajes del Crisóstomo y San Agustín.....	279
«Excesos a que puede conducir el celo sin discreción.»—Pasaje de San Gregorio Magno.....	281
«San Agustín desconfiaba de sí mismo.»—Ocho pasajes del Santo.....	281
«Narración.»—Cuatro pasajes de San Atanasio, San Basilio y el Nazianceno.....	282
LECCION XVIII, pág. 84.....	283
«El dividir es natural al hombre.»—Cuatro pasajes de San Agustín y Santo Tomás.....	283
«Los Santos Padres dividían algunos sermones sin anunciar la	

«division.»—Tres pasajes de San Basilio y San Agustín.....	284
«Divisiones que crecen en interés.»—Tres pasajes de San Basilio, el Crisóstomo y San Agustín.....	284
«Los Santos Padres hicieron uso de las divisiones.»—Diez y seis pasajes de San Atanasio, San Basilio, el Crisóstomo y San Agustín.....	285
«Consejo de San Carlos Borromeo.».....	288
LECCION XIX, pág. 89.....	288
«Necesidad de instruir para evitar que los afectos se antepongan á la razon.»—Tres pasajes de San Hilario y San Agustín.....	288
«Dialéctica y elocuencia.»—Tres pasajes de San Agustín.....	288
«Silogismo, epíquerema, enthymema, induccion y comparacion.»—Dos pasajes del Crisóstomo y San Agustín.....	289
«Dilema.»—Ocho pasajes del Crisóstomo y San Agustín.....	290
«Sorites.»—Siete pasajes de Lactancio, del Nazianceno y San Agustín.....	291
«A datis ó ad hominem.»—Siete pasajes del Nazianceno, San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	291
«Antítesis y contrastes.»—Once pasajes de San Efrén, San Basilio, el Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín, San Hilario y San Bernardo.....	292
«Sentencias.»—Dos pasajes de San Basilio y San Ambrosio.....	293
«Epifonema.»—Cinco pasajes de Tertuliano y San Agustín.....	293
«Climax ó gradacion.»—Ocho pasajes del Nazianceno, de San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	294
«Comparacion.»—Once pasajes de San Cipriano, San Atanasio, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Hilario y San Agustín.....	294
«San Basilio y Bossuet.»—Dos pasajes de San Basilio y del Nazianceno.....	295
«Comparaciones tomadas del hogar doméstico.»—Cinco pasajes del Crisóstomo y San Agustín.....	295
«Interrogacion.»—Cinco pasajes del Crisóstomo y San Agustín.....	295
«Repeticion.»—Seis pasajes del Crisóstomo, San Basilio y San Agustín.....	296
«Repeticion y concesion.»—Cuatro pasajes de San Basilio, San Juan Crisóstomo y San Ambrosio.....	296
«Consejo de San Atanasio.».....	296
«Orden de la argumentacion y modelos.»—Diez y siete pasajes de San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Gregorio Nazianceno, San Ambrosio y San Agustín.....	296
LECCION XX, pág. 101.....	297
«La instruccion prepara para la mocion.»—Pasaje de San Agustín.....	297
«Epílogos de recapitulacion.»—Tres pasajes de San Basilio, el Crisóstomo y San Agustín.....	299
«Teoría de las pasiones.»—Cinco pasajes de San Ambrosio, San Agustín y Santo Tomás.....	299
«Massillon y San Gregorio Magno.»—Cinco pasajes de este Santo y San Agustín.....	299
«No se debe insistir demasiado en lo sentimental.»—Cinco pasajes de San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	300
«Modelos de elocuencia patética.»—Doce pasajes de San Efrén, San Basilio, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo,	

San Ambrosio y una cita de San Agustín.....	301
«El Nazianceno y Ciceron.»—Un pasaje del primero.....	302
«San Gregorio Nazianceno y Bossuet.»—Un pasaje del primero.....	304
«Epílogos de recapitulacion, de mocion y de ambos métodos á la vez.»—Diez y ocho pasajes de Lactancio, San Cipriano, San Basilio, el Crisóstomo y San Agustín.....	306
LECCION XXI, pág. 109.....	307
«Simultaneidad, comunicacion recíproca de los fenómenos del alma é impenetrabilidad de tan misterioso conjunto.»—Cinco pasajes del Nazianceno y San Agustín.....	307
«Misterios de la palabra: su debilidad para expresar los objetos intelectuales.»—Cinco pasajes del Nazianceno, San Agustín y San Isidoro de Sevilla.....	308
«Pensamientos del Nazianceno y de Pascal.»—Un pasaje del primero.....	390
LECCION XXII, pág. 113.....	309
«Pensamientos y expresion.»—Un pasaje de San Agustín.....	309
«Estilo: San Agustín y San Basilio.»—Nueve pasajes de los mismos Santos.....	310
«El religioso silencio con que se oye al predicador es, segun San Agustín, una razon demás para que aquél se exprese con claridad.»—Un pasaje de San Agustín.....	311
«Claridad: San Agustín, su doctrina y ejemplo.»—Doce pasajes de San Basilio y de San Agustín.....	311
«Caridad de San Agustín.»—Tres pasajes del Santo.....	312
«En el lenguaje del pueblo cristiano hay un gran fondo de sabiduria.»—Dos pasajes de San Agustín.....	313
«Gramática.»—San Agustín.»—Cinco pasajes del Santo.....	314
«Perífrasis.»—Tres pasajes de San Atanasio y del Nazianceno.....	315
«Lacónismo.»—Un pasaje del Nazianceno.....	315
«Paréntesis.»—Dos pasajes de San Gregorio Nazianceno.....	315
«Disyuncion y ayuntamiento.»—Tres pasajes del Nazianceno y San Agustín.....	316
«Utilidad de la lectura de buenos modelos y del estudio de la gramática.»—Tres pasajes de San Agustín.....	316
LECCION XXIII, pág. 120.....	317
«El conocimiento del lenguaje figurado es útil y aun necesario para la inteligencia de la Sagrada Escritura.»—Nueve pasajes de San Agustín.....	317
«Lenguaje natural, figurado y trópico.»—Cinco pasajes del Crisóstomo y San Agustín.....	319
LECCION XXIV, pág. 124.....	319
«De la descripcion.»—Un pasaje de San Basilio.....	319
«Descripciones.»—Quince pasajes de Lactancio, San Cipriano, San Basilio, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo y San Ambrosio.....	320
«Se describe la actitud de un amanuense impaciente.»—Un pasaje de San Jerónimo.....	321
«Retratos característicos.»—Cuatro pasajes de San Atanasio, San Basilio, el Nazianceno y San Agustín.....	321

«Hipérbole.»—Cinco pasajes de San Agustín y San Juan Crisóstomo.....	321
«San Agustín censura una hipérbole suya.»—Dos pasajes del Santo.....	321
«Antífrasis ó ironía.»—Cuatro pasajes del Crisóstomo y San Agustín.....	322
«Sinécdoque, metonimia.»—Tres pasajes de San Agustín y San Jerónimo.....	322
«Metáfora.»—Ocho pasajes del Nazianceno, del Crisóstomo y San Agustín.....	322
«Massillon, Flechier y Bossuet han sido muy elogiados por haber usado algunas metáforas cuya invención pertenece á los Santos Padres.»—Diez y siete pasajes de Tertuliano, Lactancio, San Basilio, el Crisóstomo, San Agustín, San Jerónimo, San Ambrosio y San Bernardo.....	323
LECCION XXV, pag. 129.....	326
«Admiración, exclamación, apóstrofe. Estas figuras se usan á menudo simultáneamente y acompañadas de interjecciones.»—Ocho pasajes del Nazianceno, San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	326
«Prosopopeya.»—Ocho pasajes de San Juan Crisóstomo, San Jerónimo y San Agustín.....	327
«Optación.»—Un pasaje de San Juan Crisóstomo.....	329
«Imprecación, conminación.»—Dos pasajes de San Efrén y San Agustín.....	330
«Adjuración.»—Tres pasajes de San Agustín.....	331
«Se han de predicar las verdades austeras de la Religión, pero con mucha caridad; las precauciones caritativas son mucho más necesarias cuando nos dirigimos á los que han abandonado la Iglesia y naufragado en la fé.»—Quince pasajes de San Cipriano, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	331
«Obsecración.»—Tres pasajes de San Agustín.....	332
«Diversas formas y exquisitas precauciones que la caridad inspiraba á los Santos Padres.»—Siete pasajes de San Juan Crisóstomo.....	332
«Elocuencia noble y familiar á la vez.»—Cuatro pasajes de San Basilio, del Nazianceno y de San Juan Crisóstomo.....	333
«La caridad enseñó á los Santos Padres el gran secreto de hablar de sí mismos convenientemente cuando era necesario.»—Cinco pasajes del Nazianceno, San Agustín y San Gregorio Magno.....	333
«Dubitación, suspensión ó expectación, corrección, pretención, permiso, concesión.»—Trece pasajes de San Basilio, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Agustín y San Hilario.....	333
LECCION XXVI, pag. 136.....	334
Cinco pasajes de San Efrén y San Agustín.....	334
«El arte debe ocultarse.»—Un pasaje de San Jerónimo.....	334
«Anécdota.»—San Jerónimo y el Nazianceno: se reprende el abuso del lenguaje figurado.»—Cinco pasajes de San Juan Crisóstomo y San Jerónimo.....	335
«Simil de San Agustín y crítica de un pasaje de San Cipriano.»—Cinco pasajes del Nazianceno y San Agustín.....	336

LECCION XXVII, pag. 141.....	337
«De los tres géneros de estilo.»—Cinco pasajes de San Basilio, San Ambrosio, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	337
«Estilo sumiso.»—Doce pasajes de San Cipriano, San Basilio, San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	338
«Estilo templado.»—Diez pasajes de San Cipriano, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y San Agustín.....	339
«Estilo sublime.»—Doce pasajes de San Cipriano, San Basilio, San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	340
LECCION XXVIII, pag. 150.....	341
«Teoría y práctica.»—Un pasaje de San Agustín.....	341
«Dificultades de la composición.»—Un pasaje de San Bernardo.....	341
«Lectura é imitación de buenos modelos.»—Dos pasajes de San Agustín.....	342
«De la manera de traducir.»—Un pasaje de San Jerónimo.....	342
«Crítica literaria de un pasaje de Amós.»—San Agustín.—Un pasaje de San Agustín.....	344
«Los jóvenes no deben descuidar enteramente en sus composiciones lo que llaman los literatos el número, cadencia, ó música en las cláusulas; pero tampoco han de atender á ello con exceso.»—San Agustín.—Un pasaje del Santo.....	347
«Utilidad de las composiciones trabajosas.»—Un pasaje del Nazianceno.....	347
«Lamentábase San Agustín de que en las composiciones en que, sobre las obras de la creación, se ejercitaba á los niños en la escuela, no se procuraba que levantasen su espíritu al Creador.»—Un pasaje del Santo.....	348
LECCION XXIX, pag. 155.....	349
«Necesidad de preparar los discursos.»—Tres pasajes de San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	348
«Predicar de concepto.»—Cuatro pasajes de San Agustín.....	349
LECCION XXX, pag. 157.....	349
«Los Santos Padres predicaban ordinariamente de concepto.»—Veintiun pasajes de San Basilio, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo y San Agustín.....	349
«Los sermones de los Santos Padres se han conservado por la diligencia de los taquígrafos, que los escribían cuando aquellos los pronunciaban.»—Ocho pasajes del Nazianceno, San Agustín y San Bernardo.....	351
«En los sermones de los Santos Padres se encuentran pasajes que sólo han podido conservarlos los taquígrafos, pues sus autores no pudieron escribirlos de antemano.»—Tres pasajes del Crisóstomo, San Agustín y San Bernardo (1).....	351
«Accidentes que leemos intercalados en los sermones de los Santos Padres.»—Dos pasajes de San Ambrosio y San Agustín.....	352
«Los Santos Doctores tenían que recurrir á las notas de los taquígrafos cuando querían poseer, rectificar ó publicar sus	

(1) En esta lección, pag. 163, línea 2.^a, donde dice *Valerio*, debe decir *Aurelio*.

sermones.»—Cuatro pasajes del Niseno, San Agustín y San Gregorio Magno.....	352
LECCION XXXI, pág. 163.....	353
«San Agustín da la preferencia entre todos los sentidos al de la vista y al del oído.»—Seis pasajes del Santo.....	353
«Diferencia de la voz y de la palabra, del gesto y de la acción; de lo escrito y de lo pronunciado.»—Cinco pasajes de San Jerónimo, San Agustín y San Gregorio Magno.....	353
«La pronunciación debe ser clara.»—Tres pasajes de San Basilio y San Agustín.....	354
«La pronunciación debe ser adornada.»—Dos pasajes de San Ambrosio y San Isidoro.....	354
«El acento provincial desagrada.»—Un pasaje de San Agustín...	354
«La pronunciación debe ser apta.»—Cuatro pasajes de San Agustín y San Isidoro.....	354
«De la acción.»—Ocho pasajes de San Ambrosio, San Agustín y San Bernardo.....	355
«Se ha de evitar toda chocarrería.»—Un pasaje de San Ambrosio.....	357
«Se ha de estudiar é imitar á los que accionan natural y expresivamente.»—Un pasaje del Nazianceno.....	357
LECCION XXXII, pág. 400.....	357
«Disgustos que lleva consigo la predicación.»—Un pasaje de San Agustín.....	357
«Doctrina saludable para cuantos están obligados á predicar.»—Once pasajes de San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio Magno, San Isidoro y San Bernardo.....	358
«Se disuelven los pretextos que suelen alegarse para no predicar.»—Ocho pasajes del Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio Magno y San Bernardo.....	359
«La dificultad de alcanzar la perfección debe alentarnos para llegar al grado de elocuencia que nos sea posible.»—Tres pasajes de San Juan Crisóstomo.....	361
«La predicación es necesaria; la elocuencia de mucha utilidad.»—Dos pasajes de San Agustín.....	361
«Conclusion.»—Dos pasajes de San Agustín y San Gregorio Magno.....	361

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



